DIOS INMORTAL

PADECIENDO EN CARNE MORTAL,

ó

LA PASION DE CRISTO,

ILUSTRADA

CON DOCTRINAS Y REFLEXIONES MORALES

POR EL R. P. GUILLELMO STANIHURSTO,

TRADUCIDA DEL LATIN

POR EL DOCTOR

DON FRANCISCO PATRICIO DE BERGUIZAS,
PRESBITERO.

TERCERA EDICION.

MADRID 1826,

IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS,
Calle de Toledo frente á san Isidro el Real, donde se vende por mayor y menor.

INDICE

Al lector Pág. 1
El editor III
NOTA. IV
INTRODUCCION. 1

CAPITULO PRIMERO.

CRISTO PADECIENDO EN EL HUERTO.

§. I..... *Ida al huerto.* 11
§. II..... *Pavor de Cristo.* 14
§. III..... *Tristeza de Cristo.* 22
§. IV..... *Origen de la tristeza que anegaba el corazon de Cristo.* 27
§. V..... *Apártase de sus discipulos.* 33
§. VI..... *Oracion de Cristo al Padre.* 38
§. VII..... *Jesucristo sujetándose á la voluntad de su Padre admite el cáliz que le ofrece.* 42
§. VIII.... *Despierta Cristo á sus discipulos dormidos.* 47
§. IX..... *Oracion de Cristo al Padre tercera vez.* 51
§. X..... *Es confortado por el angel.* 55
§. XI..... *Sudor de sangre.* 57
§. XII..... *Vuelve Cristo á los discipulos, los despierta del sueño, y les advierte que llega Judas.* 61
§. XIII.... *Entra en el huerto Judas y se acerca.* 65

§. XIV.... *Llega Judas capitaneando un escuadron de soldados.* 68
§. XV..... *Da Judas la señal para que conozcan á* 73
§. XVI..... *Osculo de Judas á Cristo.* 78
§. XVII.... *Dignase Cristo de dar á Judas nombre de amigo.* 83
§. XVIII... *Sale Jesus al encuentro á los soldados.* 91
§. XIX..... *Postra Cristo á sus enemigos.* 96
§. XX..... *Pedro desenvainando la espada intenta defender á Cristo, y hiere á Malco.* 102
§. XXI..... *Reprehende Cristo á Pedro.* 107
§. XXII.... *Huyen los discipulos.* 109
§. XXIII... *Prision de Cristo.* 113
§. XXIV... *Es conducido á casa de Anas.* 118

CAPITULO SEGUNDO.

CRISTO EN CASA DE ANAS.

§. I..... *Pregunta Anas á Cristo por sus discipulos.* 121
§. II..... *Pregunta Anas á Cristo por su doctrina.* 126
§. III..... *Responde Cristo á Anas acerca de su doctrina.* 130
§. IV..... *Recibe Cristo la bofetada.* 139
§. V..... *Respuesta mansisima de Cristo al siervo que le hiere.* 142

CAPITULO TERCERO.

CRISTO EN CASA DE CAIFAS.

§. I..... *Falsos testimonios contra Cristo.* 146
§ II..... *Silencio de Jesus ante Caifas á los falsos testimonios.* 152
§. III..... *Conjura Caifas á Cristo para que se manifieste.* 155
§. IV..... *Rasga Caifas sus vestiduras, y trata á Cristo de blasfemo.* 158
§. V..... *Declárale el concilio reo de muerte.* 161
§. VI..... *Injurias hechas á Cristo en casa de Caifas.* 166
§. VII..... *Sigue Pedro á Cristo á lo lejos.* 172
§. VIII..... *Niega Pedro á Cristo.* 177
§. IX..... *Niega otra vez Pedro.* 182
§. X..... *Tercera negacion con juramento.* 185
§. XI..... *Arrepentimiento de Pedro.* 192

CAPITULO CUARTO.

CRISTO EN EL CONCILIO.

§. I..... *Es conducido al concilio de los ancianos.* 199
§. II..... *Le pregunta ¿si es Cristo?* 204
§. III..... *Confiesa ser Hijo de Dios.* 208
§. IV..... *Es conducido atado á Pilatos.* 212
§. V..... *Judas conoce y reconoce sus delitos.* 216
§. VI..... *Inutil arrepentimiento de Judas.* 221

§. VII..... *Respuesta de los sacerdotes á Judas.* 226
§. VIII.... *Desesperacion de Judas.* 231
§. IX..... *Ahórcase Judas.* 236

CAPITULO QUINTO.

CRISTO EN EL PRETORIO DE PILATOS.

§. I..... *Es acusado ante Pilatos.* 242
§. II..... *Pilatos disculpa á Cristo acusado por los judios.* 248
§. III..... *Hace Pilatos varias preguntas á Cristo.* 253
§. IV..... *Son propuestos al pueblo Cristo y Barrabas.* 257
§. V..... *Es Cristo pospuesto á Barrabas.* 263
§. VI..... *Pide el pueblo que sea libertado Barrabas, y crucificado Cristo.* 266
§. VII..... *Pregunta de Pilatos al pueblo.* 270
§. VIII.... *Piden á Cristo los judios para crucificarle.* 276
§. IX..... *Es enviado á Herodes.* 280

CAPITULO SEXTO.

CRISTO EN EL PALACIO DE HERODES.

§. I..... *Gozo de Herodes al ver á Cristo.* 283
§. II..... *Es Cristo preguntado por Herodes acerca de muchas cosas, y nada responde.* 290

§. III..... *Cristo acusado ante Herodes. guarda silencio.* 295
§. IV..... *Es Cristo despreciado por Herodes.* 301
§. V..... *Es vestido con una túnica blanca, y remitido á Pilatos.* 304

CAPITULO SEPTIMO.

CRISTO EN EL ATRIO DE PILATOS.

§. I..... *Meditacion primera de los azotes.* 307
§. II..... *Es atado á la columna.* 312
§. III..... *Es azotado.* 318

MEDITACION II.

§. I..... *Desnudan á Cristo.* 319
§. II..... *Es atado.* 324
§. III..... *Es azotado.* 328

MEDITACION III.

§. I..... *Del mismo misterio.* 332
§. II..... *Es azotado.* 337
§. III..... *Piadosas quejas de Cristo azotado á los hombres.* 341

MEDITACION IV.

DEL MISMO MISTERIO.

§. I..... *Es desnudado.* 344

§. II..... *Es atado.* 347
§. III..... *Es azotado.* 351

CAPITULO OCTAVO.

CORONACION.

§. I..... *Es despojado de sus vestiduras.* 356
§. II..... *Es coronado.* 359
§. III..... *Es burlado.* 362
§. IV..... *Es presentado al pueblo.* 366
§. V..... *Ecce Homo.* 370
§. VI..... *Desechan los judios á Cristo.* 373
§. VII..... *Procura Pilatos aplacar al pueblo, pero en vano.* 377
§. VIII.... *Obligan los judios á Pilatos con amenazas á que condene á Jesus.* 382
§. IX..... *Avisa á Pilatos su muger que excuse la causa de Cristo.* 386
§. X..... *Lava Pilatos sus manos.* 389
§. XI..... *Es condenado á muerte de cruz.* 394
§. XII..... *Sacan la cruz.* 399

CAPITULO NONO.

CRISTO POR LAS CALLES DE JERUSALEN.

§. I..... *Lleva la cruz acuestas.* 403
§. II..... *Alquilan á Simon Cireneo.* 408
§. III..... *Sale Cristo de Jerusalen, ayudándole Simon á llevar la cruz.* 411
§. IV..... *Sube Cristo al monte Calvario.* 417

CAPITULO DECIMO.

CRISTO EN EL MONTE CALVARIO.

§. I..... *Desnúdanle de sus vestiduras.* 422
§. II..... *Danle á beber hiel.* 426
§. III..... *Rehusa Cristo beber la hiel.* 430

CAPITULO UNDECIMO.

CRISTO EN LA CRUZ.

§. I..... *Inclinase Cristo en la cruz.* 433
§. II..... *Es enclavado.* 437
§. III..... *Es levantada la cruz en alto.* 441

CAPITULO DUODECIMO.

CRISTO EN LA CRUZ.

§. I..... *Está pendiente en medio de dos ladrones.* 445
§. II..... *Título de la cruz.* 449
§. III..... *Primera palabra de Cristo en la cruz.* 453

CAPITULO DECIMOTERCIO.

DE LOS DOS LADRONES.

§. I..... *Reprehende al mal ladron el bueno.* 457

§. II..... *Testifica el ladron la inocencia de Cristo.* 461
§. III..... *Oracion del buen ladron á Cristo.* 465
§. IV..... *Cristo promete al ladron el paraiso.* 469
§. V..... *Dolor de la santísima Virgen al pie de la cruz.* 473
§. VI..... *Encomienda Cristo su madre á San Juan.* 477
§. VII..... *Despídese del Hijo la madre.* 483
§. VIII..... *Las tinieblas sobre toda la tierra.* 486
§. IX..... *Exclamacion de Cristo cerca de la hora de nona.* 490
§. X..... *Clama Jesucristo desamparado de su Padre.* 495
§. XI..... *Cristo sediento.* 501
§. XII..... *Palabras penúltimas de Cristo.* 506
§. XIII..... *Ultimas palabras de Cristo.* 511
§. XIV..... *Inclina la cabeza.* 515
§. XV..... *Se despide de todas las cosas.* 519
§. XVI..... *Muere.* 522
§. XVII..... *Señales despues de la muerte.* 526
§. XVIII... *Conversion del centurion y de otros.* 529
§. XIX..... *Es abierto su pecho con la lanza.* 533
EPILOGO DE TODA LA PASION. 538

AL LECTOR.

Brevemente, Lector benévolo, te prevendré algunas cosas. En este tratado hago frecuentes apóstrofes á Cristo, porque cuando le escribí le predicaba delante de Cristo patente en la Eucaristía. Y como no es muy conforme á la pasion de Cristo la elocucion demasiado limada, ni el estilo excesivamente culto, puse mi cuidado mas en escribir piadosamente, para excitar útiles afectos, que doctamente para fútiles aplausos; teniendo muy presente aquel precioso aviso del excelente orador Crisólogo[1]: „ Al pueblo se ha de „ hablar popularmente: lo comun se ha de ex- „ presar con el nombre comun: el lenguage na- „ tural es amado de los sencillos, dulce á los „ doctos, y siendo doctrinal debe decir lo pro- „ vechoso á todos: luego los cultos deben admi- „ tir con indulgencia lo inculto de la expresion." Aqui es necesario que la elocuencia misma sea balbuciente, y que con todo el vigoroso aparato de sus palabras ceda y se rinda á tan gran misterio. „ Porque (son palabras de S. Gerónimo[2], „ con la mudanza sola de una) á vista de la gran- „ deza de tan increible *dolor*, todo el abundante „ rio del tuliano ingenio quedaria seco, y las ve- „ hementes y fulminantes sentencias demosténi- „ cas, lánguidas y lentas." Asi que en este mar rojo procuré mas llenar las velas con el viento de

1 Serm. 43. 2 Epist. 18.

la piedad sincera, que de la locuacidad pomposa, y por tanto huí como de escollos de la artificiosa composicion de los exquisitos y delicados atractivos de la expresion, que á manera de sirenas son mas aptas para deleitar los oidos, que para inflamar las almas. En este sangriento misterio los aplausos deben ser mas lágrimas de los ojos que aclamaciones de la lengua. Por mí mas que desagrade la bajeza humilde con que se habla, como agrade aquel de quien se habla. Y si lo que escribo de Cristo no te agrada á ti, cristiano, mira no sea que te convenga lo que de algunos cristianos escribió Salviano: „ No es de admirar „ que no les agraden las palabras que tratan de „ Dios á aquellos á quienes quizá no agrada el „ mismo Dios: ni es de esperar que amen el len- „ guage que estimula á cuidar de la salvacion y „ del alma los que no aman ni la salvacion ni „ sus almas." Tú, Lector, entre tanto aprovéchate de lo leido de modo que merezcas ser numerado entre los pocos elegidos.

EL EDITOR.

Los elogios que pudiéramos tributar á esta obra bien conocida del público, que ha manifestado el grande aprecio que ha hecho de ella, en el pronto despacho de las dos ediciones anteriores, no aumentarian por lo mismo, el buen concepto que ha producido esta general acogida. El ardor y celo con que el autor desarrolla en ella los principios de la moral cristiana, la hacen á la verdad muy digna del aprecio de toda persona timorata, pudiendo encontrar en ella los consuelos que la benignidad de nuestra religion nos proporciona en cualquier situacion; al paso que la solidez y fuerza de sus argumentos la hacen un modelo de elocuencia. Correspondiendo pues á los deseos del público, le proporcionamos su util y piadosa lectura presentándole esta tercera edicion, en la que no nos hemos separado en nada de las dos anteriores: incluyendo la siguiente nota que añadió el traductor, para disipar ó precaver cualquier siniestra inteligencia que pudiera darse á algunas expresiones en que el autor prorumpió, arrebatado sin duda del ardor y vehemencia oratoria.

IV

NOTA.

El autor, tanto en el capítulo primero, párrafo cuarto, donde dice: *Pecaste: luego perdiste ya el derecho al cielo, fuiste despojado de todos los auxilios para el reino del cielo, de las virtudes, de los méritos, de las oraciones de la Iglesia, de la comunion de los Santos, del amparo de los ángeles, de la proteccion de Dios;* como en lo que repite en el capítulo tercero, párrafo octavo, es á saber: *Para caer de la gracia de Dios; para perder el derecho al reino del cielo; para hacer bancarrota de todos tus méritos; para olvidarte de ti, del cielo, de Dios; para ser despojado de la fe, la esperanza, la caridad, de todas las virtudes naturales, sobrenaturales, infusas, adquiridas..... basta una muger; patente está en David santísimo:* no habla de la fe y esperanza informes y como hábitos, ni de las virtudes naturales, ni de las adquiridas imperfectas, ni de la comunion de los Santos imperfecta, ni de la proteccion general de Dios, á la que se sigue del mismo modo la asistencia de los ángeles; sino que habla de la fe y de la esperanza formadas y animadas por la caridad; de las virtudes naturales y adquiridas perfectas y cristianas, que sirven para libertar y beatificar á los hombres; de la providencia paternal de Dios, á la que es consiguiente la asistencia especialísima de los ángeles, y de la comunion de los Santos de que gozan los miembros vivos de Jesucristo entre sí.

INTRODUCCION.

La pasion de nuestro Señor Jesucristo, la mas terrible de todas las cosas terribles para los demonios, la mas amable de todas las amables para los hombres, la mas maravillosa de todas las maravillas para los ángeles, es entre todos los misterios que hay, hubo y habrá, en dignidad el primero, en caridad el sumo, en utilidad el mayor, en el pasmo y asombro por todas partes inmenso, ó ya se mire la persona que padece, ó ya aquellos por quienes padece. Así para que yo pueda explicar convenientemente este asunto tan grande segun su dignidad, y con saludables frutos, y vosotros considerarle útilmente y con piadosos afectos, pondré aquí el plan determinado con que intento tratarle. A toda obra debe preceder el conocimiento del fin propuesto en ella, que aunque sea el último en la egecucion, es el primero en la intencion. Antes pues de emprender esta grande obra, que (para hablar con el Crisólogo)[1] *pasma á los ángeles, admira á los cielos, espanta á la tierra, es superior á la carne, no cabe en el oido, no la alcanza la mente, no puede sostenerla la criatura, no es capaz de apreciarla, y se atemoriza al creerla;* antes digo que empecemos á descifrar este inestimable misterio, vosotros y yo debemos prefijarnos un cierto y determinado fin, yo en el hablar, vosotros en el oir. El fin que yo me pro-

[1] Serm. 67.

ponga, y al cual, como á blanco, dirija todas mis cosas, trabajo, cuidado, solicitud, voz, fuerzas, palabras, conatos, designios, y todo el esmero del cuerpo y del ánimo, será este, y no otro, convertir primero mi corazon, y despues el de todos los que me escuchen, á aquel por cuyo poder fuimos criados, por cuya bondad conservados, por cuya caridad redimidos, Jesucristo nuestro Señor. Este será mi único fin. ¿Y el vuestro cuál ha de ser? No sé yo el que os propondreis vosotros; mas sé que el que debeis proponeros, comun é igual debe ser para mí y para todos vosotros. ¿Y cuál es? El que expresó aquel que no predicaba sino á Jesucristo crucificado: San Pablo, que escribia á los Corintios [1]: *Por todos murió Cristo, á fin de que los que viven no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos.* Este debe ser el fin principal, el único, mio, vuestro, de todos los que en este sitio nos congreguemos á oir la historia de Cristo padeciendo, para que los que viven no vivan para sí; para que cada uno pueda decir con San Pablo [2]: *Vivo yo, ya no yo, que vive Cristo en mí*: no vive ya el mundo en mí, porque aunque estoy en el mundo, con todo *yo no soy del mundo* [3]: no vive ya en mí la carne, despues que *el Verbo se hizo carne* [4]: no viven ya en mí las cosas que son del mundo y la carne, soberbia, envidia, lujuria, avaricia, ningun vicio del mundo vive ya en mí: en mí viven las virtudes de Cristo, la castidad,

1 II. Corinth. v. 15. 2 Galat. II. 20. 3 Ioann. VIII. 23. 4 Ioann. I.

la humildad, mansedumbre, paciencia, modestia, templanza, justicia: vive Cristo en mi lengua, vive en mis manos, en mis ojos, en mis oidos, en mi mente, en mi voluntad: todas mis entrañas respiran á Cristo: cuanto hago, digo, pienso, quiero, veo, oigo, leo, y cuanto siento es por Cristo. Cristo me mueve con los impulsos de su gracia á todo bien, y á todas las acciones vitales de las virtudes. Este fue el fin de la pasion de Jesus: y este debe ser, y no otro, el fin de todos los que oyen las penas de Cristo padeciendo. Si á este fin aspiramos, si anhelamos á él con todos nuestros esfuerzos, entonces sí que el alma sentirá dolor con los dolores de Cristo, lágrimas con su llanto, temores con su temor: entonces el corazon arderá en las llamas piadosas de todos los afectos de amor, odio, esperanza, temor, tristeza, gozo, alegria. Entonces se dejará ver el llanto en los ojos, el lamento en las manos, el suspiro en la lengua, el sollozo en el pecho, el quebranto en el corazon, el ardor en la voluntad, la luz en el entendimiento, la turbacion en el espíritu, el espanto en el ánimo, el asombro en la mente, el estremecimiento en los nervios, el temblor en los miembros, el hervor en la sangre: en fin todo el hombre se sentirá conmovido al oir cuantos y cuan grandes tormentos padeció por el hombre Dios hombre.

Despues para que de este cruento misterio se perciban mas abundantes espirituales frutos, debe cada uno procurar persuadirse con toda certeza, y grabar profundamente en su alma, que cuanto padeció Cristo por todos, lo padeció

por cada uno: que el beneficio de la redencion, comun á todo el linage humano, es peculiar y propio de cada uno: y puede cualquiera de los presentes y circunstantes gloriarse no vana sino verdaderamente con el Apostol S. Pablo: *Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó, y se entregó á sí mismo por mí*[1]. Aunque el Hijo divino en el seno eterno del Padre hubiera desde la eternidad conocido y previsto que no existirian mas hombres que los que estamos congregados en este templo, hubiera padecido igualmente por esta grey tan pequeña, que por todo el género humano. Creerlo con esta certeza, mueve y obliga mas á amar á Jesus. Y para que no solo te muevas á amar á Cristo, sino á padecer por Cristo, cree tambien como cierto, que de la pasion de Cristo no solo has sido tú causa, sino tambien instrumento. Tú mismo, tú cometiendo la culpa le causaste la pena. Cuantos delitos cometieron, Judas entregándole, el soldado atándole, Caifas acusándole, Pilatos condenándole, Herodes burlándole, el Romano crucificándole, de todos estos delitos eres autor, y eres reo. Tus manos fueron las que le asieron y maniataron: tus brazos los que le azotaron: tus dedos los que le tegieron la corona de espinas: tu lengua la que le condenó: tu boca la que le escupió: tus pies los que pisaron su sangre. Finalmente, para lograr el mayor colmo del mérito, debe cada uno creer ciertamente, y persuadirse con toda verdad como conviene, que cuanto diga yo aquí no

1 Galat. II. 20.

sólo se dice de Cristo, sino delante de Cristo. Aquí está presente en las aras aquel que mas ha de mil y seiscientos años padeció en Jerusalen. Así vuélvanse á Cristo presente en aquellas aras los ojos y semblantes, y mucho mas los corazones de todos. Él me oye, y os mira, y espera lo que habeis de hacer por su amor; está viendo vuestros pensamientos, y penetrando vuestros deseos, como aquel que, segun testifica el Crisólogo [1]: *Ve lo mas profundo de la tierra, penetra lo mas oculto del corazon; y las cosas mas encubiertas á todos estan presentes á él.* Allí estan presentes aquellos mismos ojos con que lloró Jesus, con que miró á Pedro, y le hizo deshacerse en amargo llanto: aquellos ojos nos miran, para que nuestros ojos derramen raudales de aguas. Allí aquellos pies con los cuales, recorriendo las calles y plazas, te buscó á ti, oveja perdida. Allí aquellas manos por ti taladradas con descomunales clavos, y enclavadas en la cruz, extendidas ahora hácia ti, para sacarte del cieno de los vicios, y levantarte del estiercol. Allí aquella lengua, que pronunció tantas *palabras de vida eterna.* Ahora abre su divina boca para hablarte á ti al corazon. Todo está aquí presente á nosotros para mostrarse en este sitio y en esta hora todo á nosotros Jesus. Si dudais que está aquí, oidle á él mismo por boca de Isaías: *Yo mismo, que hablaba, aquí estoy.* Yo mismo, que mas ha de mil seiscientos años por vosotros los hombres, y por vuestra salud

1 Serm. 177.

descendí del cielo, y fui concebido por el Espíritu Santo, y hecho hombre, veisme, aquí estoy. Yo mismo, que por vuestro amor fui entregado en Jerusalen por Judas, preso por los soldados, acusado por los judíos, condenado por Caifas, azotado por Pilatos, crucificado por los soldados, aquí estoy. Yo mismo, que despues de concederte increibles beneficios, de padecer por ti innumerables tormentos, despues de treinta y tres años de inmensos trabajos, de atroces penas en la cruz por tres horas, inclinando la cabeza entregué mi espíritu, aquí estoy. Y estoy para servir de norte al extraviado, dar luz al ciego, fortaleza al desfallecido, pan al hambriento, agua al sediento, vida al moribundo, salud al enfermo. Aquí estoy para ilustrar el entendimiento, avivar la memoria, inflamar la voluntad, corroborar el espíritu, purificar la conciencia, renovar el alma. Aquí estoy con las fauces roncas de clamar convidando, que *vengais á mí todos los que trabajais y estais oprimidos, que yo os aliviaré* [1]. Y siendo esto así, estando aquí presente el principal argumento de la fe, descubre aquí todas tus fuerzas, ó fe. Tú, ó fe, infundida á nosotros en la sagrada fuente del bautismo por el Espíritu Santo, esfuérzate cuanto puedas: si te esfuerzas á creer, no habrá cosa que creyendo no la puedas obtener. Cree, no á mí, sino á la verdad. *Si puedes creer, todo es posible al que cree* [2]. ¡O si yo pudiese conseguir de ti, ó tú, cualquiera que estás aquí,

1 Matth. xi. 28. 2 Marc. ix. 22.

que creas á Cristo aquí presente con la misma fe que Pedro cuando decia: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo* [1]! Si así lo crees, *entonces se admirará y dilatará tu corazon* [2]: entonces esperarás, amarás, sentirás, llorarás, te airarás, te compadecerás, suspirarás, arderás, y en fin te verás conmovido de todos los afectos. ¿Qué dudais, ó faltos de fe? Creed, ahí teneis la verdad: confiad, ahí teneis la misericordia: esperad, ahí teneis el poder: alentaos, ahí teneis la fortaleza: temed, ahí teneis la justicia: amad, ahí teneis la bondad: adorad, ahí teneis la magestad: mas pues tú digiste: *Sin mí nada podeis hacer* [3]: una cosa necesitamos, acogernos á ti. O Jesus, que digiste: *Yo soy el alfa y omega, el principio y el fin* [4]: el principio de hablar hoy nosotros será de ti, el fin será por ti, para que sin fin vivamos en ti. Pero en vano intentamos nosotros tan arduo fin, como es vivir para ti solo, que eres principio de toda vida, si no envias del cielo á nosotros, é introduces en nuestro interior aquel espíritu, que tú con tu Padre espiraste ab eterno, y por quien en tiempo, cuando fuiste concebido, empezaste tú á respirar, siendo concebido del Espíritu Santo, segun el testimonio de tu siervo Pablo: *Nadie puede decir Señor Jesus, sino con el auxilio del Espíritu Santo* [5]. Si no puede la boca nombrarte, mucho menos podrá el corazon amarte sin el Espíritu Santo. A ti pues, ó

1 Matth. xvi. 16. 2 Isai. lx. 5. 3 Ioann. xv. 5. 4 Apoc. i. 8. 5 1. Corinth. xii. 3.

Santo Espíritu, que procedes del Padre y del Hijo, acudimos confiados: y para que ahuyentando el espíritu de servidumbre recibamos *el espíritu de hijos adoptivos* [1], ven, ó Santo Espíritu. Extendidas estan las tinieblas sobre toda la tierra, todos somos hijos de tinieblas: así para que arrojando las obras de las tinieblas, nos vistamos las armas de la luz, para que nazca en nosotros la luz; *ven, ó Santo Espíritu, é infúndenos divinamente el rayo de tu luz* [2]. Sin ti estamos entorpecidos, caidos, helados: y para que estemos *fervorosos de espíritu* [3], *y sirvamos con nuevo espíritu* [4], para que seamos renovados en el espíritu de nuestra mente, para que seamos con Cristo un mismo cuerpo y un mismo espíritu, *ven, ó Santo Espíritu, porque sin tu divino numen nada hay en el hombre*: nada hay de gracia en el alma para merecer, nada hay de vigor en el cuerpo para obrar, nada hay de vida en todo el hombre para moverse sin tu influjo divino. Y pues el *espíritu és el que vivifica* [5], y no la carne, y las palabras que inspiras *son espíritu y vida*; ven, ó Santo Espíritu, renueva y vivifica nuestro corazon y nuestro espíritu; *cria* en nosotros con tu soberana venida *un corazon puro*, para que consideremos y sintamos dignamente con pensamientos santos y con piadosos afectos los tormentos y dolores de la pasion de Jesus; para que de esta consideracion afectuosa saquemos el

1 Rom. VIII. 15. 2 Eccles. in hymno. 3 Roman. XII. 11. 4 Rom. VII. 6. 5 Ioann. VI. 64.

utilísimo fruto de *gloriarnos* como conviene *en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en quien está la salud, la vida y la resurreccion nuestra, por quien fuimos redimidos y libertados. Renueva en nuestras entrañas un espíritu recto* [1], para que *no andemos segun la carne, sino segun el espíritu. Porque los que siguen la carne, saben lo que es de la carne; y los que siguen el espíritu, sienten lo que es del espíritu: la prudencia de la carne es muerte; la prudencia del espíritu es vida y paz: el que no tiene el espíritu de Cristo no es de Cristo* [2]. Ven, pues, ó Santo Espíritu, para que *habitando en nosotros*, no sigamos la carne, sino el espíritu, y en tu *esperanza y virtud* seamos todos de Cristo, y llenos del amor celestial y de la divina ciencia, para sacar dignos frutos de la pasion de Jesus. La memoria te espera, para poder acordarse de lo que Jesus padeció: el entendimiento te espera, para que ilustrado por ti conozca cuanto padeció Jesucristo: la voluntad te espera, para ser encendida con aquel fuego, que vino á traer á la tierra Cristo. Así ven, ó Santo Espíritu, para que todos seamos llenos del Espíritu Santo, para que viniendo tú á nosotros, tambien nosotros lleguemos á aquel de quien tú procediste y procede Jesucristo nuestro Señor.

1 Psalm. L. 13. 2 Rom. VIII.

CAPITULO PRIMERO.

CRISTO PADECIENDO EN EL HUERTO.

§. I.

Ida al huerto.

Con el auxilio del eterno Padre, que *en el principio crió el cielo y la tierra* [1]; con el favor del divino Hijo, *á quien fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra* [2]; con la gracia del Espíritu Santo, *que llenó el orbe de la tierra* [3], y que confio se nos haya dado por aquel que se entregó á sí mismo por nosotros, doy principio á aquella grande obra de la tragedia de Dios inmortal padeciendo en carne mortal: empezando á hablar por donde Cristo empezó á padecer, y siguiendo al Evangelista sagrado, que dice así: *Dicho el himno, salió Jesus con sus discípulos segun acostumbraba á la otra parte del arroyo Cedron al monte de las Olivas, y llegó á la heredad llamada Getsemaní, donde habia un huerto en que entró con sus discípulos, á quienes dijo: Sentaos aquí mientras voy allí á hacer oracion; y llevándose á Pedro y los dos hijos del Zebedeo, comenzó á contristarse* [4].

Ya por fin, al cabo del dilatado espacio de casi cincuenta siglos, llegaba aquel plazo tan deseado en que el gran caudillo, que el Padre

1 Gen. I. 2 Matth. XXVIII. 18. 3 Sap. I. 7. 4 Marc. XIV Luc. XXII. Ioann. XVIII.

habia enviado al mundo *para que despojase á los principados y las potestades, triunfando públicamente de ellos en sí mismo* [1], debia salir de las sombras á la luz, de lo escondido á lo público, de la palestra doméstica á un ancho y patente campo, á pelear las peleas de su Padre. Y dando el Padre desde lo alto la señal de acometer, Jesus se pone en camino. Ea Jesus, preséntate; juntos contigo combatimos: ahí está el huerto. *Ven, amado mio, salgamos al campo: moremos en las heredades. Venga mi amado á su huerto* [2]. Para el combate elige un huerto por campo; porque en un huerto habia declarado el hombre la primera guerra á Dios. Pero el adalid de nuestra batalla, el Príncipe de la paz ¿cuántos llevó por compañeros en el camino, ó por testigos en el combate? Cuando sale de su reino un rey á dar la batalla á otro rey no va sino rodeado de numerosa comitiva. Va delante un grueso cuerpo de tropas, batallones de infantes, escuadrones de caballería: lleva á su lado los príncipes, los próceres y principales del reino: y en su seguimiento los coches, carrozas y carros, y el numeroso séquito de criados y esclavos. Séame lícito insertar aquí un poco de historia profana. Cuando Marco Tulio salió de Roma desterrado por disposicion de Clodio, fue tanta la conmocion del pueblo, tal el sentimiento de los ciudadanos, y la tristeza y amargura de toda la ciudad, que todos mudaron el trage; y al salir el desterrado de Roma le acompañaban veinte mil

1 Colos. II. 15. 2 Cant. VII.

ciudadanos vestidos de negro, y cubiertos de lúto en señal de su profundo dolor. Aquí, no por un reino, sino por todo el mundo, no por algunos ciudadanos, sino por todos los hombres, no por una felicidad temporal, sino por la salvacion eterna, emprende esta batalla el Rey soberano de los Reyes. ¿Cuál es nuestro sentimiento? ¿Quién va por esto mas lúgubremente vestido, ó menos curiosamente ataviado? ¿Quién acompaña á este capitan, ó sigue á este adalid? Tres, y no mas, numera tan gran Señor que le acompañan en su viage. ¡Cuán solitario está en la tierra el que está asistido y obsequiado de millares de millares, y de millones de millares en los cielos! Mas si es nuestro ánimo seguir esta guia que nos precede, antes de poner el pie en seguimiento de las ensangrentadas huellas de un Dios padeciendo, dos cosas es necesario proponernos, é imprimir profundamente en nuestras almas. Una, la justicia del Padre, castigando con tanta severidad á su Hijo: otra, la clemencia del Hijo, padeciendo con tanta benignidad por nosotros. Aquella nos excitará á dolor por los excesos cometidos: esta nos excitará al amor por haber sido perdonados. Y con estos dos afectos de dolor y amor conseguiremos dos cosas, que tan encarecidamente nos recomienda David, como el compendio de toda la perfeccion: *huye del mal, y haz bien* [1]. Con estos dos pies, el siniestro del dolor, y el derecho del amor, te seguiremos, ó Jesus, á ti que eres el camino para

1 Psalm. XXXVI. 27.

alcanzarte, á ti que eres la vida. En todos nosotros, y en cada uno, no se oirá mas voz que una; la misma de Ethai á David: *Vive Dios, y vive el Rey mi Rey, que donde quiera que estuvieres, sea en vida, sea en muerte, allí es donde estará tu siervo* [1]. Fijo está en mi ánimo, á imitacion de Ethai con David, decir yo, y hacer lo mismo contigo, ó Hijo de David: donde quiera que estuvieres, ó sudando en el huerto de Getsemaní, ó silencioso en casa de Caifas, ó sufriendo injurias en el palacio de Herodes, ó recibiendo azotes en el pretorio de Pilatos, ó moribundo en el monte Calvario, y en fin, *en cualquiera lugar que estés, allí tendrás á tu siervo*, siendo en todo cuanto padecieres, no un espectador ocioso, sino un imitador solícito: no ignorando que *si somos compañeros en el sufrir, lo seremos en el reinar* [2].

§. II.

Pavor de Cristo.

Comenzó á tener pavor [3]: pavor causa el referir, y horror el escuchar que Jesus *comenzó á sentir pavor*. Tú, Adan, cuando oías en el huerto la voz de Dios, que tronaba en tus oidos: Adan, *¿dónde estás?* respondias temeroso y trémulo: *Oí tu voz en el paraiso, y temí, porque estaba desnudo, y me escondí* [4]. Mal haces en esconderte del que penetra lo mas *escondido*

1 II. Reg. XV. 21. 2 II. Timoth. II. 12. 3 Marc. XIV. 33.
4 Genes. III. 10.

del corazon [1]: no hay cosa escondida que no sea manifiesta á aquel que *ve en lo escondido* [2]. Sal, ó Adan, de donde te ocultas, y preséntate, que si te busca Dios es para socorrerte. No anda aquí en el paraiso al aura de la tarde el severo juez para dar castigo á tu delito: anda en el huerto de Getsemaní de noche tu hermano para ser por el crimen tuyo castigado. No digas ya mas *temí*. ¿Por qué temes al que teme? Él tiene temor, para que tú tengas seguridad. Asiste aquí por testigo de tu temor, pues has sido el autor de él. ¿Quién de nosotros no se atemorizará y temerá cuando teme aquel á quien todos temen, y todo lo que es temido? Si el que es muerte de la muerte, y ruina del infierno, siente temor y pavor por la muerte que le amenaza, ¿quién no estará siempre pavoroso, hallándose siempre expuesto al peligro de la muerte? Ea pues, Señor, ¿no es esto á lo que has venido, á destruir la muerte muriendo? ¿No es esto lo que tú mismo habias ya anunciado? Si voluntariamente te hiciste obediente al Padre, y el sujetarse á la muerte no ha sido obligado de necesidad, sino solo movido de caridad, ¿por qué te quejas cuando ya llega la precision de morir? ¿Qué te amedrenta? ¿No enseñabas tú é instruias á tus siervos, *que no temiesen á los que dan muerte al cuerpo* [3], porque su crueldad no puede penetrar hasta el alma? Mas San Lorenzo Justiniano, investigando la causa de este pavor, dice así [4]:

1 Psalm. xliii. 22. 2 Matth. vi. 6. 18. 3 Matth. x. 28.
4 De agone Christi cap. 1.

„¿Qué es esto, Señor? ¿estás contristado, y „verdaderamente pavoroso? ¿Qué? ¿se contris- „ta el que recrea á los contristados? ¿se con- „trista el gozo? ¿se atemoriza la fortaleza? ¿la „virtud teme? ¿la gloria padece tedio? ¿la bien- „aventuranza se ofusca? ¿la magestad se con- „funde? ¿la claridad se obscurece? ¿la salud „enferma? ¿la anchura se estrecha? No veo ar- „mado alguno: ninguno veo venir con espada „y con palos; ¿y temes, Señor? Te das á co- „nocer por caudillo de la cristiana milicia; pre- „sides á los que combaten contra las aéreas po- „testades; ¿y temes? Te llaman Dios de los „egércitos, y lo eres: veniste á poner en la tier- „ra cuchillo, y no paz; ¿y te atemoriza la pe- „lea? Si el Príncipe de las batallas tiembla, si el „que preside el combate teme entrar en él, ¿qué „han de hacer los demas soldados? Yo quisiera „saber la causa de este pavor: yo quisiera pene- „trar el misterio de ese tedio tuyo. Porque no „creo que eres inferior á tus soldados. Y sé que „ellos han vencido reinos, subyugado impe- „rios, tolerado suplicios, extinguido el fuego, „domado las fieras, y que no temieron á la mis- „ma muerte. Esto en los Mártires decimos que „fue milagro, pero en ti fue documento. Es cier- „to qne la virtud divina levantó sobre los lími- „tes de la naturaleza á los Confesores de la fe. „Pero el mismo mediador desamparado quiso te- „ner pavor y tedio. Conoce pues, ó hombre, „la dignacion de tu Salvador. Se inclinó á ti, pa- „ra elevarte á sí: se humilló por ti, para exal- „tarte en sí." Así el Justiniano. Investiguemos

nosotros otras causas de este pavor. Cuantas cosas ocurrian ó se presentaban á Cristo en su alma ó en su cuerpo, todas le infundian un inmenso pavor. Lo primero la noche era símbolo del pecado, afliccion, temor y tedio; porque la obscuridad acumula enormemente los males. Así la noche presente con sus horrorosas sombras, era una figurada pintura con negros colores de la tribulacion inminente, y particularmente de la separacion de sus discípulos, segun las palabras del sagrado verso: *porque la tribulacion está próxima, y no hay quien ayude* [1]. Noche circundada del horror de las tinieblas, que ya habia envuelto en una grande sombra cielo y tierra. Noche oportuna para tramar asechanzas, para efectuar traiciones, para egecutar maldades. Y Jesus en un huerto, lugar separado del bullicio, solitario y remoto de testigos, asiento y domicilio no menos del silencio que del temor, comenzó á verse agitado de fuera, y herido de dentro con todo género de pavores, hasta el extremo de sentir convulso, comprimido y casi anegado su corazon, y desfallecido su vigor y su ánimo; y con tal actividad, ímpetu y vehemencia, que no solo á él, sino á todos los hombres pudieran haber dado muerte tantos motivos de temor reunidos y amontonados, si no le hubiera sostenido la divina virtud. Entonces hubiera podido apropiarse oportunamente aquella expresion de Job: *Sobre esto se ha espantado mi corazon, y se ha movido de su lugar* [2]. Y para dar mas en-

1 Psalm. xxi. 12. 2 Iob xxxvii. 1.

trada al temor atroz de la muerte, que dentro de pocas horas habia de padecer, dejó á su alma entregarse á un extremado amor de la vida, y al deseo de conservarla con tanto anhelo de no perderla, cuanto en ningun otro hombre se vió jamas. Y cuanto era mas fuerte el vínculo estrecho de amor con que estaban unidos el alma y cuerpo de Cristo, tanto era mas violenta y dolorosa la separacion. Ademas, siendo el alma y la vida de Cristo de mas alto precio, y de mas excelente dignidad, y de mas subidos quilates, que todas las almas y vidas juntas de los mortales todos unidos: de aquí se concluye, que producia en Cristo esta pérdida mas horror, pavor y dolor que cuanto han experimentado jamas todos los mortales juntos. De esta consternacion del ánimo pavoroso empezaban á estremecerse todos los miembros del cuerpo, y á horrorizarse todas las fuerzas del ánimo. Chocaban las rodillas una con otra, conmovíanse todos los miembros, temblaban todos los huesos, atestiguándolo él mismo: *Quebrantádose ha mi corazon en medio de mí, se estremecieron todos mis huesos* [1]. Y aun lo que Elifaz Temanita protesta en el libro de Job haber sentido, pudo con mayor razon decirlo Cristo de sí hallándose en este pavor. *En el horror de vision nocturna, cuando suele el profundo sueño embargar á los hombres, se apoderó de mí, pavor y temblor, y quedaron todos mis huesos amedrentados* [2]. Así el Hijo de Dios, *cuando todo estaba en un sosegado silen-*

1 Ierem. xxiii. 9. 2 Iob iv. 13.

cio, y la noche en su vuelo llegaba casi al medio de su carrera [1]: atemorizado con los crueles espectáculos, que á su mente se presentaban, ya levanta los ojos atónitos al cielo, ya los baja á la tierra, ya los pone en los discípulos, ya los vuelve al rededor por todos los sitios que le circundan: cabeza, manos y todo el cuerpo mueve hácia varias partes de una á otra, y con los pies desasosegados declara los movimientos del ánimo pavoroso, y agitado de varias olas: los miembros temblando, los nervios trémulos, el semblante pálido, el pecho anhelante, el corazon palpitando, el ánimo horrorizado, el espíritu pavoroso, silenciosa la lengua; y así es que del cenáculo al huerto no se menciona profiriese ni una sola palabra. ¡O Dios inmortal! donde tiembla la fortaleza, fluctúa la constancia, teme el poder, está el hombre seguro y sin miedo. Está con pavor el Salvador de los hombres, y rie el hombre pecador. Tú que cometiste tantas cosas temibles, ¿no temes? ¡O tú, que aquí estás, cualquiera á quien la conciencia acusa como delincuente, y la razon condena como reo, si no eres tronco sin vida, y leño insensible, te estremecerás con todo tu cuerpo, y te horrorizarás con todo tu ánimo, si examinas y ponderas con alguna atencion lo que voy á decirte! Si careces de la divina gracia, eres merecedor de eterna pena: y para llegar á aquel lugar en que sin morir jamas ardas eternamente, ¿sabes cuánto espacio de tiempo basta? Tal, que no le hay ni puede

[1] Sap. xviii. 14.

haberle mas compendioso; solo un momento. ¿Y sabes qué distancia media entre ti y el abismo? Tal, que ni la hay ni puede haberla mas corta; un solo punto. Luego si en ese estado en que vives, si en ese sitio en que estás, si en ese instante en que respiras, dejas de respirar, en un punto caerás en los infiernos: y de tal suerte, que aquel mismo instante en que exhales el último aliento, venga á ser para ti el primer punto de una desgraciada eternidad. ¿Y de quién pende que venga ó no sobre ti un mal tan grande, que no puede temerse mayor? De aquel á quien el Padre constituyó Juez de los vivos y los muertos. Pues aquel que es tu Juez está aquí en presencia tuya. Aquel de quien dice San Pablo: *Horrenda cosa es caer en manos de Dios vivo* [1]. Si una vez llega á retirar la mano con que te sostiene; en un abrir y cerrar de ojos te hallarás padeciendo todas las cosas mas terribles que pueden temerse: ¿y aun no temes? Aquel que quiso padecer tanto por ti, y empezó á tener pavor en el huerto, quiere que tú ahora tengas pavor en este templo, y tal pavor, que te duelas de todo corazon, y te duelas de modo que borres tambien hoy con la confesion tus pecados, y los borres de modo que vuelvas á su gracia. Y todo esto si no lo haces en este dia, quizá esta noche te pedirá la entrega de tu alma: quizá antes de poner el pie en tu casa, te verás precipitado en el abismo. Ya desde aquí, desde ahora, desde este sitio, por boca de Eze-

1 Hebr. x. 31.

quiel truena como desde una obscura nube tu Juez: *Ya viene la aflicion, el fin viene, viene el fin &c., viene el quebranto sobre ti, viene el tiempo, pronto está el dia de la mortandad: ahora de cerca derramaré mi ira sobre ti, y consumaré mi furor en ti &c. Y conocereis que yo soy el Señor que hiero* [1]. Guardaos, espantaos, horrorizaos: ¿quién sabe si Dios quiere que alguno de este concurso, en esta hora, en este sitio, desde este púlpito, sea amonestado y aterrado por mi voz, para que si está apartado de Dios, hoy mismo se convierta á él? Amenazándoos está la muerte; agravándose está sobre vuestra cabeza aquel enorme peso de la eternidad para confundiros con la muerte: debajo de vuestros pies *ha dilatado el infierno su boca* [2] para sorber vuestras almas: en aquellas aras está el Juez, que clama, exhorta, convida: *Convertios á mí de todo vuestro corazon* [3]. Amenaza el pregon de la divina justicia. *Si no os convertís, vibró su espada, armó su arco* [4]. ¡O Señor! basta para temer oir la voz del temible. *Temor y temblor vinieron sobre mí* [5]. Yo pues, movido de tu ira y de mi perversidad, todo temblando en el cuerpo, y lleno de pavor en el ánimo, acudo á ti, que empezaste en el huerto á tener pavor por mí. Inmenso es mi temor; imponderable mi dolor: temo á quien he ofendido: duélome, porque le he ofendido. Temo, porque he provocado tu ira: duélome, porque no he aplacado tu

1 Ezech. VII. 5. 6. 2 Habac. II. 5. 3 Ioel. II. 12. 4 Psalm. VII. 13. 5 Psalm. LIV. 6.

indignacion. ¡O piedad, perdona al impío! ¡O misericordia, mira al desgraciado! ¡O clemencia, admite al que detesta sus excesos! No te apartes de mí cuando me convierto á ti. Confieso que soy hijo de muerte: mas con todo, cuanto es mi temor de la muerte, tanta es mi esperanza de la vida. Porque tú, vida de mi vida, has protestado por el Profeta: *No quiero la muerte del que muere: volveos, y vivid* [1]. Si no quieres la muerte, si quieres que yo viva, ya sin miedo entonaré: *No tendré muerte, sino vida* [2].

§. III.

Tristeza de Cristo.

Comenzó á contristarse y estar afligido [3]. Al solícito pavor de Cristo, que le acometió en el camino, sucedió una desmedida tristeza: siendo el fin de un mal, principio de otro. Entrado pues en el huerto, solo fecundó de abundancia de dolores, le llenó de suspiros, le regó con lágrimas; y con entristecido semblante, y ojos abatidos por la fuerza de la aflicion, fijándolos ora en Pedro, ora en Santiago, ora en su amado discípulo Juan, queria hablar, mas se lo impedia lo desmesurado del dolor. Porque el dolor vehemente exige que se le guarde silencio. Así mas y mas pavoroso del temor, atónito del dolor, y oprimido de la tristeza, mira á los discípulos; y dirigiendo sus miradas, unas veces hácia lo alto

1 Ezech. xviii. 32. 2 Psalm. cxvii. 17. 3 Matth. xxvi. 38.

de los cielos, otras hácia lo abatido de la tierra, ya hácia la diestra, ya hácia la siniestra, entre muestras de sentimiento, gemidos de corazon, lágrimas de los ojos, al fin con grandes sollozos, con quebrada voz, é interrumpida con los frecuentes gemidos, exclama lúgubremente: *Triste está mi alma hasta la muerte.* ¡O Pedro, ó Santiago, ó Juan de mis entrañas, y delicias mias! otra vez en el monte Tabor espectadores de mi gloria, y ahora en el huerto testigos de mi tristeza: *Conturbado está en mí mi corazon, y el miedo de la muerte ha caido sobre mí*[1]. Oye esto Pedro, y se horroriza; óyelo Santiago, y se pasma; óyelo Juan, y desfallece de dolor. A estas palabras quedan todos ellos atónitos: como los amigos de Job, que por espacio de siete dias lamentaron su dolorosísima suerte solo con lágrimas, con suspiros, con pasmo y con silencio. *Porque veian que el dolor era vehemente*[2]. Así aquí ninguno de los discípulos pronuncia una palabra, todos silenciosos, todos pasmados. *Porque veian que el dolor era vehemente.* Porque estaba triste hasta la muerte. Esto es, por la viva y vehemente aprehension de todos los males que me amenazan y estoy mirando en mi mente, tanto me angustio y me contristo, como si ya desde ahora muriese: estoy sufriendo agonías y dolores mortales, padeciendo las angustias del que está muriendo. El espíritu y las fuerzas me van faltando: poco me falta para quedar exánime de pavor: la violencia de la angustia, y la

1 Psalm. xiv. 5. 2 Iob ii. 12.

vehemencia de la afliccion casi me quitan la vida, é interrumpen el aliento. ¡O alma mia! mira como está el alma de Cristo triste hasta la muerte, porque te desvias tú del camino estrecho por donde se va á la vida, y andas por el camino ancho que va á parar en la muerte. Sécase aquella fuente de donde redunda en copiosos raudales cuanta alegria hay en los hombres, cuanto gozo en los ángeles, cuanto regocijo en el cielo y en la tierra. A Dios ahora, ó alegría y gozo: ciérrate, *ó casa del convite* [1]: iré al huerto de Getsemaní, esto es, *á la casa del llanto*. Quedaos, ó estrados de marfil. *Con lágrimas regaré mi estrado* [2]: marchitaos, rosas; creced, espinas; enmudeced, ó tímpanos, y cítaras y órganos; no resuenen ya aquellas expresiones: *Dejemos en todas partes señales de alegría* [3]: no es conveniente á los lamentos aquel tono. Acércate, tristeza, sé tú mi convidada en la mesa, mi compañía en el camino, mi guia en mis pasos; abre los ojos á las lágrimas, el corazon á los gemidos, la garganta á los sollozos, el pecho á los suspiros, las manos á las demostraciones dolorosas, la lengua á los ayes lastimosos. Te dueles, Jesus mio, y te contristas delante de los tres discípulos; ¿pero acaso es tu dolor solo por ellos? ¿no era yo, Jesus mio, tambien uno de aquellos por quien y sobre quien te afligias? ¿no se entristeció tu alma porque pecó el alma mia? y despues de haber pecado, no sólo no estuvo triste hasta la muerte, sino imitó *á los que se alegran cuando*

1 Eccles. VII. 3. 2 Psalm. VI. 7. 3 Sap. II. 9.

hacen mal, y se deleitan en cosas pésimas [1]; ¡O alegría mala de los males! ¡O pésima alegría de las cosas pésimas! Despues de tanta tristeza de Cristo causada por los pecados de los hombres, deberian todos los que hay esparcidos por el orbe, por uno solo, aun el mas mínimo pecado cometido por un hombre, dolerse de tal modo, entristecerse tanto, que por la vehemencia del pesar llegasen á hundir á golpes su pecho, arrancar sus cabellos, lastimar sus megillas, vestirse un saco, cubrirse de ceniza, postrarse en el polvo, rugir con gemidos de su corazon, llenar el aire todo de dolorosos lamentos, clamar con lastimera voz: *¿Quién dará agua á mi cabeza, y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar noches y dias* [2]? y con Micheas: *Por esto lloraré y aullaré: andaré despojado y desnudo, haré llanto como de dragones, y lamento como de avestruces* [3]. A este modo correspondia que se entristeciesen y llorasen cuantos mortales hay en el orbe, por un pecado cometido, por uno solo, aun por el mas mínimo que puede imaginarse. ¿Y dónde está la tristeza tuya despues de unos excesos tan multiplicados en número, y tan enormes en gravedad? Triste está el alma de Cristo hasta la muerte, con todo *que no hizo pecado* [4]. A ti te *concibió en pecado tu madre* [5], *y en pecados has nacido todo* [6]. Tus pecados sobrepujan en número á las arenas del mar: tus pecados subieron hasta el cielo delante de Dios. ¿Qué

1 Prov. II. 14. 2 Ierem. IX. 1. 3 Mich. I. 8. 4 1. Petr. II. 22. 5 Psalm. L. 6. 6 Ioann. IX. 34.

precepto de Dios hay que no hayas quebrantado? ¿qué miembro en todo el cuerpo que no te haya servido de instrumento para pecar? Finalmente desde la planta del pie hasta la cima de la cabeza no hay cosa en ti sana, porque no hay sino iniquidad. Y despues de tantos motivos de arrepentimiento, ¿dónde está la penitencia? Muy al contrario, te derramas todo en diversiones, saltos de pies, aplausos de manos, empleado en apurar las copas, por el dia disoluto, por la noche estragado, gastas en estos bienes tus dias. ¿Qué te queda que esperar despues de tantos bienes en vida, sino aquella triste suerte del rico Epulon [1]? *Reflexiona que recibiste bienes en tu vida &c.* por eso *eres atormentado.* Oidlo, delicados, que teneis por vuestro dios á vuestro vientre, que por la noche os revolveis entre blandas plumas, por el dia andais entre agradables rosas, que pasais toda la vida en delicias, que despues de innumerables delitos, no solo teneis horror á la penitencia, sino aun miedo de oir hablar de penitencia. Oid, horrorizaos, estremeceos, pues el que habla es la verdad, el que amenaza es la justicia, el que cumplirá lo que amenaza es el poder: esto dice á los hijos de muerte el hijo de Dios, que está triste hasta la muerte: *Si no tuviereis penitencia, todos igualmente pereceréis* [2]. Y despues de tal trueno, ¿aun duermes? ¿aun no despiertas? ¡O tristísimo Jesus! yo, yo soy el que arranqué tantos gemidos de tu corazon; yo el que exprimí tantos

1 Luc. xvi. 25. 2 Luc. xiii. 3.

lamentos de tus labios, yo el que saqué de tus ojos tantas lágrimas. Mas yo tambien seré el que enjugue todo el llanto de tus ojos. Sé que *tienes gozo por un pecador que hace penitencia* [1]. Pecador soy, lo confieso: *pequé contra el cielo, y delante de ti* [2]. Pésame de haber aborrecido á mi Padre, abandonado á mi Señor, y ofendido á mi Dios. No esté pues ya mas triste tu alma hasta la muerte, sino conviértase tu tristeza en gozo: pues tienes gozo por un pecador que hace penitencia: nunca te quitaré este gozo, porque nunca volveré á ofenderte.

§. IV.

Origen de la tristeza que anegaba el corazon de Cristo.

Esta tristeza de Cristo era de mayor vehemencia y de mas actividad, que seria ó podria ser segun el orden comun del poder de Dios. Primeramente de parte del objeto material; porque Cristo se afligió por todos los pecados de los hombres todos, que se le representaron aglomerados todos juntos, percibiéndolos y penetrándolos con una inteligencia completa y perfectísima. 2.° De parte del objeto formal; porque nadie jamas conoció tanto ni la magestad de Dios ofendido, ni la malicia del pecado con que se le ofende. 3.° De parte del modo de conocer; porque nadie consideró tan clara y distintamente,

1 Luc. xv. 7. 2 Luc. xv.

ni con tanta atencion y vehemencia en su ánimo, todo cuanto es capaz de conmover á detestar el pecado. 4.° De parte del principio; porque nadie amó con tan ardiente caridad á Dios, ni se esmeró tanto en su obsequio y culto, y en conservar inviolables sus soberanos derechos. Ahora bien: cuanto mas intensamente amamos á alguno, tanto mas amargamente nos entristecemos de su mal. Solo Cristo, hombre Dios, obsequiaba á Dios con amor condigno ó correspondiente, esto es, con amor infinito. Luego era necesario que con los pecados de los hombres, con los cuales se hace á Dios un agravio, en cierto modo infinito, se contristase casi infinitamente, y hasta el extremo de la muerte. Por esta causa permitia que se le presentasen, y como en un patentísimo teatro se pusiesen de manifiesto á su mente todos los males, los pasados, los presentes, los venideros. Los pasados: viendo aquella inmensa muchedumbre de hombres que desde la creacion del mundo hasta aquella hora, ¡ó dolor! se habian perdido eternamente, estando en los obscuros calabozos del abismo martirizados con intolerables tormentos. Y como que aquel vastísimo piélago infernal se manifestaba y abria debajo de sus pies, oyéndose allí los horrorosos aullidos de aquellos desventurados de entre los tormentos, las quejas y blasfemias contra Dios, y los desesperados lamentos. ¡O cuán grande, ó cuán atroz era esta tristeza para Cristo! tan amante de cada una de las almas, que por cualquiera estaba prontísimo á padecer todo cuanto padeció por todas; y conociendo que todas aque-

llas almas hubieran podido con el beneficio de su sangre librarse de las penas, y entrar en la eterna gloria. ¿Por ventura, por la pérdida y eterna muerte de tantas almas, no tenia motivo el alma de Cristo para estar triste hasta la muerte? De lo pasado volvia y violentaba su vista hácia lo presente. Aquí tambien se le presentaba una trágica y funesta escena. Proponíasele el actual estado del mundo en inminentísimo riesgo de perdicion eterna: viéndole obscurecido con la infame y negra noche de la ignorancia, sumergido en tan abominable cieno de delitos, en tan deplorables y tenebrosos errores, que poquísimos, esto es, los judíos solos tenian conocimiento de Dios, y entre ellos algunos apenas le conocian; y aun conocido, apenas le daban el correspondiente culto: de modo que con verdad puede decirse de aquel tiempo y de aquel estado del mundo, que nunca podrá debidamente llorarse, lo que decia el Real Profeta [1]: *No hay quien haga bien, no hay siquiera uno.* Ni con menos verdad lo del pontífice Inocencio: *Toda la vida de los mortales está llena de pecados mortales.* Jerusalen, aquella *ciudad de perfecto decoro* [2], que verdaderamente como señora de las gentes se aventajaba á todas las naciones, tenia en sí copiosa mies de los errores de las naciones todas. Ved con qué colores pinta su horrible semblante el Crisólogo [3]. *Jerusalen se habia manchado con varias contaminaciones, los sacerdotes profanando las cosas santas, y vendiendo los*

1 Psalm. xiii. 2. 2 Ierem. Thren. i. 3 Serm. 158.

pecados, habian convertido en torpe logro la piedad y el perdon. Los escribas habian cambiado la doctrina del cielo, la ciencia de la salvacion, el magisterio de la vida en perverso sentido, en pérfido tropiezo, en mortal vanidad de labios. De aquí es que no quieren que Cristo nazca, temen que viva; porque conocen que serian despues dados á la ignominia, entregados al oprobio, arrojados del templo, privados del sacerdocio, despojados del ministerio de las oblaciones. De aquí es que Cristo, previniendo todo cuanto le habia de hacer padecer despues aquel pueblo suyo tan amado y preferido entre todos: viéndose desamparado del cielo, de la tierra, de los ángeles, de los hombres, de su Padre, de su Madre, de sus discípulos, y de todos, vuelto á los discípulos con un semblante tristísimo, *triste está*, dice, *mi alma hasta la muerte.* Ahora todos con una conspiracion de pasiones se conjurarán en mi daño: concurrirán á afligirme reyes, jueces, gobernadores, pontífices, fariseos, cortesanos, soldados, gentiles, judíos: de esto *está triste mi alma.* El rey Herodes y su corte harán burla de mí; el juez Pilatos me condenará; Anas y Caifas, sumos sacerdotes, me reprobarán; los escribas y fariseos me acusarán; los soldados me prenderán; los verdugos me azotarán y me enclavarán en la cruz; uno de los apóstoles me entregará, otro me negará, todos me abandonarán. *Triste está el alma mia.* Esta cabeza será traspasada con espinas, estos cabellos serán mesados, estas megillas heridas con bofetadas, estos brazos descoyuntados, estas manos y

pies taladrados con clavos, estas espaldas y todo este cuerpo destrozado con las heridas. *Triste está el alma mia.* ¡O qué íntimos dolores! Mas si á lo menos los hombres que habrán de existir despues de su muerte, si estos siquiera consiguieran la salvacion..... Pero esto acrecentaba mucho mas su dolor; porque preveía tantos y tan enormes delitos que despues se cometerian, y por consiguiente que se perderian tantos, como si no hubiese padecido: y por lo mismo tanto mas graves serian las ofensas de los pecados, cuanto habian sido mas graves los tormentos de su pasion. Todas estas cosas reunidas, las pasadas, las presentes, las futuras, combatian á su alma tristísima con las mayores máquinas, con los mayores esfuerzos, y con tan vehementes ímpetus, que con el acerbo y enorme peso del vehementísimo dolor que agravándose descargaba sobre él, no hubiera podido vivir, si alguna fuerza ó virtud mas que humana no hubiera sostenido su vida. Y tú que eres el autor de tanta tristeza para aquel que es el gozo de toda la tierra, y la alegría de todo el cielo, no solo no estás triste hasta la muerte, mas ni aun hasta el llanto. ¿Qué digo llanto? Estás alegre hasta el extremo de la risa: y aun te atreves á gloriarte en la malicia, y prorumpir en las palabras de aquel impío[1]: *Pequé; ¿y por eso me ha sucedido algo triste?* ¿Pero es así? ¿acaso puede imaginarse cosa mas triste para un pecador que el mismo hecho de haber pecado? Despojado estás

1 Eccli. v. 4.

de la divina gracia: y cuando esto digo, digo que han venido sobre ti todas las cosas que pueden temerse mas tristes. Oye lo que te ha sucedido triste, y al oirlo te retiñirán ambos oidos, si aun te quedan algunos restos de fe. Pecaste: luego perdiste ya el derecho al cielo, fuiste despojado de todos los auxilios para el reino del cielo, de las virtudes, de los méritos, de las oraciones de la Iglesia, de la comunion de los santos, del amparo de los ángeles, de la proteccion de Dios. Pecaste: luego ya te ha sobrevenido tanto mal; que aunque todos cuantos tiranos hubo y habrá te martirizasen con todas las especies de suplicios que es capaz de inventar la crueldan, ingeniosa inventora de tormentos: aunque todos los hombres de los siglos todos se conjurasen en tu daño: aunque se abriesen los candados y puertas infernales, y saliesen todos los demonios contra ti, y reunidos todos sus esfuerzos te embistiesen, martirizasen, despedazasen: aunque tú solo hubieras de sufrir en el cuerpo y en el alma todos los tormentos de los que estan anegados en las penas infernales: todos estos males aquí enumerados, é innumerables otros que pudieran imaginarse, no son comparables con el mal que te ha sobrevenido desde que cometiste un solo pecado mortal. Y te atreves á decir: *¿Aunque he pecado, qué me ha sucedido triste?* ¿Pecaste? pues date priesa, y acude á los que tienen potestad para perdonar los pecados. ¿Pecaste? *Mira al cordero de Dios que quita los pecados*

del mundo [1]. ¿Pecaste? Mira á aquel que *vino á llamar los pecadores* [2]. ¡O Señor! por causa de mi alma está triste el alma tuya. Yo soy el autor de aquella tristeza, como prevaricador de tu ley. Yo pues esclavo del pecado, reo de muerte, hijo de ira, heredero del infierno, oprobio de la tierra, horror del cielo, lleno de amargura, anegado en llanto, suspirando de lo íntimo del corazon, hiero mi pecho, clamando: *Triste está mi alma hasta la muerte*, porque mi alma se ha acercado hasta los umbrales de la muerte.

§. V.

Apártase de sus discípulos.

Y se apartó de ellos como la distancia de un tiro de piedra. [3]. Ved aquí nuevo motivo de un nuevo dolor. *Apartóse de ellos.* ¿Quién? ¿de quiénes? él de ellos: Cristo de los Apóstoles. Nadie expresará facilmente con palabras el dolor tanto de Cristo como de los Apóstoles en esta separacion, si no se comprehende bien el mutuo amor que se tienen. Jamas hubo padre que tanto así amase á su primogénito, madre á su hijo único, esposo á su esposa, hermano á hermana, amigo á su mayor amigo: no amó tanto Jacob á Josef, Josef á Benjamin, á Tobías su madre, Jonatas á David, como Cristo amaba á los Apóstoles. Pero este amor la voz misma del amado le expresará con mas vigor: *Al modo que*

1 Ioann. I. 29. 2 Matth. IX. 13. 3 Luc. XXII. 41.

me amó el Padre , así os he amado yo [1]. ¿Puede el Padre amar á alguno mas que al Hijo? *Este es* , dice , *mi Hijo amado* [2]. ¿Puede el Padre tener mas complacencia en alguno que en el Hijo? *En él tengo toda mi complacencia.* Con todo eso; *así como me ha amado el Padre , así os he amado yo.* Tambien los discípulos amaban recíprocamente á Cristo. *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amais* [3]. ¿Pues con cuánta violencia se apartaría de ellos? Al modo que una encina envejecida , que ha echado en la tierra profundísimas raices, no se arranca del suelo en que está plantada y casi unida con él sin una gran violencia , sin destrozo de las raices y destruccion de las fibras ; así entre Cristo y los discípulos , como no habia mas que un corazon y un alma , no pudo esta separacion efectuarse sin violencia suma y dolor. Suelen los médicos y filósofos definir al *dolor division de lo continuo.* Nada hay tan continuo y uno como los amigos , cuya alma se dice que está mas donde ama que donde anima. ¡O cuanto sería el dolor en esta separacion! Cristo al dejar á los Apóstoles , les hablaba con su aspecto silencioso , porque el dolor le tenia embargada la voz : los discípulos le respondian con solo el llanto , porque el pasmo los tenia enagenados. Apartábase Cristo , despues de mutuos abrazos , espaciosamente : apenas habia dado algunos pasos , cuando vuelve el rostro á mirar á sus amados. Ya faltaba poco para perderlos de su amable vista , y vuelve á mirarlos.

1 Ioann. xv. 9. 2 Matth. xvii. 5. 3 Ioann. xvi.

Resuena el monte todo con los recíprocos suspiros: se lamentan los discípulos, y repite el eco sus lamentos. Finalmente habíase ya apartado tanto, como á *distancia de un tiro de piedra.* Aquí el amor y el dolor, siendo ambos sumos, fijando como en nuevas columnas otro: *no mas*: le detienen. Entre tanto *se apartó de ellos.* El Pastor de las ovejas, el General de los soldados, el Protector de los clientes, el Maestro de los discípulos, el Padre de los hijos, Cristo de los Apóstoles. Desdichadas ovejuelas, ¿qué hareis sí viene el lobo robador? ¿buscaréis al Pastor? *Apartado se ha.* ¡Ay, débiles soldados! ¿adónde huiréis, si los enemigos toman las armas y el escudo, y os embisten? ¿acudiréis al General? *Se ha ausentado.* ¡Ay, afligidísimos huérfanos! ved cómo *se presentaron los Reyes de la tierra* [1], *y los Príncipes conspiraron á una contra vosotros* [2]: *os entregarán, en sus concilios y sinagogas os azotarán, y sereis conducidos ante los Presidentes y los Reyes*: ¿y adónde, ó infelices, acudiréis? ¿al Maestro? ¿al Padre? ¿á Jesus? *Se ha ausentado.* Mas no temais vosotros. No está lejos de cada uno de vosotros: solo dista como el tiro de una piedra. Si el peligro os amedrenta, clamad; sereis escuchados. Si el combate os amenaza, buscadle; le hallaréis: solo dista *como el tiro de una piedra.* Mas alejado está Dios de los pecadores: *no como un tiro de piedra*, sino *como distan elevados los cielos de la tierra* [3], *así distan elevados mis caminos de los*

1 Psalm. II. 2. 2 Matth. x. 18. 3 Isai. LV. 9.

vuestros. Un caos[1] *inmenso está interpuesto* entre Dios y el pecador; porque *lejos de los pecadores la salud*[2]: luego lejísimos de los pecadores Jesus, esto es, el Salvador. Si los polluelos se retiran lejos de la madre, viene el milano y los devora. Si el sol se aleja del hemisferio, queda este todo obscurecido y tenebroso. Así *los que se alejan de ti perecerán*[3]. El pródigo se alejó de su padre, y *se marchó lejos á una region distante*[4]; y he aquí luego que estuvo alejado de su padre comenzó á *carecer de todo, y deseaba saciar su vientre de las algarrobas con que se alimentaban los puercos, y nadie se las daba.* Ve aquí qué calamidad, luego que el hijo se ausenta de su padre, luego que se aleja de la casa de su padre. Al propósito del pródigo dice San Ambrosio[5]: *No es maravilla que empezase á estar necesitado, porque el que se retira de la fuente está sediento: el que se retira del tesoro, necesitado: el que se retira de la sabiduría, entorpecido: el que se retira de la virtud, disoluto. Verdaderamente infeliz necesidad la que careció de pan, y nada se aprovechó del sustento de los puercos.* Si así es, seguramente no conviene apartarse de ti, ó Jesus, ni aun *como el tiro de la piedra.* Porque me deja aterrado aquella voz tuya fulminadora, que por boca de Oseas pronunciaste entre amenazas: *Ay de ellos, cuando me retirare de ellos*[6]. Merecido *ay*, porque así como retirada el alma muere el cuerpo,

1 Luc. XVI. 2 Psalm. CXVIII. 155. 3 Psalm. LXXII. 4 Luc. XV. 16. 5 In Luc. XV. 6 Ose. IX.

así retirada tu gracia muere el alma. No sea así, te suplico rendido con el Profeta: *Señor, no te desvies de mí* [1]. Es tu nombre *Emmanuel*, esto es, *Dios con nosotros* [2]. Pues *permanece con nosotros*, sol, porque si te desvias, *anochece*: *permanece con nosotros*, fuente, porque sin ti todo es sed: *permanece con nosotros*, vida, porque sin ti todo es muerte: *permanece con nosotros*, salvacion, porque sin ti todo es exterminio. No desconfieis, pecadores, como si el que vino á llamar los pecadores estuviese lejos, y no pudiese escucharnos. No está apartado de los que tienen el *corazon empedernido*; ni aun *como el tiro de piedra*. Oid al Apostol: *No está lejos de cada uno de nosotros* [3]. Solamente con que envies de tu arrepentido corazon un silencioso suspiro, te escuchará; *porque no está lejos*. Con que derramen tus ojos sola una lágrima, te mirará; *porque no está lejos*. Con que toques la orilla de su vestido, te sentirá; *porque no está lejos*. Con que acudas como el pródigo á su padre, te saldrá al encuentro; *porque no está lejos de cada uno de nosotros*. Este hombre, este Dios, este hombre Dios clama á los justos, clama á los pecadores: á los justos: *venid*; á los pecadores: *volved*; á aquellos: *venid á mí todos los que padeceis trabajos* [4]; á estos: *volved en vosotros prevaricadores* [5]: volved por el camino estrecho y angosto los que os extraviasteis por el ancho y espacioso. Volved por la penitencia los

1 Psalm. xxxiv. 22. 2 Matth. 1. 23. 3 Act. xvii. 28. 4 Matthæi xi. 28. 5 Isai. xlvi. 8.

que os extraviasteis por la malicia. Volved por la pureza los que os extraviasteis por la lascivia. Volved por la templanza los que os extraviasteis por la ebriedad. Volved prevaricadores, para que podais oir de la boca del soberano Juez algun dia: *Venid benditos* [1].

§. VI.

Oracion de Cristo al Padre.

Prosiguiendo un poco, se postró poniendo el rostro en la tierra [2]. El Hijo de Dios, apenas ya Hijo del hombre, afligido hasta tener tedio, pavoroso hasta temblar, triste hasta la muerte, oprimido de tantos afectos que combatian entre sí, no viendo en parte alguna de la tierra asilo donde acudir; ni esperando de parte de los hombres alivio con que respirar; ni recibiendo de los discípulos consuelo con que esforzarse: decia consigo mismo lo que aquel pródigo [3]: *Me levantaré, é iré á mi padre. Hincadas pues las rodillas, y postrándose con el rostro sobre la tierra oraba.* Ved aqui el omnipotente Hijo de Dios, que sostiene toda la máquina del mundo, puesto en manos de la malignidad, oprimido con el gravísimo peso de todos los pecados, como fatigado con tan inmensa carga inclina el cuerpo con la mas sumisa reverencia, dobla los hombros, encorva las rodillas, y (*pasmaos en esto cielos* [4])

1 Matth. xxv. 2 Matth. xxvi. 39. 3 Luc. xv. 4 Ierem. ii. 12.

el que *en el principio crió el cielo y la tierra* [1] cae postrado sobre su rostro en la tierra. ¡O soberbio, que con el cuello erguido, el sobrecejo levantado, la cerviz orgullosa, pisando con altivos pies la tierra, con un vanísimo fausto andas por las calles de Babilonia! ve aquí á la alteza abatida, á la magestad postrada en el polvo; mira, ó hijo de la tierra, al Hijo de Dios cosido con la tierra; mira, ó polvo y ceniza, á todo un Dios envuelto en el polvo. ¡O prodigio! Allí fija Dios su rostro donde suelen los hombres fijar sus pies. Oigan aquí aquellos que para orar á Dios en la casa de oracion les es incómodo el doblar ambas rodillas, oigan lo que dice San Cesario [2]: *Ora la misericordia, y no ora la miseria: ora la caridad, y no se humilla la iniquidad: ora postrado en tierra el Médico, y no se inclina el enfermo: ora la inocencia, y no ora la malicia: ora el que no cometió pecado, y no se postra el que está envuelto en muchos pecados. Ora el Juez, y dësea perdonar, y no ora el reo para merecer alcanzar el perdon: ora el que ha de juzgar, y deja de orar el que ha de ser juzgado.* Pero oigamos las palabras del que ora, para que de él tomemos el egemplo de orar. *Padre mio, si es posible pase de mí este cáliz.* Antes bien, hermano mio, si es posible pase no de ti, sino por ti, este cáliz. Porque si quieres que pase de ti el cáliz, es necesario que perezca el hombre. *Dilató el infierno su capacidad sin término alguno* [3]: aséchannos los príncipes de las

1 Genes. I. 1. 2 Cesar. Arelat. Hom. XXIX. 3 Isai. 14.

tinieblas, nos amenazan ruina los demonios, vibra tu Padre la espada desde los cielos, déjannos los ángeles sin auxilio: tiembla el hombre reo entre los infiernos abiertos y los cielos cerrados, desnudo, pavoroso, atemorizado, expuesto al furor de todos; y ve aquí, que si tú solo vives, todos morimos; apiádate pues de tus hermanos; *porque hermano y carne nuestra eres* [1]. Eres Jesus, esto es, Salvador, sálvanos; perecemos si tú no bebes el cáliz por los que perecen. Aun con todo clama: *Si posible es pase de mí este cáliz.* Por mí, en hora buena, ó Jesus; pase de ti ese cáliz; pero entre tanto advierte *que el que amas está enfermo* [2]. Pase de ti ese cáliz, si es posible que dejes perecer á quien amas. Pase de ti ese cáliz, si es posible que veas morir al hombre por quien te hiciste hombre. Bien sé que esto no es posible. Veias á Jerusalen, y preveias su perdicion, y despues llorabas sobre la ciudad. Lázaro habia muerto, y al estar junto al monumento lloraste. Se habia perdido una ovejilla, y dejando las noventa y nueve, veniste por la perdida. Veias en otro tiempo á la turba, y no teniendo que comer, movido de misericordia, decias: *Me compadezco de la turba* [3]. Ve aquí una turba que nadie puede numerar, todos los hijos, digo, de Adan, porque el padre de ellos *tomó del fruto del arbol* [4] que está en medio del paraiso, y *comió*: ya no tienen que comer, y así es forzoso que perezcan. ¿Y qué, será posible que no ten-

1 Gen. xxxvii. 27. 2 Ioann. xi. 3 Marc. viii. 8. 4 Gen. iii. 6.

gas misericordia de tanta muchedumbre? Sé que no es posible. Y por tanto es imposible que pase de ti ese cáliz. Cuando aquella madre en presencia de Salomon veia que iba á morir su hijo, diciendo Salomon: *Traedme la espada, y dividid al infante vivo en dos partes* [1]; al punto, á vista de este funesto espectáculo, *se conmovieron todas sus entrañas sobre su hijo*; y respondió: *Suplícote, Señor, que le deis el niño vivo, y no querais darle muerte.* Ve aquí tu Padre mas que Salomon, *ha vibrado su espada* para exterminar al hombre á quien criaste á imágen y semejanza tuya; y si pasa de ti ese cáliz, será traspasada su alma con la espada de tu Padre. Mas no temais; lo estoy viendo; se conmueven sus entrañas (pues tiene entrañas de misericordia) sobre el hombre, y ved que alarga la mano para tomar el cáliz y beberle; pero antes vuelto hácia vosotros os pregunta: *¿Podeis beber el cáliz que yo tengo de beber* [2]? Otro cáliz os propone aquella ramera babilónica, *madre de las fornicaciones y abominaciones de la tierra, un vaso de oro que tiene en su mano lleno de abominacion* [3]. De este vaso se bebe el *vino en que está la lujuria* [4]. Y con todo aquí no hay quien no exclame sed tengo: *Dame de beber* [5]: apenas le gusta con la extremidad de los labios, cuando exclama como Jonatas: *Gusté gustoso un poco de vino* [6] del cáliz del mundo, y *veisme aquí muero.* Al contrario el cáliz tuyo que embriaga,

1 III. Reg. III. 24. 2 Matth. XX. 22. 3 Apoc. XVII. 4. 4 Ephes. V. 18. 5 Ioann. IV. 7. 6 I. Reg. XIV. 45.

ó Jesus, ¡quán esclarecido es! porque tú con tus mismos labios, en los cuales *está la miel y la leche* [1], le quitaste toda la amargura: por tanto gustaré gustoso un poquito de vino del cáliz que tú bebiste, y viviré; porque el que bebe de ese cáliz *nunca tendrá sed, sino tendrá en sí una fuente de agua que salte hasta la vida eterna* [2].

§. VII.

Jesucristo sujetándose á la voluntad de su Padre, admite el cáliz que le ofrece.

Padre mio, si es posible pase este cáliz de mí; pero no sea como quiero yo, sino como quieres tú [3]. Padre mio, bien sé, bien sé tu decreto, al cual he subscrito en el fuero de la justicia; admití el mandato tuyo teniendo la escritura mia: conozco que *en el principio del libro está escrito de mí que haria yo tu voluntad; así lo quise, Dios mio* [4]. Y así no mi voluntad, sino la tuya se haga. Mas con todo, Padre, y Padre mio, no solo por el favor de la gracia, sino por el derecho de naturaleza sabes tú que yo te amo, y yo sé que tú me amas, atestiguando tú mismo: *Este es mi Hijo amado* [5]. Luego si me amas, si alguna vez te he complacido, dígnate ahora complacerte en que pase este cáliz de mí. Séate suficiente, ó Padre, que yo haya nacido en un establo, estado envuelto en pañales, reclinado en un pe-

1 Cant. IV. 11. 2 Ioann. IV. 14. 3 Matth. XXVI. 4 Psalm. XXXIX. 9. 5 Matth. III. 17.

sebre. ¿Si lágrimas quieres? lloré sobre Jerusalen. ¿Si sangre? la derramé circuncidado. ¿Si trabajos? *Pobre soy y entre trabajos desde la juventud* [1]. ¿Si fatigas? fatigado me senté sobre una fuente. ¿Si tristeza? *Triste está mi alma hasta la muerte. Pase pues de mí este cáliz.* ¿A tu amado Hijo, y tan amado, le convienen prisiones, salivas, bofetadas, azotes, espinas, clavos y cruz? ¿Podrás, Padre mio, ver á tu Hijo en el monte Gólgota con la mayor ignominia pendiente en el aire en un afrentoso madero, desnudo, despedazado, ensangrentado, como el oprobio de todos los mortales, y el último de los hombres, morir en un patíbulo? *Turbada está mi alma ahora. Padre, sálvame de esta hora* [2]. Y ahora ¿qué he de decir? *Con todo no sea como yo quiero, sino como quieres tú. Esta es la voz del amado* [3]. Esta voz de la cabeza es la salud de todo el cuerpo. Advierto en una sola persona dos voces de sentido diferente: una la voz del temor, otra la voz del amor. *Pase de mí el cáliz* es la voz del temor; *pero no como yo quiero* es la voz del amor. *Pase de mí el cáliz* es como voz del infierno; *no como yo quiero* es la voz del médico. El temor rehusa el cáliz, el amor le acepta. El temor quiere que el cáliz pase de sí, el amor quiere que pase por sí. El temor quiere derramar el cáliz, el amor quiere beberle. Clama el temor: *No beberé de este fruto de la vid* [4]. Clama el amor: *Dame de beber.* Beberé has-

1 Psalm. LXXXVII. 16. 2 Ioann. XII. 27. 3 Cant. II. 8. 4 Marc. XIV. 25.

ta que agotado el cáliz diga: *Consumado está.* Al proponérsele á Cristo aquel cruel aparato de tan sangrienta tragedia, los cordeles, las cadenas, las columnas, los azotes, las espinas, la hiel, el vinagre, la cruz, los clavos, la lanza, dice el temor: *Padre mio, si es posible pase este cáliz de mi.* Y al contrario, al proponérsele el decreto de la Trinidad santísima, la gloria de la resurreccion de su cuerpo, el deseo de los ángeles, los suspiros de los santos padres del limbo, la salvacion de los hombres todos, y en fin la voluntad de su eterno Padre, dice el amor: *No como yo quiero, sino como quieres tú.* Al oirse la voz del temor: *Pase este cáliz de mi*, se regocijan los enemigos del hombre, se alegran los infiernos, triunfan los demonios, y reunen sus consejos para arruinar al hombre diciendo: Dios le ha desamparado, perseguidle y cogedle, porque no hay quien le libre [1]; no quiere beber el cáliz que le dió el Padre. Mas cuando resuena aquella voz del amor: *No como quiero yo, sino como quieres tú*, huyen los demonios, se confunden los enemigos, brama el infierno, se regocijan los cielos, se alegran los ángeles, aplauden los hombres. Así como Cristo experimentó aquí esta lucha entre el temor y el amor, así yo tambien confieso que oigo en mis miembros una voz que hace resistencia á la voz de mi alma. Otras tantas veces clama la naturaleza corrompida: *Pase de mi este cáliz.* Si se me propone que sepulte en el olvido una injuria, que deponga

1 Psalm. LXX. 11.

una enemistad, que oiga con silencio una contumelia, aquí se clama: *Pase de mí este cáliz.* Se ha de macerar la carne con el ayuno, mortificar el cuerpo con el áspero vestido, refrenar la lujuria, contener la ira; tambien se opone la carne y clama: *Pase de mí este cáliz.* Pase de mí toda adversidad: pase de mí la pobreza, la ignominia, la hambre, la sed, la enfermedad. Finalmente pase de mí todo lo que me es incómodo, molesto y malo. Esta voz es voz de Esaú, no de Jacob; es voz de la naturaleza, no de la gracia: es voz de la carne, no del espíritu. Otra es ahora mi voz: *No como yo quiero, sino como quieres tú.* Protesto que tu voluntad es la primera regla de todas las voluntades, á cuya norma debemos nosotros arreglar nuestro querer y no querer; pero con todo, como siempre que mi voluntad se desvia de la tuya, advierto que soy semejante á aquel perezoso de quien dice el Sabio: *Quiere y no quiere el perezoso* [1]. Me estrechas con tus palabras: *Joven, te digo que te levantes* [2]: ya quiero levantarme, ya no quiero. El espíritu me levanta, la carne me deprime. El espíritu clama: busca lo que está en lo alto, sabe lo que arriba está. La carne reclama y dice: *Arrójate á lo bajo* [3]: así yo miserable, mientras quiero y no quiero una misma cosa entre la lucha del espíritu y la resistencia de la carne, *me he hecho gravoso yo á mí mismo* [4]. ¿Y qué diré? *El espíritu está pronto*, y dice: *Hágase tu voluntad*; pero

1 Sap. xiii. 4. 2 Luc. vii. 14. 3 Matth. iv. 4 Job. vii. 20.

la carne está flaca [1], y contradice: hágase la voluntad mia; pero por cuanto es perversa toda voluntad, si no se convierte á la tuya, y mire hácia ella siempre como el heliotropio al sol, nosotros haremos la tuya, pero con la condicion de que tú hagas la voluntad de tu Padre. Mucho pido, cuando pido que hagas la voluntad de tu Padre; pido una cosa la mas excelente, la mas útil, la mas feliz que me es posible conseguir. *Señor, tú lo sabes todo* [2]. *Tú sabes* lo que pido, con tus mismas voces te estrecho: tú dijiste: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió* [3]. Perfectamente; pero prosigue adelante, dinos ¿cuál es la voluntad del que te envió? *Esta es la voluntad de mi Padre que me envió, que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna.* ¡O palabras llenas de consuelo, llenísimas de gozo! Vemoste, ó Hijo, aunque solo *por espejo y en enigma* [4]; vemoste, aunque solamente como quien está detras de la pared, y mirando *por canceles* [5]; y aun viéndote de este modo creemos *que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo* [6]. Creemos que por ti ha sido hecho todo, y sin ti no se ha hecho nada; y así creemos que tú, *unigénito Hijo*, que estás *en el seno del Padre* [7], tú mismo lo publicaste, tú mismo, que eres la verdad, lo dijiste: luego si todo el que ve al Hijo, y cree en él, debe tener vida eterna, ¿qué resta sino que por ti la esperemos, y por ti aspiremos á ella? Esta es la

1 Matth. xxvi. 41. 2 Ioann. xxi. 17. 3 Ioann. vi. 38. 4 1. Cor. xiii. 12. 5 Cant. ii. 9. 6 Matth. vi. 16. 7 Ioann. i. 18.

voluntad de tu Padre; y siendo una misma la voluntad tuya y la de tu Padre, esta es tambien tu voluntad: hágase pues tu voluntad, hágase la voluntad de tu Padre, entonces ciertamente nos espera la eterna felicidad.

§. VIII.

Despierta Cristo á sus discípulos dormidos.

Aquel grande abogado de todo el mundo ante su Padre, despues de haber perorado en su divina presencia por el negocio mayor de todos los negocios, esto es, la salvacion de los hombres, levantando su cabeza inclinada hasta la tierra, enjugando sus lágrimas fue á buscar á sus discípulos. Pero ellos tambien suministraron á Cristo nueva materia de dolor. *Los halló dormidos* [1]. ¿Adónde se volverá aquí el tristísimo Jesus? ¿hácia su Madre? está ausente: ¿hácia sus discípulos? dormidos. ¿Mirará á Judas? le ve venir á entregarle. ¿Alcanzará la vista al cielo? verá horrorosas tinieblas. ¿Registrará el huerto? se halla en una soledad. ¿Se volverá hácia su Padre? no le escucha. ¿Mirará hácia dentro de sí mismo? triste está hasta la muerte: no hay quien le consuele, no hay siquiera uno. ¡O Jesus! *aun este no es el fin* [2], antes *todos estos son principios de los dolores* [3]. Ahora pues, *Dios de toda consolacion*, destituido de todo consuelo dirias bien lo que antes predijo de ti tu Profeta: *esperé quien se*

1 Matth. xxv. 40. 2 Matth. xxiv. 3 II. Cor. II. 3.

contristase conmigo, y no le hubo; quien me consolase, y no le hallé [1]. Cielo, tierra, ángeles, demonios, hombres, amigos, enemigos, madre, padre, Dios, todo parece haber desamparado á aquel por quien todo fue hecho. Cristo, pues, compadeciéndose de sus discípulos dormidos los despierta blandamente, y dice á Pedro con preferencia á los otros, por haber sido entre todos el mas animoso en sus promesas: *Simon ¿duermes?* y despues á los demas: *¿Cómo asi? ¿no habeis podido velar conmigo una hora? velad y orad para que no entreis en tentacion: el espíritu está pronto, pero la carne está enferma.* ¿Cómo exclamaré yo aquí? diré, ¡ó vergüenza! ú, ¡ó dolor! diré uno y otro: vergüenza, respecto de los discípulos: dolor, respecto del Maestro: vergüenza, respecto de Pedro: dolor, respecto de Cristo. Los amigos de Cristo duermen, y los enemigos velan. Toda Jerusalen está en vela para ruina de Cristo. Está vigilante Judas para entregarle: vigilante Anas para cercarle con sus capciosas preguntas: Caifas para declararle reo de muerte: los ancianos para acusarle: Pilatos para condenarle: los verdugos para despedazarle: los fariseos para mofarle: estan vigilantes todos para atormentarle, hostigarle, mesarle y martirizarle. Solos eran los discípulos de quienes en medio de tantas angustias esperaba Cristo consuelo, en medio de tantos peligros socorro; pero ellos estan dormidos. ¿Y qué otra cosa estan haciendo á cada paso los mortales sino velar para obte-

1 Psalm. LXVIII. 22.

ner las cosas mortales, y dormir para los inmortales? Mas son los que velan para perder la salvacion, que para alcanzarla. Vela el filósofo para lograr una ciencia que hincha: vela el abogado, no tanto para dirimir los litigios como para fomentarlos: vela el militar, ó para armar asechanzas al enemigo, ó para evitar las enemigas: el mercader para acrecentar su hacienda: el navegante para no dar en los bajíos y escollos: el ladron para arrebatar lo ageno. Todos velan en lo mas intempestivo de la noche para las cosas perecederas; tienen abiertos sus ojos, estan como alerta, como quien observa desde atalaya mirando hácia todas partes con la precaucion mas solícita. Pero para las cosas eternas todos estan dormidos, negligentes, descuidados y perezosos. ¿Cómo así? Os veis rodeados de innumerables enemigos, astutos para la asechanza, crueles para la ruina, y fuertes para la pelea; ¿y no podeis estar una hora vigilantes? ¿Cómo así? Sabeis que habeis pecado tantas veces; y no sabeis si sois dignos de amor ú odio: no ignorais que os está amenazando el juicio mas terrible, é ignorais la hora en que ha de venir el Juez; ¿y no podeis estar una hora vigilantes? ¿Cómo así? Pecador, cualquiera que aquí estás, si eres enemigo de Dios, bien sabes, y ciertamente lo sabes, porque no inciertamente lo crees, que puedes en este momento mismo en que hablo ser repentinamente arrebatado de esta vida; que puede súbitamente quitársete el tiempo de arrepentirte: que puedes desde este tiempo ser arrojado en el profundo báratro del infierno: que en esta

hora puedes arder en las llamas eternas ; ¿y aun duermes? ¿y aun no despiertas? Qué negligente descuido es este, ¡ó mortales! ¿que ceguedad de mente? ¿qué pasmo del corazon? Para asechar á la castidad agena, para denigrar la agena fama, para oprimir al inocente, para saciar el cuerpo de comida y de bebida con la mayor destemplanza, para obsequiar al demonio, para perder el alma, para perecer eternamente; y en fin diré lo que es mas grave que todo esto, para ofender á Dios, aquel sumo Bien, estais toda la noche trabajando vigilantes. ¡O cuan oportunamente exclama aquí Salviano contra los aletargados en el negocio de la salvacion [1]! *¡O ceguedad! ¡ó locura! ¿Con cuánto esmero trabajais, ó hombres infelicísimos, para ser eternamente desgraciados? ¿Con cuánto menor cuidado, con cuánto menor desvelo pudierais alcanzar el ser para siempre bienaventurados?* Verdaderamente *con menor cuidado*, esto es, velando una hora. No hay aquí lugar ni tiempo para dormir: estamos en la carrera, debemos correr: estamos en campaña, debemos pelear: estamos en el mar, debemos navegar: en la soledad, debemos andar: en la viña, debemos trabajar: en el campo, debemos sembrar: en suma, no debemos estar aquí descuidados ni dormidos. No solo no es este lugar para dormir, sino ni tiempo tampoco. Despierta á los dormidos con expresiones que declaran el estado calamitoso del alma, aquella dorada trompeta del Crisólogo [2]: *Está el alma*

1 Ad Eccles. lib. 3. 2 Serm. xxv.

entre los divinos preceptos y las humanas pasiones, entre virtudes y vicios, entre lo adverso y lo próspero, entre las penas y los premios, entre la vida y la muerte; constante en la lid, sufriendo las batallas, recibiendo heridas, rara vez ilesa, cayendo por el sentido. En este lugar tan resbaladizo, en que es preciso cada dia pelear, y peleando ó vencer, ó triunfar, ó perecer: en este estado en que siempre hay peligro de padecer en la salud, si el alma empieza á dormir, ¿se descuidará en estar una hora vigilante? Sé, ó buen Jesus, que el que quiera reinar eternamente contigo, debe aqui velar contigo una hora. Velaré yo pues contigo, porque vendrá en breve una hora, notoria á ti, ignorada por mí, y por tanto debo velar: vendrá una hora en que los ojos corporales se cerrarán para nunca mas abrirse: en que será el tránsito del mundo á la eternidad: entonces dirá el espíritu que descanse yo de los trabajos: entonces habiendo yo aqui velado contigo: *Dormiré en paz y en union, y descansaré.*

§. IX.

Oracion de Cristo al Padre tercera vez.

Una vez habia orado aquel grande Orador, y mientras él oraba se habian dormido sus discípulos: vuelve él á orar, y vuelven á dormirse ellos: finalmente vuelve él á apartarse, y á orar tercera vez, repitiendo las mismas expresiones. Aquel cáliz de amargura que pedia Cristo se tras-

ladase de él, debia necesariamente agotarle hasta la última gota: porque repugnaba al divino decreto que fuese trasladado. Ya desde toda la eternidad en el consistorio de la Trinidad santísima se habia formado el decreto, y de un modo semejante á este: *Ha parecido al espíritu Santo, y á nosotros congregados para reformar al hombre hecho al principio á semejanza nuestra, y caido ahora, que el Hijo de Dios se haga hombre, hijo del hombre, y por los hombres, á los treinta y tres años de su edad, bajo el poder de Poncio Pilato sea crucificado. Asi lo testificamos Padre, Hijo y Espíritu Santo. Asi lo anunciaron los Profetas.* De aquí es que era imposible que este cáliz pasase de Cristo. Ni huia de ello Jesucristo; y por tanto no rehusa beberle y agotarle. Por eso vuelto á su Padre le dice: *No se haga mi voluntad, sino la tuya.* Lo sé, ó Jesus; se hará la voluntad del Padre, y tú que viniendo al mundo le obedeciste hasta en el vientre de tu Madre, al despedirte del mundo le obedecerás hasta la muerte de cruz. Lo que dijo Cristo en el huerto al Padre, eso mismo dice tambien al hombre, á saber: *no se haga mi voluntad, sino la tuya.* Tú, hombre, quieres que yo padezca, quieres que yo muera; hágase tu voluntad. Ahora pues tú, hombre, por quien muere Dios hombre, escucha las palabras con que se entrega todo á tu voluntad. Asi te habla el que por ti padece. Ya que te deleitas con mis tormentos, ó humano linage amargo para mí, egerce contra mí cuantos tormentos puedas. A tu voluntad me entrego yo mucho mas que me

ha entregado Pilatos: ni en mí tendrías potestad alguna, si yo no te la hubiera dado de lo alto. Me ofrezco porque quiero y porque amo; y si con toda tu rabia te parece que son pocos los tormentos y dolores que puedes inventar y amontonar, convoca á las tartáreas potestades, á las fuerzas del infierno; llama á todos los espíritus malignos, para que contigo maquinen y multipliquen lo mas funesto, cruel, atroz y horrible que puedan. No deseo que me reserven el alma como lo hicieron con Job obligados, sino que con la acerbidad de los tormentos me la separen del cuerpo: si quieren, lo permito que usen de la potestad que tengo de poner en mi alma. Sea esta vuestra hora, sea tambien la potestad de las tinieblas; voluntariamente lo permito. Y si ni aun así se satisface tu furor, tambien para soltar yo mas las riendas á mi amor, yo tambien, yo mismo me arrojaré en medio de tan inmensos dolores, me sumergiré en tantas ondas de amarguras, que todo el mar, todas las aguas de los internos dolores entren hasta lo íntimo de mi alma; y en esta profundidad de la alta mar, en esta voluntaria borrasca de dolores, llegue hasta el lodo del profundo en que no puede sentarse el pie. En fin, tales serán las atrocidades y fierezas que de mí mismo y por mí padeceré, que ni tú ni la potestad de las tinieblas podeis causarlas ni inventarlas semejantes. ¿Por qué pues temeis morir? *¿por qué moriréis?* ¿porque mi Padre os declaró reos de muerte? Pues no, no moriréis. Moriré yo para que vivais vosotros. *¿Por qué moriréis?* ¿porque fuisteis prevaricadores contra el

mandato del Padre? Pues yo para aplacar su ira le ofreceré cuanto sudor se oculta en mis poros, cuantas lágrimas hay en mis ojos, cuanta sangre corre por mis venas, todo lo derramaré para que no murais vosotros. *¿Por qué moriréis?* porque no tenemos, direis, hombre que nos liberte. Ved aquí el hombre; ved aquí las manos, ligadlas con cordeles; ved aquí las mejillas, heridlas con bofetadas; ved aquí el rostro, maltratadle á golpes; ved aquí los ojos, cubridlos con un velo; ved aquí la cabeza, clavadla con espinas; ved aquí los pies, taladradlos con clavos: aquí teneis todo el cuerpo, rasgadle, dilaceradle, destrozadle con azotes. Hágase tu voluntad, ó hombre. Pero á lo menos, pues yo os amo así, pagadme, hombres, este amor; y cuando ya esté saciado vuestro furor contra mí, ó con la nimia saciedad llegue al fin á quebrantarse, ceda al fin y dé lugar al amor. Pero ¿es posible, ó hombres, que tambien á mí hombre Dios, á mí digo, Dios por vosotros hecho hombre, hermano vuestro, hueso de vuestros huesos y carne de vuestra carne, á mí Dios encarnado, en esta misma carne así me habeis de atormentar y martirizar? ¿así intentais haciéndome pedazos deshacerme, destruirme, arruinarme? ¿á mí que descendí de los cielos á la tierra, así quereis arrojarme de ella, así ahuyentarme y hacerme ir á lo alto de donde vine, así quereis totalmente exterminarme? ¿y arruinar y extinguir cuanto hay en mí de la humana naturaleza? Pues ni aun así podreis contener mi amor: seré perseverante en amaros hasta el fin, y no podré tener sosiego hasta que goceis de él con-

migo en mi reino, que no tiene fin. ¡Ay Jesus mio! ¿esto oigo, y no desfallezco de dolor? ¿esto entiendo, y no me abraso de amor? ¿esto creo, y no me estremezco de horror? Para testificarme tu amor, ¿qué mas pudiste decir y no dijiste? ¿qué mas pudiste hacer y no hiciste? ¿qué mas pudiste padecer y no padeciste? Si aun no amo á quien me ama, y de tal modo me ama, merezco ser aborrecido del cielo, de la tierra, del infierno, de los demonios, de los hombres y de todo.

§. X.

Es confortado por el angel.

Ya por tres veces habia orado entristecido hasta la muerte y humillado hasta la tierra el Señor del cielo y de la tierra, y ve aquí se le *aparece un angel confortándole* [1]. No es estraño que quisiese le confortase un angel bueno quien permitió le tentase un angel malo. Verosimilmente fue Gabriel el angel confortador, tomando presencia corporal y visible, y con un semblante respirando compasion, con el mayor rendimiento y reverencia interior y exterior adorando á aquel á quien todos los ángeles adoran, le expondria la voluntad del Padre en estas ó semejantes expresiones: aquí vengo de embajador del supremo consistorio, y de intérprete de la eterna voluntad. Se ha determinado en aquel sacrosanto consistorio, proponiéndoos el Padre su

1 Luc. xi. 43.

mandato, aceptándole Tú, aprobándole el Espíritu Santo, que antes de quince horas bebas este cáliz muy amargo para ti, pero muy esclarecido para tus hermanos. Levanta pues, bébele, porque es grande el camino que te resta. Si no bebes este cáliz, se pierde la salvacion de todo el mundo; porque la ira justísima del Padre solamente con tu sangre podrá quedar aplacada. Sé misericordioso con tantos hermanos tuyos. Mira debajo de tus pies tantos cautivos sentenciados á una eterna servidumbre, mas por la envidia agena que por la malicia propia. Mira en lo alto tantas sillas desocupadas, que como no sea por ti, de cuya misericordia está llena toda la tierra, por nadie podrán llenarse. ¿Y será posible que dejes á Lucifer gloriarse de la ruina de tantos hermanos tuyos? ¿y tendrás valor para verlos conculcados á los pies de tus enemigos y enemigos de tu Padre? ¿y ser arrebatados por los demonios en triunfo? ¿Podrás privar de tanta gloria á tu Padre, de tanto gozo á los ángeles, de tanto bien á los hombres, y de tanto adorno al cielo? Levántate; vístete de fortaleza, ó brazo del Señor. Despues de tres dias resucitarás con tanta gloria cuanta sea la ignominia que hayas padecido. En tu mano está la muerte y vida de todos. Muere tú solo, para que no mueran tantos. Esto es lo que te conviene; esto es lo que manda tu Padre. Al oir esto del angel, entendiendo Cristo ser esta la firme voluntad de su Padre, y que ya se le acercaba aquel plazo sangriento, en que rotos los diques del infierno, la rabia de todos cuantos infernales espíritus hubiese,

los furores de los judíos, la indignacion divina de la justicia paterna, habian de descargar impetuosamente sobre sí solo; de repente, como dada la señal de la batalla, empiezan á arder en el pecho de Jesucristo los combates, estos combates horribles. Aquí empiezan á batallar entre sí y á despedazarse terriblemente los encontrados afectos del temor y del amor. De lo cual se tratará en el punto siguiente.

§. XI.

Sudor de sangre.

La tristeza de Cristo, que hasta entonces habia sido grande hasta la muerte del cuerpo, creció y se hizo vehementísima hasta la efusion de sangre; y *puesto en agonía oraba mas prolijamente, y fue su sudor como de gotas de sangre, corriendo hasta la tierra.* Así como del temor provino la ansiedad, así de la ansiedad provino la agonía, que se originó de este modo. Permitió Cristo que su imaginacion le propusiese de un modo perfectísimo la atrocidad de todos los tormentos que habia de padecer dentro de poco; y al mismo tiempo dió licencia al apetito sensitivo para que de esto concibiese tan inmenso temor y horror de la muerte cruel que iba á padecer, cuanto podia concebir. Y como la razon se dejaba llevar toda de aquellos tormentos que se le proponian, y la voluntad los admitia no menos libre que gustosamente, y consentia en aquel género de muerte tan atroz; la viveza de la ima-

ginacion, con la aprehension vehementísima de los tormentos, conmovia los efectos del temor, del tedio y la tristeza. Por el contrario lo superior de la razon, ponderando la necesidad de la muerte y la voluntad del Padre, y excitando los afectos del zelo y del amor, se oponia con una resistencia acérrima, de lo cual se originó en su ánimo una increible é intolerable ansiedad. ¿Y qué partido habia de elegir de los dos propuestos? ¿admitir la muerte ó rehusarla? A admitirla le persuadia el amor; á rehusarla el temor. ¿Qué haria entre esta batalla de afectos? *Se angustió sobre él su espíritu, se conturbó en él su corazon* [1]: pudiendo decir con Saul moribundo [2]: *Por todas partes me oprimen las angustias: y estoy extremamente comprimido.* Pero entre tanto estrecha el tiempo, insta la hora, se acerca Judas, se presentan los enemigos, se apresuran los soldados: no puede durar la suspension, no se le permite deliberacion mas lenta; es preciso resolver. De aquí proviene la agonía; este es el extremo del combate, y como un desafio en el corazon de Cristo entre el temor y el amor: cada uno pelea por sí con todas sus fuerzas para lograr la victoria: ninguno de los dos quiere ceder, ambos triunfar: y como ambos son vehementísimos, es ardua la batalla y el combate entre los dos. Mas al fin prevaleció el amor y quedó vencido el temor: y como el temor cedió al amor, por eso la sangre que con la fuerza del temor habia acudido al rededor del corazon para corrobo-

1 Psalm. CXIII. 4. 2 II. Reg. XXIV.

rarle, retrocedió con la fuerza del amor, y resaltó hácia las partes exteriores del cuerpo con tanta vehemencia, que abiertos por todas partes los poros, rompiendo el camino la violencia, penetró toda la carne: y por todos los conductos de los ojos, del rostro, del pecho, de las manos, de los pies, del cuello, de los brazos, de todo el cuerpo, rompió hácia fuera y se derramó. Ve aquí á Dios todo ensangrentado: verdadero varon de dolores, y aun de temores tambien. Esto es batallar las batallas del Señor, resistir por su gloria hasta derramar la sangre. Manar sudor, no oler á ungüento: derramar sangre, no brillar con púrpura: salir ensangrentado del campo de batalla aun antes del combate; no andar por entre rosas y violetas, por entre azucenas y alelies con adornos y afeites mugeriles y mundanos. Soldados, indignos de merecer recompensa, alistados bajo las banderas ensangrentadas de Cristo; pero cuya recompensa será la muerte. Todavía, ó pecador, no has resistido al pecado, no digo hasta la sangre, sino ni aun hasta el sudor. No horrorizó tanto á Cristo la muerte del cuerpo, como á ti debia horrorizarte la muerte del alma, esto es el pecado mortal, si claramente percibieses la excelsa magestad de Dios que con el pecado es ofendido. Por eso dijo bien un ascético verdadero teofilo, ó verdadero amante de Dios: [1] *Si se juntasen aun tiempo todos los corazones de los hombres que fueron, son y serán, y de ellos se compusiese un corazon que en sí comprehendiese la*

1 Granatens. opusc. VII. 51

virtud y capacidad de todos, y este llegase á conocer una sola de las divinas perfecciones, seria imposible que no reventase de la violencia del amor, á no ser conservado con un singular auxilio de Dios. De aquí concluyo que si alguno conociese perfectamente la gravedad del mas mínimo pecado, y al mismo tiempo la magestad y bondad de Dios ofendido, no le quedaria vena en todo el cuerpo que no se abriese con la vehemencia del dolor: por todo el cuerpo sudaria sangre; se le erizarian con el horror todos los cabellos, le faltarian las fuerzas, se le rasgaria el corazon, se le romperia el pecho, se le quebrantarian los costados; y finalmente, oprimido de la inmensidad del dolor, caeria repentinamente en tierra desmayado y moriria. Tú entre tanto sientes mas tu honor ofendido con una expresioncilla de la enroquecida plebe, que la sangre de Jesucristo por ti derramada. A ti con la inmoderada alegría ya te bulle y salta la sangre por las venas, ya se te encoge el corazon por la envidia, ya se te enciende el rostro con la ira; ¡ó cuanta sangre derraman por todo el orbe los soldados por una sombra de gloria ó de interes; y por la gloria de Cristo ni aun una gota pequeña! ¡O verdadero varon de sangre! Tu sangre sea sobre todos nosotros y sobre nuestras almas. Tu sangre, que es prenda de salvacion, arras de la gloria, precio de la redencion, no caiga sobre la tierra, sino sobre nosotros. Esa sangre que tú sudas, y de que está cubierto todo tu cuerpo, y que rompe por todos los poros: esa sangre exprimida de tus venas sacratísimas, parte del temor por causa de nosotros,

parte por el amor á nosotros, sea sobre nosotros, para que podamos cantar con los escogidos aquel cántico: *Redimístenos, Dios, con tu sangre.*

§. XII.

Vuelve Cristo á los discípulos, los despierta del sueño, y les advierte que llega Judas.

Jesus, ya enjuto el sudor de sangre de que estaba cubierto, levantándose del sitio en que estaba postrado, dando fin á la oracion en que estaba detenido, sabia que los enemigos habian ya entrado en el huerto; veia centellar á lo lejos las brillantes puntas de las lanzas, percibia el estruendo de las armas, el alboroto de los armados, y (lo mas sensible para los ojos de Cristo) veia al caudillo de aquel impío esquadron, su Apostol antes, y ahora apóstata, Judas.

Entonces va á sus discípulos y les dice [1]: *dormid ya y descansad: ya está cercana la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores.*

Al fin, con el continuo movimiento de muchos lustros, con el peso de muchos siglos, llegó la rueda del tiempo á aquella hora en que el Señor de los ángeles ha de ser entregado en manos de los pecadores. *Está próxima la hora.* ¡O Padre! en esta hora se alegra mi espíritu, por llegar la hora en que tu Hijo unigénito, que diste al mundo para que no perezca el mundo sino

1 Matth. xxvi. 45.

tenga vida eterna, entregue en tus manos su espíritu por la vida del mundo. ¡O mundo! descansa ahora, come, bebe, regálate: *ya se aproximó la hora* en que por ti padezco yo hambre y sed, y me den á beber hiel y vinagre. ¡O hombres! Coronaos de rosas, llenaos de vinos preciosos y de ungüentos, pasad vuestros dias en placeres: *ya se aproximó la hora* en que por vosotros sea yo herido con bofetadas, escupido con salivas, despedazado con azotes, crucificado con clavos. ¡O ángeles! ya llega la hora en que llorareis amargamente vosotros mientras yo padezca cosas amargas y lamentables. Habiendo pues ya llegado la hora muy calamitosa para Cristo, pero muy gustosa para el mundo, por qué no he de exclamar yo aquí con San Leon [1]: *Alégrese el santo porque se acerca la palma: gócese el pecador porque es convidado al perdon: anímese el gentil porque es llamado á la vida.* Gozaos pues redimidos, y pues se acerca la hora en que el Redentor padezca [2], *levantad vuestras cabezas porque vuestra redencion se acerca.* Entre tanto, mientras llega esta hora tan esperada, tú que tan pródigamente has desperdiciado tantas horas concedidas por Dios con tanta munificencia, deten el paso, y pondera debidamente esto poco. Así como despues de 33 años, de 396 meses, 1721 semanas, 12,053 dias, 289,272 horas, finalmente se acercó el último año, el postrer mes, el dia extremo, la hora última: así despues de la carrera de muchos años

1 Serm. 1. de Nativit. 2 Luc. xxi. 28.

que te está prescrita por el autor de la naturaleza, al fin, al fin, amanecerá aquel dia fatal en que se te diga: *Ya se aproximó la hora. Hijos la última hora es* [1]: hora lúgubre, tétrica, trágica, horrible: hora en que para mí ya no brillarán mas ni sol ni luna: hora en que tendré que partirme *lejos* á una *region muy remota* [2]: hora en que me *sitiarán* mis *enemigos* [3], y me *cercarán* y me *estrecharán* por todas partes: hora en que estaré en los horribles umbrales de la eternidad tremenda: en que caidas aquellas como cataratas del alma, se abrirá á sus perspicacísimos ojos un amplísimo teatro en que se verá patente la vanidad de todas las cosas. ¿Qué serán entonces las delicias todas de todos los siglos, la opulencia, el poderío, los honores, las glorias desde Adan hasta esta hora? ¡O vanidad! ¿qué se hicieron los bullicios de mi infancia? ¿qué los dulces de la puericia? ¿qué los vestidos de la adolescencia? ¿qué la vestidura varonil de la edad adulta? ¿qué los tiempos anteriores de la edad toda? ¡O vanidad! Oye al Crisóstomo [4]: *¿Qué son las cosas humanas? polvo y ceniza, y como polvo ante el viento: humo y sombra y hojas caidas; y flor y sueño, y cuento y fábula: viento y aire blando facilmente corrompido, pluma movible, agua corriente, y todo cuanto hay inferior á esto, si lo hay.* ¿Y qué puede haber que sea inferior á esto sino el vacío y la nada? O tú cualquiera que esto oyes, cuando ya estás resuelto á entregar al demonio un alma redimida con la sangre

1 Ioann. II. 18. 2 Luc. XV. 3 Luc. XIX. 43. 4 Ad Hebr IV.

de Cristo; en aquella hora, digo, en que te has determinado á cometer culpa mortal, renueva en tu memoria estas palabras: *Ya se aproximó la hora* en que acaso será entregado el cuerpo al sepulcro, la carne á los gusanos, los huesos á la podredumbre. El alma en las manos de un opresor, que me acusará atrozmente; de un juez, que exigirá cuenta estrechísima; de un vengador, que será severo en castigar. Pero como de este dia ni de esta hora nadie sabe, á ti nos convertimos ahora, *en cuya potestad puso el Padre los tiempos y los momentos* [1]. Tú, que desde el altísimo solio de la eternidad dispusiste los plazos de todas las edades con cierto número, peso y medida; tú sabes en qué hora entregará su espíritu cada uno de los que en este concurso estan presentes. Tú ahora nos clamas en voz alta: *Velad, porque no sabeis el dia ni la hora* [2]. Pero concédenos tú velar y desvelarnos tanto por nuestra salvacion, que cuando se acercare aquella hora postrera, oigamos de tu boca aquellas palabras que dijiste á tus discípulos: *dormid ya y descansad* [3]. *Dormid* y descansad en el sueño del Señor, vosotros que velasteis con el Señor; *y descansad*, vosotros que corristeis por el estadio; ved aquí el premio, *dormid y descansad.* Vosotros que habeis combatido buen combate; ved aquí la corona de justicia, *dormid y descansad.* Vosotros que llevasteis en mi viña el peso del dia y del calor, aquí teneis el denario correspondiente al dia, *dormid ya y descansad.*

1 Act. xvii. 2 Matth. xxv. 13. 3 Matth. xxvi. 45.

§. XIII.

Entra en el huerto Judas y se acerca.

Estaba el Verbo del Padre hablando las últimas palabras de paz á sus discípulos, cuando le declara la guerra un discípulo.

Basta, dice [1], *llegó la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantad, vamos; ya se acercó el que me entrega.* A Dios, amados mios, á Dios, queridos discípulos, fieles compañeros, hijos amantísimos, llegó la hora en que me arranquen de entre vosotros; *ya se aproximó el que me entrega. Ya se aproximó.* ¿Quién? Judas: pues salvo estás: nada tienes que temer, tu evadirás de las manos de tus enemigos; porque el que se aproxima es discípulo de tu escuela, ecónomo de tu casa, compañero de tu mesa, socio en tus viages, oyente en tus predicaciones, apostol de tu colegio; en una palabra es Judas. ¡O Judas! Si conocieses la felicidad tuya, digna de ser envidiada aun en esta misma hora! Tú te aproximas á Cristo. ¿Y qué, estimas esto en poco? Ningun hombre puede desear, ningun angel concebir mayor felicidad en el mundo que la de acercarse á Cristo. Cristo es el sumo bien: pues ahora siquiera *evita el mal y haz el bien* [2]. Si eres pecador, Cristo *recibe á los pecadores* [3]; no te desechará á ti. Si piensas que te has perdido,

1 Marc. xiv. 41. 2 Psalm. xxxvi. 27. 3 Luc. xv. 2.

Cristo *vino á salvar lo que se habia perdido* [1]; te salvará. Si como oveja perdida te descarriaste: Cristo es el buen pastor, él te pondrá *gozoso sobre sus hombros* [2]. ¡O Judas! porque no conociste *el tiempo de tu visitacion* [3], dentro de doce horas habrá un caos inmenso entre ti y Cristo. Mañana antes que el sol se ponga, yacerás tú desgraciado en el centro de la tierra: tan cercano entonces á Lucifer como apartado de Cristo. Infiere de aquí cuan poco aprovecha, por no decir cuan mucho daña, aproximarse á Cristo solo con el cuerpo, si te alejas de él con el corazon. ¿Quién jamas estuvo mas inmediato á Cristo que Judas? Le veía, le oía, le hablaba, le tocaba, le abrazaba, le besaba, y con todo eso quien tan cercano estaba con el cuerpo, ¿cuán apartado estaba en el alma? Nosotros, cristianos, ¿cuán allegados estamos á Jesucristo? ¿Por qué no diré yo mucho mejor de los cristianos, que Moises de los Israelitas [4]? *No hay otra nacion tan grande que tenga sus dioses tan cerca de si, como está presente nuestro Dios á todas nuestras oraciones.* Adora el persa al sol, el escita las piedras, el egipcio al gato; pero el cristiano adora á Cristo hijo de Dios. ¿Pues á cuál otra nacion se acerca Dios tanto como á nosotros? Nosotros los cristianos estamos en el templo, Cristo en las aras del templo. ¡Cuán pequeñito espacio media entre nosotros y Cristo! nos entiende, nos oye, nos ve, y todo cuanto pensamos. Pero ojalá que tan inmediato como estás á Cristo con los

1 Luc. xix. 10. 2 Luc. xv. 3 Luc. xix. 44. 4 Deuter. iv. 7.

ojos, las manos, los pies, todo el cuerpo; tan inmediato estuvieses con la fe, la esperanza, la caridad, la gracia, las virtudes todas. Si eres enemigo de Cristo, no es tanto el intervalo que media entre la tierra y el cielo, no es tanta la distancia desde el oriente al ocaso, como la que hay de ti á Cristo. Figúrate al hijo pródigo primero alejado de su padre y despues cercano á él. *Se partió á una region muy lejana*[1]. Ya alejado de su padre cómo se lamenta: *¡Cuantos jornaleros en la casa de mi padre tienen pan con abundancia, y yo aquí estoy pereciendo de hambre!* Alejado de su padre *comia las algarrobas de los puercos;* vuelto á su padre come *ternera regalada*. Alejado de su padre está desnudo; vuelto á su padre viste la estola primera. Alejado de su padre empieza á estar necesitado; vuelto á su padre tiene abundancia de pan. Alejado de su padre es enviado á una hacienda para que apaciente puercos; vuelto á su padre se alegra, come, se regala. ¡O desventurado! Si no te acercas á Jesus, si de él te alejas, ¿quién enjugará las lágrimas de tus ojos? ¿quién te consolará en la afliccion? ¿quién te defenderá en los peligros? ¿quién te ilustrará en las dudas? ¿quién te dirigirá en los yerros? ¿quien te esforzará en el abatimiento? ¡O Jesus! de quien el apartarse es perderse, perdon, porque no me atrevo á acercarme á ti como Judas á besarte; ni como la Magdalena á lavar tus pies; ni como aquella muger á tocar la orilla de tu ves-

1 Luc. xv. 1.

tido; no me atrevo á estar tan cerca, sino como el publicano *puesto á lo lejos* [1], heriré mi pecho y diré: *Confiésome á ti, ó Padre y Señor del cielo y de la tierra* [2], *que pequé contra el cielo y ante ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo* [3]. Soy y lo confieso hijo pródigo; soy tambien traidor; pero tú eres Redentor de uno y de otro. *Pues redimeme y ten misericordia de mí* [4]. Y pues eres tan pródigo en misericordia, no desecharás al pródigo, sino le admitirás aquí á la gracia y despues á la gloria.

§. XIV.

Llega Judas capitaneando un escuadron de soldados.

Judas ladron de dineros, vendedor de sangre justa, traidor de Dios, asesino entre los Apóstoles, en la mesa no tanto convidado como homicida sanguinario, y parricida impío, sacrílego deicida, en una palabra, demonio en figura humana: así le apellida Cristo: *Judas pues habiendo tomado una cohorte y ministros de los pontífices y fariseos, vino allá con linternas y hachas* [5]. Esta obra de prender á Cristo no se egecutara con un soldado ni con muchos sino con una cohorte entera, y bien provista de armas y pronta para el combate. Porque es preciso que con nosotros traigais lazos y cadenas, y grillos y

1 Luc. XVIII. 13. 2 Matth. XI. 13. 3 Luc. XV. 4 Psalm. XXV. 11. 5 Ioann. XVIII. 3.

cordeles para coger la fiera, y que no se escape la presa. Así como lo persuadió Judas, está pronta una partida de los romanos, sigue la cohorte de los judíos, acompañan los ministros del sumo pontífice y príncipe de los sacerdotes, magistrados, escribas, doctores de la ley, ciudadanos: brillan entre las tinieblas con resplandor temeroso los filos de las espadas y las puntas de las lanzas: hiere los oidos en el horror de la noche el ruido de las armas, el estrépito de las carreras, el clamor de la gritería, el alboroto de los atropellamientos; y para que no se escape nuestro refugio y fortaleza, llevan lazos y cordeles para prender á aquel que *nos trae con los vínculos de la caridad*[1]. ¿Pero cuál es el intento de aquel escuadron, armado mas de furor que de armas? ¿contra quién procede? Contra el inocente, que quiere satisfacer por tus crímenes: contra el justo, que quiere morir por tus delitos: contra el Omnipotente, á quien no la debilidad sino la caridad entrega en manos de los impíos, para librarnos de la esclavitud del pecado. Y este escuadron acaudilla uno de los doce, ayer discípulo en el colegio de Cristo, y hoy adalid en el egército de Satanas. *Judas uno de los doce los acaudillaba*[2]. Aquel antecede en orden que precede á los demas en excesos. Pero á Judas le guiaba la avaricia, que le llevaba de la mano: la perfidia, que le facilitaba el camino: el furor, que le alumbraba: el demonio, que le llevaba ligado. Hubiera sido un gran delito haber seguido á

1 Psalm. XLV. 2. Oseas XI. 4. 2 Luc. XXII. 47.

aquellos malvados ministros aun á lo lejos: un crimen singular seguir detras de ellos: ¡pero conducirlos! ¡enseñarles el camino! ¡hacerles caudillo de ellos! no sé qué nombre dar á tan grande maldad. De los demas soldados que siguieron á Judas, director de tan execrable delito, qué sucedió, está en duda; pero es cierto que Judas se quitó á sí mismo la vida con un lazo. Quizá para mostrar la divina justicia cuanto delito es guiar á otros al delito, y que por lo comun tales guias llevan detras de sí la venganza. De tanta gravedad es no solo acompañar en el delito, sino conducir á él. Hay algunos que viendo pecar á otros, como si se avergonzasen de ser inocentes, tambien pecan; lo cual es fragilidad: otros hay que para no ser solos ellos perversos, tocan al arma para el mal: á unos abren la puerta para que entren por las sendas anchas: á otros con su perverso egemplo impelen á caer en el precipicio: presiden como caudillos para que se atrevan á precipitarse hasta las puertas del infierno: *se sientan en la cátedra de la pestilencia* [1], y dan preceptos como maestros, para que otros esten en el camino de los pecadores: y para animar á los tímidos á los crímenes, como exhortadores los instigan con estas palabras: *Ven con nosotros, asechemos á la sangre &c., echa suerte con nosotros: y haya entre nosotros todos una sola bolsa* [2]. Este es el colmo de la impiedad: pues son dos veces impíos, una por los delitos propios con que estan contaminados, otra por el mal egem-

1 Psalm. 1. 2 Prov. 1. 12.

plo con que instigan á otros á la maldad. Así hizo Judas: dejando á Cristo, y estando los escribas y fariseos juntos en casa de Caifas, les dice: *¿Qué me quereis dar, y yo os lo entregaré*[1]? Ea, yo le pondré en venta: ¿cuánto dinero me dareis? Ellos saltan de gozo, ofrecen, dan, entregan en manos de Judas el precio, aunque vil: conténtase con él aquel traidor. Ea, dice, ya está en el huerto: aprontad los soldados, tomen las armas, tráiganse los lazos, venga la cohorte: yo seré el caudillo de la cohorte, yo el capitan de los soldados, yo el gefe de esta línea: yo iré delante como general de este egército. Pónense en camino: se abren las puertas, sale Judas de la ciudad acompañado de tropas; pasan todos el torrente Cedron, suben el collado en que los ocho discípulos estan oprimidos de temor y de pavor: los cuales, al ver de lejos las lanzas, las linternas, los escudos, las espadas refulgentes, acuden temblando á su Maestro. Jesus en tanto, enjuto ya el sangriento sudor, levantándose del sitio en que habia padecido la agonía, luego que vió á Judas cerca del huerto con las tropas, y que ya se iba acercando, dando un profundo suspiro por el delito de Judas, despierta del profundo sueño á sus tres discípulos, los reune pronto con los restantes que habian acudido á él fugitivos y medrosos; despues ordena este egército, dispone esta línea, y la opone á la cohorte judaica. Judas era el conductor y director de la suya. Esto es lo que dice San Lucas, *aun esta-*

[1] Matth. xxvi. 15.

ba él hablando y venia la turba, y uno de los doce, que se llama Judas, iba delante de ellos [1]. Los que á imitacion de Judas van delante de otros á la maldad, oigan el trueno espantoso que por boca de Salomon fulmina el Espíritu Santo contra ellos: *Un juicio durísimo se hará con aquellos que presiden* [2]. Así como será durísimo el juicio que se hará con los que presiden, por el perverso egemplo con que atraen á otros á la maldad; así tambien con aquellos que van delante de otros llevándolos al delito. Duro juicio será el de los que pecan, aunque sean solos: mucho mas duro el de aquellos que sirven con su egemplo de ocasion para que otros pequen: pero durísimo el de aquellos que son la causa de que otros pequen; porque los enseñan, porque los guian, porque los atraen para que sigan, porque los exhortan para que se atrevan. Esto es en suma ir con Judas delante de los malvados á la maldad. Para que esto no nos acontezca, así como los tres Magos, caminando hácia Belen, *llevaban delante de sí una estrella hasta que vino á ponerse sobre donde estaba el niño* [3]: así nosotros peregrinos, y caminando á Jerusalen, llevemos delante tu estrella, esto es, tu gracia, para que te sigamos por la senda estrecha, que es el verdadero camino, y no nos deje hasta que esté sobre donde tú estás, no niño en el establo, sino antiguo de los dias en el solio.

1 Luc. xxii. 47. 2 Sap. vi. 6. 3 Matth. ii. 11.

§. XV.

Da Judas la señal para que conozcan á Cristo.

Jesucristo despues de la tristeza de su alma hasta la muerte, de su prolija oracion hasta la agonía, de su extremada angustia hasta el sudor de sangre; confortado del cielo por un angel; avisado por su Padre para que se sujete á la pasion; inflamado por sí mismo para abrazar el padecer, se levanta; y ve aquí un espectáculo inaudito, atroz, bárbaro, funesto. *Ved á Judas, uno de los doce, habiendo tomado una cohorte y ministros de parte de los pontífices y fariseos, pasó allá con linternas, y hachas y armas, habíales dado Judas señal, diciéndoles: aquel que yo besare, él es, tenedle y conducidle con cuidado* [1].

Es costumbre entre todos, al presentarse algun raro prodigio ó algun desacostumbrado espectáculo, que suele causar terror ó excitar admiracion, valerse de esta voz, *ved. Ved á Judas.* Oid cielos, y asombraos de esto; venid hombres, mirad ángeles, ved demonios un extraño, raro, cruel espectáculo. *Ved á Judas*; ayer en el colegio de Cristo, hoy en el servicio de Satanas: ayer discípulo de la verdad, hoy maestro del error: ayer apostol, hoy demonio. *Ved á Judas* tres años antes elevado por Cristo á la dignidad de apostol, tres dias antes discípulo de su escuela, tres horas antes convidado de su mesa, á

1 Ioann. XVIII. 3.

quien poco antes habia lavado los pies, habia dado en comida su cuerpo, y en bebida su sangre; ahora totalmente mudado, y diverso del que era entonces, desnudo de toda humanidad, olvidado de todos los beneficios, viene con un ósculo de paz á declarar la guerra al Príncipe de la paz, con una salutacion á armar lazos al que es la salud de todos: y así besándole, entregarle á los judíos, abrazándole, entregarle á los gentiles. *Dádoles habia el traidor una señal: cualquiera á quien yo besare, ese es, llevadle con cuidado.* Como si dijese: él es sapientísimo. Vile yo no una vez sola revelar los mismos pensamientos mas ocultos, y dejar ciegos, no sé como, á los que le querian apedrear: y así cautelosamente se ha de tratar con un hombre cauteloso, y astutamente con un astuto. Pero en vano es, ó Judas, toda tu cautela y de los tuyos. En vano los designios de los judíos; en vano la ciencia de los romanos; en vano la prudencia de los sacerdotes y ancianos; porque escrito está: *No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor*[1]. Y este es el Señor, y gran Señor. Que, ¿tan peregrino, tan extraño eres en la Escritura que nunca has leido aquellas expresiones de David: *Se presentaron los reyes de la tierra, y los príncipes se convinieron á una contra el Señor, y contra el ungido suyo: el que habita en los cielos se reirá de ellos, y el Señor los dejará burlados*[2]? Deja él burlado en los cielos cuanto maquinas tú en la tierra. Le cogerás ciertamente,

1 Prov. xxx. 30. 2 Psalm. II. 2. 4.

mas no porque tengas poder para cogerle, sino porque él quiere dejarse coger. Mas tambien tú mientras le coges, serás cogido, ó infeliz, no por un soldado, sino por el demonio. Y ese Señor tuyo, á quien ahora coges, dentro de tres dias triunfante de la muerte resucitará del túmulo, mientras tú, desventurado, estes pendiente de un arbol. Lo que hizo Judas en el huerto una vez, se repite en el mundo cada dia. Esta vida presente es como un viage para la muerte: por eso todos los hombres somos viadores. En este viage no falta un pérfido Judas que nos entregue. Y este Judas pérfido es ese mismo mundo infiel en que vivís y confiais, y á quien fiais cuanto teneis. Tú pues que estás en este viage, detente, ó viador, y observa prudentemente cuan sin dificultad te coge el mundo, y con cuanta facilidad te dejas tú coger. En los varios estados y empleos de la vida hay diferencia y variedad de hombres: hay en los palacios príncipes, en los consejos presidentes, en las repúblicas magnates, en las magistraturas jueces, en las academias jóvenes. Todos sin duda son llamados á la salvacion; mas pocos son los escogidos. Tiene el mundo sus ministros que armen lazos á la salvacion de todos; tiene su escuadron de vicios; tiene su tropa de demonios, como Judas de soldados. Estos tienen sus lazos para enredar á los hombres, sus cadenas para cogerlos, sus grillos para sujetarlos: pero titubean dudosos á quienes deben echar mano, y llevarlos consigo esclavos á la perdicion. Y así para discernir los réprobos de los elegidos, les da una señal el traidor mundo. Cualquiera á quien

yo besare, ese es, tenedle y llevadle con cautela. Al que viereis en la corte *vestido de púrpura y de holanda, y regalándose cada dia con esplendidez: ese es, tenedle* [1]. Al que oyereis decir: *Alma mia, muchos bienes posees, reservados para muchos años: descansa, come, bebe, regálate: ese es, tenedle* [2]. Al que entre los jurisperitos y abogados oigais decir: *Oprimamos al pobre justo, y no perdonemos á la viuda. Sea nuestro poder la ley de la justicia, cerquemos al justo, porque es inutil para nosotros: ese es, tenedle* [3]. Al joven que en las academias oigais decir: *Venid, disfrutemos de los bienes que hay, y usemos de las criaturas como en la juventud á toda priesa: llenémonos de vinos preciosos y de ungüentos, y no se nos pase ninguna flor del tiempo; coronémonos de rosas antes de que se marchiten: ese es, tenedle* [4]. Finalmente, á cualquiera que yo besare, á quien diere y prodigare mis halagos, mis lisonjas, mis atractivos, mis venturas, mis favores; en suma, á quien diere todos mis bienes perecederos, ese es el que debe perecer, ese el que debe ser entregado por mí, ser cogido por vosotros, y morir eternamente: *Tenedle, y llevadle con cuidado.* Cuidado, para que beba el jugo de la política prudencia humana, lea muy familiarmente á Tácito, vuelva y revuelva á Maquiabelo, aprenda á acomodarse al tiempo, á hacer el Proteo, á transformarse en todas las figuras, á representar todas las personas, hacer todos los papeles, á tomarlos y dejar-

1 Luc. xvi. 2 Luc. xii. 3 Sap. ii. 10. 4 Sap. xxvi.

los con igual facilidad. Sea para él más apreciable la situacion política que la misma salvacion: posponga todo lo demas, virtud, piedad, conciencia, religion, cielo, Dios. Sea avisado cuando habla; hable cautelosamente: sea diverso lo que profiere su boca de lo que siente su corazon, siendo en el semblante humano, en el interior Neron: acostúmbrese á los desafios, y á que estos sean el mayor testimonio de valor. Si despues quiere parecer piadoso, y entregarse á la devocion, hágalo cautelosamente: en el templo tenga en su mano el rosario, pero al mismo tiempo mezcle inútiles confabulaciones: ore, pero cuidadosamente, hincando solo una rodilla: vaya á los lugares consagrados á la Virgen donde se congregan sus cofrades, pero cuidadosamente: ponga el pie en el oratorio cuando baje el predicador del púlpito, mas con el fin de mirar y ser mirado, que de oir. ¡O mundo pérfido! bajo tu cautela no hay tutela. Con razon exclamaré yo aquí contra el mundo con San Agustin: *¡O traidor mundo! que prometes todos los bienes, y presentas todos los males: prometes vida, y das muerte: prometes gusto, y das dolor: prometes descanso, y das turbacion: prometes estar siempre firme, pero al instante retrocedes.* Para que el mundo pues con su ósculo pérfido no te entregue como Judas á Cristo, conviértete á Cristo, que por ti y por causa tuya fue entregado. Ve aquí, ó vida mia, mientras vivo, estoy en el camino que guia á la muerte, la cual es el fin del viage, y el término de la vida. En este camino hay tantos hoyos y asechanzas, tantos precipicios

y peligros, tantos lazos y tropiezos, tantos engaños y fraudes, que no pueden numerarse. Concédeme que yo ande con cautela en este camino sin apartarme de ti, que eres el verdadero camino. Tú viniste al mundo; mas no te conoció el mundo: por eso dijiste á tus Apóstoles: *Yo no soy de este mundo* [1]. Afuera pues, mundo inmundo, te abandono para ser *de puro corazon* [2]. De aquí adelante de tal modo entablaré mi vida, que esta vida me sirva de camino para ti, que eres *camino, verdad y vida* [3].

§. XVI.

Osculo de Judas á Cristo.

Ya se acercaba vestido de piel de oveja aquel lobo robador; bajo lana de cordero aquel leon rugiente; bajo túnica de apostol aquel pérfido traidor; bajo el disfraz de discípulo aquel maestro de sacrilegios; bajo figura de hombre aquel demonio en carne, Judas. No le era suficiente estar en presencia de Cristo, quiso gozar de su abrazo. *Y así, acercándose á Jesus, le dice: Dios te salve, Maestro. Y le dió un ósculo* [4]. Se acerca á Jesus; cosa extraña: se acerca á Jesus, esto es, al fuego, aquel cuya caridad ya estaba fria, y con todo no se enciende: á la luz el hijo de las tinieblas, y con todo no es iluminado: al médico el enfermo, y con todo no queda sano: á la vida el hombre de muerte, y con todo mue-

1 Ioann. XVII. 16. 2 Matth. V. 3 Ioann. XIV. 6. 4 Ioann. XVIII. 3.

re: al Salvador Judas, y con todo no queda salvo: *Esto* (dice el Crisóstomo) *es culpa, no del médico, sino del enfermo.* Luego que ya estuvo muy próximo *le besó. ¿De ese modo Judas* (dice San Ambrosio) *con una muestra de amor haces una herida? ¿con un oficio de caridad derramas sangre? ¿con una señal de paz das la muerte? ¿así entregas discípulo á tu Maestro, siervo á tu Señor, escogido á tu mismo Autor? y le besó* [1]. ¿Qué haces, ó Esposo? Olvidado de tu Esposa ¿besas á un espurio de la Sinagoga? Si deseas conceder tus ósculos, acércate, mira tu nueva Esposa la Iglesia, á quien hiciste la promesa: *Te desposaré conmigo para siempre* [2]. Ya mas de cuatro mil años que deseosa de besarte ha exclamado tantas veces: *Béseme con el beso de su boca.* Clama la Iglesia militante en el mundo para alcanzar de ti el auxilio: clama la Iglesia triunfante en el cielo, para ser por ti llena de gozo, esto es [3], *béseme con el beso de su boca,* y *no les diste el ósculo* [4]. Y entre tanto abres tus divinos labios para aplicarlos á aquel que tiene *veneno de áspides en sus labios* [5]; abres tus brazos, le abrazas, y te dejas abrazar, y le besas. Pedro tu siervo fiel siempre estuvo pronto á padecer por tu amor cualquiera pena aun gravísima, como lo testifican aquellas palabras: *Señor, preparado estoy á ir contigo á la prision y á la muerte* [6]: y con todo eso *no le diste ósculo.* Igual fue el amor de Tomas á ti, diciendo: *Vamos nos-*

1 Lib. IX. in Luc. 2 Ose. II. 19. 3 Cant. I. 1. 4 Luc. VII. 45. 5 Psalm. XIII. 3. 6 Luç. XXII. 33.

otros tambien á morir con él [1]; y con todo *no le diste ósculo*. Andres lo renunció todo, y te siguió. Juan es el discípulo tuyo mas amado, como aquel á quien entre todos tienes mas amor: y con todo, ambos pueden decir con verdad lo que tú á Simon, *no me diste ósculo*. A uno tan solo se lee que dieses ósculo, y ese es enemigo tuyo perversísimo, que anda armando asechanzas á tu sangre, en cuyo corazon *entró Satanas, hijo de perdicion* [2], á quien hubiera estado bien no haber nacido jamas: en una palabra, que por tu mismo testimonio era el diablo. *Uno de vosotros es el diablo* [3]. ¿No podré yo aquí (con tu licencia, ó paz mia) reconvenirte como Joab á David, afligido por la muerte de su rebelde hijo Absalon? *¿Amas á los que te aborrecen, y tienes odio á los que te aman, y diste hoy muestras de que no cuidas de tus caudillos y tus siervos* [4]? No cuidas de tus apóstoles y discípulos, que por tu amor te dieron todas sus cosas, y entre ellas á sí mismos. Lejos de mí que yo piense esto de ti, que no solo mandas amar á los enemigos, sino tambien aseguras que amas á tus amigos. *Yo amo á los que me aman* [5]. Pero cuando considero aquel ósculo que diste á Judas, hallo oculto en él misterio. Judas te habia seguido como los demas Apóstoles, aunque no por ti: habia egercido el cargo de mayordomo: habia egecutado algo que mereciese premio; recibió pues de ti el ósculo, y con todo al siguiente dia, *ahorcado*

1 Ioann. xi. 16. 2 Ioann. xvii. 12. 3 Ioann. vi. 71. 4 II. Reg. xix. 6. 5 Prov. viii. 17.

reventó por medio [1]: despues del ósculo, al punto cayó en el exterminio. ¡O maravilla! á nadie sino á uno se hace mencion de que Cristo diese ósculo, y aquel uno pereció. Hay muchos como Judas *enemigos de la cruz de Cristo, que tienen por Dios al vientre* [2]: que se dan á la disolucion en los estrados, y *duermen en lechos de marfil*: *que se sumergen en vino, y se esmeran en agotar las copas* [3]: cuya lista refiere San Pablo: *Fornicarios, siervos de los ídolos, adúlteros, afeminados, ladrones, avarientos, entregados á la embriaguez, maldicientes, robadores* [4]. A estos da Dios el ósculo, esto es un ligero gozo del cuerpo; un breve premio en esta vida, el cual niega á sus amigos. A Herodes da un regio trono en que se siente; á Pedro su amigo da el madero de una cruz en la cual esté pendiente. Al rico Epulon manjares exquisitos; al pobre Lázaro podre y llagas. A César da coronas; á Lorenzo las parrillas. A Holofernes dulce vino generoso; á Juan aceite hirviendo. A Heliogábalo da blandas plumas; á Tiburcio encendidas brasas. A Baltasar las copas llenas de vino; á Esteban duras piedras. A Neron da el cetro para mandar; á Pablo la espada para morir. Pero ninguno tenga envidia á los primeros. No hay infelicidad mayor que la felicidad de los malvados. Los males no dañan sino á los malos: y los bienes no aprovechan sino á los buenos. Cuan verdadero sea esto, lo podrá testificar el

1 Act. I. 18. 2 Philip. III. 18. 3 Amos VI. 4. Prov. XXIII. 30. 4 II. Corint. VI. 9.

rico Epulon, y el mendigo Lázaro. De uno y otro hablan estas doradas expresiones de aquel orador de oro el Crisólogo [1]. „Al rico (Epulon) „leemos le vinieron todos los bienes: al pobre „(Lázaro) todos los males; y con todo, ni al „pobre quebrantaron las adversidades, ni al rico „aprovecharon todas sus prosperidades; antes „bien al pobre elevó la pobreza á la filosofía, „el dolor á la virtud, el desprecio á la pacien„cia, la necesidad á la buena voluntad, la ham„bre al ayuno, la sed á la tolerancia, la muerte „á la vida, la pena al premio, la tierra al cielo, „la indigencia al reino. Y al rico, por el contra„rio, le precipitó la púrpura en la soberbia, la „fina tela en la disolucion, la riqueza en la in„humanidad, la abundancia en la impiedad, el „ungüento en la flaqueza, el esplendor en la „ceguedad, la elevacion en la ruina." ¡Ve aquí cuanta multitud de males de los mundanos bienes! ¡y cuanta multitud de bienes de los mundanos males! Da pues Dios aquí perecederos bienes á los malos que eternamente perecerán. Bien dijo el sabio: *Mejores son las heridas que da el que ama, que los fraudulentos ósculos del que aborrece* [2]. Bastante será para mí si logro con la Magdalena besar tus pies, regarlos con mis lágrimas, enjugarlos con mis cabellos, arrojarme postrado á tus plantas, bien seguro que quien se abate y humilla á besar los pies, será exaltado y admitido á besar el rostro.

1 Serm. CXXIV. 2 Prov. XXVII. 6.

§. XVII.

Dignase Cristo de dar á Judas nombre de amigo.

Aquí Jesus mostró al fin que era Jesus, esto es Salvador, y que por tanto queria salvar á todos los hombres; cuando al llegar Judas á él no le aterró, al acercarse no apartó su rostro, al besarle no se lo estorbó, al abrazarle no le repelió; sino con las manos abiertas, con los brazos extendidos, con los labios acercados, con el semblante benigno, con el rostro pronto le besó; condescendiendo con aquel *á quien veia estar en la hiel de la amargura* [1], y acariciándole con aquellas expresiones mas dulces que la miel y que el panal [2]: *amigo ¿á qué has venido?* ¡O Judas! O si conocieses tú, y en esta misma hora, lo que para la paz tuya.....mientras el Príncipe de la paz te da el ósculo de paz. Mira, Judas, ve ahora el tiempo aceptable, ve ahora los dias de salud, cuando tan cerca estás del Salvador. ¡O Judas! Tan solo dí una palabra, pequé; y al instante oirás [3]: *Se te perdonan tus pecados.* Mira extendidos los brazos para recibirte; las manos para llevarte por el camino recto; la lengua para hablarte palabras de vida eterna. Patente tienes, ó Judas, mi corazon, vuelve en ti á tu corazon: patentes las entrañas de la misericordia, mira no caigas en manos de la justi-

1 Act. IX. 23. 2 Matth. XXVII. 47. 3 Luc. VII. 48.

cia. Tú me saludas, yo me despido de ti. Tú me dices, Dios te guarde; y yo te digo, quédate á Dios. A Dios Judas, y á Dios para toda la eternidad. Ya no me verás el rostro, hasta que venga en las nubes del cielo con la mayor magestad; entonces sentirás, ó Judas, *cuan malo y amargo es haber dejado á tu Señor y tu Dios* [1]. Entonces no te besaré como amigo, sino te abominaré como enemigo: entonces no me oirás decir: *amigo, ¿á qué viniste?* sino, apártate de mí, maldito, al fuego eterno. Así habla tácitamente Cristo á Judas. Y ahora yo volviéndome de Cristo y de Judas hácia vosotros: O vosotros todos los que oís este perverso consejo del perversísimo mundo [2]: *tendrás odio á tu enemigo*: á quienes son familiares aquellas palabras: *perseguiré á mis enemigos, los cogeré* [3], *los quebrantaré, y no podrán subsistir, caerán bajo mis pies*: vosotros que respirais ruinas y estragos contra vuestros enemigos, atented y ved si hay odio como el odio de Judas; si hay amor como el amor de Jesus. Hombre tan malvado, tan bárbaro, tan pérfido, tan impío, tan sacrílego, nunca jamas le vió el sol ni le sustentó la tierra, ni le engendró vientre humano. Nadie inventó jamas delito tan atroz, crimen tan horrendo, atentado tan cruel como el que maquinó Judas contra Cristo. El modo y la egecucion de este delito estaba rebosando dolo, perfidia, astucia y engaños. Así como en Judas no habia causa para cometer tal atentado, así la habia en

1. Ierem. II. 19. 2 Matth. v. 43. 3 Psalm. XVII. 38.

Cristo para castigarle. Donde se ve la inocencia de Cristo por una parte, y la perfidia de Judas por otra. Se publica un singular combate; señálase el sitio en que ha de egecutarse, el huerto de Getsemaní; señálase tambien el tiempo, jueves á la media noche. Viene pues el Hijo de Dios á dar á toda la posteridad una muestra para que aprendan el arte de pelear, el modo de vencer, el método de vengarse, y le aprendan de aquel que es llamado *batallador fuerte* [1], *Dios de los egércitos* [2], *que enseña las manos á la pelea y los dedos á la batalla* [3]. Preséntase en el campo de una parte el Redentor, de otra el traidor; de una el Maestro, de otra el discípulo; Jesus y Judas; Dios y el hombre. Aquel encendido en amor para dar la salvacion, este armado de furor para dar la muerte: aquel respirando vida y salud, este anhelando al estrago y á la destruccion. ¿Y qué esperais aquí? ¿Por ventura que del arremolinado seno de las nubes se víbren vengadoras llamas de encendidos rayos, que caigan con todo el ímpetu de su furor sobre aquella bárbara cabeza, envueltos en espantosos truenos? ¿Por ventura que hendiéndose la tierra y abriendo una grande y profunda boca, caiga en un punto por ella el trazador de tal delito en los infiernos? *Y al instante acercándose á Jesus le dijo: Dios te salve, Maestro. Y le besó.* ¿Y qué hace entonces Cristo? ¿Qué le dice? ¿Por ventura no debiera prorumpir contra él con fulminadora len-

1 Ierem. xx. 11. 2 Isai. i. 24. 3 Psalm. cxliii. 1.

gua en estas ó semejantes reconvenciones durísimas? Siervo malvado, hijo de perdicion, generacion de víboras, sepulcro blanqueado, inveterado en los dias malos, semilla de Canaan y no de Judá, que tienes por padre al diablo: *Amigo, ¿á qué viniste*[1]? Párate aquí pronto, varon sanguinario, cuyas manos estan llenas de sangre, cuyos pies son veloces para el derramamiento de sangre, cuya lengua es espada aguda; detente aquí delante del terrible solio del Juez justísimo igualmente con los justos que con los injustos: *Oye, y yo hablaré; te preguntaré, y respóndeme*[1]: yo tomaré en presencia del Juez el cargo de acusador, y tú el de reo. *¿Qué hiciste*[2]*? La voz de la sangre de tu hermano clama al cielo desde la tierra.* Mira ese fiero puñal aun teñido en la sangre de tu enemigo. Mira la arena fatal *que de tu mano recibió la sangre de tu hermano*[3]. Mira aun abierta la herida de tu enemigo, que con su misma abertura ensangrentada te está acusando. Me han hecho, dirás, un grande agravio. ¿Y quién? Un hombre á otro hombre. ¿Y eres tú mas inocente que Cristo, que no has podido sufrir tan poco? ¿Ha sido mayor el agravio tuyo que el de Cristo, que has debido así vengarle? ¿Es tu enemigo peor que Judas, el cual ha sido el peor entre los nacidos de muger? ¿Y tú, cristiano, tan desemejante de Cristo como semejante al Antecristo? Es ley del mundo: *ojo por ojo y diente por diente*[4]: ley del mundo, *que todo está puesto*

1 Iob XLII. 4. 2 Gen. IV. 10. 3 Gen. IV. 11. 4 Matth. V. 39.

en lo maligno[1]: ley del mundo dada por su padre, que es el diablo. La ley de Cristo era *amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen*[2]. Seguiste al diablo; despreciaste á Cristo; ¿qué esperas? ¿premio? ¿de quién? ¿del que despreciaste? ¿Qué esperas? ¿recompensa? ¿por que? ¿por los delitos que cometiste? ¿Como podrás estar ante aquel tribunal, teñido así en la sangre de tu enemigo? ¿Delante de aquel Juez de quien aun los inocentes tiemblan: que á su enemigo capital llamó amigo: á un traidor besó; á un enemigo perdonó tan grande agravio? Así ten esto por cierto que es un extremo de locura, querer, para evitar la ignominia, vengar una injuria: que dejas de amarte á ti desde el momento en que empiezas á tener ódio á tu enemigo. Aunque los ladrones te despojasen de todas tus facultades, los facinerosos te arrebatasen todos tus bienes, los salteadores incendiasen tus posesiones; aunque todos los verdugos se juntasen para martirizarte con los mas extraordinarios tormentos; aunque todos los jueces decretasen contra ti las mas atroces penas: todo esto no te haria tanto daño como el que te haces tú á ti mismo cuando aspiras á tomar venganza de tu injurioso enemigo. No puedes ni vengar tus injurias, ni aborrecer á tu enemigo, sin que prorumpas ó con la boca, ó con el corazon en estas voces sacrílegas: es ignorante la divina sabiduría; nos es dañosa su bondad; cruel su misericordia; ciega su providencia; mentirosa su verdad; errónea su

1 1. Ioann. v. 19. 2 Matth. v. 44.

ciencia; cuando dice: *amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen.* Pero Cristo confirmó con su egemplo lo que enseñó con sus palabras cuando recibió á Judas con estas expresiones: *Amigo, ¿á qué has venido?* ¿Qué, de ese modo, ó Jesus, llamas amigo al que te vendió, y por un precio tan vil, y á unos atormentadores tan sangrientos, y despues de tantos beneficios? Cuando besaba los pies de Cristo la Magdalena, *viéndolo el fariseo decia dentro de sí*[1]: *Este, si fuese profeta, conoceria sin duda quien y cual es la muger que le toca, porque es pecadora.* Por ventura cuando Judas besa á Cristo, y no solo le toca como aquella, podria alguno con razon decir con el fariseo: Este si fuese profeta bien sabria quien y cual es el que le besa; porque es traidor: sabemos, ó Jesus, que nada hay oculto que tú no sepas; nada escondido que no te esté revelado. Tú penetras los corazones y las entrañas; tú los conoces á todos, *ni es necesario que alguno dé testimonio del hombre*[2]; *porque tú sabes qué hay en el hombre.* ¿Pues por qué á Judas llamas amigo? Tú sabes que es siervo del pecado, hijo de Belial, esclavo del demonio; ¿y amigo le llamas? ¿Piensas quizá que tienes entre los brazos á Pedro, ó á tu discípulo amado Juan? No; es el discípulo que te ha vendido. Ninguno puede esperar de ti despues de inmensos trabajos mayor premio que el que le llames amigo. Pedro, Andres, Juan, todos los Apóstoles, dejándolo todo te han se-

1 Luc. VII. 39. 2 Ioann. II. 25.

guido, para que al fin les dijeses, *vosotros sois mis amigos* [1]. Judas no solo no ha dejado por tí todo, sino te ha dejado á ti. A Cristo dijeron los judíos que era *amigo de los publicanos y pecadores* [2], es decir, que ahora es el tiempo de la gracia, de la misericordia, de la amistad: ahora á ninguno desecha Cristo; ahora á todos admite. Acuda el publicano y pecador aunque haya sido por muchos años enemigo de Cristo, aunque haya sido otro Judas, acérquese á Cristo; al punto le dirá, *amigo, ¿á qué has venido?* ¡O pecador! ¡cuánto cuesta el ser amigo del mundo! ¡cuántos trabajos, desvelos, sudores, para adquirir su amistad! ¡O político! ¡cuántas vigilias, angustias, molestias, cuidados, y riesgos del alma tienes que pasar para llegar á ser amigo del príncipe! ¿Y qué otra cosa es la gracia y el favor del príncipe sino un *debil báculo de caña, que si te apoyas sobre él, se te entrará por la mano y te la traspasará* [3]? ¡O joven, que andas galanteando, y mientras los otros duermen, tienes tú que trasnochar, cuantos rendimientos y servicios tienes que hacer, cuantos regalos que dar, cuantos tedios que sufrir, cuantos papeles que hacer, cuantas figuras que representar cual otro Proteo, cuantas ficciones y disimulos: y cuantas veces tambien tienes que salir cuerpo á cuerpo á un desafio con peligro de tu cuerpo y de tu alma, para hacerte amigo de una vilísima y sórdida muger, que cual otra Judit á Holofernes corte tu garganta; cual otra Jael á Sísara

1 Ioann. xv. 14. 2 Luc. vii. 34. 3 Isai. xxxvi. 6.

taladre con un clavo tu cabeza ; cual otra Dâlila á Sanson te entregue cautivo á los filisteos! Y despues de esto aunque le hayas hecho mil beneficios , ofrecido los mas exquisitos dones , tributádola innumerables obsequios , consumido multiplicados años en agradarle , agotado todas tus fuerzas y facultades ; con sola una mirada que la des austera , con sola una palabra que la hables siniestra , solo un obsequio que la niegues , todos tus pasados beneficios quedan sepultados en eterno olvido ; no queda ya memoria alguna de tí ; caiste de su gracia ; no volverás ya mas á su amistad. Cuando por otra parte , aunque por muchos , no digo dias , semanas , meses , sino años, y aun por toda tu vida , hayas estado provocando con tus gravísimos excesos la indignacion divina , olvidando sus consejos , despreciando sus preceptos ; ¿qué te parece necesitas para hacerte amigo de Jesus? ¿caminar á Jerusalen? ¿ir á Roma á los umbrales de los Apóstoles? ¿pasar la altura de los Alpes? ¿navegar mares inmensos? ¿ó vender todas tus cosas y darlas á los pobres? Todo esto y mucho mas merece la amistad de Jesucristo. ¡O impios! ¡ó pecadores! ¿deseais ser amigos de Cristo? acercaos ; ¿qué temeis? ¿os amedrenta la indignidad de vuestra vida? ¿temeis que os haga daño vuestra impiedad? Oid lo que dice la verdad eterna : *La impiedad del impio no le dañará en cualquiera dia que se convirtiere de su iniquidad*[1] . ¿En cualquiera dia? Pues sea este mismo el dia , esta la hora , este el

1 Ezech. xxxiii. 12.

lugar, en que nos convirtamos de la impiedad; no es necesario aparato grande, no dilatado tiempo: basta aun despues de muchos años, malgastados en excesos, un momento solo: basta para hacerte amigo de Jesucristo, un solo cordial suspiro: basta una lágrima sola de tus ojos: basta un solo golpe de pecho: basta un solo movimiento de tu lengua, una voz sola diciendo de corazon con David: *Pequé* [1]: En el mismo instante oirás: *Te son perdonados tus pecados* [2].

§. XVIII.

Sale Jesus al encuentro á los soldados.

Jesus para que nadie le arguyese, ó de debilidad por su prision, ó de fragilidad por su pasion, ó de flaqueza por su muerte, quiso, antes de ser entregado en manos de los impios, mostrar un completo prodigio de su poder y su grandeza.

Jesus pues sabiendo todo lo que habia de venir sobre él, se presentó, y dijo: ¿á quién buscais? respondiéronle: á Jesus Nazareno. Díjoles Jesus, yo soy [3]. Esta voz *yo soy* es el compendio de todas las perfecciones que resplandecen en Dios. Esta voz *yo soy* nadie ni en el cielo ni en la tierra puede proferirla sino aquel á quien *está dada toda potestad en el cielo y en la tierra* [4]: que *en el principio crió el cielo y la tierra* [5]; nadie sino aquel en quien es todo, de quien

1 II. Reg. XII. 13. 2 Luc. VII. 48. 3 Ioann. XVIII. 4 Matth. XXVIII. 18. 5 Gen. I. 1.

todo, y por quien todo: es decir, solo Dios. Cualquiera otro que dijere: *Yo soy, es mendaz, y no hay verdad en él*[1]. Por lo cual diciendo Cristo: *Yo soy*, confiesa que es Dios. *Yo soy*, voz amorosa para los buenos: *Yo soy*, voz terrible para los malos: *Yo soy* vuestro Padre, amadme hijos: *Yo soy* vuestro Maestro, oidme discípulos: *Yo soy* vuestro premio, y excesivamente grande, trabajad cuidadosamente operarios: *Yo soy* el fin de la carrera, corred velozmente corredores: *Yo soy* vuestra corona, pelead esforzadamente soldados: *Yo soy*, voz terrible para los malos: *Yo soy*; estremécete pecador en el lugar mismo en que pecas: *Yo soy* espectador del pecado, juez del pecador, vengador del que peca. ¿Adónde huirás, pecador, si en ninguna parte puedes escapar? *Yo soy aquel en cuyas manos es cosa horrenda caer*[2]: *Yo soy* quien te precipitaré *ligado de pies y manos en las tinieblas exteriores*[3]: *Yo soy* quien puedo *perder el cuerpo y el alma, y arrojarlos en el infierno del fuego*[4]. Mas sigamos adelante, y rompiendo la corteza penetremos hasta el fondo. Ponderemos mas profundamente estas dos voces *Yo soy*: en ellas hay una mina de oro, ahondemos hasta la profundidad, y sacaremos un tesoro. Bien sé, ó Jesus, que por el dilatado espacio de mas de cuarenta siglos todas las gentes, las tribus, las naciones, el género humano, todo anheló con tantos suspiros, suplicó con tantos ruegos

1 Ioann. II. 4. 2 Hebr. x. 31. 3 Matth. xxii. 13. 4 Matth. x. 28.

y lágrimas, y esperó con tantos deseos aquel Mesías grande, que sanaria á los enfermos, libraria los cautivos, quitaria los pecados, estableceria la paz, redimiria á los hombres, despojaria los infiernos, abriria los cielos. ¡Y qué! ¿eres tú aquel? *Yo soy.* ¡O felicidad la mia mas que la de los patriarcas! mas dichoso soy que los profetas, mas afortunado que todos los pasados reyes de la antigua ley, que solo creyeron, predijeron, esperaron al que habia de venir, el cual sé yo que ha venido, y creo está aquí presente. Por lo cual creyendo yo con fe certísima, y tal que no puede haber certidumbre igual, que te tengo aquí presente, ea negociemos entre los dos, y conversemos un poco tú y yo, solos sin testigos, en silencio, en un oculto retiro: tengo algunas cosas que preguntarte; tú respóndeme. Hubo algun tiempo, y no muy remoto, ochenta años antes de ahora, cuando yacia yo entre sombras, sin sentido, sin movimientos, sin vida, sin alma, sin cuerpo, sin naturaleza, vacío y nada: nada era, y por toda la eternidad anterior nada habia sido. Pero hubo uno que no sé con qué fin lo hizo, tú lo sabes; pero hubo quien volviendo con clemencia los ojos de su misericordia hácia aquel vastísimo espacio vacío de una inmensa nada, de aquel caliginoso abismo me sacó á la luz, á la habitacion de este mundo; me formó un cuerpo del lodo de la tierra, *inspiró en mi rostro inspiracion de vida, y fuí hecho hombre, con alma viviente* [1]: y me mandó dominar *á los peces del mar,*

1 Genes. II. 7.

á los volátiles del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra [1]. ¿Y quién es este? *Yo soy.* ¡O amor! Pero prosigamos adelante, quizá de aquí sacaremos mas motivos para regocijarnos y enardecernos en su amor. Apenas habia yo salido de aquel tenebroso caos de la inmensa nada, cuando olvidado de mi Hacedor, que me habia criado á su imagen y semejanza, desprecié al Señor mi Dios, é imitador de la impiedad de Absalon perseguí á mi Padre: por lo cual declarado reo de lesa magestad en aquel gran juzgado, y condenado por tal, fuí llevado al lugar del suplicio, conducido á la muerte, encaminado al exterminio: ya se habia acabado mi salud, ya estaba sin remedio mi vida, ya habia yo perecido; porque no habia quien me salvase, no habia siquiera uno. Veia esto un gran Rey (quien fue no lo sé yo, tú, tú lo sabes) en cuyo *muslo estaba escrito Rey de los Reyes, y Dominador de los Dominadores* [2]: este dejando la púrpura, desciende de lo alto, se viste un saco vil, se entrega á los atormentadores, me liberta de la carcel, me desata de los lazos; es presentado por mí al juez, condenado á una muerte afrentosísima; muere él, y vivo yo. ¿Y quién es este? *Yo soy.* ¡O misericordia! Estabas tú antiguamente en lo alto en un jardin de delicias, en el paraiso, donde tus ovejas se apacentaban en pastos abundantisimos, en pastos pingües: allí tenias cien ovejas, y he aquí una ovejuela se descarrió y separó del rebaño. Entendístelo tú, y al momen-

1 Genes. I. 26. 2 Apoc. XIX. 16.

to, ¡ó Pastor excesivamente bueno! dejando en el desierto las noventa y nueve ovejas, fuiste y buscaste aquella que habia perecido. ¡Ay Jesus mio! Compadézcome de ti tán fatigado, corriendo por sitios extraviados, por entre espinas y zarzas, por entre breñas y asperezas. ¿Y á quién buscas? A una oveja mia que se ha perdido. *Yo soy*. Hubo uno á quien tu Padre amaba, y en tanto grado le amó, que le dió á ti mismo unigénito suyo, y por quien quiso que tú habitases nueve meses en el vientre de una Virgen, despues fueses reclinado en un pesebre, circuncidado luego, bautizado despues en el Jordan; que ayunases cuarenta dias en el desierto, y despues de treinta y tres años de trabajos, al fin quiso que *fueses entregado á las gentes para ser burlado, azotado y crucificado* [1]. ¿Quieres saber ya quién es aquel hombre á quien asi amó el Padre? Pues *Yo soy*. ¡Ay Jesus! ¿Y será posible que siendo amado del Padre, y tan amado, no sea de los pocos escogidos? Tú eres por mi causa entregado por Judas á las gentes, ¿y yo he de ser entregado por tu Padre á los atormentadores? Tú descendiste por mí del cielo, ¿y yo he de caer en los infiernos? Tú has de padecer por mí, ¿y yo he de perecer? Tú por mí has de sufrir la muerte, ¿y yo no he de tener vida? Sé, ¡ó Jesus! que tú eres la vida, luego no he de morir, sino viviré.

1 Matth. xx. 19.

§. XIX.

Postra Cristo á sus enemigos.

Aquel ósculo que daba Judas á Cristo era para los judíos y romanos como la señal de la batalla, para que reunidas las fuerzas le acometiesen. No lo ignoraba el que todo lo sabia, Jesucristo. Por lo cual con grande elevacion de ánimo, como quien juzga, no como quien es juzgado, y como quien va á coger á sus enemigos, imperturbable sale voluntariamente al encuentro á aquella furibunda cohorte de soldados, y con magnífica voz, como Señor de todas las cosas, les pregunta: *¿A quién buscais? Respondiéronle: A Jesus Nazareno. Díxoles Jesus: Yo soy: y al instante volvieron hácia atras, y cayeron en tierra* [1]. Aquí preguntaré con Amos: *Rugirá el leon; ¿quién no temerá* [2]? Aquella voz no era balido de oveja, era rugido de leon. Bien profetizó David de esta voz antes de ser proferida por boca de Jesucristo: *De la voz de tu trueno se atemorizarán* [3]: tronó Cristo; se atemorizaron los enemigos de Cristo: y de modo se atemorizaron, que volvieron hácia atras; y de modo retrocedieron, que cayeron en la tierra. Cristo en el huerto entre el pavor, el temor y el sudor mostró su flaqueza: fuera del huerto mostró su divinidad: allí era cordero, aquí leon: allí se presentaba como hombre, aquí como Dios.

1 Ioann. xviii. 4. 2 Amos iii. 8. 3 Psalm. ciii. 7.

Venia pues Judas á prender á Cristo con el auxilio de uno y otro brazo, eclesiástico y secular; para que si los discípulos quisiesen defender á Cristo no se atreviesen por la cohorte de Pilatos. Era esta cohorte una caterva de soldados compuesta de ciento veinte y cinco de á pie, escogidos de entre los mas esforzados, mas aguerridos y diestros en la ciencia militar. Esta cohorte tenia Pilatos en Jerusalen para la defensa y seguridad de su persona y empleo, y para contener las sediciones y alborotos populares. De aquí se infiere que Cristo fue preso porque quiso serlo, no porque esto estuviese en poder de los judíos. Porque ellos al sonido solo de estas dos débiles voces *Yo soy*, como derribados de un impetuoso torbellino, ó como heridos de un rayo de lo alto, ó consternados de un espantoso trueno disparado de las nubes, luego cayeron postrados; y los que habian venido cargados de armas y de aparatos de guerra, con todas sus fuerzas enteras y su firme fortaleza se vió repentinamente que ni pudieron conservar su puesto, ni mantenerse en pie; sino todos á un mismo tiempo, Judas, los judíos, los armados, los romanos, y los soldados todos de aquella infame cohorte cayeron postrados en tierra, é hicieron un grande estruendo con sus armas. Allí cayeron las encinas de Basan: *Allí cayeron los que egecutan la iniquidad: derribados fueron, y no pudieron mantenerse* [1]. Postrada estaba ya á los pies de Cristo toda aquella rendida cohorte. ¿De

1 Psalm. xxxv. 13.

qué aprovechan ya ni los consejos de los judíos, ni los decretos de los magistrados, ni las armas de la milicia, ni los cordeles de los ministros, ni las asechanzas de Judas, ni los ardides de Jerusalen, ni las maquinaciones de toda la Sinagoga? Ninguno puede moverse como aquel por quien vivimos, nos movemos y somos, no le dé la facultad para poderse mover. Perfectamente dijo el Profeta: *Vi al impio tan exaltado como los cedros del Libano: pasé, y ya no existia* [1]. Estaba aquella cohorte de soldados, enviada por Pilatos y por los príncipes de los sacerdotes, con fastuoso orgullo, con fortaleza osada, con fuerzas formidables, con boca amenazadora, con temibles armas. *Pase, y ya no parecia.* Porque *la voz del Señor con gran virtud, la voz del Señor con magnificencia, la voz del Señor quebrantador de los cedros* [2], estrelló contra el suelo á aquellos soberbios y exaltados como cedros; los derribó por tierra, los rindió y postró á sus piqs, y de modo que no pareciesen ya soldados sino cadáveres. ¿Y por qué no diré yo aquí con el Sabio: *Tu omnipotente voz, de tus reales solios desde el cielo, ha sido el duro destruidor* [3] que cayó en medio de aquella turba de guerreros y la postró? Ni pudieron levantarse hasta que les dió Cristo licencia para ello: ni despues de levantados acometieron al instante impetuosos á Cristo; sino estaban por una parte avergonzados y confusos, por otra pasmados y atónitos, por otra atemorizados y pavorosos, no sa-

1 Psalm. xxxvi. 35. 2 Psalm. xxviii. 4. 3 Sap. xviii. 15.

biendo qué habian de hacer; hasta que preguntándoles segunda vez, á quién buscaban, y respondiendo que él era, y mandando que no hiciesen daño alguno á sus discípulos, les dice: *Os dije que yo soy: si me buscais pues, dejad ir á estos.* Como si dijese: si así heridos no os arrepentis, si en vista de tan extraordinario prodigio no os moveis, si despues de castigados todavía persistis en egecutar vuestros depravados designios, por mí licencia teneis, prendedme. De esto se conduele el Profeta: *Los herí, y no sintieron: los quebranté, y rehusaron recibir la doctrina* [1]. Perecerá, perecerá, es muy de temer que sí, el que avisado frecuentemente de la celestial inspiracion, herido de la enfermedad, derribado por la adversidad, pertinaz en el mal aun entre los males que padece, convierte los mismos castigos de Dios en instrumentos de pecado. Estos judíos postrados una vez, levantados despues, y con todo no corregidos, abusando de Dios así clemente en perdonar, como justo en castigar, persistieron obstinados en su malicia. Tal es la perversidad de algunos, que los mismos divinos beneficios les sirven de escalones para nuevas iniquidades. ¿Y qué? ¿Será para ti, hombre, una razon para ser malo el ser Dios bueno? ¿Habrás de hacerte pecando miserable, porque despues del pecado experimentaste á Dios misericordioso? ¿Serás para delinquir mas libre, porque él ha sido en perdonarte tan liberal? ¿Te entregarás tú al pecado, porque él recibe á los

1 Ierem. v. 3.

pecadores benigno? Oye, insensato, el aviso del Sabio, y sigue su consejo: *No añadas pecado sobre pecado, y no digas: la misericordia de Dios es grande* [1]. Misericordioso es Dios, que dice: *No quiero la muerte del impio, sino que se convierta el impio de su camino, y viva* [2]. Pero tambien es Dios justo, que dice: *El impio morirá en su iniquidad* [3]. Misericordioso es Dios: *Porque yo pequé, ¿y qué me ha acaecido triste* [4]? Pero justo es Dios porque dice: *el alma que pecare, ella morirá* [5]. Misericordioso es Dios porque á Saulo, perseguidor de los Apóstoles de Cristo, hizo maestro del mundo. Pero justo es Dios, porque á Faraon, que tiranizaba á los Hebreos, sumergió en lo profundo del mar. Es bueno Dios: lo confieso; con todo por sola una ofensa proscribió del cielo tantos millares de ángeles, y los arrojó al abismo. Es bueno Dios: lo admito; pero entre tanto *dilató el infierno su alma, y abrió su boca sin término* [6]. Es bueno Dios: es verdad; pero entre tanto clama: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos* [7]. Me lleno de esperanza cuando veo un ladron admitido al paraiso; pero me oprimo de temor cuando me acuerdo de Judas muerto pendiente de un lazo. Por un solo pecado permitió que tantos ángeles eternamente pereciesen: ¿y despues de innumerables pecados te concederá á ti, vil hombrecillo, el perdon? Perecen en cada momento tantas almas; ¿y no podrá permitir que

1 Eccl. v. 5. 2 Ezech. xxxiii. 11. 3 Ezech. iii. 18. 4 Eccl. v. 4. 5 Ezech. xviii. 20. 6 Isai. v. 4. 7 Matth. xx.

tú, que corres tras lo perecedero, perezcas con los demas? ¿Es por ventura tu alma mas preciosa ó amada de Dios que tantas otras que por menos y mas pequeños delitos estan padeciendo en los tormentos eternos? Dijo Cristo: *Si no hiciereis penitencia todos á una pereceréis* [1]. ¿Y qué por ti, que eres polvo y ceniza, ha de mudar su decreto? ¿Revocará su palabra, y como arrepentido de lo dicho te conservará á ti salvo sin que hagas penitencia? ¡O Jesus! yo temo, pero tambien espero, porque eres justo y tambien misericordioso: tu divinidad me causa temor, tu humanidad me da esperanza. Eres leon de la tribu de Judá: ¿quién no se ha de estremecer? Eres cordero que quitas los pecados del mundo: ¿quién no ha de esperar? Derribaste con sola una voz en tierra á los judíos: ¿á quién no espantará tu poder? Te dejaste prender y maniatar de ellos: ¿á quién no pasmará tu clemencia? Eres justo, y por eso temo á mi Juez: eres misericordioso, y por eso amo á mi Padre: haz que el temor sea mi freno para no ofenderte, y el amor mi estímulo para agradarte. Así me inclinaré á tu justicia, y *cantaré*, Señor, *tus misericordias eternamente* [2].

1 Luc. XIII. 5. 2 Psalm. LXXXVIII. 2.

§. XX.

Pedro desenvainando la espada intenta defender á Cristo, y hiere a Malco.

Estaban ya levantados por mandato de Cristo los que por su poder habian sido postrados. Pero ellos, olvidados del poder del que los castigaba, y de la benignidad del que padecia, ya intentaban echarle mano y prenderle. ¿Qué hacen entre tanto los Apóstoles? *Viendo los que al rededor de él estaban lo que iba á suceder, dijéronle* [1]: *Señor, ¿herimos con la espada? Y Simon Pedro, que tenia una espada, la desenvainó é hirió á un criado del Pontífice, y le cortó la oreja derecha. Era el nombre del criado Malco* [2].

Los discípulos que estaban al lado de Cristo, viendo á Judas, la cohorte, los ministros, las hachas, las linternas, las espadas, los enemigos; tímidos y pavorosos, al modo que los pollos cuando ven al milano asechador, se recogen bajo las alas de la gallina; así ellos se acogen al patrocinio de Cristo, segurísimo refugio contra todos los enemigos. Pero observando que ya no eran solo amenazas, sino que verdaderamente Cristo, y todos ellos con Cristo, iban á ser presos; queriendo oponerse á aquel furor, dijeron: Señor, ¿si acometemos con la espada? ¿Qué aprovecha la espada al lado si no se ha de hacer uso de ella? Se acor-

1 Luc. XXII. 49. 2 Ioann. XVIII. 1.

daban de lo que Cristo habia dicho. *Si alguien te hiriere en la megilla derecha, muéstrale tambien la otra. Haced bien á los que os aborrecen. El que no tiene* (á saber saco y zurron), *venda su túnica y compre espada.* Perplejos pues preguntan á Cristo: *Señor, ¿acometemos con la espada?* ¿Qué te parece? ¿Se ha de resolver esto con las armas? Si condesciendes, tienes aquí tres soldados escogidos, no solo fieles á ti, sino esforzados por ti. Si los demas se amedrentan del combate, queda Pedro que por ti no solo no teme el riesgo de morir, sino aspira á la misma muerte. Pero Jesus, que por entonces no llevaba á mal que usasen de la espada hasta que se libertasen del peligro los Apóstoles, callaba. Entre tanto á Pedro le hullia en las venas la sangre varonil: y todo enardecido y arrebatado de su piadoso furor, tomando el silencio de Cristo por consentimiento (porque quien calla parece condesciende), vuelto á Santiago y á Juan exclama: *Amigos, tomad las armas, á las armas, amigos.* ¿Qué? ¿Ha de prender el judío á Cristo, el judío, digo, ha de prender á Cristo, y esto á presencia de Pedro? No lo he de permitir: y sacando la espada fulminante, y vibrándola por el aire con todas sus fuerzas, hoy, dice, ó he de morir ó he de vencer. Una vez ha caido esta canalla á la voz de Cristo, otra vez ha de caer á la espada de Pedro. ¿Qué, lleva en vano Pedro la espada? Sabrá el judío, y sabrá el romano que es Pedro ambidextro, y que puede pescar con Cristo y pelear por Cristo. *Nosotros, Padre, á un mismo tiempo fulminamos con nuestra diestra los tiros*

y la espada no debil, y de nuestras heridas corre la sangre. Ea, Pedro, emprende esa hazaña: no puedes dejar de acertar, que mates, que mueras; si mueres, caerás víctima del furor; si matas, caerás por Jesus, sacrificio de amor. Lo mismo es para mí morir que vivir, como viva Jesus. Lo haré. La luna ha de ver esta noche caer ó al enemigo de Cristo ó al defensor de Cristo. Así dijo, y sin tardanza esforzadamente osado por Cristo, con rostro amenazador, con prontas manos y con robustos brazos, vibrando hácia todas partes su acero, embiste á la espesa tropa de sus enemigos. El primero que se le presenta es Malco; y él, llevado de su religioso furor, levanta los nerviosos brazos armados del hierro para hendirle la cabeza por medio; porque como era pescador estaba mas pronto para herir de golpe que de punta; pero porque quizá el otro llevaba morrion en la cabeza, por casualidad, ó mas bien por disposicion de Cristo, escapó del golpe; por lo cual le cortó la oreja derecha. Pero ¿qué es lo que haces, Pedro? ¿No eres tú aquella piedra sobre la cual edificó Cristo su Iglesia, esto es, no eres tú el fundamento de la fe? Pues ¿cómo quitas la oreja? ¿cómo han de creer sino oyen? Porque la *fe es por el oido*[1]. Y ¿cómo han de oir si no tienen orejas? Tú, como maestro de la fe, eres quien mas debes conservar las orejas de los hombres, y las cortas? Pero aquí en esta oreja se oculta un misterio recóndito, que explica en estas palabras Eutimio: *Fuéle quitada al criado*

1 Rom. x. 17.

del Pontífice la oreja, en señal de que los príncipes de los sacerdotes por su envidia estaban privados de oido para no oir ni entender aquellas profecías que habia de Cristo. Muchísimos Malcos es facil hallar no solo entre los judios, sino tambien entre los católicos, que tienen entera la oreja siniestra, y cortada la derecha. Si uno lastima á otro con palabras contumeliosas, ofende la fama agena, la hostiga con ignominiosas injurias, y la maltrata con insolente lengua: si alguno lee los impuros versos de Ovidio ó cuenta las fábulas y ficciones poéticas, aplican atentos la oreja siniestra: para esto son de agudísimo oido, ó por mejor decir, todo oidos. Diga Cristo [1]: *Jóven, dígote que te levantes: ve vende lo que tienes, dalo á los pobres, y ven y sigueme* [2]. Es Malco, no oye sino palabras siniestras; tiene cortada la oreja derecha. Así son muchos, que mas gustosamente oyen las epístolas de Ovidio que las de Pablo; los versos de Virgilio que los Evangelios de Cristo; las fábulas de los poetas que las sagradas historias de los Reyes. Estos son aquellos maestros que tienen *prurito* en los *oidos*, de quienes dice S. Pablo, *que apartan sus oidos á la verdad, y se convierten á las fábulas* [3]. Cuidado no se os corte á vosotros la oreja derecha; porque esa es la puerta de la salud; porque si la fe viene por el oido, la salvacion tambien por el oido; pues ninguno puede conseguir la salvacion como no agrade á Dios. *Y sin la fe*

1 Luc. VII. 14. 2 Matth. XIX. 21. 3 II. Timoth. IV. 3.

imposible es agradar á Dios [1]. Oigan pues las palabras del Salvador, para que no pierdan la salud. Diré con S. Agustin [2]: *Calle el alboroto de la carne, callen las representaciones de la tierra, y de las aguas, y del aire; callen tambien los polos, y aun la misma alma calle silenciosa, y pase de sí no pensando en sí; callen todas las cosas y las imaginarias revelaciones, y toda lengua y toda señal transeunte; y hable por sí solo el que hizo las cosas no por ellas, sino por sí mismo; para que oigamos su palabra no por lengua de carne ni por voz de angel, ni por sonido de nube, ni por enigma de semejanza, sino al mismo á quien en estas cosas amamos, á ese mismo sin ellas oigamos.* Ya ves, Señor, que los oidos de todos estan convertidos á ti solo. Ya está todo en un tranquilo silencio; habla, Señor; y hablando tú, si yace aquí algun paralítico, se levantará y tomará su lecho: si algun ciego, tendrá vista: si algun leproso, será purificado: si algun mudo, hablará: si algun cojo, andará: si algun sordo, oirá. Patentes estan á ti los oidos de todos, y tambien los interiores. De ti cantaremos, hablaremos, pensaremos; *porque nada se canta mas suave, nada se oye mas gustoso, nada se piensa mas dulce que Jesus hijo de Dios* [3], ¿Qué es de admirar? *Si cuando visitas nuestro corazon, entonces le resplandece la verdad, se le desvanece la mundana vanidad, é interiormente se le enardece la caridad:* y así para que

1 Heb. xi. 7. 2 Lib. 9. Confes. 3 S. Bernard.

ella se enfervorice, habla tú, y para que yo te oiga hablar, callaré yo.

§. XXI.

Reprehende Cristo á Pedro.

Luego que vió Cristo á Pedro armado de la espada, y combatiendo en su presencia, y su defensa con los enemigos, le corrige así: *Vuelve tu espada á su lugar; porque todos los que acometieren con espada, con espada perecerán. El cáliz que me dió mi Padre, ¿no he de beberle* [1]? Como si dijese: Pedro mio, cese la indignacion, comprime la ira, conten el furor, refrena la impetuosidad. No es Judas traidor, no Anas sacrílego, no Herodes mofador, no el Presidente injusto, quien me da este cáliz á beber. Este cáliz se me envia del cielo, no de la tierra: por Dios, no por el hombre: por el Padre, no por el enemigo. ¡O qué singular consuelo en toda aflccion! Si padeces algun mal, Dios no solo permite que lo padezcas, sino lo quiere. Tú eres mordido por los dientes de los malévolos, rasgado con injurias contumeliosas, despedazado con infames vituperios. ¡O qué amargo cáliz, dices! Tú le abominas como un tósigo, y es para ti un remedio: ese cáliz te le presenta, no aquel hombre maldiciente, sino el celestial Médico benigno. Yo aspiraba á aquel puesto elevado para poder al fin respirar: nada hay que no haya hecho y sufrido

1 Matth. xxvi. 52.

para obtenerle; y ve aquí que posponiendome á mí, es otro preferido, y yo perdí la esperanza. ¡O intolerable mal! pero mejor ¡ó increible bien! Ese alto grado á que aspirabas acaso hubiera sido la perdicion de tu alma. No es indecoroso el ser despreciado, sino el hacer cosas despreciables. Desprecia tu mismo menosprecio; y si te ladra la arrogancia, dile: *El cáliz que me dió el Padre ¿no quieres que le beba?* Tantas veces bebiste y agotaste el cáliz que te dió Baco, te dió Venus, te dió Pluton, enemigos, traidores, verdugos de tu alma; ¿y rehusas el cáliz que te da el Padre? Dame, Padre, el cáliz que me ofreces: con la mas rendida y sumisa reverencia de todo mi cuerpo y mi alma me postro para recibir el cáliz de tu mano, y con la mayor veneracion besaré la mano del que me le da: y para que se le quite á este cáliz la amargura, le pondré debajo de tu sacratísima frente, para que caiga en él siquiera una gota de tu sudor: le pondré debajo de tus amabilísimos ojos, para que en él caiga siquiera una sola lágrima: pues sé que lloraste ¡ó Jesus! le pondré tambien debajo de ese costado tuyo, que fue abierto con la lanza, para que caiga en él una gota de tu sangre; porque una sola gota de ella es suficiente para quitar toda la amargura de mi cáliz. Así beberé el cáliz que me diste ¡ó Padre, y hermano mio! para que despues de agotado me introduzcas en la bodega del vino, donde me des á beber del torrente de tus delicias, y quede yo embriagado de la abundancia de tu casa.

§. XXII.

Huyen los Discípulos.

Despues que Cristo hubo corregido con sus paternales avisos el zelo intempestivo de Pedro, vuelto de sus discípulos á sus enemigos les dijo: *¿Como á ladron salisteis con espadas y con palos á prenderme? cada dia estaba entre vosotros en el templo, enseñando, y no me cogisteis; pero esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas* [1]. Hasta ahora ni fue mi voluntad, ni vosotros tuvisteis licencia para prenderme, porque aun no habia llegado mi hora; pero ya es mi voluntad y ya teneis potestad para prenderme, *porque esta es vuestra hora*: aquí teneis pues las manos, atadlas; aquí teneis los brazos, ligadlos; aquí teneis todo el cuerpo, cargadle de cordeles, y de lazos: llevadle, traedle, heridle. El amor que os tengo me ha hecho entregarme á vosotros. *Entonces los discípulos todos dejándole huyeron.* No sin divina inspiracion escribió el Evangelista aquella partícula *entonces*, porque es de suma importancia. *Entonces* huyeron cuando le cargaron de lazos. *Entonces* huyeron cuando mas debieran haber perseverado. *Entonces*, cuando debieran haberle defendido como buenos soldados á su capitan, para que no le prendiesen. *Entonces* huyeron, cuando hubieran debido mostrar mas que nunca reverencia á su Maestro,

1 Matth. xxvi. 55.

fidelidad á su Señor, constancia á su amigo, amor á su Padre. *Entonces* huyeron, cuando mas necesitaba Cristo del consuelo y del auxilio de ellos. Cuando Cristo estaba á la mesa en la última cena, todos los Apóstoles estaban presentes, ninguno fugitivo: poco despues, cuando empezó á contristarse y tener tedio, le acompañaban tres: despues, cuando iban ya á prenderle, solo estaba presente Juan, que tambien huyó dejando la sábana. Finalmente cuando ya estaba preso, no habia ninguno. *Entonces* Cristo, entregado en manos de los pecadores, miraba á la diestra ¿si estaba Pedro? se habia ausentado; á la siniestra ¿si estaba Juan? se habia retirado: hácia atrás ¿si estaba Santiago? habia huido: hácia todas partes á ver ¿dónde estaban todos sus amigos? Todos le abandonaron y huyeron. ¡O amador del mundo! no te lisonjees ni glories demasiado en la compañía que á tu lado tienes, mientras vives, y vales y puedes, serás seguido de una turba de hombres; dentro de poco, cuando acometido de una enfermedad mortal estés agravado en el lecho; cuando se aproximare tu última hora te asistirán algunos pocos, con la esperanza tal vez de heredarte; finalmente cuando la muerte cerrare tus ojos, entonces, dejándote solo, huirán de ti todos y todas las cosas: huirá la perspicacia de tus ojos, el rojo color de tus labios, la belleza de tus mejillas, la robustez de tus manos, la agilidad de tus pies, todo el vigor de todos tus miembros. ¡O cuán amarga será para ti en aquella última hora esta huida de todas las cosas! Entonces, cuando estés postrado en el lecho del dolor;

entonces, cuando te halles en la mas extrema de las necesidades; entonces, cuando esté sudando tu frente, pálido el rostro, quebrantados los ojos, silenciosa la lengua, frias las manos, yertos los pies, anhelante el pecho, pasmado el ánimo, atemorizado el espíritu, afligido el cuerpo; cuando estés cercado por todas partes de angustias; entonces, cuando mas necesitado estarás de que el mundo te consuele, te auxilie, te favorezca y te ayude; entonces, en aquel último instante de tiempo, en aquel postrer momento de vida, cuando exhales el espíritu; entonces huirá el mundo, y todo lo que es del mundo. Entonces huirán del ambicioso los honores, del soberbio las glorias, del avariento las opulencias, del lascivo los deleites, del erudito las ciencias: entonces huirán del maestro los discípulos, del padre los hijos, del señor los siervos, del capitan los soldados, del rey los vasallos; ó por mejor decir, entonces huirán del pecador miserable todos los que pudieran compadecerse: huirán los Angeles, huirán los Santos, huirá la Madre de misericordia María, huirá el Padre de las misericordias Jesus, huirá el mismo Dios. *¡Qué! ¿así separas, amarga muerte*[1]? ¿Así me separas de todo aquello á que estuve asido? ¿de la patria en que empecé á vivir? ¿de la casa que habité? ¿del museo en que estudié? ¿del estado en que descansé? ¿de la mesa en que me alimenté? ¿de los trages que vestí? ¿de los padres que me engendraron? ¿de los amigos que amé? ¿de todas las personas que co-

1 1. Reg. xv. 32.

noci? Entonces, dejándote solo, huirán todas las cosas. Huirán dejándote: ¿dejándote donde? El cuerpo en el túmulo, el alma en el abismo. Entonces el alma en medio de los tormentos sola, recorriendo todo lo pasado, y viendo que todo ha desaparecido, dará alaridos horrorosos con inmenso ruido de voz, rechinará los dientes, llenará todo el aire de quejidos, y exclamará con aquellas palabras del Sabio: *Pasaron todas aquellas cosas como sombra*[1]: pasaron todas aquellas cosas por las cuales consumí todas las fuerzas de mi cuerpo, de mi alma, de mi industria y de mi ingenio: por las cuales me sujeté á tantos peligros, tragué tantas aflicciones, padecí tantas incomodidades, y pasé tantos trabajos: *Pasaron todas aquellas cosas* por las cuales estuve tantas noches desvelado, tantos dias ocupado, y tantas veces escribí, hablé, hice y pensé: por las cuales expendí todo el tiempo de mi edad, y ya me he perdido para siempre. *Pasaron todas aquellas cosas como sombra:* con tanta prontitud, con tanta celeridad, con tanto dispendio mio, en un abrir y cerrar de ojos, en un instante, en un punto. *Pasaron todas aquellas cosas*, dejándome solo entre suplicios eternos. Así que, siendo transitorio el mundo y su concupiscencia, y siendo todo transitorio, esto es lo que yo resuelvo ahora, huir del mundo y acudir á Cristo: á Dios mundo; salve, ¡ó Jesus! Viene la hora, y es esta, en que yo pase de este mundo á ti. Padre mio, que eres Salvador del mundo. Tú dijiste: *El cielo y la*

[1] Sap. v. 9.

tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán [1]. Si el cielo y la tierra pasarán: *¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de ti qué quiero sobre la tierra* [2]? Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, fuera del amor de Jesus. Habiendo pues de pasar una vez todas las cosas, ya me paso á ti, Dios mio, y todas mis cosas.

§ XXIII.

Prision de Cristo.

Nos fue propuesto el punto anterior como huyen todas las cosas en la muerte: aquí se nos propondrá la eterna duracion de todas las cosas despues de la muerte. Despues que el traidor Judas dió á los judíos las señas del que habian de prender, despues que huyeron de Cristo los discípulos, acometieron contra él con grande ímpetu los soldados. *Entonces se acercaron, y poniendo sus manos en Jesus le prendieron* [3]. Aquí empieza el clamor, aquí la rabia, aquí el furor, aquí el ímpetu, aquí las prisiones, aquí los golpes y malos tratamientos. Cristo pues, atadas las manos á la espalda, oprimido el cuello con una argolla de hierro, ligado con una cadena su cuerpo, aprisionados con un largo cordel sus brazos, es arrebatado como si fuera un perro rabioso hácia la ciudad, en medio de la noche entre el horrible estruendo de las cadenas, el sonido ruidoso de las armas, el estrépito de los armados, el al-

1 Luc. xxi. 33. 2 Psalm. lxxii. 25. 3 Matth. xxvi. 50.

boroto de los alguaciles, el ladrido de los perros, el clamor de los ministros, y las risas de los judíos. Alborotada la plebe, se levantan todos de su estrado, acuden á las ventanas, preguntan, responden, aplauden: la ciudad toda se llena de este confuso y desordenado alboroto, de estrépitos, de clamores, de iras. El mansísimo Cordero es conducido por los tribunales, comprimido de la turba con tan furibundos ímpetus, que antes parecia llevarle en peso que conducirle. Anas le pregunta: Caifas le condena: Herodes le burla: Pilatos le azota: los soldados le crucifican: cada uno en particular, y todos juntos le abandonan. Ve aquí ¡cuanta multitud de males despues del ósculo de Judas, despues de la fuga de los discípulos! Todas estas cosas vendran sobre ti ¡ó pecador! si murieres en pecado. Despues de recibido en esta vida el ósculo pérfido del mundo, despues de la huida de todas las cosas, al fin de tu vida, se sigue lo mas terrible de todas las cosas terribles, el mal de un sumo mal, una infeliz eternidad. Así como al instante que huyeron de Cristo los discípulos, acometieron los soldados, y le prendieron y ataron: así al instante que huyó de ti la vida, huyeron todos los hombres; al instante que pasaron todas las cosas, en el mismo punto acometerán los demonios, y dándose mutuos aplausos de la presa cogida, se congratularán diciendo [1]: *Dios le desamparó, perseguidle y cogedle porque no hay quien le libre.* ¿Quién te librará entonces de las manos de es-

1 Psalm. LXX. 11.

tos enemigos rabiosos? ¿quién de los dientes de estos lobos? ¿quién de las garras de estos leones? Cuanto allí padecieres será intolerable de padecer, y cuanto fuere intolerable será eterno para el paciente. Intolerable será en el estómago la hambre, en las fauces la sed, en los oidos la gritería, en la cabeza el dolor, en los dientes el rechinar, en los huesos el ardor, en los miembros el temblor, en toda el alma la angustia, en todo el cuerpo el dolor; y cada una de estas cosas será eterna. Al punto que sale la desventurada alma del cuerpo, y entra por aquella tierra tenebrosa y cubierta de la caliginosa obscuridad de la muerte; allí entonces está el infierno cerrado con puertas diamantinas; y para que nadie pueda abrirle nunca, tiene consigo las llaves aquel que dice de sí: *Tengo las llaves de la muerte y del infierno* [1]. Entonces clamarás horrorosamente, y miserablemente gritarás, y como perro rabioso aullarás, é incesantemente llamarás, diciendo: *Señor, Señor, ábrenos.* Y la divina justicia te responderá á ti, necio, lo que á las vírgenes necias: *Está cerrada la puerta* [2]. Clamarás á los cortesanos celestiales, é implorarás su clemencia [3]: *Compadeceos de mí, compadeceos de mí.* Y ellos responderán: *Está cerrada la puerta* de la misericordia: y así serás infeliz por toda la eternidad. Te volverás hácia la esperanza: *La esperanza á lo menos no confunde* [4]. Pero oirás: *Está cerrada la puerta* á toda esperanza; y así eterna será tu desesperacion.

1 Apoc. I. 18. 2 Matt. XXV. 3 Iob XVIII. 21. 4 Rom. V. 5.

Buscarás algun consuelo pidiendo que alguno *moje la extremidad de su dedo en agua, y refrigere tu lengua*[1]. Mas te dirán: *Está cerrada la puerta* á todo consuelo; y así quedaras desolado con una eterna desolacion. Desearás á lo menos respirar una hora y descansar; pero en vano, porque *está cerrada la puerta* á todo descanso; *y así no tendrás descanso de dia ni de noche*[2]. Pedirás á lo menos se te conceda la gracia de que puedas decir siquiera una vez contrito de corazon *Pequé*: mas ni aun esta pequeñísima gracia te será concedida; porque *está cerrada la puerta* á toda gracia. En una palabra, mientras Dios fuere Dios nunca descansarás ó respirarás ni un solo momento; porque *está cerrada la puerta* á todo bien, y abierta á todo mal: siempre serás abrasado, y nunca serás consumido: siempre empezarás á padecer, y nunca finalizarás. ¡O vida verdaderamente mortal! ¡O muerte verdaderamente vital! en que el hombre se abrasa y no se acaba: muere y vive: desfallece y subsiste. ¡Que mayor amargura que estar siempre queriendo lo que nunca ha de ser, y estar no queriendo siempre lo que ha de ser para siempre! Por toda la eternidad no alcanzará el infeliz lo que quiere: por toda la eternidad padecerá lo que no quiere. ¡Y qué! ¿crees tú esto? No creo yo que lo crees; ó si lo crees, eres insensato cuando así vives. ¿Queda aun lugar de duda si lo crees? ¿queda gota de sangre en las venas, queda sentido que con el temor y el asom-

1 Luc. XVI. 2 Apoc. XIV. 11.

bro no se pasme y se hiele? ¿Cuánto no debe ser nuestro pasmo, cuánta nuestra admiracion al ver la locura y el furor de los hombres? ¿Qué dices de ti mismo? ¿dónde te hallas? ¿cómo no exclamas? ¡O desventurado de mí! ¿qué es lo que he hecho hasta ahora? ¿Yo? ¡O infeliz! ¡Qué peso inmenso de males! ¡qué infinito por todas sus partes! ¡cuán sin número! ¡cuán sin término! ¿Y por qué? Por solo un momento. Yo por solo un breve rato que pasó, que se desvaneció; ¿yo, cristiano, así pequé? ¿así preferí un momento á la eternidad? ¡O necio! ¡insensato! ¡ó furioso! violada, pues, abandonada, desgraciada mi virginidad, la inocencia perdida, perdido el pudor, Dios perdido, perdidas todas las cosas: ¡O cristianos! sobre vuestra cabeza se agrava el peso inmenso de una interminable eternidad. A vosotros clamo, como se clamaba á sí mismo de noche y de dia San Cesario, insigne prelado Arelatense: *Dos cosas hay, y no hay medio, dos cosas hay: porque ó se ha de subir al cielo, ó se ha de caer en el infierno:* nosotros estamos en medio de estas cosas: arriba está el cielo, abajo el infierno: sobre la cabeza la eternidad, debajo de los pies la eternidad, por ambas partes la eternidad: aquí en el mundo la vanidad de todas las cosas. Mira lo que eliges: elegir mal una vez es perderse enteramente.

§. XXIV.

Es conducido á casa de Anas.

Dios encarnado, Cristo Jesus nos dió una gran muestra de amor en la creacion del mundo, porque entonces nos hizo innumerables beneficios. Con todo, mayor amor nos mostró en la redencion, porque en ella padeció por nosotros los mayores suplicios: siendo cierto que es prueba de mayor amor padecer males por un amigo que colmar de bienes al amigo. Padeció Cristo males, concedió bienes para que siguieses este consejo y aviso suyo: *Deja el mal y haz bien* [1]. Tú, pues, que inclinada la cabeza entregaste tu espíritu para que yo *inclinase mi corazon á tus testimonios* [2]: *inclina tu oido á mis ruegos* [3], para que yo entienda tus penas, y te ame á ti, ¡ó sumo bien! que por mí padeciste sumos males.

Ya el Señor del cielo y de la tierra habia permitido le prendiesen, *aquel que no puede caber en los cielos de los cielos* [4], para que poco despues llevase *cautiva la cautividad* [5], y los soldados con su tribuno, y los demas ministros de los judíos *le condujeron primero á casa de Anas; pues era suegro de Caifas, que era pontífice aquel año* [6].

Igualmente molesto é ignominioso era este paso de Cristo por el domicilio de Anas; porque

1 Psalm. xxxvi. 27. 2 Psalm cxviii. 36. 3 Psalm lxxxvii. 3. 4 III. Reg. viii. 27. 5 Ephes. iv. 8. 6 Ioann. xviii. 13.

el huerto de Getsemaní, donde habia sido preso, estaba una legua distante de la casa de Caifas, y en el mismo camino estaba la casa de Anas; y así, por hacerle este obsequio los soldados á instancia de los judíos, condujeron á Cristo primeramente á su casa. De este modo el Rey de los Reyes, atadas á la espalda las manos, con una cadena al cuello, la cabeza descubierta, el cuerpo encorvado, unas veces tirado de los cordeles, otras atropellado con los palos, otras conculcado con los pies, caminaba con suma aceleracion hácia la casa de Anas. Allí aquella infame caterva de ministros, escogida de entre las mas corrompidas heces de los judíos, dejando el camino real para ir por mas breves sendas, le arrastran por sitios llenos de escabrosas piedras, de matorrales horribles, de árduas subidas, unas veces á la siniestra, otras á la derecha. Cuantas veces llevado acá y allá, ya por estos, ya por aquellos, no dejándole mover el peso de las cadenas, se vió precisado á caer en tierra; y no pudiendo levantarse tan prontamente, le arrastran aquellos bárbaros ministros con tanta crueldad como si fuera una bestia; de modo que verdaderamente pudo apropiarse aquella expresion de David: *Por todas partes me veo oprimido de angustias* [1]. Condujéronle por la puerta dorada, próxima al templo, llamada por otro nombre Probática, ó puerta de las Ovejas; por la misma que seis dias antes habia entrado, recibido con tantos aplausos y festivas aclamaciones de

1. 2. Paralipom. xxi. 13.

la ciudad entera congratulada, y con el honor y la pompa de las palmas y los vestidos arrojados á sus pies. Luego que hubo entrado en la ciudad, alborotados todos los ciudadanos con el grande estrépito, la confusa griteria, y el descompuesto bullicio de los soldados, al punto acuden en tropas; toda la ciudad se conmueve en medio de la noche, se regocija por la asegurada presa, las puertas, las entradas, las ventanas, las calles, las plazas todas se llenan y rebosan con la muchedumbre de los concurrentes. ¡Cuantos silbidos se oyen allí por las plazas, cuantas ignominiosas palabras, cuantas injurias y vituperios contra Jesus de boca de aquellos insensatos sayones! Detente aquí antes que entres en el domicilio de Anas: párate, caminante, al umbral, y examina la causa de este molestísimo viage que lleva Jesus. La causa no se ha de inquirir como ignorada, sino ponderar como obvia. Habia registrado el Hijo de Dios desde la elevacion inmensa de la eternidad las academias todas esparcidas por todo el orbe: divisaba tantos pródigos disolutos, tantos ataviados lujuriosos, tantos epulones acicalados, hijos de tinieblas, entregados á la relajacion en las tinieblas de la noche, empleados en disoluciones, alborotos y contiendas; veia tantos descarados y lascivos amantes toda la noche á las puertas de la amada dedicados al amor y á la lascivia: otros con cítaras y arpas, con timpanos y flautas á manera de los Menades muy ocupados en danzas: otros enloquecidos con otras varias suertes de locura. Esto veia el Hijo de Dios desde lo alto;

y para expiar tantos excesos descendió á nosotros, se hizo viador para que no se extraviasen los peregrinos. Es traido y llevado por la noche con el mayor furor, para atraer á sí tantos vagabundos nocturnos: es arrastrado ignominiosamente por las plazas de Jerusalen por causa de los que corren arrebatados por las plazas de Babilonia: es mofado por todos, y todos juegan con él por causa de los que de noche juegan juegos insolentes. De este modo, ¡ó Jesus! tú que dijiste *yo soy el camino* [1], anduviste caminos dificiles por causa de aquellos que son veloces para correr por el camino ancho que lleva á la muerte, hasta que cansados en el camino de la iniquidad desfallezcan en el mismo camino. Tú, camino, sin el cual me extravío, sin el cual yerro, sin el cual me desvío de la carrera de la salud, reduce á esta oveja errante y seducida del error al camino; sácala del pecado á la gracia, llévala del destierro á la patria.

CAPITULO SEGUNDO.

CRISTO EN CASA DE ANAS.

§. I.

Pregunta Anas á Cristo por sus discípulos.

Habia andado por caminos descaminados con los inicuos *aquel que tuvo odio á todo camino inícuo* [2], y que es el camino: y admitido en la casa

1 Ioann. xiv. 6. 2 Psalm. cxviii. 128.

de Anás, esto es, en la oficina de la maldad, es examinado de su doctrina el que es la verdad, y es herido como reo de muerte el que es vida. En esta casa, como en una escuela de celestial ciencia, aprenderemos de aquel que es el *único maestro de todos* [1], cuanta es la vanidad de la ciencia profana, cuanta la verdad de la cristiana doctrina, y cuanta la diferencia entre la una y la otra.

Habianse juntado para coger á Cristo en la casa de Anas los doctores de la ley, los escribas, los ancianos, esto es, los mas astutos y malvados de Jerusalen, mas ansiosos de averiguar que de admitir la ciencia de Cristo; porque eran de los que decian con los medio sabios: *No queremos la ciencia de tus caminos* [2]. *El pontífice pues preguntó á Jesus por sus discípulos* [3].

¿Quién pregunta á quién? El discípulo al Maestro, el siervo al Señor, el reo al Juez, Anas á Cristo, el hombre á Dios. ¿Quién pregunta á quién? La ignorancia á la ciencia, la necedad á la sabiduría, la vanidad á la verdad, la voz del hombre al Verbo del Padre. Hemos oido quién pregunta; examinemos á quien pregunta. El pontífice pregunta á Jesus por sus discípulos; á saber, por qué los habia congregado, y por qué no habia elegido los oyentes de su doctrina del Pórtico de Zenon, como los Estoicos, ó del Liceo de Aristóteles, como los Peripatéticos, ó del Bosque de Platon, como los Académicos, ó del Ateneo, como los grandes Oradores. Cómo esco-

1 Matth. xxiii. 8. 2 Iob. xxi. 14. 3 Ioann. xviii. 19.

gió unos hombres ignorantes, rudos, idiotas, destituidos de toda ciencia, cómo unos meros troncos, de condicion vil y de ocupacion abatida: que parecia querer destinar doce pescadores contra los doce patriarcas y setenta y dos discípulos contra los setenta y dos ancianos, como autor de alguna nueva ley. Preguntado así Cristo acerca de sus discípulos, no pudiendo alegar en alabanza de ellos bien alguno, y no queriendo tampoco proferir algun mal contra ellos, calló. Pero de los discípulos de Cristo me convierto yo á vosotros, discípulos de las academias del mundo. ¡O académicos! ¿cuánto tiempo habeis expendido en aprender lo que quizá dañará mas que aprovechará á vuestra salvacion? Tú, cuando aun eras niño balbuciente, empezaste á frecuentar la escuela de primeras letras, y aprendias el A B C, A y Ω, ignorando aun aquel que dice: *Yo soy A y Ω, Alpha y Omega, principio y fin* [1]. De allí pasabas á la escuela de Prisciano, y aprendias á declinar los nombres; mas no declinabas, no huias los vicios, antes bien te inclinabas con la inclinacion de la edad á mayores excesos. Creció la edad, y se acrecentó con ella, no menos que la fatiga de estudiar, el ansia de aprender. De modo que puede decirse del niño aquella expresion del poeta: *Mucho padece y hace el niño, suda y tirita* [2]. Te despediste para mas altas escuelas, de aquí para la academia. Así es, que seis ó mas años habeis expendido en las letras humanas, de niños; dos años en la filosofia, de adolescentes; tres en

1 Apoc. 1. 2 Virg. Æneid.

la medicina ó en la jurisprudencia, de jóvenes: ved aquí doce años, ved la puericia, la adolescencia, la juventud empleadas en las academias del mundo. ¿Y quién es el que de esos doce años ha consagrado doce horas á la doctrina de Cristo? Ya aprendisteis á construir períodos, componer versos, ordenar oraciones, tejer silogismos, explicar leyes. Toda esta doctrina, adquirida á costa de tantos años, de tantos dispendios, de tan molestas fatigas, ¿en qué contribuirá para la salvacion? ¡O cuanta es la ceguedad de los hombres! se ven paseadas las plazas, frecuentadas las escuelas, ocupados los púlpitos, fatigados los ingenios: desvelados á cada paso los hombres las noches enteras en el estudio, volviendo y revolviendo disformes libros y enormes volúmenes, poniéndose pálidos sobre el papel, consumiendo cuanta substancia tienen, gritando en las clases hasta el extremo del furor y la rabia, leyendo, escribiendo, aprendiendo; y despues de haberlo estudiado todo, se ven obligados á decir con el estoico Sócrates: *Nada sé, sino esto solo, que nada sé.* A tanto precio se compra el ignorar. Se gasta toda la vida para ser tenido por docto; y apenas en toda la vida se emplea un dia para ser virtuoso. ¡O vosotros todos discípulos que os empleais en el estudio de varias ciencias! ¿cuánto tiempo habeis de estar oyendo á maestros que tienen prurito de oidos? Uno es vuestro maestro Jesus: á cuyos mandatos todos deben rendirse, á cuyos decretos todos subscribir, á cuyas persuasiones todos obedecer, sino quieren ser ingratos para con Dios, y enemigos de sí mismos. Pocos discí-

pulos tiene, pero escogidos y selectos. Y ahora os pregunto á vosotros, discípulos del mundo, lo que aquel ciego á los judíos: *¿Por ventura quereis vosotros tambien haceros discípulos suyos* [1]? ¿Vosotros, que consumisteis tantos años en los liceos, y os esmerasteis en adquirir una ciencia que hincha? Vosotros, que escuchasteis tantas veces al padre de la mentira hablando desde la cátedra de la pestilencia? Vosotros, que os fatigais con tantos trabajos á fin de perfeccionaros *en la sabiduría de este mundo* [2], que no es sino *necedad ante Dios*: *¿por ventura quereis vosotros tambien haceros discípulos suyos?* de aquel que es la verdad, y por eso no puede engañar: de aquel que es la sabiduría, y por eso no puede engañarse: de aquel que es el Verbo del Padre, y por eso no habla sino palabras de vida: de aquel cuya voz es la salud del que la oye: de aquel cuyas acciones son la norma de lo que se ha de hacer: de aquel en quien todo lo que hace y lo que padece es nuestra instruccion. *¿Por ventura tambien vosotros quereis haceros discípulos suyos?* Creo que este es el intento de todos. Y acaso cada uno clama ya con aquella voz que clamaba aquel discípulo de la escuela de Cristo: *Tedio me da muchas veces tanto leer y escuchar* [3]: *en ti está todo cuanto quiero y deseo.* Nosotros pues postradas las rodillas en tierra, convertido el corazon á Jesus, abiertos los oidos á sus palabras, exclamemos con aquel mismo discípulo de

1 Ioann. III. 27. 2 1. Corinth. III. 19. 3 Kemp. lib. 1. cap. 3.

Jesus: enmudezcan todos los doctores: callen las criaturas todas en tu presencia, y háblame tú solo.

§. II.

Pregunta Anas á Cristo por su doctrina.

No pareció á Anas suficiente preguntar á Cristo por sus discípulos, á quienes instruia; si no quiso tambien informarse de la doctrina que les daba. *El pontífice pues preguntó á Jesus por sus discípulos y por su doctrina* [1]. ¡O Anas! Si conocieses el don de Dios, y quién es ese á quien examinas, no estarias tú así sentado en tu solio con tanta hinchazon y fausto, sino te inclinarias hasta el suelo ante aquel en cuyo nombre se dobla toda rodilla. Preguntábale ¿cual era su doctrina? ¿de dónde la habia sacado? ¿de qué maestros la habia aprendido no siendo mas que hijo de un artesano? pareciendo tan extraña y tan disonante de la doctrina de Moises y los profetas. Admirábase despues cómo un hombre de condicion tan humilde tuviese tanta autoridad, que con aquella su nueva doctrina atragese á sí tantos discípulos, y tuviese á tanta muchedumbre de hombres pendientes de su boca, y escuchando sus palabras con tanta solicitud y atencion. Por esta causa esperaba que si Cristo explicase su doctrina seria facil profiriese alguna cosa en que pudiese con fundamento ser reconvenido. Así son muchas las preguntas que le hace, y con mucho

1 Ioann. xviii. 19.

estudio, acerca de la doctrina que hasta entonces habia acostumbrado enseñar. ¿Qué es lo que haces, Anas? ¿Tú te atreves á hacer preguntas á aquel que si te pregunta á ti *no podrás darle una respuesta por mil* [1]? *Porque si de repente preguntare, ¿quién le responderá* [2]? Si ignoras su doctrina, no es necesario preguntarle á él, sino seguir el consejo de Job [3]: *Pregunta á los jumentos y te lo enseñarán: y á los volátiles del cielo y te lo mostrarán. Habla con la tierra y te responderá: y los peces del mar te lo contarán.* Todas estas cosas hechas por él, no solo publicarán de él con los judíos: *bien ha hecho todo*, como *poderoso en obras* [4]: sino bien ha dicho todo, como *poderoso en palabras* [5]. *Por que él lo dijo, y todo fue hecho: él lo mandó, y todo fue criado* [6]. Entre todas las cuestiones que se agitan y ventilan en las escuelas, los gimnasios, las academias, nada se pregunta mas util, nada se investiga mas loable que la doctrina de Cristo. Pero sobre esta doctrina ¡cuan poco y cuan pocos son los que preguntan! Toda la agudeza del entendimiento, toda la viveza del ingenio, todas las fuerzas de la industria, se ocupan y se fatigan en la doctrina del mundo. La doctrina de Cristo es para todos peregrina. ¿Cuantos son los filósofos que preguntan por la doctrina de Porfirio y Aristóteles? ¿Cuantos médicos por la doctrina de Galeno é Hipócrates? ¿Cuantos matemáticos por la doctrina de Euclides y Arquimedes? ¿Cuantos ju-

1 Ioann. xix. 3. 2 Ioann. xix. 12. 3 Iob xii. 7. 8. 4 Marc. vii. 37. 5 Luc. xxiv. 19. 6 Psalm. xxxii. 9.

risperitos por la doctrina de Baldo y Bartolo? Oye, filósofo, lo que dice aquel idiota doctísimo en la doctrina de Cristo: *Mejor es por cierto un humilde rústico que sirve á Dios, que un soberbio filósofo, que no cuidando de sí considera el curso del cielo* [1]. Oye, teólogo, lo que dice él mismo: ¿*Qué aprovecha disputar altamente de la Trinidad si careces de humildad, y así desagradas á la Trinidad* [2]? ¡O Cristo! tambien nosotros preguntamos con Anas acerca de tu doctrina. Maestro (pues con este nombre te apellidaste tú mismo), *sabemos que eres veraz, y que con verdad enseñas el camino de Dios* [3]: dinos pues ¿cual es tu doctrina? *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* [4]. ¡O que malos discípulos somos nosotros de tan buen maestro! que de tal modo aborrecemos la pobreza, como si nos hubiese prohibido que la abrazásemos, ó nos hubiese mandado que la desechásemos. ¿Y qué mas enseñas? *Amad á vuestros enemigos* [5]. Nosotros hostigamos á nuestros enemigos con maldiciones, los execramos, los perseguimos con odio, y aun los maltratamos y herimos, como si Cristo hubiera dicho: dad muerte á vuestros enemigos. Doctrina de Cristo es que el *que se humilla será exaltado, y el que se exalta será humillado* [6]. Y nosotros no hacemos mas aprecio de estas palabras de Cristo, que el que haríamos si las hubiese proferido algun charlatan de plaza, ó algun seductor de corrillos.

1 Kem. lib. 1. cap. 6. 2 Ib. 1. cap. 1. 3 Matth. xxii. 16. 4 Matth. v. 3. 5 Ib. 44. 6 Matth. xxv. 12.

No son estos discípulos de Cristo: ó si lo son, no tanto sirven para aprender como para infamar á su maestro: porque, segun el Crisólogo, *grande injuria hace al maestro el que profesa ser su discípulo y no sigue su instituto: porque así como la probidad del discípulo es loor de su maestro; así es desdoro del maestro el discípulo que ignora su doctrina* [1]. Y ¿cómo nosotros, que conocemos que Cristo es nuestro único maestro, andamos tergiversando el abrazar su doctrina? La doctrina de Cristo es cierta, y de ella dudamos: es santa, y no la admitimos: es segura, y la tememos. La doctrina de Cristo está aprobada por el Padre eterno, confirmada por el Espíritu Santo, sellada con el sello de la verdad, establecida con infinitos prodigios. Habia enseñado Cristo: *Bienaventurados los pobres de espíritu* [2]; y ve aquí una inmensa muchedumbre de hombres, despreciando las riquezas, abandonando las facultades, conculcando la opulencia, no solo han seguido la pobreza, sino la han abrazado; convencidos de que no es pobre el que nada tiene, sino el que mucho codicia. Habia enseñado Cristo: *Bienaventurados los de puro corazon*; y ve aquí millares de jóvenes y de vírgenes se han obligado con voto perpetuo de castidad, para que Dios criase en ellos un corazon puro; no ignorando que vivir en el cuerpo como sino tuviesen cuerpo, es una prenda mas de ángeles que de hombres. Habia enseñado Cristo: *Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia*; y ve

1 Serm. 94. 2 Matth. v.

aquí egércitos de mártires sufriendo pacientemente incendios y hachas, cárceles y cadenas, garfios y potros, ruedas y cruces con fortaleza magnánima y con ánimo invencible, conculcando serenos y seguros todo género de tormentos, medio sepultados antes de estar muertos; sabiendo que lo que importa es la causa por que padeces, no el madero de donde pendes. ¡O doctrina no enseñada *en la sinagoga de Satanas* [1], sino en la escuela de la eterna sabiduría! No me hable Platon, no Aristóteles, no Hipócrates; resuenen en boca de ellos palabras afectadas, retumbantes, descomunales: bellísimamente hablan, pero torpísimamente viven. A ti solo quiero oirte, de quien dice el Padre: *Oidle* [2]. Gustoso seré discípulo de tu academia, alumno de tu gimnasio, oyente de tu escuela. Mas preciosa es una sola sentencia de tu doctrina, que toda la ciencia filosófica. Ni una jota, ni un ápice hay en tu doctrina que no haya sido expresado por el dedo de Dios: no pregunto pues por tu doctrina como con duda, sino te ruego una cosa con el mayor rendimiento: *Enséñame á hacer tu voluntad porque tú eres mi Dios* [3].

§. III.

Responde Cristo á Anas acerca de su doctrina.

Preguntado aquel gran maestro y profesor de la celestial academia por la doctrina que habia enseñado, demuestra que es recta y sana, parte

1 Apoc. III. 9. 2 Matth. XVII. 6. 3 Psalm. CXLII. 10.

por el lugar donde la daba, parte por los oyentes á quienes instruia, diciendo:

„Yo públicamente he hablado al mundo[1]: „yo siempre enseñé en la sinagoga y en el tem„plo, en que todos los judíos concurren: y ocul„tamente nada he hablado. ¿Qué me preguntas? „Pregunta á los que han oido lo que les he habla„do; verás como estos saben lo que yo he dicho."

¡O cómo resplandece aquí en Cristo en medio de los lazos y cordeles, estando en pie como reo delante del supremo tribunal del pontífice, en tan honroso y respetable congreso de aquel sacro senado, ó cuanto resplandece la libertad en responder, la autoridad en el hablar! ¡Cuanto peso en las palabras, y cuanta confianza! Seguro sin cuidado, intrépido sin temor, habla de su doctrina, como sólida, como firme, como cierta, como verdadera, como divina. Aquellos mismos quiere sean sus censores que alguna vez habian sido sus oyentes. Como si digese: ¿quién me argüirá de pecado? algunos preceptos di, muchos consejos, muchísimas veces hablé en el templo y en la sinagoga: ¿quién podrá en todo esto acusarme de error? ¿quién censurar una palabra de todas las que he hablado? ¿quién convencerme de haber enseñado vana doctrina? Y si tú, Anas, nunca concurriste á oirme ni en el templo, ni en la sinagoga, pregunta á los que me oyeron. No quiero que me creas: ni quiero que preguntes á mi madre: no apelo á mis discípulos: no alego aquí mis parientes y amigos; sino cito aquí á mis ene-

1 Ioann. xviii.

migos mismos jurados. Pregunta á Judas que me vendió: á los príncipes de los sacerdotes que me compraron: á estos ministros que aprisionado me condujeron aquí: pregunta á mis enemigos. Necesariamente se pregunta en aquella causa en que constando el hecho, se ignora el modo; pero yo, cuya causa toda la constituyes tú ahora en la doctrina, *públicamente he hablado*. No he enseñado error, sino verdad: ni esto se ha egecutado en rincones, ni huyendo la luz; ¿por qué no preguntas á los oyentes? Ademas, ¿á qué me preguntas á mí siendo el reo á quien juzgas indigno de ser creído? Si es malo haber enseñado, mal hacen todos los intérpretes de la ley: y si enseñé mal, esto debia averiguarse no de la propia sospecha ó envidia, ni de los calumniadores, sino de los oyentes: y no siendo permitido en legítimo juicio que uno sea testigo de sí mismo; por eso, segun la costumbre y ley del juicio, apelo yo á mis oyentes.

Entre la multitud de tantos como allí estaban presentes, no se halló uno que se atreviese á hablar ni á censurar su doctrina en la mas mínima cosa. ¡O sacrosanta doctrina, como que salió de la boca de aquel, que él mismo *salió de la boca del Altísimo* [1]! ¡O doctrina digna de ser oida por todos los oyentes, impresa en todas las almas, expresada en todas las acciones y costumbres! Doctrina, que una sola palabra, como un ápice del Verbo, es mas apreciable que todos los axiomas de los filósofos, las declamaciones de los retóri-

1 Eccles. XXIV. 5.

cos, las demostraciones de los matemáticos, los aforismos de los médicos, las leyes de los jurisperitos, las sentencias de los sabios, los pareceres de los políticos, los apotegmas de los doctos, los oráculos de los adivinos, los versos de los poetas, y en fin de mayor precio que todos los volúmenes de todos los libros profanos que hasta ahora hay, hubo y habrá. Y con todo, esta doctrina es buscada de pocos, despreciada de muchos, ignorada de innumerables. En este punto ruégote, ¡ó cualquiera que aquí estás! que maduramente consideres cuanto trabajo se emplea en aquella doctrina, que no solo no es necesaria para la salvacion, sino comunmente dañosa: cuantas librerías copiosas en todas las ciudades y regiones, cuantas bibliotecas muy provistas de toda clase de libros y tomos enormísimos: los argumentos inventados, los silogismos tegidos, las cuestiones propuestas, las teses defendidas, las proposiciones impugnadas, las disputas tenidas, y en fin, cuanto se han fatigado los ingenios embebidos en el estudio con todo el ahinco y aplicacion de la mente, cuanto han agitado el vigor de su industria á fuerza de pensar, causado sus dedos á fuerza de escribir, desgastado su vista á fuerza de leer: ¿y todo esto para qué? Para conseguir en la academia un título ó de doctísimo filósofo, ó de expertísimo médico, ó de esclarecido jurista, ó de insigne teólogo. ¡Tanto por una ciencia vana, y nada por la conciencia! ¡Todo esto por la doctrina del mundo, y nada por la doctrina de Cristo! Nada por aquella ciencia, que es la principal y única de las ciencias todas, con quien

comparada toda ciencia es ignorancia: y que era toda la filosofía y teología de San Pablo: *No juzgué yo saber alguna cosa entre vosotros, sino á Jesucristo, y crucificado* [1]. Dirás acaso que no estás desocupado para ocuparte en adquirir esta ciencia. Pero esa misma excusa es contra ti la mas terrible acusacion. Y así atiende, atiende si haces poco aprecio de la doctrina de Pablo, á las palabras de San Paulino [2]. „Estás respirando las „flores de todos los poetas, rebosando con la „afluencia de todos los oradores y las fuentes de „la filosofía, y rico tambien en las peregrinas le„tras, llenas tus labios romanos de los áticos pa„nales. Dime, ruégote, donde estan los tributos, „cuando lees á Tulio y Demóstenes, ó fastidia„do ya con la saciedad de las acostumbradas lec„ciones, revuelves á Xenofonte, á Platon, á Ca„ton, á Varron ya leidos, y á muchos otros de „los cuales nosotros quizá ni aun retenemos los „nombres, y tú tienes los volúmenes? Para ocu„parte en esto eres exento y libre; y para apren„der á Cristo, esto es, la sabiduría de Dios, eres „tributario y ocupado. Tienes tiempo para ser fi„lósofo, ¿y no lo tienes para ser cristiano? Muda „de parecer, muda de facundia. Porque no de„pondrás la filosofía del ánimo hasta que la con„dimentes con la fe, y hermanándola con la re„ligion, uses mas sabiamente de ella: siendo filó„sofo de Dios y poeta de Dios; siendo sabio no „inquiriendo sino imitando á Dios, erudito no „tanto en la lengua como en la vida, no tanto

1 1. Corinth. II. 2. 2 Epist. ad Iovium.

„en disertar cosas grandes como en hacerlas; sé „peripatético para Dios, pitagórico para el mundo: verdaderamente predicador de la sabiduría „en Cristo, y finalmente insensible á la vanidad; „huye de esa perniciosa dulzura de letras inanimadas, como de aquellos lotófagos * que con „los suaves frutos de su alimento borraban la „memoria de la patria, y evita el canto de las „sirenas, y los versos de sus venenosos halagos. „Mejor es contenerte, buscando las cosas divinas, „que entregarte á las disputas." Hasta aquí San Paulino. En la escuela de Aristóteles nada aprenderás sino palabras y voces; del Verbo eterno ni una palabra. En la escuela de Cristo la ciencia de Aristóteles es ignorancia, la elocuencia de Tulio es balbuciente, la prudencia de la carne es necedad. Bajo el magisterio de Cristo aprenderás á despreciar y ser despreciado; á ser despreciado del mundo, y á despreciar las cosas del mundo. Esta es al fin la mas útil leccion el despreciarse á sí mismo. En aquel dia postrero se cerrarán á todos los varones sabios todas las bibliotecas, para que no estudien, y todos los libros, para que no lean: *entonces será presentado un libro escrito, en que está todo contenido, por donde el mundo ha de ser juzgado*: entonces no se

* Alude aquí San Paulino á una fábula de Homero. Lotófagos eran los habitantes de unos pueblos del Africa, que con su benignidad y atractivo embelesaban á los extrangeros, de modo que los hacian olvidarse de su patria, llamados lotófagos porque se alimentaban del árbol llamado *lotos* en griego, de suavísimos frutos, de donde proven a la suavidad de su trato. Esta es la alusion. La de las sirenas es mas notoria.

inquirirá cuan bien has hablado, sino cuan cristianamente vivido: ni te preguntarán si supiste los diez predicamentos de Aristóteles, sino si observaste los diez preceptos de Dios: entonces ninguna cuestion habrá de palabras y voces, sino de acciones y de costumbres: entonces la humildad, que es la leccion de Cristo, superior á todos los escritores y libros, mas elevada que toda pluma y toda ciencia, mas sábia que toda página y toda membrana, mas escogida que todo ingenio, resplandecerá allí con tanta mayor gloria, cuanto aquí estuvo en mayor obscuridad.

§. IV.

Recibe Cristo la bofetada.

Fuimos oyentes de Cristo mientras habló; resta que seamos espectadores suyos mientras padece, para que pues oimos sus palabras, miremos y veneremos sus acciones para imitarlas. Pareciendo que Cristo hablaba al pontífice con mas libertad que la que debia un reo: *uno de los ministros presentes dió una bofetada á Jesus, diciendo: ¿así respondes al pontífice* [1]?

Tanto como resplandeció antes la sabiduría de Cristo en hablar, resplandece aquí su paciencia en sufrir. Habia respondido con mansísima voz á la pregunta del pontífice; que él habia enseñado pública y patentemente, y que nunca habia explicado sus dogmas en rincones ocultos.

1 Ioann. XVIII.

Aquí cierto emisario, abatido hijo del polvo, ministro de Anas, sacudiéndole con la mano abierta, le hiere en el rostro. ¿Qué admiraré aquí primero? ¿qué despues? ¿la modestia del Señor herido, ó la desvergüenza del siervo abofeteador? Entenderás la modestia, si examinas el lugar, las personas, el modo y lo demas que agrava este exceso. Primeramente esta bofetada fue muy cruel, porque fue dada por un ministro airado, por un hombre furibundo, que se abrasaba en deseos de vengar la injuria hecha, segun él pensaba, á su señor. En segundo lugar fue dada con la mano armada de un guante de hierro; de modo que en aquel hermoso y adorable rostro quedó impreso el cardenal de la bofetada. Tambien fue dada con tanta violencia que el rostro de Cristo, vuelto al juez, fue inclinado con la vehemencia del golpe á la parte contraria; y, como dice San Vicente, hizo caer al Señor postrado en tierra. Ademas, aquel castigo fue sobremanera ignominioso y del mayor oprobio; como en un concurso nobilísimo de tantos varones ilustres en doctrina, en autoridad y empleo: y siendo esta injuria hecha por un sórdido hijo del polvo, por un ínfimo ministro de la hez del pueblo, por un siervo abatidísimo, á la persona mas digna en la tierra, en el cielo y en todo el universo, y en la parte mas venerable, es decir, en el rostro, ó el semblante formado por el Espíritu Santo. Agrégase para agravar mas la injuria, la desvergüenza del siervo en hablar: *Así respondes al pontífice?* Como si digese: *¿así?* ¿con tanta confianza? ¿con esa libertad? ¿con tan osada

arrogancia? ¿*Así*? ¿Sin tener respeto alguno á la persona á quien hablas? ¿*Tú* respondes? *Tú*, polvo de la tierra, irrision de los hombres, abatido cadáver, vilísimo esclavo, despreciable hombrecillo, que por tus infames delitos estás aquí preso, atado y reo? ¿Así respondes tú al pontífice, á quien no eres digno de desatar la correa del zapato? ¿Al pontífice, que es el príncipe de la sinagoga, la cabeza del sagrado concilio, el supremo prelado, y en fin la mas digna persona de todo el orbe, y el oráculo del mundo? ¿*Así respondes al pontífice*? Finalmente fue esta bofetada injustísima, como dada por tomar venganza y para reprehender y reprobar calumniosamente una respuesta prudentísima, y como dada por quien juzgaba temerariamente. Inicuo es por cierto el juicio en que antes de pronunciar la sentencia cualquiera tiene potestad sobre el reo. Injustísimo es tambien el juez que viendo oprimir al reo antes de pronunciar la sentencia, calla, y no lo impide, ó á lo menos no lo corrige ni reprehende. En esta bofetada se cumplió aquel vaticinio: *Dará la megilla al que le hiere* [1]: pues la bofetada es golpe dado en la megilla, así como el pescozon es golpe dado en el cuello. No dudo que solo al oir la narracion de tan gran delito se habrán horrorizado vuestros ánimos, y tácitamente dentro de vosotros habreis condenado al autor de esta maldad, no solo á la muerte, sino al mas atroz suplicio que pueda imaginarse. Hay algunos que son del sentir de Agustino, que se

1 Thren. III.

explica de este modo [1]: „Si consideramos quien „recibió la bofetada, ¿no querríamos que el que „la dió ó fuese consumido con fuego del cielo, „ó tragado por la tierra que se abriese, ó co„gido y arrastrado por el demonio, ó castigado „con alguna semejante pena, ó con otra mas gra„ve? ¿Y cual de estas no hubiera podido man„dar con su poder aquel por quien fue hecho el „mundo, si no hubiera querido enseñarnos la pa„ciencia con que se vence el mundo?" Mas excitemos aquí la justicia como entorpecida y lánguida. Esto ves, ¡ó justicia! justa vengadora de los delitos; ¿y lo miras dejándolo sin castigo? ¿y no vibras tu fulminante espada? ¿y no sacas de la vaina aquella espada agudísima de dos filos? ¿y no extiendes tu arco, y lanzas desde un globo de nubes y fuego saetas encendidas? ¿dónde estan tus rayos y truenos? ¿cómo no llueves sobre Jerusalen azufres é incendios? ¿cómo no rompes todas las fuentes del abismo inmenso, y abres las cataratas del cielo? aquí debes emplear tus fuerzas: aquí tienes materia amplísima y justísima causa para el rigor y la ira: conozca aquella cabeza sacrílega por la gravedad de la pena la gravedad de la culpa: caiga vivo en el infierno: perezca un hombre perversísimo entre los mas perversos. Pero cuando yo así provoco á la vengancia la justicia divina, me parece que oigo responder á la divina misericordia: *No sabeis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas* [2]. Y perderia

1 A Ludolpho Saxone. 2 Luc. IX. 55.

las almas si castigase siempre á los hombres perdidos segun merecen. Habia Cristo dicho antes: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon*[1]. Las que allí fueron palabras, aquí son obras: lo que entonces dijo se hiciese, ahora lo hace: verdaderamente manso y humilde, que pudiendo vengar la injuria, y aun casi debiendo hacerlo, no quiso; y sufrió dejándola impune. Esta es en la celestial academia la doctrina de Cristo: á nadie volver mal por mal; no vengar bofetada con bofetada; no castigar injuria con injuria; no volver contumelia por contumelia; sino con mansedumbre de boca, con humildad de corazon, con ánimo igual sufrir cualesquiera injurias que cualquiera nos haga. Sé que los académicos del mundo desaprueban esta doctrina reputándola por una mera locura; creen que esta tolerancia es pusilanimidad de ánimos débiles y afeminados: su doctrina es diente por diente, bofetada por bofetada, herida por herida, sangre por sangre: su fortaleza es hacer injurias, no padecerlas. Por eso si alguno de ellos es herido no ya con una bofetada, sino con solo que resuene en sus oidos esta voz *mientes*, ¡cuanto es su destemple y agitacion! hierve la sangre, arde el rostro, centellean los ojos, se desenfrena la lengua, se arman las manos, se llena el cielo de quejas, se cubre al enemigo de las mayores execraciones, se atiza en el ánimo la venganza, se le maquina la muerte, se le provoca al desafío y combate, se aguza la espada para destrozarle, se cercan los

1 Matth. xi. 29.

caminos con armas para egecutar su ruina; y entonces se cree haber tocado con los dedos el cielo cuando se puede lavar las manos en su sangre. Dirias que aquella voz sola fue un rayo. ¿Qué diré aquí sino lo de San Bernardo? O el mundo yerra, ó Cristo [1]: el mundo queriendo que se dé bofetada por bofetada: Cristo queriendo que se reciba sin darla. No dudo que si se inquiere vuestro dictamen, en cual de los dos está el yerro; todos á una convendreis en un mismo parecer, que el que yerra es el mundo. ¿No es esto así? ¿Y qué? ¿tú apruebas la doctrina de Cristo, alabas su egemplo, aseguras que se debe hacer lo que él hizo; afirmas que yerra el mundo enseñando la doctrina contraria? Pues ahora *te juzgo yo por tu misma boca, siervo malvado* [2]. Cuando apruebas y recomiendas el egemplo de Cristo, á tí mismo te juzgas y te condenas. Tú aquí en presencia de Cristo crees y juzgas que á egemplo de Cristo se debe con igualdad de ánimo sufrir las injurias; que no se debe vengarlas: luego es necesario que seas enteramente perverso cuando tú haces lo que repruebas hagan los otros, y cuando no quieres hacer lo mismo que apruebas. El que lo sabe, y no lo hace, pecado comete. Sabes que no debe hacerse, y con todo lo haces; luego no tienes escusa de ignorancia; luego te acusa la malicia, y te condena la conciencia. ¿Qué te glorías pues del nombre cristiano, cuando tan ageno estás de las virtudes de Cristo? Cristo por tí sufrió sin vengarse una bofetada; ¿y tú no pue-

1 Serm. 3. de Nativit. Domini. 2 Luc. xix. 22.

des sufrir por Cristo la mas mínima injuria que te hacen solo de palabra? ¿Es esto amar á Cristo, vilipendiando así el egemplo de Cristo? ¡O Hijo de Dios vivo! *resplandor de su gloria, y figura de su substancia* [1]; ¿quién imprimió en tu divino rostro una señal y figura tan detestable? Esta, esta fue la mano execrable que extendió á la venganza la ira; á la impureza la lujuria; á la iniquidad la injusticia. ¡O Padre eterno! cuya es aquella voz fulminante desde lo alto del cielo entre espantosos truenos: *levantaré al cielo mi mano, y diré: vivo yo eternamente, que si aguzare como el rayo mi espada, y tomare el juicio en mi mano, daré su merecido á mis enemigos* [2]: *pon lejos de mí tu mano* [3], y no quieras reparar en la mano que hiere, sino en el semblante herido: y por el amor con que te ama el Hijo, y con que tú amas al Hijo, déjame que ame yo al enemigo, para que al fin vea aquel rostro por mí y por mi causa herido, y le vea, no *por espejo en enigma, sino rostro á rostro* claramente [4].

§. V.

Respuesta mansísima de Cristo al siervo que le hiere.

Herido ya Cristo contra toda justicia y equidad, viendo que el pontífice no cumplia como era debido con su obligacion, pues á él tocaba

1 Hebr. 1. 13. 2 Deuter. xxxii. 40. 3 Iob xiii. 21. 4 1. Cor. xiii. 12.

corregir al que habia dado la bofetada, cumplió Cristo con este cargo avisándole á él del suyo: pues corrigió descubiertamente al siervo, y tácitamente al pontífice, consentidor con su silencio en el delito, diciendo: *Si mal he hablado, muestra en qué está el mal: y si bien, ¿por qué me hieres* [1]? No dice si he hablado cosas malas, sino malamente, esto es, con mal ánimo y de modo depravado, *da testimonio del mal.* Porque no es prueba ó de malicia ó de arrogancia hablar constante y libremente por la verdad, y gloriarse de ella, y hacerla presente al juez para que la patrocine. *Da testimonio del mal*: á ti no te toca tomar al punto venganza como egecutor de la justicia, sino como testigo mostrar que yo he hablado mal. ¡O cuanta es la modestia de Cristo en el responder despues de tan atroz injuria! ¡cuanto el sufrimiento en el padecer! Al recibir aquella bofetada ignominiosa no se turba su ánimo, no se enciende en ira, no suelta su lengua á maldecir y execrar, no extiende la mano para vengarse: no manda al cielo que dispare contra aquel sacrílego ardientes llamas, como hizo Elías; no manda á las fieras que le despedacen, como Eliseo; no manda á la tierra que se abra y le trague vivo, como hizo Moises con Datan y Abiron. ¿Y qué haces tú semejante á esto, no digo despues de recibir una bofetada, sino solo oyendo una injuria? Si te parece demasiado difícil y sobre las fuerzas humanas tener paciencia para sufrir una bofetada, atiende y pondera las expre-

1 Ioann. xviii. 23.

siones del Crisólogo, explicando aquel aviso de Cristo [1]: „*Si alguien te hiriere en la megilla* „*derecha, presentale tambien la otra.* Esto pa„rece arduo al que no conoce cuan grandes son „los premios de la paciencia. ¿Parécete que po„drá alcanzar con heridas la victoria quien ni „un golpe de mano quiere sufrir para conseguir „la corona? ¿Podrá á costa de la muerte aspirar „á la gloria quien por el honor divino reputa „por grave una humana injuria?" Ojalá todos tuviesen tanto valor por Cristo, y tanto amor á Cristo, que no temiesen decir con el Crisóstomo: *Déseme sufrir injurias por Dios, y ser despreciado por Dios, mejor que colmado de honores por todos los Reyes; porque nada hay, nada, que pueda ser comparado con esta gloria* [2]. No és una sola, ni por uno solo, sino muchas, y por muchísimos, las bofetadas que se dan á Cristo, aun ahora reinando en los cielos y sentado en su trono: á Cristo abofeteas cuantas veces te vengas de la injuria recibida: le hieres cuantas veces no perdonas á tu enemigo, cuantas hieres á tu contrario. De suerte que lo que antiguamente dijo Cristo á Saulo perseguidor de sus discípulos: *Saulo, ¿por qué me persigues* [3]? esto mismo puede decirte cuando hieres á tu enemigo como dijo al soldado: *¿Por qué me hieres?* Esta pregunta es confusion nuestra. ¡O qué pregunta de tanto peso! de solas tres voces consta; pero ¡cuanto es el peso de cada una de ellas! *¿Por qué me*

1 Serm. XXXVIII. 2 In cap. V. Matth. hom. XVIII. 3 Actor. IX. 4.

hieres? Pregunta primero la causa, *¿por qué?* da la razon de una accion tan indigna: ¿qué causa te mueve á cometer tal exceso? dí, *¿por qué?* ¿acaso porque cuando no tenias ser te crié? ¿ó porque cuando ya tenias ser, para que no le perdieses, te conservé? ¿ó porque conservado por mí, y ya perdido por ti, te redimí? ¿ó porque despues de redimido, perdida mi gracia, te recibí mil veces en mi gracia? ¿ó porque te dí tantas pruebas de amor como momentos tiene tu vida? *¿Por qué me hieres?* ¿Acaso por la caridad excesiva con que te amé? ¿por el cuidado amoroso que he tenido de ti? ¿por los beneficios innumerables con que siempre te favorecí? *¿Por qué?* ¿Cual es la causa de tan execrable delito? *¿Por qué me hieres?* *¿A mí?* ¿abogado en tu causa, protector en tus peligros, amigo en tus necesidades, compañero en tu soledad, consolador en tu afliccion? *¿A mí?* tu hermano en la solicitud, tu padre en el amor, tu esposo en la fidelidad, tu sumo bien en la felicidad, tu Dios en todas las cosas? *¿Por qué me hieres?* Mucho es no agradarme; grave es desagradarme; gravísimo es ofenderme en lo mas mínimo; ¿qué será herirme? *¿Por qué me hieres?* Confieso, Dios mio, que por todas partes soy reo, ya se mire el agravio que hice, ya la causa porque le hice, ya la persona á quien le hice. Ninguna causa hay sino mi malicia: quise hacer lo que nunca debí. La persona á quien hice la injuria es tan grande, que por su magestad infinita se le debe todo honor, por su infinita justicia todo temor, por su infinita bondad todo amor. La injuria es tal, que no puede

ser dignamente castigada por toda la eternidad. Tenia David airado contra sí á Saul; con todo, habiendo caido Saul en manos de David, de modo que podia este quitarle la vida y sucederle en el reino, estimulándole á que lo hiciese así sus amigos, respondió: *No extenderé contra mi Señor mi mano, porque es el ungido del Señor* [1]. Y yo he extendido mi mano contra ti, Cristo Señor, siendo yo *obra de tus manos* [2]: *porque tus manos me hicieron* [3]. Tantas veces he herido tu rostro, cuantas he caido en pecado. ¿Y qué diré cuando vendré y apareceré ante tu rostro? ¿Adónde volveré yo mis ojos? Si arriba, temo la espada fulminante de la justicia; si abajo, me horroriza el abismo de los infiernos; si al rededor, me veo cercado de un egército de enemigos amenazadores. Para librarme de tantos males te suplico ¡ó Padre! que no mires la indignidad de mi delito, sino que *mires al rostro de tu ungido.*

CAPITULO TERCERO.

CRISTO EN CASA DE CAIFAS.

§. I.

Falsos testimonios contra Cristo.

Poseido de un sagrado horror, atónito y lleno de pasmo entro en la casa de Caifas, esto es, en el seminario de la injusticia, á oir cosas, que harán estremecerse ambos oidos, y á ver un espec-

1 1 Reg. xxiv. 11. 2 Iob x. 3. 3 Psalm. cxviii. 73.

táculo, que hará salir de los ojos raudales de agua y fuentes de lágrimas. Tú que *perfeccionaste mis oidos* [1], ahora, mientras esto oigo, *inclina tu oido á mi* [2]: *suene tu voz en mis oidos* [3]. Tú, que me amas como á *las niñas de tus ojos* [4], si hallé yo gracia en tus ojos, alumbra á los mios, para que vea yo *esta vision grande* [5], *que es maravillosa á nuestros ojos* [6]. En esta casa se nos propondrá el pontífice sumo de la sinagoga judaica, y juez supremo del sagrado concilio Caifas, ante quien el angel del gran consejo, primero falsamente acusado, despues inicuamente juzgado, al fin es sacrílegamente condenado: tres cosas que comprehendieron los dos Evangelistas S. Mateo y S. Marcos en estas palabras [7]. *Entonces asiendo á Jesus, le condujeron á Caifas, príncipe de los sacerdotes, donde los escribas y los ancianos y los fariseos se habian congregado. Y los príncipes de los sacerdotes buscaban algun falso testimonio contra Jesus para entregarle á la muerte.*

Anas (Satanas en carne humana) envia á Cristo, autor de la vida, como reo de muerte, á Caifas, sumo pontífice é iniquísimo juez. Síguele tú, cualquiera que seas viador, sigue á Cristo, que es el camino. Mírale llorando aquella pompa, y ve con cuanta inhumanidad, ó mas bien con cuanta crueldad, conducen los hijos del diablo, ó mejor, arrastran al Hijo de Dios. Estaban congregados en la casa de Caifas los escribas, fariseos y ancianos; cuantos hombres tantas vene-

1 Psalm. xxxix. 7. 2 Psalm. xvi. 6. 3 Cantic. ii. 14. 4 Psalm. xvi. 8. 5 Exod. iii. 3. 6 Palm. cxvii 23. 7 Cap. xxvi. Cap. xiv.

nosas víboras; todos ardiendo en ira, ensoberbecidos con arrogancia é inflamados de envidia contra Cristo, que era su salud, su vida y su gloria. Se habia convocado el concilio, ó mas bien conciliábulo, en nombre de Satanas para derramar la sangre inocente. En medio de ellos andaba el espíritu maligno, instigándoles á todo género de malignidad y bárbara crueldad. Considera aquí al acercarse Cristo á ellos con cuanto desprecio le recibieron, con qué atroces ojos, semblante amenazador, y levantado sobrecejo le miraron como á un hombre despreciabilísimo: cuanto se regocijaban aquellas orgullosísimas cabezas al ver delante de sí tan envilecido y despreciado al Señor de la gloria. Cuanta fue entonces la perversidad de Jerusalen, cuan subida de punto su iniquidad, de solo este concilio puede facilmente congeturarse. No habia en todo el orbe concilio ó de mas célebre fama, ó de autoridad mas grave, ó de magestad mas augusta, ó de religion mas santa, que el de la judaica sinagoga de que hablamos. Este concilio era como el oráculo de todo el orbe. Las respuestas de este concilio eran otros tantos oráculos: cuantos jueces habia en él, otros tantos prelados de la prudencia, presidentes de la equidad. Parecia que en aquel concilio habia fijado su asiento la misma justicia. Y con todo en este concilio entran los sacerdotes en consejo para ver como pueden encontrar un falso testimonio. Atended, jurisperitos, á esta insigne forma de juicio. Al juez toca castigar los testigos falsos y refutar los falsos testimonios. Aquí se buscan falsos testigos; encon-

trados son oidos con aplauso; los testimonios, aunque falsos, son admitidos con la aprobacion de todos. Estos pues son estudiosísimos en buscar, sagacísimos en inquirir, penetrantísimos en investigar falso testimonio. ¿Contra quien? Contra Jesus. Bien sabian que tantos sordos que habian recobrado el oido, tantos mudos con habla, tantos dementes con razon, tantos ciegos con vista, tantos muertos con vida por la beneficencia de Jesus, darian por Jesus testimonio verdadero. Infinitos hubieran sido los testigos que hubieran á una voz clamado: *Bien hizo todas las cosas* [1]. Mas como aquellos malévolos querian mal al que habia hecho bien todas las cosas, buscaban falsos testigos, y por medio de ellos falsos testimonios. Verdaderamente dijo la verdad: *Así como estan ensalzados los cielos de la tierra, así estan ensalzados los caminos mios de los caminos vuestros, y los pensamientos mios de los pensamientos vuestros* [2]. En la tierra entran en consejo los hombres, y buscan falsos testimonios para entregar al Hijo de Dios á muerte. En el cielo entran en consejo las tres divinas personas, y buscan un verdadero remedio para dar la vida al hombre entregado á muerte. Estaba perdido el hombre, era reo de muerte, hijo del infierno. Aunque todo el poder y fortaleza del mundo se hubiese reunido; aunque todos los animales de la tierra se hubiesen ofrecido en holocaustos y víctimas á Dios; aunque todos los hombres hubiesen derramado cuanta sangre tuviesen en las venas; aun-

1 Marc. xxxvii 2 Isai. lv. 9.

que todos los ángeles hubiesen encarnado, y cada uno de ellos hubiese muerto mil veces para satisfacer por un pecado venial aun el mas mínimo; aunque cada uno de ellos hubiese tenido mas gracia y santidad que todos los santos juntos que hubo, hay y habrá; no hubieran podido (sin los méritos de Cristo) aplacar á Dios ofendido por una sola culpa levísima, ni merecernos aun aquella gotilla de agua que á Lázaro pedia el Epulon. Solo la poderosa é inefable caridad de Jesus, por la reverencia con que la divina justicia le miraba, podia alargarnos la mano despues de caidos para levantarnos y sacarnos del profundo lago, y restituirnos la libertad, la herencia, el honor, la gloria, la vida, los bienes todos que habíamos perdido. Él es quien desató nuestras cadenas, y dió libertad á los cautivos encarcelados. Jesus es quien nos limpió de la lepra, alumbró nuestra ceguedad, sanó nuestras enfermedades, nos resucitó de la muerte: y con todo despues de tantos y tan grandes testimonios de verdadero amor, todo el mundo conspira contra Jesus, todos buscan falsos testimonios para perderle, todos entran en consejo para obscurecer su gloria, confundir su magestad, despreciar su justicia, vilipendiar su misericordia, desechar su sabiduría, condenar su inocencia, aborrecer su bondad, y en fin exterminar de la naturaleza al autor de toda la gracia y de toda la naturaleza. De todos estos delitos he sido yo no solo cómplice, sino autor con los judíos, con ellos he buscado falsos testimonios contra ti. He dicho *insen-*

sato en mi corazon: no hay Dios [1]. ¡O verdaderamente falso testimonio! ¡O enorme sacrilegio! Constituíme enemigo de aquella suma Divinidad, mucho mas que si le hubiese declarado guerra. Intenté volver aquel poder sin el cual nadie puede nada, contra la misma inviolable Divinidad; intenté combatirla con sus mismas fuerzas, y como con sus mismas armas. En fin, al mismo Dios, principio y último fin de todas las cosas, aquella inconmutable, necesaria é independiente substancia, y todas sus perfecciones, intenté destruir, perder, arruinar. ¡O justo Juez! este es contra mí, no falso sino verdadero testimonio: pero tal es tu clemencia, que cuando delante de ti hablo contra mí, es hablar á mi favor; y se vuelve en favor de la causa la misma confesion de la culpa: tal es tu bondad que me haces bueno cuando me confieso malo. Si alguna vez dije insensato en mi corazon: no hay Dios: este fue falso testimonio mio de ti. Pero ahora no solo de corazon sino de boca afirmo de ti este verdadero testimonio. Aunque aquí estés como un malhechor atado, como un facineroso para ser juzgado, como un reo para ser condenado; con todo delante del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, pronuncio de ti con Judit este testimonio: *Tú eres Dios, y no hay otro sino tú* [2].

1 Psalm. XIII. 1. 2 Judith. IX. 19.

§. II.

Silencio de Jesus ante Caifas á los falsos testimonios.

Astuta en sus consejos la malicia buscaba contra Jesus falsos testimonios. Pero ¿qué patrocinio ó defensa buscó Jesus contra los falsos testimonios? Ninguno sino el silencio.

Y levantándose el príncipe de los sacerdotes le dice[1]: *¿nada respondes á lo que estos testifican contra ti? Mas Jesus callaba, y nada respondió.*

Bien haces tú ¡ó príncipe de los sacerdotes! en levantarte; pero mejor harias si no solo te levantases de la silla, sino abandonases la misma silla: porque esa silla tuya no es tribunal de justicia sino de iniquidad: es cátedra pestilencial, que no tanto es propia para un príncipe de los sacerdotes como para un presidente de hombres infames. Mas levantándose el príncipe de los sacerdotes, y estrechando á Jesus para que hablase; aquel Sacerdote grande, no teniendo que defender en tan buena causa, ni que refutar en tan necia acusacion, opone á tantos crímenes como le objetan la mas clara de todas las apologías, el silencio. *Pero Jesus callaba.* ¡O silencio digno de ser publicado por boca de todos! Nunca Tulio desplegó su elocuencia en la tribuna con tanto aplauso suyo, ó fruto ageno, como Cristo silen-

1 Matth. xxvi.

cioso en este concilio. Este silencio de Cristo arrebató la admiracion de todo el anfiteatro del cielo. Venga, venga aquí la maledicencia quejosa, venga la habladora envidia, venga la mal facunda jactancia. Aprenda aquí á poner un freno á su boca cualquiera orador, que desapercibido tiene que defenderse aun cuando con motivo es acusado. Si alguno profiere testimonios, no falsos contra el inocente, sino verdaderos contra el culpado; entonces cualquiera, afluentísimo á favor de su causa, no deja cuanta mordacidad hay en los jámbicos, cuanta sal en los satíricos, cuanta acrimonia en las filípicas, que no vomite con agudísima lengua contra su adversario. Así sucede en este siglo, á semejanza de Cristo en el concilio, se ve por las lenguas de todos hostigada la verdad, por las expresiones de todos acusada la justicia, por boca de todos condenada la inocencia. Y aun no basta maltratar á la inocencia con fingidas calumnias, combatirla con las mas amargas expresiones; porque las palabras con la misma facilidad que salen de la boca, así y aun mas facilmente se pierden de la memoria; y para que los falsos testimonios no se borren, y aun para que trasciendan á la posteridad, hieren y punzan á la inocencia con la pluma y el estilo, para que la duracion del tiempo no lo extinga. De aquí provienen tantos libelos infamatorios contra la verdad y la inocencia; en los cuales no hay cosa mas verdadera que verse la verdad acusada de mentira; ninguna mas infame que el autor de la acusacion; el cual, para evitar la infamia, ú oculta el nombre ó le finge. Pero entre

todas las calumnias y dicterios que vomitan aquellos triviales habladores y charlatanes, la mayor gloria del inocente es el testimonio de la buena conciencia. Si esta calla con Cristo, no necesitas mas abogado ni defensor de tu causa. Acúsente falsos testigos, agucen su pluma, griten los calumniadores hasta el extremo de la rabia; denigren los murmuradores tu fama, maltraten tu nombre, descarguen contra ti carros de injurias, bramen de ira, rabien de envidia; calla, si estás inocente; enmudece; ni aun abras tu boca; oye paciente, sufre constante, y gloríate dentro de ti mismo en el silencio de tu corazon con aquellas palabras de San Pablo: *La gloria nuestra esta es, el testimonio de nuestra conciencia* [1]. No hay contra todos los odios de los malévolos y los baldones de los maldicientes auxilio mas poderoso, que el silencio de la lengua y el testimonio de la conciencia. Esto es lo que dice San Ambrosio hablando de Cristo que no hablaba: *Preguntado callaba* [2]; *mostrando que la defensa de la inocencia no consiste en el clamor de la voz ni en la aseveracion del patrocinio forense, sino en la integridad de la conciencia.* Yo ciertamente me acogería al patrocinio del silencio, si pudiese rebatir callando los testimonios que contra mí dicen no falsos, sino verdaderos testigos; pero si callo á la acusacion, me condenará el mismo silencio. Y si hablo, *como de la abundancia del corazon habla la lengua* [3], y mi corazon abunda en malicia, cuanto hable mas ser-

1 II Cor. I. 12. 2 In Psalm. CXVIII. serm. 20. 3 Marc. XII. 34.

virá para condenarme que para absolverme. Callaré yo; pero con todo aun callando esperaré; pues por *abogado tengo ante el Padre á Jesucristo* [1], y si yo soy huérfano, él será el *ayudador del huérfano* [2]: si yo pobre, á él *se le ha entregado el pobre*; si yo pecador, él recibe á los pecadores. Diré pues yo, reo de muchos delitos, con el profeta: *A, á, á, Señor, niño soy, no sé hablar* [3]; habla tú, Señor, por mí ante el Padre, pues eres Verbo del Padre, y sé que por la reverencia tuya serás oido del Padre.

§. III.

Conjura Caifas á Cristo para que se manifieste.

Hasta ahora Cristo ha rebatido las calumnias fingidas contra sí, oyendo paciente y callando constante: cuando el sumo sacerdote, impaciente de tan prolongado silencio, quiso saber de su misma boca si él era el Verbo del Padre. Y asi, omitidos los rodeos de palabras, le acomete con una sola pregunta, pero que era decisiva de toda la controversia, y de donde dependia la suma de todo, diciendo:

Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito [4].

Esta pregunta era de sumo peso y de la mayor importancia; y mas propuesta por quien era cabeza de la sinagoga, el sumo sacerdote. Asi todos esperaban la respuesta suspensos; en el cie-

1 Ioan. II. 1. 2 Psalm. x. 14. 3 Ierem. I. 6. 4 Matth. xxvi. 63.

lo el Padre Eterno con todos los ángeles: en el abismo Lucifer con todos los demonios: en la tierra el sumo pontífice con todos los hombres. Estando pues todo en un sosegado silencio, y en medio del concilio *el Mediador entre Dios y los hombres* [1], no ignorando que su silencio seria la ruina del universo todo, *abriendo su boca* [2] para declarar á todos la verdad, *prorumpió su corazon en una palabra buena* [3] para desviar del hombre todo mal. Porque preguntado por el sumo pontífice si era el Hijo de Dios, le responde: *Tú lo has dicho*: que es lo mismo que si dijese, yo soy. Bien sabiamente dijo el Sabio: *Hay tiempo de callar y tiempo de hablar* [4]. Poco antes se presentaron los falsos testigos, le calumniaban, le acriminaban, le acusaban falsamente: *era tiempo de callar*: se trataba de la propia causa: por eso *Jesus callaba, nada respondió: como un mudo sin abrir su boca* [5]. Se le pregunta si es Hijo de Dios, se le conjura para que responda: *tiempo de hablar*: porque aquí se trataba la causa de su Padre y del hombre. Confesó y no negó: confesó que él era Hijo de Dios, y de suerte lo confesó, que con solas dos voces regocijó á todo el cielo, aterró al abismo, animó al mundo. Lo confesó, y de modo lo confesó, que el hombre, que por el pecado habia perdido la vida, é incurrido en la muerte, ya podia decir: *No moriré, sino viviré* [6]. Bórrese ya del ánimo todo temor, no quede ya en el orbe vestigio de deses-

1 1. Timoth. II. 5. 2 Matth. v. 1. 3 Psalm. XLIV. 1. 4 Ecclesiast. III. 7. 5 Psalm. XXXVII. 14. 6 Psalm. CXVII. 17.

peracion ; llega , esperanza , aliéntate , pues hasta aquí estuviste tan abatida. Hasta ahora postrado en la piscina como aquel enfermo del Evangelio clamaba : *No tengo hombre* [1] : ya he hallado quien me salve ; quiere porque es hombre , y puede porque es Dios. ¿Qué duda me queda ya , cuando veo la voluntad de salvarme , y no echo menos el poder? Aquí pues ya desplegaré todas las velas de la esperanza. En solo Cristo Jesus Hijo de Dios bendito , en sus méritos inmensos , en su muerte sacrosanta coloco toda mi confianza : allí estan todas mis esperanzas fijas : de allí tomo alientos y me animo : aquí desprecio á todos mis enemigos , y voluntariamente provocándolos digo con voz varonil : *Si se presentan contra mí escuadrones , no temerá mi corazon* [2]. Porque de allí tomo el *escudo de la fe , el morrion de la justicia , la espada de la palabra de Dios* [3] : todas las armas de la luz , con que combatiré á los príncipes de las tinieblas y los amenazaré. *Perseguiré á mis enemigos , y los alcanzaré , y no me volveré hasta que desfallezcan* [4]. *Los quebrantaré , y no podrán resistir ; caerán debajo de mis pies.* Confieso que debo á la divina justicia mas *de diez mil talentos* [5] : mas no por eso desespero ; porque de los méritos de Cristo tomo el precio para pagar esta deuda. No niego que estoy enfermo , y tan enfermo , que desde la *planta del pie hasta lo sumo de la cabeza no hay en mí sanidad* [6] ; pero con todo seré sano ,

1 Ioann. v. 2 Psalm. xxvii. 3. 3 Ephes. i. 17. 4 Psalm. xvii. 38. 5 Matth. xviii. 24. 6 Isai. i. 6.

porque espero en Jesus, de quien *salia una virtud que sanaba á todos* [1]. Sé que soy pecador, y nacido todo en pecados: y con todo eso no temo, porque espero en Jesus que *recibe á los pecadores* [2]. ¡O cuánto agravia á Cristo quien desespera de conseguir su gracia! Digno es de toda miseria quien desconfia de la misericordia de Jesus. ¿Cómo quien así nos ama desamparará á los que ama? ¿cómo ha de perder á los que tanto aprecia? Sea pues la única esperanza del cristiano la pasion de nuestro Señor Jesucristo. Y ¿por qué no he de esperar en ti, que fuiste *la esperanza mia desde los pechos de mi madre* [3]? Por eso espero en ti, porque tú eres Hijo de Dios bendito: y por eso creo que eres Hijo de Dios porque tú lo has dicho. Concédeme que pues creo que eres tal cual tú digiste, esto es, Hijo de Dios bendito, sea yo de aquellos que algun dia oigan de ti: *Venid benditos.*

§. IV.

Rasga Caifas sus vestiduras, y trata á Cristo de blasfemo.

Apenas la verdad eterna desde el mismo trono de la verdad habia proferido el mas verdadero oráculo, esto es, que era Hijo de Dios, cuando el príncipe de los sacerdotes, esto es, el adalid de los malvados, como oprimido con la magestad de aquella sentencia, rasgó sus vestiduras

1 Luc. vi. 19. 2 Luc. xv. 2. 3 Psalm. xxi. 10.

(escrito está, ó Caifas, *rasgad vuestros corazones, y no vuestras vestiduras* [1]) diciendo: *Blasfemado ha; ¿qué mas necesitamos de testigos* [2]? ¿Qué dices, Caifas? ¿ha blasfemado? antes ninguno jamas desde la creacion del mundo blasfemó mas atrozmente que tú, Caifas, con esa tan execrable lengua con que al Hijo de Dios culpas de blasfemo contra Dios. Cuan grande mal sea la obcecacion de la mente, y el endurecimiento del corazon, patente está en estas palabras de Caifas que habeis oido: *Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras diciendo: blasfemado ha.* Ponderad aquella voz de sumo peso: *Entonces.* ¿Cuándo? *Entonces*, cuando dijo Cristo que era Hijo de Dios. *Entonces*, cuando debieran cuantos estaban presentes en el concilio, adorarle postrados con el mayor de los cultos, que es el de latría, como á verdadero Hijo de Dios: cuando debieran postrarse rendidos á sus pies, pedirle perdon de su delito, quitar al punto de sus manos las cadenas y cordeles, y obsequiarle con la mayor reverencia, culto y honor que pudiesen, inflamados en su amor á imitacion de los serafines. *Entonces*, cuando deberia el príncipe de los sacerdotes enviar por toda la Judea un pregon, que anunciase á todos que habia venido ya aquel Mesías por tanto tiempo esperado, el prefigurado por sus patriarcas, anunciado por sus profetas, el deseado tantos siglos por todo el mundo: que el Redentor del mundo ya estaba en el mundo, en Judea, en Jerusalen, ya estaba

1 Ioel II. 13. 2 Matth. XXVI. 65.

presente en el mismo concilio. *Entonces*, cuando toda la Judea movida de sus asientos deberia haber acudido allí. Cuando todo esto debian hacer los judíos; ¿qué hicieron? El que era el principal entre todos ellos, Caifas, *rasgó sus vestiduras*; mostrándose ciertamente indigno de aquellos vestidos que despedaza. Con su rotura y desnudez descubre las cicatrices de su dañada conciencia: profetizó que instaba el fin de su sacerdocio, antes, cuando no sabe lo que hace, ahora mas claramente cuando ni sabe lo que dice diciendo: *blasfemó*. ¿Y habrá aun quien haga estima de la censura de los hombres, en cuyo juicio ni aun el mismo Dios habló acertadamente? Apenas hay delito alguno que se tenga por mas enorme entre los hombres que la blasfemia contra Dios. Oye al Crisóstomo empleando contra este vicio cuanta eficaz y aguda vehemencia tiene oculta. „Una recompensa [1] quiero pedir á vos„otros todos por esta predicacion: que castiy„gueis á los que blasfemaren en la ciudad; y si „á alguno oyeres en la plaza blasfemar, acér„cate, reprehéndele; y si es necesario darle gol„pes, no lo rehuses: hiérele con una bofetada el „rostro, quebrántale la boca: santifica con este „castigo tu mano; y si algunos te acusaren, si te „llevaren á la carcel, sigue, y si el juez te im„pusiere penas en juicio, dí con libertad que „blasfemó contra el Rey de los ángeles. Pues si „á los blasfemos contra los reyes de la tierra es

1 Hom. 1. ad popul.

„ preciso castigar, mucho mas á los contumelio-
„ sos é injuriosos contra Dios."

Ved como califica el Crisóstomo el crimen de blasfemia; y con todo es acusado de él el Rey de la gloria. Confieso, ó Jesus, que cuando dijiste ser tú Hijo de Dios bendito, dijiste bien, y aunque diste testimonio de ti mismo, sé que es verdadero tu testimonio; de aquí nace todo mi gozo. No solo la mayor sino la única causa de todo mi gozo y alegría es esta; que tú, ó Jesus, eres Dios, y que eres mi Dios, y que tú solo eres Dios, y que fuiste siempre Dios, y que siempre serás Dios, y que no puedes dejar de ser Dios. Dios todo benigno, todo bueno, todo misericordioso, ó por mejor decir, toda la benignidad, toda la bondad, toda la misericordia, todo el amor, amor de mi amor, vida de mi vida; todo el bien de mi bien. ¿Qué resta pues para que yo evite todo mal, y consiga todo bien, sino ofrecerme á ti, sumo bien, ofrecerte todos mis bienes, y consagrar á ti solo cuanto tengo, cuanto sé, cuanto soy, cuanto puedo.

§. V.

Declárale el concilio reo de muerte.

Habia acusado á Cristo de un delito tan atroz como el de blasfemia el autor de todos los delitos, Caifas; y como si ya estuviese convencido el reo del delito, pregunta qué castigo juzgan merece, diciendo: *Ya habeis oido ahora la blas-*

femia: ¿qué os parece? Y respondiendo ellos dijeron: reo es de muerte.

Nunca pronunció juez alguno en su tribunal contra un reo sentencia mas justa que esta de Caifas contra Cristo; aunque ignorando la verdad de este misterio. ¿Qué? me direis: ¿es justa esta sentencia? ¿el Hijo de Dios es reo de muerte? Si lo dudais, oid una parábola. Habia un hombre reo de lesa magestad, y como tal puesto en prisiones: dió el rey contra él sentencia de muerte; y ya los verdugos llevaban el reo al fiero teatro de la muerte para ser ajusticiado. Lo entendió el hijo del rey, y movido á misericordia recurrió á su padre, y le pidió por aquel reo: oyóle el padre por su reverencia; pero con la condicion de que si ha de librar al reo, y libertarle de la muerte, el mismo hijo se ha de sujetar á ella. Aceptó el hijo la condicion del padre; porque era acepto el reo á sus ojos: suelta las cadenas del aprisionado, liberta de la carcel al cautivo, y al reo de muerte da la vida. Ahora os pregunto en primer lugar á vosotros que regentais los tribunales, ó jueces, árbitros de la justicia, jurisperitos: ya habeis oido la historia de este hombre; ¿qué os parece? Reo es de muerte. Pero como todo hombre es mendaz, *y se han disminuido las verdades en los hijos de los hombres* [1]; acerquémonos á aquellos que estan próximos al espíritu de la verdad *que enseña toda verdad* [2], esto es, á los ángeles. ¿Qué os parece? Reo es de muerte. Mas para que con mas

1 Psalm. xi. 2. 2 Ioann. xvi. 13.

certeza conste de la equidad de esta sentencia, subamos al trono de aquel juez de quien no hay apelacion á otro: aquel de quien está escrito: *El principio de tus palabras, verdad* [1]: ¡O Padre Eterno! *tu lenguage es la verdad* [2]: dinos, ¿qué te parece de este hombre? Reo es de muerte. *Ruégote, Señor, que no te enojes si vuelvo á hablar otra vez* [3]: y le pregunto á tu Hijo que profiera tambien él mismo su juicio. *Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas en verdad el camino de Dios, y no se te da cuidado de nadie, ni tienes respetos á los hombres. Dinos pues, acerca de este hombre, ¿que te parece* [4]? *Vive el Señor*: Padre mio, *que es hijo de muerte el hombre que hizo esto. Bien juzgaste: por tu boca te juzgo* [5]: Tú eres ese hombre. ¡Ah Hijo de Dios, hijo de muerte eres tú! Habia dicho tu Padre, y consentídolo tú: *Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas; en cualquiera dia que comieres de él morirás, morirás* [6]. *Vi que el árbol era bueno para comer, y tomé del fruto de él, y comí* [7], y ahora muero. Ya condenado á una torpísima muerte estaba atado, y me soltaste: en la cárcel, y me libraste: reo, y me absolviste. Por esta causa eres tú ahora reo de muerte. Asi lo claman los hombres, asi lo juzgan los ángeles, asi lo afirma tu Padre, tú mismo asi lo confiesas y no lo niegas; reo eres de muerte. Ve, vida mia, y muere, porque nos *conviene que un hombre muera por el pueblo, y*

1 Psalm. cxviii. 160. 2 Ioann. xvii. 17. 3 Gen. xviii. 32. 4 Matth. xxii 16. 5 II. Reg. xii. 5. Luc. vii. 43. xix. 22. 6 Gen. ii. 17. 7 Gen. iii. 6.

no perezca toda la gente[1]. Asi es el Hijo de Dios reo de muerte porque quiso ser restaurador de la vida; le hizo reo, no el crimen, sino el amor. Ningun hombre ha habido, hay ó habrá en quien no haya *inspirado espíritu de vida* [2]; ¿y él es reo de muerte? ¡O pecador! el hombre de muerte eres tú; porque tú eres quien hiciste á Dios reo de muerte. Todos los miembros y huesos de tu cuerpo, si pudiesen explicarse en voz humana, clamarian lo mismo que los judíos: *reo es de muerte*. Y aun el mismo sol que te alumbra, la tierra que te sostiene, el fuego que te calienta, el agua que te lava, el aire que te refrigera, todos los elementos, todas las criaturas, si pudiesen hablar, clamarian igualmente: *reo es de muerte*. Todas las cosas criadas por Dios fueron para ti instrumentos de pecado. Llegará algun dia el tiempo en que cada uno de nosotros estará delante de Cristo, no como se halla ahora en el concilio de los judíos para ser juzgado. Entonces, si examinadas las obras de toda tu pasada vida, se halla en la balanza de la divina justicia que pesas menos de lo que debes, si eres convencido reo, los demonios todos, y los ángeles, y los bienaventurados en aquel inmenso teatro clamarán: *reo es de muerte*. Este mismo lugar en que esto escuchas, este mismo tiempo en que lo oyes, te acusarán por no haber conocido el tiempo de tu visitacion. Las prisiones de Cristo, los azotes, la columna, las espinas, la cruz, el sudor, las lágrimas, la sangre clamarán á una voz:

1 Ioann. xi. 50. 2 Gen. ii. 7.

reo es de muerte. ¿Qué resta, sino que con tantos como te acusan, tantos como te condenan, tambien concuerde tu juez, y condenándote por la boca de tantos testigos, diga él tambien con sentencia irrevocable: *¿reo es de muerte?* ¡O con cuánta acrimonia se explica aquí Eusebio Emiseno! *¿Con qué ánimo estarás ¡ó desertor! delante de tu caudillo? ¿con qué ánimo ¡ó perdido! delante de tu precio? ¿con qué cara pedirás misericordia, cuando lo primero de que serás juzgado será del desprecio de la misericordia* [1]? Antes pues que como reo seas juzgado en el tribunal de la justicia, acércate al trono de la misericordia; llega al sacerdote que por la potestad que ha recibido de Cristo absuelve al reo tantas veces cuantas él se acusa reo. Gime allí, suspira, hiere tu pecho, derrama lágrimas, llora tu maldad, implora la divina clemencia. Aquí aunque reo quedarás absuelto con una lágrima: cuando despues no podrás ni aun con una eternidad de penas. Por eso dijo bien del llanto del penitente San Lorenzo Justiniano: *¡O llanto humilde! tuyo es el poder, tuyo es el reino. No temes el tribunal del juez; no hay quien te estorbe acercarte á Dios; aunque entres solo, no saldrás vacío. Vences al invencible, sujetas al omnipotente, inclinas al Hijo de la Virgen, abres el cielo, ahuyentas al demonio* [2]. Confieso que soy reo de muerte porque soy pecador; tú eres reo de muerte porque eres Salvador de los pecadores. ¿Luego morirás tú Señor del cielo, para

1 Hom. de Symb. 2 Cap. ix. de ling. vit.

que viva yo gusanillo de la tierra? Pero antes que tú, reo inocente, sufras la muerte por mí verdadero reo; yo reo de innumerables delitos, atado de pies y manos, bañado en lágrimas, confundido de vergüenza, contrito de ánimo, arrepentido de todo corazon, me acerco rendido á ti, y me postro en tu presencia, que por mí fuiste declarado reo en el concilio de la iniquidad: y con afligida voz canto este triste verso con la esposa tuya y madre mia la Iglesia: *Doy gemidos como reo, con la culpa está mi rostro avergonzado; concede, ó Dios, el perdon á mis súplicas.*

§. VI.

Injurias hechas á Cristo en casa de Caifas.

Si alguna vez fue de admirar que no se hubiesen turbado los elementos todos, que la fábrica de la tierra, la máquina de los cielos, y toda la mole del universo no se deshiciese volviendo á su antiguo caos, fue cuando en casa de Caifas se presentaba aquel espectáculo delante del cual se acobardaba la audacia, se estremecia el temor, temblaba la insolencia, y se horrorizaba la crueldad. Imagínate todo lo lícito ó ilícito que puedas en punto de ignominia, de oprobio y de ludibrio; cuanto puedas no solo concebir en tu ánimo, sino inventar y fingir en tu imaginacion, se quedará muy inferior á lo que allí padeció Cristo. De modo que se atreve el Crisóstomo á decir que aquella noche se abrieron de par en par las puertas del infierno, y que

el mismo Lucifer con todos los demonios, sin quedar ninguno, rompidas las cadenas y candados, volaron á Jerusalen, embistieron á todos los judíos y romanos, se apoderaron de sus cuerpos, para que así por medio de ellos pudiesen derramar todo su odio tanto tiempo represado, su envidia, su rabia, su ira, su furor, contra solo Cristo. Así era entonces la casa de Caifas como una imagen del infierno: todos los judíos otros tantos ministros del demonio: todos los verdugos otros tantos demonios en figura humana. En medio de estos monstruos se halla el que está entre el Padre y el Espíritu Santo. En aquella misma noche, en aquel mismo tiempo estaba entregado al descanso y al sueño entre blandas plumas el arrogante rey Heródes; dormia profundamente el impío idólatra Pilatos; descansaba en delicado lecho el profano sacerdote Anas, y el sacrílego pontífice Caifas: finalmente, tantos infames, impuros, adúlteros, destemplados, impíos, bárbaros, enemigos de Dios, estaban regaladamente entregados al sueño y al sosiego: solo el Hijo de Dios, cuando descansa todo el mundo, está en vela, es atormentado, herido, maltratado, escupido y afeado. Yace en una infame cueva, como si fuese la hez vilísima de todo el mundo, y la hedionda sentina adonde hubieran de ir á parar todas las aguas y heces inmundas. Pero oigamos lo que de esto escriben los Evangelistas. Así se explica en pocas palabras San Marcos.

Empezaron algunos á escupir en él, y á cu-

brir con un velo su rostro [1]. Mas añade San Mateo: *Entonces le escupieron en el rostro, y le dieron pescozones: otros le dieron bofetadas en el rostro diciendo: Profetízanos, Cristo, quien te ha herido* [2].

Apenas los jueces inicuos pronunciaron desde el solio de la iniquidad que el autor de la vida era reo de muerte, cuando los bárbaros sayones le arrebataron del concilio, le llevaron á un rincon despreciabilísimo, á una cueva subterránea y tenebrosa, donde se recogian los desechos é inmundicias de toda la casa. Convocaron de entre toda la hez de los judíos los mas escogidos burlones, los mas desvergonzados é indignos, y á todos los que se hallaban enardecidos con el excesivo odio contra Cristo. Es puesto aquí el Señor de la gloria como blanco á las ignominias, y á que contra él disparen aquellos ministros del demonio innumerables inmundas salivas de sus bocas golpes y bofetadas de sus manos, baldones y blasfemias de sus lenguas, dardos de odio y de furor de sus corazones. Pero como la luz del mundo, que lucia aun delante de todos los que estaban en la casa, oprimia aquellos hijos de tinieblas con los rayos de la magestad que despedia su rostro, la ponen bajo el celemin, cubriendo su rostro con un lienzo sórdido y lleno de hollin inmundo. ¡O pecador! ya puedes pecar impunemente; ya puedes decir á tu salvo con los ancianos de Susana: *Las puertas del jardin estan cerradas, nadie nos ve* [3]. Los ojos del Señor

1 Marc. xiv. 65. 2 Matth. xxvi. 7. 3 Daniel xiii. 20.

están cerrados: el rostro de Cristo está cubierto con un velo; *nadie nos ve*. Ea, joven, date priesa al desenfreno, corre por el camino de la desenvoltura, suelta las riendas á la disolucion, come, bebe, regálate: convida á tus secuaces, y di luego con aquellos mundanos: *Venid, disfrutemos los bienes que hay*; *nadie nos ve* [1].

¿Qué temeis, jurisperitos? llenad los bolsillos, arrebatad los dineros, afligid á las viudas, oprimid á los pupilos y huérfanos, defended justa ó injustamente cualesquiera causas inicuas: di, ¿qué temeis? *Oprimamos al pobre justo, y no perdonemos á la viuda*; *nadie nos ve* [2]. Y vosotros, jueces, admitid sobornos, corromped los juicios, trastornad las leyes, pervertid lo establecido en ellas: decid atrevidamente: *Ven con nosotros, asechemos á la sangre, armemos lazos escondidos contra el que en vano es inocente; nadie nos ve* [3]. Yerras, pecador; Cristo, aunque tiene el rostro cubierto, es Dios escondido, pero *que ve en lo escondido* [4]: y aun tambien *conoce lo escondido del corazon* [5]: los políticos prorumpen en aquella voz detestable: *Las nubes son su oculto solio, no considera nuestras cosas, y anda sobre los polos del cielo* [6]. Es doctrina de Maquiabelo aquella: *¿Qué conoce el Señor, si juzga como por entre una obscuridad?* Sentir así es cubrir el rostro del Señor. La doctrina de los cristianos es: *Los ojos del Señor se emplean en los buenos y en los malos* [7]; en los malos, para

1 Sap. II. 6. 2 Ib. x. 3 Prov. I. 11. 4 Isai. XLV. 14. Matth. VI. 6. 5 Psalm. XLIII. 22. 6 Iob XXIV. 14. 7 Prov. XV. 3.

darles suplicios, en los buenos, para colmarlos de premios. Pero despues de cubierto ya el rostro de Cristo, como si nadie hubiera que los viese, no hubo cosa á que no se atreviesen contra él. Así aquellos infames calumniadores, ya perdida la templanza y el juicio, sacando con todo conato de sus profundas gargantas crasos y purulentos esputos y hediondas flemas, las escupen ya en la frente, ya en las megillas, ya (me horrorizo al referirlo) en aquella boca sacratísima: ya arrimando á ella sus inmundísimos labios exhalan sus fétidos alientos, y los asquerosos eructos de su hedionda crápula. Otros le tiran de las orejas, aquellos hieren sus megillas, estos lastiman su frente, unos mesan sus cabellos, otros le maltratan con los pies: como si hubiera el Hijo de Dios venido al mundo á ser la irrision y el odio de todo el mundo. ¡O Padre Eterno! ¿cómo no oimos ahora aquellas palabras: *Me pesa haber hecho al hombre*[1]? ¿Cómo ahora, *tocado interiormente de dolor del corazon* mas que nunca, no amenazas: *Borraré á todo hombre que crié de la faz de la tierra*? Pero Cristo solo que padecia hablaba por todos: y cuando ellos eructando fétidas salivas escupian en él, el corazon de Cristo eructaba palabras buenas, diciendo con interior clamor á su Padre, que queria borrar toda substancia: Padre, deja ahora, así debemos nosotros cumplir toda justicia para que se cumplan las Escrituras. *Porque la misericordia del Señor llena la tierra*[2]. Así mas movia á la justicia del

1 Genes. vi. 7. 2 Psalm. xxxii. 5.

Padre al perdon la paciencia de Cristo solo, que la irritaba al castigo la malicia de los hombres todos. Mas para que examineis bien la dignidad de esto, id y preguntad á aquellos vencidos atletas de Cristo, que padecieron cruces, ruedas, sartenes, cadenas, azotes, garfios y tormentos casi infinitos: preguntad á las vírgenes, que con tantos combates contra la concupiscencia consagraron á Dios su inmaculada pureza: preguntad á los varones piadosos, que dejaron su casa, su padre y madre, y todos los bienes de fortuna; preguntad, digo, á todos estos, ¿qué es lo que piden para sí en premio? preguntad á los nueve coros de los ángeles, á los bienaventurados, ¿qué desean para su felicidad? preguntad tambien aun á los mismos demonios, ¿qué quisieran, si les fuese permitido, qué quisieran para su salud? Todos los ángeles en el cielo, los hombres en la tierra, los demonios en el infierno, pedirian á Cristo esto solo, como su bien sumo, y como pedia David: *Muéstranos tu rostro* [1] ¿Y qué sucederá con esto? *y seremos salvos*. Basta para nuestra salud ver el rostro de Cristo. Aquel rostro es el centro del amor, es la imagen de toda la hermosura, es el teatro en que se presenta cuanto es bueno y deseable. Esconde todo lo demas; basta que muestres tu rostro. Una es la voz que arranca el temor: *No apartes el rostro de mí* [2]. Una es la voz en que prorumpe el amor: *Muestra tu rostro*. Entonces diré lo que Felipe cuando decia: *Señor muéstranos al Padre, y*

1 Psalm. LXXIX. 4. 2 Psalm. XXVI. 9.

nos basta [1]. *así muestra tu rostro*, y me basta: porque nada me queda que desear ni querer teniendo en ti solo todo para la salud y felicidad; y podré viendo tu rostro con razon pronunciar aquellas palabras: *Vi á Dios cara á cara, y fue salva mi alma* [2].

§. VII.

Sigue Pedro á Cristo á lo lejos.

Para explicar la lamentable caida de Pedro en la negacion de Cristo, que no puede dignamente llorarse ni aun con las lágrimas del mismo Pedro; pongo por preludio aquella sentencia de San Ambrosio: *El titubear Pedro fue afirmarnos á nosotros* [3]. Esto es, en la caida de Pedro aprenderemos á mantenernos con firmeza como la piedra; y al mismo tiempo entenderemos que las piedras mas firmes y mas sólidas, con un levísimo soplo, no solo se conmueven y estremecen, sino se resbalan y se derriban.

Habian huido del maestro los discípulos, del caudillo los soldados, del padre los hijos: uno solo entre todos, ó mas esforzado por Cristo, ó mas confiado con Cristo, Pedro, cuando todos se han ausentado con la fuga de la presencia de Cristo, sigue con trémulos pies las pisadas de Cristo, buscando con los pasos á quien seguia con el amor, reputando por un crimen huir de aquel que es el refugio de todos. ¿Pero cómo le

1 Ioann. XIV. 8. 2 Genes. XXXII. 30. 3 In cap. XXI. Luc.

séguia? responde San Mateo: *Pedro le seguia á lo lejos* [1].

Arrebataba su mente con alternados ímpetus, unas veces el amor, otras veces el temor. Cuanto el amor le incitaba á acercarse, tanto le retardaba el temor para que no le siguiese. Así uno insistiendo, otro resistiendo, aquel que antes se alegraba como un gigante de correr con Cristo la carrera, empezó ya á claudicar: y de aquí á seguir á Cristo á lo lejos. Esto es lo que predijiste por el profeta: *Lejos pusiste mis conocidos de mí* [2]. ¡O cuántas veces Pedro en el camino cuando caminaba hácia el que es el camino, y viéndole lejos de sí, repetia aquellas palabras: *¿Para qué, Señor, te has retirado tan lejos* [3]? ¿Mas para qué tú, Pedro, te has retirado tan lejos? Aquel á quien acompañabas siempre al lado, ya ni aun le alcanzas con la vista: antes solias oir su voz, y ahora ni aun ves su rostro. ¡O Pedro! teme: lejos estás de la salud cuando estás lejos del Salvador. Y ya estás próximo á la ruina cuando estás apartado de él como un tiro de piedra. Sé que aquel invicto atleta Job en el muladar se atrevió á desafiar al combate á cualquiera enemigo; mas junto á Dios, no lejos de Dios. Oye lo que dice: *Ponme junto á ti, y la mano de cualquiera pelee contra mí* [4]. Junto á Cristo ninguna mano aunque fuertísima es temible; lejos de Cristo, de cualquiera aunque debilísimo debe temerse aun la lengua. Junto á Cristo estarás

1 Matth. xxvi. 48. 2 Psalm. lxxxvii. 9. 3 Psalm. x. 1. 4 Iob xvii. 3.

firme aunque te amenace una armada tropa de soldados; lejos de Cristo caerás si combate contigo sola una desarmada sierva. Junto á Cristo no serás postrado por ninguna máquina aunque fuerte; lejos de Cristo te verás postrado por la sola voz de una debil mugercilla. En el huerto, porque estabas junto á Cristo, á todo te atrevias; lejos de huir del amenazador escuadron de los soldados, casi los ahuyentabas tú con tu espada. Vibrabas la espada fulminante contra la espesa tropa de armados, pronto á ser aprisionado por Cristo, ó á morir por Cristo. Pero lejos de Cristo ¿cómo es que te pones torpe, cómo pálido, cómo trémulo, cómo casi se te hiela la sangre? ¿cómo atemorizado extiendes por todas partes los amedrentados ojos? Tanto importa estar junto á Cristo, ó lejos de Cristo. Porque ¿qué cosa mas amarga que estar lejos de aquel que no está lejos de cada uno de nosotros? ¿en quién nos movemos, vivimos y somos? Si en ti y de ti y por ti somos, ¿qué resta sino que nada seamos cuando estamos lejos de ti? Recurria pues Pedro á su piedra: *y la piedra era Cristo* [1]: para estar firmemente en ella, pues retirado de ella empezaba á vacilar. Pero, Pedro, ¿no ves que yendo á casa de Caifas incurres en peligro de perfidia? ¿no temes esas tinieblas tan espesas? ¿no recelas aquella muerte tan ciega que te anunció tu Maestro: *en esta noche me negarás tres veces*? En esta noche; ya la noche en su carrera llega al medio del camino; amenaza pues el peligro de la

[1] 1. Cor. x. 4.

caida. Pero lo mismo es, mejor es, negar al Maestro siguiéndole que huyendo confesarle. Convengo contigo, ó Pedro: porque si se ha de caer, en ninguna parte se cae mas felizmente que en la presencia de aquel *que levanta á todos los caidos* [1]; porque el que cayere ante Jesus *no se lastimará, pues el Señor pone debajo su mano* [2]. Así el que está en pie no tanto ha de precaver la caida, como ver en donde cae. Si cayere solo lejos de Cristo, entonces *ay del solo, que cuando cayere no tiene quien le levante* [3]. Pero caer delante de Cristo poco menos es que no caer. Pedro pues mas confiado en la piedad de Cristo en que esperaba levantarse despues de la caida, que desconfiado de su debilidad, que le hacia temer negar á Cristo, se encamina hácia la casa de Caifas, revolviendo muchas cosas en lo interior de su ánimo. Y reflexionando así consigo mismo: ¡Ah! ¿qué hemos hecho? me avergüenzo, y me arrepiento de lo egecutado. Huimos ¡ó mengua! ¿y huimos cuando mas debiéramos haberle acompañado? ¡O maldad! ¿Podrá Pedro estar sin Jesus, aunque pueda Jesus estar sin Pedro? ¡O qué afrenta! Tuvo osadía para entregar á Cristo Judas; ¿y no tuvo valor para defender á Cristo Pedro? No sé cual es mayor delito: la traicion de Judas, ó el abandono de Pedro. ¿Adónde iré ahora alejado de aquel que es el camino? Vuelvo á todas partes los ojos, y en ninguna encuentro con ellos á Jesus. Clamo, y en ninguna oigo á Jesus. Voy, vuelvo, ando al rededor sin

1 Psalm. CXLIV. 14. 2 Psalm. XXXVI. 24. 3 Ecclesiast. IV. 10.

encontrar á Jesus. En este desamparo y afliccion solo me queda un refugio, aquel mismo Jesus de quien he huido. Iré pues resuelto ó á morir por Cristo, ó á vivir con Cristo. Se apresura Pedro con pasos acelerados por el amor: entra en el atrio del pontífice como en el campo de batalla; y cae en él torpemente negando por tres veces con descaro que conoce á Cristo: negacion con la cual al modo que Joab penetró con tres lanzas el pecho de Absalon, así él traspasa el corazon del Redentor: triunfando de tan ignominiosa caida sus tres enemigos, carne, mundo y demonio, instigándole uno á negar, otro á jurar, el postrero á perjurar mas tímido que pérfido. ¡O cuánto daña no solo á Pedro, sino á todo hombre, estar lejos de Cristo! ¿Quién no es miserable lejos de la misericordia? ¿Quién no es frio lejos del fuego? ¿Quién no está enfermo lejos del médico? Tú que estás en este templo, no dudo que amas á Cristo, porque estás delante del amado, y entre los amantes de Cristo; pero si ahora estuvieses lejos de Cristo, y de los que aman á Cristo; si en esta hora, digo, estuvieses con los epulones, estarias poseido de la gula; si con los ebrios, de la destemplanza; si con los lascivos, de la lujuria; si con los deshonestos, de la impureza; si con los habladores, de la charlatanería. Tanto importa estar cerca ó estar lejos de Cristo amante, ó de los amantes de Cristo, para negar ó amar á Cristo.

§. VIII.

Niega Pedro á Cristo.

Síguese ya la caida torpísima de Pedro, que fue gran pena para Jesus, y grandísimo placer para los demonios. Pedro fluctuando entre el temor y el amor, y batallando consigo mismo se ve incitado de una mugercilla, estrechado de los ministros, instigado de los soldados; así lo refieren los Evangelistas [1]: *Pedro estaba sentado afuera en el atrio abajo: y se acercó á él una criada, portera del sumo sacerdote, y como vió á Pedro sentado al fuego, y calentándose, dijo: tambien este estaba con él; y mirándole le dijo: tambien tu estabas con Jesus Nazareno. Qué, ¿tambien tu eres de los discípulos de ese hombre? Mas él negó delante de todos, diciendo: no soy, muger, no le conozco: ni sé ni entiendo lo que dices.*

Asombraos cielos de esto: por tierra yace postrado el portero del cielo por una criada portera. ¿Quién creeria que así pudiese suceder, si la fe no asegurase el hecho? Y de tan gran hecho es el autor una muger. Ya no me admiro de ver en la casa de Caifas acumulados tantos delitos sobre delitos, mezclado todo, los derechos humanos y divinos confundidos, lo sagrado profanado, Cristo negado por un discípulo, herido

1 Matth. xxvi. 69. Marc. xiv. 66. Luc. xxii. 56. Ioann. xviii. 17.

por un siervo del pontífice, escupido por los soldados: no me admiro de ver aquí la vida condenada á muerte, burlada la sabiduría, acusada la justicia, castigada la inocencia: ¿qué extraño se vean tantos delitos cometidos en aquella casa? La cuidaba aquella criada portera. Aunque seas señor de muchos, guárdate de una sola criada. A pocas palabras de una se estremeció y cayó una piedra solidísima; ¿cómo resistirás tú, heno y paja? A la debil voz de sola una mugercilla yace postrado un cedro del Líbano; ¿cómo has de perseverar tú, leve caña, juguete del viento? Para que teman todos los que estan en pie, basta que uno caiga: permanece la causa del temor mientras se puede caer. ¿Qué será cuando tantos, y tales y tantas veces cayeron? Malamente indujo Eva á Adan, malamente introdujo la criada á Pedro. Aquella engañó con su persuasion á su marido; esta estrechó con su pregunta al Apostol. Aquella impelió á la prevaricacion á Adan; esta compelió á la negacion á Pedro. Donde quiera que cuida de la puerta una criada, ó excluye de la vida, ó incluye en la muerte. *Echa pues á la criada* [1]. Es un grande abuso que la sierva domine, ó que la señora sirva. Si preside á las puertas de tus sentidos la sierva concupiscencia, guárdate, no se haga señora del alma la criada de la puerta. Este escarmiento te da la caida lastimosísima de Pedro: no fue Pedro conducido por una armada tropa de soldados al concilio de los judíos, ni al tribunal de Pilatos, ni

1 Ad Gal. IV. 30.

al alcazar de Herodes. Nadie intentaba su muerte: no es puesto á cuestion de tormento en el potro: no le presentan cadenas, garfios, ruedas, catastas. Solo una criada pregunta á Pedro si conoce á Cristo. Pedro niega. Más me pasma ver postrado al príncipe de los Apóstoles por una criada, que degollado al príncipe de los Asirios Holofernes por Judit: aquella postró á un dormido y ebrio; esta á un despierto y sobrio: aquella dándole con toda su fuerza y brazos un golpe en la cerviz; esta dirigiendo unas breves palabras al oido: aquella egecutó su hazaña con un alfange; esta solo con la lengua. Por qué no exclamaré pues con mayor asombro que Vagao, que al ver á Holofernes envuelto en su propia sangre, *salió afuera y dijo: una muger hebrea ha llenado de confusion la casa del Rey Nabucodonosor; pues Holofernes yace en tierra sin cabeza* [1]. Mas propiamente podré yo decir esto de Pedro: una muger hebrea, una criada portera ha llenado de confusion la casa de Cristo: porque Pedro yace en tierra y sin cabeza. Propiamente, pues como dice San Pablo: *La cabeza de todo hombre es Cristo* [2]. Si Cristo es la cabeza de Pedro, ya Pedro negó á Cristo: luego está sin su cabeza. ¡O muger! tú, segun la Escritura, fuiste hecha para ayudar al hombre; mas segun veo, á Pedro has servido para su ruina. ¿Qué te glorías insolentemente, ó joven, de tus fuerzas, de tu robustez, de tus nervios, de tus brazos? Guárdate, no te veas postrado en tierra, no te

1 Jud. XIV. 15. 2 1. Corinth. XI. 3.

arranquen las armas de la mano aunque seas un Hércules; guárdate no te despojen de ellas, no impongan sobre tu cerviz el yugo, no seas llevado en triunfo como vencido con el mayor oprobio; no hay necesidad para esto ni de cohorte pretoria, ni de escuadron de á caballo, ni de soldados armados, ni de invictos guerreros, ni de valerosos atletas: basta una muger: sirva de egemplo el fortísimo Sanson. ¿Qué te jactas en la academia, hombre literato y autorizado, de hallarte entre los próceres togados, de llevar en el hombro la muceta, de ser de ciencia exquisita, de doctrina rara, de consejos altos, de singular prudencia, de increible sabiduría? Teme, no sea que se vea eclipsada esa tu gloria, no sea que se te quite todo consejo, entendimiento y razon, no se embote esa tu penetracion aguda, no te veas convertido de sapientísimo en insensato, furioso, estólido, y mas dementado que aquel Orestes trágico, y tan insipiente que digas *en tu corazon: no hay Dios* [1]. No hay para esto necesidad de un Tulio que te hostigue con sus filípicas: de un Aristóteles que te convenza con sólidos argumentos: de un Parfirio que te confunda con dobles entimemas; basta una muger. Documento nos da de ello el sapientísimo Salomon. Y tú, clérigo, tú hombre consagrado á Dios en la dignidad del sacerdocio, ¿á qué confias así en tus virtudes, en tus méritos, en tu gracia, probidad de vida, integridad de costumbres, ayunos, lágrimas, oraciones y otros multiplicados servicios

1 Psalm. XIII. 1.

hechos á Dios por el espacio de muchos años? Para caer de la gracia de Dios; para perder el derecho al reino del cielo; para hacer bancarrota de todos tus méritos; para olvidarte de ti, del cielo, de Dios; para ser despojado de la fe, la esperanza, la caridad, de todas las virtudes naturales, sobrenaturales, infusas, adquiridas; no hay necesidad de algun astuto espíritu del abismo que te embista, ni del tentador Satanas que te lisonjee con largas promesas, y que mostrándote todos los reinos del mundo te diga: *todo esto te daré* [1]: no hay necesidad de un tirano que te amenace con el último suplicio; basta una muger. Patente está en David santísimo. Así que, una muger llenó de confusion el paraiso, de confusion la casa de David, el reino de Salomon, y lo que es mas, el colegio de Cristo. ¿Te horroriza la confusion? pues haz que te horrorice la muger. Para que no me vea yo seducido de ninguna, tú, hijo de la Vírgen, entrégame á aquella muger á quien desde la cruz dijiste moribundo: *Muger, ves ahí tu hijo* [2]. Y habiendo sido aquella la única muger bendita entre las mugeres, bendiceme á mí por amor de aquella que te hizo bien á ti. Ponme junto á esta muger, y la mano de cualquiera muger pelee contra mí. Si postró á Pedro aquella criada portera, levantará al postrado aquella que es esclava del Señor. Y si tienes la dignacion de honrarme con que sea hijo de esta esclava tuya, entonces entonaré alegre este divino cántico con el sagrado profeta: *O Se-*

1 Matth. 9. VI. 2 Ioann. XIX. 26.

ñor, que yo soy siervo tuyo: yo soy siervo tuyo e hijo de tu sierva [1]; y lleno de esperanza y confiado te estrecharé con el mismo y te instaré: *salva al hijo de tu sierva* [2].

§. IX.

Niega otra vez Pedro.

Ya habia caido una vez Pedro, y aun creía que estaba sin caer; por eso persistió en la negacion. Estaba; pero *en el camino de los pecadores*: ó, lo que es el mismo crimen, sentado en la cátedra de la pestilencia; reo de perfidia, maestro ya del error el que era discípulo de la verdad. Resfriado pues en la caridad, como se estuviese calentando al fuego, le dijeron: *¿Qué, tambien tú eres de los discípulos de ese? Otra vez negó con juramento que no conocia tal hombre. Bien has mentido contra tu cabeza* [3]. Te acusas de mentiroso cuando aseguras que no conoces al maestro de la verdad. Ruégoos que atendais ahora, y os haré ver patentemente á todos por qué grados desciende el hombre al último punto de impiedad; primero negando como Pedro á Cristo, despues renegando de él. Antes de negar á Cristo, que es el maestro de todas las virtudes, se hace la abnegacion de todas ellas. Entra un casto joven en la palestra de una academia como Pedro en la casa de Caifas: se le acerca la criada ó portera, ó cocinera, ó despensera: le adula con

1 Psalm. cxv. 16. 2 Psalm. lxxxv. 16. 3 Daniel. xiii. 59.

las palabras, le lisonjea con los ojos, le halaga con los ademanes: al instante á su voz, á su vista niega la castidad, renuncia la pureza. ¿Cómo? ¿no conoces la pureza? Es aquella de quien tú antes cuando niño hablabas tan magníficamente: *Esta he amado y he buscado desde mi juventud, y he querido tomarla por mi esposa, y me he hecho amante de su hermosura.* [1] Pero él niega con aquellas palabras de Pedro: ni sé ni conozco lo que dices. Así negada ya la pureza, y admitida la lujuria, concurre á la casa del convite; allí entre descarados glotones y bebedores insolentes, estudia en apurar los cálices, y así niega la templanza. Y desde entonces ni aun de vista es ya la sobriedad de él conocida. ¿Qué? poco antes de poner el pie en la academia, para observar las reglas de la templanza, no habias dicho con Salomon: *Resolví en mi corazon apartar del vino mi carne, para aplicar mi ánimo á la sabiduría, y evitar la necedad* [2]? Aquí otra vez responde lo de Pedro: no sé ni conozco lo que dices: niega la sobriedad y la templanza. Propásase á otros vicios andando entre compañeros provocativos, disolutos, insolentes y descarados; ya de una sola cosa se avergüenza, de no tener poco pudor. Así niega la modestia y la vergüenza: ya no le queda ni mas pudor en el semblante, ni noble rubor en el rostro, ni vergüenza en el ánimo, ni modestia en el cuerpo. Así el abogado al sonido del oro niega la equidad; el juez á los regalos presentados niega la justicia; el iracundo á

1 Sap. VIII. 2. 2 Eccles. II. 3.

vista del enemigo niega la mansedumbre; el avaro á la esperanza del dinero niega la misericordia. Negadas de este modo y repudiadas todas las virtudes, se entrega el hombre á todos los vicios y maldades; hasta que al fin, inveterado en los dias malos, sea repentinamente presentado en el tribunal de Dios para el juicio. Entonces se acercará la portera del cielo con el acompañamiento de las virtudes que asisten á su lado; y como ninguno puede ver á Dios sino con puro corazon, se presentará la castidad para que vea si le conoce. Ella no viendo en él nada puro, y advirtiéndole todo inmenso, dirá lo que Pedro: *no conozco á ese hombre.* No pudiendo ninguno ser bienaventurado sin ser manso, llegará la mansedumbre, y esta dirá: *no conozco á ese hombre.* Esto responderán todas las virtudes. Así se les cerrará la puerta del cielo, y por mas que clamen: *Señor, Señor, ábrenos* [1]: no oirán por toda la eternidad de parte de la divina justicia sino aquella respuesta del Evangelio: *no os conozco.* ¿Y qué diré? *Justo eres, Señor, y recto tu juicio* [2]. Justamente es desamparado por ti quien primero te dejó; justamente niegas á aquel que primero te negó. Por lo cual para que yo no oiga de tu boca aquella amenazadora sentencia: *al que me negare delante de los hombres, le negaré yo delante de mi Padre* [3]: no te negaré, sino me negaré á mi mismo como lo mandas: *el que quiere venir en pos de mi niéguese á sí mismo* [4].

1 Matth. xxv. 11. 2 Psalm. cxviii. 137. 3 Matth. x. 33.
4 Matth. xvi. 24.

§. X.

Tercera negacion con juramento.

Hemos visto en el corazon de Pedro como en campo de batalla el combate no menos triste que acérrimo entre el amor y el temor. El temor postró en esta guerra al amor, negando Pedro que conocia al que es la fuente del amor. Bien lo expresó San Mateo cuando así escribió de Pedro: *Pedro estaba sentado afuera en el atrio* [1]. Pedro estaba fuera, Cristo estaba dentro. Aquí no echó la caridad fuera al temor, sino el temor echó fuera á la caridad; porque Pedro no estaba dentro con Cristo sino fuera con los soldados: de aquí es que Pedro tenia (para usar de las palabras de San Pablo) *por fuera peleas, por dentro temores* [2]. Así que, circundado por todas partes de temores, le titubeaba la lengua, le temblaban los miembros, le palpitaba el corazon, y ni aun el mismo que hablaba entendia bien lo que decia. Ademas, de todos modos inquieto, para dejar los lugares perniciosos á su vida y á su conciencia, *salió afuera ante el atrio*. Iba, se paraba, volvia como un hombre semejante á Euripo, y á una caña agitada por el viento. Un miedo le hacia apartarse, otro miedo le hacia volver: uno para no perecer allí ó delinquir mas gravemente; otro para no hacerse sospechoso (fugitivo ó solitario) á los siervos. Por eso anda

1 Matth. xxvi. 69. 2 II. Cor. vii. 5.

y desanda el camino tantas veces. Entre tantos tumultos y zozobras del ánimo cantó el gallo. Levántate, Pedro, que duermes, y despierta que ya el gallo canta. Mas Pedro con la vehemencia de la perplexidad no advirtió el canto del gallo. En vano pues cantaba el gallo, cantando á un sordo. Finalmente al canto del gallo, como á la señal de la batalla, se habia llegado á la tercera línea; acométenle los ministros del pontífice, y con preguntas perentorias le urgen, le aterran, le amenazan diciéndole: *Verdaderamente eres tú de ellos: porque tu lenguage te manifiesta.* Ea Pedro, con un argumento claro estás convencido; todos los discípulos de Cristo son galileos, tu habla manifiesta que tú eres galileo, luego eres su discípulo: esta fue en fin la oleada décima en que se sumergia Pedro, este el golpe perentorio que le sacrificaba. Angustiado estaba por todas partes. Por todas veia peligro, por ninguna efugio. Viéndose pues convencido con testimonios, manifiesto por el lenguage, ya descubierto galileo por el habla, recapacitaba entre sí: perdida está mi cutis, y aun mi cabeza; segurísimamente muerto soy; perezco si no me empeño en mentir con descaro; quizá, si persevero en mentir consiguiente hasta el fin, quedaré salvo. Persistiré pues en lo empezado sin discrepar de ello ni un punto: para conservar la vida sea tercera vez negado el autor de la vida. Tanto importa el vivir. Convencido pues con tantos argumentos, rebatió cuanto pudo la fuerza con la fuerza: cuanto mas fuertemente acometido, mas fuertemente resistió: y ya Pedro endurecido co-

mo piedra persistió en negar, acumulando mentiras sobre mentiras, y añadiendo juramento. Pone á Dios por testigo de su detestable crímen, se echa maldiciones. Y reuniendo todas las fuerzas del ingenio y la osadía *comenzó á detestar, á anatematizar y á jurar; no conozco á ese hombre que vosotros decis.* ¡O Pedro! ¿cómo vivirás ya si niegas que conoces al que es la vida? ¿Qué esperanza te queda de salvacion si has negado al Salvador? ¿Adónde recurrirás oveja perdida, retirada del buen Pastor? Si no conoces á ese hombre, ya puedes decir verdaderamente con aquel enfermo de la piscina probática, *no tengo hombre* [1]. ¿Quién levantará al caido sino Jesus *que levanta á todos los caidos* [2]? ¿Quién alumbrará al ciego sino Jesus por quien *ven les ciegos* [3]? ¿Quién dará vida al muerto sino Jesus *por quien los muertos resucitan*? ¿Y tú no conoces á Jesus? Cual fuese entonces el aplauso de los demonios, cual el triunfo en el infierno, y cuanto el dolor de Cristo, mas facil os es á vosotros ponderarlo que á mí exponerlo. No sé si debeis mas admiraros de Pedro, ó detestar el crimen de Pedro. Mas perdonad á Pedro, yo os presentaré aquí otra materia para vuestra admiracion y detestacion. ¿Hay en este concurso alguno tan presumido que se atreva á decir se halla puro del mismo delito de que hemos convencido reo á Pedro? Yo creo que ninguno de los circunstantes ha pronunciado aquella expresion de Pedro, cuando preguntado acerca de Cristo, dijo:

1 Ioann. v. 7. 2 Psalm. cxliv. 14. 3 Matth. xi. 5.

no conozco á ese hombre. Pero no es la lengua sola la que habla, tambien hablan tácitamente las obras. Porque así como segun el testimonio de la escritura *la voz de la sangre clama* [1]; así tambien resuena la voz de las obras con su clamor. Aunque dijese muchas veces la lengua con Pedro de Cristo: *tú eres Cristo hijo de Dios vivo* [2]; con todo las obras clamaron con el mismo Pedro de Cristo: *no conozco á ese hombre*. Porque verdaderamente tú eres de aquellos de quienes dice San Pablo: *Confiesan que conocen á Dios, y con los hechos lo niegan* [3]. Cuando amas algun bien con preferencia al que es bien sumo, ya negaste que conoces su bondad. Cuando fundado en las máximas políticas entablas tu vida como si Dios *no considerase nuestras cosas, sino se anduviese paseando por los círculos del cielo* [4]; ya negaste que conoces su providencia. Cuando cada dia te haces reo de nuevos delitos, y con todo no temes el castigo; niegas que conoces su justicia. Cuando con frente descarada y con insolenta osadía pecas en presencia suya como si no pudiese castigarte; niegas que conoces su poder. Cuando niegas pues que este hombre, en todas sus perfecciones infinito, es próvido, bueno, justo, poderoso, ¿no dices entonces verdaderamente como Pedro con la voz de las obras: *no conozco á ese hombre?* ¿Qué dices de aquel que en el ara sacrosanta se expone patente á los ojos de todos? Por nosotros los hombres se hizo

1 Gen. IV. 10. 2 Matth. XVI. 16. 3 Ad Tit. I. 16. 4 Iob XXII. 14.

hombre. ¿Y conoces á ese hombre? Mira y piensa seriamente lo que debes responder, así por la religion que profesas, como por la salvacion á que aspiras. ¿Conoces á ese hombre? Le conozco, dirás. ¿Y quién es? Es Hijo de Dios vivo: es hombre Dios. ¿Y lo crees firmemente? Con la mayor firmeza, con la mayor certidumbre: soy verdadero católico, y tengo esta fe desde la misma sagrada fuente del bautismo. ¿Y estarias pronto á morir por este artículo? Prontísimo á mil muertes. Hasta aquí confiesas que conoces á Cristo. Estas son las palabras; pero el Verbo del Padre exige algo mas que palabras. Si conoces que en el ara está el Hijo de Dios; ¡ó sacrílego de ti! que lo que confiesas con la boca lo niegas con la obra. Porque si allí está el hombre Dios; luego allí está aquel á quien los nueve coros de los ángeles, penetrados de un sagrado horror, cubriendo el rostro con sus alas, adoran postrados con la mas rendida reverencia, é incesantemente cantan aquel augustísimo trisagio: Santo, Santo, Santo. Si allí está Dios; luego ninguno debe presentarse aquí sino con un inmenso temblor de todos sus miembros; ninguno sino con todo el cuerpo postrado en el mismo pavimento; ninguno sino con los ojos bajos, las manos juntas, la mente atenta, el corazon contrito, el ánimo inflamado, como quien rendidamente suplica. Si allí está Dios; luego todos le deben dar todo honor y gloria. Pero tú, ¿con qué argumentos pruebas el honor que das á aquel á quien se debe todo honor? Estás con el cuerpo erguido, ó hincada una rodilla, ó sentado en el escaño: curioseas con mi-

radas atrevidas de una parte á otra, vuelves hácia todas el cuerpo y revuelves la cabeza; mezclando conversaciones con tanta inmodestia, tanto descaro, tanta osadía, por no decir desvergüenza, como si estuvieses en las tiendas ó fondas, en la plaza, en el mercado, en las esquinas, en algun lugar profano. Cuando mas, al sonar la campanilla en el templo se doblan las rodillas: no digo bien; se dobla una rodilla delante de quien se debe doblar toda rodilla. Si se hace alguna reverencia, si se baja la cabeza, si se inclina el cuerpo, si se barre con los pies la tierra, es cuando entra ó sale del templo alguna despreciable mugercilla, alguna prostituida infame, esto es, esclava del demonio. De Cristo ningun pensamiento, delante de Cristo ninguna modestia; á Cristo ninguna reverencia, al orar ninguna atencion. Y estos son los católicos, los que hacen delante de Cristo tales acciones, que no pueden hacerlas mas indignas los hereges que con la boca y con la obra niegan á Cristo presente. ¡O mengua! ¡ó dolor! Mas honra el gentil á cualquiera ídolo suyo; los Ammonitas á su Moloc, los Babilonios á su Bel, los Caldeos al fuego, los Persas al sol, los Egipcios al cocodrilo, los Indios al elefante blanco, los Turcos á su Mahoma: cualesquiera idólatras honran mas á los troncos y las piedras y á los ídolos mudos é inanimados, que muchos católicos al Hijo de Dios, que muchos cristianos á Jesucristo presente en el augustísimo tabernáculo. Parece que este adorable Sacramento no es sino un ídolo vano. Si ciertamente creyeses que Dios está presente á ti, y oyendo cuan-

to hablas, y conociendo cuanto piensas, y mirando cuanto haces; si esto, digo, lo creyeses como es debido, con manos y pies irias arrastrando por todas las calles al templo, en los mismos sagrados umbrales se desharian en lágrimas tus ojos, en golpes de pechos tus manos, en suspiros tu corazon, en cantar las misericordias de Dios tu lengua; y aun clamarian todos tus huesos: *¿Señor, quién es semejante á ti*[1]? Pero ahora, ¿cómo podrás persuadir á un herege que tú eres católico? Rezas muchas veces, lo confieso, el símbolo de los Apóstoles con que profesas que eres hijo de la Iglesia apostólica: dices á menudo: *Creo en Dios Padre todopoderoso, y en Jesucristo su Hijo*. Repites, *creo, creo;* mas lo que dices con la boca lo contradices con la obra: las obras claman con Pedro: *no conozco á ese hombre*. ¿Qué diré de esto sino lo que Isaac de su hijo? *La voz, sí, es voz de Jacob, pero las manos son manos de Esaú*[2]. Cuando repites *creo*, la voz es voz de Jacob, voz de católico; pero las manos son manos de Esaú, las obras son obras de herege. ¡O Jesus! en vano has intentado en ese adorable misterio de tu cuerpo excitarnos á honrarte y amarte: en vano has querido estar con nosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos. Queriendo ocultarte bajo los accidentes de pan y vino, te has hecho mas despreciable que el mismo vino que comunmente se bebe, que el mismo pan que se come. Pero yo, pues has querido que esté en tu presencia, no te negaré

1 Psalm. xxxiv. 10. 2 Genes. xxvii. 22.

con Pedro que niega, sino te confesaré con Pedro que te confiesa; y diré: oigan los cielos y aplaudan: oiga la tierra y adore: oigan los ángeles y alégrense: oigan los demonios y estremézcanse: oigan los hereges y bramen: oigan los gentiles y rabien: oigan los judíos y consúmanse: oiga todo el universo las palabras de mi boca y aun de mi corazon: lo diré y no lo negaré; y por la verdad que he de decir *estoy pronto á ir á la carcel y á la muerte* [1]; por esta verdad *pondré mi vida* [2]; por ella daré toda mi sangre: diré valerosamente y sin miedo, cuando me pregunten por ti, y aun cuando tú mismo me preguntes, Señor, ¿quién eres? diré con Pedro, y primero dejaré de vivir que de decirlo: *Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo* [3]. Y como á tal ya desde ahora postrado te adoraré.

§. XI.

Arrepentimiento de Pedro.

Ya Pedro habia negado á Cristo tres veces, y por tanto tres veces impío, y tres veces miserable. Ya era Pedro del número de aquellos de quienes dice Jeremías: *Endurecieron sus rostros mas que la piedra, y no quisieron retroceder* [4]. Ya Pedro verdaderamente apartado de Cristo, se habia convertido en piedra. Y pudiera yo aquí, ó Señor, preguntarte lo que Moises á los Is-

1 Luc. xxii. 33. 2 Ioann. xiii. 37. 3 Matth. xvi. 16. 4 Ierem. v. 3.

raelitas estando junto á la piedra, y diciendo: *¿Por ventura podremos hacer salir agua para vosotros de esta piedra* [1]*?* Y tú, Señor, de Pedro ya hecho piedra, ¿podrás hacer salir agua? Ves caido á Pedro, ¿y no le levantas? ¿No oyes el estrépito festivo que resuena en las regiones infernales, y triunfantes los príncipes de las tinieblas, por haberse apagado aquella luz que era luz del mundo? Ya se oyen los aplausos y aclamaciones de tus enemigos: cayó, cayó aquella piedra sobre la cual se ha de edificar la Iglesia. Ya se prometen la ruina de todo el edificio viendo arruinada la columna. *Y tú, Señor, ¿hasta cuándo* [2]*?* Mira que yace postrado en el átrio tu soldado; caudillo eres, levántale. Mira tu oveja en medio de los lobos; pastor eres, libértala. Mira á Pedro perdido; Jesus eres, Salvador eres, sálvale. Vuelvete un poco de Caifas á Pedro, mira al discípulo. Apartaste tu rostro, y por eso se ha conturbado tu apostol: necesarios son aqui tus ojos; porque tus ojos son la columna para el firme, y le sustentan: manos para el caido, y le levantan: norte para el navegante, y le alumbran: señal para el que pelea, y le animan: refugio para el que peligra, y le libertan: estímulo para el que corre, y le excitan. Si cierras esos ojos, se ven caidos los firmes, vencidos los que pelean, desfallecidos los que corren, desanimados los caidos, sumergidos los navegantes, y en fin perdidos todos. Mira á Pedro ahora en la casa de Caifas con aquellos ojos con que andando jun-

1 Num. xx. 10. 2 Psalm. vi. 4.

to al mar de Galilea le hiciste pescador de hombres. Mirale con aquellos ojos con que le revelaste que eras Hijo de Dios vivo, y él volverá otra vez á ser hijo de luz. Y mas cuando el mismo Pedro, viendo á su enemigo triunfante por su caida, tácitamente clama á ti: *¿Hasta cuando se ensalzará mi enemigo sobre mí? Mira, y óyeme, Dios y Señor mio* [1]. ¿Hasta cuando, Señor, me olvidas hasta el fin? ¿Hasta cuando apartas tu rostro de mí? Ya te negué otra vez porque apartaste tu rostro. Ya te negué otra vez con juramento porque te olvidas de mí. Ya te negué tercera vez execrándome. ¿Hasta cuando te olvidas de mí? ¿Hasta cuando apartas tu rostro? *Muéstrame tu rostro y seré salvo* [2]. *Mira, y óyeme, Señor.* Ya estoy muy cerca de las *puertas de la muerte* [3]. Mira *que estoy hundido en el lodo del profundo, y no hay donde sostenerse* [4]. Mira *que he venido á la alta mar, y la tempestad me ha sumergido.* Mira. *Y volviendose el Señor miró á Pedro, y se acordó Pedro de la palabra del Señor, segun le habia dicho: antes que el gallo cante dos veces, tres me negarás. Y saliendo afuera lloró amargamente* [5]. ¡O qué transmutacion tan repentina! Cristo mira, y Pedro arde: Cristo se vuelve amoroso á Pedro, y Pedro vuelve arrepentido á Cristo: Cristo despide de sus ojos amorosos dardos, y Pedro recibe en su alma las heridas. Dí, Pedro, *heriste mi corazon con uno de tus ojos* [6]. Pedro habia herido de

1 Psalm. XII. 3. 2 Psalm. LXXIX. 4. 3 Psalm. CVI. 18.
4 Psalm. LXVIII. 3. 5 Matth. XXVI. 75. 6 Cant. IV. 9.

dolor el corazon de Cristo negándole: Cristo habia herido de amor el corazon de Pedro mirándole. Y de esta herida no salió sangre sino agua. ¿Quién no se pasmará luego que vea la virtud divina de los divinos ojos? En el mismo punto en que miró Cristo se levantó Pedro, estuvo en pie el caido, lloró el delincuente, y para amar mas intensamente al que habia ofendido, *lloró amargamente*. Aquellos ojos inspiraban aliento de nueva vida al que negando al autor de la vida era hombre de muerte. Aquellos ojos clamaban, como Dios á Cain fratricida; *¿qué has hecho* [1]? Y luego rompidas las compuertas corren las lágrimas. En una misma hora cayó y se levantó; recibió la herida y el remedio de ella. Tanto importa una mirada de Cristo. ¡O hombre! mira adónde vuelves tus ojos. Si los abres para que vean la vanidad, cuántas veces exclamarás pesaroso de ello: *Mis ojos han aprisionado á mi alma* [2]. Hay ojos que son para el alma lazos. Oye la oracion de Judit: *Sea cogido en el lazo de sus ojos por mí* [3], esto es Holofernes. Hay ojos que para el que mira son basiliscos; cuando miran matan. Si quieres abrir estas dos ventanas del rostro, ábrelas para aquel que es vida, *no sea que suba la muerte por las ventanas* [4]. Si vuelves á él tus ojos, se volverá, y te mirará, y hallarás gracia en sus ojos. ¡O miradas necesarias á todos para la salvacion! ¡O pecador! *grande es como el mar tu quebranto: ¿quién te*

1 Gen. IV. 10. 2 Thren. III. 51. 3 Iudith IX. 13. 4 Ierem. IX. 21.

remediará [1]? Tantas cosas cometiste lamentables, y nunca las lloraste. ¿*Quién* (pregunta Agustino) *dado á estupros, envuelto en excesos, lava todas las noches su lecho* [2]? *No sabe llorar el que comete cosas dignas de llanto, y siendo él digno de ser llorado, no tiene lágrimas para su pena.* Si no sabes llorar, ¿*quién te remediará?* Pero confia: no se necesita de cadenas de hierro con que te atormentes: ni de ásperos cilicios con que te punces: ni de nudosos azotes con que castigues tu cuerpo: ni de ayunos de cuarenta dias con que te mortifiques: ni de oraciones prolijas con que implores el auxilio del cielo: di esto solo con el profeta: *Mira hácia mí, y ten misericordia de mí* [3]: una sola mirada de Cristo es la salvacion de todos los que mira. ¿Para qué pues vuelves al rededor de aqui para alli públicamente tus ojos? Cuanto ves en este mundo fuera de Jesus por quien fue hecho el mundo, ó es vano porque fenece, ó es feo porque inficiona, ó es venenoso porque mata. Solos los ojos de Jesus son los que sanan. Si te ves abrasado de la livianidad, si pálido de la envidia, si consumido de la afliccion, si precipitadamente arrebatado de tus indómitos afectos, conviértete á Jesus, y dile: *Mira hácia mí, y ten misericordia de mí.* Si te ves halagado de la carne, si lisonjeado del mundo, si combatido del demonio, aliéntate, y otra vez repite: *Mírame, y ten misericordia de mí.* Cuando Jesus una vez mira, el mundo nos dis-

1 Thren. II. 13. 2 Serm. VII. in Psalm. CXVIII. 3 Psalm. CXVIII. 132.

gusta, y todo lo que es del mundo. Cuando Jesus mira, luego se ven caidas las cadenas de las manos, disueltos los lazos, abiertas espontáneamente las puertas de hierro, redimidos los cautivos. Cuando Jesus mira, repentinamente nos alumbra la luz del cielo, se ilumina el entendimiento, se inflama la voluntad, se corrobora el espíritu, el corazon y la carne saltan de gozo en Dios vivo. Cuando Jesus mira, súbitamente se hacen los perseguidores Apóstoles; los publicanos Evangelistas; los pecadores sus discípulos; las meretrices sus esposas; vuelven á su padre los hijos pródigos; levántanse los paralíticos, y cargan con su lecho; andan y no desfallecen, corren por el camino de los mandamientos de Dios, toman plumas como el águila y vuelan. Cuando Jesus mira, en un punto, en un abrir y cerrar de ojos *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen, los muertos resucitan* [1]. Asi que lo mismo es ser mirados por Jesus que conseguir la salud. ¿Adónde pues podrás volver mas utilmente tus ojos que á aquel que te ama como á las niñas de los ojos? Si le miras alcanzas todo lo que deseas: porque como testifica San Ambrosio [2]: „ Cristo es para nosotros todas las cosas. Si deseas curar tus llagas, „ médico es: si te abrasas de fiebres, fuente es; „ si te agrava la iniquidad, justicia es: si necesitas de auxilio, virtud es; si temes la muerte, „ vida es: si deseas el cielo, camino es; si de las „ tinieblas huyes, luz es: si comida buscas, ali-

1 Matth. xi, 5. 2 Lib. 3, de Virgin.

„ mento es." Siendo pues Cristo para nosotros todas las cosas, para que ahora las alcancemos de él solo todas, volvamos á él los ojos todos. Aquellos ojos con que miró á Pedro, para ninguno estan cerrados, y para todos abiertos. Preparado está para miraros en esta hora desde el ara á vosotros todos, mirando iluminaros, iluminando encenderos, encendiendo convertiros á sí. Pero para miraros quiere que tambien vosotros le mireis y venereis. La causa porque no mira á algunos, oídsela á Agustino: *La espalda tenia yo hácia la luz, y el rostro hácia los objetos iluminados; por eso el mismo rostro mio con que yo miraba las cosas iluminadas no era iluminado* [1]. Teneis la cara vuelta al mundo, y la espalda á Cristo. Volved la espalda al mundo, y el rostro á Cristo, y volverá á vosotros sus ojos Cristo. Él mismo clama á nosotros todos los presentes por boca de Zacarías: *Convertios á mí, y me convertiré á vosotros* [2]. ¿Lo oís? convertios; me convertiré. Apartóse Pedro de Cristo negándole, convirtióse á él arrepintiéndose. Y así conviértanse á él ya los ojos y los ánimos de todos, para que por medio de sus ojos volvamos á él. Ved aquí, ó Jesus, *los ojos de todos estan esperando en ti, Señor* [3]. No somos ya nosotros del número de aquellos que *determinaron declinar sus ojos hácia la tierra* [4]. Sabemos que la tierra es vacía y vana; y decimos con tu siervo: *Como los ojos de la esclava estan en las manos*

1 Lib. I. Confes. cap. x. 2 Zach. I. 3. 3 Psalm. CXLIV. 15. 4 Psalm. XVI. 11.

de su ama, asi nuestros ojos hácia ti, Señor Dios nuestro [1]. A ti elevé mis ojos, que habitas en los cielos, y que tambien habitas con nosotros en la tierra, pues eres Emmanuel. Envia sobre nosotros tus rayos, y se difundirán nuestros aromas. Míranos con aquellos ojos con que en la casa del pontífice, vuelto á Pedro, le miraste; y al punto nuestros ojos como los de Pedro producirán raudales de agua. Todo este templo resonará con llantos, con gemidos, con lamentos y suspiros. Míranos con aquellos ojos con que lloraste para resucitar del monumento á Lázaro ya fétido; y al punto se abrirán los monumentos, y los que estan sepultados resucitarán. Míranos con aquellos ojos que mirabas á la turba hambrienta en el desierto, y movido á misericordia decias: *Me compadezco de la turba.* Ten misericordia de esta turba, que ha fijado en ti sus ojos, hasta que nos muestres tu rostro en tu excelsa habitacion, donde enjugarás todas las lágrimas de nuestros ojos cuando te veamos no en espejo y enigma, sino cara á cara, y seremos salvos.

CAPITULO CUARTO.

CRISTO EN EL CONCILIO.

§. I.

Es conducido al concilio de los ancianos.

Es sagrada sentencia de David: *Bienaventurado el hombre que no anduvo en el consejo de los*

1 Psalm. CXXII. 2.

impíos [1]. ¿Qué haremos nosotros á cuya meditacion no se propone hoy otro argumento que un concilio de impíos? Mas nada hay que temer yendo al concilio de los impíos, cuando la causa de esta ida es piadosa. Iremos, no para seguir el consejo de los impíos, sino para detestarle. Asi pues hablan de este concilio los Evangelistas.

Y luego que se hizo de dia entraron en consejo todos los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos del pueblo, y los escribas, contra Jesus, para entregarle á la muerte [2].

Comencemos por las primeras palabras: *Luego que se hizo de dia.* ¿Cuál es aquel dia? Un dia por todas partes grande, y el mayor de todos los dias que desde la creacion del sol han resplandecido y resplandecerán: dia el mas triste para Cristo, y el mas alegre para el mundo. Bien se dice: *Luego que se hizo de dia. Porque este es el dia que hizo el Señor* [3]: *dia de buena nueva* [4]. Para los padres cautivos en el limbo, para los hombres peregrinos en el mundo, para los espíritus bienaventurados en el cielo. Este es el *dia de salud;* mas esclarecido por la muerte del Redentor, que por el resplandor del sol. Este es aquel dia que antes de los dias, y de los tiempos y de los siglos todos, habia destinado el Rey de los siglos inmortal desde abeterno en el gran orden de los tiempos, como el mas sagrado de todos los dias, lleno de misteriosos arcanos, de adorables prodigios, de sacrosantos milagros, en el

1 Psalm. I. 1. 2 Matth. XXVII. 1. Marc. XV. 1. Luc. XXII. 66. et XXIII. 1. 3 Psalm. CXVII. 24. 4 IV. Reg. VII. 9.

cual se habia de consumar aquella obra perfectísima del mundo, redimido con la muerte de todo un Dios. Este es aquel dia por el cual incesantemente anhelaba el Hijo de Dios, engendrado desde abeterno en el seno del Padre, y concebido en tiempo en el vientre de su Madre. Vió este dia, y se regocijó. Luego pues que llegó aquel dia *se juntaron los ancianos del pueblo, y entraron en consejo contra Jesus para entregarle á la muerte.* ¡O inconsiderados consejeros! ¿A qué, ó necios, os congregais en el concilio? ¿Qué consejo es el que intentais, ó mas que necios, contra Cristo? ¿No habeis leido en las Escrituras: *No hay sabiduria, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor* [1]? Este es el concilio de que dice David: *Asistieron los reyes de la tierra, y los príncipes se convirtieron á una contra el Señor, y contra el ungido suyo* [2]. Observad aqui un punto, que por experiencia consta ser verdaderísimo. Luego que alguno intenta seguir las pisadas de Cristo, al instante que empieza á meditar entre sí, para emprender el camino de una vida perfecta; luego desde los primeros principios de esta vida se levantan contra él cuantos piensan de otro modo, y estan distantes de aquel método de vida, domésticos, amigos, parientes, compatriotas, extraños, contrarios; y los que incitan á todos, y son los artífices de toda esta maligna trama, los demonios. Entonces (no lo dudes) se congregan en el abismo todos los demonios, y entran en consejo para entregarte á la

1 Prov. xxi. 30. 2 Psalm. ii. 3.

muerte, y para arruinarte. Y por instigacion de los demonios te declararán la guerra unos con dolo, otros con calumnias, otros con irrisiones, estos con odio manifiesto, aquellos con amor fingido, algunos con malignidad encubierta, no pocos con amistad disfrazada, muchos con pretexto de piedad. Habrá quien te diga que recayendo en ti solo toda tu casa, próxima á extinguirse, va á acabarse toda una familia ilustre por tantos timbres y blasones. Otros te asegurarán que eres el báculo de la vejez de tu anciano padre ó madre: y que desampararlos en tan avanzada edad, privándolos de este único auxilio en que confiaban, es una especie de crueldad. Mas suavemente dirán algunos como los discípulos: *¿Para qué esa perdicion?*[1] Tal ingenio, tal índole, tal nobleza, ¿á qué se ha de encerrar entre los rincones del claustro? ¿Qué? ¿se ha de hacer tan grande daño á toda la república por hacer bien á una familia religiosa? Estas y otras semejantes serán las persecuciones de tus adversarios, de las cuales nadie te podrá librar. Pero tú pórtate como varon esforzado, sin apartarte un punto de tu constante resolucion. El autor de este combate es el enemigo mas debil, Satanas. Este está vencido y atado por Cristo, que es el caudillo á quien sigues. ¿Pues qué temes? ¿Tendrá acaso mas astucia ó mas fuerza para dañar aquel ladron ya clavado en la cruz de Cristo, que sabiduría para mirar por ti, ó poder para ayudarte, este Dios por cuya inspiracion intentas abrazar ese nuevo géne-

1 Matth. xxvi. 8.

ro de vida? ¡O Jesus! no temo el consejo de los malignantes, teniéndote á ti por consejero. Sé que tú desde abeterno entraste en consejo con el Padre y el Espíritu Santo acerca de toda la serie y orden de mi vida. Y por cuanto ignoro lo que de mí has decretado en tus ocultos consejos, la senda por donde quieres conducirme á la patria, el viento que quieres siga para llegar al puerto, la carrera que he de continuar para conseguir el premio; pues todo esto lo ignoro, rendidamente te ruego que me lo inspires con tus insinuaciones celestiales. Por mí resuelto estoy á seguir lo que de mí has decretado. ¿Me quieres soldado tuyo? Dame el distintivo, haz la señal, tremola la bandera. ¿Me quieres tu discípulo? Abrazo tu magisterio. Dime: ven, y vendré. ¿Me quieres tu esclavo? Ya espero tus mandatos. Dime: haz esto, y lo haré. ¿Quiéresme operario de tu viña? Llámame: *Aquí estoy, envíame* [1]. ¿Me quieres en la curia, en el foro, en el campo, en el gimnasio, en el trabajo, en el claustro, en la soledad? *Pronto está mi corazon, Señor, pronto está mi corazon* [2]. Hácia dónde he de volver las velas, hácia dónde dirigir los pasos, hácia dónde tomar el rumbo, estoy dudoso, estoy perplejo, estoy incierto. No sé que haga; ó por mejor decir, sé lo que he de hacer. Para no cometer un yerro que no pueda corregirse, me abatiré todo por tierra, me postraré en el suelo, y con la mayor sumision te suplicaré rendido á ti, ó angel del gran consejo, y no cesaré

1 Isai. VI. 8. 2 Psalm. LVI. 8.

de rogar hasta que entienda lo que me conviene hacer: *Señor, ¿qué quieres que haga*[1]?

§. II.

Le preguntan ¿si es Cristo?

Ya habia precedido la noche, y se acercaba el dia, cuando por mandato de aquel *que hace nacer su sol sobre los buenos y malos*[2], salió el sol en Jerusalen, para eclipsarse dentro de seis horas en medio del cielo y de su carrera. Pero ni aún saliendo el sol, y acercándose la luz, desechaban las obras de las tinieblas aquellos verdaderos aborrecedores de la luz. Porque, como testifica San Lucas, *se congregaron los ancianos del pueblo, y los principes de los sacerdotes, y los escribas, y le condujeron á su concilio diciéndole: si tú eres Cristo, dínoslo*[3].

Este concilio en que era presentado Cristo era el mas celebrado en todo el orbe; ó ya se consideren las causas que en él se decidian, que eran gravísimas, como de religion, la fe y costumbres; ó ya se miren los jueces que en él se congregaban, que eran varones autorizados, sagaces, instruidos en todas las ciencias, siendo cada uno de ellos un oráculo. Contábanse en aquel concilio junto con el sumo sacerdote setenta y dos jueces; y llamábase este concilio el gran Sinedrio. Entrando en este concilio aquel gran consejero, *terrible en sus consejos sobre los hijos de*

1 Act. IX. 2 Matth. v. 45. 3 Luc. XXII. 66.

los hombres [1], y amable como *superior en belleza á los hijos de los hombres* [2], se coloca en medio el que es *mediador entre Dios y los hombres* [3]. Aquí los ancianos de la plebe, inveterados en los dias malignos como colocados entre malos, le preguntan lo que no ignoran, ó á lo menos lo que no podian ignorar sin delito: *Si tú eres Cristo, dínoslo.* ¡O ciegos y guias de ciegos! ¿qué pregunta es esa tan extraña? Si preguntaran eso los niños, dignos eran de perdon, porque no tienen edad: si los jóvenes, tambien le merecian, porque carecen de prudencia. Pero vosotros, escribas, cuya única ocupacion es interpretar las escrituras, y descubrir sus arcanos: vosotros, príncipes de los sacerdotes, que teneis el cargo de resolver las difíciles questiones: vosotros, ancianos del pueblo, á quienes incumbe explicar las palabras de la ley, ¿preguntais una cosa, que la testifican los vaticinios de los profetas, los oráculos de las escrituras, y tantos prodigios como ha hecho, con la mayor evidencia? ¿Le preguntais á Cristo si es Cristo? Preguntadlo á vuestros niños, que seis dias antes clamaban en alta voz [4]: *Salve en las alturas: bendito el que viene en el nombre del Señor.* Preguntad á los ciegos, sordos, mudos, cojos, paralíticos que curó: preguntad á la tierra, á la cual abrió para resucitar á Lázaro: á las aguas, sobre las cuales anduvo: á los vientos, á los cuales mandó: á la estrella, que en su nacimiento apareció. Todas las cosas mu-

1 Psalm. lxv. 5. 2 Psalm. xliv. 3. 3 1. Timoth. ii. 5.
4 Marc. xi. 10.

das é inanimadas, si pudiesen hablar con voz humana, no le preguntarian como vosotros: *si tú eres Cristo, dinoslo*: sino abiertamente clamarian: *Tú eres Cristo hijo de Dios vivo. Y díceles Jesus*[1]: *si os lo dijere, no me creereis: y si os preguntare, no me respondereis, ni soltaréis. Mas despues de esto estará el hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios. Dijeron todos: ¿luego tú eres hijo de Dios?* ¿Tú, hijo del artesano? ¿Tú, hombre voraz y bebedor de vino? ¿Tú, amigo de los publicanos y los pecadores, samaritano, endemoniado, te sentarás á la diestra de Dios? Te veremos en una nube; antes pronto te veremos en una cruz. ¿Y qué? ¿en esta nuestra edad, nunca bastantemente llorada, no se ven á cada paso tales juicios como este del concilio de los judíos? Recorred todo el orbe, y observad si en él hay reino, en el reino provincia, en la provincia ciudad, en la ciudad habitacion en que casi no se encuentre tribunal donde sea acusada; ¿acusada digo? y aun condenada la inocencia. ¿Cuántas veces en los convites, en las aulas, en los concursos, en los viages, en las navegaciones, por no decir en lo sagrado mismo, es presentado por los malignos como delincuente y reo el inocente? ¿Cuántas veces el que está libre y puro de delito se ve oprimido de injurias por impuros y malvados calumniadores? Ya no se celebran convites donde no se crucen las injurias. ¿Cuántas veces el que es de irreprehensible conducta se ve cargado de

1 Luc. xxii. 67.

contumelias por los siervos del pecado? ¿Qué mesa ó banquete hay en que no se denigre la fama agena? como si no tuviesen los convidados mas hambre que la de infamar á otros. Y mientras asi se ocupan y hablan disolutos y relajados, no con palabras fingidas, sino sinceramente pronunciadas, son escuchados con atentísimos oidos, y recibidos con aplausos. Mas espera un poco cualquiera que estés inocente: espera que se siente el hijo del hombre á la diestra de Dios: espera que aquel espíritu angélico, entre el general temblor de todo el universo, suene la horrorosa trompeta sepulcral: *Levantaos muertos y venid á juicio.* Levantaos vosotros los que fuisteis aqui como el oprobrio de los hombres, y la abjecion de la plebe, y el menosprecio de todos: levantaos los que yaciais como reos bajo los pies de los inicuos; levantaos, que ya estareis con gran constancia *contra los que os angustiaron* [1]. Levantaos muertos, vosotros digo jueces pérfidos, crueles verdugos de los inocentes, y venid á juicio: estad ahí ahora para ser juzgados por aquellos que juzgasteis y condenasteis vosotros. ¡O cuál será entonces el trastorno de todas las cosas, cuando el que ahora está en el concilio como reo, esté sentado en el solio como juez: el que ahora calla, rugirá como leon: el que atado ahora, es acusado, enviará entonces aquellos malignos jueces atados de pies y manos á las tinieblas exteriores. Te espero y te esperaré, ó Señor, hasta que estés sentado á la diestra del poder de

1 Sap. v. 1.

Dios como juez de vivos y muertos. Entre tanto me sentaré en el último lugar, estaré aqui abatido como muerto de corazon, hasta que se oiga resonar aquella trompeta: *Levantaos muertos.*

§. III.

Confiesa ser hijo de Dios.

Vimos en pie entre los siervos del pecado la libertad; entre los reos la inocencia; entre los hijos de las tinieblas la luz del mundo; entre los lobos rapaces el cordero de Dios, esto es, entre los judios á Jesus. Pero cuán poco temia este inocente cordero aquellos pingües toros, ahora lo oireis. Preguntábanle los judios: *¿Luego tú eres hijo de Dios? Y él les dice: vosotros decis que yo soy.*

Ved cuan diversas personas representa aqui ahora Cristo, unas veces una, otras veces otra; por su causa ¡qué humilde! por la causa de su padre ¡qué fuerte! Por su causa no abre su boca, sino enmudece; por la causa de su padre habla, y á todo se atreve. Y como en medio de las multiplicadas acusaciones que le hacian permanecia en su silencio, levantándose el príncipe de los sacerdotes con indignacion le dijo: *¿Nada dices á lo que estos testifican contra ti? Pero Jesus callaba* [1].

Nunca se defiende con mas discrecion la causa del inocente, que cuando este no habla en fa-

1 Matth. xxvi. 63.

vor suyo. El silencio es testimonio de inocencia. Pero despues que ya no se trataba de su causa sino de la verdad, habló para aterrar á los circunstantes: *Despues de esto estará el hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios.* Ved como aquel que siempre es uno, estuvo aqui vario segun la variedad de la causa. Primero, silencioso, ni aun por señas quiso rebatir los delitos que le acumulaban; y ahora dice mucho mas de lo que le preguntan. Antes tanto se abatia debajo de los hombres, que no rehusaba ser tenido por reo de grandes delitos; ahora tanto se ensalza sobre los hombres, que quiere no solo ser conocido por hijo de Dios, sino tambien respetado por gobernador y juez del universo. Una debe ser la conducta en nuestra causa, otra en la causa de Dios. En la nuestra se nos permite callar, y descuidar, y escudarnos con la paciencia; y las mas veces somos tenidos por tanto mas inocentes, cuanto somos mas remisos en defender nuestra inocencia. Pero en la causa de Dios, como que es grande, es forzoso levantarnos con grandes esfuerzos, concebir grandes espíritus, usar de gran confianza. A los animosos ayuda la buena causa. Entonces importa mostrar en el lenguage la constancia con que confesamos, en las preguntas la confianza con que combatimos, en la muerte la perseverancia con que somos coronados. ¡O qué pusilanimidad la nuestra tan medrosa en la causa de Dios, y por la gloria de Dios! ¡Cómo en los concursos tan rara vez, tan dificilmente, con tanta repugnancia nos reducimos á hablar de Dios, y de las cosas pertene-

cientes á Dios; á sugerir á los otros ó buenos consejos, ó piadosos avisos, ó saludables preceptos! Ya se ve, unas veces no quiero yo, otras no quiere otro oir estas cosas: ya lo impide el rubor, ya el pesar, ya el tedio, y asi rarísima es la vez que place: unas veces se teme el enojo, otras la burla: de modo que en los concursos públicos, cuando hablamos, olvidados de Dios y de las cosas divinas, lo que con mas esmero hacemos, y lo que mas procuramos sin advertirlo es agradar á los pésimos. Pero supuesto que se atrevieron los judíos que te buscaban, ó Jesus, para la muerte, á preguntarte en su concilio: *¿Tú eres hijo de Dios?* tambien nosotros que te buscamos para la vida en este templo, esto es, en tu casa (pues tu casa es casa de oracion), te rogamos nos des licencia para preguntarte: tú que ahí te ocultas bajo los accidentes de pan, que estás como detras de la pared, que miras por los canceles, que estás expuesto á nuestra adoracion en el ara: *¿Tú, pues, eres hijo de Dios? Vosotros dijisteis que yo soy. ¿Qué mas testimonio deseamos? Nosotros mismos lo hemos oido de su boca. Él ha confesado* [1] que es Cristo. ¡O fe! ¡ó esperanza! ¡ó caridad! acudid, acudid aqui: ¿vosotras buscais á Jesus Nazareno? *Ese es, tenedle. Nosotros mismos lo hemos oido de su boca* [2]. ¡O fe, emplea aqui todas tus fuerzas. ¡O esperanza! atrévete todo cuanto puedas. ¡O caridad! dilátate y dilata nuestros corazones. ¡O fe! no dudes, cree, y cree de tal modo que

1 Ioann. I. 20. 2 Luc. XXII. 71.

aquel á quien crees diga al alma creyente: *grande es tu fe* [1]: que el alma llegue á oir: *tu fe te ha hecho salva* [2]. ¡O esperanza! afirma el áncora, y asegúrate de modo, que como Job exclames: *Aunque me quite la vida, tengo de esperar en él* [3]: que llegues á oir de aquel en quien esperaste: *Porque en mí esperó le libraré* [4]. ¡O caridad! enciende el alma de modo que diga con el mismo espíritu que el grande Apostol: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo* [5]? Que oiga decir al amado: *Se le perdonan muchos pecados porque amó mucho* [6]. ¿Tú preguntado, si eres hijo de Dios, das testimonio de ti mismo, y sabemos que es verdadero tu testimonio diciendo: *Yo soy*. ¿Pero qué diré de mí? Sabemos que por *un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte* [7]. ¿Quién es el que así pecó? *Yo soy quien pequé*; mas tambien tengo la esperanza de que tú recibes á los pecadores: recíbeme. *Yo soy quien pequé* [8]; mas tambien tengo la confianza de que tú no viniste á llamar los justos sino los pecadores: llámame. *Yo soy quien pequé*; pero con todo no temo, porque tú eres quien perdona los pecados: perdóname. *Yo soy quien pequé*; pero tú viniste *á este mundo á salvar á los pecadores* [9]: sálvame: pues eres Jesus, esto es, Salvador, y dijiste *yo soy*.

1 Matth. xv. 28. 2 Marc. v. 34. 3 Iob xiii. 15. 4 Psalm. xc. 14. 5 Rom. viii. 35. 6 Luc. vii. 47. 7 Rom. v. 12. 8 ii. Reg. xxiv. 17. 9 i. Tim. i. 15.

§. IV.

Es conducido atado á Pilatos.

Hoy acompañaremos á Cristo del tribunal sagrado al profano, del concilio de los judíos al foro romano, de la casa de Caifas al pretorio de Pilatos; de lo cual hablan asi los evangelistas: *Y levantándose toda la muchedumbre de ellos, los sumos sacerdotes con los ancianos y escribas, y todo el concilio, le condujeron y entregaron al presidente Poncio Pilato* [1].

Esto solo faltaba para que la justicia, ya acusada por los ministros de la iniquidad, la inocencia ya condenada por los hijos de la muerte, la libertad fuese ahora llevada cautiva por los siervos del pecado. Asi pasa Cristo de un sumo sacerdote á un presidente romano, de los judíos á los gentiles, para que el que por todos moria, sufriese que conspirasen todos á su muerte. Entre tanto se congratulan con aplausos los judíos, se glorian los sacerdotes, se regocija toda la ciudad, triunfa toda Jerusalen. ¡O Jerusalen! ¿no te dijo antiguamente Isaías: *Sacúdete del polvo, levántate, siéntate, Jerusalen: suelta las cadenas de tu cuello, cautiva hija de Sion* [2]? ¿Y tú conduces cautivo al hijo de Dios, que habia venido á soltar las cadenas de tu cuello? Mas por cuanto te fue tan odiosa la libertad, y tan agradable la servidumbre, te viste obligada poco des-

1 Luc. xxiii. 1. 2 Isai. lii. 2.

pues á rendir tu cuello al yugo romano, y aun á someter tu cabeza bajo los pies de los gentiles, cuando arruinadas tus murallas, destruido tu templo, abrasados tus edificios, exterminados tus ciudadanos, tú, Jerusalen, con las manos encadenadas á la espalda, fuiste conducida por Tito y Vespasiano en triunfo por medio de las plazas romanas; y la que fuiste maravilla de todo el orbe, convertida en irrision y ludibrio del universo. Como á Cristo fue sumamente ignominioso el ser conducido asi atado; asi esto mismo es de la mayor gloria para nosotros los cristianos, como seamos atados para Cristo ó por Cristo. Tenia Pablo muchos é inclitos renombres y gloriosísimos títulos de que podia gloriarse. Era apostol, era maestro del orbe, era doctor de las gentes; pero todos estos títulos desprecia, y solo deduce su gloria de las cárceles, de las prisiones, de las cadenas, de los grillos. De aqui es el leerse tantas veces en sus epistolas estas palabras: *Yo Pablo preso de Jesucristo.* Oigase aqui aquel gran proclamador de las glorias de Pablo, el Crisóstomo: „No pone tan brillante la cabe„za una corona resplandeciente con preciosas „piedras, como una cadena de hierro que se lle„va por Jesucristo &c.[1] Y si alguno me ofre„ciese, ó diese á escoger todo el cielo, ó esta „cadena, esta cadena elegiria yo. Ademas si hu„biese yo de estar ó en lo alto con los ángeles, „ó con Pablo aprisionado, preferiria la carcel." Este ha de ser, ó cristiano, el nombre con que

1 In 4. ad Ephes. serm. 8.

te has de gloriar: *Yo preso de Jesucristo.* No hay necesidad de artífice que fabrique, ni de martillo que forme estas cadenas con que te glorîes. Los preceptos de Cristo y los consejos son para el cristiano cadenas: si con estas te vences, vencedor eres del mundo, y lo que es mas, de ti mismo. Entonces podrás gloriarte con Pablo: *Yo preso de Jesucristo.* Eres alguna vez herido en el rostro: al recibir esta injuria te hierve la sangre, te enciendes en ira, te abrasas todo en deseos de venganza; y con todo detienes el brazo, contienes la mano, te abstienes de la venganza. No faltarán hombres animales que te echen en cara la debilidad de ánimo, y te digan aquella expresion judaica: *Ojo por ojo, diente por diente.* ¿Por qué no hieres tambien tú? ¿Quién te ata las manos? Jesus, cuando dijo: *Si alguno te hiere en la megilla derecha, preséntale la otra*[1]. *Yo preso de Jesucristo.* Habrá quien afile contra ti su lengua como espada aguda; quien contra ti vomite toda su ira; quien te oprima á injurias y dicterios. Tú impones á tu lengua silencio, tú le mandas que enmudezca. ¿Quién te hizo mudo á tantos vituperios y baldones? ¿Quién aprisionó tu lengua? La paciencia de Cristo, que siendo injuriado no injuriaba: *que siendo maldecido no maldecia*[2]. *Yo preso de Jesucristo.* Habrá quienes con el timbal y la cítara en las manos te llamen del templo á la plaza, de la congregacion al teatro; diciendo: *Venid, disfrutemos de estos bienes que hay: no haya prado en*

1 Matth. v. 39. 2 1. Pet. II. 23.

que no se pasee nuestra lujuria [1]. Tú respondes con David: *He prohibido á mis pies el ir por ningun camino malo* [2], ¿Quién asi ligó tus pies? Aquel que cuando le decian *desciende de la cruz* [3], perseveró en la cruz hasta el fin, taladrados sus pies con clavos, *es el que puso esfuerzo en mis pies* [4]. *Yo preso de Jesucristo.* Asi siendo preso de Cristo serás candidato del cielo y señor del mundo. Esta cadena que la caridad te pone es mas noble que cualquiera corona del Cesar. Pablo, atado con una larga cadena, se presentaba en un numeroso congreso de los judíos, mostrando que aquella cadena del cuerpo no ofendia á la libertad del alma; por lo cual se gloriaba ante ellos con estas palabras: *Por la esperanza de Israel estoy ceñido de esta cadena* [5]. Las leyes de Cristo son para ti lazos, los consejos cadena. No te avergüences de verte preso con ellos. Dí libremente: por la esperanza de ver á Dios, por el amor de mi amado Cristo Jesus estoy ceñido de esta cadena. *Yo preso de Cristo Jesus.* ¡Mas ay! Yo preso del mundo, preso de la carne, preso del demonio, me presento ante ti, ó Jesus, atado por mi, y me veo obligado á decir lo que Manases aprisionado en la carcel: *Agobiado estoy con tanta cadena de hierro, sin poder alzar mi cabeza, y sin tener respiracion: los lazos de los pecados me tienen ligado todo al rededor* [6]; y de este modo soy llevado por las plazas de Babilonia atado de pies y manos

1 Sap. II. 8. 2 Psalm. CXVIII. 101. 3 Matth. XXVII. 40.
4 Iob XXXIII. 11. 5 Act. XXVIII. 20. 6 Orat. Manass.

para ser precipitado en las tinieblas exteriores. Mas tú, ó libertad mia por mí cautiva, que te dejas llevar atado por las plazas de Jerusalen, quítame este yugo, bajo el cual he doblado mi cerviz, pues *el yugo de el yugo es de hierro* [1]. Tú, por cuya virtud Sanson *rompió los lazos como los hilos de las telas* [2], suelta los lazos de mi cuello, porque mas que Sanson eres tú. *Para que así libertado de la servidumbre de la corrupcion, á la libertad de la gloria de los hijos de Dios* [3], desatados los lazos del cuerpo, llegue á cantar con el profeta: *Rompiste mis cadenas: te sacrificaré hostia de alabanza* [4].

§. V.

Judas conoce y reconoce sus delitos.

Al proponer hoy un espectáculo asombroso al mundo, á los ángeles, á los hombres, á los demonios, con el cual solo se pasma y se conmueve todo espíritu en los cielos, en la tierra, en los infiernos; la perdicion, digo, lamentable de Judas; exclamaré aquí antes oportunamente, ó por mejor decir, á manera de un pregonero esforzado con un clarin sonoro convidaré á todos á este espectáculo con las palabras de David: *Venid y ved las obras de Dios, terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres* [5]. Terrible fue Cristo en sus consejos sobre dos hijos de los hom-

1 Eccli. xxviii. 24. 2 Jud. xvi. 12. 3 Rom. viii. 21. 4 Psalm. cxv. 16. 5 Psalm. lxv. 4.

bres, sobre Pedro y Judas: terrible fué su misericordia con Pedro negador: terrible su justicia con Judas desesperado. Poco ha expusimos la una; hoy expondremos la otra. Asi habla de Judas San Mateo: *Entonces viendo Judas (el que le habia entregado) que le condenaban, movido á penitencia restituyó los treinta dineros* [1].

¡Cuánto énfasis, cuánta fuerza, cuánto peso hay en aquella voz *entonces! Entonces viendo Judas &c.* Como si dijese: cuando pecaba no veia; despues que pecó empezó á ver. Era Judas ladron, estafador, traidor, simoniaco, energúmeno, y aun (como le llamaba Cristo) diablo. Aun tenia cerrados los ojos, nada veia. Habia sido pérfido para con su amigo, ingrato con su maestro, impío con su padre, sacrílego con su Dios, nada veia. Habia desamparado ya á Cristo, prófugo de su presencia; habia pactado con los judíos su venta; habíale vendido ya por treinta dineros; habia conducido como caudillo un escuadron de soldados armados al huerto para prenderle; le habia entregado con un ósculo en manos de los enemigos; pero aun no le eran patentes sus delitos, aun se le ocultaban todos ellos al malvado: *Como si fuese de noche, así él palpaba en medio del dia* [2]. No solo era ya ciego sino caudillo de ciegos. Y como oyese que Cristo en el concilio habia sido acusado y condenado, entonces fuera de todo consejo, juzgaba que ya él tambien habia sido sentenciado. *Entonces viendo Judas que habia sido condenado. Entonces,*

1 Matth. xxvii. 3. 2 Iob v. 14.

cuando ya habia descendido al último grado de toda la malicia, *al punto cayeron de sus ojos como escamas*[1]: abrióle los ojos el demonio, y de una vez le propuso aquel inmenso cúmulo de todos los delitos que habia cometido, y el profundo abismo de males en que se habia precipitado. Entonces el demonio, verdaderamente hiperbólico orador, comenzó á exagerar atrozmente todos y cada uno de los delitos cometidos, á martirizar á aquel desventurado con los punzantes estímulos de su conciencia, á aterrarle con los horribles monstruos de tan execrables crímenes, á quitarle la esperanza, á precipitarle en la desesperacion, clamándole: ¿qué es lo que hiciste? la voz de la sangre de tu hermano clama desde la tierra por venganza al cielo. Vendiste el precio del mundo; ¿con qué precio podrás ser redimido? Cerrada está para ti la puerta de la misericordia; ¿qué esperanza te queda de perdon? Entregaste, ó traidor pérfido, á tu Señor; ¿qué te resta sino que te entregues á un lazo? ¿Adónde huirás ya, cuando no te queda refugio? Pecaste y cometiste un pecado enorme, y no hay quien pueda perdonarte tus pecados: arrójate pues desde lo alto, y muere; porque no hay muerte para ti mas amarga que la vida. Asi le instiga el demonio; asi su fiera conciencia; asi Judas á sí mismo. Ahora vuélvase á ti, ó pecador, la palabra. Cuando el mundo te halaga, cuando la carne te lisonjea, cuando el demonio te instiga al pecado, el deleite te convida, la

1 Act. IX. 18.

liviandad te provoca, el honor te incita, la gloria te deleita; ahora con la edad florida, con la salud robusta, con las sonrosadas megillas, con los rubios cabellos, con los ojos vivos y centelleantes, con el ardiente hervor de la juvenil sangre en las venas; ahora con todo esto, como con un velo obscuro y espeso, se cubre la fealdad del pecado, no aparece su enormidad: nada ocurre que amedrente los ojos: nada se percibe que ofenda á los oidos: nada se presenta que incomode al cuerpo: todos los objetos son apacibles, agradables, gustosos. Pero despues de ya cometido el pecado, entonces como dada la señal del combate, y como quebrantadas las compuertas de los infiernos, rompen y se arrojan con encendidas teas las tartáreas furias. ¡O cuán multiplicadas, y cuán tristes imágenes asaltan al alma por todas partes! ¡cuántos espectros le ocurren en la obscuridad de la noche! ¡qué fieras sombras, qué horribles figuras! ¡qué clamores de la conciencia! ¡qué gritos interiores! Verdaderamente hallarás aqui el gusano roedor continuo; aqui el buitre despedazador no fabuloso; aquí las furias todas sangrientas; aqui un horroroso infierno peor que el infierno mismo. Introdúcese íntimamente y penetrá todos los ocultos senos del ánimo un inquieto horror: espántase de todo el interior mal seguro; padece estremecimientos terribles y pálidos miedos; ni está consigo, ni con Dios, ni con nadie.. Atraviésanle y atropéllanle todos los males del alma. Guerra intestina, pelea horrorosa, tempestad deshecha. O tú cualquiera que seas, si te hallas aquì con mala conciencia,

siervo del pecado, reo de muerte eterna, enemigo de Cristo, y te atemorizas, y aun de miedo te estremeces, imaginándote que puedes en esta misma hora en que hablo, ¿qué digo? en este mismo momento en que vives, en este mismo lugar en que estás, por justo juicio de Dios caer repentinamente, morir, perecer, y descender de este templo al abismo: ¿no temes? ¿no tiemblas? Pero con todo, cualquiera que te halles en tan miserable estado, dos cosas has de evitar; una la nimia presuncion de la misericordia divina; otra la total desconfianza. Presumió Pedro, y cayó: desconfió Judas, y pereció. Si te arguye tu conciencia que eres reo de muerte, ve aquí está el autor de la vida. Clama el autor de la vida á los reos de muerte: *¿Por qué habeis de morir, casa de Israel? ¿por qué habeis de morir*[1]? Ved aquí mi sudor, ved aquí mis lágrimas, ved aquí mi sangre: tantos y tan grandes auxilios de vida. *¿Por qué habeis de morir?* Ved que ya en el concilio se sentenció contra mí: *Reo es de muerte*: ya condenado á muerte, ved como subo á Jerusalen á morir por vosotros: ved la columna en que seré azotado: ved las espinas que traspasarán mi cabeza: ved los clavos que taladrarán mis manos y pies; ved la cruz en que moriré yo para que vivais vosotros. *¿Por qué habeis de morir?* No morireis, no, sino vivireis. *Volved prevaricadores al corazon*[2]. Volved de las tinieblas á la luz, del error á la verdad, del pecado á la gracia, de la muerte á la vida,

1 Ezech. xviii. 31. 2 Isai. xlvi. 8.

de las miserias vuestras á la misericordia mia. Volved, volved: mirad abiertos mis ojos para miraros clemente; prontas mis manos para acogeros y recibiros; extendidos mis brazos para abrazaros estrechamente; inclinados mis labios para daros el ósculo. *Volved*, antes que el sol se ponga sobre vuestra malicia; antes que venga la noche en que nadie puede obrar; antes que se acabe el tiempo de la misericordia. Ya volvemos, ya volvemos en esta hora y en este momento á ti; porque no hay seguridad alguna fuera de ti, ningun deleite sin ti, ninguna felicidad sino en ti. Todo lo abandonamos por ti; porque no hay en el mundo quien nos consuele, no hay siquiera uno fuera de ti. Hoy escucharemos la voz de tu misericordia que clama á nosotros *volved*, para que no oigamos aquella terrible voz de tu justicia fulminadora *id malditos*, sino aquella voz deseable *venid benditos de mi Padre* [1].

§. VI.

Inutil arrepentimiento de Judas.

Aun corrian por las megillas de Pedro las ardientes lágrimas, cuando se le presenta á Cristo nuevo motivo de llanto. Apenas el apostol, que habia caido, empezó á levantarse, cuando otro cayó de modo que se hizo pedazos, no habiéndole puesto Cristo su mano debajo; porque sus pies veloces para derramar la sangre inocente

1 Matth. xxv. 34.

huian de la mano de Cristo. Este fue Judas: Judas discípulo en la escuela de Cristo, compañero en su casa, ecónomo en su familia, participante de todo en su mesa y en sus viages, oyente cuando hablaba palabras de vida eterna, testigo cuando obraba los milagros. Este, vendido ya su maestro, á quien tanto debia cuanto puede deber un hombre á Dios, sobre el precedente crimen de la traicion acumuló el nuevo delito de la desesperacion. Debiera el desdichado volver á Jesus de quien se habia apartado, esto es, al seno de la misericordia; pero el diablo, que habia ya entrado en el corazon de Judas, para perder á Judas le condujo á los perdidos judíos. Así que *Judas movido á penitencia, restituyó los treinta dineros á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: pequé.*

Sabia Judas que Caifas por la noche, y el concilio por la mañana, habian condenado á Cristo y entregádole á Pilatos como el brazo secular: entonces creyendo ya perdida su vida, viendo aquel de quien habia recibido la vida reo de muerte, como antes se dejó seducir de la avaricia, se dejó ahora llevar de la penitencia. No era demasiado tarde como él pensaba si lo hubiera hecho seriamente, mas fue desventurado; porque no fue la penitencia la que le condujo al Señor, antes porque era vana le condujo al lazo. Hostigado, movido y punzado por su conciencia, recurrió á aquellos que no pueden dar socorro; á los príncipes de los sacerdotes, *diciendo: pequé.* Pequé: esta es la fórmula del que se arrepiente y confiesa. Tu confesion alabo; pero confiésate á

aquel que tiene la potestad de atar y desatar. Esos á quienes tú te confiesas, potestad tienen, pero de atarte para la muerte, no de desatarte para la vida. Si crees cerrado el cielo para ti, no te le abrirán ellos, porque no se les han entregado, para abrirle, las llaves del reino de los cielos: si estás ligado, no te desatarán ellos ni te absolverán del pecado: si quieres confesarte, confiésate al sacerdote. Ve aquí el sacerdote grande. Que digas *pequé*, lo apruebo; pero diciéndolo á aquel que puede quitar los pecados al que los confiesa. Ve aquí el que quita los pecados del mundo. Dirás acaso: no tengo hombre que perdone los pecados: ve aquí el hombre de cuya boca oiste tantas veces: *Se te perdonan tus pecados* [1]. A innumerables perdonó delante de ti; ¿cómo no te pones en manos de su clemencia? Podrá la malicia humana competir con la clemencia divina, pero nunca vencerla. A Pedro arrepentido perdonó casi antes de arrepentirse: ¿cómo no te perdonará á ti despues de arrepentido? Si te angustian tus pecados, acércate á Jesus! *Él recibe á los pecadores* [2]. Póstrate á sus pies! allí la muger pecadora en la ciudad, mientras los riega con sus lágrimas, lavó sus manchas. Si eres leproso, oirás de boca de aquel por quien los *leprosos son purificados* [3]: *Se purificado* [4]. Y al punto será purificada tu lepra. Si eres ciego, por él *ven los ciegos*: le oirás decir: *mira* [5], y al punto verás. Si estás enfermo, él es el médico de

1 Matth. IX. 2. 2 Luc. XV. 2. 3 Ibid. VII. 22. 4 Matth. VIII. 3. 5 Luc. XVIII. 42.

quien salia la virtud que curaba; te sanará. Si erraste, Jesus es el camino: si estás muerto, Jesus es la vida. Pero estaba aterrado Judas ó de la vergüenza, ó del temor, ó del dolor. Y viéndose cercado de angustias por todas partes, ni aun se atrevió á retener los treinta dineros por cuyo precio habia vendido á aquel que es mas apreciable *que millones de oro y plata*[1], y los restituyó diciendo: *pequé*. Pero el que verdaderamente habia pecado, no habiéndose verdaderamente arrepentido, cayó en manos de la justicia divina, huyendo del seno de la divina misericordia. No asi los impíos, como el impiísimo Judas, no asi: no temais vosotros: no se oiga de vuestra boca aquella expresion del desesperado Cain: *Mayor es mi iniquidad que el perdon que pueda merecer*[2]. Oisteis poco antes á la misericordia clamando á todos, y exclamando á cada uno: *Volved, volved, prevaricadores, al corazon*: ¿y qué he de hacer, dirás, en volviendo? Imitar á aquel deudor del evangelio que debia á su rey cien mil talentos, que era una deuda enormísima. ¿Y qué hizo este para que se le perdonase? *Postrado aquel siervo le suplicaba diciendo: ten paciencia conmigo, y todo te lo volveré*[3]. ¿Y qué resultó? Que *misericordioso el Señor con aquel siervo, le dió por libre, y le perdonó la deuda*. Este siervo pedia para su deuda no perdon total, sino solo dilacion. Pero el señor, y Cristo en él, dice: *toda la deuda te perdoné*. ¿Y por qué? *Porque me lo suplicaste*.

1 Psalm. cxviii. 72. 2 Gen. iv. 13. 3 Matth. xviii. 26.

No porque sufriste tres dias de ayuno á pan y agua; no porque te mortificaste noches enteras con vigilias; no porque te fatigaste con peregrinaciones; no porque castigaste muchos años con ásperos cilicios y con azotes tu cuerpo; no porque te retiraste al yermo y á los sitios solitarios; sino porque me suplicaste. En el punto mismo en que tú hieres tu pecho, se le conmueven todas sus entrañas: asi que ruegas, alcanzas: luego que cae de tus ojos una sola lágrima, al instante acude la misericordia. Cuando pronuncia tu boca aquella voz *pequé*, al instante pronuncia la suya: *Se te perdonan tus pecados* [1]. Esto es lo que insinúa San Cipriano diciendo: *Ni la magnitud del delito, ni la brevedad del tiempo, ni la enormidad de la vida, ni la extremidad de la hora, excluye del perdon: antes bien la caridad maternal recibe en sus amplísimos senos á los pródigos convertidos* [2]. Ved aqui patente en las aras al benigno Padre de tantos pródigos como pecadores. Esté contrito el corazon, y pronuncie la boca no como Judas desesperado: *Pequé entregando la sangre del justo*: sino como aquel rey de Judá penitente: *Contra ti solo pequé* [3]. *Contra ti solo*, á quien solo se debe todo honor y gloria. *Contra ti solo*, que eres solo Dios, porque no hay otro fuera de ti. *Contra ti solo*, á quien solo debo todo el bien que he recibido hasta aqui, y que recibiré en adelante. *Contra ti pequé*, despues de tantos dones, beneficios, gracias y favores que has acumulado sobre mí. *Contra ti pe-*

1 Luc. VII. 48. 2 Serm. de Cœn. Dom. 3 Psalm. L.

qué, á quien debia haber obedecido como á señor, servido como á rey, amado como á padre, venerado como á Dios. Pero aunque me acuse mi lengua, y me obligue á decir: *Contra ti solo pequé*, tambien me mueve tu clemencia á decir: *En ti, Señor, esperé* [1], y pues *la esperanza no confunde* [2], *no seré confundido eternamente.*

§. VII.

Respuesta de los sacerdotes á Judas.

Cuan fundadamente dijo el Sabio en sus sagrados Proverbios: *La esperanza de los impios perecerá* [3]; nos lo enseñará con daño suyo (ojalá con fruto nuestro) aquel perversísimo, antes discípulo de la verdad, ahora maestro del error, Judas. Este, conociendo que el dinero adquirido inicuamente le habia tomado de mano de los judíos, é inicuamente le poseía, le arrojó á los pies de los sacerdotes diciendo: *Pequé entregando la sangre del justo.* Mas ellos nada inmutados con el arrepentimiento y testimonio de Judas, descaradamente dijeron: *¿Qué nos importa?* esto es, que tú hayas pecado y entregado la sangre del justo. ¿A qué fin nos inculcas eso, y como que nos acusas de cómplices de tu delito? *tú lo verás*: á ti te toca ver y averiguar si lo has hecho, y si haciéndolo has hecho bien. A nosotros nada nos importa. Apártate pues de aquí, y no nos seas importuno. Oigan ahora todos los

1 Psalm. xxx. 2. 2 Rom. v. 5. 3 Prov. x. 28.

que *confian en sus riquezas* [1], los que confian en brazos carnales, los que confian *en los principales de los hombres en quienes no hay salud* [2]. Judas apóstata del colegio de los apóstoles, desertor de las banderas de Cristo, habia desamparado los escuadrones de Jesus. El auxilio que habia elegido eran los príncipes de los sacerdotes. En este como alcazar habia colocado toda su esperanza. Confiaba ser sostenido por la autoridad de aquellos en quienes estribaba toda la sinagoga. Intentaba introducirse en su amistad con un nuevo delito de perfidia; á fin de agradarles, no le importaba el desagradar á Cristo. No se le ocultaba que la sinagoga toda ardia en odio implacable contra Cristo; que los judíos habian apurado todas sus maquinaciones para quitarle de en medio. Para captar pues el favor de ellos les vendió el precio del mundo: creyendo que mientras estribase en su benevolencia, todo le sucederia bien, y que hallaria en sus peligros prontísimo refugio, en sus aflicciones consuelo, en sus necesidades auxilio. Entre tanto condenado Cristo á muerte, condenaba á Judas su conciencia, acusándole de un delito que nunca seria perdonado. Decíase entonces á sí mismo: vendí al Salvador; ¿qué me resta sino perder la salvacion? entregué á la misma vida; ¿qué me queda sino caer en la muerte? fui traidor de mi esperanza; ¿qué recurso me queda sino la desesperacion? Mayor es mi iniquidad que la de Cain: y aun mejor puedo decir yo que Cain: *Mayor*

1 Prov. xi. 28. 2 Psalm. cxlv. 2.

es mi iniquidad que el perdon, que no puedo merecer[1]. Un solo refugio tengo en que confio, y de donde espero socorro, la sinagoga. Me levantaré pues, é iré á la sinagoga, y diré: *Pequé entregando la sangre del justo.* Al levantarse y caminar hácia los príncipes de los sacerdotes, me parece oigo á aquel Sacerdote grande, diciendo tácitamente aquellas palabras de Isaías: *¿En quién tienes confianza, retirándote de mí? Confias en ese báculo de caña quebrado*[2]. Entra Judas en el templo con el semblante demudado como un reo, con los ojos llorosos, con acelerada palpitacion del pecho, y no sin sollozos, se acusa de su delito diciendo: *pequé. ¿Qué nos importa? tú lo verás.* ¡Ah! compadeceos de un miserable: *pequé entregando la sangre del justo*, y ved aquí muero. *¿Qué nos importa? Pequé*, y mi pecado está contra mí siempre, y ved aquí perezco. *¿Qué nos importa?* Acordaos que yo por adquirir vuestra gracia, caí de la gracia de Cristo. Deseabais prender á Cristo, y yo os sugerí el modo con que pudieseis prenderle. Queriais tenerle en vuestras manos, y yo os le entregué. Todos deseaban verle condenado á muerte, y á mí me debeis el que ya esté condenado. Queriais que se os vendiese por un vil precio, y yo os le vendí por el que suelen venderse en la plaza las reses, por treinta dineros. Una cosa os pido me concedais por tantos beneficios: asistidme en estas angustias del ánimo con vuestro auxilio, si no, me amenaza mi perdicion. *¿Qué nos importa?*

1 Genes. IV. 13. 2 Isai. XXXVI. 6.

Desconfio de mi salvacion. *¿Qué nos importa?* Voy á precipitarme en un lazo. *¿Qué nos importa?* Asi el desventurado Judas, desamparado de todos, en ninguna parte encuentra refugio; en Cristo, desconfia de su auxilio; en los judíos, no le dan consuelo; en nadie, ni en el cielo, ni en la tierra espera encontrar socorro: interiormente le aterra y aflige su acusadora conciencia; en lo alto, la justicia amenazadora; en lo inferior, el demonio combatiéndole; á la derecha, el hombre desamparándole; á la izquierda, el pecado persiguiéndole. Entonces experimentó al cabo Judas que la mayor gravedad del pecado mismo es el haber pecado. Asi desautorizado, desposeido del apostolado, de la religion, del cristianismo, fue dejado en manos de los deseos de su corazon amargo, duro, inhumano, para que el que habia sido impío y cruel con su Maestro fuese tambien desapiadado y cruel consigo mismo. Avivad aqui vuestra atencion vosotros todos los que estando en este mundo sois del mundo. Vendrá algun dia aquel tiempo, y vendrá en breve, porque *el tiempo es breve* [1], en que clamarás cuando ya esté dada la sentencia contra tu vida: ó mundo, socórreme; *angustias me cercan por todas partes* [2]. Recibirás por respuesta de estos clamores aquella expresion judaica: *¿qué nos importa?* O compañeros, que antes fuisteis ministros de mis maldades, acudid: porque *circundáronme dolores de muerte: dolores de infierno me han cercado* [3]. O príncipes dueños antes mios, en cu-

1 1. Cor. VII. 29. 2 Daniel XIII. 22. 3 Psalm. XVII. 5.

yo obsequio ofrecí mi sangre, gasté mi sudor, empleé mi vida, perdí mi alma, alargadme una mano auxiliadora; porque aqui *estoy hundido en el lodo del profundo, y no hay donde sostenerse. He venido á la alta mar, y la tempestad me ha sumergido* [1]. *¿Qué nos importa?* ¡O carne! que para apagar tu sed todo el dia me esmeraba en agotar los cálices; por cuya causa tantas veces me levanté *de mañana á seguir la ebriedad, y á beber hasta la tarde, y entregarme á los ardores del vino* [2]. *Introduce la extremidad de un dedo en agua para que refrigeres mi lengua, porque me abraso en esta llama* [3]. *¿Qué nos importa? tú lo verás.* Estos son los dueños á quienes dedicais todo vuestro obsequio, vuestras vigilias, trabajos, sudor, sangre, vida, alma, todo. Estos son los becerros de oro que adorais. Estos son los ídolos de vuestro culto; de los cuales, cuando esteis postrados en el lecho del dolor en la última hora; cuando con las amargas angustias de vuestro corazon todo el cuerpo y cada uno de los miembros de él se liquidarán en un frio y mortal sudor; cuando estareis moribundos, quebrados los ojos, desfallecida la voz, el corazon palpitando; no tendreis que esperar otro socorro, ni que oir otras palabras sino estas: sude, angústiese, muera, perezca; *¿qué nos importa?* Vayan pues lejos los dueños á quienes hasta ahora serví, no dueños, sino tiranos; no padres, sino verdugos. A ti me ofrezco por esclavo, y te prometo ser fiel en servirte, para que

1 Psalm. LXVIII. 3. 2 Isai. V. 11. 3 Luc. XVI. 24.

pueda oir algun dia: *Ea siervo bueno y fiel, porque en lo poco fuiste fiel, sobre mucho te constituiré, entra en el gozo de tu Señor* [1]. En tu viña trabajaré, pues tú eres para los que trabajan *recompensa grande excesivamente* [2]; á ti me dedico, y todas mis cosas, y si á ti clamo en la tribulacion, no oiré como Judas, *¿qué nos importa?* sino como tú mismo dijiste por el profeta: *Clamarás y dirá: aqui estoy* [3]. Te invocaré en la necesidad; porque *en cualquiera dia que te invocare, bien conoceré que eres mi Dios* [4]. A ti ofrezco todas mis lágrimas, pues tú eres quien *enjugarás todo el llanto de mis ojos* [5]. Si estoy ciego y clamo con aquel ciego: *Jesus hijo de David, ten misericordia de mí* [6]: al punto oiré lo que aquel ciego; *¿qué quieres que haga contigo?* Si estoy leproso, solo con decir como aquel leproso; *Señor, si quieres, bien puedes purificarme*: al instante oiré: *quiero; sé purificado* [7]. Si despues de innumerables pecados dijere lo que Judas, pero no como Judas, *pequé*; luego oiré: *confia, hijo, se te perdonan tus pecados* [8].

§. VIII.

Desesperacion de Judas.

Cuan horrenda cosa sea caer en manos de Dios vivo, nos lo demuestra este terrible egem-

1 Matth. xxv, 21. 2 Gen. xv. 1. 3 Isai, lviii. 9. 4 Psalm. lv. 10. 5 Apoc. xxi. 4. 6 Marc. x. 47. 7 Matth. viii. 3. 8 Ibid. ix. 2.

plar de un apostol que se pierde. *Y apartándose se ahorcó pendiente de un lazo.* ¡O triste igualmente que infeliz apartamiento! *Apartándose*, ¡O cuan diversos son aquellos dos extremos, el término *de donde* se apartó, y el término *adonde* fue! ¿De dónde se apartó? ¿Adónde cayó? Se apartó de la luz á las tinieblas exteriores é interiores, del gozo al llanto, del consuelo á la afliccion, del tiempo á la eternidad, del mundo á los infiernos, de los hombres á los demonios, de Cristo á Lucifer, del sumo bien al sumo mal. Judas, ya próximo á su exterminio, revolvia en lo interior de su ánimo las mas negras consideraciones: se presentaban á su imaginacion las mas espantosas figuras, y ocurrian á sus ojos las mas tristes representaciones. ¿Alza sus ojos al cielo? Parécele que truena sobre él, fulmina rayos, llueve azufre y fuego. ¿Baja su vista á la tierra? Parécele que se hiende y abre debajo de sus pies para sorbérsele vivo. ¿Registra su conciencia? Parécele que todas las furias salidas del abismo se anidan en su pecho para despedazarle. ¿Vuelve al rededor sus ojos por el aire? Parécele que allí mira los demonios desencadenados contra él, y amenazando su ruina. ¿Recurre á Cristo? Ya le parece un severísimo juez, un vengador inexorable, un cruelísimo tirano. Asi da por todas partes vuelta con sus ojos, y en ninguna encuentra consuelo: todo lo revuelve en su ánimo, y en ninguna parte halla auxilio: todo lo registra solícito, angustiado, pavoroso, y en ninguna parte ve refugio. Todos y cada uno de los objetos se los propone á sus ojos, á su mente, á

su memoria, y no hay parte alguna en que no vea ó la perdicion que le amenaza, ó el inminente peligro de su ruina. La maldad execrable cometida le parece irremediable. Alcanzar perdon de su delito lo cree imposible. Vivir así le es intolerable. Fastidiado pues de la vida este hombre de muerte, despues que entregó al hijo de Dios, se perdió á sí, perdió sus cosas, lo perdió todo. Y asi entrando en una casa que vió por casualidad, tomó, ó seguramente él mismo se tejió, el lazo que no encontró. Y saliendo afuera mirando todo al rededor de sí con tristes ojos, y murmurando dentro de sí con aquellas terribles expresiones de Job, pero con muy otro sentido: *Perezca el dia en que naci, y la noche en que se dijo concebido fue el hombre. Aquel dia conviértase en tinieblas: obscurézcanle las tinieblas y la sombra de la muerte: ocúpele la obscuridad, y sea envuelto en amargura. Apodérese de aquella noche un torbellino tenebroso* [1]. Y con aquellas palabras de Jeremías: *¿Por qué sali del vientre para ver trabajos, y consumidos en la confusion mis dias* [2]? Con estos y semejantes quejidos y lamentos llenando el aire, y viéndose solo y sin testigos, echó á su cuello el lazo. Pero antes que registremos su desventurada caida, investiguemos la causa de ella. Veamos aquí los grados por donde se desciende al mayor mal de todos los males. Primeramente ocurre al alma la sugestion depravada del demonio; admitida esta, le sucede la delectacion; si esta no es rebati-

1 Iob III. 3. 2 Ierem. XX. 18.

da, se sigue el consentimiento; de aqui proceden los actos; de los actos frecuentes nace la costumbre; esta se convierte en naturaleza: finalmente de toda esta complicada cadena se forja la pertinaz y obstinada voluntad en cometer las maldades, que ni todas las amenazas, ni todos los suplicios, ni todos los infiernos pueden conmover ó disuadir. Se ve obscurecida la mente, depravadísima con unas tinieblas horrorosas: síguese un enorme entorpecimiento y pasmo para todo: de aqui un corazon duro, inaccesible é impenetrable á todos los dardos del cielo: en vano claman desde el púlpito los predicadores; en vano les pones en las manos libros piadosos que lean; en vano les ruegas por la sangre, por la cruz, por la muerte de Cristo paciente, dolorido, moribundo; en vano recomiendas los sacramentos. Todo se oye con risa; se obstinan y endurecen; las gracias se disminuyen; las maldades, los daños, los enemigos se corroboran; no hay remedio ya. A tal estado llega el mal, que ya ni puede ser peor, ni puede hacerse mejor. ¡Qué infelicidad! Asi endurecida el alma se obstina en los males, y casi como víctima destinada á las eternales llamas, espera el último exterminio. De un hombre tal acertadamente dirias lo que de Judas Cristo: *Bueno le hubiera sido si no hubiera nacido tal hombre*[1], ¡O buen Jesus, que por nosotros encarnaste, y fuiste concebido por el Espíritu Santo, y naciste de María Virgen! ¿Hay en este concurso alguno de

1 Matth. xxvi. 24.

quien en el alto consistorio tuyo y de tu Padre se haya dicho desde abeterno: *Bueno le seria si no hubiera nacido ese hombre?* ¿Alguno que habrá de llorar eternamente con este triste lamento: *perezca el dia en que nací?* ¿Habrá aqui alguno á quien le fuera bien no haber nacido? ¡O Jesus! De temor y de temblor se estremecen todos mis huesos, oyéndote tronar sobre mi cabeza con aquella fulminadora sentencia: *No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio; sino todo está incierto y reservado para lo futuro* [1]. Esto es, no sabe el hombre si le fuera bueno no haber nacido. Otra vez tu voz como un rugido de leon hace estremecer mi corazon, cuando prorumpes en aquellas palabras á cuyo sonido es preciso tiemblen los oidos de los hombres todos: *Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos* [2]. Sé que soy llamado; no sé si soy escogido. Llamado fue Judas, pero llamado no mas, no escogido tambien. Y con todo, ¿cómo no me espanto, y casi me consumo de miedo? Judas te vendió sola una vez, y pereció eternamente; yo tantas veces te he vendido cuantas te he ofendido gravemente; y con todo como si estuviese seguro de mi salud, como si cierto de mi eleccion, no solo no temo, no me duelo, sino estoy regocijado y risueño. ¡O Jesus! Oprimido de temor y de dolor, movido á penitencia, no á aquella penitencia de Judas, yo peor que Judas, yo mas ingrato que Judas, todo me rindo y postro ante los pies adorables de esa divina magestad,

1 Eccles. IX. 1. 2 Matth. XX. 16.

que se dignó postrarse á los pies de Judas, y con Judas digo: *Pequé entregando la sangre del justo.* Pero tu sangre sea sobre mí y sobre mi alma, y clame desde la tierra, no por justicia, sino por misericordia. Tú que lavaste los pies de Judas, *lávame mas*[1], que á Judas, *de mi iniquidad*, para que purificado de mi iniquidad merezca tu beniguidad.

§. IX.

Ahórcase Judas.

Judas, semilla de Canaan y no de Judá, despreciado de los príncipes de los sacerdotes, desechado de la sinagoga, segregado de la compañía de Cristo, separado del colegio de los apóstoles, destituido de todo consuelo, luego que ya hubo abierto los ojos, y visto que por la vil esperanza de un poco de dinero habia vendido á la justicia, á la misericordia, á la inocencia, y con ella el alma, el cielo, Dios y todo; este hijo de perdicion y de confusion, perdió al fin tambien aquella esperanza que nunca confunde; y repitiendo aquellas palabras de David. *Llena está de males mi alma, y mi vida se ha aproximado al infierno*[2]; para descender al infierno subió á un arbol; ó bien fuese higuera como quiere Beda, ó mas bien sauco como quieren otros. Pero cualquiera que fuese, no fué arbol bueno, porque tuvo fruto malo. Y desde lo alto de él con el lazo echado al cuello se dejó preci-

1 Psalm. L, 4. 2 Ibid. LXXXVII. 4.

pitar, para que con el vehemente impulso del cuerpo, y con la caida y peso, se apretase el lazo mas fuertemente, y se ahorcase mas pronto. Todo lo cual pintó San Mateo en estas pocas palabras: *Apartándose se ahorcó pendiente de un lazo* [1].

A todos los hombres en la tierra, á todos los demonios en el abismo, á todos los ángeles en el cielo, tiene atónitos y suspensos, poseidos de asombro y pasmo, el ver pendiente de un funesto arbol á un discípulo de tan gran Maestro, á un siervo de tan gran Señor, á Judas apostol de Cristo. ¿No podrá quien esto oye, quien esto ve, preguntar con Isaías: *¿Quién jamas oyó tal? ¿Quién vió cosa semejante* [2]? ¡O vosotros ángeles, que esto visteis! ¡hombres que esto oisteis! ¡demonios que á esto instigasteis! exclamad con todo el universo como el apostol Pablo: *¡O altura de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprehensibles son sus juicios é investigables sus caminos* [3]! ¿Es posible que un discípulo del Señor así cayese en el lazo del demonio? *Apartándose se ahorcó pendiente de un lazo.* Así el desventurado se apartó, murió, pereció. Se apartó de Cristo; murió en el mundo; pereció en el infierno. *Colgado reventó por medio* [4]; porque vendió al mediador entre Dios y los hombres. *Se derramaron todas sus entrañas* [5]; porque entregó á aquel en quien estaban las *entrañas de la misericordia divina* [6]. Se colgó de un lazo; porque habia preparado

1 Matth. xxvii. 5. 2 Isai. lxvi. 8. 3 Rom. xi. 33. 4 Act. i. 18. 5 Ibid. 6 Luc. i. 78.

lazo á los pies de Cristo. Despues que *gustó gustoso un poco de miel*[1]; despues que disfrutó el gozo de la avaricia, que para hablar con Job, es *á manera de un punto*[2], al instante subió al arbol, y repentinamente *fue puesta la segur á la raiz del árbol*[3], y en un punto descendió á los infiernos; ó mas bien, para decirlo con las palabras de Moises, descendió *hasta lo último del infierno*[4], para que se cumpliese lo que dijo Cristo: *serán los primeros últimos*[5]. ¿A quién hubiera jamas ocurrido, al ver á Judas entre una muchedumbre innumerable de hombres elegido por apostol, recibido por discípulo de Cristo, constituido su mayordomo, al verle como los demas apóstoles, arrojando los demonios de los cuerpos, haciendo milagros; al ver á Cristo lavándole los pies, sentado con él á la mesa, alimentándole con su carne y sangre, dándole el ósculo, llamándole amigo? ¿á quién, digo, hubiera jamas ocurrido el pensar: este se colgará de un lazo? Y con todo él *apartándose se colgó de un lazo*. ¡O Judas, Judas! Para ti estaba preparada la mesa, para ti preparado el trono; porque habia dicho tu Maestro: *Yo os dispongo, como me dispuso mi Padre, el reino, para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, para que os senteis sobre los tronos juzgando á las doce tribus de Israel*[6]. ¿Quién te arrojó de aquel reino? ¿quién te privó de esta mesa? ¿quién te derribó del trono? ¿quién te despojó de tantos

1 1. Reg. xiv. 43. 2 Iob xx. 5. 3 Luc. iii. 9. 4 Deuter. xxxii. 22. 5 Marc. x. 31. 6 Luc. xxii. 29.

y tan grandes bienes, sino la codicia, *raiz de todos los males* [1]? Quisiste ser rico de dinero, y te hiciste pobre de gracia, y por consiguiente excluido de la gloria. Las riquezas *prepararon el lazo*, no solo *á tus pies* [2], para que cayeses, sino tambien á tu cabeza para que te colgases. De la codicia brotó la traicion; de esta nació la desesperacion; de aquí se siguió la perdicion. Pero *tu perdicion, de ti*, Judas. No debes atribuir al hijo del hombre el que fueses hijo de perdicion. Tú mismo oiste de su boca: *El hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas* [3]. ¡O Judas! Si despues de arrojados los dineros en el templo, apartándote de allí hubieses venido á Jesus, y le hubieses besado los pies, no como traidor, sino como pecador arrepentido; y si allí mismo hubieses citado las palabras de tu Maestro diciéndole: Tú dijiste: *el hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas*, perdido soy, sálvame; salvo estaria todo: ciertamente hubieras oido lo que aquella pecadora: *Tu fe te hizo salva, vete en paz* [4]. ¡O Judas! ¡Cómo te cubrirá de confusion tu rostro, cómo rechinarás los dientes en aquel dia grande, cuando veas á Pedro, á Juan, á Santiago, á los demas, antes compañeros tuyos, y entonces tus jueces, sentados en las doce sillas, y entre ellos á Matías, que te sucedió por suerte en el episcopado, sentado en aquella silla que estaba preparada para ti; y tú estarás abatido debajo de los

1 I. Timoth. VI. 10. 2 Psalm. LVI. 7. 3 Luc. IX. 56.
4 Ibid. VII. 50.

pies de ellos, para ser juzgado por ellos y condenado! ¡O Judas! Por esto solo desventurado, porque pereciste en un dia en que no habia cosa mas facil que salvarse: en el mismo dia de la salud en que murió por el mundo el Salvador del mundo: en aquel dia en que se consumó la obra de la redencion: en aquel dia en que Cristo derramó toda la sangre que contenia en sus sacratísimas venas. ¡O Judas! *Si hubieses conocido tú, y señaladamente en aquel dia, cuanto para la paz tuya* [1].. cuando diste el ósculo al Príncipe de paz. Pero esto estuvo escondido á tus ojos, porque tú habias escondido de él tu rostro. ¡O Judas! ¡cuánto me cedes en impiedad! En esto solo te excedo (aunque inferior y peor en todo lo demas), que espero el perdon de aquel á quien he ofendido mas que tú, y á quien muchas mas veces he entregado: de aquel tan benigno y pronto para perdonar, que en medio de mis delitos no puedo desesperar sin otro nuevo delito, y sin grande agravio suyo. Porque no puede imaginarse mas grave injuria, que desesperar de su clemencia; pues el que desespera de ella, en cuanto puede destruye á Dios, y como que dice que puede él cometer mas delitos que los que Dios puede perdonar, y con esto sacrílegamente afirma, que Dios no es infinitamente misericordioso: y si Dios no es infinitamente misericordioso, no es Dios. ¿Por qué pues desesperas pecador? ¿Por ventura quiere Dios la muerte del pecador por quien murió? El desesperar nos lo

1 Luc. xix. 42.

prohibe Dios: el esperar nos lo manda. Qué, ¿negará el perdon á los que se le piden quien manda que se le pidamos? ¿Cómo pueden componerse estas dos cosas, la pasion de Cristo, y la perdicion del cristiano? Cristo padeció para que yo no pereciese, y despues de haber padecido él ¿he de perecer yo? Bien sé, ó Señor, que no has dejado de ser infinitamente bueno, porque yo comencé á ser malo: ni es mayor la iniquidad mia que la bondad tuya; mayores son los méritos de tu hijo por mí, que mis ofensas contra ti. Tu hijo murió: ¿por quién? ¿por sí, ó por mí? Él no cometió pecado; yo fui concebido en pecado, y nacido todo en pecado; mas pagó tu hijo por mí que lo que yo te debo á ti. Y si no pon en la balanza, de una parte mis deudas, de la otra los méritos de tu hijo; y si se hallare que yo tengo menos, si yo pecador debiere mas que lo que por mí pagó mi Salvador, me confieso reo. La sangre de tu hijo derramada por mí, es la prenda de mi salvacion. Si me dices que lo que pido es un infinito premio, recibe por este premio un precio infinito. Mas vale una gota de su sangre, una sola, que toda la gloria del reino celestial. ¡O Jesus! por ti he hallado gracia en los ojos de tu Padre, ¿y he de desesperar de la misericordia de mi hermano? Tú eres *mi esperanza desde los pechos de mi madre.* Aunque yo haya pecado, y por tanto merezca ser castigado eternamente, con todo yo mismo que pequé, *en ti, Señor, he esperado, y no seré eternamente confundido.*

CAPITULO QUINTO.

CRISTO EN EL PRETORIO DE PILATOS.

§. I.

Es acusado ante Pilatos.

Ya en la casa de Caifas habia precedido aquella noche molestísima para Cristo, y se aproximaba el dia felicísimo para nosotros, *dia de salud*[1], como que en él murió el Salvador; dia lleno de grandes prodigios, dia funesto para Cristo, pero dia feliz para el mundo: dia de *tinieblas y de obscuridad*[2], porque entonces se cumplió aquel célebre vaticinio de Joel: *El sol se convertirá en tinieblas*[3]: y con todo ni aun entonces, acercándose aquel dia, apartaban de sí los judios las obras de tinieblas; porque eran de aquellos de quienes escribe el apostol San Judas, *que les está reservada la tempestad de las tinieblas para la eternidad*[4]. Por lo cual siendo aun el alba, y apenas rayando la aurora, ó como dice San Marcos: *luego que fue de mañana entraron en consejo los sumos sacerdotes con los ancianos y escribas, y todo el congreso, y atando á Jesus le condujeron y entregaron á Pilatos*[5].

No hay memoria de que jamas concilio alguno, algun pretorio, alguna curia, alguna basili-

1 II. Corinth. VI. 2. 2 Ioel II. 2. 3 Ibid. II. 31. 4 Iud. 13. 5 Marc. XV. 1.

ca, haya sido tan celebrada y concurrida por la autorizada multitud de hombres como aquel dia el pretorio de Pilatos. Porque alli concurrieron los varones mas ilustres y distinguidos de toda Jerusalen en autoridad, en ciencia, en prudencia, en consejo, en sabiduría, los sumos sacerdotes, los escribas, los ancianos del pueblo: esto es, unos oráculos de sabiduría, y unos prodigios de ciencia. Alli tambien concurrian mas de doce legiones de ángeles, todos los ángeles de paz, saliendo afuera, esto es, del cielo, para llorar con Pedro amargamente. Concurrian alli mismo, rotos los candados del infierno, los príncipes de las tinieblas, para instigar á los príncipes de los sacerdotes á la envidia, á Pilatos á la justicia, á los verdugos á la crueldad. Asistia en medio de ellos el que está en medio entre el Padre y el Espíritu Santo, el hijo de Dios, que dentro de poco apenas pareceria hijo del hombre; como *gusano y no hombre*, ó si hombre, *oprobrio de los hombres* [1]. Asi los ojos de todos los hombres, los demonios y los ángeles, estaban vueltos al pretorio de Pilatos. Era grande la expectacion del cielo, de la tierra, del infierno, acerca de este concilio, y del éxito de sus consejos. Estando ya el concilio en un profundo silencio; aplicando todos sus oídos y escuchando con atentísimo ánimo; los ancianos del pueblo, esto es, los ministros mas escogidos del diablo, *afilaron como espadas sus lenguas* [2]. ¡O Jesus! aquí se necesita ó una grande elocuencia con que te defiendas, ó

1 Psalm. xxi. 7. 2 Ibid. lxiii. 4.

una suma paciencia con que sufras. Porque ahora se cumplirá aquel antiguo vaticinio que tú mismo dictaste á David acerca de ti: *Abrieron sobre mí su boca como leon robador y rugiente* [1]. Y aquel: *La boca del pecador, la boca del doloso se ha abierto sobre mí. Contra mí han hablado con lengua dolosa, y me han cercado al rededor con expresiones de odio* [2]. Oigamos ahora qué decia allí la boca del pecador, esto es, la boca de todos nosotros. El primero que se levanta con insigne magestad parece un Caton bajado del cielo, y como quien pronuncia oráculos desde el trono, asi empieza desde lo alto de su asiento: *Hemos hallado á este pervirtiendo nuestra gente.* Y á esto, ¿qué dice Cristo? *Mas Jesus nada responde.* ¿Qué, puedes, Señor, ahora callar? ¿No sabes que *no hay verdad en su boca* [3]? No querer defender la verdad es aprobar la mentira. No puedo yo aquí alcanzar de mí el callar: por lo cual responderé y convenceré. Porque *de maldicion está llena su boca, y de amargura y de dolo* [4]. ¿Qué es lo que dices? ¿que pervierte nuestra gente? *Bien has mentido sobre tu cabeza* [6]. No pervierte vuestra gente, sino destruye los enemigos de vuestra gente, sumergiendo á Faraon con su egército en el mar, pasándoos á vosotros por el mar Rojo, introduciéndoos en una tierra que manaba leche y miel. ¿Es esto pervertir la gente? Levántase despues otro: *Hemos encontrado á este*

1 Psalm. xxi. 14. 2 Ibid. cviii. 1. 3 Ibid. v. 10. 4 Ibid. x. 7. 5 Dan. xiii. 55.

prohibiendo dar los tributos al Cesar. Bien has mentido tambien tú *sobre tu cabeza.* Pues con palabras expresas dijo: *Dad lo que es del Cesar al Cesar*[1]. Mandar que se den los tributos, ¿es prohibir que se den? Apenas calló el segundo, cuando abrió la boca el tercero: *Hemos hallado á este diciendo que él es Cristo rey.* ¡O generacion de víboras! *No has mentido á los hombres, sino á Dios*[2]. Tan lejos está de lo que dices, que *habiendo conocido que vendrian á cogerle y hacerle rey, huyó, y se fue solo á un monte*[3]. ¿Mas para qué defiendo yo á Cristo? No necesita Cristo de tales defensores. Asi que, conviértase hácia nosotros el discurso; pues no faltará aqui materia de acusacion. No solo los judíos, sino tambien los cristianos, acusan á Cristo en muchas cosas. Cuando en un obscuro lupanar, en un tenebroso ángulo se entregan á la liviandad impunemente, acusan de ceguedad su perspicacísima inteligencia, y dicen con aquellos infames tentadores de Susana: *Las puertas del jardin estan cerradas: nadie nos ve*[4]. ¿Qué es esto, sino decir, Dios es ciego? Cerrada está la puerta de la casa, cerrada la puerta del aposento interior, el sol se ha puesto, la luz se ha apagado, las paredes del cónclave le hacen mas denso y obscuro, encubierto el lecho con una espesa cortina, no hay quien vea ó sea testigo; ea pues atrevámonos y pequemos impunemente, porque *nadie nos ve.* Acusan su providencia de injusta,

1 Matth. XXII. 21. 2 Act. V. 4. 3 Ioann. VI. 15. 4 Dan XIII. 26.

cuando el estado de la república se turba, cuando el justo es oprimido, el inocente condenado, los hereges dominadores; y prorumpen como aquellos políticos en el libro de Job: *Una nube es su oculto solio, no considera nuestras cosas, y se pasea al rededor de los ejes del cielo* [1]. Acusan su sabiduría de ignorancia, cuando con disfrazada y fingida piedad encubren la impiedad, y con malévola astucia é ingeniosa malicia deprimen la inocencia, trastornan la justicia, afligen la piedad, diciendo con aquellos impíos mencionados por el Salmista: *¿Cómo lo ha de saber Dios? ¿y si habrá ciencia en las alturas* [2]? Acusan su justicia de iniquidad, cuando sin la menor perturbacion acumulan delitos sobre delitos, como si perdonase cuando debiera castigar; y dicen con aquellos perversos: *Pequé; ¿y qué me ha sucedido triste* [3]? Hasta aquí hemos oido las fingidas acusaciones, y los falsos testimonios contra ti, no de los judíos solo, sino de los cristianos tambien. Aun queda un punto en que acusarte, y es el que me hayas amado con una caridad excesiva. Sabias bien que yo, despues de haberme tú mostrado tanto amor, seria rebelde; despues de tantos beneficios derramados sobre mí, seria ingrato; despues de tantos tormentos padecidos por mí, seria impío; despues de tantos favores sobre mí acumulados, seria pérfido; y con todo eso tú me amabas. Esta caridad es excesiva. Sabias que tejia yo para atarte los cordeles; que cogia para azotarte las varas; que pre-

1 Iob xxii. 14. 2 Psalm. lxxii. 11. 3 Eccl. v. 4.

paraba para coronarte las espinas; que forjaba para taladrarte los clavos; que fabricaba para crucificarte la cruz: y con todo eso me amabas. Verdaderamente me amaste con caridad excesiva. Pero yo, reo de innumerables delitos, ¿adónde huiré? ¿á qué patrono acudiré para que hable por mí? ¿qué abogado adoptaré para que defienda mi causa? Mas ya oigo una voz llena de consuelo para los reos, y si no me engaño es la voz del amado, porque es la voz del discípulo á quien amaba Jesus. *Si alguno pecare, por abogado tenemos ante el Padre á Jesucristo justo* [1]. Yo pues, reo de tantos delitos, hijo de ira, heredero del infierno, desterrado del cielo, acusado por mis enemigos, condenado por tu Padre, desamparado de todos, recurro á ti, ó abogado de todos los delincuentes. ¡Ah! no me avergonzaré de decir delante de ti, lo que no me avergoncé de cometer contra ti. Pequé contra el cielo y delante de ti; ó por mejor decir, contra ti. Desesperaria, si otro que tú fuese el ofendido, ó si otro que tú fuese el abogado que yo tengo ante el Padre. A ti pues acudo confiado; el soberbio al humilde, el iracundo al mansísimo, el cruel al clementísimo, el ciego á la luz, el sediento á la fuente, el hambriento al pan, el enfermo al médico, el impío á la piedad, el miserable á la misericordia, el muerto á la vida. Todas las cosas me acusan de un *crimen pésimo*; cielo, tierra, ángeles, hombres, demonios, tiempo, lugar, cada uno de los miembros

1 1. Ioann. II. 1.

de mi cuerpo: de todos estos acusadores me veo delatado en muchas cosas. Mira pues, ó abogado mio, si puedes tratar mi causa de modo que no perezca. Sé que me puedes salvar porque eres Dios; y que me debes salvar porque eres Jesus. Defiende pues mi causa ante tu Padre, de modo que algun dia nos muestres á tu Padre, y esto nos basta.

§. II.

Pilatos disculpa á Cristo acusado por los judíos.

Habia sido Cristo condenado ya por los judíos en la casa del pontífice; y quiso ser condenado tambien por los gentiles en la casa del presidente, para que el que habia venido á ofrecer por todos su vida, fuese condenado por todos á muerte. Con todo mas moderacion halló en el tribunal profano que en el sagrado; y mas humano al juez gentil que al judaico. Lo cual es facil de colegir, examinando las expresiones de entrambos. La voz del gentil dice: *¿Qué mal hizo* [1]? La voz del judío dice: *Si no fuese malhechor, no te le hubiéramos entregado* [2]. La voz gentílica dice: *Ninguna causa hallamos en este hombre* [3]. La voz judaica dice: *Conmueve el pueblo, enseñando por toda la Judea* [4]. La voz gentílica dice: *Ninguna causa de muerte hallo en él* [5]. La voz judaica dice: *Debe morir* [6]. Mas no amedrentado con nada de esto Pilatos, no precipita el

1 Marc. xv. 14. 2 Ioann. xviii. 30. 3 Luc. xxiii. 4. 4 Ibid. 5. 5 Ibid. 22. 6 Ioann. xix. 7.

juicio; se informa cuidadosamente del estado de toda la causa, y quiere que todo el caso se decida por la via del derecho, y por los términos de la justicia. Averigua, pregunta, examina, considera las acusaciones, pesa los testimonios, y lo reflexiona todo. De aqui es que encuentra en los acusadores envidia, en los testimonios astucia, en todos malicia, y en solo el reo inocencia. Pregunta solícito Pilatos donde está el abogado de Cristo para defender su causa; mas ninguno comparece. Espera á ver qué dice el reo en defensa suya; guarda silencio. Párase Pilatos; queda atónito y absorto; asombrado por una parte con el resplandor de tan grande magestad como resplandecia en su rostro; por otra con aquella singular modestia, cual nunca jamas habia observado en otro reo. Luego pues que vió á todos contra Cristo, y á ninguno á favor de Cristo, le dice entonces Pilatos: *¿No oyes cuantos testimonios dicen contra ti*[1]*?* ¿por qué pues no respondes? ¿por qué callas? ¿cómo no alegas algo en tu defensa? ¿cómo no rebates las acusaciones? dí á lo menos alguna cosa en la apariencia; yo mismo favoreceré tu causa; y me experimentarás mas bien patrono que juez. Pero Jesus *no le respondió á palabra alguna, de tal modo que se admiraba el presidente en gran manera.* Verdaderamente este silencio comprehende gran misterio. Trátase aqui del honor de Cristo, de su fama, de su suerte, de su vida y calla. Reprehendia poco antes á Magdalena Jú-

1. Matth. xxvii. 13.

das, y al punto habló á favor de ella y la defendia. Se acercó á él la Samaritana, y habló con ella muchas cosas. Fue acusada aquella muger cogida en adulterio, y defendió tan discretamente su causa, que uno á uno desaparecieron los acusadores. Y el que en la causa de otros fue tan elocuente, ahora en la suya es mudo. Gustosísimo te ofreceria, ó Jesus, el obsequio de mi lengua; pero me veo obligado á confesar con Moises: *No soy elocuente, y soy de lengua muy impedida y tarda*[1]. Nada deseo mas que hablar en este concilio en tu defensa. Mas qué diré sino con Jeremías: *A, á, á, Señor, ve aqui yo no sé hablar, porque soy niño*[2]. Me volveré á los oyentes: aqui hay procuradores, abogados, jurisperitos, que saben examinar las causas de los inocentes, dirimirlas, defenderlas. Ved aqui, el único abogado que tenemos ante el Padre, es acusado por los impíos como novicio, para ser condenado como reo, si no hay quien hable por él. El Padre, que antes dijo: *Este es mi Hijo amado*[3], ahora está silencioso. El Espíritu Santo, que *tiene la ciencia de la voz*[4], calla. Los *cielos, que publican la gloria*[5] de Dios, estan mudos. A los ángeles no se les permite hablar. Su madre está ausente: los apóstoles fugitivos; los amigos, ninguno comparece. Nadie hay en el cielo, en la tierra, en todo el universo, que hable por Cristo; nadie que por el Verbo del Padre profiera una palabra. El mismo que *salió de la boca del*

1 Exod. IV. 10. 2 Ierem. I. 6. 3. Matth. XII. 18.
4 Sap. I. 7. 5 Psalm. XVIII. 2.

altísimo[1] *está como el mudo que no abre su boca*[2]. Así perece el justo, y nadie lo reflexiona, nadie habla. ¿Dónde estás, abogado, que en el foro declamas con tan esforzada voz hasta el extremo de enronquecer? ¿Cómo callas ahora, ó defensor de causas, que sueles defender aun las inicuas con tanta elocuencia que la iniquidad parece equidad? ¿Por qué no hablas, ó jurisperito, que tan prontas tienes todas las reglas del derecho, y tan sabidos todos los cánones y las pandectas? Haz ahora por la inocencia lo que sueles hacer por el interes. Aqui cada uno logra su patrono, que hable por él en una causa aunque sea inicua; la sórdida prostitucion, la impura sensualidad, el impío parricida, el público ladron. ¿Y el autor de la vida, el hijo de Dios, Jesus solo no tiene quien hable por él? Hallé, hallé ya un orador que hable por Cristo, mas facundo que todos los Tulios, que confundirá á los judios, convencerá su injusticia, confutará sus argumentos. ¿Quién es este, y le conduciremos al pretorio de Pilato? No lo sé; mas le presentaré pintado con vivísimos colores por David. *Circundáronme muchos becerros; toros pingües me rodearon. Abrieron sobre mí su boca*[3]. *Hablaron contra mí con lengua dolosa, y con expresiones de odio me cercaron*[4]. *Mis enemigos me dijeron males*[5]. Ve aqui un hombre por todas partes despedazado á maldiciones, á vituperios, á injurias. ¿Y qué responde á tantos baldones? ¿qué opone en defensa su-

1 Eccl. xxiv. 5. 2 Psalm. xxxvii. 13. 3 Psalm. xxi. 13.
4 Ibid cviii. 3. 5 Ibid. xl. 6.

ya? ¿cómo defiende su causa? Oidlo. *Mas yo como sordo no oia, y estaba como mudo que no abre su boca. Y estuve como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reconvenciones*[1]. Este es el orador, este el patrono de Cristo. Ninguna elocuencia necesita para defenderse la inocencia. La causa de Cristo se defiende con el silencio, no con la elocuencia. El que al oir las maldiciones enmudece, nada responde, nada opone; ese es mas elocuente. ¿Quieres perorar por Cristo elegantísimamente? Pues cuando te veas injuriado, guarda silencio por Cristo. Mayor aplauso merece este silencio en todo el teatro del cielo, que todas las antiguas oraciones de Tulio en la tribuna, que todas las declamaciones de Quintiliano en el foro, que todos los argumentos de Aristóteles en el liceo. Este silencio llama la atencion de toda la corte celestial. *La muerte y la vida estan en manos de la lengua*[2], dice el sabio. *Si somos maldecidos y bendecimos*; *si somos blasfemados y suplicamos*[3], la lengua nos es vida. *Si volvemos mal por mal, y maldicion por maldicion*[4], la lengua nos es muerte. Para que esta lengua pues sea vida para mí, *pon, Señor, guarda á mi boca, para que yo no peque con mi lengua*[5]. Y muestre al mundo que yo te amo, no de lengua ni de palabra; callando á los oprobrios, y no hablando sino las divinas grandezas. Aqui en este destierro *mi lengua meditará tu justicia, y todo el dia de tu alabanza*[6]. Despues, como lo

1 Psalm. xxxvii 14. 2 Prov. xviii. 21. 3 1. Cor. xiv. 12.
4 1. Pet. iii. 9. 5 Psalm. cxl. 3. 6 Ibid. xxxiv. 28.

espero en la patria, *cantaré, Señor, tus misericordias eternamente*[1].

§. III.

Hace Pilatos varias preguntas á Cristo.

Habiendo oido Pilatos tantas acriminaciones contra Jesucristo, y tantos alborotos y clamores de los judíos, quiso conferenciar reservadamente y mas despacio con el mismo reo, Dios escondido á sus ojos. Hízole pues entrar adentro solo y sin testigos, y preguntóle dos cosas de la mayor importancia. La primera: *¿Tú eres rey de los judíos*[2]? *Respondió Jesus: ¿dices eso de ti mismo, ó te lo han dicho otros de mí? Respondió Pilatos: ¿acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han entregado á mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesus: mi reino no es de este mundo.*

Ay pues del mundo, si tú no eres rey del mundo. Ay de aquel reino de quien no es rey el rey de los reyes Jesus. Vaya lejos de mí el mundo, si el reino de Cristo no es de este mundo. Y qué mucho que su reino no sea de este mundo, si cuando vino al mundo, *el mundo no le conoció*[3]. El reino que es de este mundo, si miras al lugar, no es mas que un punto: ¿qué cosa mas estrecha? Si miras á la duracion, no es mas que un momento: ¿qué cosa mas corta? Pero el reino de Cristo es *el reino de todos los siglos*[4].

1 Psalm. LXXXVIII. 2. 2 Ioann. XVIII. 33. 3 Ibid. 1. 10.
4 Psalm. CXLIV. 13.

Así que aquella respuesta de Cristo fue una sentencia de la verdad: *Mi reino no es de este mundo.* Lo segundo que á Cristo preguntó Pilatos fue: *¿Qué hiciste?* ¡O Pilatos! grande y aun grandísimo es el peso de esa tu pregunta, que has reducido á dos breves palabras, diciendo: *¿Qué hiciste?* Podria yo explicarte en un brevísimo compendio de palabras cuanto Jesus ha hecho, diciendo: *Por él fueron hechas todas las cosas*[1]. Pero mas quiero alegar algunos hechos singulares, para que por ellos percibas su singular amor á nosotros. Tú preguntas á Jesus: *¿Qué hiciste?* Él nunca te lo responderá: se lo estorba su modestia: yo seré su intérprete, que ahora es tiempo de hablar. Oye pues lo que ha hecho. *En el principio crió el cielo y la tierra*[2]. *Formó al hombre del lodo de la tierra, é inspiró en él espíritu de vida*[3]. *Todo cuanto quiso hizo en el cielo y en la tierra*[4]. Revuelve el libro del Génesis, y allí hallarás abundantemente las maravillas que hizo. En fin, *son tan multiplicadas las cosas que hizo Jesus, que si se escribiesen en particular, ni aun en todo el mundo juzgo podrian caber los libros que se escribiesen*[5]. Tú, Pilatos, ahora preguntas á Cristo como juez al reo: *¿Qué hiciste?* Mas ya llegará algun dia en que él estará sentado á la diestra del poder de Dios, y te preguntará á ti reo del fuego eterno: Pilatos ¿qué hiciste? Entonces no dirás: *Yo estoy inocente de la sangre de este justo*: sino dirás

3 Ioann. I. 3. 2 Gen. I. 1. 3 Ibid. II. 6. 4 Psalm. CXXXIV. 6. 5 Ioann. XXI. 24.

con Judas: *Pequé entregando la sangre del justo.* ¿Mas para qué traigo yo aqui á Pilatos para egemplo? Cuando á mí tambien, que soy reo del mismo delito, alguna vez se me diga: *¿qué hiciste?* No hay rayo que asi hiera los ojos, no hay voz tan terrible que asi amedrente las almas, no hay trueno que asi haga temblar los oidos, como estremecerán el ánimo y quebrantarán el cuerpo aquellas palabras pronunciadas por el juez públicamente en su tribunal. *¿Qué hiciste?* Cada uno puede aqui oportunamente repasar todos los delitos de su anterior vida, y hallará que ha cometido casi todo lo que Dios le prohibió. Cristo manda: *Amad á vuestros enemigos*[1]. Yo aborrezco á mi enemigo. Cristo clama: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[2]. Truena y fulmina contra los ricos: *Ay de vosotros ricos, porque teneis aqui vuestro consuelo*[3]. Yo detesto la pobreza recomendada por Cristo, y busco las riquezas condenadas por Cristo. Lo que Cristo prohibe hacer, lo haces tú, y das tu voto para hacerlo, y lo apruebas despues de hecho. La ciencia del pecador no es como la de aquel que *no hizo pecado*[4], y sabe *reprobar lo malo y elegir lo bueno*[5]; sino su única ciencia es reprobar lo mejor y elegir lo peor. No hay cosa mas util para el alma que la humildad, ni mas inutil que la soberbia. Reprueba aquella, y elige esta. ¿Qué es esto sino acusar á Cristo, ó de

1 Matth. v. 44. 2 Ibid.. v. 3. 3 Luc. vi. 24. 4 1. Petr. ii. 22. 5 Isai. vii. 15.

ignorancia como si no supiese lo que habia de elegirse, ó de imprudencia como si sabiéndolo no hubiera sido recto lo que eligió ó reprobó? Tal es la ceguedad de la mente en el pecador; mas no es menor en él la perversidad de su voluntad. ¿Qué es lo que amas pecador? Todo cuanto no es Dios; amas á tu padre porque te engendró; al maestro porque te enseñó; al médico porque te libró de la enfermedad; al cirujano porque te curó la herida: amas al caballo por tu comodidad; al perro por su fidelidad; á cualquiera jumento por la utilidad; amas tus vestidos porque te cubren; el fuego porque te calienta; el sol porque te alumbra; el pan porque te alimenta; ¿y solo excluyes de tu amor á Jesus? ¿No amas á Jesus amor del Padre? Cuanto hay amable, es amable por el amantísimo Jesus. Si le preguntas lo que Pilatos: *¿qué hiciste?* le oirás responder: *¿Qué hay que debiese yo hacer mas por mi viña, y no lo hice*[1]? Luego si ni debió ni pudo hacer mas, solo aquel, á quien solo debes todo, ¿ha de ser el excluido de tu corazon? ¿No has de amar mas que todo á Jesus, que es para ti todo? ¿Cómo no amas mas que todas las cosas á quien no solo hizo todas las cosas por ti, sino que es todas las cosas para ti? Culpa es no amar á los enemigos; ¿pues qué culpa no será el no amar á Cristo el mayor de los amigos? ¿Y qué será aborrecerle? ¿Y qué diré de injuriarle y de ofenderle? Ama un pagano á quien le ama, ¿y no amará un cristiano á quien por él da la

[1] Isai. v. 4.

vida? Ama un gentil á su bienhechor, ¿y no amará un católico á su Redentor? Entre tanto, Jesus mio, siendo imposible que te ame yo cuanto mereces ser amado, gózome de que tu bondad sea tanta, que no pueda ser dignamente amada. Gózome de que tú solo seas quien puedas amarte como mereces. Y por aquel amor con que por mí diste la vida te suplico, que ya que no puedo amarte tanto como debo, te ame á lo menos tanto cuanto puedo.

§. II.

Son propuestos al pueblo Cristo y Barrabas.

Qué y cuánto sea el poder de la envidia contra un inocente, fiada en la malicia de un tímido juez, hoy lo demostrará la malignidad de los judíos, prefiriendo á Barrabas en comparacion de Cristo. Pilatos, hombre ciertamente malo, pero no enteramente pésimo, juez mas tímido que justo, solicitaba dar libertad á Cristo, sabiendo que habia sido entregado por envidia; pero lo solicitaba de manera que no perdiese él su dignidad. Para este fin le pareció valerse del único recurso que veia le quedaba para libertar á Cristo: y este era la solemne costumbre que habia entre los judíos de dar libertad á un preso el dia de la pascua. Asi lo dice San Mateo[1]. *En el dia solemne acostumbraba el presidente soltar al pueblo un preso, el que quisiesen. Tenia entonces*

1 Cap. XXVII. 16.

un preso famoso que se llamaba Barrabas. Estando pues ellos juntos díjoles Pilatos: ¿á quién quereis que os suelte, á Barrabas ó á Jesus?

Ruégoos aqui, oyentes, que suspendais un poco vuestros juicios, que no querais dar aun vuestro parecer, que retengais un poco vuestro voto, ya sea negativo, ya afirmativo, ó blanco ó negro, hasta que esteis bien enterados todos de la condicion de las dos personas que ahora se proponen: para que bien informados de ella, podais al fin entonces prudentemente reprobar lo malo y elegir lo bueno. Pondremos primero al que Pilatos nombró antes, que es Barrabas. A Barrabas le describieron y pintaron con los mas negros colores, y le expresaron vivamente los evangelistas. Él, segun San Marcos, *en una sedicion habia hecho un homicidio*: segun San Juan, era *ladron*: segun San Mateo, era *ladron famoso*. Era pues Barrabas un hombre señaladamente bárbaro, de cruel atrocidad, de desenfrenadas maldades, de ferocidad perniciosa; el mas perverso de todos cuantos vivian en la Judea; cuyo solo nombre abominaban cuantos le oian: que por sus delitos estaba cargado de prisiones; por sus homicidios era aborrecido de todos; por sus latrocinios reo de muerte; y de ninguna cosa mas merecedor que de ser colgado en una horca, y puesto en una cruz. Habia sido en la ciudad homicida, en los domicilios robador, en los caminos pirata, en las sendas salteador, en las selvas bandido, en todas partes malvado. Era la ruina de la patria, el fuego de Jerusalen, el torbellino de Judea, y el implacable odio de todos los ju-

dios. Apenas puede fingirse maldad con que no se hubiese contaminado este malhechor. En fin todos le execraban, á excepcion de aquellos que le eran muy semejantes en las maldades. ¿Y quién podia ser semejante á aquel monstruo? A este pues el mayor facineroso de todos los facinerosos sacó Pilatos de la carcel, y le presentó á la vista de todos, no dudando que luego que le viesen, todos le detestarian con las mayores execraciones. Y este es el que se compara con aquel que *es mejor que todas las cosas preciosísimas*; *con quien no puede compararse todo lo que es deseable*[1], esto es, con Jesus. Si algo hay precioso en el mundo, es porque Jesus lo crió: si hay algo hermoso, es porque Jesus lo adornó: si algo amable, es porque Jesus lo amó: si algo suave, es porque Jesus lo tocó. ¿Por qué es tan deseable á todos el cielo? Porque Jesus reina alli en la gloria. ¿Por qué es tan hermosa la tierra? Porque Jesus la pisa con sus pies. ¿Por qué es tan saludable el aire? Porque Jesus respira de él. Si alguno es feliz en esta vida, lo es porque ama á Jesus: si alguno está seguro, lo está porque espera en Jesus: si alguno hay noble, lo es porque obedece á Jesus: si alguno alegre, es porque desea á Jesus: si alguno sabio, es porque oye á Jesus: si alguno casto, es porque piensa en Jesus. Servir á Jesus es suma dignidad, seguirle suma seguridad, confiar en él suma tranquilidad, besarle suma castidad, gozarle suma felicidad. Pelear por Jesus es victoria; padecer es gloria; mo-

1 Prov. VIII. 11.

rir es vida. ¿Comprehendeis bastante quién, cuál, y cuán grande es Jesus? Pues nada he dicho de Jesus, si se compara con lo que diré. Oid mas. Congregad aqui á todos los que desde el principio ha habido antes, hay ahora, y habrá en lo venidero, señores nobilísimos, potentados, príncipes, reyes, césares, monarcas; poned junto todo su poder, opulencia, grandeza, tesoros, fuerzas, gloria, honor: añadid todos los reinos, islas, provincias, ciudades del universo entero: agregad á esto todas las perfecciones y prendas de que adornó á los hombres ó la naturaleza, ó la gracia; la sabiduría de Salomon, la fortaleza de Sanson, la hermosura de Absalon, la ciencia de Aristóteles, la elocuencia de Tulio. Juntad con esto todos los hombres de todos los siglos, y tambien los nueve coros de los ángeles. Aun mas digo: añadid todas las criaturas que la omnipotencia divina puede producir con todos los bienes que hay en el cielo y en la tierra. ¡Dios inmortal! ¡Cuál será este cúmulo asombroso! Sin embargo todas estas cosas juntas, ¿sabeis qué son comparadas con Jesus? Respóndalo Isaías: *Como si no fuesen, asi son delante de él; y como nada y vanidad son reputadas para él*[1]. Mas es un solo cabello de la cabeza de Cristo, que todos los bienes comprehendidos en toda la extension de los cielos y de la tierra. Tal es Jesucristo cual lo he expresado; y que es asi lo afirman los patriarcas, lo confirman los profetas, lo escriben los evangelistas, lo predican los apóstoles, lo en-

1 Isai. XL. 17.

seña la fe, lo publica toda la Iglesia. Y con todo, este, que es tan grande, es comparado con Barrabas, esto es, con el hombre mas malvado de todos los hombres malvados. Patente está ya á todos la condicion de Barrabas y de Jesus. ¿A quién pues quereis, á Barrabas ó á Jesus? Es, dirás, un extremo de locura el preguntarlo. Pues si es locura el preguntarlo, ¿cuánta malicia será el cometerlo? ¿Y quién hay de nosotros que aun hoy mismo no haya cometido esta locura? ¿que no haya egecutado esta malicia? Ofrézcase una sola gota de vino generoso: á ella es pospuesto Jesus. Prométase un vilísimo interes: por él es despreciado Jesus. Preséntesele á alguno un sumo mal: es repudiado el sumo Bien. Nunca cometes crimen alguno, sin que por ti sea Jesus pospuesto á Barrabas. ¡O cuanto dolor este para Cristo! ¡Cuanta mengua para mí! Yo te he pospuesto á ti, ó Señor del Cielo, á las mas mínimas cosas; y tú me has preferido á las mayores á mí gusanillo de la tierra. Los mayores en dignidad son *tus espíritus que te asisten*[1], los ángeles, y entre ellos los querubines y los serafines; y tú me preferiste á todos ellos, cuando por mi causa descendiste del cielo y te hiciste, no angel, sino hombre. Entre los hombres no ha habido quien fuese mayor que tu madre: y me preferiste á tu madre, cuando quisiste que se viese afligida hasta la muerte, para darme tú la vida. Entre los hombres, innumerables hay que son gentiles, bárbaros, turcos, judíos, hereges,

1 Hebr. 1. 14.

cismáticos, y entre ellos tantos poderosos, nobles, ricos, prudentes, tantos magistrados, ministros, príncipes, reyes: á todos estos me preferiste, cuando dejándolos á ellos en el caos de sus errores, me llamaste á mí de las *tinieblas á tu admirable luz*[1]: me alimentaste á los pechos de tu esposa la Iglesia. Me preferiste á tu sangre, que derramaste por mí: á tu cuerpo, que por mí entregaste á la muerte: á tu alma, que por mí padeció angustias mortales: á tu espíritu, que por mí entregaste á tu Padre. Preferísteme pues al cielo, á la tierra, á infinidad de hombres, á todos los ángeles, á tu madre, á tu propia sangre, á tu cuerpo, á tu alma, á todas las cosas criadas. Y con todo esto no hay cosa que se me presente, por vil, por abatida, por sórdida, por abominable que sea, que al instante no aparte de ti el rostro, no te vuelva la espalda, no te abandone, no te desprecie, no te posponga á todo. Confieso que así lo he hecho; mas perdóname, porque no sé lo que hice. Pero ahora que ya te he conocido, *elijo estar abatido en tu casa*[2]. Todo *me parece detrimento, y lo he reputado como estiercol, por ganarte á ti*[3] *Te preferiré á los reinos y á los solios, y las riquezas me parecerán ser nada en comparacion de ti*[4]. Finalmente, mas quiero ser hollado de tus pies, que mandar á todos los reyes.

1. 1. Petr. II. 9. 2 Psalm. LXXXIII. 11. 3 Philip. III. 8. 4 Sap. VII. 8.

§. V.

Es Cristo pospuesto á Barrabas.

Ya Cristo habia sido propuesto públicamente y expuesto á los ojos de todos, hecho un espectáculo á los judíos, á los gentiles, y á todos los demas que habian concurrido á la solemnidad. Habia sido tambien propuesto aquel á quien no habia quien no aborreciese, ó á lo menos quien no debiese aborrecerle, como no fuese enemigo de los buenos. Preguntábase á los judíos cuál de los dos habia de ser libertado, ó entregado al suplicio: quien á quien habia de ser preferido ó pospuesto. ¿Quién creyera que hubiese hombres que pudiesen dudar de esta eleccion, o detenerse en deliberarla? Con todo los judíos, verdaderamente ya no solo ciegos, sino conductores de ciegos, al oir la pregunta de Pilatos: *¿á quién quereis que os suelte, á Barrabas ó á Jesus?* indignados de que aun se comparase Jesus con Barrabas, sin larga deliberacion, como perros rabiosos de envidia exclamaron: *Quita á ese, y suéltanos á Barrabas.*

¡O torcido, detestable, ignominioso juicio de los judíos contra Cristo! Dios es comparado con un hombre, el Señor de todas las cosas con un gusano vil, el rey con un ladron, la inocencia con un reo, la caridad con un sedicioso, la piedad con un impío, la obediencia con un rebelde! ¡O qué infamia! ¿Y es pospuesto? ¡O qué oprobrio! ¡ó qué horror! ¡ó qué maldad!

¿Y qué pensais de esto oyentes? ¿Os admirais ú os indignais? Volved sobre vosotros mismos ese vuestra admiracion é indignacion; y lo que admirais egecutado una vez por los judíos, hallaréis egecutarlo cada dia vosotros y los demas cristianos. ¡O cuan torpemente nos alucinamos en aquella ciencia que es la única reina de las ciencias, saber reprobar el mal y elegir el bien! Cuando se nos proponen algunas cosas para elegir ó reprobar, por la mayor parte cuanto elegimos es malo, cuanto reprobamos es bueno. Por eso hay tan pocos buenos y tantos malos: y como erramos esta eleccion son pocos los escogidos; porque con un juicio inverso posponemos lo que se debe preferir, y preferimos lo que se debe posponer. ¿Quién hay que no llore mas la pérdida del oro que la del cielo? Y con todo menos comparacion hay entre el oro y el cielo que entre el oro y el cieno. ¿Quién hay que no quiera mas perder la divina gracia que el dinero? Y con todo la pérdida de la mas mínima gracia es mayor que la de todos los bienes de naturaleza ó de fortuna. ¿Quién hay que no prefiera una duracion momentánea á una eternidad interminable? ¿un momento de deleite á la eternidad de una felicidad cumplida? Y con todo siendo uno finito, y otro infinito, no hay entre ellos proporcion. ¿Quién hay que procure adquirir las virtudes con tanto empeño como las ciencias y las artes? ¿Cuántos hay que prefieren las bellotas de los puercos al pan de los ángeles? Quién hay que trabaje tanto por su salvacion eterna, como por el honor mundano? Por la salvacion es cosa

pesada aun el haber de ir al templo; por el honor es cosa ligera aun el entrar en un desafio, y exponerse á la peligrosa suerte, ó de quedar con vida, ó de caer en un punto en los infiernos. Asi se hace lo último lo primero, y con un pervertidísimo juicio preferimos lo mínimo á lo máximo, lo mas vil á lo mas precioso, lo humano á lo divino, lo terreno á lo celestial, lo temporal á lo eterno; hasta que habiendo dormido nuestro sueño, y entrado en la region espaciosa de la eternidad, nos hallemos sin nada en nuestras manos, y de tal modo privados de entrambos bienes, que ni retengamos los terrenos, ni poseamos los celestiales; sino perdamos unos y otros eternamente con perdicion irreparable. ¿Y será posible que asi prefiramos un deleite sucio, caduco, vil, aborrecible, á unos deleites eternos? ¿un deleite que antes le experimentamos perdido, que le sentimos gustado? ¿que á un mismo tiempo está en su oriente y en su ocaso? ¿que en el mismo punto en que empieza, acaba; en que nace, muere? ¿Y qué es esto sino imitar á los judíos prefiriendo á Barrabas en comparacion de Cristo? Pero no, no sea asi; detestemos á los judíos, y protestémonos cristianos, restituyendo hoy á Cristo en este templo el honor que le usurparon los judíos. Yo pues hablaré por todos; yo solo, pero con la boca y el corazon de todos ¡O Jesus poderosísimo, que dominas con soberano imperio en los cielos, en la tierra, en los infiernos, en los ángeles, en los hombres, en los demonios, en todos y en todo cuanto hay, cuanto hubo, cuanto habrá, cuanto puede haber, como Rey de los

Reyes, y Señor de los Señores, cuyo reino es el reino de todos los siglos: *debajo de quien se inclinan los que sostienen el orbe*: bajo cuyos pies se postra toda altura en el cielo, toda grandeza en la tierra; cuyas pisadas besan los mas poderosos dueños de la tierra; á cuyo imperio y veneracion se rinden todos los purpurados príncipes, los condecorados próceres, los coronados Césares! ¡O Jesus, que como Dios escondido te ocultas bajo el velo de figuras, pero como *resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia*, y como sol alumbras, y como fuego á todos inflamas! Creo (y esta creencia estoy pronto á sellarla con mi sangre), creo que tú, que aqui estás oculto bajo los accidentes de pan, eres el mismo que estás sentado á la diestra de tu Padre. Y asi te venero con el culto que es debido á ti solo, de latría; te adoro con la misma reverencia que te adoran en el reino de tu gloria los nueve coros angélicos. Tú solo eres Santo, tú solo Señor, tú solo Altísimo, de quien viene todo, por quien todo, en quien todo, Dios mio y todas las cosas.

§. VI.

Pide el pueblo que sea libertado Barrabas, y crucificado Cristo.

Se presentaron en el teatro, como habeis vistos, dos conquistadores, uno de dineros, otro de almas: uno despojó á los hombres de sus bienes, otro desposeyó á los principados y potestades,

esto es, á los demonios: uno es de su padre el diablo, otro de su Padre Dios, en suma Barrabas y Cristo. Oid lo que pidió la sinagoga se hiciese con cada uno de ellos. Esta es la voz de toda la sinagoga: *Quita á ese, y suéltanos á Barrabas*[1].

Con acrimonia y brevedad censura á los judíos el Crisóstomo: *Los ladrones pidieron el ladron; y crucificaron al Señor.* Aqui tambien exclama contra el clamor de los judíos San Anselmo: *¡O juicio inicuo! El bueno es despreciado, y el malo es preferido: el justo se castiga, y el pecador se liberta: el cordero es muerto, y el lobo es aceptado: la vida es abandonada, desechada, y la muerte es reservada*[2]. Tambien aqui, cristianos, nos mostramos declaradamente judíos, cuando á imitacion de ellos elegimos á Barrabas, y repudiamos á Cristo. Porque lo mismo es cometer un pecado, que apreciar á Barrabas mas que á Cristo. Y si no, ¿qué es el pecado? Es una aversion y conversion del alma: aversion del Criador, y conversion á la criatura. Ahora pues apartarse de aquel, y convertirse á esta, ¿qué otra cosa es que posponer á Cristo respecto de Barrabas? ¡O miserable aversion! ¡ó mas miserable conversion! ¡ó miserabilísima condicion del alma que asi se aparta y asi se vuelve! El pecado es una aversion y una conversion, ¿de dónde adónde? Del poder á la fragilidad, de la fortaleza á la flaqueza, de la ciencia á la ignorancia, de la sabiduría á la necedad, de la gloria á la ignominia, de la magestad á la vileza, de la

1 Luc. xxiii. 18. 2 Serm. 3.

bondad á la malicia, de la justicia á la iniquidad, de la misericordia á la miseria, del pan á la hambre, de la fuente á la sed, de la opulencia á la necesidad, de la plenitud al vacío, del todo á la nada, del sumo bien al sumo mal. ¡O ceguedad la del hombre! ¡ó impiedad para con Dios! ¡ó indignidad execrable! ¡ó iniquidad, que nunca podrá ser dignamente castigada! Quién no se pasmará de que un hombrecillo vil, formado del lodo en cuanto al cuerpo, criado de la nada en cuanto al alma; que de suyo nada es, nada bueno tiene ni de naturaleza ni de gracia, nada puede, nada sabe, nada quiere hacer ni hace de suyo sin particular auxilio y socorro de Dios, á excepcion del pecado y su malicia, de que él solo es el autor; este hombre, digo, asi perfiera un gustillo momentáneo, un interes temporal, una vana sombra de gloria, un mero capricho de su propia voluntad, á Dios, sumo, infinito, inestimable bien; eligiendo antes ofenderle y perder su amistad y gracia, que privarse de aquel engañoso y vano deleite que busca en las criaturas. Ciertamente es igual la iniquidad, la misma injuria contra Cristo, semejante la malicia, igual la maldad, del judío que aprecia á Barrabas mas que á Cristo, y del cristiano que aprecia la criatura mas que al Criador. Tan grande es la indignidad de este hecho, que el mismo Dios convocà á los cielos para que se pasmen, y se queja de la ingratitud del hombre con esta palabras: *Pasmaos cielos de esto, y queden de ello sus puertas vehementemente desoladas; porque dos males hizo mi pueblo; me dejaron á mi fuente de agua*

viva (ve aqui la aversion), *y cavaron para sí cisternas destruidas que no pueden contener las aguas*[1] (ve aqui la conversion). Ved aqui á Barrabas preferido á Cristo. Y esto mismo haces en el lugar en que nunca conviniera ni debiera hacerse, en la casa de Dios, en el sagrado templo. Entonces aprecias á Barrabas mas que á Cristo, cuando profanas los sagrados umbrales, las augustas columnas, el templo, digo, con impías conversaciones, con inmodestia sacrílega, con irreverencia impía, con ojos provocativos; cuando tributas mas honor á una infame y vil muger que al mismo Jesucristo. ¿A esto te atreves, y sin vergüenza y sin temor te atreves en la casa de Cristo, en su presencia, á los ojos y á la vista de tu mismo juez, tu vengador y tu Dios? A semejantes hombres los reprehende con amargas invectivas Salviano, hablando asi contra ellos vehementísimamente[2]: „ Sin reverencia „ alguna del sagrado honor debido se entran en „ los templos, ó por mejor decir hasta los altares „ y los sagrarios del mismo Dios, indiferentemen- „ te todos los mas infames y malvados. No por- „ que no deban todos acudir á hacer oracion á „ Dios; sino porque el que entra á llorar no de- „ be salir á irritar. Ni es semejante el oficio de „ pedir perdon y de provocar la ira. Seguramen- „ te es un nuevo género de monstruosidad, que „ casi todos hagan continuamente lo mismo que „ lloran haber hecho. Los que entran en la igle- „ sia á llorar sus males antiguos, salen, ¿y qué

1 Ierem. II 12. 2 De Gubern. lib. 9.

„ digo salen? casi en sus mismas oraciones y sú-
„ plicas los maquinan. Porque una cosa hacen
„ los labios de los hombres, y otra los corazones:
„ y mientras lloran lo pasado con sus palabras,
„ meditan lo venidero con sus afectos : y asi la
„ oracion de ellos mas es productora de sus crí-
„ menes, que expiadora de ellos." O Jesus, segun veo grande es como el mar tu quebranto. Los judíos eligiendo á Barrabas te repudian ; los gentiles no te conocen ; los hereges no te creen; los católicos , muchos te vilipendian, todos te desprecian. ¿Y es posible que asi sea suelto Barrabas, y atado Cristo? ¿Barrabas libertado, y Jesus cautivo? ¿Barrabas viva , y Jesus muera? *Asombraos cielos de esto.*

§. VII.

Pregunta de Pilatos al pueblo.

Pilatos fluctuaba á una y otra parte como entre la alternativa de varias olas, incierto del viento que habia de seguir, del rumbo que habia de tomar. Queria libertar á Cristo, mas no queria ofender á los enemigos de Cristo. No sabiendo pues en esta incertidumbre ni lo que quiere ni lo que puede, cuando los judíos rabiosos pedian que fuese libertado Barrabas, *les dijo Pilatos: ¿ Pues qué he de hacer de Jesus* [1]? Averiguacion sin duda extraña , y pregunta peregrina : *¿ Qué he de hacer de Jesus ?* ¿Pues qué tan

1 Matth. xxvii. 22.

vil cosa es y tan abatida Jesus, que como si fuese inutil para todo no se sabe que se debe hacer de Jesus? Esto suele preguntarse de un cadaver fétido, de un animal muerto, de una manzana podrida, de una nuez vana; de una cosa despreciable, inutil, futilísima: ¿qué he de hacer de esto? Tan vil era á los ojos de la sinagoga el esposo de la Iglesia. Oigamos que responden los judios á esta pregunta. ¿*Qué he de hacer de Jesus*, ó judios? Quita, quita, dicen; envenena el aire con su aliento; contamina la tierra con sus pies; infatua á los hombres con sus palabras; es indigno de existir en la naturaleza. ¿*Qué haré de Jesus*, ó fariseos? Quita, dicen; si es posible, sea reducido á la nada ese hombre de la nada. ¿*Qué haré de Jesus*, ó escribas? Quita, dicen, *para nada vale mas que para ser echado fuera y conculcado por los hombres*[1]; que para ser llevado al monte Calvario, y crucificado por los sayones. ¿*Qué haré de Jesus*, ó príncipes de los sacerdotes? *Póngasele al cuello una piedra de molino y sea sumergido en el profundo del mar*[2]. ¿*Qué haré de Jesus*, ó sinagoga? *Atado de pies y manos arrójale en las tinieblas exteriores*[3]: *húndase la tierra debajo de sus pies, y abriendo su boca le devore, y descienda vivo al infierno*[4]: vaya maldito al fuego eterno. ¿Asi ingrata, bárbara, pérfida, impía sinagoga, repudias á tu Esposo escogido entre millares, y eliges un esposo homicida salido del inmundo polvo? Ve; se te

1 Matth. v. 13. 2 Ibid. xviii. 6. 3 Ibid. xxii. 13. 4 Num. xvi. 30.

dará el deicida y homicida ; se te dará Barrabas, pero se te quitará toda felicidad , y no se te perdonará eternamente esta iniquidad. Llega la hora, ó Jesus , y es esta , en que dejes á la sinagoga , y pases á la Iglesia ; en que abandones á los judíos, y te vuelvas á los gentiles. Tomad vosotros á Barrabas y dadnos á Jesus. Pues para nosotros fue nacido , y á nosotros dado. A él fue dicho por su Padre: *Ve aqui te he dado para luz de las gentes*[1]. Di pues ahora , ó Jesus , lo que despues dirá á los judíos el Apostol de las gentes: *Ve aqui nos convertimos á las gentes*. Tú pues levántate ahora é iluminate , Iglesia nueva esposa; ya la sinagoga ha dado libelo de repudio á su esposo; ya viene tu esposo , sal al encuentro. Mas primero te pregunta su Padre: ¿ qué harás de Jesus mi hijo y tu esposo ? ¿ Qué haré ? Preguntad mas bien , ¿ qué no haré ? Oigalo la impía sinagoga y rabie de envidia. Asi que entienda que viene , me desnudaré del vestido de mi viudez, y me vestiré el vestido de alegría, y le saldré al encuentro , y postrándome le adoraré y le diré: *Béseme con el beso de su boca*[2]. Entonces magnificará mi alma al Señor , y saltará de gozo mi espíritu en Jesus mi Dios. Entonces llamaré los reyes del oriente , y les diré que le ofrezcan oro, incienso y mirra. Y aun haré que todos los reyes de la tierra le adoren , y todas las gentes le sirvan. Enviaré tambien un pregon sonoro por todo el universo á los cielos , á la tierra , á los infiernos , que en alta voz , cuanta pueda ser oida

1 Isai. xlix. 6. 2 Cant. i. 1.

de todos, en nombre mio intime y mande: *En el nombre de Jesus se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra, en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo Señor está en la gloria de Dios Padre*[1]. Entonces enviaré por todas las regiones de la tierra doce publicadores de la doctrina evangélica, que prediquen el evangelio de Jesus á toda criatura, y entre ellos destinaré para las últimas tierras á Pablo, que lleve el nombre de Jesus delante de las gentes, y de los reyes y de los hijos de Israel: que en todas partes predique á Jesus, y diga que este es el hijo de Dios; y que á manera de trompeta levante su voz, y con clamor, que desde lejos resuene, anuncie á todos aquellas mismas palabras que él escribió á los Corintios: *El que no ame á nuestro Señor Jesucristo sea excomulgado*[2]. Muchísimos de los mios renunciarán por Jesus *casa y hermanos y hermanas, y padre y madre, y muger é hijos, y campos*[3]: otros andarán *con sacos, con pieles de animales, necesitados, angustiados, afligidos: errantes por las soledades, por los montes, y cuevas y cavernas de la tierra*, por causa de Jesus[4]: otros experimentarán escarnios y azotes, serán apedreados, aserrados, tentados y muertos á cuchillo por Jesus. Yo y los mios exactamente observarémos las leyes de Jesus; seguirémos los consejos de Jesus; oirémos los avisos de Jesus. Cuanto honor podamos dar, cuanta gloria inventar, cuanto amor manifestar, se le

1 Philip. II. 10. 2 1. Corinth. XVI. 22. 3 Matth. XIX. 29. 4 Heb. XI. 37.

darémos y mostrarémos á Jesus. Y despues de todos los obsequios de honor, amor y culto, despues de todos los egercicios de fe, esperanza y caridad, despues de todos los obsequiosos oficios de todo género, nos postrarémos á sus pies y confesarémos unánimes á una voz: *Siervos inutiles somos: lo que debiamos hacer hicimos*[1]. Estas cosas é infinitas muchas mas hemos de hacer nosotros por Jesus, como conviene para nuestra salvacion, y como se debe para cumplir con la equidad. Ve aqui á Jesus, que repudiada la sinagoga pasa á la Iglesia, que despreciados los judíos pasa á nosotros. ¿Y qué haces entre tanto, qué hiciste, qué harás de Jesus y por Jesus? ¿Qué harás de Jesus, ó avaro? Le venderé por tres maravedís. ¿Qué harás de Jesus, ó maldiciente murmurador? Le escupiré en el rostro. ¿Qué harás de Jesus, ó iracundo? Le daré de bofetadas. ¿Qué harás tú, ó político? Cubriré su rostro. ¿Y tú, impuro? Le azotaré desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza. ¿Y tú, soberbio? Haré una corona de espinas y la pondré sobre su cabeza. ¿Y tú, ambicioso? Pondré en su diestra una caña. ¿Y qué harás tú, ó ebrio? Le daré á beber hiel y vinagre. Finalmente tú pecador, cualquiera que seas, ¿qué harás de Jesus? Volveré á crucificarle. Estas no son palabras mias, sino obras nuestras. ¿Quién de nosotros tiene tanta fortaleza, que recibiendo una bofetada, presente la otra megilla para ser abofeteada por el amor de Jesus, porque él asi

1 Luc. xvii. 10.

lo aconseja? ¿Tiene alguno tanta magnanimidad que provocado por su enemigo con vituperios, contumelias, maldiciones, no despegue su boca sino sufra con silencio por Jesus? ¿Tiene alguno tanto amor á Jesus, que provocado por compañeros díscolos á quebrantar los mandamientos de Jesus, se atreva á decir con voz varonil como aquel anciano de los Macabeos el héroe Eleazar, que *mas queria ser precipitado en el infierno* que ofender á Jesus[1]? ¿Tiene alguno tanto ánimo, que solicitándole la carne é incitandole al pecado, se atreva á decir por el amor de Jesus con San Anselmo: *Mas quiero entrar en una hoguera encendida, que cometer advertidamente un pecado contra mi Dios?* ¿Qué haces pues, qué harás por Jesus? Si me preguntas á mí, ó Padre eterno, ¿qué haré de Jesus? Sé lo que haré: le recibiré en mis brazos como Simeon: postrado le adoraré como los Magos: con mis lágrimas regaré sus pies como aquella pecadora: llevaré un vaso de ungüento precioso, y le derramaré sobre su cabeza como la Magdalena: le serviré á la mesa como Marta; y finalmente, despues de hacerle millares de obsequios, encomendaré mi espíritu en sus manos, y espiraré. El desear y hacer todo esto toca á mi libertad y á tu poder: porque á ti te ha dado el Padre toda potestad. Entre tanto haré cuanto puedo ya que no puedo cuanto debo. Deseo pues, ya que puedo desear, amarte tanto, cuanto te han amado, te aman, te amarán por toda la eternidad todos los

1 II. Machab. VI. 23.

que te aman ; y por cuanto creo en ti , y todo es posible al que cree ; y tambien espero en ti que has sido mi esperanza desde los pechos de mi madre ; por tanto creo y espero que te amaré cuanto tú durares , ó amor eterno, esto es , eternamente.

§. VIII.

Piden á Cristo los judíos para crucificarle.

Habia preguntado el juez inicuo á aquella bárbara turba, qué haria de Jesus; cuando he aqui ladrando aquellos perros , aullando aquellos lobos , rugiendo aquellos leones , mugiendo aquellos toros pingües; al que no podian acometer con sus astas, despedazar con sus dientes, ni destrozar con sus garras , intentan arruinarle con sus voces, conspirando todos á una voz y clamando: *Quita , quita , crucificale*[1]: *diceles el presidente : ¿pues qué mal hizo? ninguna causa de muerte hallo en él: le corregiré pues , y le daré libertad. Mas ellos instaban con grandes voces pidiendo que fuese crucificado.*

Estaba Cristo aqui en lugar elevado como un blanco puesto á todos los tiros del odio que le disparaba la Judea. Los corazones de los judíos eran como arcos asestados; aquellas palabras *quita , crucifica* , eran las saetas que disparadas al corazon amable de Jesus, mucho mas le herian y traspasaban , que los crueles azotes que despues recibió en todo su cuerpo. Ninguno habia en to-

1 Matth. XXVII. Marc. XV. Luc. XXIII. Ioann. XIX.

da aquella muchedumbre que si hubiese podido no le hubiera despedazado con sus manos, destrozado con sus dientes, conculcado con sus pies. Veia alli presentes quizá algunos de los cuatro mil que en el desierto habia saciado con los multiplicados panes: de aquellos á quienes tantas veces habia hablado palabras de vida eterna: de aquellos á quienes habia sanado de varias enfermedades. Ocurriale que entre los judíos habia sido concebido, nacido, criado y conversado tantos años. Cuanto sudor, cuantas lágrimas tenia, ya las habia derramado: cuanta sangre le quedaba, habia de derramarla dentro de poco sobre Jerusalen. Veia llegar ya el tiempo en que se cumplian aquellas palabras que él mismo repetia tácitamente en su interior: *Hijos crié y ensalcé*; *mas ellos me despreciaron*[1]. O cuan vehementemente heria el corazon de Cristo aquel desprecio, cuando posponiéndole al facineroso Barrabas, preguntaba el presidente al pueblo: ¿*Pues qué he de hacer de Jesus?* Y oia de lo inferior, de lo alto de las ventanas, á la diestra y á la siniestra, cuanto podian levantar la voz, con desentonados clamores gritar: *Quita, quita, crucifica.* ¡O Jerusalen! ¿Qué pude hacer contigo y no lo hice? Tenias hambre y te dí de comer; tenias sed y te dí de beber; estabas sin domicilio y te recogí; desnuda y te vesti; enferma y te visité; en la carcel y te busqué. Te guardé como la niña de mis ojos; te hice mas excelsa que todas las gentes y reyes de la tierra. Pero

1 Isai. 1. 2.

ellos, ciegos de envidia, ardiendo en ira, irritados de odio, piden que él sea crucificado. ¡O amor del Padre eterno! ¡estás hecho el odio de todo el mundo! ¡O gozo de los ángeles! ¡estás hecho el oprobrio de los hombres! ¡O rey del cielo! ¡estás hecho gusano de la tierra! Antiguamente David no quiso quitar la vida á Saul pudiendo, y solo le tomó una prenda y la lanza; y despues desde lo alto de un monte daba voces á las centinelas, y vituperaba su descuido en la custodia del rey. Habiendo despertado Saul, se admiró de ver el grande amor de su enemigo para con él; *conoció la voz de David y dijo: ¿no es esta tu voz, hijo mio*[1]*? Mi voz es, Señor, y rey mio*, respondió David. Varias eran en aquella numerosa muchedumbre de hombres las voces que se oian, *quita*, *crucifica*; pero con todo Jesus conoce la voz de cada uno; y admirado de que tambien tú clames con los judíos, *quita*, *crucifica*, pregunta: *¿No es esta la voz tuya, hijo mio?* La voz mia es, Padre mio Jesus. Yo clamo, dice Jesus, á la justicia del Padre: perdona: tú clamas contra mí, quita: yo clamo, Padre perdona: tú clamas, Pilatos crucifica. Pero volvamos á Pilatos, que verdaderamente aboga por Cristo cuando pidiéndole los judíos para crucificarle, les dice: *¿Pues qué mal hizo*[2]*?* Vosotros mismos disteis de él este testimonio: *Bien hizo todas las cosas, hizo oir á los sordos, y hablar á los mudos*[3]; y aun hizo que viesen

[1] 1. Reg. xxvi. 17. [2] Matth. xxvii. 23. [3] Marc. vii. 37.

los ciegos, que anduviesen los cojos, que resucitasen los muertos. En vano preguntas, ó Pilatos, qué mal hizo aquel que es solo el bueno. Ve todo cuanto hizo, y lo hallarás en gran manera bueno. Pero pregúntame qué mal hicieron los que vuelven á Dios males por bienes. ¿Qué mayor mal que reprobar voluntariamente el sumo bien, y elegir el sumo mal? *Malo es y amargo haber dejado al Señor su Dios*[1]: pues este mal le he hecho yo. Malo es haber comido del arbol de la ciencia del bien y del mal: este mal le hice yo. Finalmente yo soy aquel inveterado en los dias malos, que tantas veces he hecho mal contra ti, hasta llegar mi malicia á tu presencia. ¿Qué mal hay pues que no haya hecho yo? ¿Y qué bien que no hayas hecho tú conmigo, qué mal que no hayas padecido por mí, para quitarme mis males, y para hacerme bueno? Pudísteme librar de todo mal con un ligerísimo suspiro de tu corazon; y no quisiste hacerlo sino con un atrocísimo suplicio de muerte. Pudiérasme perdonar mis pecados sentado en tu solio; y no quisiste sino pendiente de un afrentoso patíbulo. Aun los mismos males que yo hago me los conviertes en bienes. ¿Qué bien hay pues que no hayas hecho conmigo que soy tan malo? Un bien me resta despues de todos, el poseerte á ti, que eres todo bien, y el juntarse mi alma á ti diciendo: *Para mí estrecharme con Dios es bueno*[2].

1 Ierem. II. 19. 2 Psalm. LXXII. 28.

§. IX.

Es enviado á Herodes.

Pilatos, juez que mas queria parecer equitativo que serlo, deseoso de satisfacer al pueblo, pero de tal modo que no hiciese mal á Cristo; fluctuando entre lo sagrado y lo profano, vacila en lo interior de su ánimo, unas veces acá y otras allá, y hácia todas partes. Ofender á los judíos libertando á Cristo le parecia cosa grave; mas tambien condenar á un inocente no era leve. Por lo cual, para desembarazarse de estas dificultades, determina enviar á Cristo á Herodes, que por aquellos dias, como era pascua, se hallaba en Jerusalen. No desagradaba esto á los judíos; fundando en ello grande esperanza de crucificar á Cristo. Como que esperaban todos arrancar mas facilmente á Herodes, hombre de notoria crueldad, la anuencia para la muerte de Cristo, que á Pilatos, mas rígido observador de lo equitativo y recto. Este Herodes era el que habia dado muerte á San Juan Bautista, hijo del otro Herodes el degollador de los niños inocentes. No fue sin disposicion de la divina providencia que hubiese tantos jueces, profanos como sagrados, testigos de la inocencia de Jesus: dos sagrados, Anas y Caifas: dos profanos, Pilatõs y Herodes, para que se verifique que *en la boca de dos ó de tres testigos estriba toda causa*[1]. Acusando los ju-

1 Matth. xviii. 16.

dios á Cristo nombraron á Galilea, y Pilatos al oir este nombre, *preguntó si era galileo: y como conoció que pertenecia á la potestad de Herodes, se le remitió á Herodes*[1].

Es pues conducido allá Cristo aprisionado y escoltado por los públicos ministros. ¡Dios inmortal! ¡Con cuanta variedad es Cristo maltratado en aquellas veinte y cuatro horas de su pasion! Arrancado del huerto, arrebatado y llevado á Anas, presentado á Caifas, conducido á Pilatos, remitido á Herodes, condenado á muerte, con la cruz á cuestas, caido con la cruz, crucificado en la cruz, levantado en la cruz, pendiente de la cruz. En todas partes cede á la ignorancia la sabiduría, á la maldad la religion, á la injusticia la justicia y la equidad, á la ignominia la magestad. Y todo esto lo tolera pacientemente como manso cordero, cuando con solo querer podria sumergir todas las criaturas en lo profundo del infierno. Pero ¿á quién es enviado Cristo, al cual envió el Padre al mundo para que salvase al mundo? Es enviado á Herodes. Quién fuese Herodes es facil de entender, si queremos poner los ojos en el vivo retrato que San Pedro Crisólogo nos dejó pintado con la mayor propiedad (el cual aunque mas verdaderamente conviene á su padre Herodes Ascalonita, con todo tambien conviene al hijo con poca diferencia[2]). „ Herodes es, dice, el que profanó el templo; quitó „ el sacerdocio; confundió el orden; contaminó „ el reino; corrompió cuanto habia de religion,

1 Luc. XXIII. 6. 2 Chrysol. serm. 127.

„ de vida, de ley, de costumbres, de fe, de dis-
„ ciplina, arruinándolo y confundiéndolo. Hero-
„ des, asesino de los ciudadanos, ladron de los
„ nobles, arruinador de sus aliados, pirata de sus
„ domésticos, exterminador del pueblo, matador
„ de los hijos, homicida de los extraños, parrici-
„ da de los propios." A tal hombre va Cristo prontísimamente, vuelve de alli, no hay parte alguna por donde no vaya y circule, á fin de librarte de aquel que *como leon rugiente circula buscando á quien devorar*[1]: esto es lo que afirma el mismo Crisólogo diciendo: „ Aquel cuya ma-
„ gestad confiesa todos los dias la voz de los fieles
„ clamando[2]: llenos estan los cielos y la tierra de
„ tu gloria: tantas veces por ti circula, aparece,
„ es visto y detenido en diversos lugares. ¿Adón-
„ de se mueve la plenitud inmovil? ¿Adonde se
„ acerca, ó de dónde se retira el que llena todas
„ las cosas? Y con todo va, vuelve, baja, sube;
„ y todo él, este hombre Dios, padece por ti,
„ porque es excesiva su dileccion, porque es su
„ amor excesivo." Asi el Crisólogo. O cuan sabiamente dijo el Sabio de la sabiduría eterna, esto es, de Cristo: *De todas las cosas movibles la mas movible es la sabiduría*[3]. ¿Qué cosa mas movible que Cristo, que en ninguna parte descansa, en ninguna se para, en ninguna, ni nunca deja de moverse, á fin de que nosotros, que como Cain huimos de su presencia, descansemos en él? O cuanta felicidad la nuestra, que para llegar á aquel que es su camino, no necesitamos

1 1. Pet. v. 8. 2 Serm. 170. 3 Sap. VII. 24.

mover el pie para emprender el camino. Oye lo que dice Pablo: *El Señor cerca está*[1]. Señor mio y Dios mio, tú verdaderamente estás cerca: porque aqui con nosotros estás; pues eres Emmanuel Dios con nosotros. Cerca estás, no solo en un templo de una ciudad, sino en todos los templos de todas las ciudades. Cerca estás en este templo, en esta ara, desde donde nos ves y me oyes; y tan cerca, que no ves solo las figuras corporales, sino escudriñas tambien las entrañas y los secretos de los corazones: tan cerca, que no solo oyes las palabras de los que hablan, sino los suspiros de los que gimen. Verdaderamente cercano, ó por mejor decir próximo; porque en ti vivimos, nos movemos, y somos. Cuanta es esta felicidad mia, que tú, en quien habita toda la plenitud de la divinidad, no solo estés cerca de mí, sino dentro de mí. Tú, que estás en mí y yo en ti, concédeme que siempre te posea yo á ti.

CAPITULO SEXTO.

CRISTO EN EL PALACIO DE HERODES.

§. I.

Gozo de Herodes al ver á Cristo.

Finalmente despues de haber andado por diversos caminos, rodeado por varios rumbos, y detenídose por diversas calles, llegó el que era

1 Phil. IV. 5.

camino y verdad, al que iba errado del camino de la verdad; esto es, Cristo á Herodes. Lo que allí pasó lo compendió así San Lucas: *Y Herodes, viendo á Jesus, se alegró sobremanera*[1].

De esto no me admiro, que Herodes viendo á Jesus se alegrase, y aun se alegrase en gran manera. ¿Quién no se ha de alegrar á la presencia de aquel *que es el gozo de toda la tierra*[2]? Aun estaba oculto el precursor del Señor en el vientre, y á la presencia del Señor *saltó de gozo el infante en el vientre*[3]. Aun yacia en el pesebre desconocido de todos aquel Dios escondido, y son enviados de lo alto pregoneros celestiales que intimen el gozo á todos. *Ved que os anuncio un gozo grande que habrá en todo pueblo*[4]. Aquellos tres Magos que habian venido del oriente, con solo volver á ver la estrella que los conducia á él, *se alegraron con un gozo grande sobremanera*[5]. ¿Qué es pues de admirar que Herodes viendo á Jesus se alegrase sobremanera? Si tienen algun gozo en el cielo los patriarcas, los profetas y los reyes; si le tienen los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes; si le tienen los ángeles de Dios y todos los bienaventurados, que componen aquella *muchedumbre grande, que nadie puede numerar*[6]; es aquel gozo sobre todo gozo que tienen viendo á Jesus. Una esponja arrojada en medio del mar no está tan llena por todas partes de agua como está el alma de un bienaventurado en el cielo llena de gozo; y un gozo

1 Luc. xxiii. 8. 2 Thren. ii. 15. 3 Luc. i. 44. 4 Ibid. ii. 10. 5 Matth. ii. 10. 6 Apoc. vii. 9.

inmenso en la magnitud, infinito en el tiempo: porque el gozo de ellos nadie se le quitará. Y todos aquellos raudales de gozos, larguísima y espaciosísimamente difundidos por todos los ángeles y bienaventurados, provienen de la vista clara de Jesus. No es otro el fin porque hemos sido producidos en este mundo, nacidos, criados, redimidos, que para ver por toda una eternidad el rostro de Jesus. El único premio que esperamos por todos los trabajos, el único bien que esperamos despues de esta vida, la felicidad que deseamos, y la salud que gozarémos, es ver el rostro de Jesus. Jesus hombre y Dios claramente visto es para el hombre cumplida salud. ¡Qué es de admirar pues que Herodes viendo á Jesus se alegrase! De lo que yo me admiro es, y me parece entre todas las maravillas la mas maravillosa, que nosotros los cristianos no nos alegremos con la vista de Jesus. No es otro el que vió Herodes en su alcazar que el que nosotros vemos en el ara; ni es otro el que ven todos los escogidos en el cielo, en lo cual consiste su bienaventuranza, que el que vemos nosotros en el templo. Y si lo que yo digo ahora delante de Jesus lo creyesen todos, y firmemente creyesen ser verdad lo que digo de Jesus, ninguno de todo este concurso viviria un solo instante, sino por la inmensa copia de superabundante gozo nacido de la vista de Jesus desfalleceria; y como la cera junto al fuego, asi á la vista de Jesus (*que es fuego que consume*[1]) se derretiria y liquidaria de amor. Ved que aquel

1 Deut. IV. 24.

de donde nos ha de venir el gozo por toda la eternidad, el que solo es el gozo de todos, no está lejos de cada uno de nosotros. *Alegraos pues en el Señor siempre: otra vez digo alegraos*[1], *porque el Señor está cerca;* y tanto que nos ve y le vemos. Y si asi es, *¿por qué estás triste, alma mia, y por qué asi me conturbas*[2]? Si Herodes, hombre señaladamente réprobo, incestuoso, tirano, enemigo de Dios, se alegró viendo á Jesus, que era su juez; ¿cómo nosotros los cristianos no nos alegramos viendo á Jesus, que es padre de todos nosotros? ¿Qué te tendrias por mas dichoso si hubieras visto cara á cara á Cristo como Herodes, que como ahora le ves por espejo en enigma, esto es por fe? Yerras: porque ¿qué dijo Cristo á Tomas? *Porque me viste Tomas creiste: bienaventurados los que no vieron y creyeron*[3]. Bienaventurados pues nosotros que no vemos y creemos. Porque esta es la verdadera fe, creer lo que no ves. Luego si creemos que está alli, aunque no le vemos, ¿cómo no nos alegramos? ¿Te alegras de que fuiste criado hombre de la nada, capaz de la eterna gloria? Jesus te crió: ¿cómo viendo á Jesus no te alegras? ¿Te alegras de que siendo reo de muerte eterna fuiste redimido? Jesus te redimió. ¿Te alegras de haberte libertado de la muerte, y esperar la vida? ¿Libertádote de las tinieblas y sombra de la muerte, llamado á aquella admirable luz; y en fin, de haber obtenido tantos bienes y evitado tantos males, que no te hubieras

1 Philip. IV. 4. 2 Psalm. XXXVIII. 6. 3 Ioann. XX. 29.

atrevido á esperar? Todo esto lo evitaste y lo obtuviste por solo el beneficio de Jesus: ¿cómo pues viendo á Jesus no te alegras? Examinemos cual es el motivo de tu gozo. Tienes tus bolsillos llenos de algunas resplandecientes monedas; te alegras. Pero viene el ladron y te arrebata el motivo de tu gozo, y tambien el gozo mismo. Te alegras de que con los vellones de las ovejas teñidos de grana, y con los despojos y frutos de las entrañas del gusano de seda, formas tus brillantes vestidos y luces con ellos. Pero entra la polilla y los corroe; se te quita el gozo. Te alegras de tener purpúreas y risueñas megillas, cándido y fino cuello, ondeando por él tus rubios cabellos, y en fin te alegras de verte dotado de una figura extraordinariamente hermosa y agradable. Pero te ves acometido de una leve calenturilla, y queda desflorada aquella agradable hermosura; se te quita tu gozo. ¡O gozo de un dia, de una hora, por no decir de un momento! Apenas se prueba, al instante se extingue. Si te alegras de otra cosa que de Jesus, cualquiera te quitará tu gozo. ¡O gozo de mi corazon! Alégrense otros con el *sonido* de un *órgano* ó instrumento músico[1]: *alégrese* este *con la voz del esposo*[2]: alégrese aquel *sobre la iniquidad*[3]: alégrense aquellos *en hacer mal, y regocíjense en cosas pésimas*[4]. No les envidio sus gozos. Pues ¿en qué te alegrarás y te regocijarás, cuando no puedes vivir sin gozo? *Yo me*

1 Iob xxi. 12. 2 Ioann. iii. 29. 3 1. Corinth. xiii. 6. 4 Prov. ii. 14.

alegraré en el Señor, y me regocijaré en Dios, mi Jesus[1]. ¿Quieres pues un gozo sincero, sólido, estable, permanente? ¿Quieres un gozo que ninguna turbacion mundana, ninguna vicisitud terrena, ninguna adversidad temporal, ningun alboroto humano, ningun fracaso ni acaecimiento te le pueda quitar? Pues sea la causa de tu gozo esta, y no solo la mayor sino la única: que Dios es Dios. ¡O cuanto se acrecienta aqui la materia de mi alegría, que tú, Dios mio, siempre seas Dios! Agítese el mundo con las turbulentas olas de las guerras, y túrbese con las violentas conmociones de las batallas: sucedan á los varios acaecimientos nuevos fracasos; confúndase todo lo alto y lo bajo: siempre é inmutablemente quedará para mí la firmeza de que Dios sea Dios. ¡O hombres, á todos os convido á disfrutar este gozo estable juntamente conmigo! Venid, alegrémonos, y regocijémonos, y demos gloria á nuestro Dios: tomad el salmo, y dad el tímpano, aplaudid con las manos, decid himnos, y cantad: alegraos y gozaos, porque Dios es y fue y será siempre Dios abeterno, y por toda la eternidad bienaventurado Dios. ¡O Santos todos y Santas! ¡Cuanta es vuestra felicidad, pues se os ha concedido permanecer en este gozo por toda una eternidad seguida sin intermision, y con toda cuanta vehemencia podeis! ¡O Jesus, todo el gozo mio, porque sois todo el bien mio! Quisiera tener yo solo todos los entendimientos angélicos para alegrarme de que estás y estarás por

1 Habac. III. 18.

toda la eternidad en los resplandores de los santos y en la inaccesible luz de la santísima Trinidad. Deléitome con extraordinario exceso de verte exaltado sobre los hombres y los ángeles, sentado en el solio de Dios mismo, participante de toda su gloria. Estoy penetrado de increible gozo, conociendo que los mismos sêrafines encumbrados, los nueve coros angélicos y todas las potestades celestiales, abaten y rinden sus coronas á tus pies; y que tú trasciendes con infinito exceso á los príncipes y monarcas todos del universo. Estoy fuera de mí de alegría cuando considero que todas las almas, que estan ahora gozando la gloria del cielo, á ti solo deben el gozarla; siendo estos frutos de tu sangre y trofeos de tus trabajos. Todas las potencias de mi alma saltan de alegría y consuelo cuando me represento aquel dia en que triunfante tú, sostenido en alas de los querubines, descenderás con todo el aparato de tu gloria, y te sentarás en tu trono como supremo juez de vivos y muertos. ¡O qué gozo será entonces oir de tu boca: *Entra en el gozo de tu Señor*[1]! Entonces al verte, ó Jesus, gozo de mi corazon, me alegraré en gran manera, y me gozaré con un gozo sobremanera grande, porque tú eres grande, y laudable y amable sobremanera.

1 Matth. xxv. 21.

§. II.

Es Cristo preguntado por Herodes acerca de muchas cosas, y nada responde.

Estaba aquí atado con cordeles el Rey de los reyes, *que desata la banda de los reyes, y ciñe con un cordel sus lomos*[1], delante del sacrílego rey Herodes, que no era digno de desatar la correa de su calzado, ni aun de poner la boca en el polvo de sus pies. Herodes, á quien daba elocuencia su locuaz curiosidad, *le preguntaba con muchas expresiones*[2]. Le instaba oportuna é importunamente; le estrechaba para que hablase, le exhortaba, le suplicaba, le halagaba, nada omitia ni de atractivos ni de amenazas, ni de promesas, á fin de arrancar de su boca alguna palabra. ¿Y Cristo entre tanto qué hace á tantas palabras, á tantas preguntas, á tantas súplicas y á tantos ruegos? Oid al Evangelista, y pasmaos. *Mas él nada le respondia.* Grande es el misterio cuando el Verbo del Padre guarda tanto silencio. ¿Cómo no mueves la lengua *tú que haces discretas las lenguas de los infantes*[3]? ¿Cómo no pronuncias siquiera una palabra tú que *tienes palabras de vida eterna*[4]? ¿Cómo no dices algo, y abres para ello tu boca, tú que tienes *boca y sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos tus adversarios*[5]? El que habla es

1 Iob XII. 18. 2 Luc. XXIII. 9. 3 Sap. X. 21. 4 Ioann. VI. 68. 5 Luc. XXI 15.

rey: y escrito está: *que el corazon del rey en mano del Señor: adonde quisiere le inclinará*[1]. Muévate la dignidad de la persona que te pregunta, muévate la celebridad de los oyentes. Los oyentes son en gran número, de noble sangre, de copiosas riquezas, de excelentes dignidades, de sobresaliente poder, de prudente consejo, grandes, magnates, y los mas distinguidos próceres de toda Galilea. Nunca tuviste tan noble concurso para hablar; nunca tan distinguido auditorio. Todos estan pendientes de tu boca, todos con atentos oidos, todos, puestos en ti sus ojos para verte, y sus oidos para escucharte. Como hables, clamarán indubitablemente, y aclamarán todos unánimes á una voz: *Nunca ha hablado ningun hombre asi como este hombre*[2]. Y aun dirán lo que despues dijeron de Herodes: *Voces de Dios y no de hombre*[3]. Pero en vano es todo: *Mas él nada respondia*: A saber: *hay tiempo de hablar y tiempo de callar*[4]. No era entonces el tiempo, ni el lugar ni las personas tales á quienes juzgase Cristo fuese conveniente ó util que él hablase. Observaba las mismas palabras que en otro tiempo habia dicho: *No querais dar lo santo á los perros, ni echeis las margaritas ante los puercos*[5]. No ha elegido á estos el Señor. Cuando callaba Cristo en presencia de Herodes, sin duda hablaba á su Padre con estas palabras: *Confiésote Padre, Señor del cielo y de la tierra, que ocultaste estas cosas á los sabios y*

1 Prov. xxi. 1. 2 Ioann. vii. 46. 3 Act. xii. 25. 4 Eccles. iii. 7. 5 Matth. vii. 6.

á los prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos[1]. A los pequeñuelos, á los pequeñuelos. Estaba en medio de unos viles pescadores, y desde luego *abriendo su boca los enseñaba*[2]. Con la muger samaritana ¿cuantas cosas habló? Clamaba en las plazas el ciego; y al instante le habla y conversa familiarmente con él. Quando le rodean los ciegos, los cojos, los mudos, los paralíticos, los hidrópicos, la hez del pueblo, el desprecio de toda Jerusalen, los hijos mas abatidos de la tierra, entonces abria en parábolas su boca; entonces eructaba los arcanos *escondidos desde la constitucion del mundo*[3]: entonces *era poderoso en la expresion*[4]: entonces enseñaba, entonces clamaba: En el palacio, delante del rey, en la presencia de tantos próceres guarda silencio: *y nada le respondia.* Quizá Cristo calló en el palacio, porque queria hablarnos hoy á nosotros desde el altar. Oyentes, cualesquiera que estais en este sitio, estad ahora con atentos oidos, con atentos ánimos, la boca del Señor hablará: *Eructará su corazon una palabra buena*[5]. Oye, joven, que estás sentado en la cátedra pestilencial, que yaces en el polvo, y aun en el estiercol, en el revolcadero de la carne y de la sangre: á ti clama, pero sin estrépito de voces, al corazon te habla y dice: *Joven, á ti te digo, levanta*[6]. Clama á todos los jóvenes academicos: *Venid en pos de mí, y haré que os hagais pescadores de hombres*[7]. Clama á todos

1 Matth. xi. 25. 2 Ibid. v. 3 Ibid. xiii. 35. 4 Luc. xxiv. 19. 5 Psalm. xliv. 1. 6 Luc. vii. 14. 7 Matth. iv. 19.

y á cada uno: *Venid á mí todos* [1]. El que á todos llama, á ninguno excluye. Lo que antiguamente dijo en la sinagoga, eso mismo dice en esta academia, en esta hora, en este sitio, á todos los académicos. *Todo el que dejare su casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó hijos ó campos por mi nombre, recibirá cien doblado, y poseerá la vida eterna* [2]. La primera vez que empezó esta voz á resonar por el mundo, llenó al punto los yermos de anacoretas, los claustros de vírgenes, los monasterios de monges, las celdas de cenobitas, las ciudades enteras de varones religiosos. Y otros tantos fueron en esta academia los jóvenes de vuestra edad, de vuestra suerte, condicion y estudios, que al oir estas mismas palabras, al punto abandonaron el mundo, y le dejaron en posesion de sus cosas, y renunciándolo todo, desnudos siguieron á Cristo desnudo. Unas mismas son en todo las palabras que ois vosotros y oyeron ellos: el mismo Cristo el que os habla: la misma fe la de ellos que la vuestra. ¿Cómo pues no escuchais como ellos al que os habla? ¿Como no seguis al que os llama? Pero habrá quien diga que la suma y perfeccion de todos los deseos es ser llamado por Dios: quien diga ¡ojalá como les habló á ellos así me hablase á mí! Ya entonces juro y resuelvo dejarlo todo y seguirle, y seguirle adonde quiera que fuere. Si esto prometes, ya estás obligado á la promesa. Porque en este mismo sitio, en esta misma hora te habla verdaderamente, ya te lla-

1 Matth. xi. 27. 2 Ibid. xix. 29.

ma para que renunciándolo todo le sigas. ¿Lo dudas? No queda motivo alguno de duda. Ea joven, ¿no es verdad que allá dentro de ti mismo sinceramente juzgas que ha sido prudente, util, feliz y sabia la resolucion de todos aquellos jóvenes que desde el tiempo de Cristo hasta este dia renunciaron al mundo y á todas las cosas del mundo; y para ser suyos, y dueños de sí, dejaron todo lo que era suyo, y bajo la direccion unos de Benito, otros de Bernardo, otros de Francisco, de Domingo, de Bruno, de Norberto, siguieron á Cristo? Nada dudo, que alabas su determinacion, que apruebas su egemplo, y que aun envidias su suerte; que juzgas fue buena, recta y prudente su conducta. ¿Cómo pues lo que apruebas por bien hecho en los otros rehusas egecutarlo tú? ¿Por ventura no juzgas tú que te conviene tambien á ti para la salvacion el seguir sus pisadas para unirte mas bien á Cristo que al mundo? ¿Que alli tendrás mucho mas desembarazado el camino del cielo, menos peligros de perderte, mas auxilios para salvarte, mas abundantes inspiraciones divinas, mayores consolaciones? Pues creer todo esto con firmeza, conocerlo con claridad, juzgarlo con certidumbre, es ser llamado por Cristo á practicarlo. Esa luz que alumbra á tu alma, para que asi lo veas, es la voz de Cristo que te convida para que asi lo egecutes. ¡O luz! ¡ó voz! luz primitiva, voz eterna. O luz, alumbra las almas: ó voz, resuena en los oidos. Habla, Señor, ningun Herodes hay aqui: no calles aqui como callaste alli. Tú hablaste, y fueron hechas las cosas: tú mandas-

te, y fueron criadas. Dí pues solo una palabra: ven y vendré. Habla pues Señor; pero háblame al corazon. Basta una sola palabra de tu boca para llevar en pos de ti á todo el mundo. Pocas palabras habias hablado á los judios, cuando los fariseos indignados clamaban: *Ved que todo el mundo se va en pos de él*[1]. Nosotros todos nos iremos del mundo y te seguiremos, como te oigamos decir una sola palabra. Asi á egemplo de aquella, que, testigo tú mismo, *eligió la mejor parte sentada junto á tus pies*[2], ó Señor, escucharé tu palabra.

§. III.

Cristo acusado ante Herodes guarda silencio.

Cristo no solo examinado por Herodes acerca de muchas cosas, sino acusado por los judíos de muchas mas, revestido de toda su paciencia, no alega argumento alguno para rebatir tantas acriminaciones, no profiere una palabra en su defensa. Callan los evangelistas los delitos de que le acusaban; pero publican quienes eran los acusadores, diciendo asi: *Estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas constantemente acusándole.* Tambien aqui el único patrocinio de Cristo para defender su causa es el constante silencio. Este silencio de la eterna sabiduría, admirable é inaudito en todos los siglos, debidamente ponderado con todas sus circunstancias,

1 Ioann. xii. 19. 2 Luc. x. 42.

basta para cerrar la boca á todos los maldicientes. En primer lugar los que le acusaban eran unos varones de la mayor autoridad, los escribas y los príncipes de los sacerdotes, cuyas palabras eran oráculos; cuyos hechos la norma de las acciones; cuya vida la censura de los malos. Por lo cual la autoridad de ellos inducia facilmente á Herodes á creer que todo cuanto decian era verdad. Los sacerdotes pues, bajo cuya lengua estaba el veneno de los áspides, vomitan contra él toda su ponzoña; Jesus la sufre: ellos hablan; Jesus enmudece: ellos le acusan; Jesus nada responde á sus acusaciones: le echan en cara crímenes; Jesus los oye: le cargan de baldones; Jesus nada responde. Mas, ó Jesus, mira lo que haces: los crímenes que te objetan los apruebas, cuando no niegas que has hecho lo que te acriminan. Acuérdate de lo que predigiste por David que harias: *Responderé una palabra á los que me improperaren*[1]. Habiendo asi prometido responder á los que te improperasen, ¿cómo á tantos improperios de los judíos nada respondes? ¿Acaso estás olvidado de tu promesa? „ Es acu„ sado el Señor (dice San Ambrosio)[2], y calla, „ y calla bien, porque no necesita de defensa. „ Anhele por defenderse el que teme ser venci„ do; pero Cristo callando no confirma la acusa„ cion, sino la desprecia no rebatiéndola. Cristo „ aun cuando es condenado triunfa, aun cuan„ do es juzgado vence. ¿Que necesitaba pues de „ hablar antes del juicio, cuando el mismo juicio

1 Psalm. cxvii. 42. 2 Lib. x. in Luc.

„ era testimonio de su inocencia, la misma ca-
„ lumnia victoria &c.? Necesario es que calle la
„ lengua, cuando la equidad se asiste á sí misma:
„ la mas completa justicia es la que no se asegura
„ con las palabras sino se funda en la virtud. No
„ quiero que se defienda la justicia del mismo
„ modo que suele excusarse la iniquidad. El ven-
„ cer Cristo no es efecto de su lengua sino de
„ su virtud. Sabe el Salvador, que es la sabidu-
„ ría, cómo habia de vencer callando, cómo ha-
„ bia de triunfar no respondiendo; y por tanto
„ mas quiere comprobar con el silencio su causa,
„ que defenderla. ¿Porque qué cosa habia de
„ obligarle á hablar, cuando el silencio bastaba
„ para vencer?" ¡O silencio mas facundo que to-
da la elocuencia; mas esforzado que todo clamor;
mas claro que todo sonido de trompeta! ¡O si-
lencio digno de ser preconizado por las lenguas
de todos los oradores! ¡O cuan discretamente
acusa este silencio de Cristo á mi lengua! ¡Cuan
veloz es ella para hablar, cuan tarda para el si-
lencio! ¿Está presente un enemigo? calumnio su
fama. ¿Está ausente? ofendo su honor, menosca-
bo su estimacion. ¿Me habla? hablo contra él.
Si pregunto es para echarle en cara sus delitos.
Si respondo, es para escarnecerle con dicterios.
Provoco sus iras cuando le agravio é injurio con
mis cavilaciones. En fin mi *lengua* es una *espada aguda*[1]. Todas las palabras que pronuncio son
otras tantas heridas que doy, ó á otros, obscure-
ciendo la gloria agena, ó á mí, dando la muerte

1 Psalm. LVI. 5.

á mi propia alma. Pero ahora hablo contigo, ó tú cualquiera que estés inocente: proponte aquí el egemplo de Cristo silencioso. Calúmniente las lenguas de los maldicientes, acúsente los congresos de los malignantes, condénente los tribunales de los inicuos. No es necesario que consultes en el foro á nadie para mirar por ti, ni procuradores, ni abogados, ni patronos. Sea el patrocinio de tu causa, como el de Cristo, el silencio. Con toda seguridad calla la lengua cuando habla la vida. No necesitas á Aristóteles para que con argumentos deducidos de la filosofía convenza á tus acusadores: no necesitas á Demóstenes para que con exquisitas figuras de retórica defienda tu causa. Ninguna elocuencia te patrocinará con tanta facilidad como la inocencia de tu vida. La integridad y la modestia de costumbres es la mejor apología en tu defensa. Pero es cosa dura que un inocente deba padecer, y no pueda hablar. Porque ved que los impíos *maquinaron iniquidades en su corazon: todo el dia determinaban contiendas*[1]. Fingen falsos crímenes: aseguran falsos testimonios: *aguzaron sus lenguas como serpientes:* acusan, calumnian, amenazan. ¿Y qué hacemos? Si callamos, interpretan el silencio como un testimonio del fingido crimen. Si hablamos; los jueces inicuos no escuchan las palabras con oidos equitativos. ¿Y qué? ¿de este modo contra toda la justicia ha de ser condenada la inocencia, no teniendo en la tierra abogado que defienda su causa? No desconfieis de vues-

1 Psalm. cxxxix. 3.

tra causa, ó inocentes. No tenemos abogado que hable por nosotros ante un inicuo juez; es verdad; pero *tenemos por abogado ante el Padre á Jesucristo*[1]. Esto nos obliga á los inocentes á callar con Cristo entre las calumnias, á no hablar entre las acriminaciones vanas; á no responder á las acusaciones falsas; porque *tenemos por abogado ante el Padre á Jesucristo*. Jesus habla por nosotros en los cielos cuando por su amor callamos en la tierra. Por eso callaste tú, ó Jesus; delante de un rey impío, para abogar por nosotros ante tu benigno Padre. Pero ahora no solo hablas por nosotros, sino que hablas con nosotros. Tú pues, ó Verbo por mí hecho carne, dí solo una palabra á mí que estoy ciego: dí mira, y veré tu rostro en quien desean mirar los ángeles. Dí solo una palabra á mí que estoy sordo: dí oye, y oiré tus palabras dulcísimas mas que la miel y el panal. Dí solo una palabra á mí que estoy mudo: dí habla, y hablaré tus grandezas. Dí solo una palabra á mí que estoy paralítico: dí anda, y correré por el camino de tus mandamientos. Tan solo dí una palabra á mí que estoy leproso: dí purificate, y al instante será purificada mi lepra. Tan solo dí una palabra á mí que estoy muerto: dí levanta, y al punto me levantaré, y volveré á mi ser yo que estaba muerto. Pero oigo, ó Sabiduría eterna, que tú dices por boca del Sabio: *Las palabras de los sabios se oyen en silencio*[2]. ¿Cuánto mas necesario es el silencio cuando habla la misma Sabidu-

1 1. Ioann. II. 1. 2 Eccles. IX. 17.

ría? No habla el Verbo sino á los silenciosos. Y en tu corazon no hay silencio: en tu ánimo toca al arma la ira: suena el clarin de la vanagloria: riñen la esperanza y el temor: guerrean el amor y el odio: se desenfrenan la tristeza y el gozo: se tumultúan la osadía y la concupiscencia: braman los desenfrenados afectos; y arde el pecho en una guerra mas que civil. Nuestro corazon es un campo marcio ó bélico, donde todo está lleno de bullicio, de estruendo, de tumulto. *La conduciré á la soledad, y allí le hablaré al corazon*[1]. Sea tu corazon soledad, haya en tu corazon silencio, y entonces te hablará al corazon. *Porque cuando un sosegado silencio contenia todas las cosas, y la noche se hallaba en medio del camino de su carrera, tu omnipotente palabra descendió de sus reales asientos*[2]. O Jesus, ya un quieto silencio contiene todas las cosas: prontos estan los oidos á recibir tu palabra. Venga ya del real solio, de esas aras, tu palabra omnipotente, y nosotros nos haremos poderosos en obras y en palabras. Si hablas á nosotros viadores aqui en nuestro camino, como antiguamente hablaste á tus dos discípulos, al punto quedará ardiendo nuestro corazon. Asi que, te hablaré con tu Agustino: *Haz, Señor, y obra; excítanos y llámanos; enciéndenos y arrebátanos; abrásanos y endúlzanos, para que te amemos, y corramos.*

1 Ose. II. 14. 2 Sap. XVIII. 14.

§. IV.

Es Cristo despreciado por Herodes.

Cristo que con no menos verdad que magnificencia se gloria: *Por mí reinan los reyes, por mí mandan los príncipes*[1]: que por San Juan es llamado *príncipe de los reyes de la tierra*[2]; este Señor es despreciado como necio por un rey impío, vil, sacrílego; es burlado como fatuo, es desechado como loco. *Despreciólo Herodes con su egército.* ¡O Herodes! no ha querido hablarte el Verbo del Padre, aunque *tiene palabras de vida eterna*; porque tú eres de aquellos de quienes se queja por el Profeta: *Todo el dia estaban execrando mis palabras*[3]. Pero yo seré aqui el intérprete de Cristo, que con su silencio te habla. Si le atiendes bien, le oirás tácitamente decirte lo que á la muger samaritana: *Si conocieras el don de Dios, y quien es*[4] el que está junto á ti! O Herodes, si supieras quien es, indubitablemente renunciarias todo como Pedro, y le seguirias. Si supieras quien es, exclamarias como Tomas: *Señor mio, y Dios mio*[5]. O Herodes, *te visitó naciendo de lo alto*[6]; pero tú necio, sabiendo altamente, no conociste *el tiempo de tu visitacion*[7]. Ved aqui se aparta de ti Jesus, y con él todo tu bien. Quedará tu casa desierta; y ya no le verás desde ahora, hasta verle venir en las nubes del cielo con gran potestad. Entonces se te quitará tu reino, y tú infeliz serás precipitado en las tinie-

1 Prov. VIII. 15. 2 Apocal. I. 5. 3 Psalm. LV. 6. 4 Ioann. IV. 10. 5 Ibid. XX. 28. 6 Luc. I. 78. 7 Ibid. XIX. 44.

blas exteriores. Qué diré aqui sino que creo que tú, ó Jesus, despreciado por Herodes digiste: *Confiésote, ó Padre, Señor de cielo y tierra, que ocultaste estas cosas á los sabios y prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos. Si Padre, porque asi fue agradable á ti*[1]. ¿Y somos nosotros de los pequeñuelos? ¡Ojalá! porque esto es necesario para la salvacion. *Como no os hagais como párvulos, no entrareis en el reino de los cielos*[2]. ¡Mas de donde esto á nosotros, ó Señor! Estás visible ante Herodes, y no te conoce; estás escondido á nuestros ojos, y te conocemos, ó Señor y Dios nuestro. ¿Cómo no te revelaste á él como á nosotros? *Porque asi fue agradable á ti.* El mismo eres que estabas delante de Herodes en su alcazar, y que estás delante de nosotros en el altar. Herodes te despreció, y nosotros te adoramos. ¿Cómo te manifiestas á nosotros párvulos, y te ocultas á un rey grande? *Porque asi fue agradable á ti.* ¿Y ahora cuántos hay que en sabiduría, en poder, en opulencia, en fuerzas, en otras dotes de naturaleza nos aventajan? ¿Cuántos hay ínclitos por su sangre, ilustres por su gloria, respetables por el cetro y por la púrpura, próceres, magnates, príncipes, reyes, poderosos en favor, en imperio, en autoridad: todos los cuales *yacen en tinieblas y sombra de muerte*[3]; *no les ha alumbrado la luz de justicia*[4]: destituidos de *fe*, *sin* la cual *es imposible agradar á Dios*[5]? ¿Cómo dejándolos

1 Matth. xi. 25. 2 Ibid. xviii. 3. 3 Luc. i. 4 Sap. v. 5 Heb. xi. 6.

á ellos, con preferencia á tantos y tan grandes, nos elegiste á nosotros pequeñuelos? *Porque asi fue agradable á ti.* Asi te agradó mirar á los pequeñuelos y despreciar á los grandes. ¡O Jesus! pues asi fue agradable á ti elegirnos; ya que Herodes te desecha de su palacio, nosotros te admitimos en nuestros corazones: y pues el honor te fue usurpado en el alcazar de Herodes, yo deseo restituirtelo en este templo. Yo pues, aqui delante de todo el universo, protesto que esta es mi mayor gloria, poder por el nombre de Jesus padecer ignominia: esta mi libertad servir á Jesus; mi dignidad sujetarme á Jesus; mi felicidad agradar á Jesus. Aunque aqui me presentasen toda la púrpura de los príncipes, todos los cetros de los reyes, todas las diademas de los césares, todas las demas insignias regias y honoríficas; aunque me ofreciesen toda la pompa y opulencia, el oro, la plata, todos los tesoros de la tierra, y cuanto aprecia y estima la ambicion humana, todo lo despreciaria y lo miraria como estiercol por servir á Jesucristo: y mas querria estar bajo los pies de mi Jesus, que mandar á todos los reyes de la tierra. Pero no puedo yo solo restituir á Jesus el honor usurpado: y asi vosotros cielo, tierra, infiernos, concurrid conmigo, juntad vuestras voces con las mias; y todos postrados á los pies de Cristo pronunciad conmigo con la mayor sumision de ánimo estas palabras: á Jesucristo *rey de los siglos inmortal, invisible, solo Dios, honor y gloria*[1].

1 1. Timot. 1. 17.

§. V.

Es vestido con una túnica blanca y remitido á Pilatos.

Cristo delante de toda la corte de Herodes, y de tanto concurso de grandes, mostraba tal amabilidad en su apacibilísimo rostro, tal compostura en su modestísimo cuerpo, tal magestad en sus ojos serenos, y en su respetuoso semblante, y tal constancia en su inalterable aspecto, que aun ante aquel tribunal inicuo demostraba la seguridad de su causa. Dirias al verle, que alli estaba no como queria un hombre inocente, sino la misma inocencia. Aunque callaba su lengua, con todo, su aspecto, sus ojos, su semblante, y en fin la universal modestia que resplandecia en todo su cuerpo, publicaba que en él habia alguna cosa mas que humana. Mas Herodes, como veia que Cristo enmudecia á cuanto le preguntaban, le tuvo por algun estólido é insensato; y enloqueciendo él sobre cuantos han enloquecido, moteja de necio al que era la sabiduría del Padre, arrastra y precipita en la misma demencia á todos sus palaciegos; y despues de haberle despreciado, *le burló poniéndole una vestidura blanca, y le remitió á Pilatos*[1]. Aqui repentinamente vomita todo el egército á boca llena contra él baldones, dicterios, contumelias, oprobrios. Es llamado fanático, loco, necio, insensato: es traido,

1 Luc. XXIII. 11.

ó por mejor decir, arrebatado por las calles públicas de Jerusalen: concurren á competencia muchedumbre de gentes: llénanse las puertas y ventanas de los edificios: este le arroja inmundicias; aquel le tira de los vestidos, y le derriba en el suelo: uno le da puntapies, otro le da bofetadas; todos descargan sobre él tempestades de injurias. Con toda verdad dirias, ó Jesus: *prodigio estoy hecho para muchos*[1]; ó por mejor decir, objeto de escarnio para todos. ¿Y mirais esto sin vengaros, ó siervos de este gran Señor? Asi estais desde lo alto viendo ociosos despreciar aqui en la tierra á vuestro rey, á quien vosotros, cubierto el rostro con las alas, adorais en los cielos? Ya, ya es tiempo, ó Padre, de que abiertas las compuertas de los cielos envíes un diluvio como el de Noé, y extermines toda substancia que existe sobre la tierra. ¿Por qué no llueves, ó justicia, sobre Jerusalen tempestades de azufre, y reduces á ceniza, como el polvo ante el viento, á aquellos que siendo polvo y ceniza vilipendian la magestad inmensa de tu hijo, de cuya soberana voluntad estan todos pendientes? ¿Mas para qué digo yo esto ni contra Herodes ni contra los herodianos? No es solo Herodes el que desprecia á Cristo; muchos hay hoy tambien, y aun en este sitio, que como los herodianos escarnecen á Cristo vestido de túnica blanca. Perdonadme si yo no os perdono: disimulad si aplico la segur á la raiz: no os enojeis conmigo si vibro aqui *la espada del espíritu, que es la palabra de*

1 Psalm. LXX. 7.

Dios[1], contra aquellos que desprecian al Verbo del Padre. En este sacratísimo lugar, donde no debiera darse entrada sino á la piedad, hay quienes impiamente como Herodes, mas herodianos que cristianos, desprecian á Cristo vestido con vestidura blanca. Verdaderamente bajo las especies cándidas del pan sus *vestiduras se han hecho blancas como la nieve*[2]. Y vosotros le escarneceis *vestido de vestidura blanca*; porque no veis la regia púrpura de su divinidad, aquel vestido, digo, en que está escrito: *Rey de los reyes, y Señor de los señores*[3]. Y á este despreciais. ¿Es posible esto? El honor de aquel violais, á quien solo (como antes oisteis) se debe todo honor. Si en el cielo se debe algun honor á los ángeles y santos; si en la tierra á los príncipes, los reyes, los pontífices; si se debe á los maestros, si á los padres, si á hombre alguno, por tanto se les debe este honor, por ser sombra de Cristo, á quien solo es debido todo honor. ¿Y vosotros le despreciais? El Padre Eterno honra á su hijo con infinito honor; y *vosotros* (dice Cristo) *me deshonrasteis*[4]. Nuestra alma es ciertamente inmortal; pero en aquel primer momento en que desatada de las cadenas del cuerpo llegue á la presencia de Cristo, cuando vea aquel infinito resplandor de la inmensa magestad brillar tan vehementemente, á todos los ángeles honrándole con tanta sumision, á toda la corte celestial empleada y ocupada en alabar, en hon-

1 Ephes. VI. 17. 2 Matth. XVII. 2. 3 Apoc. XIX. 16.
4 Ioann. VIII. 49.

rar, en venerar á Cristo como Señor de todo el universo; al ver y conocer esto el alma, acordándose con cuanta irreverencia se ha portado antes en la presencia de Cristo, de vergüenza y confusion desfalleceria toda, y se reduciria á la nada. Pero todo esto está escondido á vuestros ojos, porque Cristo es aqui Dios escondido. Entre tanto, Jesus mio, rey del corazon, no estás tan escondido á mis ojos, que no vea y no conozca aqui delante de todos ser tanta tu soberanía, que te soy deudor de todos los obsequios, los honores, el amor y el rendimiento que pueden darte todas las cosas criadas. Cuando te miro presente en esas aras, y te considero verdadero Dios, sabiduría del Eterno Padre, resplandor de su claridad, espejo de su hermosura, viva imagen de su substancia, desfallece mi ánimo, se anublan mis ojos, se pasma mi entendimiento; y no puedo hacer otra cosa que admirar, que alabar, que adorar sin fin tu incomprehensible grandeza, repitiendo infinitas veces: *Tú eres Dios, y no hay otro fuera de ti*[1].

CAPITULO SÉPTIMO.

CRISTO EN EL ATRIO DE PILATOS.

§. I

Meditacion primera de los azotes.

Un espectáculo lleno de sagrado horror nos presentará hoy la sinagoga llena de iniquidad: por

[1] Iudith ix. 19

lo cual mientras se os expone, exijo la atencion de vuestros oidos ; y mientras se os propone, la atencion de vuestros ojos. Nosotros entre tanto, ó Jesus, si hallamos gracia en tus ojos, rendidos te suplicamos, que pues hiciste oir á los sordos y ver á los ciegos, abras nuestros oidos, para que aqui oigamos con fruto, y nuestros ojos, para que aqui miremos con sentimiento. *Entonces pues tomó Pilatos á Jesus y le azotó*[1]. Asi, evangelista santo, tan grandes misterios, tan augustos, que por tantos siglos y edades nunca podrán bastantemente explicarse, asi lo reduces al breve compendio de una sola palabra *azotó?* ¿No convidas, antes de pronunciar esta palabra, como Moises al silencio, al cielo y á la tierra, diciendo: *Oid cielos lo que hablo: oiga la tierra las palabras de mi boca*[2]? ¿No excitas á que se pasme todo el teatro de los cielos, como Jeremías, diciendo: *Pasmaos cielos sobre esto, y sus puertas desolaos vehementemente*[3]? ¿No clamas, antes de explicarlo, como Miquéas: *Oid pueblos todos, atended tierra y todas las cosas que la llenan, y el Señor Dios os sea testigo*[4]? ¿No te arrojas, antes de escribirlo, como Ezequiel en tierra, y sollozando exclamas: *Ay, ay, ay, Señor Dios*[5]? ¿*Azotó?* Se pasma la lengua, se horroriza la mente, se espanta el ánimo, desfallece el espíritu. ¿*Azotó?* ¿Adónde me volveré aqui? ¿á los romanos cruelísimos que azotaron? ¿á Jesus piadosísimo que es azotado? ¿á nosotros

1 Ioann. XIX. 1. 2 Deut. XXXII. 1. 3 Ierem. II. 12.
4 Mich. I. 2. 5 Ezech. IX. 8.

los cristianos por quienes es azotado? ¿Pero de qué sirve ni indignarse contra los judíos, ni enfurecerse contra los romanos? Convierte contra ti tu ira. Diga cada uno con David: *Yo, yo soy el que pequé* [1], y por tanto yo soy quien le azoté. Porque asi como por Adan todos pecamos, asi por Pilatos todos azotamos á Cristo. Y asi mientras yo refiero aqui el atroz encarnizamiento de aquellos bárbaros sayones, sábete que de ti se cuenta no una fábula sino una verdadera historia. Entre tanto preparando la serie de la narracion, se sentaron todos: siéntase en el tribunal Pilatos, juez de justicia, pero reo de injusticia: asistenle en sus asientos los príncipes de los sacerdotes, príncipes de todas las maldades: siéntanse al rededor los ancianos llenos de dias, pero vacíos de virtudes: colócanse en los mas bajos asientos los escribas, cuyos nombres estaban escritos en el libro de la muerte; y los fariseos, aquellos hipócritas *interiormente llenos de robos é inmundicias* [2]. En el plano está en pie y amontonada la hez del pueblo judaico: todos *serpientes y generacion de víboras* [3]. Finalmente en aquel lugar se habian congregado de toda la Judea los mas distinguidos próceres, ó por mejor decir verdugos, que habian de llenar junto á una columna sangrienta la medida de sus padres. Mientras esperan ansiosos aquellos perdidos al que han de azotar, y azotando perder; se me representa Jesus vuelto el corazon á su Padre, y prorumpiendo en estas palabras del profe-

1 II. Reg. XXIV. 17. 2 Matth. XXIII. 25. 3 Ibid. XXIII 33

ta: *Me esperaron los pecadores para perderme*[1]. Llega finalmente el que esperan, *la expectacion de las gentes*[2], no de los judíos. Entra en el atrio, teatro de su suplicio, hecho ya un espectáculo á los judíos, á los gentiles, á los ángeles, á Dios, y vuelto al concurso de aquella aglomerada muchedumbre, comunica con su rostro á todos la salud que á cada uno desea en su corazon. Miran aquí al resplandor del Padre los hijos de las tinieblas, y le desprecian: porque *aquellos ciegos y guiadores de ciegos*[3] viendo no veian, porque envidiaban, y *los habia obcecado su malicia*[4]. Es cogido por los siervos del pecado el príncipe de la libertad, aquel joven *precioso en hermosura sobre los hijos de los hombres*[5], en el cual dentro de poco no quedará belleza ni decoro. Es entregado en manos de los impíos la piedad misma, á quien habia entregado el Padre todas las cosas. Paréceme oirle tácitamente quejándose, como antiguamente Job entre el estiercol: *Encerrado me ha el Señor con el inicuo, y en manos de los impíos me ha entregado*[6]. Es despojado de sus vestidos por causa de los desnudos hijos de Adan, *que estaban vestidos de maldicion como de una vestidura*[7]. Es desnudado aquel ante quien estan *desnúdas todas las cosas*[8], para que ya no temiese Adan estar desnudo, viendo á su hermano en todo semejante á sí. Aparece entre tanto el hijo del Padre *amado*,

1 Psalm. CXVIII. 95. 2 Gen. XLIX. 10. 3 Matth. XV. 14. 4 Sap. II. 21. 5 Psalm. XLIV. 3. 6 Iob XVI. 12. 7 Psalm. CVIII. 18. 8 Heb. IV. 13.

cándido y rubicundo[1]: cándido por su inocencia, atestiguando Pilatos: *No hallo en él causa*[2]: rubicundo por su vergüenza y confusion: *Me confundí y avergoncé, porque tuve que sufrir oprobrios*[3]. Al desnudarle le burla y escarnece la sinagoga, como la hija de Saul á David: *O cuan glorioso ha sido hoy nuestro rey, descubriéndose y desnudándose, como si se desnudase uno de los truhanes*[4]. Pero al que desecha como truhan la sinagoga de los judíos, le admite como rey la Iglesia de los cristianos. Tanto mas amado para nosotros cuanto mas envilecido por nosotros. Pero no son solos los judíos los reos de este delito: tambien les acompañan en semejantes maldades los cristianos. ¡O qué deshonestidad la nuestra! No me atrevo á proferir lo que pienso, por no manchar este sitio, ni mi lengua, ni vuestros oidos. Porque es tan grande el delito que estoy revolviendo en mi ánimo, que apenas puede sin delito ni oirse ni mencionarse. Pero al de inteligencia buena y de conducta mala con poco basta. Desnúdate, ó joven, pero sea por defender la pureza como Josef, que desnudándose del vestido, sacudió de sí el delito, y dejando los despojos que le detenian, huyó, despojado sí, pero no desnudo, siendo ya mas recto por el vestido del pudor, que por la capa exterior. Solo está desnudo aquel á quien la culpa ha desnudado de la gracia. Si alguien te detiene por el vestido y te provoca al delito, entonces, aunque sea

1 Cant. v. 10. 2 Ioann. xix. 6. 3 Ierem. xxxi. 19. 4 II. Reg. vi. 20.

dejando toda tu ropa, huye desnudo. Aunque dejes destrozados los vestidos del cuerpo, te acompañará la integridad del ánimo. ¿Quieres saber por qué Jesus es despojado de sus vestidos? Para vestirte la vestidura nupcial: no la que usamos en las bodas profanas, sino en las sagradas, cuando desposa consigo por fe al alma su amada, á quien *amo con caridad perpetua*[1]. Ya pues está desnudo Jesus; todas sus cosas nos dió ya, todas sus cosas, y á sí mismo tambien; con nada se queda sino con el amor que nos tiene. ¡O Jesus! desnudo saliste del vientre de tu madre, desnudo volverás al seno del Padre: deja entre tanto que estás desnudo, que nosotros pobres, ciegos y desnudos, nos vistamos tus vestidos, *sobremanera buenos*[2], como de nuestro hermano primogénito, para que adornados con ellos, lleguemos al Padre, nuestro y tuyo, y él, *sintiendo la fragrancia de los vestidos, nos bendiga*. Entre tanto cubriremos tu desnudez, ya que otra cosa no tenemos, con el saco de nuestra ignominia, para que por ti seamos vestidos con la *estola de la gloria*[3], cuando en el juicio oigamos de tu boca: *desnudo estaba y me cubristeis*[4].

§. II.
Es atado á la columna.

Estaba ya desnudo Dios en la figura humana; y los circunstantes temerosos no huyese aquel

1 Ierem. xxxi. 3. 2 Gen. xxvii. 3 Isai. xv. 4 Matth. xxv. 36.

que está en todas partes, enlazan sus manos con cordeles, no fuese que al que habia atado el amor desatase el temor: como si fuesen mas fuertes los nudos de la crueldad, que los lazos de la caridad. Aprietan estrechísimamente los cordeles á aquel de quien Sanson habia recibido la fortaleza para romper *los lazos como los hilos de las telas*[1]. Está atado á la columna aquel á cuya vista *las columnas del cielo se estremecen y se espantan*[2]: ¿Pero qué necesidad hay, ó judios, de cordeles? Se ha *ofrecido porque él quiso*[3]: es atado á la columna porque quiso: es azotado porque quiso. ¡O caridad! (exclama San Lorenzo Justiniano) *¡cuan grande es tu lazo con el cual pudo ser atado Dios*[4]*! Ningun lazo hubiera podido sujetar al hijo de Dios á una columna, si no hubiera sido el lazo de la caridad.* Entre tanto que en el atrio de Pilatos se presenta aquel grande espectáculo, de un Dios desnudo y atado á una columna; bajo de aquella columna que estrechaba con sus brazos *el brazo del Señor*[5], la fortaleza de Dios; toda la infernal region temblaba y se estremecia en sus profundas cavernas. Todo este espacioso universo se hubiera precipitado en el primitivo caos: y perecido del todo, si la fábrica de los cielos y la máquina de la tierra, inclinada entonces con todo su peso, no se hubiese sostenido sobre los desnudos hombros de Jesus. La columna de Jesus servia de fundamento á la tierra y de basa al

1. Iudic. xvi. 12. 2 Iob xxvi. 11. 3 Isai. liii. 7. 4 In lign. vitæ cap. 4. 5 Isai li. 9.

cielo. Al pie de la columna se ven espinosas varas, nudosos cordeles, punzantes azotes, cadenas de hierro, instrumentos todos, ¿diré de la crueldad humana, ó de la caridad divina? A vista de ellos Jesus vuelto primero ál juez, luego á los verdugos, despues á los espectadores, y finalmente á su Padre, tácitamente ofrece todo su cuerpo y sangre con estas palabras: *Yo estoy preparado para los azotes*[1]. Prepárate, ó mansísimo cordero, porque es grande la tempestad que te amenaza de la negra nube de la sinagoga; *y si segun la magnitud del delito ha de ser la medida de los castigos*[2]; siendo innumerables los delitos que tomaste á tu cargo para expiarlos, será la medida de las llagas sin medida ni número, y recibirás azotes sin medida. *Preparado estoy.* Y si *son muchos los azotes del pecador*[3], tú que quisiste satisfacer á tu Padre por todos los pecadores, *recibirás llagas y azotes multiplicados*[4]. *Preparado estoy.* Y si en nosotros *desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza no hay sanidad*[5]; desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza es necesario que tú seas azotado para que haya sanidad. *Preparado estoy.* ¡O misericordia con los miserables! ¡O piedad con los impíos! Tú estás preparado á padecer por mí iniquo todo lo justo y lo injusto; mas yo ¿qué diré de mí? Entonces solo está preparado el corazon mio cuando puedo afligir el corazon tuyo. Si me dicen los se-

1 Psalm. xxxvii. 18. 2 Deuter. xv. 3 Psalm. xxxi. 4 Luc. xii. 5 Isai.

ductores : *Echa suertes con nosotros , no haya entre todos nosotros mas que un bolsillo*[1]: preparado estoy. Si me dicen los glotones : *Venid, tomemos vino y llenémonos de embriaguez*[2]: preparado estoy. Si me incitan los mundanos : *Venid , disfrutemos de los bienes , y gocemos de las criaturas , como en la juventud aceleradamente* : *coronémonos de rosas*[3]: preparado estoy. Pero si tú me dices como en otro tiempo á aquel mancebo: *ven , sígueme*[4] ; no solo no me hallas preparado , sino diciendo: *ruégote me tengas por excusado*[5]. ¿ Cuantas veces he dicho con el profeta : *Preparado está mi corazon , ó Dios, preparado está mi corazon*[6] ? Mas cuando veo tu mano paternal armada del castigo para castigar al hijo descarriado, clamo con otro profeta: *Pon tu mano lejos de mí*[7]. ¿ Cuantas veces gran prometedor con grande ostentacion me he jactado como Pedro: *Preparado estoy á ir contigo á la carcel y á la muerte*[8] ? Pero lo que prometo con la lengua lo niego con la conducta: tan tardo para egecutar la obra como veloz para prometerla. ¿De dónde esta ligereza tan desconsoladora , y esta inconstancia tan constante? De que no soy columna firme sino caña debil , que con el viento ya del aplauso , ya del honor , ya de la adversidad , soy no solo agitado , sino deprimido. Quien se une á ti , estará firme en lo próspero , perseverante en lo adverso , y siempre constante y consiguiente consigo ; y aunque

1 Prov. I. 11. 2 Isai. LVI. 12. 3 Sap. II. 6. 4 Matth. XIX. 21. 5 Luc. XIV. 19. 6 Psalm. LXV. 8. 7 Iob XIII. 21. 8 Luc. XXII. 33.

todo se arruine al rededor de sí, permanecerá como columna incontrastable. Tal fue Pablo, preso de Cristo Jesus. Por eso, ligado á Cristo, se atrevió á desafiar á cuanto hay formidable, cuando con varonil y esforzada voz clamaba: ¿*Quién nos separará de la caridad de Cristo*[1]? Verdaderamente *sus rodillas eran columnas de marmol*[2]. ¿Qué te admiras? Oye lo que dice: *Ve aquí ligado yo en espíritu*[3]. Oigan los *carnales y animales*: *ligado en espíritu*[4]. Si te dejas ligar por alguna prostituta, por alguna Dálila, serás ligado como Sanson á una columna, pero para tu ignominia; á una columna, pero que producirá tu ruina; á una columna, pero que será no el monumento de tu gloria, sino el sepulcro de tu vida. Pero me convida á su columna desnudo y atado Jesus, que temblando de frio espera del hombre azotes para hacer al hombre nuevos beneficios. Cuando el hijo de Dios despojado de sus vestidos como un hombre despreciable; atado á la columna como un facineroso; condenado á azotes como un ladron; es expuesto en aquel amplísimo teatro á la irrision, las burlas, las contumelias de todos, como si fuese oprobrio de todo el mundo, el desprecio de la tierra, la execracion de los hombres: me parece que le veo volver á nosotros y á los hombres todos aquellos divinos ojos con que *alumbra á todo hombre*[5], y que le oigo prorumpir tácitamente, obligado del dolor, en estas amo-

1 Rom. VIII. 15. 2 Cant. V. 15. 3 Act. XX. 22. 4 I. Cor. III. 3. 5 Ioann. I.

rosas quejas: yo soy la eterna sabiduría, y nadie me consulta; la verdad, y nadie me cree; la bondad, y nadie me ama; la misericordia, y nadie me espera; la justicia, y nadie me teme; la hermosura, y nadie me mira. Soy luz, y pocos vuelven á mí sus ojos: soy guia, y apenas hay quien me siga: soy camino, y todos huyen de mí: soy rey de los reyes, y todos se avergüenzan de servirme: soy deleite verdadero, y sin mezcla de amargura, y todos se fastidian de mí: soy facil para dar muchas y grandes cosas al que ruega, y nadie me pide. ¡O hombre! si despues de tantos medios te pierdes, no es por defecto de mi bondad, sino por culpa de tu voluntad. Tu perdicion es de ti, ó hombre. Asi es; mas tambien mi redencion es de ti, ó hombre Dios. Sé que de mí proviene mi perdicion: porque tú, ó hijo del hombre, *no veniste á perder las almas, sino á salvarlas*[1]. Pero yo me pierdo cuando me aparto de ti. No sea yo pues como aquel hijo de perdicion, que pereció cuando te abandonó; y para no serlo, me asiré firmemente á tu columna. Mas para que nunca pueda ser arrancado de ella, échame tú aqui tus lazos, y estréchame con ella de tal suerte que nadie pueda desatarlos sino aquella que desata los lazos del cuerpo, que es la muerte. ¡O sagrada columna! bueno es para mí el asirme á ti. No te soltaré. Asido á ti venceré cuanto se atreva á combatirme y cuanto pueda vencerme. Asido á esta columna espero la victoria, y despues de la victo-

1 Luc. ix. 56.

ria la constancia de la columna en tu reino; porque asi lo has anunciado y prometido: *Ten lo que tienes, para que nadie reciba tu corona. Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios*[1].

§. III.

Es azotado.

Horror y asombro, ¿donde estais? ¡O justicia! aparta los ojos de tu furor no sea que muramos. ¡O misericordia! acude y sálvanos, porque perecemos. Entre los azotes *perece el justo, y no hay quien lo reflexione*[2]. *Pasmaos cielos sobre esto*[3]. El que en el principio crió el cielo y la tierra, ahora en la tierra á vista del cielo es azotado por causa del hombre, y aun con todo no es amado por el hombre. ¡O Jesus! venere mi silencio tu suplicio. No soy capaz de expresar lo que tú quisiste padecer. ¡O Padre eterno! tu hijo muere entre las manos de los pecadores. Pero no quieras airarte; porque *nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no perezca toda la gente*[4]. ¡O Padre! ten misericordia de mí, que perezco por el amor de tu hijo que perece. ¡O hijo! *padre de las misericordias*[5], ten misericordia de mí tantas veces reo, y por los azotes tuyos perdona los pecados mios. ¡O justicia! ten misericordia, porque viene el tiempo de la mise-

1 Apoc. III. 13. 2 Isai. LVII. 1. 3 Ibid. 1. 4 Ioann. XI. 50. 5 II. Cor. I.

ricordia. Claman desde el limbo los padres cautivos, desde el cielo los ángeles de paz con amargo llanto, desde la tierra los hombres que perecen: ten misericordia.

MEDITACION II.

§. I.

Desnudan á Cristo.

Hasta aqui nos hemos ensayado en lo menor; ya hemos llegado á lo mas fuerte. Ya como dada la señal combaten con todas sus fuerzas de una parte el amor de Cristo, de otra el furor del hombre. Ya entre la misericordia y la justicia como en una batalla decisiva va á determinarse el fin de todo, estando en medio de la tierra el *mediador de Dios y de los hombres*[1], á una columna desnudo de sus vestiduras, atado con cordeles, herido con azotes.

Pilatos obligado de la importuna rabia de la fiereza judaica, vencido de los clamores del pueblo que pedia á voces la crucifixion de Cristo, compelido del miedo de un civil tumulto, quiso mas violar la justicia con el mayor delito, que defender la inocencia con tanto riesgo. Confieso que habia hecho Pilatos por libertar á Cristo casi todo cuanto pudo, pero no todo cuanto debió; benigno para con Cristo, pero al mismo tiempo oficioso con los enemigos de Cristo. Pero

1 1. Timot. II. 5.

al fin cedió la equidad á la iniquidad, y por no desagradar á los malvados, quiso castigar al inocente. Llama pues Pilatos á Jesus dentro del pretorio, y le habla con estas ó semejantes palabras. Ya ves cuanto es el encendido odio de tu gente contra ti. Ninguno hay que no esté sediento de tu sangre, que no clame por tu muerte, que no anhele por verte en la cruz. ¿Qué he de hacer? No puedo yo solo resistir á tantos. Este fuego de odio y de envidia no podrá extinguirse sino con tu sangre. Así es forzoso que te prepares para los azotes, que los lleves á bien y los sufras con paciencia. Si yo hago esto, es no solo repugnante, sino forzado. Es regla usada de todos, que de dos males inminentes se elija el menor para evitar el mayor. Ligeros son los azotes, si con ellos se consigue evitar una cosa tan grave como el morir. Seré contigo severo para ser benigno: te perdonaré no perdonándote: te sentenciaré á azotes por no sentenciarte á muerte: serás castigado para no ser muerto. ¡O Pilatos! el demonio es quien te convence con ese tu argumento. Pésimamente filosofas. De dos males se ha de elegir el menor... Yo convengo. ¿Pero es menor mal que sea Dios azotado que no ofendido el judío? Ignoraba yo que era Dios... Pero sabias que era justo. Habia sido acusado de crímenes gravísimos... ¿Y convencido tambien? Ya le habian condenado en el concilio los príncipes de los sacerdotes... Esto es, los principales malvados. Temia un tumulto del pueblo... Te tocaba ó aplacarle ó despreciarle. Temia perder la vida... Perderla por defender la inocencia es conservarla. No pe-

recerias si asi perecieses. ¿Mas para qué me detengo altercando con Pilatos sobre la causa de Cristo, cuando Cristo por mi causa no teme los azotes sino los desea? No pudiendo pues Pilatos libertar á Cristo, ni testificando su inocencia, ni delegando su causa á Herodes, ni por la costumbre de libertar á un preso en la pascua, ni por los demas medios que habia meditado: *entonces tomó Pilatos á Jesus y le azotó.*

Deben cumplirse, ó Jesus, tus palabras, para que no parezcas falso profeta. Tú dijiste: *Le entregarán á las gentes para ser burlado y azotado*[1]. Ya se ha verificado la burla, síguense los azotes: cúmplanse las Escrituras. Es llevado al pretorio; y sigue á los que le llevan, aquel que en breve atraerá á sí todas las cosas, como cordero mansísimo: es expuesto á los ojos de todos á quienes él amaba como á la niña de sus ojos. Sueltan los verdugos los lazos y le despojan de sus vestidos. Estando ya descubiertamente desnudo á los ojos de todos, entonces *apareció la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador*[2]. ¿Donde estás ahora infeliz Adan? ¿Qué huyes temeroso á las hojas de la higuera para cubrir la desnudez de tu carne? Tú atemorizado te ocultas entre los arbustos, diciendo: *Oí tu voz en el paraiso, y temí porque me hallaba desnudo*[3]. Ea no temas: sal del huerto del paraiso al pretorio de Pilatos: no tienes que temer aunque estés desnudo. Por compañero de tu desnudez tienes al mismo hijo de Dios. Si te acuerdas, de

1 Matth. xx. 2 Ad Tit. III. 4. 3 Genes. III. 10.

boca de Dios oiste en el paraiso: *Ved que Adan se ha hecho como uno de nosotros*[1]. Dile tú tambien ahora: ved que Dios se ha hecho como uno de nosotros. Yo soy hombre, y Dios es hombre: yo estoy desnudo, y Dios desnudo. Nosotros los hijos de Adan desnudos salimos del vientre de nuestra madre; pero no seremos admitidos desnudos en el reino de nuestro Padre. Al desnudo se le dirá alli lo del Evangelio: *Amigo, ¿cómo entraste aqui sin tener la vestidura nupcial*[2]? Y el juez dirá entonces á los atormentadores: *Arrojadle ligado de pies y manos en las tinieblas exteriores*[3]. Luego los que hemos nacido desnudos, debemos procurar no morir desnudos. Porque todos los *domésticos* de Dios *estan vestidos de vestiduras dobles*[4], del vestido de la gracia y de la gloria: todos los ciudadanos de la celestial Jerusalen *estan cubiertos de estolas blancas*[5]: allí no se admite ningun desnudo. Pero yo que perdí mi primera estola en el paraiso, ¿dónde la recobraré? Donde la recobró el hijo pródigo. Te ausentaste, infeliz, *de tu padre, y te fuiste á una region apartada*[6], y allí, como aquel peregrino de Jericó, caiste en manos de ladrones, los cuales te despojaron; de modo que de ti puede decirse lo del Apocalipsis: *Tú eres infeliz y miserable, y pobre, y ciego y desnudo*[7]. ¿Y qué remedio? Escucha lo que á ti desnudo te dice Jesus desnudo: lo mismo que sigue en el Apocalipsis: *Persuádete que compres de mí oro encendido y*

1 Gen. III. 22. 2 Matth. XXII. 12. 3 Ibid. 4 Prov. XXXI. 21. 5 Apoc. VII. 13. 6 Luc. XV. 7 Apoc. III.

acrisolado, para que te hagas rico, y te vistas de vestidos blancos, y no aparezca la confusion de tu desnudez[1]. Imita al pródigo desnudo. Levántate y vuelve á tu Padre: manifiéstale tus pecados: descúbrele tu conciencia: dile con voz compungida, y corazon contrito y humillado: *Padre pequé contra el cielo y ante ti*[2]. Y al punto, al punto clamará la misericordia: *Pronto, sacad la estola primera y vestidle*[3]. Por eso es desnudado de sus vestidos en el pretorio de Pilatos el Rey de la gloria, para que el alma desnuda sea vestida de la estola de la gracia. O Jesus, á ti desnudo recurrimos nosotros desnudos. ¿Y qué otra cosa diremos en tu presencia sino lo del Apostol: *Ved que estamos hambrientos, y sedientos y desnudos*[4]? Remediaste nuestra hambre cuando nos diste tu cuerpo en comida, diciendo: *Recibid y comed*[5]. Para nuestra sed dejaste el caliz de tu sangre, diciendo: *Bebed de esto todos*[6]. Asi ya no tenemos mas hambre; pero aun nos resta que *estamos desnudos*. O qué dura es la desnudez del alma cuando en ella se ha resfriado la caridad. Estamos aqui *en un lugar de horror y una vasta soledad, donde sopla el frio viento Aquilon*[7], *y nosotros estamos desnudos*[8]. Mandaste por tu profeta: *Cuando vieres al desnudo, cúbrele*[9]. Vesme aqui desnudo, cúbreme. En tierra yacen tus vestiduras, cúbreme con ellas, y yo sé que por ellas tu Padre me bendecirá, y seré bendito.

1 Apoc. III. 18. 2 Luc. XV. 3 Ibid. 4 1. Cor. IV. 11. 5 Matth. XXVI. 26. 6 Ibid. 17. 7 Deut. XXXII. 10. 8 Eccles. XLIII. 22. 9 Isai. LVIII. 7.

§. II.

Es atado.

Todo lo vence el amor. Pero el hombre fuertemente impío, para vencer el amor de Cristo, quiso atar á Cristo, como si fuese lo mismo estar vencido que atado. Cristo, acercándose á la columna, la abraza, dando á entender que si es atado á ella, no es porque el hombre pudo atarle, sino porque él quiso ser atado. Fue pues amarrado á la columna de pies, y manos y cuello; á saber, para que no huyese aquel que venia buscando á los que huian de él.

Lo que despues decia el discípulo de Cristo, Pablo, esto mismo decia entonces el maestro de aquel discípulo, Jesus: aquel decia: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo*[1]? Cristo dice: ¿quién me separará de la caridad del hombre? *¿Acaso la tribulacion ó la angustia?* Pero *la tribulacion y la angustia vinieron sobre mí. ¿Acaso la hambre*[2]*?* Cuarenta dias ayuné hasta estar hambriento. *¿Acaso la desnudez?* Aqui estoy desnudo. *¿Acaso la persecucion? Muchos son los que me persiguen y atribulan*[3]. *¿Acaso la espada? Como á ladron salieron con espadas y palos á prenderme*[4]. ¿Qué cosa pues me separará de la caridad del hombre? Cierto estoy que ni las prisiones, ni los azotes, ni las bofeta-

1 Rom. VIII. 35. 2 Psalm. CXVIII. 143. 3 Ibid. CXVIII. 157. 4 Matth. XXVI. 55.

das, ni las espinas, ni los clavos, ni la cruz, ni la muerte, ni criatura alguna podrá separarme de la caridad del hombre por quien me hice hombre. ¿Y dudas aun, ó hombre, del amor de Jesus para contigo? ¿Qué prueba mas clara de su amor puedes exigir, que la del sudor que derramó por ti en sus molestos viages, las lágrimas en sus fervientes ruegos, la sangre en sus horribles tormentos? Tanto te ama Jesus, que si la omnipotencia de su naturaleza divina no sostuviese y confortase á la naturaleza humana, desnudo y atado á la columna, antes de recibir golpe alguno de los azotes, hubiera espirado de la vehemencia del amor: ¿y no es esta suficiente prueba del amor de Jesus para contigo? Ninguna duda puede haber que todos los ángeles y bienaventurados ardentísimamente aman á la Santísima Trinidad. Y con todo mayor es el amor de Cristo á una alma de las que le aman, que el de todos los nueve coros angélicos, y el de todos los bienaventurados á la Santísima Trinidad. Y aun despues de tanto amor ¿se encontrará alguno que no ame á Jesus? Verdaderamente deberia esto reputarse por el mayor prodigio jamas oido ó visto en la tierra: que se hallase en el mundo un hombre que no amase á Jesus. Y aun deberia á vista de tal hombre, como de un monstruo inaudito y abominable, asombrarse el cielo, eclipsarse el sol, obscurecerse los astros, desquiciarse la tierra, romperse las piedras, henderse los peñascos. Esto debia pensarse de semejante portento como hallarse un hombre que no amase á Jesus. Y con todo se ha hallado hom-

bre, y no uno solo sino el mundo todo puesto en la malignidad, que le ha pagado con odio su dilección. ¿Por ventura cuando ves aquí al hijo de Dios á la columna atado y desnudo, no puedes decir: *Este está puesto por señal de contradiccion*[1]? ¿Por ventura no dicen todos que es indigno de ser cubierto con los vestidos? Por eso se los quitan y le desnudan. ¿No dicen todos que es digno de que como un vilísimo esclavo sea despedazado con las varas, las correas, los azotes? Por eso le atan á la columna. ¿No está aquí verdaderamente puesto como un blanco, para que tiren todos contra él las injurias, los odios, las calumnias, las contumelias, los oprobrios, las maldiciones, las maquinaciones del mas sangriento destrozo y de la muerte? ¿No ves aquí extendidos todos los brazos de los hombres, armadas de azotes todas sus manos, para ensangrentar, dilacerar, despedazar el cuerpo de Jesus? Todos nosotros cuantos aquí estamos, antes que naciésemos, herimos á Jesus; porque no fueron, no, los brazos de los judíos los que azotaron á Cristo, sino los delitos nuestros y de nuestros padres. Oid al Padre Eterno hablar de su hijo herido. *Por los delitos de mi pueblo le heri*[2]. ¿Quién es este pueblo por quien el hijo de Dios fue herido? ¿El judaico, ó el gentil, ó el cristiano? Cualquiera que cometió el delito, ese es el agresor de Jesus herido. El que se halle pues exento de delito, ese jáctese de estar exento de la muerte de Jesus. Nosotros pues, que

1 Luc. II. 34. 2 Isai. LIII. 8.

hemos delinquido, somos los mismos que le herimos. ¿Qué digo herimos? Esto significa lo que ya ha pasado. Aun ahora al presente le herimos. Ni aun esto basta: aun le herirémos muchas veces. Quizá una hora antes de concurrir á este templo le heristeis ó con miradas lascivas, ó con acciones impuras, ó con pensamientos depravados, ó con intenciones malignas, ó con labios maldicientes. Quizá ahora mismo le estaréis hiriendo, cuando ois la pasion de Jesus sin dolor de vuestra alma, sin un suspiro de vuestro corazon, sin un sentimiento de vuestro amor. ¡O pedernales! ¡O mármoles! Aulla un perro herido, y lo sentis: es azotado el hijo de Dios, y os alegrais. Jesus á la vehemencia del dolor casi espira; y nadie de amor de Jesus siquiera suspira. Corre la sangre copiosamente de todas las venas de su cuerpo; y no sale ni una sola lágrima de nuestros ojos. Abrense por todas partes disformes heridas en su despedazado cuerpo; y nosotros ni una vez sola herimos nuestro pecho. ¡O Jesus! ¿qué dirás tú á vista de esto? Si antiguamente, antes que te hicieses hombre, antes que sudases por el hombre, antes que fueses azotado por el hombre, dijiste: *Pésame de haber hecho al hombre* [1]: ¿qué dirás ahora cuando entre tantos hombres no hay un hombre que no te aborrezca, te maldiga, te persiga, te despoje de tus vestidos, te ate con cordeles, maquine tu exterminio? *Entonces, interiormente penetrado de dolor del corazon*, tronabas de lo alto y amena-

1 Genes. VI.

zabas: *exterminaré á todo hombre que he criado de sobre la tierra.* ¿Qué truenos deberemos temer ahora de tu boca? ¿Qué rayos no debemos recelar? ¿Qué esperanza nos queda de redencion despues de tantas injurias contra el Redentor? ¡O miserable de mí, cuando ya *no haya quien redima ni quien haga salvo* [1]! ¿Cómo he de atreverme, entre tantos motivos de temor, á decir con David: *Redimeme, y ten misericordia de mí* [2]? ¿Qué temes el no ser redimida, alma mia? Asi habla por su profeta el que puso por ti su alma: *No quieras temer, porque te redimí, y te llamé por tu nombre: mio eres tú* [3]. Luego si soy tuyo, te diré yo á ti, Salvador mio: *tuyo soy yo, hazme salvo* [4].

§. III.

Es azotado.

Para proponer un misterio lleno de inmenso asombro y de infinito amor, convoco antes como á un celebérrimo teatro de todo el universo á los cielos y á la tierra, á los hombres y á los ángeles, y aun á los mismos demonios, fieros ministros de la justicia, para que miren á aquel, que en el atrio de Pilatos es hecho *espectáculo al mundo, y á los ángeles y á los hombres* [5]. ¡O Padre! ven á ser espectador de esta tragedia de que yo fui autor. Mas tambien te ruego que si vieres la

1 Psalm. VII. 3. 2 Ibid. XXV. 11. 3 Isai. XLIII. 1. 4 Psalm. CXVIII. 94. 5 1. Cor. IV. 9.

mano del pecador extendida sobre el cuerpo de tu hijo, si ves nuestras manos llenas de sangre, alejes tu mano de nosotros: porque ese mismo hijo tuyo, que es herido por los pecadores, padece por los pecadores. Asiste tambien tú, ó justicia, y verás pagadas nuestras deudas hasta el último quadrante. Ni ya de aqui adelante puede temerse algun castigo, cuando por los que le merecian tan copiosa es la redencion. Entre tanto quédese todo en la tierra en un profundo silencio, mientras nuestro Salvador obra en medio de la tierra nuestra salvacion. No se oigan aqui los lamentos de los que estan sentados llorando sobre los rios de Babilonia: no resuene aqui la lira de David: *Ten misericordia de mí, Señor*[1]. No es necesario que *entre el vestíbulo y el altar*[2] lloren los sacerdotes: *Perdona, Señor, perdona á tu pueblo.* No se oiga aqui la voz del pródigo. *Pequé contra el cielo*[3]. Por la salvacion de todos basta una voz sola: la voz de la sangre de nuestro hermano. Mas para que se oiga la voz de esta sangre, ábranse con los azotes todos los miembros de su cuerpo. Este misterio de Dios azotado en la humanidad, tan grande que no puede entenderse cuanto mas explicarse, oidle en compendio. Asi le pinta San Gerónimo[4]: „Se „acercan seis verdugos: dos de ellos con varas „espinosas; dos con nudosas correas; dos con ca„denas de hierro: empiezan los primeros á herir„le con todas sus fuerzas; añádense heridas á he-

1 Psalm. L. 2 Ioel II. 17. 3 Luc. XV. 4 En la Glosa ordinaria.

„ridas; corre la sangre. Cansados los primeros „entran los segundos, y sobre las llagas antiguas „añaden heridas nuevas: á los cuales siguen des- „pues los terceros, que con garfios arrancan la „carne y la piel." ¡O cielo! ¡ó tierra! ¡ó santos! ¡ó infiernos! ¡ó todo cuanto siente! ¡ó todo lo insensible! ¡ó todo lo demas á que puedo dirigir mi voz! ¿Por ventura no diré yo aqui bien con Jeremías: *Quién oyó tales cosas, tan horribles como las que hizo con exceso*[1] el linage de los hijos de los hombres? *El verbo se hizo carne*[2] para que fuese salva toda carne; pero el hombre no puede sufrir que Dios sea hombre. Y asi los hombres convertidos como en rabiosas fieras, primero se despojaron de toda humanidad, y despues intentan exterminar del todo con penas atrocísimas la humanidad de Jesus; como sino pudiesen tolerar que Jesus fuese Dios y permaneciese hombre. Asi con el mas furioso ímpetu se arrojan sobre la carne del Verbo encarnado, para que la humanidad, no pudiendo sufrir tantos tormentos, se rinda. Con azotes, con correas, con golpes repetidos unos sobre otros como sobre un yunque, arrancan fuerte y atrozmente el cutis de la carne, la carne de los huesos; y aun destruyen cuanto pueden la organizacion y la figura del cuerpo humano. Nada querrian dejar en él, ni sangre en las venas, ni vigor en los nervios, ni fuerza en los miembros, ni union en las articulaciones, ni carne en los huesos, ni agilidad en las manos, ni firmeza en los pies, ni cabellos

1 Ier. XVIII. 13. 2 Ioann. 1.

en la cabeza, ni belleza en el rostro, ni espíritu en el cuerpo, y por mejor decir ni aun figura de hombre en la humanidad: de modo que nunca mas verdaderamente que ahora puede apropiarse aquellas palabras suyas en David: *Yo soy gusano y no hombre*[1]. *¿No es esta voz tuya, Padre mio*[2]*? Voz mia* es, hijo mio. *Gusano y no hombre.* Fui en otro tiempo *el mas hermoso entre los hijos de los hombres*[3]; pero ahora por ti *soy gusano y no hombre.* Tú, ó hombre, te vistes de púrpura y holanda, comes cada dia espléndidamente, pasas entre bienes tus dias; y yo por ti *soy gusano y no hombre.* Y tú, mi amantísimo Jesus, en tal situacion, ó por mejor decir en tal abatimiento, en esas tus injurias, dolores, martirios de azotes y heridas, despedazados tus miembros, descoyuntados, abiertas las venas, quebrantado y ensangrentado tu cuerpo; ¿qué haces? ¿cuál es tu ánimo? ¿cuál tu intencion? entre tantas aflicciones, ¿qué pensamientos son los tuyos? *Yo pienso pensamientos de paz y no de afliccion*[4]. Pienso, no cómo castigarte en la tierra, sino cómo coronarte en el cielo. Pienso, no en tomar venganza, sino en perdonar la culpa. Pienso, que puedo hacer mas por mi viña, que no haya hecho. O Jesus, ahora verdaderamente esposo de sangre, todos clamamos á ti con la misma voz que los judíos, pero no con la misma intencion: tu sangre sobre nosotros y sobre nuestras almas. Tu sangre, que en el pretorio de Pi-

1 Psalm. xxi. 7. 2 1. Reg. xxvi. 17. 3 Psalm. xliii. 3. 4 Ierem. xxix. 11.

latos fue exprimida, no tanto por el furor de los enemigos como por tu amor á los enemigos, sea sobre nosotros: tu sangre formada por el Espíritu Santo, para que seamos santos, sea sobre nosotros: tu sangre tomada de las castísimas entrañas de la Virgen, para que seamos castos, sea sobre nosotros: tu sangre, para que reciban el perdon nuestros pecados, sea sobre nosotros: *porque sin efusion de sangre no hay remision*[1]. Tu sangre derramada de tu santísimo cuerpo, para que no seamos reos de tu cuerpo y sangre, sea sobre nosotros. Finalmente tu sangre, de tus sacratísimos miembros, derramada por tus miembros (pues lo somos de un mismo cuerpo), sea sobre nosotros y nuestras almas; para que despues de blanquear nuestras estolas en tu sangre, podamos redimidos por ti cantar con todos sus escogidos aquel sagrado cántico: *Redimistenos para Dios en tu sangre*[2].

MEDITACION III.

Del mismo misterio.

Gran misterio, y que excede toda fe, fuera de aquella que es superior á las fuerzas naturales, é infundida por Dios; gran misterio es el sacramento de sangre, de todo un Dios azotado por los hombres por el amor de los hombres. El cual tan lleno está de no sé qué horror, que es delito oirle referir, y no conmoverse á detestar

1 Hebr. IX. 21. 2 Apoc. V. 11.

los delitos. Por eso cualquiera que aqui estás oyendo lo que se va á referir, te prevengo y aviso que compongas y dispongas tu alma para detestar tus delitos, por los cuales tantas y tales cosas padeció el castigador de las maldades, y el juez de los malvados. Y por cuanto trataremos este punto segun costumbre en tres puntos, mezclaremos con ellos tres actos principales de las virtudes, fe, esperanza y caridad: para que con este cordon triplicado de caridad, que dificilmente se rompe, nos enlacemos con aquel que es caridad.

Nada dejó Pilatos por hacer para libertar á Cristo de la muerte; nada omitieron los judíos para dar la muerte á Cristo. Asi mientras uno contra todos intenta eximirle de la muerte; y por el contrario los otros todos cada uno intentan exterminarle con la muerte; en esta competencia, en medio de todo cuanto hacia, vió Pilatos que trabajaba inutilmente. De aqui es que parte á favor de Cristo, parte contra Cristo, á quien no se atrevió á quitar la vida injustamente, quiso corregir contra toda justicia. Y asi dijo á los judíos: *Ninguna causa hallo en él: le corregiré pues y soltaré* [1]. Y sin detencion alguna entran arrebatados de furor seis verdugos en el atrio, rabiosos y enfurecidos, crueles y sangrientos, inflamados en un odio desmedido, despidiendo crueldad por todo su semblante, y castigándole ya antes con los ojos que con los brazos. Bien pudiera aqui decir Cristo de ellos: *Recogió su*

1 Luc. xxiii. 22.

furor contra mi, y amenazándome, bramó y rechinó contra mi sus dientes: mi enemigo me miró con ojos terribles [1]. Asi este Dios, antes tan terrible, ahora tan amable, á nadie sino al demonio formidable, sin pronunciar una palabra, con la mayor modestia, con igual paciencia, como si estuviese destituido de toda potestad, se entrega á la potestad de los sayones; se deja traer, arrebatar, maltratar, burlar, despojar, quitar los vestidos, desnudar, y amarrar fortísimamente á la columna con nudosos cordeles. ¿Pero con qué cordeles pudo ser atado este gran Sanson? Responde San Lorenzo Justiniano: *La gloria de tu Padre que te impele, la infinita miseria mia que te atrae, la divina justicia que te estrecha, la soberana é inefable gracia que en ti habita; estos son los cordeles con que eres atado á la columna* [2]. Mas aparto mi discurso de Cristo atado, y le dirijo á vosotros que le atasteis. Aqui está presente Cristo, atado antiguamente en el atrio de Pilatos por causa de vosotros, y por mano de vosotros. ¿Qué sucederia si se expusiese aqui á los ojos de todos en la misma situacion en que estuvo en el pretorio de Pilatos desnudo y atado á la columna? ¿No acudiria entonces cada uno de nosotros movido de compasion sobre este Padre de las misericordias, aplicaria sus manos, desataria sus nudos, romperia sus lazos, le libraria de los cordeles? Pues en vuestra mano está emplear las manos en una obra no menos piadosa que deseable. Cierto es

1 Iob xvi. 10. 2 De triumph. Agn. 6. 14.

que no hay ni puede haber lazos con que sea atado el infinito poder de Cristo. No fueron pues los que le ataron los brazos de los sayones, sino tus delitos. Tú atado de pies y manos merecias ser arrojado en las tinieblas exteriores: por tanto quiso ser atado de pies y manos tu Salvador. Luego si tus delitos fueron los lazos de Cristo, estando en tu mano hacer que seas absuelto de tus pecados, tambien está en tu arbitrio el soltar á Cristo sus lazos. Esto lo puedes hacer en este sitio, en esta hora, si con corazon contrito y humillado te llegas á los pies del sacerdote, y alli con amargura de tu alma confiesas tus delitos. Al instante que el ministro de Cristo pronuncie aquellas palabras: *Yo te absuelvo de tus pecados*, es Cristo libertado de sus lazos. ¡O fe! qué no nos obligas á creer! ¡que nosotros débiles podemos á nuestro arbitrio atar y desatar al omnipotente! Pero como tú, Jesus mio, estás ahí atado con esos lazos á la columna, para hacer yo tambien lo que tú hiciste, tengo tambien yo lazos con que sea atada mi alma, tengo tambien yo columna á que atarla. De esta columna habla un siervo tuvo y maestro mio, Pablo: *Para que sepas como debes conversar en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad* [1]. Tengo tambien cordel con que ser atado á esta columna, el cual es la fe. Con este pues, *cautivando todo conocimiento en obsequio de Cristo*, ligo aqui mi entendimiento y todos mis sentidos, y todo mi ser, con todas sus facultades.

1 1. Timoth. III. 13.

Y asi atado aqui mi entendimiento á esta columna de la verdad, clamaré con voz diferente, pero con confianza semejante á la de Pablo: ¿quién me separará de esta columna? ¿de la verdad de la fe? Cierto estoy que ni las piedras de Esteban, ni la cruz de Pedro, ni la espada de Pablo, ni la lanza de Tomas, ni las varas de Santiago, ni las parrillas de Lorenzo, ni las saetas de Sebastian, ni todos los tormentos y martirios atrocísimos de todos los mártires, podrán separarme de esta columna. Nada he dicho aun. Prontísimo estoy á todas las penas que ó puede inventar la crueldad de los hombres, ó causar la malignidad de los demonios; y preparado á sufrir antes todos los tormentos del infierno, que discrepar en un punto de un artículo de fe, que negar una jota ó un ápice de los expresados ó pronunciados por ti, ó Jesus. De ningun modo quiero que mi razon juzgue estas cosas, porque sobrepujan á la razon; sino le mando que se sujete á ti, que se rinda y postre debajo de tus pies, y con fe inconcusa suscriba á tu santísima sentencia, por mas difíciles que le parezcan de entender las verdades que tú enseñas. Y entre estas verdades enseñadas por ti, es para mí verdaderísimo y certísimo que tú estás en la Eucaristía con toda tu divinidad y humanidad, y mas verdadero y cierto que todas las demostraciones, definiciones, axiomas, principios evidentes por la luz natural; mas verdadero y cierto que todas las cosas que vemos, que oimos, que gustamos, que olemos, que palpamos, que percibimos por los sentidos. Esta es la columna de la cual no me separaré antes que mi

alma se separe de mi cuerpo. Esta la columna en que estaré y permaneceré fijo y con pie firme; en que pelearé, venceré, triunfaré, hasta que suelto de esta columna, despues en tu templo como en columna firme, que nunca ha de faltar, me establezca y perpetúe.

§. II.

Es azotado.

Hasta aquí nos hemos prevenido para la catástrofe de esta funesta tragedia. Despues de los lazos siguen los azotes. Seis sayones pues fuertes, nerviosos y membrudos, previenen los instrumentos de la crueldad: los cuales alternativamente, sucediendo á los cansados los que no lo estaban, inhumanísimamente se encruelecen en la carne del mansísimo Jesus. Estos hacian correr la sangre; aquellos golpeaban su carne, la molian, la martirizaban; los postreros aun arrancaban los pedazos y los sacudian por el aire. *Tan duramente* (dice San Bernardo) *fue azotado el Señor, que su sangre saltaba por el aire* [1]. Asi como á competencia se encarnizan en aquel cuerpo tiernísimo con todas sus fuerzas, y reunidos todos los esfuerzos, corre por todas partes la sangre, ábrense las venas, comprímense las arterias, quebrántanse los nervios, la carne toda se disuelve. ¿Os admirais de tanta fiereza? Pues algunos de los santos Padres piensan que los demonios se entraron

[1] Tract. de Pass. cap.

en los cuerpos de los sayones para que con mayor atrocidad se enfureciesen contra él; y que asi todos los sayones estuvieron poseidos del demonio. Y asi entienden aquellas palabras: *Esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas* [1]. Alfonso y Adulfo juzgan que el número de azotes que le dieron fue de quince mil trescientos setenta [2]. Lamspergio escribe que por revelacion divina se supo que las gotas de sangre que hicieron derramar á Cristo con los azotes pasaron de doscientas treinta mil. De la providencia de Dios se dice: *Todo lo dispuse en peso y en número y en medida* [3]. Pero el que todo lo padece á todo esto excede y sobrepuja. El peso de los golpes, el número de las llagas, la medida de la duracion, son excesivos, si se compara la dignidad del que padece con la indignidad de los delincuentes, ó con la gravedad de los delitos. Pero ligeros son los golpes, cortas las llagas, momentánea la pasion, si se comparan con el amor del que padece, y con el deseo de padecer mas y mas. Porque este es excesivo, no admite peso, no cabe en número. Tanto era el amor de Cristo, no sólo en general á todo el linage humano, sino en particular á ti, cualquiera que me estás oyendo, que estaba prontísimo por la salvacion de ti solo á recibir tantos golpes como arenas tiene el mar; tantas llagas como estrellas tiene el cielo; á derramar tantas gotas de sangre como átomos hay en la region del aire. Preparado estaba á ser continuamente azotado no por espacio de una hora,

1 Luc. xxii. 53. 2 Ita Salmeron de flagellatione. 3 Sap. xi. 21.

sino ya desde el primer dia del mundo hasta el último. De quien asi te ama, ¿qué no puedes, ó por mejor decir, qué no debes esperar? Ahora pues esfuerza tu esperanza, ó alma; y tan fuerte como antes te mostraste en creer, muéstrate ahora esforzada en esperar. Primeramente examina cuanta es la indignidad del pecado, cuanta la dignidad de la persona con el pecado ofendida. Tan grande es la injuria que hacemos cuando ofendemos á la divina bondad, que si hubiese un hombre dotado de gracia infinita, y aunque hubiese innumerables mundos llenos de tales hombres adornados de infinita gracia; sin embargo, cuanto hiciesen todos ellos, cuanto padeciesen aun por toda la eternidad por sola una culpa mortal, aun la mas pequeña, no podria satisfacer á la justicia divina. Tanta es la malicia del pecado. Ved ahora cuanta es la excelencia de Cristo. Cuando todas las obras de los hombres todos y los ángeles, aunque fuesen infinitos, no bastan para satisfacer á Dios por un pecado solo aunque sea el mas pequeño; una sola accion de Cristo, la mas mínima, es de tanto mérito, de tan excesivo precio, que puede con toda igualdad y con todo rigor de justicia satisfacer por todos los pecados que se han cometido y se han de cometer; y aun los que puede fingirse ó imaginarse que pueden cometerse, aunque fuesen infinitos en número los hombres que pecasen. Si cualquiera accion de Cristo, aun la mas mínima, un solo suspiro suyo, una sola palabra, un solo pensamiento, es de tanto mérito ante su Padre, de tanto precio por mí; ¿qué no deberé esperar de tanta abundancia de

sangre como ha derramado por mí? Aliéntate pues, ó alma; mira y repara cuantos tesoros tienes aqui en Cristro. Basta una gota de la sangre de Cristo para que alcances la fe de Abrahan, la castidad de Josef, la paciencia de Job, la mansedumbre de Moises, la santidad de David: para que adquieras la caridad de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la pureza de las vírgenes, la perfeccion de la misma madre de Dios; finalmente todas las gracias de los santos y los ángeles del cielo. Aunque yo solo tuviese todas las gracias y virtudes, y sobrenaturales bienes de todos los hombres que hay, hubo y habrá, todavía merece mas una sola accion de Cristo. Habiendo pues sídome entregados todos tus bienes por tu Padre, no puedo esperar tantas y tan grandes cosas, que no sean mas y mayores las que tú me has merecido, y que yo, aunque sin méritos, puedo alcanzar con los tuyos. Ahora pues confio que no hay ímpetu alguno de la carne, del mundo, del demonio, tan vehemente que yo no pueda resistir; ningun vicio tan arraigado que no pueda extirpar; ningun pecado tan importuno que no le pueda evitar; ninguna virtud tan árdua que no la pueda adquirir: ningun don tan excelente que no le pueda alcanzar, siéndome aplicados tus méritos por tu gracia: y por mejor decir, por cuanto me has dado todas tus cosas certísimamente espero ya que todo lo puedo ya por ti. Espero pues por tu sangre, tan copiosamente por mí derramada, que se me han de abrir las puertas de tu reino. Y deseo que en todos mis huesos sean esculpidas, y

con la misma sangre de mis venas rubricadas, estas palabras: *Dios mio, tú eres la esperanza mia.*

§. III.

Piadosas quejas de Cristo azotado á los hombres.

Resta el tercer cordon con que te ligues á Cristo en la columna, que es la caridad. Y para que de tal modo te ates que ninguno pueda separarte de él, introduciré ahora hablando contigo al mismo que antes viste padeciendo por ti. Cristo, siendo ya apenas mas que una pura llaga desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza, volviendo sus ensangrentados ojos de la columna á ti, todo penetrado de amor, te habla con estas amables palabras, con las mismas que antiguamente habló Isaac á su hijo primogénito Esaú: *Ademas de esto, hijo mio, ¿qué he de hacer por ti*[1]? Hubo, hijo mio, un tiempo en que no existias; y con todo ya entonces mi amor estaba contigo: y tú, que nada eras, y desde abeterno nada habias sido, tuviste ser por mí y de mí. Apenas empezaste á ser, ya pereciste; porque concebido en pecado, y todo nacido en pecado, eras heredero del infierno, como hijo de ira: pero adoptado por mí como hijo de gracia, fuiste hecho tambien coheredero de mi gloria. *Y ademas de esto, ¿qué he de hacer por ti, hijo mio?* Despues, olvidado de tu hacedor, huias vagabundo de mi presencia, y caminabas por la senda ancha,

1 Gen. xxvi. 37.

que conduce á la perdicion, perdiéndote, y á otros contigo. Mas para buscarte perdido descendí del cielo, y entrando en este lugar de horror y de vasta soledad, corrí con sudor de mi rostro para reducirte á ti oveja descarriada al redil, y para conducirte por las sendas rectas; y de tal modo trabajé por tu salvacion, como si yo hubiese de ser infeliz si tú no fueses bienaventurado. *Y sobre esto, hijo mio, ¿qué he de hacer por ti? Como una madre ama á su hijo único, así yo te amaba* [1]. Y por eso te dí todos los bienes mios, y me cargué con todos los males tuyos; por ti me hice hombre, tomé sobre mí todas las cosas propias de la debilidad humana: por ti tuve hambre y sed, ayuné y velé: por tu amor padecí prisiones y azotes, bofetadas y oprobrios: por ti se vió desfigurado mi semblante, oprimidos mis ojos de lágrimas, cárdenas mis megillas, arrancados mis cabellos, dilacerada mi cutis, despedazada mi carne, abiertas mis venas, patentes mis entrañas, abiertas tantas heridas, ensangrentado todo mi cuerpo, y saliendo de mi boca, narices y ojos abundantes rios de sangre. Cuanto tengo dí; cuanto pude padecí; cuanto en mi arbitrio estuvo hice. *Y ademas de esto, hijo mio, ¿qué mas he de hacer por ti?* Padre mio, ¿qué quieres que yo haga por ti? O Cristo, verdadero Dios de caridad, bien sé lo que de mí quieres, lo que de mí deseas. Pídesme, como si necesitases de mis bienes, que te dé el corazon. Pero insensato seré, y sin corazon, si quiero tener corazon para otro

1. II. Reg. XI. 26.

fin que para amarte con todo él, del todo, en todo, y sobre todo; á ti, que eres mi suma felicidad, mi primer principio, mi último fin, de quien es todo, por quien todo y en quien todo: pues todas las cosas que hay y puede haber son como arroyuelos de tu suprema bondad, como rayos de tu eterna luz, como centellas de tu inmenso amor, como débiles partículas de tu infinita grandeza. ¿De qué me sirve el entendimiento, sino para conocerte? ¿La voluntad, sino para amarte? ¿La memoria, sino para acordarme siempre de ti y nunca olvidarte? ¡O quién tuviera tanto amor como los serafines abrasados, y los bienaventurados todos! Ojalá tuviese yo tantos corazones como estrellas tiene el cielo, el fuego chispas, el aire átomos, el mar gotas, la tierra arenas; tantos corazones cuantos puede criar tu omnipotencia, para que con todos ellos pudiese yo amarte sobre todas las cosas. Mas pues no hay amor alguno tan digno, ni que pueda igualarse con tus méritos y con tu grandeza, como tu amor eterno, infinito, y de tu misma naturaleza; este te ofrezco, ó Dios mio. Amate tú cuanto eres amable; y concédeme que te ame yo tanto cuanto puedes ser amado, ó amor del amor mio,

MEDITACION IV.

DEL MISMO MISTERIO.

§. I.

Es desnudado.

Hasta aqui las palabras y las amenazas. Clemente fue hasta ahora el judío, manso el romano, mientras la lengua sola sirvió á la crueldad. Cuanto se ha oido hasta aqui no es mas que el proemio de la oracion: cuanto se ha visto es solo un bosquejo del combate: cuanto se ha hecho no es mas que el preludio de la tragedia. Ya no se queda en amenazas: ya se arroja en medio el estímulo para la carrera: ya se da la señal para el combate: ya se egecuta una cosa grande dentro del pretorio de Pilatos. Pero antes de presentar en esta sanguinaria escena de la crueldad mas bárbara al hijo de Dios, que aun azotado lleva la corona, porque alli fue hecho espectáculo al mundo, á los ángeles y hombres; llamo por testigos de este espectáculo al mundo, y á los ángeles y á los hombre. Al mundo, *porque siendo el mundo hecho por él, el mundo no le conoció*[1]; pero ahora le conoce, y reconoce con aquellos samaritanos, que *este es verdaderamente el Salvador del mundo*[2]. Pues es el *Cordero que quita los pecados del mundo*[3]. Vosotros ángeles, asis-

1 Ioann. I. 10. 2 Ibid. IV. 42. 3 Ibid. I. 29.

tid; porque ya debe en vosotros cumplirse aquel vaticinio de vosotros : *Los ángeles de paz llorarán amargamente*[1]. Presentaos aqui tambien principalmente vosotros , ó hombres , para que entendais que verdaderamente *quiere Dios que todos los hombres se salven*[2]. Delante de tantos y tan grandes testigos y espectadores, poseido de un gran pavor , entro en un misterio lleno de inmenso amor , que *estuvo escondido á los siglos y á las generaciones*[3].

Hasta aqui la sinagoga, como en un combate solo preparatorio , se habia ensayado para la batalla decisiva de su crueldad con la caridad de Cristo : ya como preparada la tropa toca al arma y convoca á la legion mas escogida de los romanos, para ver si podia sufrir mas penas la caridad de Cristo, que darlas la crueldad de los verdugos. Es llevado al pretorio el hijo de Dios para derramar su sangre por aquellos mismos que la habian de derramar. Mandan los abatidos hijos de la tierra al Rey de los cielos que se despoje de sus vestiduras , aquellas que con solo tocar su orilla daban salud á los que las tocaban. Obedece el Rey de los reyes á los mandatos de los verdugos; y parte de ellas se las quita voluntariamente por sí mismo: parte se las quitan ellos presurosos para martirizarle. O Padre eterno , ve aqui á tu hijo, que *descendiendo de Jerusalen á Jericó ha caido en manos de ladrones, que le despojaron*[4]. Desnudo está. Y tú mandaste por tu

1 Isai. xxxiii. 7. 2 1. Timot. ii. 4. 3 Colos. i. 26. 4 Luc. x. 30.

Profeta: *Cuando vieres al desnudo, cúbrele*[1]. Vesle desnudo: ¿cómo no le cubres? Apenas se presentó delante de su padre medio desnudo el pródigo, cuando su padre, que aun estaba distante, corriendo dijo á sus siervos: *Sacad pronto la vestidura principal y vestidle*[2]. Ve aqui á tu hijo pródigo en el amor, desnudo está: ¿cómo no dices á tus siervos, á esos espíritus ministros tuyos: *sacad pronto la estola primera y vestidle*? Sacad, ó ángeles, aquel vestido en que está escrito: *Rey de los reyes y Señor de los señores*[3]. Pero mientras yo solicito cubrir á Cristo desnudo, veo á este amado todo ya cándido y rubicundo; porque igualmente desempeñó su encargo aqui en el atrio de Pilatos el pudor, que en el huerto de Getsemaní el temor. Toda la sangre que el temor recogió alli al corazon, la impele aqui el pudor á lo exterior y á las extremidades del cuerpo: como si gustosamente se ofreciese ya aquella sangre sacratísima á salir. ¡O pecador, que asistes á este espectáculo vestido de púrpura y holanda, pero desnudo de la gracia! ¿Qué estás solícito del vestido? ¿A qué, repito, estás tan solícito de tu cuerpo, diciendo: *¿Con qué nos cubrirémos*[4]? ¡Qué! en breve ¿no *te servirá de lecho la polilla, y estarás cubierto de gusanos*[5]? Tú, que saliste desnudo del vientre de tu madre, desnudo volverás á la tierra. Entonces será despojado del manto el emperador, de las insignias el rey, de la púrpura el mag-

1 Isai. LVIII. 7. 2 Luc. XV. 22. 3 Apoc. XIX. 16. 4 Matth. VI. 31. 5 Isai. XIV. 11.

nate, del uniforme el militar, de la toga el senador, de la capa el filósofo. Porque ante el tribunal de Jesus, ahora desnudo, estaremos todos iguales, esto es, desnudos. Despójate pues de los vestidos de tu gloria; y vístete del saco y del cilicio, ó reo que has de llegar al trono de la justicia. Pon aquí ante los pies de Jesus desnudo todo lo que te sirve para cubrirte con excusas. Pon los velos de los fraudes, las capas de las falacias, los dobleces de las equivocaciones, esto es, los vestidos dobles, no sea que en lugar de la confesion que preparas, *seas vestido como de una túnica doble con tu confusion*[1]. De todas estas cosas me desnudaré, y obedeceré á tu siervo Pablo, que me exhorta: *Vestíos de Jesucristo*[2], para que asi cubierta ya mi desnudez, *cuando esto mortal se vistiere de la inmortalidad*[3], mi alma ya desnuda de este cuerpo oiga de boca de tu Padre: *Vístete los vestidos de tu gloria*[4].

§. II.

Es atado.

Ya habia tiempo que la justicia divina desde su tribunal habia fulminado contra el hombre reo aquella sentencia: *Ligado de pies y manos, arrojadle en las tinieblas exteriores*[5]. Para desatar Cristo estos lazos, se deja ligar de pies y manos. Ofrece pues el amable Jesus para ser

1 Psalm. cviii. 29. 2 Rom. xiii. 14. 3 1. Corinth. xv. 50. 4 Isai. lii. 5 Matth. xxii. 13.

atadas aquellas manos, de las cuales una sola *tiene pendiente de tres dedos la mole de la tierra*[1]. Ellos furibundos y rabiosos atan apretadamente aquellas manos benignamente ofrecidas; y tan apretadamente, que antes sacan sangre los nudos que los azotes. Mas quien le ató no fue el atormentador sino el amor; el amor, que le tuvo sujeto nueve meses en el vientre de su madre, ese fue el que le ató á la columna; el amor, que le *reclinó en el pesebre*[2], le inclinó á la columna; el amor, que le *envolvió en pañales*, le apretó con cordeles. ¡O qué espectáculo para el cielo y para la tierra, ver á aquel que *en el principio crió el cielo y la tierra*, ahora en medio de la tierra, desnudo y atado á una columna, y pronto para los azotes, como si fuese reo de todos los delitos que se han cometido y se han de cometer! Creo que aqui, como escribe San Juan en su Apocalipsi, *se hizo silencio en el cielo como por media hora*[3], cuando se representaba esta escena; y que todos los nueve coros de los ángeles, á vista de una cosa tan inaudita, bajaron del cielo, y volvian sus ojos unas veces al eterno Padre esperando su mandato, para exterminar enteramente á todo el género humano; otras veces á los hombres, para ver si habia alguno de tan desenfrenada osadía, de tan descarada desvergüenza, que osase poner su mano en el Cristo del Señor; otras veces al mismo Cristo, para observar qué haria aquel por quien fueron hechas todas las cosas. Pero Jesus, no ya Dios de los

1. Isai. XL. 12. 2 Luc. II. 7. 3 Apoc. VIII. 1.

egércitos, sino Dios de paz, en el silencio de su corazon pensaba pensamientos de paz. Entonces aquella grande alma, en medio de la mayor aflicion, pensaba en mí, y ofrecia á su Padre su sangre por mi salvacion. ¡Y quién podrá pensar en esto sin desfallecer de amor! Cristo, á quien amenazaba tan inhumano suplicio, atado pensaba en mí para reconciliarme con su airado Padre, para sanarme de mi enfermedad, para sacarme de mi cautiverio, para perdonarme mis delitos, para redimirme de mi perdicion. Aquella magestad tan grande pensaba en un abatido gusanillo de la tierra; tan gran poder en un flaco; tan gran misericordia en un miserable; tan gran sabiduría en un necio; tan gran bondad en un impío, en un rebelde, en un sacrílego. Y tú, ¿qué has pensado ó hecho jamas por Cristo, que nada ha dejado de hacer por ti? Por cierto es necesario que sea una causa de inmenso peso la que haga que el omnipotente sea atado como reo, el inocente castigado, la magestad confundida, la gloria desfigurada, la virtud despedazada, Dios azotado. ¡Ay miserable de mí! ¿Adónde me volveré? ¿A quién me convertiré? El Hijo de Dios me mira con aversion; el Padre eterno me amenaza terriblemente; mi conciencia me acusa; mis pecados son muchísimos; los castigos multiplicados; los demonios furiosos; la penitencia ninguna; la muerte próxima; el tiempo breve; la ingratitud grande; el juicio justo; las culpas manifiestas; las amenazas severas; Dios fuerte y poderoso; yo debil y malvado. Si alguno quiere conocer profundamente la gravedad del pecado,

no necesita subir al cielo, y proponerse allí por un solo delito cometido con solo el pensamiento y la voluntad, proscriptos del cielo tantos millares de ángeles; no es necesario que se figure por causa de los pecados abiertas las compuertas de los cielos, y rotas las fuentes del abismo grande, y todo el género humano ahogado en las olas; no es necesario que piense en Pentápolis humeando, inundada de azufre y pez, y de una nube de fuego: no es necesario que descienda á los infiernos, y allí recorra los fieros y atroces suplicios con que los réprobos son atormentados. Nada de esto es necesario. El que ignore la gravedad del pecado, entre en el pretorio de Pilatos, y mire en la columna á Dios desnudo, atado, herido. Por la medicina conocerá la gravedad del mal; por la paga entenderá la enormidad de la deuda; por lo desmedido de la pena inferirá la atrocidad de la culpa. Ahora pues no pierdas el ánimo: porque no vino Jesus á perder las almas, sino á salvarlas. O Padre, aparta tus ojos de la columna para que no vean la crueldad del hombre; vuélvelos al hijo del hombre, ó por mejor decir, Hijo tuyo, para que entiendan su caridad: pues mientras ese Hijo tuyo y hermano mio está desnudo para cubrir nuestra desnudez; atado para soltar nuestras cadenas; esperando los azotes para apartar los azotes de tu ira; tanta misericordia, tanta piedad, tanta caridad del Redentor, qué otra cosa clama sino *no quiero la muerte del impio*[1] y pecador.

1 Ezech. xxxiii. 12.

§. III.

Es azotado.

Entramos en la arena manchada con aquella sangre que no tenia mancha alguna, en la cual lavó las manchas de todos los pecadores el que no hizo pecado, Cristo Jesus. Este es un misterio que ó leido, ú oido, ó pensado, deberia no solo hacer derramar lágrimas, no solo exprimir sudor, sino arrancar toda la sangre de las venas.

Llegaba al fin el momento en que el Padre, que de tal modo amó al mundo que le dió á su Hijo unigénito, le entregase á los azotes por la redencion del mundo. Para esto quiso usar de los soldados romanos. Ellos estan prontos á hacer derramar sangre como hombres sanguinarios. Aprestan nudosos cordeles, agudas espinas, cadenas con garfios. Mira Jesus con benignos ojos este fiero aparato de furor, y esta pompa de crueldad, mucho mas pronto á recibir los azotes que los verdugos á dárselos. Aquel mismo que era herido les daba á ellos las fuerzas para herirle. Al espectáculo de este suplicio concurrieron desde el cielo dos hermanas, entre las cuales habia habido una competencia vehementísima ya desde el principio y nacimiento del mundo hasta aquel dia, sobre la perdicion ó redencion del hombre. De una parte la justicia, de otra la misericordia, y siendo entre las dos el árbitro el eterno Padre. Pero el salvar al hombre, y el aplacar á Dios ofendido por el hombre, dependia de

aquel que era hombre Dios. Queria la justicia que se salvase el hombre; mas para esta salvacion exigia del Salvador hasta el último cuadrante. La misericordia compadecida mas del pecador miserable que del que habia venido á salvar los pecadores, aunque queria que satisfaciese á la justicia; pero de modo que siendo el Verbo del Padre poderoso para redimirle con una palabra, no padeciese tan fuertes tormentos. Mas la justicia ansiosa de lavar sus manos en la sangre del pecador, queria se derramase su sangre, para que los pecadores lavasen sus estolas en la sangre del Cordero. Y Jesus, justo y misericordioso, para aplacar á la justicia, vuelto á la misericordia: *Deja ahora*, dice, *porque nos conviene cumplir toda justicia* [1]. Entonces, para que se cumpliese lo mandado por la justicia, y permitido por la misericordia, los ministros de la justicia acometieron impetuosos y unánimes contra él. Es herido con fuertes brazos, y ya la carne acardenalada se habia hinchado, y faltaba poco para brotar la sangre. Entre tanto se conmovian las entrañas de la misericordia, y clamaba á su hermana: perdona, perdona: ¿qué utilidad hay en la sangre del justo? Al contrario clamaba la justicia: castiga, castiga: *sin efusion de sangre no hay remision* [2]. Ya el amado del eterno Padre, escogido entre millares, habia recibido trés mil azotes, y aun no se aplacaba la justicia: porque como era grande la copia de delitos que queria perdonar, queria fuese copiosa la redencion de

1 Matth. III. 15. 2 Heb. IX. 22.

los delincuentes. Condescendia con la justicia el Redentor, y el que hace misericordias á millares ofrece todavía su cuerpo á muchos millares de azotes, para que pues toda carne habia corrompido su camino, fuese herida de modo que pudiese decir con el Profeta: *No hay sanidad en mi carne* [1]. No habia ya sanidad en la carne; pero habia caridad en el corazon: y por la excesiva caridad con que nos amó, se humilló tambien excesivamente por nosotros, cuando el que era el primero en los cielos se hizo el último de los hombres en la tierra. Ya casi ha extinguido, ó Padre, á tu Hijo el hombre. ¿Cómo tú no le amenazas ahora como antiguamente: *Borraré al hombre que crié de sobre la tierra* [2]? Oid la causa que da Pablo: *Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo* [3]. Antes estaba Dios en el cielo, esto es, en el trono de su justicia: desde allí fulminaba truenos, rayos, lluvias de llama y de azufre, rompia las compuertas de los cielos: siendo su única ocupacion herir, airarse, enfurecerse, indignarse, castigar, no perdonar. Mas ahora está Dios en Cristo: esto es, en aquel que vino no á perder sino á salvar las almas: en Cristo, esto es, en aquel *que recibe los pecadores*. Estaba en Cristo, esto es, en el Cordero que quita los pecados del mundo. Estaba en Cristo en la columna desnudo, atado, azotado. Estaba en Cristo, luego tambien en las venas y en la sangre de Cristo. Su sangre extinguia los rayos del Padre, el fuego de la justicia, el ardor de su

1 Psalm. xxxviii. 4. 2 Gen. vi. 7. 3 II. Cor. v. 19.

indignacion. ¿Qué extraño que Dios entonces no se enfureciese como leon cuando estaba en el Cordero? Dios estaba en Cristo; luego en el trono de la misericordia. Pero cuando Cristo, y Dios en Cristo, despedazado ya todo, acardenalado, sangriento, mira su sangre corriendo tan copiosamente en la tierra, oigo su triste, lamentable y quejosa voz, diciendo: *¿qué utilidad hay en mi sangre?* Esta fue en otro tiempo la voz de David, y esta es tambien ahora la voz de Jesus hijo de David. Esta sangre era suficiente para que los hombres se salvasen, no solo muchos, sino todos: y no obstante es pequeña la grey de los que se han de salvar: pocos los escogidos; y muchos los que entran por el camino ancho y espacioso que conduce á la perdicion. *¿Qué utilidad hay en mi sangre?* Mi sangre se ha derramado para que tú fueses humilde, y eres soberbio; para que fueses casto, y eres impuro; para que fueses piadoso, y eres sacrílego; para que fueses fiel, y eres pérfido. *Todos declinaron á una y se hicieron inútiles. ¿Qué utilidad hay en mi sangre?* ¿Acaso por esta sangre mia, que de todas mis venas he derramado por ti, han derramado tus ojos alguna lágrima? ¿Ha dado tu corazon algun suspiro? ¿Has herido alguna vez tu pecho? ¿Te has abstenido por ello de algun pecado? *¿Qué utilidad pues hay en mi sangre?* Siembra el labrador, y recoge con aumento los frutos. Cultiva una viña, y recoge las uvas. Yo sembré en mi campo buena semilla, y no hallo sino abrojos, y espinas y cizaña. Yo planté una viña escogida, y esperé que produjese uvas, y

produjo agraces. *¿Qué utilidad hay en mi sangre?* Ninguna utilidad de tantas lágrimas, sudor y sangre; ninguna de tantas heridas, llagas, azotes; ninguna de tanta humildad, paciencia, mansedumbre, pobreza. ¿Quién no se pasmará y sentirá igualmente que aquella sangre, prenda de nuestra salud, sea conculcada por los hombres? Deberian todos por aquella sangre derramada amar á Cristo, como los serafines aman á Dios en el cielo: en todo el género humano no debia ya hallarse uno que pecase. Y con todo ved aqui *no hay quien haga bien, no hay solo uno.* ¿Quién no extrañará la perdicion de tantos hombres despues de una redencion tan copiosa? O Jesus, mostraste hoy en medio de la tierra que tú eres no solo misericordioso, no solo padre de las misericordias, sino la misma misericordia. Asi pues aqui delante de ti desnudo, atado, sangriento, no se oirá de mí infeliz otra voz que la que suele oirse á los miserables, *ten misericordia.* ¿Por qué estás ahí á la columna desnudo y atado? ¿No estás por mí? Pues *ten misericordia de mí.* ¿Quién te obligó á recibir tantos azotes, á padecer tantas llagas? ¿Por qué con tantos azotes quisiste ser no solo herido sino casi destrozado? ¿No fue por amor de mí? Pues *ten misericordia de mí.* ¿Por qué derramaste como agua toda cuanta sangre tenias en tus sacratísimas venas? ¿No fue por mi salvacion? Pues *ten misericordia de mí.* Y pues sabes que es grande mi miseria, *ten misericordia de mí segun tu gran misericordia.*

CAPITULO OCTAVO.

CORONACION.

§. I.
Es despojado de sus vestiduras.

En este teatro que hoy nos presenta la sinagoga, tres insignes afectos representarán incesantemente su papel, el amor, el pudor, el dolor. El amor, al desnudarle de las vestiduras; el dolor, al coronarle de espinas; el pudor, al escarnecerle los soldados. Empecemos por el amor. *Y los soldados del presidente, apoderándose de Jesus en el pretorio, congregaron al rededor de él toda la cohorte, y desnudándole le pusieron una túnica purpúrea.*

El amor habia herido con los azotes á Dios oculto bajo la figura humana, de tal modo que todo el hombre Dios no era ya sino una sola llaga. No descansa con esto; antes bien como si aun estuviese oculto y no bastante patente, para descubrirse, y manifestarse á todos, quiso que se viese desnudo delante de todos. ¡O Jesus! aquella parábola, que en otro tiempo referiste tú del hijo pródigo, es verdadera historia de ti. Tú eres el que estando en la casa de tu Padre felicísimamente, dijiste, como aquel pródigo, al Padre: *Padre, dame la porcion de hacienda que me corresponde*[1]. *Fuiste oido por tu reverencia*[2].

1 Luc. xv. 12. 2 Hebr. v. 7.

Te dió un cuerpo primorosamente formado, te dió una sangre descendiente de ínclita real estirpe, te dió una alma enriquecida con infinitos dones, te dió vestidos, te dió fortaleza invicta, salud firme, elocuencia incomparable, ciencia inmensa, las virtudes todas: finalmente en ti solo recopiló todos los tesoros de su ciencia y sabiduría. Tú, provisto de todo este divino aparato, saliste de la casa de tu Padre, y *te partiste lejos á una region muy remota.* Region verdaderamente lejana, caos grande, intervalo casi inmenso entre el cielo y la tierra. En esta region de muerte disipaste toda tu hacienda con almas pecadoras. Ahora lo has perdido todo, hasta llegar á verte en una desnudez extrema entre perdidos. El Padre te habia dado una firmísima robustez de cuerpo, una perfectísima salud de todos los miembros; y ve aqui *desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza no hay en ti sanidad.* Disipaste la salud. El Padre te habia dado una presencia hermosísima, y belleza suma de rostro; pues eras el mas hermoso entre los hijos de los hombres: y ve aqui *no hay en ti belleza, ni hermosura: te reputamos como leproso.* Disipaste toda la hermosura. Te habia dado un cuerpo formado por la mano de Dios mismo como tú mismo confiesas: *me formaste y diste un cuerpo.* Este le diste tú en la cena, diciendo: *Recibid y comed: este es mi cuerpo.* Te habia dado sangre real; y procuraste que te rompiesen y abriesen todas las venas con los azotes á la columna, y la derramaste toda. Asi disipaste tambien la sangre. Te habia dado infinitas riquezas; de lo cual tú mismo

magníficamente te gloriabas: *Conmigo estan las riquezas y la gloria, las opulencias poderosas.* Pero tú de tal modo las disipaste, que te ves obligado á decir: *Yo soy mendigo y pobre.* Te habia dado sabiduría inmensa; pues de ti escribió tu Salmista: *De su sabiduría no hay número*[1]. Y de tal modo la disipaste, que como á un necio te burló Herodes poniéndote una vestidura blanca. Te habia dado elocuencia enteramente divina; en tanto grado que los que te oían hablar, al ver tanta facundia, atónitos exclamaban: *Nunca habló así hombre alguno como este hombre*; y la disipaste: porque acusado por los escribas enmudeciste, *como un mudo que no abre su boca;* y preguntado por Pilatos, no le respondiste *á palabra alguna.* Finalmente te habia enviado el Padre á esta region, hecho hombre de todas maneras perfectísimo, y adornado de todos los bienes de naturaleza y gracia, como la obra mas acabada de su sabiduría, de su poder y su bondad; y ve aqui de tal modo disipaste toda tu hacienda, que tú mismo, que eres la verdad, confiesas: *Yo estoy reducido á la nada.* El Padre te entregó todas sus cosas, como tú lo testificas: *Todas las cosas me han sido encargadas por mi Padre;* y tú nada has retenido, todas tus cosas has dado, y aun tambien á ti, ¡ó hijo verdaderamente pródigo en amar! Ved aqui como habiendo entregado al hombre por amor todas sus cosas, ahora está desnudo. Desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza no hay en él sino

1 Psalm. CXLVI. 5.

desnudez. ¡Qué extraño! Desde la planta del pie hasta lo sumo de la cabeza no hay en él sino caridad. El amor está desnudo; Jesus es amor, ¿qué admiras que esté desnudo? ¿Y nosotros ni aun así le amamos? ¿Tan molesto es amar á Jesus, cuando si no le amas te amenaza el Padre con un eterno suplicio; y si le amas te promete un eterno premio? ¿Y para que le ames nos dió con él todas sus cosas? ¿Tan duro es amar al amor? Oigase aqui la voz de Agustino, verdadero amante de Dios. *¿Qué eres para mí? Ten misericordia, para que yo hable. ¿Qué soy yo respecto de ti, para que mandes que yo te ame, y si no lo hago te enojes conmigo, y me amenaces con grandes miserias? ¿Acaso es poca miseria el no amarte?* ¿Puede temer el hombre, ó concebir el angel, ó permitir Dios mayor miseria, que la de no amar á Jesus? ¿que aborrecer al amor? O Jesus, el mismo amor que te desnudó de los vestidos, desnuda nuestro corazon de todos los afectos; porque tú solo bastas al que te ama. Nosotros desnudamos nuestra voluntad de todo otro amor, y decimos con los apóstoles: ve aqui nosotros dejamos todas las cosas: para que algun dia oigamos de tu boca lo que el hermano del pródigo de la de su Padre: *Hijo, todas mis cosas son tuyas.*

§. II.

Es Coronado.

Al amor sigue el dolor, que al padecer por el amado es cuando mas se comprueba. No se

habia entregado bastantemente el amor, cuando por nosotros fue entregado: no se habia descubierto bastante desnudo de todas sus vestiduras: no se habia manifestado bastante, por tantas puertas de amor abiertas, cuantas eran las heridas patentes: no se habia estrechado con nosotros bastante, atado con tantos lazos por nosotros. Mientras la sinagoga cruel maquina nuevas penas; la caridad divina inventa nuevos beneficios olvidando los anteriores. Entre tanto conferencian entre sí la envidia y la malignidad: las cuales, casi agotadas ya todas sus fuerzas en imaginar penas y nuevos martirios, al fin, como si ya llegasen á la última línea de la crueldad, para ponerle la corona, *cortando una corona de espinas, la pusieron en su cabeza, y le cubrieron con un vestido de pirpura.*

¿Quién descifrará aqui cual es mayor, el dolor en el cuerpo, ó el amor en el corazon? Diga ya el cuerpo: *Ved si hay dolor como mi dolor.* Diga tambien el pecho: ved si hay amor como mi amor. Ambos son sumos. ¿Qué te pasmas? El que padece es el sumo bien; y padece porque el hombre no caiga en el sumo mal. Pero asi como el amor antes, asi el dolor ahora haga su papel en esta escena. Apenas habia Cristo entrado en el pretorio cuando los soldados, previniendo una corona sembrada de agudísimas puntas, y erizada de punzantes espinas, ponen sobre su cabeza esta horrorosa diadema, no ligeramente sino apretándola con fiereza. Entre tanto se abren por todas partes las sagradas venas; de las cuales cuantas gotas de sangre salieron, otras tantas

rosas de amor brotaron. Asi los que á Jesus sirvieron de suplicios, los convierte para nosotros en instrumentos de gloria. Cuando por una parte el verdugo le da heridas dolorosas, y por otra el Redentor envia amorosas saetas; de las mismas espinas que taladran su cabeza, se vale como de dardos para herir el corazon de su Padre. Este tormento no puede concebirse, y con todo debe creerse. Aqui el dolor sobrepuja la fe; y con todo seria crimen solo el dudar de esta fe. Por ventura, divulgándose que el Rey de los reyes habia de ser coronado aqui en la tierra, ¿no esperaria cualquiera que se escogiesen de los campos Elíseos las mas exquisitas rosas, ó del estrecho Erítreo las mas preciosas piedras, ó del indiano suelo el mas puro oro? ¿Pero espinas? Traspasa el alma esta idea; que sea coronado con espinas aquel que en la Iglesia triunfante es el coronador de los campeones celestiales. A este inaudito género de tormento, que el solo oirlo es tormento, han obligado á Jesus tantos jóvenes de presuntuosos cabellos, de enrizadas cabezas, tantos Absalones de larga cabellera; cuyas cabezas rebosan ungüento precioso, y van esparciendo polvos y olores extraños; cuyos labios se deleitan en generosos vinos; en cuya lengua no resuenan sino aquellas voluptuosas expresiones, *coronémonos de rosas*. Que ocupados toda la mañana en casa entre el peine y el espejo, muy empleados en una ocupacion inutil, nada hacen; que mas quieren ver turbada la república que su cabello; y tienen mas solicitud del buen parecer de su cuerpo, que la salvacion de su alma; mas ata-

viados que esforzados: que pasan en delicias los dias y las noches; de dia rien entre rosas, de noche descansan entre plumas; en la mesa entre regalos, en la calle entre placeres; en todas partes entre rosas, en ninguna entre espinas. No tienen estos delicados, llenos de rosas, otra cosa que esperar despues de las olorosas flores, sino las infernales llamas. Yerras pues, joven, lo yerras, vas muy distante del cielo si imaginas subir al cielo por la via láctea, por el camino de la suavidad y el deleite, en que no pises mas que rosas, lirios, azucenas y jazmines, sin sentir ni una espina, ni un pequeñísimo abrojo. No se va por las delicias á las deliciás. Apártate de mí, ó mundo. Echa tus rosas y tus margaritas á los puercos. Nosotros, semejantes al mercader que busca buenas margaritas, hallando una margarita preciosa, lo venderemos todo, y la comprarémos. Esta margarita, esta espina, no es aquella que traspasa tu cabeza, ó Jesus; sino aquella con que deseaba ser traspasado tu siervo cuando decia: *Clava con tu temor mis carnes* [1]. Con esta espina del temor crucifica mis carnes, para que despues corones con las rosas del amor nuestras almas.

§. III.
Es burlado.

¿Esperais en este último punto que el tercer afecto, que es el pudor, haga su papel en este

1. Psalm. CXVIII. 20.

teatro de la crueldad? Mas segun veo no viene desacompañado ni solo: á su lado vienen de una parte el dolor, de otra el amor. Porque padecer Jesus tales cosas, no solo fue vergüenza suma, sino dolor agudísimo; y no le hubiera sufrido tan grande, si el amor no le hubiera suministrado fuerzas para poder, y ánimo para querer padecer tanto. Pero hable el evangelista. *Y pusieron una caña en su diestra, é hincando la rodilla ante él le escarnecian diciendo: salve rey de los judios. Y escupiéndole, tomaban la caña y golpeaban su cabeza.* Los soldados romanos, pagados por los judios para egecutar con Cristo todas las fuerzas de la inhumanidad y la fiereza, despues de haber adornado sus sienes con la corona de espinas, sus manos con la fragil caña, sus hombros con la destrozada púrpura; para que nada faltase al vilipendio de un rey de burlas, le escarnecen con irrisiones, le escupen en su rostro, le dan golpes en su cabeza. ¡O qué afrenta! *¡El que es el primogénito de toda criatura* [1], verse despreciado como el postrero de los hombres! ¡Aquel que en la augusta orilla de su magnificentísimo manto tiene escrito con caracteres diamantinos aquel magestuoso título: *Rey de los reyes y Señor de los señores* [2], ser aqui saludado vilipendiosamente por unos desvergonzados sayones con la expresion: *Salve rey de los judios!* ¡Aquel que *tiene pendiente de tres dedos la redondez de la tierra* [3], tener en su mano una caña! ¡Ser adorado por burla con una ro-

1 Colos. 15. 2 Apoc. xix. 16. 3 Isai. xl. 12.

dilla en tierra por unos infames calumniadores aquel delante de quien se dobla toda rodilla! ¡Ser escupido por unos insolentísimos malvados aquel rostro, que solo verle da salud al que le ve! Acompañaba aqui á la vergüenza el dolor: este ocurria á aquella adonde quiera que inclinaba los ojos. Si miraba á lo ausente y lo pasado, alli veia á su madre, cuyo quebranto era grande como el mar, y no habia quien la consolase: se veia entregado por Judas, negados tres veces por Pedro, desamparado por los apóstoles, preso por los soldados, falsamente acusado por los escribas, burlado por los judíos, despreciado por Herodes, reprobado por los sacerdotes, azotado por los romanos, condenado por Pilatos, abandonado por todos. Si mira el estado presente, ¡ó cuanto es aqui el dolor! Arrojado en un rincon sucio de la casa, sentado en una dura y fria piedra, temblando de frio, despedazado por todas partes y todo ensangrentado: abiertas por todas partes heridas, la cabeza taladrada con espinas, los ojos manando lágrimas, la frente teñida en sangre, el rostro desfigurado con las espinas, el cuerpo herido con la caña, las manos apretadas con los cordeles, los cabellos arrancados por los soldados; de todos burlado, de nadie conocido; y como si fuese la hez y el desecho de todo el mundo, el oprobrio de los hombres, el desprecio de la plebe, vilipendiado de todos. Si mira á lo venidero, ve su pueblo amado y toda la sinagoga regocijada con su muerte; ve preparársele el madero enorme de la cruz, los clavos, los martillos, y que va á

ser llevado en medio de dos ladrones con inaudita afrenta al monte Calvario; á ser puesto en una cruz; escarnecido por el pueblo circunstante, desamparado por su Padre, y en fin á morir allí entre los últimos tormentos. Así adonde quiera que vuelve sus ojos, á lo pasado, á lo presente, á lo futuro, por donde quiera se ve circundado de dolores de muerte. Nunca mejor que ahora, nunca mas verdaderamente le conviene el título de *varon de dolores* [1]. Me parece que oigo á Cristo reconviniendo tácitamente á su pueblo amado con estas palabras: „Pueblo mio, „¿qué te he hecho, ó en qué te he contrista„do [2]? No está diciendo (dice el Crisólogo) [3]: „si la divinidad es desconocida, sea á lo menos „la carne conocida; ved, ved en mí vuestro „cuerpo, vuestros miembros, vuestras entrañas, „vuestros huesos, vuestra sangre. Y si temeis lo „que es de Dios, ¿por qué no amais lo que es „vuestro?" ¿Cómo podria el hijo de Dios tener mayor amor al hombre y padecer mas por el hombre, aunque cada hombre tuviese á Cristo tanto amor como el serafin mas encumbrado del cielo? Por el contrario, ¿cómo podria el hombre aborrecer mas al hijo de Dios, aunque este hubiera hecho al hombre todos los daños que el demonio mismo desea hacerle? Este triste espectáculo, vivo funeral del hombre, animado cadaver de Dios, que conmovió á todo el universo á compasion, ¿tú pecador ocioso, le miras sin lágrimas, le miras no una vez sola sin inmutarte si-

1 Isai. LIII. 3. 2 Mich. VI. 3. 3 Serm. 108.

quiera? ¿Es posible que del rubor no se inmuten siquiera un poco tus megillas? ¿que de temor no se estremecen tus miembros? ¿que de amor no derramen tus ojos alguna lágrima? ¿que del dolor no prorumpa tu pecho en algun gemido? ¡O cruel! No solo no te pesa de tanto como has cometido digno de arrepentimiento; sino que piensas en nuevos delitos para causarle nuevas heridas. ¿No temes en los cielos la justicia de aquel cuya clemencia desprecias en la tierra? Pero ya se ve, esta es tu propiedad, ó Jesus, tener misericordia y perdonar, amar á tus enemigos, rogar por los que te persiguen, orar por los que te aborrecen. Esta es tu índole, ó Jesus, lavar los pies al que te vende; dar ósculos al que te entrega; curar la oreja al que te prende; perdonar al que perjuro te niega: ser herido y no herir; ser acusado y callar; ser azotado y sufrir: finalmente hacer bien siempre y en todas partes á todos, es propio de solo Jesus. Conozco tu índole, y por tanto mas esperanza tengo de tu clemencia, que temor de la ira de tu Padre. Sigue, ó misericordia, teniendo misericordia hasta que te vea en la gloria, donde *cantaré eternamente tus misericordias* [1].

§. IV.
Es presentado al pueblo.

El que habia estado oculto en el pretorio quiso salir de la obscuridad á la luz, de lo es-

1 Psalm. LXXXVIII. 2.

condido á lo público, para manifestar el martirio de su dolor, y el incendio de su amor. Asi lo dice San Juan: *Salió otra vez Pilatos afuera, y les dijo: ved aqui os le traigo afuera, para que conozcais que ninguna causa encuentro en él*[1]. Estaba un numeroso gentío, y una inmensa multitud de judíos fuera del pretorio de Pilatos esperando á Cristo, que iba á ser sacado afuera por Pilatos. Y sabiéndolo Pilatos, salió otra vez afuera al lugar llamado Litostrotos, y dijo á aquella numerosa muchedumbre: *Ved aqui os le traigo afuera.* Espero que ya con tan gran castigo quedará á lo menos satisfecho vuestro deseo: porque de tal modo le he corregido, que mas digno es de misericordia que de envidia. Si le aborrecíais, ya ha sufrido penas correspondientes á vuestro odio: dejadle pues; porque ¿qué motivo queda ya para vuestra envidia, cuando ya no queda lugar á pena alguna de las que puede desear la envidia? Si es malo, ya ha padecido cuanto mal podiais imprecarle. Tambien le saco afuera para que conozcais que ninguna causa encuentro en él, ni de haber ofendido al imperio romano, ni perturbado la república, ni cometido delito alguno. Ninguna culpa encuentro en él para quitarle la vida. He oido cuantos testimonios alegasteis contra él, cuantos delitos le objetasteis; y no los he oido ligeramente, sino pesándolos uno á uno exactísimamente en la balanza de la justicia: toda mi diligencia he puesto en examinar si podria sin ofensa de la

1. Ioann. XII. 4.

equidad hallar en él alguna cosa merecedora de muerte. La he buscado, y no he podido encontrarla. Y es una iniquidad condenar á muerte al que nada ha cometido que merezca pena de muerte. Esto lo protesto delante del cielo, y de la tierra, y de todos vosotros; despues de haber examinado con la mayor madurez todas y cada una de las cosas alegadas contra él: *que en él no encuentro ninguna causa.* Me alegro de tu inocencia, ó Jesus. Ya á lo menos á todo el mundo consta, y por testimonio de un juez inicuo, que es justa tu causa. Si mueres pues, morirás, no porque debas como reo morir, sino porque inocente quieres morir. Ahora me confundo de vergüenza, y me veo oprimido de dolor, considerando cuantas veces, Jesus mio, te he ofendido, no encontrando en ti causa alguna para ofenderte. Yo soy (¿por qué he de avergonzarme de decir en público lo que no me avergoncé de egecutar delante del cielo?) Yo soy quien clavé aquellas espinas tan profundamente en tu sagrada cabeza; yo quien abrí tan inhumanas heridas en tu santísimo cuerpo; yo quien saqué toda la sangre de tus sacratísimas venas: siendo asi que para hacer esto no hallo en ti ninguna causa. ¡O cuántas veces en lo intimo de mi corazon, cuando te quiero ofender, clama mi conciencia como Pilatos: *¡No encuentro causa en él!* Cristo, no siendo ya casi nada mas que una pura llaga, os reconviene como Job con estas breves palabras: *¿Por qué me perseguis*[1]? Vosotros vereis

1 Iob xix. 22.

lo que podeis responder. La conciencia mia responde: para perseguirle *ninguna causa encuentro en él. ¿Por ventura no es ese tu Padre, tu Dueño, tu Hacedor, y tu Criador*[1]? ¿Cómo pues asi te desagrada? ¿cómo le ofendes? ¿cómo quebrantas sus mandamientos? ¿cómo desprecias sus consejos? Busca, imagina, figúrate, si puedes, alguna causa. En vano la busco: sé que con la venida de Jesus *me vinieron todos los bienes juntamente con él*[2]. *Ninguna, ninguna causa encuentro en él.* Este sí que es el mayor de los asombros: para ofender á Jesus no encontrar ninguna causa: para amarle causas infinitas; y con todo ofenderle casi á cada momento. Apenas le amamos nunca como debemos. Ahora pues, Jesus mio, que me obliga tu bondad y tu caridad para conmigo á confesar que no encuentro en ti causa alguna para ofenderte, te pregunto yo: ¿qué causa hallaste en mí para amarme? Tuviste causas infinitas para castigarme, y me perdonaste: para perderme, y me conservaste: para vengar las injurias que te hice, y las disimulaste. Yo te maldecia, y tú callabas: yo extendia contra ti mi mano para herirte, y tú extendias tu mano para levantarme de mi caida: yo te heria, y tú sanabas mis heridas. ¿Qué causa hallaste para obrar asi? ¿Cómo despues de tantas injurias, afrentas, odios, delitos contra ti, quisiste aun salvarme? Jesus calla; el excesivo dolor no le permite hablar. Me remite á David, en cuyos versos hallo la causa porque mi Salvador quiso salvarme; á

1-Deuter. xxxii. 2 Sap. vii. 11.

saber : *me hizo salvo porque me quiso* [1]. La causa única pues de mi salvacion no son tanto mis méritos como tu voluntad. Adoro esta voluntad santísima , con que dejando á tantos otros, me quisiste á mí : amo tu amor , con que me elegiste. Y pues asi te complaciste en elegirme porque me quisiste, hágase tu voluntad , y pues me quisiste, sálvame.

§. V.

Ecce Homo.

Pilatos , juez en la causa de Cristo, mas tímido que justo , para satisfacer al fin el rabioso furor y odio de los judíos desenfrenados contra Cristo , quiso presentar ante sus ojos el espectáculo de un hombre mas digno de compasion que de indignacion. *Salió pues Jesus con una corona de espinas , y una vestidura de púrpura ; y díjoles Pilatos : Ecce Homo , ved aqui el hombre* [2].

Ved aqui el hombre. Esto dijo , porque hubiera creido el pueblo que era una res desollada , si no hubiera dicho *ved aqui el hombre*. Tal estaba despedazado con las heridas , quebrantado con los azotes , golpeado con las bofetadas , acardenalado con los golpes , desfigurado con las salivas , de modo que en la misma humanidad era necesario buscar lo humano. Ved aqui el hombre debil , miserable , flaco , digno de lástima, pobre , despreciable , acreedor no ya á que se le tema , sino á que se le compadezca. Si es malhe-

1 Psalm. xvii. 20. 2 Ioann. 19.

chor, vedle aqui corregido; si es ladron, vedle azotado; si es rey, vedle coronado. Ved si no es mas inhumanidad ser azotado asi que crucificado. Asi habla al pueblo Pilatos; y yo os hablaré de otro modo de este hombre. Cuantos estais presentes en este sitio, para que esteis mas presentes á vosotros mismos, volved el rostro, los ojos, el alma toda hácia aquellas aras. ¿Creeis que alli está oculto en aquel cándido círculo aquel á *cuyos pies se inclinan los que llevan el orbe* [1]? Ved el hombre por quien fueron hechas todas las cosas, y sin quien nada fue hecho. Ved el hombre sin quien todos morimos, y por quien todos somos salvos: que desde abeterno y antes de todo principio siendo Dios *en el principio crió el cielo y la tierra* [2]. Ved el hombre á quien *se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra* [3]. Ved el hombre en quien *vivimos, y nos movemos, y somos* [4]: de quien viene todo, por quien todo, en quien todo. Ved el hombre de quien toda accion es instruccion nuestra: cuya vida es la norma del vivir: cuyas palabras son los dogmas de la verdad: de cuya vida un solo instante sobrepuja en precio y excelencia á toda la eternidad de los cortesanos celestiales; á quien todos adoran, á excepcion de aquel que es adorado por todos: á quien servir es la mayor dignidad; obedecer es la mayor libertad; rendirse es el mayor honor; sujetarse es la mayor gloria; amar es la mayor felicidad. Si temes

1 Iob ix. 13. 2 Gen. i. 1. 3 Matth. xviii. 28. 4 Act. xvii. 28.

los males, si esperas los bienes, ve aquí el hombre, por cuyo solo favor puedes evitar todos los males, y conseguir todos los bienes: los bienes del cuerpo, los bienes del alma; bienes temporales, bienes eternos; bienes de naturaleza, bienes de gracia, bienes de gloria; bienes de la tierra, bienes del cielo. Finalmente ved el hombre, del cual solo y único depende toda nuestra salvacion que esperamos; toda la gloria á que aspiramos; la bienaventuranza que deseamos. Considera aquí en tu interior cuanto es, ó hombre, lo que debes á este hombre Dios. Te crió cuando nada eras; te conservó cuando comenzaste á ser; te redimió para que siempre estuvieses bien: su sol te alumbró por el dia, su luna por la noche: su fuego te ha calentado, su aire recreado, su pan alimentado. Te restituyó á ti mismo cuando estabas vendido por el pecado, te colocó entre los hijos de su Iglesia, te hizo participante de todos sus sacramentos, heredero de su reino, y coheredero suyo: en suma, en toda la carrera de tu vida no ha habido ni un solo momento en que no te haya hecho beneficios de infinito precio. *Ve el hombre* que ha hecho todas estas cosas, despues que tú has hecho el mal delante de él. ¡O hombre, y Dios juntamente! *¿Qué te daré por todo lo que me has dado*[1]? Aunque te diese cuanto soy, cuanto tengo, cuanto puedo, por el mas pequeño de tus beneficios, como haberme conservado un solo instante, lo mismo es que si nada diese ó hi-

1 Psalm. cxv. 12.

ciese. ¿Pues qué diré de los demas beneficios? Aunque en este instante se convirtiesen todos los átomos en lenguas para alabarte, en manos para servirte, en corazones para amarte: nada seria aun todo esto respecto de tus beneficios para conmigo. Y tengo por muy cierto, que aun cuando te diese todas mis cosas, nada te daria, que por innumerables títulos no fuese antes tuyo que mio. Con todo pues asi lo quieres, tambien yo quiero que todas las cosas vuelvan á su origen. Yo pues te dedico, te ofrezco, te restituyo mi ser, mi cuerpo, mi alma, vida, salud, libertad, fuerzas, bienes, comodidades, derechos, y cuanto soy ó puedo ser. Me vuelvo, y me restituyo á ti; y quiero que cuanto procediere de mí ó en el tiempo ó en la eternidad, pensamientos, dichos, hechos, calamidades, resoluciones, soledad, compañía, prosperidades, adversidades, alegrías, tristezas, amores, odios, y cuanto pueda pertenecerme, todo se consagre al obsequio de tu magestad: todo para Jesus y por Jesus; pues todo viene de Jesus y en Jesus. Por todo esto te suplico una sola cosa, que me será suficiente para la salvacion, que tú, Salvador mio, me lleves á la presencia de tu Padre, y le hables por mí estas breves palabras. Ve aqui el hombre por quien yo, Hijo tuyo, me hice hombre.

§. VI.
Desechan los judíos á Cristo.

Aquella escena presentada por Pilatos á los judíos (esto es, Cristo puesto ante sus ojos en tan

lastimosa figura) debiera haber aplacado su furor. Pero los judíos mas sangrientos que los perros y los tigres, claman furiosamente: *Quita, quita, crucificale.* Aparta ese monstruo, odio de los hombres, escarnio de la tierra, oprobrio del cielo, ruina de su gente, desecho maldito, desprecio de todo el mundo, aborrecido de Dios y de los hombres. *Quita, quita, crucificale. Dice Pilatos: ¿á vuestro rey he de crucificar? Respondieron: no tenemos mas rey que al Cesar: y si tú sueltas á este, no eres amigo del Cesar*[1].

Desventurados judíos, que ya no tienen ningun rey propio ni al Cesar, sino solo al demonio príncipe de las tinieblas; y por tanto yacen ahora en tinieblas y sombras de muerte. ¡O cuán dañoso es al hombre no querer tener á Cristo por Rey! Patente está en las palabras de Cristo: *Aquellos enemigos mios que no quisieron reinase yo sobre ellos, traedlos acá, y dadles muerte delante de mí*[2]. ¿Oyes aquellas palabras: *Que no quisieron reinase yo sobre ellos?* ¿Te atreves á afirmar que Cristo reine sobre ti? Mírate bien interior y exteriormente, de la cabeza á los pies, de la mañana á la tarde. Ninguna facultad del alma debiera haber, ninguna parte del cuerpo, ninguna accion de las manos, ninguna palabra de la boca, ningun pensamiento de la mente, ningun deseo del corazon, sobre el cual no reinase Jesus, para que pudiese decirse que Jesus reina sobre ti. Porque si falta una sola cosa, por aquella parte estás substraido de su reino; y por

1 Ioann. xix. 15. 2 Luc. xix. 27.

tanto no reina sobre ti todo. ¿Y qué? ¿hay ni una sola parte tan rendida á él, que pueda decirse reina ni aun en ella sola? ¿Reina en los ojos Jesus? ¡O lascivos, ó provocativos, ó insolentes ojos! ¿Cuántas veces los vuelves y los pones donde eres pervertido? ¿Reina Jesus en tu lengua? ¡O lengua decidora, osada, insolente, contumeliosa, que como espada aguda, tantos lastima, hiere, llaga, ensangrienta, sacrifica, cuantas son casi las palabras que pronuncia! ¿Reina Jesus en tus dedos? Discurre por las letras que escribes, y mira si puede decirse de ellas: *El dedo de Dios está aqui*[1]; ó mas bien el dedo de Ovidio, de Catulo, de Tibulo está aqui. ¿Cuántas veces esos dedos escriben iniquidades, y firman sentencias inicuas? ¿Reina Jesus en tus pensamientos, tus deseos, tus afectos, tus negocios? ¿No prevalece mas la concupiscencia en ellos, para que mas sigas el ímpetu de la naturaleza que el impulso de la gracia? ¿Cómo asi pues, sino porque no quieres reprimirte cuanto es necesario para que Jesus reine sobre ti? *Quebrantaste mi yugo: rompiste mis lazos y dijiste: no serviré*[2]. ¡O fuerte y amable necesidad de reprimir la concupiscencia, por la cual me veo obligado, ó á negar que Cristo es mi Rey, y decir con los judíos: *No tenemos mas rey que al Cesar*, ó á rendirle toda la concupiscencia! ¿Qué determinas, ó alma? ¿qué resuelves? ¿qué propones? Oye lo que dice San Bernardo[3]: „ Ven, ó Señor mio Jesus, quita „ los escándalos de tu reino, que es mi alma, pa-

1 Exod. VIII. 19. 2 Ierem. II. 20. 3 Hom. 4. sup. Missus est.

„ra que reines tú que debes reinar en ella. Por-
„ que viene la avaricia, y toma asiento en mí: la
„ arrogancia desea dominarme: la soberbia quie-
„ re ser mi rey: la lujuria dice, yo he de rei-
„ nar. La ambicion, la detraccion, la envidia, la
„ ira, undia combaten en mí mismo, por mí mis-
„ mo, sobre quien principalmente se ha de apo-
„ derar de mí. Mas yo me opongo cuanto pue-
„ do, y resisto cuanto soy ayudado; recurro y
„ clamo á mi Señor Jesus: á él me entrego y con
„ él me defiendo, porque de él conozco soy. A
„ él le tengo por mi Dios, á él por mi Señor, y
„ digo: no tengo otro Rey sino á mi Señor Jesus.
„ Ven pues, Señor, dispérsalos en tu virtud y
„ reinarás en mí, porque eres Rey mio y Dios
„ mio, que mandas salvaciones á Jacob." Hasta aqui San Bernardo. ¡O feliz, ó felicísimo aquel que solo tiene por Rey al que es Rey de los reyes, y cuyo reino no tiene fin. Contra los judíos que claman: *No tenemos mas rey que al Cesar*: clamemos nosotros con voces unánimes: nosotros no tenemos otro rey sino á Jesus! Vosotros dad al Cesar lo que es del Cesar; nosotros daremos lo que es de Jesus á Jesus como á nuestro Rey. Por tanto, en señal de que te reconozco y desde ahora te elijo por mi Rey, todo me entrego y me rindo en tus manos, á tu potestad y á tu imperio; para que como Rey dispongas de mí en todo lo que sea tu voluntad. Desde ahora lo mismo será para mí estar pobre ó rico, sano ó enfermo, abatido ó estimado, triste ó alegre: con tal que sea como tú me quieres. Esta es la suma de mis deseos; esta la mayor felicidad que ape-

tezco ; y no deseo otra cosa ni en el cielo , ni en la tierra , ni en el tiempo , ni en la eternidad, sino esto solo sujetarme y rendirme todo á tu infinitamente adorable voluntad. Adoro con toda mi mente postrada por el suelo tu divina providencia , y no deseo un momento de vida , ni un poco de salud , ni gozo alguno , ni aun algun grado de gracia ó gloria mas que lo que tú me has determinado. Nada quiero quede á mi arbitrio en lo perteneciente á la condicion de mi vida , ó á la hora ó género de mi muerte , ó en cualquiera otra disposicion que se me pueda ofrecer. Corta , rompe , arranca , trastorna todas las resoluciones mias que se oponen á lo que tú has determinado de mí ; destíname como quieras, como mi Rey y mi Señor : de modo que cuanto puedo sea en obsequio tuyo , cuanto tengo sea tuyo ; yo sea todo tuyo , y tú seas mio ; yo tu siervo , y tú mi Rey.

§. VII.

Procura Pilatos aplacar al pueblo , pero en vano.

Pilatos , hombre astuto y taimado , y ansioso de captar el aura popular , acostumbrado á atender mas á complacer á otros , que á lo que convenia á su decoro como juez , con una facilidad cruel se perdió á sí mismo y á Dios. Por mas que fuese cauto y sagaz , no pudo lograr el servir á dos señores : indigno de perdon en haber temido al peor , que era el Cesar , y despreciado al mejor , que era Jesus. Con todo, conmovido al

ver la proterva pertinacia de los enfurecidos pontífices y el pueblo, que á una voz clamaban que Jesus fuese crucificado, les dice: *Tomadle vosotros y crucificadle; porque yo no encuentro causa en él. Respondiéronle los judíos: nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir: porque se ha hecho hijo de Dios*[1].

Oid doctos en el derecho y en las leyes: *Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir*, Los judíos tienen ley, segun la cual es lícito oprimir al inocente, condenar al justo, violar la justicia. *Nosotros tenemos ley*, segun la cual es lícito ofender á Dios y aun darle muerte. Nosotros tenemos ley, segun la cual cuanto queremos es lícito. ¡O esclarecida ley, que mezcla, confunde, quebranta, abroga todas las leyes humanas y divinas! Esta ley, aprobada por los judíos, aun no está abrogada entre los cristianos. Hoy se ve á cada paso en su vigor en las curias, en los tribunales, en los palacios, en las academias; ¿y dónde no? Entra en los estudios de los abogados, adviérteles que la ley de Dios prohibe injuriar á nadie, que debe darse á cada uno lo que es suyo. Te responderán al punto: ¿qué es lo que dices? ¿Tú siendo legisperito eres tan peregrino en las leyes? Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley no es delito oprimir á los inocentes, afligir á las viudas, abandonar á los huérfanos. Encontrarás en palacio á un noble que sale á un desafio; dile al oido: nobilísimo señor, ¿no sabeis que es ley de Dios *el no matar*? ¿Qué

1 Ioann. XIX.

dices? responderá; díselo á los monges: nosotros somos del mundo, y segun las leyes del mundo es lícito, para defender su honor, salir al campo, entrar en desafio y en combate, lastimar, herir, y dar la muerte. Advierte á un hombre erudito pero maldiciente, y dile: doctísimo señor, ¿no sabeis que segun San Pablo *los detractores son aborrecibles á Dios*[1]? ¡Qué! dirá, ¿tan forastero eres tú en la teología? Nosotros tenemos ley, nueva teología y nueva opinion, y segun ella la detraccion y la contumelia no es pecado. A este modo en los banquetes los glotones tienen su ley, y segun ella les es lícito apurar á competencia los vasos; les es lícito á la salud de un amigo llevar de mano en mano un vaso enorme, y apurarle del todo repetidas veces hasta quedar privados, como locos, del uso de la razon. Asi en las cortes los políticos tienen su ley, y segun ella les es lícito tener mas cuenta con el estado, con el rey, con el Cesar, que con la piedad, con la virtud, con la religion, con el alma, con Dios. Asi en este siglo todo vicio, como es público, parece lícito. Asi quebrantar la ley de Dios es segun la ley del mundo. Asi tambien las depravadas costumbres de una ciudad, los perjudiciales axiomas y máximas de los falsos políticos, los perversísimos egemplos de los mas perversos son para muchos como una ley, que los mas abrazan, y viviendo segun esta ley eternamente perecen; porque Dios tiene su ley, y segun la ley de Dios, semejantes hombres que

1 Rom. 1. 30.

viven segun la ley del mundo deben morir. O tú pues, cualquiera que has vivido segun estas leyes del mundo, proponte ahora aquel punto en que has de dejar de vivir. Figúrate que se te dicen aquellas tristísimas palabras de San Juan: *Hijo, esta es la última hora:* vienen á tu lecho fatal aquellas siervas de la vanidad á cuyas leyes obedeciste. Se acerca la hermosura. Ahí tienes, ó hermosura, un hombre que la mayor parte de su vida la gastó en obsequio tuyo, inquieto de dia, desvelado de noche, mirando con ojos brillantes y halagüeños, componiendo con fuego los rizos, distribuyendo delante del espejo sus rubios cabellos. ¿Con qué le recompensarás, ó hermosura, estos oficios? *Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir.* Mira, honor, que yace ahí en el lecho un hombre lleno de angustias, que no ha dejado paso por dar, no ha perdonado trabajo, á fin de captar alguna sombra de gloria, de aura popular; todo ha estado dedicado á ti; noches y dias ha consumido en pisar los umbrales de los magnates, en aspirar á la conexion con los próceres; su único estudio ha sido el complacer á los mas perversos. ¿Con qué premios galardonas tantos méritos? *Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir.* Mira, ó deleite, ese hombre enteramente entregado á ti, que en ti solo puso su felicidad, que posponiendo el honor, despreciando la salud, atropellando las divinas leyes, á ti solo se entregó siempre obsequiándote con el mayor esmero. ¿Con qué le premiarás, qué paga le has de dar? *Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir.*

Entonces te ocurrirán sucesivamente cuantos pecados cometiste, cuantos compañeros díscolos tuviste, cuantos aconsejadores y cómplices de tus maldades: allí estará de traidor el mundo, de acusador el diablo, de juez Jesus; pero esta sola será entonces la voz de todos: *Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley debe morir.* Ea, mundano, vete ahora; sigue al mundo y sus vanos deleites; vive segun las leyes del mundo, y despues de haberlas observado cumplidamente, llegará tiempo en que segun la ley de Dios deberás, no solo morir una vez, sino padecer para siempre. Si esto es asi, excluido quiero estar de las leyes del mundo; y solicitaré mas bien ser instruido en las leyes divinas que en las humanas; en las celestiales que en las civiles. Tú, ó Jesus, tienes ley, y segun tu ley son *bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[1]: segun ella, bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. ¡O dichosa ley, que á los que la siguen los hace bienaventurados! Asi despreciando las leyes del mundo, *escudriñaré tu ley, y la guardaré con todo mi corazon*[2]. *Entonces* dormiré en paz y en esto mismo; porque *es mucha la paz de los que aman tu ley*[3].

1 Matth. v. 2 Psalm. cxviii. 34. 3 Ibid. cxviii. 166.

§. VIII.

Obligan los judíos á Pilatos con amenazas á que condene á Jesus.

Hasta ahora se habia Pilatos portado como hombre, dando muestras de fuerte en favor de Cristo. Pero al fin arrancaron de su ánimo toda la equidad, y le amedrentaron aquellas palabras: *Si sueltas á este no eres amigo del Cesar* [1].

Esta fue como la décima oleada con que quedó anegada la justicia: entonces fue cuando la equidad rindió la vara á la iniquidad. Aquellas palabras: *No eres amigo del Cesar*, no es decible cuanto turbaron el ánimo del presidente. Entonces se dijo á sí mismo: mas vale que perezca Jesus, que el que Pilatos no sea amigo del Cesar: amigo soy de la justicia, amigo de la inocencia, amigo de cualquier virtud; pero mas amigo del Cesar. Mas quiero ser enemigo de la misma divinidad, que, no ser amigo del Cesar: pierda un inocente la vida antes que Pilatos caiga de la gracia del Cesar: trastórnese la rectitud, la justicia, la equidad, la piedad, todas las cosas, antes que se rompa la amistad entre el Cesar y Pilatos. ¡O cruel ansia de complacer á los hombres! ¡O duro miedo de desagradarlos! ¡O respetos humanos, compuestos de aquella ansia y de este miedo! ¡cuan violentos sois, y prontos para cualquiera maldad! Esto solo pudo compeler á un hombre á condenar á Jesus. Lo

1 Ioann. XIX.

que no pudieron ni los fariseos con sus calumnias, ni los pontífices y príncipes de los sacerdotes con sus pretendidas leyes, ni todo el pueblo con sus inconsiderados clamores, lo consigue solo el respeto humano. Asi este humano respeto es el mayor desprecio de Dios. ¿Pero qué viene á ser al fin este humano respeto? Nada mas que un inmoderado deseo de complacer á los hombres, ó temor de displacerles: y asi para agradar á los hombres, no debes mirar con desagrado el omitir una obra buena, y cometer una mala su contraria. ¡Cuantos pierden su salvacion, y caen en el precipicio por semejántes palabras: qué dirán los hombres! Si en el templo, al asistir á los divinos oficios, me inclino doblando ambas rodillas, junto las manos, bajo los ojos, y me porto en la presencia de Jesus con aquella reverencia que es conveniente y debida: ¿qué dirán los hombres? Si ofendido no ofendo; si como Jesus manda vuelvo bien por mal; si no tomo venganza de las injurias recibidas: ¿qué dirán los hombres? Si en un espléndido convite, en que los otros maltratan y denigran con amargas censuras la fama agena, no sigo sus murmuraciones, ni condesciendo ó las aplaudo, sino con silencio y con sobrecejo condeno la desvergüenza desenfrenada de su lengua; si no soy con los que pecan cómplice de su pecado; si me avergüenzo de la desvergüenza de otros, y no pierdo el rubor tambien con los que le pierden: ¿qué dirán los hombres? Luego para no desagradar á los hombres, vaya fuera la virtud, sea pospuesto Jesus, despreciado Dios, ceda la pureza á la

impureza, la modestia al descaro, el rubor á la desvergüenza, la equidad á la injusticia, la virtud al vicio. Despréciense las leyes de Dios, los preceptos de la Iglesia, los consejos de Jesus: bástame por todo agradar al pueblo, satisfacer á los hombres. ¿No es esta una puntual pintura de la persona de Pilatos, el cual, queriendo satisfacer al pueblo, no dudó contaminar su conciencia con un gravísimo sacrilegio, el mayor que pudiera imaginarse? A este modo muchos, por complacer á un hombre, desagradan á aquel que por nosotros los hombres se hizo hombre. O tú, que tantas veces repites: si hago ú omito esto, ¿qué dirán los hombres? por qué no dices: si hago esto que no es lícito, ¿qué dirán los cortesanos celestiales? Qué dirá mi angel custodio? ¿Qué dirá la reina de los ángeles? ¿Qué dirá Cristo? ¿Qué dirá Dios? ¿Qué dirán todos los justos en la tierra, y todos los bienaventurados en el cielo? ¿Qué dirán cuando te halles en los últimos sudores, entre las últimas angustias, cuando despues de todo cuanto has hecho por agradar á los hombres, estés ya espirando, y para ser separado de la compañía de los hombres, y abandonado de todos ellos, ninguno te podrá ayudar sino aquel solo á quien despreciaste, que es Dios? ¿Qué dirán entonces, sino aquellas palabras de David, que introduce á los justos no tanto hablando, como burlándose, de este modo? *Verán los justos, y temerán, y dirán: ved el hombre que no buscó á Dios para que le ayudase* [1].

1 Psalm. LII. 8.

Y aquellas: *Dios disipó los huesos de aquellos que complacen á los hombres: quedaron confundidos porque Dios los despreció* [1]. Y aquella ironía, aquel amargo sarcasmo: *¿Dónde estan los dioses de ellos en quienes tenian confianza? Que se levanten, y os amparen y os protejan en la necesidad* [2]. ¡Ó Pilatos! ahora estás hundido y ardiendo en un lugar de tormentos. ¿Dónde estan tus dioses en quienes tenias confianza, con la cual te atreviste á pecar tan atrozmente contra la justicia? ¿Dónde estan ahora aquellos dioses tuyos, los judíos digo, á quienes tanto temias desagradar? ¿Dónde los romanos, á quienes tanto querias complacer? ¿Dónde el Cesar, por el cual y por conservarte amigo de él te hiciste enemigo de Dios? *Que se levanten ahora, y te amparen y te protejan en la necesidad.* Asi que, pues no hay que esperar auxilio alguno de ellos, ni consuelo alguno en aquel trance en que mas necesitaré su amparo; yo, despreciando á todos los hombres, cuando se trate, ó Jesus, de tu servicio, acordándome de las palabras que dijo tu amante discípulo el Doctor de las gentes: *Si aun complaciese á los hombres, no seria siervo de Cristo* [3]: nunca descansaré ni me contentaré, hasta llegar á poder decir, asi como tú dijiste de tu Padre, yo tambien de ti: *Lo que le es agradable hago siempre* [4]. Y asi mas quiero agradarte á ti solo con un solo acto, en un solo momento, que complacer á todos los hombres que hay, hubo y ha-

1 Psalm. LII. 6. 2 Deuter. XXXII. 37. 3 Gal. I. 10. 4 Ioann. VIII. 29.

brá, por toda la eternidad: y aun mas aprecio complacerte á ti una vez, que disfrutar del imperio de todo el mundo para siempre. ¡O cuanta felicidad y dignidad es el poder agradarte! Porque no es posible que te agrade yo sin que tú me ames: y si me amas, tambien me haces beneficios; y si me haces beneficios, estaré bien en el cuerpo y en el alma; en lo próspero y lo adverso: porque si en esta peregrinacion hago siempre lo que es agradable á ti, tambien *te agradaré, Señor, en la region de los vivos* [1].

§. IX.

Avisa á Pilatos su muger que excuse la causa de Cristo.

Hoy nos suministrará materia para meditar aquella sentencia tan deseada de Cristo, tan feliz para el mundo, tan esperada de los santos Padres del limbo, tan terrible para el demonio, la sentencia de muerte pronunciada contra el Autor de la vida. Sentencia, cuya iniquidad testificó la muger de Pilatos con su sueño, y el mismo Pilatos despues cuando se lavó las manos. Nos volveremos pues á Pilatos primero, despues á la muger de Pilatos, y últimamente nos inclinaremos á Cristo. Dice asi el texto evangélico: *Estando Pilatos sentado para el juicio en su tribunal, le envió su muger á decir: nada tienes con ese justo: porque he padecido muchas cosas hoy en sueños por su causa* [2].

1 Psalm. cxiv. 9. 2 Matth. xxvii.

Era costumbre, lo mismo que entre todas las gentes, entre los romanos, que los jueces, no en pie sino sentados, pronunciasen la última sentencia contra los reos: no fuese que ó precipitados impetuosamente, ó perturbados de la ira, ó arrebatados del odio, ó pervertidos por otro cualquier afecto, pronunciasen sentencia inicua. Sentado pues estaba Pilatos como supremo presidente y juez de Jerusalen; y entonces le envió á decir su muger (á la cual Rabano llama Prócula): *nada tienes con ese justo.* Como si dijese: ruégote, que ó dejes á ese hombre, porque está dudosa su causa, ó le absuelvas, porque para mí es cierta su inocencia. Confieso que muchos mas claman que es reo de envidia, que lo prueban en justicia. Varios le acusan: todos le condenan; pero entre todos ninguno le convence de algun crimen. En juicio mas debe moverte la equidad, que aterrarte la autoridad. No importa que caigamos aun de la gracia del Cesar, como se defienda la inocencia y no se viole la justicia. Que ese hombre es justo, y por tanto inocente, mas me lo persuaden no sé qué sueños que esta noche me han consternado; que me muestran lo contrario todos los testimonios de los judíos contra él. En estas y otras semejantes razones se fundaba aquella circunspecta matrona para atraer á su esposo á la equidad. Y se cree que el sol de justicia que padecia eclipse en el solio de la injusticia, despidiendo de sí como un rayo, ilustró á la muger de Pilatos para que conociese á Cristo Salvador, y alcanzase asi la salvacion. Esta es la opinion de Orígenes y de otros. El que

estaba como reo ante Pilatos, aterraba como Dios á la muger de Pilatos: no para que él alcanzase la libertad, sino para que ella consiguiese la salvacion. Asi se cumplió el oráculo de Cristo: *Dos estarán en un lecho: será tomado uno y dejado otro* [1]. Pero mal se le avisa á un ciego con cosas vistas en sueños; y para los impíos cualesquiera avisos de Dios son sueños. O Pilatos, tu muger sueña, para que tú despiertes del sueño. Si bien lo miras, hallarás que el sueño de tu muger es un oráculo de Dios que te amonesta: *Despierta, ó tú que duermes, y levántate, y te iluminará Cristo* [2]. O Pilatos, ya es hora de levantarte del sueño. Verdaderamente en todas partes se muestra Cristo Salvador queriendo que todos se salven. A Pilatos llamaba á la salvacion por su muger, á su muger por el sueño, á Judas por el ósculo, á Pedro por el canto del gallo, á Herodes por el silencio, á Malco por el milagro de restituirle la oreja; á los judíos por los prodigios, á otros por los beneficios, y á todos por los certísimos testimonios de su divinidad. Cualquiera que esté aqui presente, recorra toda la serie de su pasada vida, y hallará que de muchos y admirables modos le ha atraido Dios á la senda de la salvacion. A unos obliga á entrar por ella con azotes, á otros atrae para que entren con los lazos de la caridad; á aquellos incita con la prosperidad, á estos estrecha con la adversidad; con unos obra fuertemente, con otros suavemente. Ninguno apetece con tanta vehemencia su sal-

1 Luc. xvii. 34. 2 Ephes. v. 14.

vacion como él la tuya. No desechará al que llega quien convida para que lleguen. Para salvar al hombre se hizo hombre. ¿Qué dudas pues, ó de alcanzar el perdon despues de pecar, ó de obtener la gracia para no caer? No eres tú tan miserable como él misericordioso. Confieso que es mayor la misericordia tuya que la malicia mia: pues aunque mis pecados sean mas que las arenas del mar, pero no son mas que la misericordia de tan gran Padre, por tanto ruego: *Sálvame en tu misericordia* [1].

§. X.

Lava Pilatos sus manos.

Hasta ahora habia hecho Pilatos mucho por la inocencia de Cristo: no habia trabajado poco para libertar á Cristo; pero nada consiguió. Asi como entre tan numerosa muchedumbre de hombres no podia llegar su voz á ser oida de todos; lo que no podia dar á entender con la voz, quiso mostrarlo con alguna señal clara, que pudiese verse desde lejos por los mas remotos. *Porque viendo Pilatos que nada conseguia, sino antes se levantaba tumulto, tomando agua lavó sus manos ante el pueblo, diciendo: yo estoy inocente de la sangre de este justo: vosotros lo vereis* [2].

En vano, Pilatos, te vales del agua para lavar tu culpa. De donde quiera que sea esa agua, ó de mar, ó de rio, ó de arroyo, ó de fuente,

1 Psalm. xxv. 17. 2 Matth. xxvii. 24.

ó de pozo, ó de cisterna, de nada te servirá. Aunque se abran los cielos y se rompan todas las fuentes del abismo grande, y llueva sobre ti cuarenta dias y cuarenta noches, y quedes envuelto y anegado en un diluvio como el de Noé; es tu delito muy inhumano y muy sangriento para que pueda ser lavado con todo el elemento de las aguas. Aunque no solo te laves las manos, sino desees como Pedro que se te laven los pies y la cabeza, no se limpiará ese crimen tuyo capital. O Pilatos, ¿á qué mandas traer á tus criados agua para lavar tus manos? En tu casa tienes la fuente con que puedes lavar tu mancha. Mira que ante tus ojos salta la fuente de agua viva. ¿Por qué no te he de hablar con las palabras de David: *Junto á ti está la fuente de la vida* [1]? De aquel que está delante de ti predijo Zacarías: *En aquel dia habrá una fuente patente para la casa de David y para los habitantes de Jerusalen, que servirá para lavar al pecador, y á la inmunda* [2]. Este es, ó Pilatos, aquel dia: aquella fuente ya está patente ante ti, y á todos los que contigo habitan en Jerusalen, y esta fuente es para la purificacion del pecador. Pecador eres, lávate en esta fuente. Esta es la *fuente de agua que salta á la vida eterna.* ¿Cómo no dices con la Samaritana: *Señor, dame esta agua?* Mas qué te diré sino con Baruc: *Dejaste la fuente de la sabiduría* [3]. Ya Cristo te habla tácitamente como en otro tiempo á la muger samaritana, cuando ella estaba junto á la fuente de Jacob, como tú

1 Psalm. xxxv. 10. 2 Cap. xiii. 1 3 Cap. iii. 12.

estás junto á la fuente de agua viva. Pilatos, si conocieses el don de Dios, y quién es el que está ante ti, quizá tú le pedirias, y él te daria el agua viva. Si con esta agua lavases tus manos, limpiarias tambien tu delito. Entonces, no fingida sino verdaderamente, podrias decir: *Yo estoy inocente de la sangre de este justo.* Vuelve, ó Pilatos, un poco los ojos por tu casa, verás el atrio en que fue azotado, el pretorio en que fue coronado, el tribunal en que ahora está todo teñido con su sangre. Tú pisas con tus pies la sangre que derramó por ti; y aun á tu misma vista estan corriendo las gotas de sangre de su sagrada cabeza: tus vestidos casi estan rociados con su sangre. Para borrar las manchas de tu alma tan torpemente amancillada, mas poderosa es una sola gota de su sangre, que toda el agua del océano. Pero no oye Pilatos con el inaudito clamor de los judíos amotinados. Porque como Pilatos, tomando el agua, lavase sus manos, los judíos, deseando lavar las suyas en la sangre de su Salvador, ladraban como perros rabiosos, gritando: *La sangre de él sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¡O malvados! ¡O hombres sanguinarios, cuyas manos estan llenas de sangre: cuyos pies son veloces para derramar sangre! La sangre de él no será sobre vosotros para vuestra salud, sino contra vosotros para vuestra ruina: porque hasta el dia de hoy clama la sangre de vuestro hermano, de la tierra al cielo. ¡O cuan oportunamente dijo de los pérfidos judíos San Hilario[1]! „ Aquel Israel

1 In Psalm. XXII.

„ arrancado por el Señor del poder de Faraon, „ lavado en el mar, alimentado en el desierto con „ manjar de ángeles, instruido en la ley, repre- „ hendido por los profetas, unido al Señor por el „ consorcio del cuerpo en la natividad; salvado en „ la cruz si creyese; glorificado en la resurrec- „ cion si confesase; nada de esto creyó como „ suyo; nada de esto quiso quedase para sí: te- „ niendo el maná deseó los cohombros de Egip- „ to; esperando la ley del Señor adoró al be- „ cerro; oyendo á los profetas les dió muerte; „ el parto de la Virgen, que se le habia profe- „ tizado, le infamó; no quiso creer á Dios en „ carne; al perdonador del pecado le acusó como „ reo de delitos falsos, le compró para darle muer- „ te; corrompió á los testigos de la resurreccion „ para que callasen; martirizó á los apóstoles." Asi la sangre de Cristo derramada por todos para el mérito, para la salud, para la gloria; para ellos es para ruina, para oprobrio, para ignominia. Pero de los judíos y del presidente de los judíos Pilatos volvámonos á nosotros. Ninguno de nosotros hay que pueda decir con Pilatos: *Yo estoy inocente de la sangre de este justo.* Porque aquella sangre sacratísima fue derramada no solo por nuestro amor, sino por nuestras manos. Asi para que yo pueda no con ficcion sino con verdad decir como Pilatos: *Yo estoy inocente de la sangre de este justo*; es necesario que el mismo á quien yo dí muerte me dé su sangre. Lavaré pues mis manos, no con agua como Pilatos, sino con la sangre de mi Salvador. Entonces verdaderamente seré *inocente de manos y de*

puro corazon. Confieso, ó Jesus, delante de ti con David: *Que fui concebido en iniquidades, y mi madre me concibió en pecados.* Mas apenas salí al mundo, inmundo infante, me lavaste de la iniquidad de esta mancha hereditaria con las aguas saludables del bautismo. Mas *lávame todavía mas.* Despues en la puericia contraje nuevas manchas, pecando ligeramente; lavásteme entonces con mis lágrimas, que derramaba por los delitos. Mas *lávame todavía mas.* De nuevo en la adolescencia contraje manchas de culpas mortales; y habiendo sido antes sórdido, lo fui despues mucho mas. Tú me lavaste en el baño de tu sangre cuando manifestaba al sacerdote mis pecados. Mas *lávame todavía mas.* Aun no estoy limpio del todo, y ninguno sino el de corazon limpio verá á Dios. Por lo cual *cria en mí, ó Dios, un corazon puro*[1]. *Porque ¿quién puede hacer puro lo concebido de semilla impura? ¿No eres tú, que eres el único*[2]? Para que yo sea pues de corazon puro *lávame todavía mas.* Me lavaste con tus lágrimas; pues sé que lloraste por mí, ó Jesus: *Lávame todavía mas.* Me lavaste con tu sudor: pues he leido que *fue tu sudor como gotas de sangre que corrian hasta la tierra.* Pero aun *lávame mas.* Me lavaste en fin con tu sangre, y lavándome así me rediniste. Por esta sangre espero que algun dia seré admitido donde tus escogidos *lavaron sus estolas, y las blanquearon en la sangre del Cordero*[3].

1 Psalm. L. 12. 2 Iob XIV. 4. 3 Apoc. VII. 14.

§. XI.
Es condenado á muerte de cruz.

Pilatos, viendo que ya no quedaba recurso alguno, y reconociéndose reducido ya al extremo ó de caer de la gracia del Cesar y de la amistad del pueblo, ó de cometer una injusticia: temiendo lo primero, y despreciando lo segundo, pronuncia contra toda justicia la mas inicua sentencia condenando á suplicio de muerte al autor de la vida. *Pilatos sentenció se hiciese la peticion de ellos, y entregó á Jesus á su arbitrio para ser crucificado* [1].

Cumplióse, ó Jesus, aquel vaticinio tuyo: *El hijo del hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes &c., y le entregarán á las gentes para ser burlado, y azotado y crucificado.* Entregó pues á Jesus al arbitrio de ellos, esto es, á los judíos: entregó el Cordero de Dios á los voracísimos lobos para ser devorado; á rabiosísimos perros para ser mordido; á cruelísimos leones para ser despedazado. Le entregó, y con él todas sus cosas. Todo le entregó sin reservar parte alguna, todo su honor, su fama, salud, fuerza, sangre, cabeza, ojos, oidos, manos, pies, todo su cuerpo para que hiciesen con él cuanto quisiesen y pudiesen de todos modos. Entonces es Cristo entregado á la potestad de todos sus enemigos los mas feroces asi en la tierra como en el abismo. De unos enemigos tan malévolos, envi-

1 Luc. xxiii. 24.

diosos, crueles, ardiendo en odio, ¿qué martirios no eran de temer? ¿qué tormentos? ¿qué horribles suplicios? ¿qué mayor miseria que ser asi entregado? ¿qué mayor maldad que entregarle asi? Mas no es el único que asi le entrega, Pilatos: es incalculable el número de los que le han entregado. Entre todos el primer traidor fui yo. Mi avaricia le entregó á Judas para venderle: mi desenfrenada libertad de vida y de conducta le entregó á los soldados para prenderle y atarle: mi ira le entregó al ministro del pontífice para darle la bofetada: mi envidia le entregó á los príncipes de los sacerdotes para acusarle: mi maledicencia le entregó á los soldados para escupirle el rostro: mi ambicion le entregó á Herodes para despreciarle y burlarle poniéndole la vestidura blanca: mi liviandad le entregó á Pilatos para azotarle: mi soberbia le entregó á los atormentadores para coronarle de espinas; y en fin mi descaro y pertinacia en cometer cualquiera delito le entregó á los romanos para crucificarle. Pero volviendo á Pilatos; ¿qué cosa pudo obligarle á pronunciar una sentencia, que no la ha habido contra un hombre mas inicua desde que hay memoria de hombres? El miedo de perder la gracia del Cesar. Porque observando los judíos que Pilatos procuraba dar la vida á Cristo; aquellos, á quienes la vida de Cristo era mas amarga que cualquiera muerte, le propusieron al fin el mas fuerte argumento y como el principal que tenian, al cual Pilatos, hasta entonces sereno, quedó terriblemente amedrentado; la firmeza de su ánimo enteramente enervada; y el

que hasta entonces estaba como un muro inexpugnable, quedó postrado como con un ariete, y derribado de la altura de su constancia. ¿Y cuál es este argumento? El mismo con que tambien ahora es debilitada la constancia y la equidad de los jueces casi todos: esto es: *Si dejas libre á este, no eres amigo del Cesar.* A estas voces todo se inmutó Pilatos: tembló, y se pasmó como si hubiera caido sobre él un rayo; y entonces fue cuando empezó á desistir del empeño, á dar entrada á la injusticia, hasta que al fin entrega á Cristo al arbitrio de los judíos. No solo en Jerusalen, sino aqui y en otras partes donde quiera es facil hallar el tribunal de Pilatos. ¡Cuán corrompidos estan en algunas partes los tribunales! ¡Qué sentencias tan inicuas! ¡Qué jueces tan perversos! Comunmente las sentencias se pesan en la balanza de la amistad ó del interes, no de la justicia. El juez no es la razon, sino el afecto. Basta para que pierdas la causa no ser del partido del juez. Si se ha de conferir una dignidad ó un empleo, ó examinar una causa, lo primero que se averigua es ¿de qué faccion eres? Y aunque sea alguno delincuente, aunque sea reo, como tenga la gracia del juez ó la del príncipe, se dará á su favor la sentencia. ¡Cuántas veces se oyen en las juntas aquellas impías voces de los impíos que expresa el Sabio! *Cerquemos al justo; porque es inutil para nosotros, y es contrario á nuestras obras. Nos es gravoso para verlo, porque su vida es desemejante de la nuestra* [1]. ¿Observais la

1 Sap. II. 12. 15.

causa por que los impíos quieren cercar al justo? Porque es *contrario á nuestras obras*. Nosotros nos entregamos á la vida regalada; él á las maceraciones y ayunos: nosotros á la lascivia; él á la continencia: nosotros nos fundamos en la prudencia política; él en la providencia divina: nosotros sabemos fingir, disimular, hacer cualquier papel y dejarle; él es varon recto y sencillo, en medio de la variedad siempre el mismo, entre la multipliçidad siempre uno: nosotros solicitamos captar el favor de los príncipes, los magnates, los principales; él no es aceptador de personas, ni solicito de cosa alguna; ni tiene respeto á las cosas humanas. *Es contrario á nuestras obras*. La única razon de los impíos para cercar al justo, es porque la vida de él es desemejante de la de ellos; esto es, se ve hostigado el bueno, porque no es malo; padeciendo el piadoso, porque no es impío; acusado el inocente, porque no es delincuente; condenado el justo, porque no es injusto. Por eso riegan tantas veces los tribunales las lágrimas de los inocentes; corre por las manos de los jueces la sangre de los justos; rebosan con el dinero de los pobres las bolsas de los ricos. Oid, jueces inicuos, las expresiones con que os censura San Inocencio patrono de los inocentes[1]. „Vo„ sotros no atendeis á los méritos de las causas, „ sino á los méritos de las personas; no á la con„ ducta, sino á los dones; no á la justicia, sino al „ interes; no á lo que la razon dicta, sino á lo que „ la voluntad se inclina; no á lo que la ley man-

1 De Contemp. mundi lib. 2. cap. 4.

„ da, sino á lo que el ánimo desea. No inclinais „ el ánimo á la justicia, sino la justicia al ánimo; „ no á que guste lo que es lícito, sino á que sea „ lícito lo que gusta." Esto es en suma hacer el papel de Pilatos, queriendo mas perder la gracia de Dios que la amistad de los hombres. Cuando se trata de esta, luego se sacude todo escrúpulo, no se cuenta con la justicia, se desprecia la religion, se echa á un lado la piedad, en tierra la virtud, y se tiene en poco la misma salvacion. Asi Pilatos, luego que le acometieron con el miedo de ofender al Cesar, al instante se desprendió del caracter de equitativo juez, y condescendió en aquella sentencia impía. Mas tú, ó Jesus, asi como por mi amor permitiste ser acusado falsamente, asi tambien ahora ser inicuamente condenado, para que la condenacion tuya fuese la defensa mia. Quisiste ser condenado por aquel juez inicuo, para que pudiese yo en aquel gran consistorio ser absuelto por tu Padre. Hoy se ha pronunciado contra ti sentencia de muerte por un hombre; pero ya estaba pronunciada por tu Padre. Recíbela no como proferida por un juez inicuo, sino por tu Padre, cuya voluntad es que tú mueras, para que tu muerte sea mi vida. Antes que tú fueses condenado por mí, que habia de serlo, todos, y aun todas las cosas me acusaban y condenaban; pero ya enmudecen. Y si acaso me preguntas lo que á la muger adúltera: *¿Dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado*[1]? Despues que tú has sido con-

1 Ioann. VIII. 10.

denado por mí, *ninguno*, *Señor*. Ni yo te condenaré: *Anda, y ya no peques mas.*

§. XII.

Sacan la cruz.

Apenas los judíos con oidos atentísimos escucharon de la boca de Pilatos la sentencia de muerte contra Cristo, que habia de morir; cuando repentinamente empezaron á resonar por toda la ciudad, por todas las calles y plazas, los descompuestos clamores y los triunfantes aplausos de los judíos. Hubieras oido entonces expresar lo que ya antes habia expresado Jeremías: *Silbaron, y rechinaron los dientes, y dijeron: Le devoramos: este es el dia que esperábamos: le encontramos, ya le vimos*[1]. Entre tanto, sin tardanza, se sacan y presentan apresuradamente todos los instrumentos de aquel cruel aparato: la cruz, los clavos, martillos, cordeles, barrenas, tenazas, escalas, azadones, esponjas, vinagre, vino mirrado, y cuanto segun la costumbre de los romanos pertenecia á la crucifixion. Pero ahora mientras se dispone todo el aparato de tan infame suplicio; Cristo atado con cordeles, coronado de espinas, anegado en lágrimas, cubierto de sudor, ensangrentado, acardenalado, lleno de llagas, exhausto de fuerzas, trémulo de frio, el cuerpo despedazado, sin poder respirar de desaliento, desamparado de todos en el atrio de Pilatos, sen-

1 Thren. II. 16.

tado en una piedra esperando la cruz, tácitamente se ofrece á su Padre para el suplicio de la cruz diciendo: *Asi, Padre, porque asi te ha placido á ti*[1]. Bien sabes, Padre mio, que te he obedecido hasta el establo entre las bestias, hasta Egipto entre las bárbaras gentes; adonde quiera que me enviaste te obedecí. Ahora llega ya aquel tiempo tan esperado y tan deseado en que te obedezca hasta la muerte, y hasta una muerte de cruz. Apenas habia Jesus tácitamente dicho esto entre si, cuando traen la cruz á su presencia. Salve, madero sacrosanto, buscado con tantas ansias, esperado por tantos siglos, apetecido con tantos votos. Tú, ó cruz, fuiste divinamente elegida en el altísimo consistorio de la Trinidad santísima, para ser como el ara en que aquel sacerdote grande y pontífice sumo ofreciese la cruenta hostia por la redencion del mundo; para ser el trofeo en que aquel campeon invicto Dios de los egércitos fijase los despojos de su victoria; para ser el candelero sobre el cual se pusiese la luz del mundo para que alumbrase á todos los que estan en el mundo; para ser la espada con que el Hijo de Dios triunfase de todos los enemigos. *Ahora el príncipe de este mundo es echado fuera*[2]. A tu imperio cederá la religion hebrea, la griega filosofía, el poder romano. Porque los romanos, los mas poderosos de las gentes; los griegos, los mas sabios de los mortales; los hebreos, los mas religiosos entre todos, publicarán por todas partes tu gloria. Magníficamente habla

1 Matth. xi. 26. 2 Ioann. xii. 31.

de la cruz de Crisóstomo [1]: „La cruz, dice, nos „es la causa de toda nuestra felicidad: esta nos „libró de la ceguedad del error; esta nos restituyó de las tinieblas á la luz; esta volvió los „dispersados al descanso; esta reunió los extraviados á Dios; esta aproximó los alejados á la „divina presencia; esta hizo á los peregrinos ciudadanos; esta es el exterminio de las discordias; „esta es el firmamento de la paz; esta el abundante manantial de todos los bienes." Pero nosotros ensalzamos la cruz con las palabras, y la deprimimos con las obras: la alabamos con la lengua, y la repudiamos con la mano. ¡Cuántas veces signamos con la cruz la frente cuando tenemos la mente muy distante de la cruz! ¡Cuántos hay que llevan algun fragmento de la santísima cruz, los cuales son enemigos de la cruz de Cristo! Veneran muchos las sagradas reliquias de la cruz, las besan, les doblan la rodilla, las estiman, las adoran; y con todo esos mismos, que asi veneran la cruz de Cristo, otra vez crucifican en sí mismos á Cristo; enemigos no solo de la cruz, sino del crucificado. Si veneras la cruz, ¿cómo ofendes al crucificado? ¿Por qué se honra la cruz, sino porque estuvo en ella pendiente aquel á quien solo se debe todo honor? La cruz, antes que estuviese pendiente en ella Cristo, era una maldicion; ahora es un sagrado misterio. Si la cruz está en tanto precio, porque Cristo la regó con su sangre, la consagró con su cuerpo; ¿cómo no tienes en ningun precio la pobreza, la pu-

1. Serm. de cruc. et latrone.

reza, la humildad de Cristo? Cristo ensalzó con sus palabras la humildad y las demas virtudes, las expresó en sus costumbres, las recomendó en su vida, las consagró en su cuerpo y alma, humillándose hasta la muerte, y una muerte de cruz. Toda la vida del cristiano, si se arregla á la norma del evangelio, es la cruz de Cristo; pero al contrario, no hay cruz mas grave, ni mas molesta, ni mas intolerable, que el aborrecer la cruz. Mil cruces se forja el que huye de ellas. Queria David sacudir de su ánimo todas las cruces cuando se entregaba á todas las delicias. Mas cuando ya se creia aliviado, depuesta toda cruz, ve aqui las mismas delicias *como un grave peso se agravaron* sobre él [1]: viéndose obligado á exclamar: *Me he hecho pesado á mí mismo.* De esta suerte el miserable pecador cargado con la cruz no de Cristo sino del pecado, anda con la cabeza abatida, con el cuerpo agobiado, con el corazon afligido, quejándose continuamente como David: *Miserable estoy y agobiado hasta lo sumo: todo el dia ando contristado* [2]. ¡O cuanto mas glorioso es gloriarse en la cruz del Señor que en la cruz del diablo! Vesme aqui estoy agobiado, ó Jesus, hasta la tierra para recibir tu cruz, para tomarla y llevarla. Ve aqui extendidas mis manos para recibirla; abiertos mis brazos para abrazarla; prontos mis labios para besarla; inclinados mis hombros para llevarla. La llevaré hasta el fin para salvarme; pues el que como tú perseverare en la cruz hasta el fin, será salvo.

1 Psalm. xxxvii. 5. Ibid. xxxvii. 7.

Viviré llevando la cruz; moriré abrazando la cruz; y no dejaré tu cruz hasta que entregue en tus manos mi espíritu.

CAPITULO NONO.

CRISTO POR LAS CALLES DE JERUSALEN.

§. I.

Lleva la cruz á cuestas.

Jamas ha habido desde el principio del mundo, cuando crió Dios el cielo y la tierra, espectáculo mas admirable á la tierra y al cielo, que cuando los judíos condujeron al Señor de la gloria al monte Calvario. Oid cuan grandes y multiplicados misterios compendió el evangelista en pocas palabras. *Jesus cargado con la cruz, salió á aquel lugar que se llama Calvario* [1].

Cristo pues condenado por la voz sola de Pilatos, pero por el comun voto de todos á ser crucificado, recibiendo la cruz de mano de los verdugos, con la mas sumisa reverencia de alma y cuerpo, se la pone sobre sus quebrantados hombros. Acudian á aliviarle el peso mas de doce legiones de ángeles, pero las apartaba la caridad de Jesus, para que resplandeciese mas su benignidad y humanidad con nosotros. Le esperaba afuera que saliese *toda la turba*, que ya no *procuraba* como en otro tiempo *tocarle* [2], sino cru-

1 Ioann. xix. 17. 2 Luc. vi. 19.

eificarle; y la que antes clamaba que se le quitase, ya se alegraba de ver que se le quitaba. Despídese Cristo de Pilatos, repitiendo tácitamente en su interior estas palabras. Pilatos, si conocieses tú, y en esta misma hora, las cosas que para tu salvacion.... ¡O cuál y cuán grande es, ó Pilatos, el varon que entregas! Va delante el trompeta que con el ronco sonido del clamoroso clarin convoca toda la ciudad á las puertas. Siguen los ministros de justicia, los soldados, los sayones, esto es, los egecutores de la injusticia: despues los dos famosos ladrones, mas perversos que el mismo Barrabas. Finalmente se presenta manchado con una sangre no manchada el gran destructor de los infiernos, el vencedor de la muerte, el subyugador del pecado, el redentor del mundo, Jesus, cargado con la cruz, y con la cruz triunfante. Al salir le maldice la sinagoga con las palabras de Semey [1]: *Sal, sal varon sanguinario, varon de Belial, mira cómo te oprimen tus males, porque eres hombre sanguinario.* Con esta voz concuerdan los sacerdotes de la sinagoga: sal, sal, hombre voraz, bebedor de vino, amigo de los publicanos y los pecadores, hijo de Beelcebú, malhechor, alborotador de nuestra gente, hijo del artesano. Finalmente cantan la palinodia todos los hijos de la sinagoga; pues los que seis dias antes le cantaban al entrar: *Bendito el que viene en el nombre del Señor* [2]: le cantan al salir, maldito el que viene en nombre del diablo. Asi ya todos, mientras llevaba la cruz, le crucifica-

1 II. Reg. XVI. 7. 2 Matth. XXIII. 34.

ban con sus voces, no pudiendo con las manos. Y Jesus iba por medio de ellos, para obrar en medio de la tierra la salud de ellos, como *mediador de Dios y los hombres* [1]. Asi aquellos enfermos ya frenéticos dejan al médico de quien *salia la virtud que sanaba á todos* [2]. Asi los hijos de ira repudian al Padre de misericordia: asi los siervos malvados arrojan á su Señor de la familia: asi los trabajadores inicuos echan al heredero fuera de la viña. Con esta lúgubre pompa, bajo la infame mole de aquel arbol, y el ignominioso peso de la cruz, va por las plazas de Jerusalen el Hijo de Dios, repitiendo muchas veces entre si: *Jerusalen, Jerusalen, cuántas veces quise congregar tus hijos, como la gallina congrega sus polluelos bajo las alas, y no quisiste* [3]: Nunca fue mayor la gloria de Cristo, que en esta suma ignominia de la cruz: porque con ella presentó á su Padre el mas agradable espectáculo, arrebató á los ángeles al mayor asombro, trajo á los hombres al mayor amor, apareció á todos mas glorioso que sentado á la diestra del Padre, Rey de los reyes, y Señor de los señores; mas glorioso que cuando, dándosele toda potestad en el cielo y en la tierra, le asisten millares de millares. Por eso cuando manifestaba el aparato de su gloria en el monte Tabor, no quiso asistiesen á aquella escena mas que tres espectadores. Pero cuando va cargado con la cruz, para mostrar cuan grande es aquella dignidad, se presenta en público, de la obscuridad á la luz,

1 I. Timoth. II. 25. 2 Luc. VI. 20. 3 Ibid. XIX.

de lo oculto á los ojos de todos los hombres, de lo solitario á la concurrencia de todo el mundo. Nunca tendrás mas espectadores del cielo, que cuando llevas la cruz no solo paciente porque la necesidad te obliga, sino gustoso porque el deseo amoroso te estimula. Te mira Dios y se alegra, porque estás crucificado con Cristo en la cruz: te miran los ángeles y aplauden, porque tu único objeto de gloria es gloriarte en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: te mira la madre de Dios y se congratula, porque eres conforme á su Hijo: te miran los mártires y casi te envidian: te miran los demonios y rabian de ira: te miran los hombres y atónitos se pasman. Nunca tuvo monarca alguno tantos espectadores, sentado en el solio, como Job postrado en el muladar. A todo el anfiteatro del cielo atrae á mirar su espectáculo. Oigase aquel gran panegirista de Job San Juan Crisóstomo: „El muladar en que yace Job mas „es venerable que todos los regios tronos. Porque „de la vista del solio real ninguna utilidad re„sulta á los espectadores, sino solo un deleite „temporal, sin ventaja alguna. Mas de la vista „de Job, postrado en el muladar, cualquiera sa„cará gran provecho y enseñanza, exhortacion „y paciencia." Ten esto por cierto. No puede apetecerse en este mundo mayor gloria que padecer por Cristo. Es mayor dignidad, porque tambien es felicidad, padecer por Cristo afrentas, gustosa y silenciosamente, que tener el poder de todo el imperio del mundo. En la cruz está todo el honor, en la cruz la mayor gloria, en la cruz sola la salud, porque en la cruz está el

Salvador. Sírvate pues la cruz de trono en que te sientes; de cátedra en que enseñes; de ara en que sacrifiques; de espada con que pelees; y finalmente de lecho en que duermas, para que duermas en el Señor, y serás de los pocos escogidos. Mas para conseguir lo que deseo, á ti me vuelvo, ó Señor, que llevas la cruz por mí. Ve, ó Jesus, ya tienes lo que con tanta ansia apeteciste. Desde que te hiciste hombre en el vientre de tu madre vistiéndote de nuestra carne, ya desde entonces deseaste ardientemente llevar esta cruz. Prosigue, ó Jesus; porque es el tiempo breve. Mira el monte en que debes ser exaltado, para que exaltado alli atraigas todas las cosas á ti mismo. Mira el monte en que consumarás aquella grande obra que te encargó tu Padre. Dentro de tres horas en lo alto de aquel monte, inclinada la cabeza, entregarás tu espíritu, para que con tu muerte viva el hombre por quien te hiciste hombre. Sube pues al monte Calvario para que yo suba el monte de la gloria. Luego que encarnado emprendiste la carrera que el Padre te prescribió, te regocijabas como un gigante para correr este camino; ya estás al término de él. Aun resta el último acto, el mas arduo para ti, el mas util para nosotros, necesario para todos: que subiendo al monte subas tambien á la cruz, y muriendo en ella destruyas la muerte: entonces, consumadas ya todas las cosas, despues de la ignominia de la cruz, estarás en la gloria de Dios Padre.

§. II.

Alquilan á Simon Cireneo.

Cualquiera que desee transmitir su fama á la posteridad, cualquiera que aspire á inmortalizar su nombre, observe la historia que ahora sigue. Yendo Cristo con paso lento, mas arrastrando que andando, oprimido con el peso de la cruz, *al salir encontraron un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia de una hacienda, padre de Alejandro y Rufo.* ¡O Simon, cuánto te envidiamos, y la Iglesia toda con nosotros! No te avergüences, no repugnes, abraza ese madero. Esa cruz es la bandera, bajo la cual militan todos los que sirven á Dios, y por tanto tú eres el que la enarbolas: esa cruz es la llave con que se han de abrir las puertas de los cielos, y por tanto tú eres el clavígero: esa cruz es la espada con que ha de ser degollado el demonio, y asi tú eres el armígero. Di, pues, públicamente, que te oiga toda la Judea: lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: porque ni Salomon con toda su gloria resplandeció tanto en magestad, en dignidad, en honor, como tú con esa tu cruz que llevas. ¿Quereis que se os abra un camino breve para la gloria? Llevad la cruz. ¡Cuántos hubo que, combatiendo cuerpo á cuerpo en desafío, mancharon la infame arena con su sangre! ¡Cuántos que con sus laboriosas vigilias trabajaron libros celebrados por su doctrina! ¡Cuántos que levantaron hasta el cie-

lo máquinas locas y torres vanas, cuya fama yace sepultada en eterno olvido, asi como sus cuerpos en la obscuridad del sepulcro: ó si permanecen sus nombres en los monumentos de las letras, no estan escritos en los cielos y en el libro de la vida! Mira bien aquel rico de que habla San Lucas. Este, si atiendes á la opulencia, era el mas opulento de todos cuantos habia en aquella region, de modo que por excelencia era llamado el rico epulon. Si consideras sus banquetes, eran muy multiplicados, y en gran manera costosos. Por eso se dice que *banqueteaba todos los dias espléndidamente*. Si examinas sus vestidos, eran los mas singulares y exquisitos, los mas suaves y delicados: porque *se vestia de púrpura y holanda*. ¿Quien no juzgaria que este hombre por el esplendor de sus vestidos, por el aparato de sus banquetes, por la abundancia de sus riquezas, seria en todo el orbe de un nombre y de una fama la mas celebrada y esclarecida? Con todo no solo no es esclarecido en la posteridad, mas ni aun conocido. Por eso San Lucas dice: *Habia cierto hombre rico*. ¿Y quién es este? ¿Cuál su nombre? No se sabe. ¿Cuál su patria? Se ignora. ¿Qué hijos tuvo? Se duda. Ve aqui un hombre que cuando vivia andaba en las bocas de todos; y ya su nombre, su linage, su patria, su descendencia, su familia, no solo son obscuras, sino ignoradas. Ahora vosotros los que aspirais á la gloria, vosotros digo ambiciosos de propagar vuestro nombre, y ansiosos de transmitir vuestra fama á la posteridad, advertid y atended, y volved los ojos á los que llevan la cruz; y conoce-

reis que la cruz es el camino abreviado para la gloria. Mirad á aquel que los sayones alquilaron para que llevase la cruz de Jesus: ¿cuál es su nombre? Simon. Asi lo dice San Lucas: *Tomaron á Simon.* ¿Cuál es su nativo suelo? Cirene. Lo atestigua San Mateo: *Encontraron á un hombre cireneo llamado Simon.* ¿Cuántos hijos tuvo? Dos. ¿Cuáles fueron? Alejandro y Rufo. Asi lo escribe San Marcos: *Venia de una hacienda, padre de Alejandro y Rufo.* Ve aqui un hombre de obscuro nacimiento, de abatida condicion, de humilde egercicio, de pocos haberes, en suma rústico; por haber llevado la cruz de Jesus, quizá no mas que la tercera parte de una hora, ha pasado ya su fama á toda la posteridad, es conocido y celebrado en todo el orbe, y en todo el orbe se hace memoria de este Simon: se pinta su imagen, se pone en los altares, se propone en los púlpitos. Finalmente, este vil hijo de la tierra, este pobrecillo rústico, es mas celebrado y esclarecido, mas nombrado, mas ilustre y mas glorioso, igualmente con sus hijos Alejandro y Rufo, que el gran Alejandro con todas sus batallas, que Cesar con todas sus victorias, que Augusto con todo su poder, que Tulio con toda su elocuencia, que Aristóteles con todo su saber; en fin que todos los héroes principales de toda la antigüedad y gentilidad con todas sus hazañas, con que intentaron hacer sus nombres inmortales. Tanta es la gloria de llevar la cruz de Cristo, aun forzado y por un tiempo brevísimo. Yo pues, cuya vida es milicia sobre la tierra, para poder pelear esforzadamente las peleas del Señor; yo que

tengo combate, no contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y las potestades, contra los directores del mundo en estas tinieblas, militaré bajo estos auspicios; bajo estos emprenderé osadamente la batalla, conseguiré felizmente la victoria, alcanzaré gloriosamente la corona. Bajo esta bandera y sus felices auspicios toda la Iglesia triunfante militó en los anteriores tiempos: bajo esta todos aquellos campeones invictísimos de Cristo consiguieron la corona de una gloria inmarcesible. ¡O cuál será, ó Jesus, bajo esta bandera el gozo de tus soldados! ¡O cuál el aplauso! ¡Cuánto el triunfo! Cuando estremeciéndose la tierra, fulminando el cielo, temblando toda la naturaleza, *aparecerá la señal del hijo del hombre en el cielo*: cuando huyendo los demonios, bramando los réprobos, palpitando de miedo los enemigos de la cruz de Cristo, clamarán los ángeles con trompetas resonadoras: *Las banderas del Rey se presentan: el misterio de la cruz resplandece*: entonces subirán triunfantes los soldados de Cristo al capitolio del cielo.

§. III.

Sale Cristo de Jerusalen ayudándole Simon á llevar la cruz.

Habia sido alquilado Simon en el camino para que siguiese á aquel que es camino y es verdad, y asi llegase en fin á aquel que es vida. Simon, aunque ignorante del precioso peso que iba á llevar, no hizo resistencia. Porque, como

dice San Lucas, *le impusieron la carga de llevar la cruz detras de Jesus* [1]. Observad cuan pocos son los que llevan la cruz. No faltan escritores de grande autoridad [2], que afirmen que en aquel tiempo de la pascua, en que Cristo padeció, habian concurrido cuarenta centenares de millares de hombres, ó cuatro millones de personas. Y con todo entre tanta muchedumbre de hombres, que parte precedian á Cristo cargado con la cruz, parte le acompañaban, parte le seguian, no se halló quien llevase la cruz de Cristo, sino solo este Simon, y ese obligado. Diez leprosos habia limpiado Cristo anteriormente, y uno de ellos, como vió que habia quedado limpio, volvió con grandes voces *magnificando á Dios, y se le postró á los pies; y este era samaritano. Y respondió Jesus diciendo: ¿no fueron diez los purificados? ¿y los nueve dónde estan? No hubo quien volviese y diera gloria á Dios sino este extrangero* [3]. ¡O Jesus! ¡cuántos en otro tiempo, cuando salia de ti aquella virtud que sanaba á todos, te acompañaban! ¡Cuánta muchedumbre de hombres iba á tu lado! ¡Cuántos enfermos eran llevados en las camas cuando pasabas por las plazas, para que tocasen la orilla de tu vestido, y quedasen sanos de sus males! Por qué no has de decir ahora: ¿no fueron cinco mil hombres los saciados por mí con los panes en el desierto? ¿No fue innumerable la muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, sordos, paralíticos, curados de sus

1 Cap. XIII. 26. 2 Drexelius de Christo patiente cap. v. p. 2. 9. 4. 3 Luc. XVII. 17.

dolencias? Pues tantos millares ¿dónde estan? No se encontró sino uno que llevase la cruz en pos de Cristo, y este es extrangero. Ciertamente se hallan muchos que lleven á Cristo, pocos que lleven la cruz. Numerosisima era la turba que miraba á Cristo llevar la cruz, y uno solo el que la llevaba. Tambien el asno llevó á Cristo cuando entraba triunfante en Jerusalen. Asi hay muchos desidiosos, negligentes, perezosos, que cuando Cristo viene con ramo de oliva, cuando dice: *Paz á esta casa* [1], le admitirán y aun le llevarán en hombros; mas si viene con la cruz y convidando á llevarla, diciendo: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz* [2]: duro, dicen, es este lenguage. Estos mismos arrojan de su corazon á Cristo con su cruz, como los judíos de Jerusalen. Y no habiendo entre tanta multitud de hombres sino uno que llevase la cruz de Cristo, ¿no se vió cumplido aquel vaticinio de Cristo: *Muchos son llamados, pero pocos escogidos* [3]? Porque muchos acompañaron á Cristo cuando llevaba la cruz, y uno solo fue elegido para llevarla. Como si no hubiese señal mas cierta de la eleccion que el llevar la cruz. Oye, ó enemigo de la cruz de Cristo, lo que te dice Cristo. *El que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo* [4]. Las cuales palabras expone asi San Agustin [5]: *¿Adónde pensamos ir, sino de Cristo á Cristo, con Cristo en pos de Cristo, por Cristo, por amor de Cris-*

1 Luc. x. 5. 2 Matth. xvi. 14. 3 Ibid. xx. 4 Luc. xvi. 27. 5 Lib. de Virg.

to ? Y poco despues: *Cuando sigues el camino de Cristo no te prometas prosperidades del siglo; por durezas anduvo, pero grandezas prometió; síguele: no atiendas solo por donde irás, sino tambien adonde has de ir.* Guárdate pues y teme si te halaga la fortuna; si condesciende Dios siempre con tus votos; si logras tus deseos; si disfrutas lo que apeteces; si consigues cuanto deseas; si te sucede todo á tu voluntad; si nada hay que angustie tu ánimo ó mortifique tu cuerpo; y tú entre tanto prosigues acumulando delitos á delitos, sin que Dios te castigue: no te lisonjees, antes teme. Vas por el camino ancho que guia á la muerte. Séate sospechosa esa felicidad, pues no hay mayor desdicha que la felicidad de los pecadores. Se les prepara una cruz, no de quince pies de largo como la de Cristo, sino tan larga como la eternidad. Cuenta los bienaventurados, cuenta los condenados; muchos mas son los que se perdieron entre las prosperidades que entre las adversidades. Bien dice San Gerónimo: *Grande ira es la de Dios cuando no se aira con los que pecan* [1]. Aquella indulgencia es la mayor indignacion. Mientras mas lo deja, mas se enfurece, no omite el castigo, sino le difiere. Luego si quieres acertarlo, no sacudas repugnante la cruz que el cielo te envia y la divinidad te impone, sino recíbela alegre; y anhela por la cruz tanto como por la salvacion. Proponte á Cristo; y considera cuanto fue siempre su deseo de recibir la cruz, y cuanto su gozo al recibirla.

1 Lib. Epist.

Pues estando aun lejos de ella, luego que la vió, fue inmensa su alegría, y apresurado se arrojó sobre ella y la besó; la recibió en sus brazos de las manos de su Padre, aquella misma que ya el Padre, al engendrarle desde toda la eternidad, se la ofreció como un don singular: la recibió como un carro triunfal, en que despues de destruidas las aereas potestades, entraria triunfante en la celestial Jerusalen: la recibió como una bandera militar, que tremolada en el monte, convocaria á sus reales infinitos escuadrones de hombres de las cuatro partes de la tierra, con los cuales subyugaria á todo el orbe, y le rendiria á su Padre. Si preguntas ¿quién fue el artífice de aquella cruz? El mismo fabricador del cielo y de la tierra, Dios. Para formar esta cruz, como en la formacion de un instrumento lleno de ocultos misterios, trabajó el poder de Dios, para que la cruz fuese como una máquina bélica con que quebrantase los cerrojos de hierro, destruyese las puertas infernales, y arrancase las compuertas del abismo. En la formacion de la cruz se fatigó, por decirlo asi, la sabiduría divina; pues la inventó como un remedio oportunísimo para redimir al hombre: para que como un arbol habia sido el instrumento de la perdicion del hombre, fuese el medio de su reparacion. En esta fábrica puso la mano la misericordia divina, para que fuese como el trono en que se sentase aquel abogado ante el Padre á interceder por nosotros, y á pedir con inenarrables gemidos. En la fábrica de la cruz empleó tambien su industria la justicia, elevándola como una ara en

que aquel *Pontífice santo, inocente, segregado de los pecadores, y mas excelso que los cielos* [1], ofreciéndose una vez á sí mismo á su Padre como una hostia pacífica, satisfaciese á la justicia hasta el último cuadrante. En ella pues se comprehende *la latitud, la longitud, y la sublimidad, y lo profundo* [2]: la latitud de la misericordia, la longitud de la justicia, la sublimidad del poder, lo profundo de la sabiduría. Por eso la cruz fue siempre para Cristo, mientras la tuvo lejos, deseable; cuando cercana, gozosa. ¡O cruz, que fuiste para Cristo tan deseable, cuanto fastidias á los cristianos! Pensar en la cruz causa horror; verla temor; oirla pavor; llevarla fatiga. Todo nuestro estudio es evitar la cruz. Los pies son veloces para huir de la cruz: las manos trabajan para destruir la cruz: los oidos se cierran por no oir la cruz: los ojos se apartan por no ver la cruz. Esa cruz que se te impone fue decretada para ti desde abeterno en el mismo consistorio de la Trinidad santísima como un singular auxilio para alcanzar la salvacion: ¿y tú apartas de ella el rostro? ¿la desvias con las manos? ¿la abominas con el corazon? ¿la sacudes de los hombros? ¡O cruz! tú estarás siempre de aqui adelante en mis ojos para verte; y será mis delicias el poseerte; pues en la cruz está la salud, asi como en la cruz está el Salvador.

1 Hebr. VII. 26. 2 Ephes. III. 18.

§. IV.

Sube Cristo al monte Calvario.

Habiendo de conduciros hoy de lo humilde á lo sublime, de un lugar abatido á uno elevado, del valle de Jerusalen al monte Galvario, esto es, al monte del Señor, al lugar santo; y leyendo en el Éxodo: *Guardaos de subir al monte, ni de tocar sus confines: todo el que tocare el monte, sin remedio morirá* [1]: por tanto para que con seguridad y sin peligro subamos con Cristo á este monte, consultemos antes el celestial oráculo. *¿Quién subirá al monte del Señor; ó quién estará en su lugar santo* [2]? Oid la respuesta, para que no incurrais en el peligro: *El de inocentes manos y de puro corazon.* Con dos virtudes se sube á este monte: con la inocencia y la pureza. Mas no temais: nadie es excluido de este monte, ni aun el impío; porque es monte de piedad: ni aun el impuro; porque aqui está aquella fuente de que habla Zacarías [3]: *En aquel dia habrá una fuente patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalen, para la purificacion del pecador y de la impura.* Por lo cual *venid y subamos al monte del Señor* [4].

Y vinieron al lugar que se llama Gólgota, que es el lugar del Calvario [5].

Al fin, despues de haber pasado por varios

1 Exod. xix. 12. 2 Psalm. xxii. 3. 3 Zac. xiii. 1. 4 Isai. ii. 3. 5 Ioann. xix. 17.

tribunales sagrados y profanos de los jueces ante quienes fue acusado y condenado; despues de haber estado en las casas de Anas, Caifas, Herodes y Pilatos; despues de tantas reiteradas idas y venidas por las plazas de Jerusalen; despues de tantos y tan molestos rodeos y vueltas; despues de tantos incansables votos, y dilatado deseo de morir; Cristo, que hacia treinta y tres años que por nosotros los hombres, y por nuestra salud, habia descendido del cielo, sube ya al monte; para subir desde alli á la cruz, y volver de la cruz al Padre: para que á proporcion de su ignominia, pendiente del madero de la cruz, fuese su gloria sentado á la diestra del Padre; y de este modo el que fue el último en la tierra fuese el primero en el cielo. Estando ya en la excelsa cumbre de aquel monte *el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la pelea* [1]; y teniendo ya en su mano vencedora aquella señal triunfante de la cruz, aquella bandera de la sagrada milicia, aquel trofeo glorioso, aquella prenda de su sangrienta victoria; con esta señal estremeció todo el infierno, asombró todo el olimpo. Entonces se vió levantar su voz como de trompeta, dar la señal, tocar á acometer; y convocar á sus egércitos soldados de las cuatro partes de la tierra, para pelear esforzadamente las peleas del Señor, y enarbolando el glorioso estandarte de la cruz, clama en alta voz como antes habia hablado: *Confiad; yo vencí al mundo* [2]. No lo dudes; venciste, venciste, ó Jesus. Luego

1 Psalm. XXIII. 8. 2 Ioann. XVI. 33.

que tú seas levantado en ese leño, todo lo atraerás á ti mismo. Vendrán al punto de todas partes del oriente, del occidente, del septentrion, del mediodia coronados Césares, purpurados reyes, ínclitos príncipes, distinguidos próceres: acudirán luego espesos escuadrones de guerreros, numerosa muchedumbre de vírgenes como de amazonas, y multitud de doctores, millares de confesores, pueblos de todas las gentes, á militar bajo la bandera de tu cruz, que es escándalo para los judíos. Pero mientras mas profundamente fijo en este monte el pie, mientras con mayor atencion contemplo este lugar, me parece oigo aquella voz de que percibia Jacob en otro tiempo: *¡Cuan terrible es este lugar! No hay aquí otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo* [1]. Lugar terrible es para la muerte; porque en él fue vencida aquella, que es el mas terrible mal de todos los males terribles: terrible al príncipe de las tinieblas, porque allí fue encadenado; terrible á la culpa, porque allí fue perdonada: terrible al mundo, porque allí fue confundido: terrible á los judíos, por la caliginosa obscuridad de sus tinieblas. Del monte Sinai se dijo: *Era todo aquel monte terrible* [2]; y por eso amenazaba Dios: *Todo el que tocare el monte sin remedio morirá* [3]. Mas por el contrario, á los escogidos no es terrible sino amable este lugar: todo el que tocare este monte tendrá vida y no morirá. Ya aquel gran Señor, que en otro tiempo *derribó caballos y caballeros en el mar* [4], ha-

1 Gen. xxviii. 17. 2 Exod. xix. 18. 3 Ibid. xii. 4 Ibid. xv. 1.

bia ascendido al monte, y con la dificultad y aspereza de la ardua subida, todo bañado de sudor, anegado en lágrimas, cubierto de sangre, y debilitado con indecibles tormentos. Pero entre tantas penas, ó Jesus, sírvate de alivio y consuelo, que dentro de poco tu tristeza se verá convertida en gozo. Porque dentro de tres horas aquella Babilonia grande será trastornada: dentro de tres horas se regocijará el limbo con inmenso gozo cuando saques de alli vencedor la cautividad cautiva. Dentro de tres horas destruirás muriendo nuestra muerte, y borrarás *la escritura del decreto que habia contra nosotros*: vencerás al príncipe de este mundo, *despojarás á los principados y potestades, triunfando públicamente de ellos en ti mismo* [1]. Dentro de tres horas enjugará tu Padre todas las lágrimas de tus ojos, y ya no habrá mas muerte. Dentro de tres horas *se consumará todo lo que está escrito de ti por los profetas* [2]. En suma dentro de tres horas, al fin, despues de la tristeza hasta la muerte, de las angustias hasta la agonía, del sudor hasta brotar sangre, de la confusion hasta la desnudez, de la obediencia hasta la muerte y muerte de cruz, dirás gozoso en la cruz: *Consumado está*; y entregarás tu espíritu en manos de tu Padre. Entonces convocarás tus *amigos y vecinos, diciéndoles: congratulaos conmigo; porque encontré mi oveja que habia perecido* [3]. Entonces con regocijo del cielo, con alegría de los ángeles, con aplausos de tu Padre, dirás como el padre del

1 Colos. II. 14. 2 Luc. XVIII. 31. 3 Ioann. XIX. 39.

pródigo : *Celebremos convites y banquetes, porque* este hermano mio, *el hombre habia muerto y revivió; se habia perdido y fue encontrado*[1]. Todo esto se consumará en este monte dentro de tres horas. ¿Mas para qué doy yo á Jesus consuelos? No necesita Jesus de tales consoladores. Su único tormento es haber de morir tan pronto, y no poder padecer mas graves tormentos. Su único consuelo, y el mayor que desea, será si suben muchos con él á este monte. Cuando decretó Dios exterminar enteramente á Pentápolis con azufre y fuego llovido del cielo, mandó por medio de un angel á Lot alejarse de alli, para conservarle salvo mientras los otros perecian. ¿Y qué mandó el angel á Lot, para evitar la muerte y conservar la vida? *Ponte en salvo en el monte, no sea que tambien tú perezcas*[2]. Ponte tú en salvo en este monte en que el Salvador obró nuestra salvacion. Si te embravece la soberbia, si te enardece la lascivia, si te entorpece la pereza, si te consume la envidia, te hallas en lo profundo del valle; *ponte* pues *en salvo en el monte.* En el monte de la mirra, en el monte Calvario, que está teñido con la sangre de Jesus, y consagrado con su muerte. Ponte en salvo en este monte, en que la salud del mundo reconcilió al mundo con su Padre. *Aqui habitaré porque le he elegido.* Descenderé de aquellos montes malditos de Gelboé, de los montes de la soberbia, el honor, la gloria, sobre los cuales no cae ni el rocío, ni la lluvia de la divina sangre : ascenderé con mis

1 Luc. xv. 6. 2 Genes. xix. 17.

frecuentes pensamientos al monte del Señor, en que espiró el Señor de la gloria. En vano acudiré á otra parte para salvarme. Porque ¿de dónde puedo esperar bien alguno sino de ti, á quien he pagado los beneficios con tantos males? Ningun honor puedo esperar sino de ti, á quien he despreciado: ninguna alegría verdadera sino de ti, que por mí estuviste triste hasta la muerte: no puedo tener vida sino por ti, á quien quité la vida. A ti pues vuelvo arrepentido, de quien me alejé pecando. Me salvaré en este monte, donde mana la fuente en que seré lavado. Nuestra única salud es esperar por ti la salud. *Tú te hiciste mi salud* [1] cuando dijiste; *Yo soy tu salud* [2].

CAPITULO DÉCIMO.

CRISTO EN EL MONTE CALVARIO.

§. I.

Desnúdanle de sus vestiduras.

Aquel gran batallador *que enseña nuestras manos á la pelea, y nuestros dedos á la batalla* [3], para dar la última batalla decisiva, postrar las aereas potestades, triunfar de Lucifer, y arrojar fuera al príncipe del mundo, quiso desnudarse de todo lo que era del mundo, siendo su voluntad morir desnudo: confundiendo de este modo la prudencia del mundo con la nece-

1 Psalm. cxvii 28. 2 Ibid. xxxiv. 3. 3 Ibid. cxliii. 1.

dad; quebrantando lo fuerte con la flaqueza; ofuscando la gloria con la ignominia; infamando la opulencia con la desnudez; resucitando los muertos con su muerte. Es pues desnudado de sus vestiduras para pelear desnudo; para que peleando asi venza, venciendo triunfe, triunfando colme toda la region de la triunfante Iglesia de inmenso gozo. Quítanle las vestiduras, y con ellas no ya el cutis, que poco antes habia cedido á la violencia de los azotes, sino la misma carne, que con la sangre cuajada estaba pegada al vestido, y arrancándola comenzaron á manar rios de sangre. Asi Cristo con todo su cuerpo desnudo, expuesto por todas partes á la frialdad del aire, cubierto de sangre que corria, despedazado y llagado, oprimido de fatigas, colmado de dolores, circundado de verdugos, verdaderamente ya no hombre sino gusano; tiende por una y otra parte sus ensangrentados ojos para ver si hay quien le consuele, y no lo encuentra. Ve á la espalda á su madre, pero toda oprimida de dolor. Ve al discípulo Juan, á quien amaba, pero apenas dueño de sí con la afliccion. Ve á las piadosas mugeres, pero llenas de amargura. ¡O Jesus, cuán caro te he costado! Déjame hablarte aqui con las palabras de tu siervo Agustino[1]: „¿Qué cometiste, dulcísimo joven, „para que asi fueses juzgado? ¿Qué cometiste, „joven amantísimo, para que tan duramente „fueses tratado? ¿Cuál es tu delito? ¿cuál tu „culpa? ¿cuál la causa de tu condenacion? Yo,

1 Med. cap. VII.

„ yo soy la causa de tu dolor, la culpa de tu cas-
„ tigo; yo el motivo de tu muerte, yo el delito
„ de tu pena. ¡O miserable condicion de tal sen-
„ tencia! ¡O inefable disposicion de tal misterio!
„ Peca el inicuo, y es castigado el justo; delinque
„ el reo, y sufre la pena el inocente. Lo que me-
„ rece el malo lo padece el bueno; lo que peca
„ el siervo lo paga el Señor; lo que comete el
„ hombre lo sufre Dios." ¿Y aun pecas, ó hom-
bre? ¿Y aun no amas al que tanto te ama, que pa-
rece casi fuera de sí de amor? ¡O qué espectácu-
lo, á vista del cual es maravilla que todo el uni-
verso no volviese á reducirse á la nada! Estar el
Hijo de Dios en el lugar mas vil de todo el mun-
do, en un asqueroso y hediondo casi muladar,
infamado con las horcas y las cruces; y estar des-
tituido de todo humano socorro, desnudo, cár-
deno, despedazado, todo cubierto de sudor, de
lágrimas, de sangre, temblando entre los furio-
sos torbellinos de los vientos; esperando el cruel
mandato de los verdugos, para inclinarse al ar-
bitrio de ellos en la cruz; para extender á la vo-
luntad de ellos sus manos y sus pies para que se
los clavasen! ¡O fe, qué nos enseñas! ¡qué nos
obligas á creer, y si no lo creemos nos amena-
zas con los suplicios eternos! Bien sé que fre-
cuentemente bajo un sórdido manto se oculta
gran sabiduría. Pero que bajo el aspecto de tal
cuerpo se oculte la sabiduría eterna; el mismo
Hijo de Dios, que bajo la figura de una despe-
dazada, mas bien ya res que carne humana, es-
té encerrado aquel en quien se hallan todos los
tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; ¿quién

si no tú, ó fe, nos lo persuadiria? Bien has querido que se cierren los ojos del cuerpo, que se aparten los sentidos, que se excluya la razon, que no se escuche la naturaleza. De otro modo padeceria la fe al creer la posibilidad de aquellas mismas cosas que tu enseñas haberse ya verificado. Verdaderamente es tanto el amor de Jesus, que mas puede él hacer en favor de los que le aman, que lo que ellos, segun las fuerzas naturales, pueden creer de quien los ama. Verdaderamente los testimonios de tu amor son creibles excesivamente; mas creibles solo por la fe divina, increibles á la fe humana. Entre tanto el que asi desnudo era despreciado aqui por los hombres, era adorado en el cielo por los ángeles, era temido en el infierno por los demonios. ¡O ambicioso! ¿quieres ser obsequiado de los hombres, estimado de los ángeles, temido de los demonios? Asi cómo en este mundo tuvo desnudo Cristo su cuerpo, ten asi tú desnudo tu ánimo. Imita el consejo de San Pablo: *Despojaos del hombre viejo con sus actos*[1]. El que está desnudo de todo afecto de mundo; y de lo que es del mundo, es mayor que todo el mundo: este podrá como atleta invicto acometer á los enemigos, y provocarlos todos al combate. Al desnudo no solo no le acometen los demonios, sino le huyen: no solo no le combaten, sino le temen. Asi desnudo estarás como Cristo en el monte, eminente, elevado, mas excelso que todas las cosas, superior á todas las cosas humanas. Piadosamente

1 Colos. III. 9.

ambicioso de ser asi ensalzado, abrazo, ó Jesus, tu desnudez. Esa desnudez tuya, abatida para los hombres, pero gloriosa para los ángeles; esas tus vestiduras, que para morir dejaste, claman con tu apostol: *Vestios de nuestro Señor Jesucristo*[1]. Tú, no queriendo reservar ni un hilo en tu muerte, habiendo querido salir asi desnudo de este mundo, clamabas con todo tu cuerpo diciendo lo que poco antes delante de Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*[2]. Confieso que no puedo reinar ahora en el mundo, y despues en el cielo; vestir aqui púrpura y holanda, y despues la estola de la gloria: saciar aqui el vientre, y despues la mente. No quiero pues que mi reino sea de este mundo; porque nada hay en el mundo sino malignidad; nada en la felicidad del mundo sino infelicidad; nada en las opulencias del mundo sino iniquidad; nada en las delicias del mundo sino acerbidad; nada en la prudencia del mundo sino necedad; nada en todo el reino del mundo sino vanidad de vanidades y todo vanidad: y despues nada sino todos los males, y en ellos una eterna eternidad.

§. II.

Danle á beber hiel.

No habia en el cuerpo de Jesus miembro alguno que no hubiese percibido su tormento. Habian sido martirizados los oidos con injurias, las

1 Rom. III. 14. 2 Ioann. XVIII. 36.

megillas con bofetadas, el rostro con salivas, los ojos con el velo, las narices con hediondez, la cabeza con espinas, las manos con cordeles, los hombros con el peso de la cruz, todo el cuerpo con los azotes. Aun quedaba un miembro exento de penas, que era la lengua. Para que esta pues participase tambien, *le dieron á beber vino mezclado con hiel*[1]. Habia gustado Adan el fruto vedado, y era dulce á su paladar; pero al descender á las entrañas, *mordia como culebra, y como aspid difundió su veneno*[2]. Apenas le habia gustado con la extremidad de los labios, cuando ya clamaba como despues Jonatas: *Gusté gustoso un poco de miel, y ahora muero*[3]. Oia esto aquel gran médico, y respondia: ¿*Por qué habeis de morir*? Descendió al enfermo; subió al monte de la mirra; sabia que las cosas contrarias se han de curar con sus contrarios; bebió vino mezclado con hiel; y clama el médico al enfermo: gustoso he gustado un poco de hiel, y ahora *tendrás vida y no morirás*[4]. ¿Qué es aqui mas de admirar, la clemencia del médico, ó la malicia del enfermo? Dios no necesita nuestros bienes; y con todo desciende él mismo á nosotros: nosotros teniendo la mas urgente necesidad de su auxilio, con todo eso le huimos: le estamos tan obligados, y le ofendemos. Debia darnos por nuestras maldades castigo, y nos da la gracia: debemos nosotros por sus beneficios obsequiarle, y le injuriamos. Podia abandonarnos, y nos ha buscado:

1 Matth. xxvii. 34. 2 Prov. xxiii. 32. 3 1. Reg. xiv. 43. 4 Ezech. xxi. 31.

nos convenia buscarle, y huimos de él. Podia aborrecernos, y nos amó: estamos obligados á amarle, y le aborrecemos. Podia desampararnos en Egipto, y nos introdujo en una tierra manando leche y miel; y nosotros le damos á él hiel. Su clemencia perdonó nuestra malicia, y nuestra malicia compite con su clemencia. ¿Qué será mas digno de admiracion, la bondad suya, ó la iniquidad nuestra? La una me avergüenza y confunde; la otra me pasma y asombra. Esta es aquella hiel amarga, hiel de dragones que te presenta el hombre: despues de tantos beneficios, tanta ingratitud: cuando no hay cosa mas llana para el hombre ni mas facil que ser agradecido á Jesus por sus beneficios, bastándole para esto el acordarse de ellos. Esta hiel y acibar de Jesus la convierte en miel y vino. Sé que estas *expresiones* con que se refieren tus beneficios son *mas dulces que la miel y el panal*[1]. Te daré pues no hiel, sino vino mezclado con miel, cantando las misericordias tuyas, refiriendo las miserias mias. *Venid pues escuchad, y os diré á todos los que temeis á Dios, cuanto ha hecho con mi alma*[2]. Yacia yo en las tinieblas y sombras de la muerte, reo de muerte, *hijo de ira*[3]; porque debia mas de diez mil talentos; y como no tenia con que pagar, habia sido entregado á los atormentadores, hasta tanto que pagase toda la deuda. Vino Dios, rico en misericordia (pues se conmovieron sus entrañas viendo mis miserias), *in-*

1 Psalm. xviii. 11. 2 Ibid. lxv. 16. 3 Ephes. ii. 3.

clinó los cielos y descendió[1]. ¿A qué? A librarme. ¿De dónde? De la carcel. ¿De qué penas? Las eternas. ¿En qué tiempo? Cuando era enemigo suyo. ¿Con qué precio? El de su sangre. ¿Por qué medios? De tormentos, ignominias, hiel, espinas, cruz y muerte. ¡O portento de amor! ¡O milagro de clemencia! ¡O prodigio de misericordia! ¡Amar tanto á un enemigo, trabajar tanto por un ingrato, hacer y padecer tanto por un pérfido! ¡Para librar al siervo descender el Señor! ¿De dónde? Del trono de su gloria. ¿Adónde? Al heno y al pesebre. Trabajar: ¿desde qué tiempo? Desde la infancia. ¿Hasta cuando? Hasta la muerte. Empleando: ¿qué? Su sangre. ¿Y cuanta? Hasta la última gota. Padeciendo: ¿qué? Cuanto puede imaginar la mas ingeniosa crueldad. ¿Qué amor es este tan peregrino á los hombres? ¿Cual es, y de dónde viene tan gran favor? Ver de una parte al hombre reo, de otra á Dios ofendido. El que nada debia al hombre despues de tantas ofensas, sino eternos suplicios, estar con todo en un monte, desnudo, saciado de oprobrios, recibiendo por bebida hiel. Pero en vano se fatiga el humano ingenio, por alcanzar este arcano, este misterio de amor. Debe venerarle, no puede comprehenderle. Mas puede hacer, ó Jesus, tu amor, que puede el hombre amado comprehender. Ni lo entenderé hasta entrar en tu santuario: alli nos inundarás con los misterios escondidos desde el siglo, cuando nos des á beber no hiel, sino el torrente de delicias,

1 Psalm. XVII. 10.

cuando nos veamos embriagados con la abundante plenitud de la casa del Señor.

§. III.

Rehusa Cristo beber la hiel.

Misterioso es, y debe cuidadosamente investigarse el hecho que se sigue. Habia aplicado Cristo sus labios para gustar la hiel; *y habiéndola gustado, no la quiso beber.*

¿Qué misterio es este? El que aceptó todo género de tormentos y martirios, ¿cómo evita este? *No quiso beber.* Le dieron bofetadas; quiso recibirlas: le escupieron el rostro; dejó se le afeasen: le acusaron falsamente; quiso sufrir con silencio: le azotaron; quiso aceptar los azotes: le coronaron de espinas; quiso ser penetrado con ellas: le cargaron con la cruz; quiso llevarla. *Danle vino mezclado con hiel; no quiso beberle.* El que aceptó todo lo demas, ¿cómo rehusó esto solo? El que en todo su cuerpo y en todos los miembros de él no hubo martirio que no sufriese, ¿cómo sola la lengua quiere esté exenta de dolor? Aquí hay misterio oculto. ¿Quién nos declarará este arcano? Verdaderamente debió de ser muy amarga aquella hiel, cuando la rehusó aquel que se dignó admitir todo género de penas. Explicaré los arcanos ocultos que aquí hay. Hay lengua, que como dice David, *es dolosa*[1]; segun Salomon *es falaz*[2]; segun el Eclesiásti-

1 Psalm. cviii. 2 Prov. xxvi.

co *es contaminada*[1]: segun Miquéas *es fraudulenta*[2]; *bajo sus labios hay veneno de áspides*[3], como canta David. De semejante lengua provino aquella hiel que Cristo rehusó beber. Porque de la lengua salen la detraccion, las contumelias, los oprobrios, las maldiciones, los juramentos, las mentiras, las blasfemias: mas sobre todo la detraccion, que priva al hombre de lo mas precioso de su vida, que es el nombre, la fama, la estimacion. Oid lo que dice David, ó mas bien por boca de David el que quiso ser llamado hijo de David, Jesus. *Si un enemigo mio me maldijese, lo sufriria sin duda. Pero tú, hombre unánime conmigo, compañero mio y conocido mio*[4]. Si maldigese, si censurase, si vituperase la fama agena el pagano, el turco, el judío, el herege, sufrible fuera la injuria. Pero tú, católico, que con un solemne sacramento estás consagrado á mí: tú, sacerdote, que todos los dias sales del sagrado altar teñida tu lengua con mi sangre; que me des tú á beber aquella hiel, no puedo sufrirlo, no puedo beberla. Es hiel de áspides, es veneno de dragones. Esto es, vino mezclado con hiel. La mezclan con aquel celestial vino todas las veces que con la sangre de Jesus, que tan frecuentemente beben, mezclan la hiel de la lengua amarga, las detracciones, las contumelias, los oprobrios. Y para que ni aun los que son ofendidos con aquella espada aguda, la lengua digo, y los vituperios de la lengua, desmayen, sino se

1 Eccli. LI. 7. 2 Mich. VI. 3 Psalm. CXXXVIII. 4. 4 Ibid. LIV. 12.

alienten, y desprecien estas injurias: consideren ¿qué es lo que se dice? ¿por quién? ¿y con qué ánimo? ¿es verdadero ó falso? Si verdadero, no hay porque ofendernos de la verdad: si falso, no hay porque apreciar unas falsedades, que despues se descubrirán con mayor honra del paciente. ¿Por quién? ¿por enemigos? ¿qué extraño? Mas nadie lo cree. ¿Por amigos? no es nuevo. Mas nadie lo probará. ¿Por inferiores? debe despreciarse. ¿Por iguales? perdonarse. ¿Por superiores? sufrirse. ¿Con qué ánimo? ¿Por error? No nos ofendamos, pues nadie hace una injuria que no sabe si la hace. ¿Con intencion? ¿Cual puede ser la de hacer una injuria? Siempre este es un error: perdonemos á quien yerra; tambien nosotros erramos. En suma, el que recibió la injuria sepa que es superior al que la hace. Si consideras bien esto, podrás gustar aquella hiel de la lengua amarga como Cristo, pero no la beberás: no penetrará tus entrañas, no se introducirá en tus medulas, no traspasará tu ánimo, sino solo tocará ligeramente tus oidos. La gustarás, porque lo sentirá la naturaleza: no la beberás, porque no se rendirá el ánimo. ¿Mas qué te daré yo á beber, ó fuente de la vida, que por mí sufres te den á beber hiel? Si hablo, como *de la abundancia del corazon habla la boca*[1], mi corazon está lleno de amargura, y tú no quieres beber hiel. Yo sé que estás sediento, aunque inebriado de la plenitud de la casa de Dios, y bebiendo del torrente de sus delicias. Si quiero llorando ofrecer-

[1] Matth. XII. 34.

te lágrimas, temo no me digas lo que á aquellas mugeres: *No querais llorar por mí, sino llorad por vosotras mismas*[1]. ¿Cómo? Por Lázaro muerto lloró Jesus; ¿y no me será lícito llorar por Jesus muriendo por mí? Tú *libraste mi alma de la muerte, mis ojos del llanto*[2]; ¿y no podré yo llorar por ti? *Con mis lágrimas regaré mi estrado*[3]; *y pues hallé gracia en tus ojos*[4], saldrán de mis ojos raudales de agua. Estas lágrimas sé que son para ti mas dulces que la miel y el panal. Finalmente me atreveré aqui á hablar como tu profeta: *Te inebriaré con mis lágrimas*[5], hasta que las enjugues todas de mis ojos.

CAPITULO UNDÉCIMO.

CRISTO EN LA CRUZ.

§. I.

Inclínase Cristo en la cruz.

Llegaba ya el tiempo en que Cristo, que treinta y tres años antes inclinando los cielos y descendiendo habia sido concebido del Espíritu Santo, despues de subir al monte se inclinase en la cruz, para que el que desde el vientre de su madre habia sido obediente al Padre, lo sea tambien hasta la muerte de cruz. Miró la cruz, aquel instrumento ¿diré de la crueldad humana, ó de la

1 Luc. XXIII. 28. 2 Psalm. CXIV. 8. 3 Ibid. VI. 7. 4 Esther VII. 3. 5 Isaí. XIX. 7.

piedad divina? y se regocijaba su espíritu viendo que dentro de tres horas le habia en ella de entregar en manos de su Padre para librarnos de las garras del demonio. ¡O feliz madero por el cual se adquiere el reino! Si es *bendito el madero por el cual se hace la justicia*[1]; ¿cuanto mas este madero por el cual se hace la misericordia? De este madero dice egregiamente San Leon[2]: *Del instrumento que la iniquidad de los judíos preparó para la pena, el poder del Redentor nos hizo escalon para la gloria.* Quiso nuestro esposo, antes de reposar en el medio dia de su amor (pues aqui habia llegado ya el sol de justicia en su carrera), quiso fuese todo su cuerpo desnudado, para que el ardiente amor, que encendidamente le abrasaba, se templase con el fresco soplo del aire refrigerante. Cuantas heridas estaban abiertas en su cuerpo, otras tantas eran las patentes puertas de su amor, por las cuales las palomas seducidas, no teniendo corazon, podian entrar en la caverna del edificio arruinado, en el corazon del esposo, en la mansion, digo, de la misericordia. Entonces, deseando ansioso ser extendido en la cruz, se postra primero con todo el cuerpo, y se inclina para besarla. ¡O cruz, digna de ser honrada con mil ósculos, dignísima de ser estrechada con los abrazos de todos! Anhelar á ti es piedad; morir en ti es salud; llevarte es gloria. Esclarecidamente dice de la cruz San Gerónimo[3]: „ Soledad padece aun en medio de la poblacion „ la gentilidad: los antiguos dioses de las nacio-

1 Sap. XIV. 7. 2 Serm. 4. de Pass. 3 Lib. 2. Epist. 5.

„ nes se han quedado solos en las altas cumbres „ con los buhos y lechuzas; las banderas de los „ soldados son insignes; las púrpuras de los reyes, „ y las resplandecientes piedras de las diademas „ son condecoradas con la pintura del patíbulo „ saludable." Asi el Santo. Ya todo el mundo honra la cruz y la adora. Llevan la cruz los soldados en sus armas; la expresan y pintan en sus banderas; la cuelgan los vencedores en sus trofeos; la fijan los reyes en sus títulos; la llevan los Césares en sus coronas; los pontífices en sus tiaras; la cruz resplandece en los puentes, en las plazas, en las carrozas, en las puertas de las ciudades, en las almenas de los alcázares, en las entradas de los edificios, en las torres de los príncipes, en los capiteles de los templos, en las cimas de las pirámides. Toda la pompa del mundo se sujeta á la humildad de este leño. ¿Mas para qué ensalzas tanto la cruz cuando te sirve de tanto horror el llevarla? Si tanto te agrada la cruz, sufre gustoso todo lo que te desagrada, y ya posees la cruz. Cuanto acaece contra la voluntad, ó fuera del deseo, es cruz. Piensa pues en esto en toda adversidad. Esta enfermedad, esta pérdida de interes ó fama, este daño, esta afrenta, esta injuria, esta afliccion, fue inventada en el alto consistorio de la santísima Trinidad por la infinita sabiduría de Dios, enviada por su poder, aprobada por su bondad, como un certísimo medio y auxilio para mi salvacion. Si consultas á la madre de Dios, si á los apóstoles, si á los doctores de la Iglesia, si á los mártires, si á los nueve coros de los ángeles, si á todos los santos del cie-

lo, todos responderán á una voz: mas te importa que perezca uno de tus miembros, que no el que todo tu cuerpo sea arrojado en el infierno[1]: mas, que perezca tu fama, tu salud, tu honra, tus bienes, que tu alma. Clama la carne flaca: esto impide mi salvacion. Responde el espíritu pronto: esto importa para la salvacion. Esta cruz, esta adversidad es de gloria para Dios, de salud para ti, de gozo para los ángeles, de ignominia para los demonios, de egemplo para los hombres. Esta cruz te abrirá los cielos, te cerrará los infiernos, te librará del pecado, te labrará la corona. ¿Mas quién me fabricará esta cruz, con que conseguiré tantos bienes, sino tú, ó Jesus, hijo del artesano? *Tu fabricaste la aurora y el sol*[2]; fabrícame tambien esta cruz: una cruz, digo, cuya latitud es la caridad, cuya longitud es la eternidad, cuya sublimidad es la omnipotencia, cuya profundidad es la inescrutable sabiduría. Perfeccionada esta cruz clamaré contra mí como los judíos contra ti: quita, crucifica. *Crucifica la carne con sus vicios y concupiscencias*[3]: pues debe morir, porque *la carne codicia contra el espíritu.* Crucifica *el hombre viejo con sus actos*, pues es reo de muerte: porque le he encontrado *repugnante á la ley de mi mente, y cautivándome en la ley del pecado.* Crucificame, porque soy homicida, pues te he aborrecido á ti mi hermano. *Y el que aborrece á su hermano es homicida*[4]. ¿Y qué mayor odio que volverte á

1 Matth. v. 29. 2 Psalm. LXXIII. 26. 3 Gal. v. 24. 4 1. Ioann. III. 15.

crucificar en mí mismo? Finalmente crucifícame á mí hombre de la tierra terreno, de tal suerte que crucificado contigo en la cruz, sea compañero contigo en el reino.

§. II.

Es enclavado.

Jesus, hijo de David, acuérdate de lo que dictaste á David cuando escribia el Salmo XXI; á saber: *agujerearon mis manos y mis pies, y numeraron todos mis huesos.* Ahora llega aquel tiempo aceptable para nosotros, pero triste para ti. Ve aqui los clavos, los martillos, los verdugos. Pero antes que te inclines en la cruz, levanta al rededor tus ojos, y mira no lejos ni distante la pequeña Belen. Acuérdate que alli saliste desnudo del vientre de tu madre, y aqui vuelves desnudo al seno de tu Padre. Mas blandamente yacias alli en el heno que aqui en el madero. Pero ya, pues eres Hijo de Dios, no diré desciende de la cruz, sino reclínate en la cruz; porque en la cruz tuya está la vida, la salud, y la resurreccion nuestra. Ea, Jesus, póstrate en el lecho del dolor, para que aquel gran paralítico que yace en el mundo se levante y tome su lecho; ó por mejor decir toma tambien tu yugo. *Jesus pues sabiendo que viene su hora en que pase de este mundo al Padre*[1], se humilló en la cruz. Apenas se habia postrado en el madero aquel *que le-*

1 Ioann. XIII. 1.

vanta á todos los que caen, y alienta á todos los abatidos[1], cuando extiende *y abre su mano* con la cual *llena á todo viviente de bendicion*[2]. Primeramente extiende su diestra para conducir con su mano los extraviados al camino estrecho que va á la vida: despues extiende la siniestra, para dar libertad á los siervos del pecado, y sacarlos de la servidumbre á la libertad de hijos de Dios. Asi extendidas las manos las traspasan los sayones con gruesos clavos: cavando el hoyo en que ellos cayeron, y sacándonos de alli á nosotros el tesoro indeficiente en los cielos. Deja en fin ya, ó pecador, de alegar excusas en tus pecados, y decir con aquel mayordomo inicuo *no puedo cavar*. Te convencerán de falso aquellas palabras de la verdad: *cavaron mis manos y mis pies*. Y para que fuese mas acerbo el dolor, usaron los verdugos de clavos embotados; y no pudiendo la mano siniestra llegar al agujero, la estiraron con cordeles, de tal suerte, que todos los nervios y las venas se rompieron. Fue tan atroz esta extension de los miembros y tan violenta, que los huesos todos se conmovieron y desencajaron de sus lugares, pudiendo uno á uno contarse. *Numeraron todos mis huesos*. Aplican despues sus nerviosos brazos los inhumanos sayones, y extienden la mano para hincar los clavos con un pesado martillo. ¿Dónde estás, ó Padre Eterno? Cuando Abrahan extendió su mano y arrebató el cuchillo para inmolar á su hijo unigénito Isaac, á quien amaba, enviaste un angel del cielo que cla-

1 Psalm. cxliv. 14. 2 Ibid. v. 16.

mase: *No extiendas tu mano sobre el niño*[1]: Ve aqui mas que Isaac es este; pues es tu Hijo unigénito y amado en quien tienes tus complacencias. Ya el verdugo extendió su mano y tomó el martillo para herirle: ¿cómo no envias un angel? Mas oigo á Cristo que tácitamente responde: *¿Acaso piensas que no puedo rogar á mi Padre, y me enviará al punto mas de doce legiones de ángeles? ¿Cómo pues se han de cumplir las escrituras, cuando asi conviene que sea*[2]? Pues si asi conviene que sea, hágase, ó Jesus, tu voluntad. Entre tanto postrado asi en la cruz el Hijo de Dios, todo el monte Calvario resuena con el estrépito de los martillos. Como media hora emplearon en esta cruel obra *los obreros de la iniquidad*[3]. Entonces creo se cumplió lo que despues escribió en su Apocalipsi San Juan: *Hubo silencio en el cielo como media hora*[4]. Porque segun el Eclesiástico: *El sonido del martillo renueva el oido*[5]. Esto es, el oido del eterno Padre, para el cual el sonido de los martillos y los clavos era nuevo: porque en toda la eternidad nunca se habia oido antes tal sonido. Subia este sonido á los ángeles, á los arcángeles, á las virtudes; y ellos atónitos con tan extraño sonido estaban silenciosos. Penetraba hasta las otras gerarquías, los tronos, los querubines, los serafines, que tambien se quedan en silencio. Antes se oia en el cielo un sonido, segun S. Juan, *como de citaristas que citarizaban con sus cítaras*[6]; pero al soni-

1 Genes. XXII. 12. 2 Matth. XXVI. 53. 3 Luc. XIII. 27. 4 Apoc. VIII. 1. 5 Eccli. XXXVIII. 30. 6 Apoc. XIV. 2.

do de los martillos *hubo silencio en el cielo.* Este sonido de los martillos excedia á toda la melodía de los ángeles; y era una armonía que deleitaba al Padre, aplacaba la justicia, excitaba la misericordia. A aquel sonido *se conmovió y se estremeció la tierra: los fundamentos de los montes se conturbaron y se conmovieron*[1]. Entonces dieron alaridos los demonios, porque al sonido de los martillos *fue quebrantado* (dice Jeremías) *y desmenuzado el martillo de toda la tierra*[2]. Esto es, Lucifer yace ya como sin aliento al pie de la cruz. Bien: al fin Cristo está clavado en la cruz; pero yo, enemigo de la cruz de Cristo, todo me espanto, me horrorizo, me estremezco. *Si convino que Cristo padeciese y asi entrase en su reino*[3]; ¿qué se ha de hacer conmigo, que ni hago ningun bien, ni padezco ningun mal? ¡O cuanto disuenan, Cristo en un duro leño, el cristiano en un mullido lecho! ¡Cristo entre espinas, el cristiano entre rosas! ¡Cristo doloroso al sonido del martillo, el cristiano gozoso al sonido del órgano! O cristiano, este no es el espíritu de Cristo. Oye á Pablo y tiembla al oir su oráculo: *El que no tiene el espíritu de Cristo, este no es de Cristo*[4]. Vivir una vida tan disonante de la de Cristo no es tener su espíritu: vivir segun la carne no es tener el espíritu de Cristo. *Si viviereis segun la carne morireis*[5]. Para que yo no muera viviendo segun la carne, deseo ser crucificado en la cruz. Allí con el espíritu mortifica-

1 Psalm. XVII. 8. 2 Ierem. L. 23. 3 Luc. XXIV. 26. 4 Rom. VIII. 9. 5 Ibid. VIII. 13.

ré los hechos de la carne: *Porque sé que si somos compañeros en la muerte, lo seremos en la vida*[1].

§. III.

Es levantada la cruz en alto.

Yace aun en el abatido suelo el autor de la vida, el triunfador de la muerte; y para que no pierda la cruz instrumento de su victoria, ó para que ninguno se la arrebate de las manos, quiso ser clavado en ella con las manos taladradas. ¿Pero de dónde te proviene, ó Jesus, tanto afecto á este infame tronco? ¿Por qué elegiste antes morir en los brazos de la cruz, que en los abrazos de tu madre? ¿Por qué antes en un madero tosco y áspero, que en un mullido estrado ó en un blando lecho? ¿Por qué quisiste espirar mas entre dos ladrones, que entre dos serafines? Esto prueba con tu egemplo ser muy verdadero lo que despues enseñó el oráculo de Pablo: *Lo que es necio en el mundo, eligió Dios para confundir los sabios; y lo debil del mundo eligió Dios para confundir lo fuerte; y lo abatido del mundo, lo despreciable, eligió Dios, y las cosas que no son para destruir las que son*[2]. ¿Qué cosa mas sabia que la ciencia de todos los filósofos, la prudencia de los políticos, la pericia de los escribas, la astucia de los fariseos, la doctrina de la sinagoga? ¿Qué cosa mas poderosa que la opulencia de los grandes príncipes, la fortaleza de los soldados,

1 II. Timoth. II. 11. 2 Corinth. I. 27.

las amenazas de los jueces, la arrogancia de los reyes, la fiereza de los tiranos, la magnificencia de los Césares? Por el contrario, ¿ que cosa mas abatida, mas debil, mas despreciable que el tronco vil de un arbol, que un madero nudoso, que un fragmento de un leño carcomido; en suma, que una cruz? Cuando todo el que estaba pendiente de ella era tenido por maldito. *¡O altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuan incomprehensibles son sus juicios, é inaveriguables sus caminos*[1]! Lo que habia en todo el mundo mas abatido, humilde, vil, despreciable y envilecido, que era el madero de la cruz, lo eligió como instrumento para confundir la ciencia de los filósofos, la sabiduría de los judíos, la prudencia de los gentiles, el poder de los reyes, el fausto, la arrogancia, la pompa del mundo, la fortaleza de los demonios, y todas las fuerzas del abismo, y en fin para que cuanto hay en el mundo grande, ó en el infierno formidable, ó en cualquiera parte sumo, quedase confundido, derribado, arruinado, destruido, exterminado. Pero mientras yo ensalzo con elogios la cruz de Cristo, Cristo crucificado es levantado por los soldados en alto. Entonces apareció verdaderamente una señal grande, no en el cielo, sino en la tierra. Esta señal es el madero de la cruz: señal de la alianza entre Dios y los hombres: señal á la cual contradecirán y contradijeron. Ahora triunfaba en aquel alto madero como en un carro triunfante el consumador de aquella gran-

1 Rom. xi. 33.

de obra encomendada por su Padre, cuando desde alli, hecho á un mismo tiempo espectador y espectáculo de todo el mundo, comenzó á medir su imperio con los ojos, y á repartirle interiormente entre los suyos. Tenia vuelto el semblante al occidente el que nació de lo alto, es á saber, vuelto el rostro hácia su esposa la nueva Iglesia, que en la Europa habia de obtener el mayor dominio. Vuelta la espalda al oriente ó al Asia donde ya iba á faltar la sinagoga: esto es, moria el sol de justicia sobre la injusticia de Jerusalen. La mano siniestra hácia el mediodia ó al Africa; la diestra al septentrion, ó la Armenia y Persia. Hincada ya la cruz en un profundo hoyo, y levantada en alto, clama desde el cielo el Eterno Padre, como antiguamente á Moises: *Mira y haz segun el egemplar que se te ha mostrado en el monte* [1]. No dice solo, ve á saber la exterior forma corporal, pues aqui nada verás que no sea humano; sino *mira* los intimos secretos, los ocultos senos del alma: aqui nada hallarás que no sea divino. Mira el cuerpo, y verás que *desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza no hay en él sanidad* [2]. Mira el pecho, y hallarás que en todo su corazon no hay sino caridad. Mira su cabeza, y no hallarás sino espinas penetrantes y heridas inhumanas; y dirás: verdaderamente *el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza* [3]. Mira su cabeza, y exclamarás: *Su cabeza oro preciosisimo* [4]. Mira su ros-

1 Exod. xxv. 40. 2 Isai. i. 6. 3 Matth. viii. 20. 4 Cant. v. 1.

tro, y le verás cárdeno, acardenalado, desfigurado, y dirás: *No le ha quedado figura ni decoro, y está como escondido su rostro* [1]. Mira su rostro, y verás que allí se oculta *el candor de la luz eterna, el resplandor de la gloria, y la figura de su substancia* [2]. Y dirás lo que Ester de Asuero: *Te ví, Señor, como un angel de Dios* [3]. Muy *admirable eres, Señor, y tu rostro está lleno de gracias* [4]. Finalmente mira á Cristo, y le verás *como un leproso, despreciado, y el último de los hombres*, y dirás: *Gusano es y no hombre* [5]. Mira bien, y exclamarás con Tomas: *Señor mio y Dios mio* [6]. O Señor, ó bien te vea, ó bien te mire, *todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién es semejante á ti* [7]? ¿Quién semejante á ti en el dolor del cuerpo, quién semejante á ti en el amor del corazon? Señor, ¿quién semejante á ti en el abatimiento, quién semejante en la magestad? ¿Quién semejante en la flaqueza, quién semejante en el poder? ¿Quién semejante en la pobreza, quién semejante en la riqueza? ¿Quién semejante en la ignominia, quién semejante en la gloria? *Iré pues al monte de la mirra* [8], *y veré esta vision grande* [9]. Repararé en el rostro de mi Jesus, le miraré bien, y haré segun el egemplar que se me ha mostrado en el monte, para que padeciendo contigo, y muriendo en el monte Calvario, suba contigo en el monte Olivete á los cielos; y allí finalmente, mirándote y reparándote, mirando tu humanidad, reparando en

1 Isai. LIII. 2. 2 Heb. I. 3. 3 Esth. XV. 19. 4 Isai. V. 3. 5 Psalm. XXI. 7. 6 Ioann. XX. 28. 7 Psalm. XXXIV. 3. 8 Cant. IV. 3. 9 Exod. III.

tu divinidad, clamará mi alma por toda la eternidad, y todos mis huesos dirán: *Señor, ¿quién es semejante á ti?*

CAPITULO DUODÉCIMO.

CRISTO EN LA CRUZ.

§. I.

Está pendiente en medio de dos ladrones.

El Hijo de Dios, que estando en medio del Padre y del Espíritu Santo en el cielo, obra nuestra salud en medio de la tierra, no quiso morir sino en medio de dos ladrones. Esto es lo que afirma el evangelista. *Alli le crucificaron, y con él dos ladrones, uno á la derecha y otro á la siniestra, y en medio á Jesus* [1].

Verdaderamente está aqui en medio la virtud, estando pendiente en medio de dos ladrones la salud del mundo. Hízose esto ó por mandato del presidente, ó por consejo de los judíos, para que la inocencia de Cristo fuese oprimida, y los espectadores no dudasen que era reo y delincuente, y por tanto que era comun el delito de Cristo y los ladrones, cuando era comun el suplicio. Considera aqui cuan bien concuerda la entrada de Cristo en el mundo y su salida del mundo: su nacimiento y su ocaso; su vida, alfa y omega, principio y fin, natividad y muerte,

1 Luc. XXIV. 33. Ioann. XXI. 18.

son perfectamente paralelas. En una y otra no aparece sino una extrema humildad y pobreza. Al entrar en el mundo nace en un vilísimo establo, que era albergue de jumentos: al salir del mundo muere en un despreciadísimo monte, que era sepulcro de ladrones. Cuando nace llora entre el heno; cuando muere gime en el madero: al nacer es puesto en el pesebre; al morir extendido en el patíbulo: al nacer es envuelto en pañales; al morir crucificado con clavos: nace entre dos jumentos; muere entre dos ladrones. Verdaderamente Cristo se hizo hasta la muerte, no solo obediente sino humilde; eligiendo todo cuanto era para mayor colmo de infamia y de ignominia. Lo cual es facil de entender á quien considere el lugar en donde, el tiempo en que, el modo con que quiso padecer y morir. Quiso padecer, como en el mas célebre teatro del mundo. En Jerusalen, ciudad famosa, metrópoli frecuentada de innumerables ciudadanos, centro de toda la Judea, emporio de todo el orbe, y la eligió, para que la escena de toda su tragedia fuese mas pública al orbe, y su muerte mas extendidamente divulgada; ciudad que entonces era el seminario de la piedad, la escuela de la santidad, y como el santuario de la religion: conteniendo en sí los pueblos rendidos á la ley de Dios, apreciadores de los santos dogmas, obligados á Dios con los beneficios copiosamente derramados sobre ellos. A esta ciudad estaba inmediato y contiguo el monte Calvario; lugar infamado con los suplicios de los ladrones, piratas y asesinos, y por los instrumentos de los suplicios,

horcas, ruedas y cruces. Si consideras el tiempo, eligió aquel que entre todos los tiempos del año es el principal por el culto religioso, por el numeroso concurso, por el aparato de las ceremonias: esto es, la pascua; en la cual concurrian numerosas olas de hombres: de modo que no solo los habitantes de aquella ciudad por sus calles y plazas, sino los venidos de otros lugares, divulgaban por las aldeas y pueblos por todas partes la fama de tan afrentosa muerte. Fue pues crucificado en aquel público y determinado dia de parasceve, no sin sentimiento grande de vergüenza y de infamia: en tal lugar y circunstancia de tiempo, que ningun otro pudo elegirse mas ingeniosamente, ó para el acrecentamiento del suplicio, ó para el colmo del oprobrio. Verdaderamente, ó nosotros los cristianos nos engañamos, ó Cristo nos engaña. Nosotros, que elegimos lo que Cristo rehusó, y rehusamos lo que él eligió. Necesario es pues que nosotros erremos; pues va por otro camino el que es *camino;* enseña otras cosas el que es *verdad;* vivió de otro modo el que es *vida*. Cuan solícitamente encubre Cristo todo lo que redunda en aumento de su gloria; descubre lo que aumenta su ignominia. En el monte Tabor, al ostentar la magestad de su gloria, toma solo tres discípulos por testigos de aquel celeste espectáculo: en el monte Calvario ostenta el aparato de su ignominia ante una numerosísima muchedumbre de hombres. Alli estuvo entre dos profetas, Moises y Elías, y casi sin ningun espectador: aqui pendiente entre dos ladrones á la vista de todo el mundo. No-

sotros al contrario cuanto cede en nuestra ignominia, lo envolvemos en tinieblas, lo ocultamos dentro de las paredes, lo sepultamos en el olvido, lo encubrimos con el mayor cuidado. Y cuanto redunda en nuestra gloria, lo egecutamos públicamente á la luz, en medio del dia, á vista de todos, en presencia de todo el mundo. Ostentamos en todas partes lo ilustre del linage, fijando en nuestros atrios las humosas imágenes de nuestros mayores, los blasones, los timbres, los títulos insignes de nuestros honores. Y ninguno que sea reputado por noble manifestará haber nacido de padres de baja esfera ó de ínfima clase. Ni basta haber adquirido caudal de ciencia, y conservarla en su ánimo; si no se da muestra de ella en el teatro académico, en las clases públicas, en el concurso de los mas eruditos varones. Si alguno en la campaña hizo alguna hazaña noble, mil veces la repetirá, como otro Trason, á boca llena en los convites, en las calles, en las concurrencias; y si alguno dejando torpemente el arma ha huido del combate, lo calla y reserva para sí solo: ni aun por gracia se le dirá esto á nadie; nunca se hará mencion de ello, se sepultará en profundo olvido. Asi lo que cede en nuestra gloria, lo preconizamos con la mayor celebridad; lo que redunda en ignominia, lo sepultamos en silencio. No asi el Rey de la gloria. Muere con la mayor infamia en el mas noble alcazar de todo el orbe de la tierra; en el dia mas célebre de todo el año; en el lugar mas excelso; en el mismo medio del dia; en presencia de la mas numerosa muchedumbre; en un patíbulo

entre dos ladrones. Verdaderamente puedes decir aqui, ó Jesus: *Humillado estoy excesivamente* [1]. Mas por cuanto te humillaste, ó Jesus, hasta aquel ignominioso leño de la cruz, Dios te exaltó sobre todo lo que es grande. Porque con tanto oprobrio estuviste pendiente entre el cielo y la tierra, se te ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Porque has sido crucificado en medio de dos ladrones, dominas en medio de los ángeles. Porque tan injustamente has sido juzgado y condenado á muerte por un inicuo juez, eres constituido juez de vivos y muertos. Tú que por mi causa estás ahora pendiente entre dos ladrones, cuando estés en tu solio de juez entre las ovejas y los cabritos: *Dame lugar entre las ovejas, y segrégame de los cabritos.*

§. II.

Título de la cruz.

Habia Pilatos publicado la inocencia de Cristo algunas veces delante de los judíos; pero mucho mas la testificó con aquel augusto testimonio del título con que honró la cruz y ensalzó al crucificado. *Y escribió Pilatos un título, y le puso sobre la cruz. Y estaba escrito: Jesus Nazareno Rey de los judíos.*

Ponderad aqui los prodigios de este arbol condecorado con tan ilustre título. Preguntemos aqui lo que en otro tiempo Cristo: *¿De quién*

1 Psalm. xxxvii. 8.

es esta imagen y sobrescrito [1], en este título? La imagen es de un enfermo; el título es de médico: la imagen es de un pobre y mendigo; el título es de noble y rico. La imagen es de un vilísimo esclavo; el título es de un Señor poderosísimo: la imagen es de un caudillo de ladrones; el título es de rey de los ángeles: la imagen es de un malhechor; el título es de Salvador: en una palabra: la imagen indica que es hombre; el título muestra que es Dios. Aqui se presentan las dos naturalezas de Cristo; la humana y mortal en el patíbulo de la cruz; la divina é inmortal en el título de la cruz. Braman y rabian los judíos; revientan de la ira en que se abrasan con la gloria de este título: instan oportunos é importunos á Pilatos para que ó borre enteramente todo el título, ó mude el elogio de él. *No escribas*, le dicen, *Rey de los judíos; sino que él dijo: soy Rey de los judíos.* Persiste Pilatos en lo decretado, diciendo: *Lo escrito escrito.* Está resuelto. Ni una jota ni un ápice se borrará. Con este título excusa Pilatos la inocencia de Cristo, y acusa la malignidad de los judíos. Porque la primera palabra, que es *Jesus*, significa Salvador. Luego si es Salvador, no debió ser crucificado. La segunda es *Nazareno*, esto es, *florido.* Y la flor es símbolo de inocencia: luego si es inocente no debió ser condenado á muerte. La tercera es *Rey.* Si es Rey, no debió ser castigado con infame suplicio. La postrera es *de los judíos.* Esto es, de un pueblo escogido y amado de Dios,

1 Matth. xxii. 20.

é insigne en la piedad entre las naciones. No debió pues este pueblo cometer un delito tan execrable. Cuantas son las palabras de este título, tantas son las bocas que publican los elogios de Cristo, y condenan las maldades de los judíos. Y tú, que te glorias del magnífico título de cristiano, examina si tus obras corresponden como las de Cristo al título de cristiano. Cristo Jesus, esto es, Salvador. ¿Mira si eres salvador de tu alma? Mientes: no eres salvador, sino exterminador de tu alma. *Porque la boca que miente mata al alma*[1]. Matar es perder, no salvar. Mira si eres *Nazareno*, esto es, *florido*. Las flores estan en los huertos, en los prados, en los vergeles, en los lugares amenos; no en las cuevas, no en los albañales, no en el muladar entre el manjar de los puercos. El que mora en tales sitios no es Nazareno, sino asqueroso insecto. ¿Mira si eres Rey? Servir á los pecadores no es reinar sino ser esclavo. Si te agrada pues el título de cristiano, no te desagraden las obras de Cristo. ¡O cuánto suelen discrepar las obras y el nombre de los cristianos! Oigamos lo que dice Salviano en este punto. „ Nosotros que nos llamamos cristianos „ hacemos traicion á la virtud de tan gran nom„ bre con el vicio de nuestra perversidad. Abso„ lutamente de nada sirve tener este santo nom„ bre sin las buenas costumbres: porque si la vi„ da es disonante de la profesion, borra el ilustre „ honor del título con la indigna vileza de las „ obras. Mira, cuando apenas en parte alguna

1 Sap. 1. 11.

„ de todos los cristianos, apenas en ángulo algu-
„ no de todas las iglesias, dejamos de ver todo
„ género de ofensas y manchas de pecados mor-
„ tales, ¿en qué nos gloriamos del nombre de
„ cristianos? Cuando sin duda alguna este mis-
„ mo nombre santísimo nos hace mucho mas reos,
„ pues discrepamos de tan santo nombre. Porque
„ tanto mas nos burlamos de Dios bajo el título
„ de religion, cuanto constituidos en la religion
„ le ofendemos[1]." Hasta aqui Salviano. Libre debe estar de todo crimen grave contra las leyes de Cristo el que quiera gloriarse inocentemente del nombre de cristiano. Mas vuélvome de los cristianos á Cristo, y al título glorioso de Cristo crucificado. Lo primero que se presenta á los ojos en este título es el nombre de aquel que á todos socorre en todas las necesidades, Jesus. ¡O Jesus! nombre suavísimo porque alimentas; nombre poderosísimo porque defiendes; nombre clarísimo porque iluminas; nombre gustosísimo porque deleitas. O Jesus, verdaderamente Nazareno, flor de hermoso color, de fragrante olor, de dulce sabor. O Jesus, Rey no ya de los judíos, que no tienen otro Rey que el Cesar, esto es, al demonio; sino Rey de los cristianos. Sé para nosotros firmes manos para que no caigamos; caidos, salud y resurreccion, para que no perezcamos; sénos Jesus, esto es, en todo Salvador, y seremos salvos.

1 Salv. de Gubern. 3.

§. III.

Primera palabra de Cristo en la cruz.

Cristo, que es el único maestro de todos, apenas habia subido á la funesta cátedra de la cruz, cuando al punto, abriendo su boca aquel que habia salido de la boca del Altísimo, comenzó á hablar, y hablando á enseñar al mundo, para desenseñar á todos las cosas que son del mundo. Apliquemos no tanto los oidos para escuchar, como los entendimientos para grabar profundamente en nosotros las palabras del Verbo eterno. *Jesus decia: Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen* [1].

Aqui muestra bien el Hijo de Dios que es Padre de las misericordias. Clamaba el cielo obscurecido y tenebroso; clamaba la tierra sacudida con terribles estremecimientos; clamaban los ángeles con encendido deseo de la venganza; clamaban los demonios ansiosos del castigo del hombre; clamaba la naturaleza toda, muriendo el Autor de la vida, con aquellas palabras del Apocalipsi: *¿Hasta cuando Señor (santo y verdadero) no juzgas y no vengas la sangre* de tu Hijo *en los que habitan en la tierra* [2]? El Padre, para vengar la sangre inocente de su Hijo, habia descendido del cielo, y desde un espeso globo de ardientes nubes, tronaba la justicia con lengua fulminante aquellas palabras de Ezequiel:

1 Luc. xxv. 24. 2 Apoc. xi. 10.

El fin viene, viene el fin sobre las cuatro partes de la tierra. Viene el tiempo, cerca está el dia de la destruccion. Ahora es el fin sobre ti; y arrojaré mi furor contra ti; y te juzgaré segun tus caminos; y pondré contra ti todas tus abominaciones. Una aflicion, ve aqui la aflicion viene: el fin llega [1]. Mas el Hijo de Dios entre tanto en el lecho del dolor pensaba pensamientos de paz, no de afliccion. Y volviendo sus ensangrentados y moribundos ojos á su Padre y nuestro juez, primero dice tácitamente á su Padre, pero con un clamor vehemente del corazon: Padre, ya he casi consumado la obra que me encargaste hiciese. Tu voluntad fue que descendiese del cielo y me hiciese hombre; que nueve meses estuviese encerrado en el vientre de mi madre; que naciese en un establo, estuviese en el pesebre, huyese á Egipto, estuviese sujeto á mis padres. Lo he cumplido. Mandaste que trabajase en este mundo treinta y tres años por la salud del mundo, y que con sudor de mi rostro buscase la oveja perdida, con hambre y sed, con frio y desnudez, con pobreza y humildad. Lo he cumplido. El caliz que me diste, ó Padre, ya casi le he agotado: aun me resta corto tiempo de vida. Una cosa te ruego, ó Padre, por la sangre que he derramado, por tantos oprobrios como he oido, por tantas bofetadas como he recibido, por tantos azotes como han descargado sobre mi cuerpo; por las espinas profundamente clavadas en mi cabeza; por los clavos que taladran mis ma-

1 Ezech. VII. 1.

nos y pies; por esta cruz en que muero. Una cosa te pido, ó Padre, y sea esta la última que pido. No que me disminuyas los dolores, antes acreciéntalos: no que consueles á mi madre, aunque es grande como el mar su quebranto; ni que tomes á tu cuidado el discípulo á quien amo. O Padre, si soy tu Hijo amado, si alguna vez te he complacido, si quieres que conozca el mundo que amas á tu Hijo, muéstralo ahora escuchando sus ruegos. *Padre perdónalos.* No permitas que perezcan aquellos por quienes yo padezco: cura á los que me llagan: vivan ellos por los cuales muero yo. Concede, ó Padre, el perdon á aquellos de quienes tu Hijo ha recibido las injurias. No mires que muero á manos de ellos, sino que muero por ellos. Y para que no pienses que yo ruego en vano, escucha la causa de mi ruego: *No saben lo que hacen.* Saben que crucifican, mas no saben á quien crucifican. Si los acusa la malicia, los excusa la ignorancia. Por tanto perdónalos, porque no soy conocido de ellos. Bien sé, clementísimo Jesus, que nos perdonas nuestras deudas, para que nosotros perdonemos á nuestros deudores. Este precepto nos diste viviendo, este egemplo nos dejaste muriendo. ¿Qué harás tú, hombre sanguinario, delante del juez que mandó perdonar á los enemigos, y él mismo los perdonó? *No es el discípulo mas que el maestro, ni el siervo mas que el Señor* [1], ni el hijo del hombre mas que el Hijo de Dios. ¿Qué dirás pues? El enemigo me qui-

1 Matth. x. 24.

tó la fama, mes no me quitó la vida: me ofendió de palabra, mas no me hirió con la obrá: me oprimio con dicterios, mas no me cubrió de bofetadas: me amenazó con las manos, mas no me ligó con cordeles: me deseó la muerte, mas no me puso en una cruz. Veo tu rostro, mas no veo en él salivas: miro tu cuerpo, mas no encuentro en él herida alguna: sana está tu cabeza: ningunas heridas hallo en medio de tus manos: ningun cardenal en tus megillas: no veo arrancados tus cabellos; no ensangrentada tu frente. Siendo asi que merecias bien ser castigado como pecador; y Cristo es inocente siendo Salvador. El mismo que es legislador supremo, mandó que aun cuando te hiriesen perdonases: despreciaste su precepto: él mismo hace lo que te mandó: despreciaste su egemplo. Pero es porque la doctrina de Cristo es para ti necedad, pues estás preocupado de la prudencia de la carne. Pero oye al Apostol: *La prudencia de la carne es muerte.* Y en otra parte: *La sabiduría de la carne es enemiga de Dios, porque no está sujeta á la ley de Dios.* [1] Asi que no concuerdan bien, ni moran en un mismo corazon, la sabiduría del Padre, y la sabiduría de la carne; la doctrina de Cristo, y la doctrina del mundo. Aquella dice: *Bendecid á vuestros perseguidores* [2]. Esta: maldecidlos. Aquella manda: *Amad á vuestros enemigos.* Esta: *Tendrás odio á tu enemigo.* Aquella dice: *Si alguno te hiriere en la megilla derecha presèntale la otra.* Esta dice: *Ojo por*

1 Rom. VIII. 6. 7. 2 Ibid. XII. 14.

ojo ,y diente por diente [1]. Esta sabiduría del mundo es necedad ante Dios. Otros preceptos enseña el Maestro de la verdad desde el púlpito de la cruz. Estos son los que nosotros hemos de escuchar con atentos oidos, y expresar con buenas obras; para que seamos, ó Jesus, no solo oyentes de tus leyes, sino practicadores tambien. Toda accion tuya será instruccion nuestra: tus hechos nuestros documentos: tus dichos nuestros oráculos. Bien hiciste todas las cosas: esto es propio de tu bondad. Bien dijiste todas las cosas: esto es propio de tu verdad. Seguiremos lo que tú hiciste tan bien, como lo mejor. Creeremos lo que tú dijiste tan bien, como lo mas verdadero: para que de ti, que ahora estás pendiente como maldito en un leño, oigamos algun dia: *Venid benditos* [2].

CAPITULO DÈCIMOTERCIO.

DE LOS DOS LADRONES.

§. I.

Reprehende al mal ladron el bueno.

Quando ya estaba entre el cielo y la tierra aquel mismo que en el principio crió el cielo y la tierra elevado en aquel cruel madero y pendiente en una cruz, tenia suspensos los ánimos de todos con una suma expectacion de las mas gran-

1 Matth. v. 34. 2 Ibid. xxv. 14.

des cosas. Ninguno dudaba que aquel, cuya vida fue admirable, demostrase públicamente á todos en el último acto de su vida quién y cuál era. Efectivamente manifestó patentemente á todo el mundo quién, cuál y cuán grande era, cuando mostró sus incomprehensibles juicios é inaveriguables caminos con los dos ladrones, tomando uno y dejando otro. En la obscuridad de este inescrutable juicio nos darán luz las palabras de San Lucas. *Uno de los ladrones que estaban pendientes le blasfemaba, diciendo: si tú eres Cristo, sálvate á ti mismo, y á nosotros* [1].

O maldita palabra de maldita boca en oprobrio del que es la palabra del Padre: ¡*Si tú eres Cristo*! ¿Luego dudas que sea Cristo? Pues ya niegas que lo es. ¿No te mueve á confesar que es Cristo esa singular modestia en medio de tantas injurias; ese profundo silencio entre tantas afrentas; esa paciencia invicta entre tantas penas; esa acreditada inocencia entre tantas acriminaciones vanas? Ya negaste á Cristo solo con dudar de lo que es. ¿Qué dices tú, ó ladron, pendiente á la diestra de Dios, qué dices á tan siniestras palabras de tu compañero? ¿Las oyes quieto, y callas? Si callas ciertamente se creerá que consientes con tu compañero. Al percibir el otro ladron estas tan absurdas palabras de una desenfrenada lengua, encendido todo en una piadosa indignacion contra su compañero, antes en la culpa, y ahora en la pena; desde su cruz, como

1 Luc. XXIII. 39.

desde una máquina, tronaba contra él, y fulminaba: *¿Ni tú temes á Dios hallándote en el mismo castigo? Y nosotros justamente; pues recibimos lo correspondiente á nuestros hechos.* Como si dijese: ¿qué cosa mas justa? Han sido frecuentes nuestros latrocinios, padecemos el suplicio: quitamos á otros la vida, somos condenados á muerte: despues que hemos hecho innumerables presas, somos puestos en las horcas. *Recibimos pues lo que merecen nuestros hechos.* ¡O cuan pocos, despues de haber cometido no pocos crímenes, se acusan con este ladron como reos de ellos; y cuan innumerables los que con multitud de excusas intentan mostrar que estan puros de delito! Preguntado Adan por qué habia quebrantado el precepto de Dios, echó la culpa á Eva: preguntada Eva, acusó á la serpiente. A este modo heredamos de nuestro padre el pecado; de nuestra madre las excusas del pecado: no nos basta ser malos; queremos pasar por buenos. Asi cada pecador se excusa de su pecado: á saber, ó porque el demonio le sedujo, ó porque el amigo le incitó, ó porque la carne le provocó, ó porque la fragilidad le derribó: de modo que casi se hace peor con la excusa del delito que con haberle cometido. Insignemente acusa á los que asi se excusan, ó por mejor decir, los condena San Ambrosio, exponiendo aquellas palabras: *Cuando se vieron desnudos, cosieron unas hojas de higuera.* „Pone sobre sí hojas el que desean„do ocultar la culpa, ó hace al diablo autor del „delito, ó pretexta los incentivos de la carne, ó „alega algun otro causador de su yerro; y pre-

„senta egemplares de las Escrituras divinas, con „que prueba que los justos cayeron en culpa; „diciendo, si acaso ha sido cogido en estupros, „tambien Abrahan le cometió con la criada; y „David amó la muger agena, y la apropió para „sí [1]." No asi el ladron, que acusándose de sus pecados, mereció que Cristo se los perdonase: pues confesó sus pecados, no como nosotros privadamente en el templo, sino públicamente en el monte Calvario; no en el sagrado tribunal, sino en la cruz; no ocultamente, sino en público; no á uno, sino á muchos; no en voz sumisa, siuo con alto clamor; reconociendo á Cristo por Redentor, y á sí por pecador. Luego es posible, ó Jesus, que para publicar tu paciencia, para ensalzar tu misericordia, para alabar tu bondad, para defender tu inocencia, ¿no tengas mas apto orador que un ladron? Rectamente: pues habiendo venido al mundo por los pecadores, comido con los pecadores, conversado con los pecadores, y muriendo con los pecadores y por los pecadores, ¿quiénes mejor pueden ensalzar tu misericordia mostrada á los pecadores que los pecadores infelices? De que yo soy pecador, aunque quisiese negarlo, me convenceria mi madre: *Porque en pecado me concibió mi madre* [2]. Con todo ni aun asi huyo de ti, sino á ti acudo con tanta mayor confianza, cuanto mas pecador soy; pues tú eres de quien se dijo: *Este recibe á los pecadores* [3]. Recíbeme aqui primero á la gracia y despues á la gloria.

1 Ambros. lib. 1. de Paradis. cap. 13. 2 Psalm. L. 7. 3 Luc. xv. 2.

§. II.

Testifica el ladron la inocencia de Cristo.

Sentencia es de Cristo: *Dos estarán en el campo: uno será tomado, y otro dejado* [1]. Pero aquí dos estan en la cruz; dos reos de un mismo delito; dos participantes de un mismo suplicio; dos igualmente cercanos á Cristo; dos compañeros en la culpa y en la pena: y ve aqui que de los dos el uno es tomado y el otro es dejado. Por que Cristo lo hizo asi, no quiere Dios que nosotros lo entendamos, y por tanto no nos es lícito inquirirlo. No siéndonos pues permitido investigar por qué Dios asi lo hizo, bástanos saber que lo ha hecho. Pero oigamos la historia antes que admiremos el suceso de ella. Apenas el buen ladron se habia acusado á sí y á su compañero, cuando prorumpió su corazon en una palabra buena; diciendo de aquel que solo es bueno: *Pero este nada malo ha hecho.*

¿Qué dices? ¿*Este nada malo ha hecho*? ¿Luego es injusta la sinagoga? ¿Erró Pilatos? ¿Argüirás á Anas y Caifas? ¿Acusarás á los escribas, los rabinos, los fariseos, aquellos grandes oráculos de la sinagoga? ¿Tú condenarás á todos los sacerdotes? ¿Dirás que es inicuo el sumo pontífice? ¿Tú acusarás como delincuente á toda Jerusalen? ¿Tú has nacido todo en pecados y morirás en pecados, y has de juzgar á los

1 Matth. xxiv. 4.

mas justos jueces del mundo? *Este nada malo ha hecho.* Calla: blasfemas, cuando á tal malhechor excusas. Una es la voz de toda la sinagoga, ó por mejor decir, de toda Jerusalen: *Reo es de muerte. Este nada malo hizo*, oiga el oriente, oiga el occidente, oiga el cielo, oiga la tierra, oigan los judíos, oigan los gentiles, oiga todo el universo. *Este nada malo ha hecho.* Dirias que aqui hablaba no un ladron desde el patíbulo, sino un doctor desde el púlpito. ¿Dónde estais escribas, príncipes de los sacerdotes, pontífices, que toda vuestra vida pasais leyendo los profetas, y revolviendo las escrituras? Este ladron nunca fue discípulo de vuestra sinagoga, y con todo enseña el modo de juzgar bien. Este nunca aprendió letras, y con todo enseña como maestro á vosotros los letrados. Vosotros blasfemais contra Cristo; este corrige á los blasfemos: vosotros le acusais de varios crímenes; este le absuelve de todo crimen, diciendo: *Ningun mal ha hècho.* ¡O varon digno de ser elegido entre pocos, pues entre tantos réprobos te atreviste á confesar á Cristo inocente? Los apóstoles huyen, los discípulos se esconden, todos sus amigos callan: los judíos le burlan, los romanos le crucifican, todo el mundo le condena: solo un ladron le absuelve. Acusa la malicia de todos, cuando testifica la inocencia de uno. ¿Qué mas pudiera decir sentado á la diestra de la virtud de Dios, que lo que ahora dice pendiente á la diestra del Hijo de Dios? ¿Dónde estais ahora vosotros Pedro y Santiago? Vosotros que le visteis en el Tabor glorioso y resplandeciente como el sol, y sus vestidos cán-

didos como la nieve, y ahora tímidos os escondeis, infieles huis, y casi abandonais la fe. Y este no ve su gloria, sino su ignominia: no le ve resplandeciente como el sol, sino muriendo como un vilísimo gusano; le ve no cándido como la nieve, sino rubicundo como la sangre, todo despedazado, sangriento, acardenalado, desfigurado; y con todo le reconoce como supremo Señor, le venera como Rey, le adora como Dios. ¡O primer confesor de Cristo! ¡ó martir! ¡ó apostol! ¡O Jesus! acuérdate de tus palabras: dijiste y prometiste: *Todo el que me confesare delante de los hombres, le confesaré tambien yo delante de mi Padre que está en los cielos* [1]. Confesado ha este ladron delante de los hombres que te blasfeman, te escupen, te crucifican: ha confesado y no ha negado como Pedro; ha confesado y no ha entregado como Judas; ha confesado y no ha temido como los discípulos; ha confesado y no ha blasfemado como el otro ladron: ha confesado con aliento, intrepidez, confianza, que tú eres el Señor y el Rey, que tú ningun mal has hecho. Aquel pues que ha confesado delante de los hombres en el mundo que tú ningun mal hiciste, ¿qué no debe esperar delante de los ángeles en el paraiso? Verdaderamente eres buen ladron, robando aun cuando mueres, haciendo presas aun cuando exhalas el alma, arrebatando violentamente el cielo, levantado en alto en el patíbulo. Ladron noble por cierto, que despues del latrocinio invade el pa-

1 Matth. x. 22.

raiso. ¡Ay de mí! que soy ladron, pero no bueno, porque digo que tú hiciste mucho mal. Tantas veces lo aseguro asi cuantas soy malo, y te ofendo á ti, que solo eres bueno. Nada malo hiciste: testigo el ladron, y sé que su testimonio es verdadero. Si pudieran dar testimonio de ti las cosas mudas é inanimadas, dirian con el ladron: *Nada malo hizo.* Dirian con los judíos: *Bien hizo todo.* El sol que resplandeciendo por el dia, la luna que brillando por la noche ilustran con su luz el mundo, las estrellas centelleando, el fuego ardiendo, la tierra permaneciendo firme, el agua corriendo, los árboles floreciendo, los campos produciendo, los peces nadando, las aves volando, los reptiles arrastrando, todos claman con esforzada voz: *Este no ha hecho mal alguno: todo lo ha hecho bien.* Esta es la voz de todo el universo, mas clara que trompeta sonora. Vosotros escribas y fariseos, que tantas veces escudriñais las Escrituras, hallaréis en la primera página de la misma Escritura escrito por el dedo de Dios: *Vió Dios cuanto habia hecho, y era muy bueno.* ¿Quién es este Dios sino aquel mismo que preguntado en vuestro concilio: *Luego tú eres Hijo de Dios? respondió: yo soy.* Este es el Dios á quien vosotros crucificasteis, y no hay otro sino él. Luego si vió cuanto habia hecho, y era muy bueno: verdad es lo que dijo el ladron: *Este ningun mal hizo.* Con todo, cuando todas las cosas dicen: *Todo lo hizo bien*: solo dice que has hecho mal aquel hombre en quien has acumulado tantos bienes, y por quien te has hecho hombre. Pero tú que na-

da malo hiciste, *perderás malamente á los malos.* Por lo cual, yo, indigno hijo de la Iglesia, ruego con la Iglesia: *Acuérdate, Jesus piadoso, que soy la causa de tu venida, no me pierdas aquel dia*; para que puedas decir de esta muchedumbre lo que en otro tiempo del pequeño rebaño de los apóstoles: *No he perdido uno de ellos* [1].

§. III.

Oracion del buen ladron á Cristo.

Cese ya la verdad de tu oráculo, ó Moises: *Maldito todo el que está pendiente en madero* [2]; cuando el que habia vivido mal como ladron, fue bendecido por aquel *que se hizo maldito por nosotros* [3], alcanzó el reino por aquel madero en que estuvo pendiente; nunca mas afortunado que en este su infortunio: se ha salvado con el motivo de su perdicion. El que en todas partes habia sido vago, en todas partes prófugo, fue fijado en la cruz para que le encontrase Dios crucificado. Fue absuelto en el tribunal de Dios al instante que fue condenado en el suyo. Diciendo que Cristo no hizo mal alguno, ya habia dejado de ser malo: restaba el que empezase á ser bueno; y ya lo hace. Por lo cual despues de reprehender á su compañero blasfemo, reconoce á Cristo por su Señor, diciendo: *Señor, acuérdate de mí cuando vengas á tu reino.*

Sé que tú eres Rey, aunque no veo en tu

1 Ioann. xvii. 9. 2 Deuter. xxi. 23. 3 Gal. iii. 13.

cabeza sino una guirnalda de espinas por corona, un patíbulo por solio, sangre por púrpura, clavos por diamantes, por cortesanos dos ladrones: con todo tú eres Rey. Mas tu reino no es de este mundo: antes *tu reino* es el *reino de todos los siglos*[1], es el reino que no tiene fin. Cuando llegares á aquel reino *acuérdate de mí*. Ah Señor, *mírame, y ten misericordia, porque único y pobre soy yo*[2]. Perdona, Señor; pues el implorar tu patrocinio no es por osadía, sino por confianza. *Acuérdate de mí*, pues tú me criaste. *Acuérdate de mí*, pues tú me redimiste. *Acuérdate de mí*, pues tú me iluminaste, pues de ti dependo, en ti creo, en ti confio, en nadie sino en ti espero. ¡O autor de la vida! ¡O vida mia! ¡O vida de mi vida! *Acuérdate de mí* que contigo muero. Pueda mas contigo esa sangre que hoy has derramado por mí para acordarte de mí, que todas las maldades mias para olvidarte de mí. Ambos somos condenados como ladrones, ambos crucificados como malhechores, ambos ajusticiados como facinerosos: por lo cual, Señor, acuérdate de mí para que pues juntos salimos del mundo, juntos vayamos al cielo, pues te acompaño en la pena, te acompañe en la gloria; pues te reconozco por Señor en el madero, te vea Señor en el reino. O Señor, oiste á Jonas orando en el vientre de la ballena, á Daniel en el lago de los leones, á Josef en la carcel de Egipto, á Jeremías en una obscura caverna; y á mí que estoy junto á ti, á mí que confio en ti,

1 Psalm. CXLIV. 13. 2 Ibid. XXIV. 6.

á mí que muero en la cruz contigo, ¿no me has de oir? Mírame ya los ojos quebrados, el semblante pálido, el sudor rompiendo, el corazon palpitando, la lengua trabada, el espíritu desfallecido, las fuerzas debilitadas, la muerte amenazando, el alma arrancándose, y yo ya muriendo: ah Señor, Dios de todo consuelo, en tantas angustias, en tan peligrosa senda, en tan dudoso trance, en esta extrema agonía, sean estas mis últimas palabras á ti: *Señor, acuérdate de mí.* ¿Atiende quién fue el que las profirió? El ladron. ¿A quién? A Cristo. ¿Dónde? En la cruz. ¿Cuando? Ya muriendo. Preséntense todos los ladrones, y compárense con este ladron, hallaremos que este fue el rey de todos los ladrones. Porque verdaderamente cuando otros hurtan pierden la vida, pero este hurtando la adquiere. Aprended de este ladron, no el latrocinio, sino el modo de morir bien. ¿Quieres llegar por el atajo al cielo? Acude con freeuencia al madero de la cruz. Oye al Crisóstomo [1]: *Este ladron desde el madero compra la salvacion, roba el celestial reino.* Verdaderamente compra la salvacion. ¿Por qué precio? No como los anacoretas con un prolongado ayuno: no como los confesores con lágrimas, con suspiros, con cilicios: no como las vírgenes con una perpetua lucha contra la liviandad: no como los religiosos con pobreza, castidad, obediencia: no como los mártires con fuego, con ruedas, con potros, con espadas. ¿Pues con qué precio? Con pocas pala-

1 Hom. de cruce et latrone.

bras. Casi al último momento de su vida dijo una vez: *Acuérdate*; y esto le basta para gozar el paraiso. Pero si tú quieres que Dios se acuerde de ti, acuérdate tú tambien de acordarte de Dios. Tú quieres que Dios se acuerde de ti en la muerte, y estás siempre olvidado de él en la vida. Cuando estás postrado en el lecho; cuando has venido á alta mar, y la tempestad va á sumergirte; cuando estás rodeado por todas partes de angustias, entonces clamas: *Señor, acuérdate de mí.* Despues te levantas por la mañana, estudias toda ella, comes al medio dia, cenas por la noche, te recoges y entregas al sueño, y en todo esto nunca te acuerdas de Dios. Siendo asi que no hay momento en que no cuide de ti vigilante la divina providencia, en que no te defienda el poder divino, en que no te guarde la divina misericordia, en que no te ame la divina bondad; y con todo entre tantos beneficios nunca te acuerdas de Dios. De esto se queja Dios por boca de Jeremías: *Mi pueblo se ha olvidado de mí innumerables dias* [1]. ¡Ah Señor! No diré con el ladron *acuérdate de mí*, no sea que te acuerdes de mis iniquidades, y me detestes. No te acuerdes de mí. *Porque ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él* [2]? Acuérdate pues, no de mí, sino de ti. Cuando me olvidare de mi salvacion, acuérdate de tu amor para conmigo, el cual mostraste coronado de espinas: acuérdate de la cruz que por mí llevaste: acuérdate de la muerte que por mí, crucificado, padeciste: acuérdate de esto:

1 Ierem. II. 32. 2 Psalm. VIII. 5.

pues no puedes acordarte de ti, y olvidarte de mí; porque en tus manos me escribiste, y aun en medio de tu corazon. No puedes acordarte que has muerto, sin que tambien te ocurra aquel por quien has muerto. Esto solo pues te pido, y no es menester mas: esto te pido viviendo, esto pediré muriendo para ser participante de tu reino, *Señor, acuérdate de mí.*

§. IV.

Cristo promete al ladron el paraiso.

Oimos al ladron, no ya ladron sino robador del cielo, pregonero de Cristo, confesor del crucificado, desde el patíbulo como desde el púlpito perorando lacónicamente por sí en breves pero eficacísimas palabras: averiguemos si perorando suplicó tambien. Importuna podria parecer esta oracion del ladron, si se mira el que pide, y el tiempo en que pide. El que pide es un hombre sanguinario; cuya ocupacion única en toda su vida fue egercer el latrocinio: verdaderamente siervo malvado, inveterado en dias malos. Este, sin preceder prevencion alguna, antes de pedir, ni excusa para pedir, ni motivo para poder pedir, atrevidamente, sin rubor, sin reparo, sin reverencia dice: *Acuérdate de mí.* Apenas se acuerda Cristo de su madre que le asiste al pie de la cruz; ¿y se ha de acordar del ladron? Pudiera haberle dicho, no sin causa como que lo merecia, aquellas palabras de David: *Hombres*

sanguinarios, desviaos de mí[1]. Diga su madre; diga el discípulo amado; diga Magdalena que lavó con lágrimas sus pies; diga Pedro que por amor suyo dejó todo y le siguió: *Acuérdate de mí.* ¡Pero tú, ó ladron! Ademas, hay tiempo de todo: y entonces no era tiempo de pedir á Cristo, cuando estaba entre las últimas angustias padeciendo en cuerpo y alma las mayores agonías, y ya moribundo. ¿Qué imprudencia pues, por no decir insolencia, es esta? ¿Le ves que ya va á morir, y quieres que te hable? ¿Qué diré aquí? No sé qué sucederá. ¿Qué has de hacer, ó Jesus? Él ha confesado que tú no has hecho mal alguno, y que él no ha hecho ningun bien. ¿Qué has de hacer? ¿Le dejarás perecer? Lo estorbará tu misericordia. ¿Le salvarás al instante? Se opondrá tu justicia. Porque el que hizo algun bien, con razon espera el premio; y el que hizo mucho mal, no sin razon teme el suplicio. Debes pues absolverle, porque ha confesado bien; y lo que es mas, á ti pontífice sumo. Cristo pues, á quien basta una sola palabra en la muerte, para olvidarse de las obras malas de la vida, aun de todas; viéndole confesar así, le concede perdon plenario, no solo de toda culpa, sino tambien de la pena, diciendo estas deseadas y apreciabilísimas palabras: *De verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso.* Porque hoy has oido mi voz, y no endurecido tu corazon, *hoy serás conmigo en el paraíso* tú, que debieras hoy ser con tu compañero sepulta-

1 Psalm. cxxxvii. 19.

do en el infierno. Adan por un arbol fue excluido del paraiso; tú de un arbol eres admitido en el paraiso. Antes que el sol se ponga en el mundo me verás cara á cara en el paraiso. Hoy pues de este turbulento golfo saldrás al puerto; de la batalla irás al triunfo; de la aridez pasarás á la fuente; de las tinieblas á la luz; de la escasez á la abundancia; de la vanidad á la verdad; de lo temporal á la felicidad eterna. Hoy *serás conmigo en el paraiso.* Alli habrá gozo sin afliccion, salud sin dolor, luz sin tinieblas, descanso sin trabajo, honor sin ignominia, abundancia sin falta, vida sin muerte, gloria sin término. ¡O verdadera gracia como dada de gracia! Aun no ha entrado en el paraiso Abrahan fiel, ni Isaac obediente, ni Jacob paciente, ni el casto Josef, ni el manso Moises, ni el piadoso David, y ya desde luego es admitido el ladron. ¿Qué es esto, Señor? Concediendo á uno esa gracia, parecerá que haces á muchos injuria. ¿No podrán murmurar con razon contra ti los patriarcas y los profetas, los reyes y los jueces, diciendo: *Este último ha trabajado una hora, y le has igualado con nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor*[1]? No es justo que haya igualdad en el premio donde hay tanta desigualdad en el mérito. ¿Qué otra cosa prometerás despues á Pablo cuando diga: *Buen combate he combatido, he consumado la carrera*[2]; sino *hoy serás conmigo en el paraiso?* Tú, Señor, dijiste: *El que perseverare hasta el fin, este será salvo*[3]. Este no perseveró hasta el

1 Matth. xx. 12. 2 II. Timoth. IV. 7. 3 Matth. x. 22.

fin, sino en el fin empezó á vivir bien cuando iba á acabar de vivir. ¿Mas qué diré? Serán los últimos primeros y los primeros últimos. Aquel que dice: *Yo soy alfa y omega, principio y fin,* eligió á aquel en el fin, y como acabó bien, consiguió el reino que no tiene fin. Verdaderamente en el patíbulo de este ladron, como en un esclarecido trofeo, pudieran esculpirse merecidamente estas palabras de un gran héroe: *Vine, vi, vencí.* Vino al patíbulo, vió al Señor, venció al diablo. Enseña aqui el ladron una nueva filosofía, cómo de un mal antecedente puede inferirse un buen consiguiente. Toda la vida antecedente de este ladron fue pésima; la consiguiente, esto es, la muerte, muy buena. Aqui el ladron con maravilloso arte hizo servir el tormento de la cruz de instrumento de virtud. De la cruz y del suplicio de sus delitos hizo escalas de virtudes para subir al cielo. Esta es una altísima prudencia, convertir los males de culpa y de pena en hazañas de virtudes: en los males egercitando la paciencia: en las adversidades cobrando confianza: en la pérdida de los bienes acudiendo á la divina providencia: despues del pecado haciendo penitencia. De esta suerte algunos transforman su ignominia en teatro de su gloria, despreciando generosos el desprecio de sí mismos; y mostrando con su egemplo que no está el desdoro en ser vituperados, sino en ser vituperables. Mas cuando oigo prometérsele al ladron el paraiso, ¿qué diré, miserable hijo de Adan desterrado del paraiso? Ninguna esperanza tengo de volver al paraiso, si considero mi vi-

da, que es perversa; ninguna esperanza, si atiendo á mis méritos, que son escasos; ninguna, si cuento el número de los delitos que me lo estorban, que son innumerables; ninguna esperanza, si miro los peligros á que estoy expuesto, que son muy grandes. Esperar no puedo, desesperar no debo. ¿Qué haré? ¿Dónde cobraré esperanza? Diré como hijo de la Iglesia con la santa madre Iglesia: *Tú que escuchaste al ladron, tambien á mí me diste esperanza.*

§. V.

Dolor de la santísima Virgen al pié de la cruz.

Hasta aqui hemos dicho mucho de Jesus, digamos algo de María: hasta aqui hemos mirado al Hijo, ahora volvamos los ojos á la madre. De esta madre de Jesus escribe asi el discípulo á quien amaba Jesus: *Estaba junto á la cruz de Jesus su madre*[1]. A saber, donde está Jesus, alli está María: donde el Hijo, alli la madre; fiel siempre á su Hijo hasta la muerte y muerte de cruz: por eso estaba junto á la cruz. María con Jesus en Belen; María con Jesus en Jerusalen; María con Jesus junto á la cruz al morir. No pueden dividirse de su mutua compañía los que mutuamente estan unidos en caridad. *Estaba en pie la madre*, estaba pendiente el Hijo: ella junto á la cruz, él en la cruz. Estaba, y constantemente perseveraba, y en medio de tanta amargura per-

1 Ioann. xix. 25.

manecia con la mayor constancia. *Estaba*, no apartando sus ojos por no ver la muerte de su Hijo como Agar, sino repasando con ellos todas sus llagas. *Estaba*, no como debil muger sollozando con mugeril sentimiento, no con ánimo desfallecido, sino estaba con los sentidos enteros, para apurar del todo el caliz amargo del dolor y la afliccion. *Estaba*, no para el consuelo de su Hijo, á cuyos moribundos labios no podia aplicar ni aun una gota de agua en aquella ardiente sed que le abrasaba, sino para mayor colmo de sus dolores y los de su Hijo. *Estaba* Cristo pendiente en la cruz vuelto el rostro al occidente; estaba María con Juan hácia el oriente mirando con atentísimos ojos el rostro de su Hijo. *Estaba* entre las espesas y horrorosas tinieblas del cielo obscurecido, el estruendo y temblor de la tierra, las conmociones y quebrantamiento de las piedras, y los terribles prodigios y portentos en el cielo y en la tierra, desfalleciendo casi toda la naturaleza. ¡O cuanta diferencia entre Belen y Jerusalen! ¡Cuan diverso es ser envuelto en limpios pañales, y ser crucificado con duros clavos! ¡Tener por lecho el heno, y pender aqui en un madero! ¡Nacer alli y morir aqui! ¡Cuanto distan los cánticos de los ángeles y las blasfemias de los judíos! Ya no resuena en tus oidos aquel celeste cántico: *Gloria á Dios en las alturas*, sino aquellas crueles contumelias: *A otros hizo salvos, y á si mismo no puede salvarse*[1]. ¿Dónde estan ahora los tres

1 Matth. xxvii. 42.

reyes que postrados le adoraban? Ahora sus enemigos le burlan y le blasfeman. Tú aqui con María estate junto á la cruz de Jesus, y estando ahi haz esta breve consideracion. Nunca hubo ni habrá dos personas de mayor dignidad ni de mayor excelencia, si atiendes á su grandeza y á sus virtudes, que Jesus y María: ni hubo otros desde abeterno mas amados del eterno Padre. ¡O qué dos personas, Jesus y María! Aquel Rey de los reyes y Señor de los señores; esta Reina de todos los santos. Aquel Hijo de Dios; esta madre de Dios. Y con todo aquel siendo tan grande está en la cruz; esta siendo tan excelsa está junto á la cruz; ninguno sin cruz. ¿Qué es esto? ¿Luego no hay salvacion sino por la cruz? *Si convino que Cristo padeciese y entrase asi en su reino*[1]. Si convino que la madre de Cristo padeciese y entrase asi en el reino de su Hijo: si convino que tan gran Rey, que tan gran Reina padeciesen, y de tal suerte padeciesen, cuando entrambos son puros sin mancha, inocentes sin culpa, santos sin pecado: tú concebido por tu madre en culpa, que consumiste toda tu edad en pecados; que cada dia caes no solo siete veces como el justo, sino millares de veces: ¿tú sin cruz? ¿Tú? Heredero del infierno, siervo del pecado, enemigo de Cristo, contrario de la cruz de Cristo, esclavo de satanas, oprobrio de la tierra, aborrecido del cielo y de todos sus cortesanos; tú sin cruz subirás de la tierra al cielo, cuando el que crió cielo y tierra está pendiente

1 Luc. xxiv.

de una cruz, cuando la madre de Dios, Reina del cielo y de la tierra, está junto á la cruz? Oid oportunamente á nuestro propósito lo que dicen estas expresiones de Minucio Felix: „ Quizá nos „ engaña el ver que los que ignoran á Dios abun„ den en riquezas, florezcan en honores, sean „ poderosos en dignidades. Desventurados; que „ son ensalzados á mayor altura para dar mayor „ caida. Estos se ceban como víctimas para el suplicio; se coronan como sacrificios para la pe„ na[1].” Cualquiera que apeteces aqui delicias, y rehusas los trabajos; cualquiera que aqui deseas los deleites, y aborreces los tormentos, oirás dentro de poco en el lugar de los tormentos aquel severo mandato del juez eterno: *cuanto se glorificó y se entregó á las delicias, dadle tanto de tormentos y dolores*[2]: á medida de las delicias será la medida de las penas. Asi que por mas que hagas, adonde quiera que te vuelvas, tarde ó temprano lo has de pagar, ó aqui ó allá, con fuego ó con agua, con lágrimas ó con llamas. Tuya es la eleccion, elige, ó padecer aqui con Cristo en la cruz, ó despues sin Cristo en el fuego. Está con María junto á la cruz, y asi pasarás con Cristo de este mundo al Padre. ¿Por ventura puede Jesus estar en la cruz, María junto á la cruz, y ni Jesus ni María nunca sin cruz? Si asi es, *lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* Alli tendré yo miserable mi esperanza donde está la madre de la misericordia. Alli tendré todo mi consuelo, en la

1 In Octar. 2 Apoc. XVIII. 17.

desolacion mayor, donde está el Dios de toda consolacion. Para mí estará el mundo crucificado, y yo al mundo, para morir al mundo y vivir á Cristo. Mientras viva estaré junto á la cruz con María, cuando muera perseveraré en la cruz con Jesus, para que por medio de la cruz llegue despues de la muerte alli donde reinaré con Jesus y María.

§. VI.

Encomienda Cristo su madre á San Juan.

El Hijo de Dios ya próximo igualmente á su madre que á la muerte, antes de encomendar su espíritu en manos del Padre, quiso encomendar su discípulo amado en manos de su madre, diciendo: *Muger, ves ahí á tu hijo.*

¡O triste cambio! ¿Luego asi, ó Hijo, te olvidas de tu madre? ¿Luego ya no será María madre de Jesus, ni Jesus Hijo de María? *Hijo, ¿por qué lo hiciste asi con nosotros*[1]? ¿Qué mudanza de cosas es esta entregarme á Juan por Jesus? ¿Al siervo por el Señor, al discípulo por el Maestro, al sobrino por el Hijo, al hombre por Dios, al hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios? Verdaderamente aqui las palabras del Hijo de Dios eran mas penetrantes que una espada *de dos filos, y que tocaba hasta la division del alma y del espíritu*[2]. Este era el cuchillo de Simeon, que traspasaba el alma de la Vírgen. Cuanto era su

1 Luc. II. 2 Heb. IV, 21.

dolor, puede facilmente conocerse por el amor á su Hijo. La madre de Dios sola tenia á su Hijo tanto amor, que sobrepujaba al de los hombres y los ángeles todos juntos. Y á proporcion del amor es la medida del dolor; pues como dice bien San Agustin[1]: *Tanto es forzoso abrase el dolor, cuanto es íntimo el amor.* Tan inmensa pues fue la afliccion de la Vírgen, nacida de aquel amor, que dijo San Anselmo[2]: *Cuantas crueldades se egecutaron en los cuerpos de los mártires, fueron leves, ó nada, en comparacion de tu pasion.* San Bernardo asegura mas[3]: *Fue tanto el dolor de la Virgen, que si se repartiera entre todas las criaturas, todas repentinamente moririan.* No es de admirar: porque entrambos, madre é hijo, tenian un mismo corazon y una alma misma. Pero oigamos aqui á San Agustin tratando de este dolor: „ Te martiriza, ó Jesus, tu cruz, pero no „ menos tu madre: te martiriza tu dolor, pero „ no menos el dolor suyo. No es de admirar que „ estés dolorido y condolido; padeciendo y com- „ padeciendo, ó buen Hijo, en la desolacion de „ tu madre, en la separacion de tu madre, en la „ recomendacion de tu madre. Porque nunca te „ dejó: ni en la infancia, ni en la puericia, ni en „ la adolescencia, ni en la juventud, ni en la pa- „ sion. Nunca te faltó su consuelo, ni su obse- „ quio. Te alimenta en la infancia, te oye y si- „ gue en la predicacion, te ve y acompaña en la „ pasion; considera tus oprobrios, mira tus heri-

1 Lib. 21. de Civ. c. 26. 2 Lib. de Excell. Virg. c. 5. 3 Serm. 61. art. 4.

„ das, escucha tus palabras. Y tú, ó buen Jesus, „ aunque es tu dolor intolerable, incurables tus „ llagas, constituido en la agonía de la muerte, „ y ya para dar el último suspiro, no te olvidas „ de tu madre: inclinas la cabeza, y se la entre- „ gas á Juan por madre, y le das en adopcion á „ Juan por hijo. ¡Feliz depósito! ¡singular privi- „ legio! ¡insigne consuelo! Te obligaba á esto, ó „ Jesus, un precepto. Mandaste: honra á tu pa- „ dre y á tu madre: para que en el servicio que „ ella te hizo, quedase egemplo á la posteridad. „ Consideremos, ó buena madre, que criaste y „ alimentaste á Jesus, consideremos, ó hija des- „ consolada, cual es tu dolor, y cual tu angus- „ tia. Ves crucificado á tu unigénito, cambiado „ tu Hijo y Maestro por un discípulo, el Rey por „ un vasallo, el Señor por un siervo, el Omnipo- „ tente por un defectible. Verdaderamente tras- „ pasa tus entrañas el cuchillo, penetra tu alma „ la lanza y los clavos, despedazan tu mente las „ agudas espinas, martiriza tu corazon el dolo- „ roso aspecto de tu Hijo: desfallece la fortale- „ za, marchítase la hermosura. Las heridas de tu „ Hijo son heridas tuyas; la cruz de tu Hijo es „ cruz tuya; la muerte de él muerte tuya. ¡O „ Señora! ¿cómo dejas á tu alumno, cómo, ó „ madre, á tu Hijo, cómo, ó sierva, á tu Señor? „ En un dia quedas huérfana de Padre y de Hi- „ jo.'' De todo lo cual podemos raciocinar y de- ducir que los dolores padecidos por el corazon inocentísimo de la madre de Dios en un solo dia, en aquellas veinte y cuatro horas últimas que vivió Jesus entre los mas atroces tormentos, fue-

ron unos dolores incomparablemente mas acerbos que cuantos han padecido y padecerán todos los mártires desde el principio hasta el fin del mundo; desde Abel hasta el postrero que será martirizado por el Antecristo. El alma pues sola de María sobrepujó los martirios todos y tormentos de los mártires todos. Mas ve aquí mientras esta Reina de los mártires padece en el monte Gólgota, sin derramar sangre, el mas atroz de los martirios; mientras esta consoladora de los afligidos es acerbísimamente afligida, é inundada con las olas espantosas de la tristeza; á nosotros se nos presenta abundantísimo campo de alegría. Porque no solo á Juan, sino á cada uno de nosotros, y á la Iglesia toda, dijo Cristo moribundo: *Ves ahí tu madre.* ¡Cuanta caridad la de Cristo con nosotros! ¡Y cuanta felicidad la nuestra por medio de su madre! De la caridad y dilección del Padre Eterno escribe así San Juan: *Tanto amó Dios al mundo que le dió su Hijo unigénito*[1]. Por qué no diremos tambien nosotros, tanto amó el Hijo de Dios al mundo que le dió su única madre? Se la dió cuando en la persona de Juan dijo á todos: *Ves ahí á tu madre.* Y aun pudiera aquí con una pequeña mudanza apropiar las palabras de San Pablo: *Si Dios está por nosotros, ¿quién será contra nosotros? Cuando aun á su propio Hijo no perdonó, sino por nosotros todos le entregó*[2]. Así digo: si Dios (esto es, Cristo Hijo de Dios) está por nosotros, ¿quién será contra nosotros? Cuando aun á su propia

1 Ioann. III. 16. 2 Rom. VIII. 31.

madre no perdonó (pues quiso que por nosotros fuese tan afligida junto á la cruz), sino que nos la entregó á todos nosotros al pronunciar aquellas palabras, ves ahí á tu madre. Concluye Pablo, y yo con Pablo: *¿Cómo no nos ha de haber dado con él tambien todas las cosas?* ¿Cómo no nos ha de haber dado con tal madre tambien todas las cosas? Diga pues ahora cualquiera, habiéndosele entregado tal madre con Salomon: *Viniéronme todos los bienes juntamente con ella*[1]. ¡O pecador! Alienta ahora tu esperanza y confia: ve aqui tu madre. ¡O palabra llena de inmensa alegría! Se nos asigna por madre la que es llena de gracia. Esta misma es la madre de Dios y del hombre; la madre del reo y del juez; la madre de los miserables y la madre de las misericordias. Si María es tu madre, luego Jesus es tu hermano; y su Padre tu padre; luego tambien su reino es herencia tuya. Amala pues, porque es madre del amor hermoso. Si eres miserable, espera en ella, pues es madre de misericordia; si necesitas de gracia, invócala pues es madre de la gracia. Si miras á lo alto de la cruz, se te dice con Pilatos, *mira el hombre*: si miras al pie de la cruz, *mira tu madre*. En Dios hombre ves las llagas; en la Vírgen madre ves los pechos. Y puesto en medio, ¿adónde me volveré, á las llagas ó á los pechos? ¿al Hijo que está pendiente en la cruz, ó á la madre que está junto á la cruz? Las llagas me apacientan, los pechos me alimentan: de uno y otro me nace cier-

1 Sap. VII. 11.

ta confianza de mi salvacion. No puedo errar, á cualquiera parte que me vuelva. Si acudo á ti, ó Jesus, me dices: *yo soy tu salud*[1]. Si recurro á ti, ó María, oigo: *El que me encontrare hallará vida, y sacará salud del Señor*[2]. En ambas partes se me promete la salud; pero como tú, ó Salvador mio, me entregas con tus palabras á tu madre, diciendo: *Ves ahí tu madre;* con licencia tuya recurriré á ella para sacar fruto. O Señora, ó por mejor decir, pues asi se complació en ello tu Hijo, ó madre, ves aqui tu Hijo ya moribundo por mí, me delega como hijo á ti: oye á tu Hijo que te habla, y escúchale por la reverencia debida á él. Él te dice de mí: *Ves ahí tu hijo.* ¿Podrás negar lo que te encarga á un Hijo, y tal Hijo, y un Hijo en quien siempre tuviste tus complacencias, y un Hijo ya moribundo? Tu Hijo quiere que me recibas por hijo tuyo: estas son las últimas palabras de tu Hijo, á ti y por mí: luego hágase conmigo segun su palabra. Oiga yo de tu boca aquellas palabras que tu Hijo oyó al Padre que desde abeterno le engendró: *El Señor me dijo* (esto es, el Padre al Hijo): *tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy.* Asi, madre mia, dime tambien tú al pie de la cruz: *Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy*[3]. Si soy hijo tuyo, ya tú eres madre mia; asi me lo dice tu Hijo: *Ves ahí tu madre.* Ahora pues *te pido una peticion pequeña, que no me dejes confundido*[4]. Y supuesto que

1 Psalm. xxxiv. 3. 2 Prov. viii. 35. 3 Psalm. ii. 7. 4 iii. Reg. ii. 20.

me dice tu Hijo, que ya es hermano mio, que tú eres mi madre; ves ahí tu madre: una sola cosa te pido, y seré salvo: *Que te muestres como madre.*

§. VII.

Despídese del Hijo la madre.

Pediste que la madre de Dios se mostrase contigo como madre: tambien ella pide que tú te muestres como hijo. Y te mostrarás como tal, si sigues el egemplo del discípulo amado de Cristo, que escribe de sí mismo asi: *Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.*

Desde aquella hora. O feliz hora, y hora felicísima, en que María es recibida por madre. Ya llega la hora, y es esta, en que Cristo, á quien reconoces y adoras aqui presente, tácitamente te dice desde esa ara lo que dijo en alta voz desde la cruz á su amado discípulo: *Ves ahí tu madre.* En esta misma hora en que yo pronuncio estas palabras, te lo dice, ¿por qué no la recibes en esta hora por tuya? Por tu señora para emplearte en su servicio; por patrona para confiar en ella; por abogada para esperar su patrocinio; por reina para rendirle obediencia; por madre para amarla, y para ser tambien amado de ella. ¿Por qué desde esta hora no te ofreces todo á ella; le consagras tus obsequios, y le entregas tu voluntad? Pero he aqui, mientras yo habla de la madre, el Hijo próximo á la muerte, se despide, y dice á su madre aquel triste y último á

Dios. Sabiendo pues Jesus que llega la hora en que pase de este mundo al Padre, habla por última vez á su madre. A Dios, madre: ya la obra que me encargó mi Padre se ha consumado. *Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo al mundo y voy al Padre*[1]. A Dios, madre. *Viene la hora y ya llega*[2], en que yo vuelva á aquel que me envió. Allí está para recibir mi espíritu en sus manos: madre en tus manos encomiendo mi cuerpo. Tú, que cuando yo era niño reclinaste mi cuerpo en el pesebre, reclínale ahora muerto en el sepulcro. Tú, que le envolviste en los pañales, envuélvele ahora en una sábana limpia. Ya el mundo se alegra; y tú, madre mia, te contristas: mas espera un poco, y tu tristeza se convertirá en gozo, y tu gozo nadie te le quitará. Entonces enjugaré todas las lágrimas de tus ojos, pues te amo como las niñas de los mios. A Dios, madre: ya no me oirás hablarte, porque ya me insta la muerte. Mira por la última vez á tu Hijo aun con vida. Ve aquí á tu Hijo ya muriendo mientras te habla. Mira como poco á poco se cierran sus ojos, se ponen pálidos sus labios, se arruga su frente, quedan yertos sus miembros, pasmados sus músculos, frios sus pies, y todo su cuerpo bañado de un sudor helado. Tiempo es ya de que tú tambien, ó madre, digas á tu Hijo afligidísimo el último *á Dios.* Levantando pues sus ojos, envia mil suspiros á aquel en quien solo respiraba, diciendo con amargo corazon. A Dios, Hijo; á Dios, lumbre de mis ojos; á Dios,

1 Joann. xvi. 22. 2 Ibid. xvi. 31.

vida de mi vida; á Dios, único consuelo mio. Asi, ó Hijo, pues asi lo has querido, no se haga mi voluntad, sino la tuya. A Dios, por último, ó Hijo, y acuérdate de tu madre cuando fueres al reino de tu Padre. ¡O madre! ¡no ya madre! No hay quien te consuele, no hay siquiera uno; porque el único que es tu consuelo, exhala su espíritu. *Grande es como el mar tu quebranto: ¿quién te remediará*[1]? Se extienden las tinieblas por toda la tierra: la tierra tiembla, vacilan los elementos, saltan las piedras, túrbase toda la naturaleza; y en medio de tanto terror de la naturaleza, que tiembla y casi desfallece, *¿quién te remediará*? Se alegra toda la Judea, se complace la sinagoga, se congratulan los escribas y fariseos, se regocijan todos los enemigos de tu Hijo, porque muere: *¿quién te remediará*? Pedro de temor se oculta, Juan de dolor calla, Santiago de miedo no se atreve á comparecer; los demas del asombro estan pasmados, todos te dejan afligida en manos de tu afliccion: *¿quién te remediará*? La madre con la fuerza del dolor se pasma atónita; el Hijo oprimido de amargura calla; un grande silencio de labios hay entre los dos, pero un clamor grande de corazon. En medio de este tan gran silencio de entrambos, ¿quién será el que quiera hablar? Una sola cosa resta, que silencioso me duela con quien calla y se duele, tomando aquellas palabras lamentables del profeta: *¿Quién dará agua á mi cabeza, y fuentes de lágrimas á mis ojos; y lloraré dia y noche* á la tris-

1 Thren. II. 13.

tísima madre de este tristísimo Hijo? ¡O Jesus! ¡ó María! ¡ó Hijo! ¡ó madre! ¡O Jesus! ¡cuanto es tu amor para conmigo! ¡O María, cuanto es tu dolor por mí! ¡No hay dolor como tu dolor, ó María! ¡No hay amor como tu amor, ó Jesus!

§. VIII.

Las tinieblas sobre toda la tierra.

Ya el sol de justicia, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, moria al mundo: y al verlo el otro sol, príncipe de los astros, ó para demostrar su tristeza, ó para detestar la malicia del hombre, cerró sus ojos, ocultó sus rayos, y negó su luz á los aborrecedores de la luz: por lo cual: *Desde la hora de sexta se extendieron las tinieblas por toda la tierra hasta la hora de nona, y se obscureció el sol*[1].

Ardia y abrasaba en el medio dia de su amor el sol de justicia, y con todo aun estaba fria la caridad de la sinagoga. Ya estaba puesta sobre el candelero de la cruz la luz del mundo para alumbrar á todos los existentes en el mundo, y con todo los judíos, como si la luz estuviese aun oculta bajo el medio celemin, viendo, no ven; porque los habia obcecado su malicia. Asi para que al cabo conociesen que Dios habia cerrado sobre ellos los ojos de su misericordia, al ponerse sobre ellos el sol de justicia, se acumulan por todas

1 Matth. xxvii. 45.

partes del oriente y occidente densas nubes, todo el aire se viste de un negro y como lúgubre luto en la muerte de su Señor. Se extinguen todas las lumbreras del cielo, se ocultan los astros, el sol mismo privado de su resplandor, al obscurecerse el resplandor del Padre, se envuelve en un caliginoso y obscurecido globo; todo el cielo en medio del dia se anubla y cubre de una espantosa noche: y principalmente sobre el monte Calvario carga un tenebroso torbellino, con que Jerusalen y toda la Judea queda entenebrecida. Finalmente todo el orbe se ve cercado del espantoso horror de las tinieblas. Nace Cristo á media noche, y la ilumina; muere á medio dia, y le obscurece. De noche nació Cristo, y con toda la claridad de Dios cercó de luz á los pastores: al medio dia padeció; y hubo tinieblas sobre toda la tierra. Asi sucede siempre: cuando Cristo nace en el corazon de alguno es con luz; cuando muere es con tinieblas. Asi cuando muere aquel que hace nacer su sol sobre los buenos y los malos, dice el evangelista: *Se obscureció el sol.* ¡O miserable condicion del hombre, á quien se le obscurece aquel sol que *fabricó la aurora y el sol!* ¿Por qué los judíos no creen que ha venido el Mesías, y blasfeman á Cristo, á quien nosotros adoramos como Dios? ¿Cómo yacen aun en las tinieblas de la sinagoga y en las sombras mosaicas? Porque se les *ha obscurecido el sol.* ¿Por qué los impíos andan en tinieblas? ¿Por qué no desechan las obras de tinieblas? ¿Por qué aborrecen la luz? Porque se les *ha obscurecido el sol.* Entra en el templo el

herege, entra el católico; á los ojos de entrambos se propone Dios, pero escondido bajo las especies de pan. El herege le ve y se burla: el católico le ve y le adora; aquel despreeia, este reverencia; aquel silba, este suplica: porque á aquel se le *ha obscurecido el sol.* Pero tú, católico, ¿qué ves que no ve el herege? Veo en aquellos accidentes la *figura de la substancia divina*: veo en aquella blanca nubecilla de pan el resplandor del Padre: veo en aquella despreciable figura y apariencia de pan al que es de mas hermosa figura entre los hijos de los hombres: veo en tanta humildad la magestad, y la adoro; la sabiduría, y la admiro; el poder, y le reverencio; la misericordia, y confio; la justicia, y la temo. Finalmente, veo en lo oculto á Dios escondido, en quien estan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Esto ven los ojos católicos, iluminados por Dios con el resplandor de la fe. Clama el Sabio asombrado con la increible é incomparable hermosura de la castidad: *¡O cuan hermosa es la generacion casta con claridad! Inmortal es su memoria, porque ante Dios es conocida y ante los hombres*[1]. ¿Cómo tantos jóvenes que aman lo que es hermoso no ven esta hermosura, y se cautivan de ella? Porque se les *ha obscurecido el sol.* A este modo los soberbios aborrecen la humildad, los ricos la pobreza, los delicados temen la vida austera, los glotones tienen aversion á la templanza: finalmente, los impios detestan las virtudes, siendo asi que

1 Sap. IV. 1.

nada hay mas util, mas honesto, mas gustoso que ellas; porque se les *ha obscurecido el sol.* No aquel sol que hizo Dios *para presidir el dia*[1]: no aquel sol que á la voz de Josué *se paró en medio del cielo*[2]; sino aquel sol que invocaba Zacarías con estas palabras: *Ilumina á los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte*[3]. Aquel sol á quien llama Simeon *luz para la revelacion de las gentes*[4]: Aquel sol cuyo *rostro resplandeció como el sol*: cuyos *ojos son mas lucidos que el sol*[5]. Este sol se les obscureció; y si este sol al faltarles la vida se pone sobre la malicia de ellos, serán arrojados á las tinieblas exteriores. Entonces irán y no volverán á la *tierra tenebrosa, y cubierta de obscuridad de muerte: tierra de miseria y de tinieblas, donde hay sombra de muerte y ningun orden*[6]. Entonces abrirán su boca y maldecirán su dia, diciendo: *Perezca el dia en que nací. Aquel dia vuélvase tinieblas y no le alumbre la luz: obscurézcanle tinieblas y sombras de muerte*[7]. Entonces dirán lo que aquellos necios de la Sabiduría: *¡Luego erramos el camino de la verdad; y no lució para nosotros la luz de la justicia; y el sol de la inteligencia no nació para nosotros*[8]! O sol de la inteligencia, que nos visitaste naciendo de lo alto, las tinieblas se han extendido sobre toda nuestra tierra. Tinieblas sobre la memoria: no miramos los pasados delitos, por eso no los lloramos: tinieblas sobre el entendimiento, no examinamos

1 Gen. I. 16. 2 Ios. x. 13. 3 Luc. I. 79. 4 Ibid. II. 32.
5 Eccl. XXIII. 28. 6 Iob x. 21. 7 Ibid. III. 3. 8 Sap. V. 6.

los presentes peligros, por eso los despreciamos: tinieblas sobre la voluntad, no reparamos en los futuros suplicios, por eso no tememos; tinieblas sobre los ojos, la lengua, los oidos, las manos, los pies, de aqui es que buscamos lo que se debe huir, abrazamos lo que se debe arrojar, y hablamos lo que se debe callar. Tú pues que *hiciste el sol para que tuviese potestad del dia*[1], ahora que mueres en la cruz, nace en nuestra mente, hasta que nazca sobre nosotros tu gloria: entonces se nos dirá á nosotros lo que á los escogidos: *No tendrás tú ya mas sol para que te alumbre por el dia, ni el resplandor de la luna te iluminará; sino tendrás al Señor por tu luz sempiterna. Y no se pondrá nunca tu sol*[2].

§. IX.

Exclamacion de Cristo cerca de la hora de nona.

Ya el sol midiendo el cielo y demostrando los tiempos habia corrido cuatro mil veces con su veloz movimiento la órbita anual del cielo; y finalmente con la revolucion de muchos tiempos, y el peso de muchos siglos llegó con su voluble rueda al dia de la salud, al dia de la noticia buena, al dia que hizo el Señor, y en aquel dia á la hora de nona; esto es, la postrera que vivió Cristo, y la primera en que comenzó á vivir el mundo. *Cerca de la hora de nona clamó Jesus con voz grande*[1].

1 Psalm. CXXXV. 8. 2 Isai. LX. 29. 3 Matth. XXVII. 46.

Clamaba con voz grande; esto es, con una voz sonora como trompeta, horrenda como rugido, terrible como trueno. Exclamó pues con todo el esfuerzo de su voz y de su pecho. No habló blandamente, no pronunció en tono suave, sino *clamó*, para que oyesen los ensordecidos, temblasen los impíos, se horrorizasen los demonios, atendiesen los ángeles, confiasen los cautivos, se conmoviesen los judíos. *Clamó con voz grande.* Esta era verdaderamente *la voz del Señor en virtud, la voz del Señr en magnificencia* [1]. Voz era esta no de quien clamaba en el desierto, sino de quien espiraba en el patíbulo: Clamó con voz grande cerca de la hora de nona. ¡O hora digna por todas partes de admiracion inmensa! Al rededor de esta hora, como de quicio, daban vueltas todos los dias de todos los años, lustros y edades que la habian precedido, que la siguieron despues, que empezarán y fenecerán en todos los espacios posteriores. Apenas habia Dios criado el cielo y la tierra, ya toda la tierra llena de abrojos y espinas clamaba al Mesías venidero que esperaba: *¡Ojalá rompieses los cielos y bajases* [2]! Pero oia la respuesta: *Aun no ha llegado mi hora* [3]. Ya la divina justicia habia rompido todas las fuentes del abismo grande, abierto las compuertas del cielo, y llovido sobre la tierra cuarenta dias y cuarenta noches. Clamaban entonces todos con voz grande: *Señor, sálvanos que perecemos* [4]. Y tambien oian: *Aun no*

1 Psalm. XXVIII. 4. 2 Isai. LXIV. 1. 3 Ioann. II. 4. 4 Matth. VIII. 25.

ha llegado mi hora. Ya habian corrido desde la creacion del mundo treinta siglos, y clamaban todos los profetas y cautivos en las cárceles del limbo: *Señor, inclina tus cielos y desciende* [1]. Y tambien oian: *Aun no ha llegado mi hora.* Despues, cuando ya fue saludada por el celeste paraninfo la nueva esposa del nuevo esposo, ó por mejor decir la madre llena de gracia, ya habia llegado la plenitud del tiempo, y con la plenitud del tiempo habia venido el tiempo de la misericordia; pero aun no habia llegado la hora. Finalmente, ya por último, *cerca de la hora de nona*, en que todos los nueve coros angélicos habian volado á la cumbre del Calvario á ser espectadores de las maravillas que el Hijo de Dios obraria en aquella hora en medio de la tierra, *cerca de la hora de nona clamó Jesus con voz grande*; á los patriarcas que le habian expresado con sus figuras; á los profetas que le habian anunciado con sus vaticinios; á los reyes que le habian esperado por tantos años; á todos los cautivos que le habian deseado con tantas ansias; á todo el universo que le habia buscado con tanto anhelo; *llegó la hora y es esta* [2], despues de cuarenta siglos pasados, despues de tantos centenares de años, despues de tantos millares de dias y horas, *llegó la hora, y es esta. Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redencion* [3]. *Llegó la hora, y es esta. Levanta, date priesa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia* [4], Iglesia mia;

1 Psalm. xiv. 5. 2 Ioann. iv. 23. 3 Luc. xxi. 18. 4 Cant. ii. 10.

dame el ósculo de tu boca; llegó la hora; esta es la hora de nona en que *te desposaré conmigo para siempre*; *te desposaré conmigo en justicia y en juicio*; *en misericordia y conmiseraciones* [1]. *Venid á mí todos los que trabajais y estais oprimidos* [2]; llegó la hora en que *yo os reforzaré*. *Levanta* Adan, *que duermes, despierta, y te alumbrará Cristo* [3]; pues ya es cerca de la hora de nona. ¡O cuan dilatado tiempo ha sido esperada esta hora! Id, ángeles de paz, y por los cuatro ángulos de la tierra tocad las trompetas, y con el son de los clarines sonoros clamad cerca de la hora de nona: *Ya es hora de levantarnos del sueño* [4]. Ya pasó aquel triste tiempo en que el mundo se consolaba solo con unas obscuras sombras y figuras del venidero Mesías; pero ahora ahuyenta las sombras la verdad, ¡porque *pasó la noche, y se aproximó el dia*; y por mejor decir, la hora de la salud: porque es la hora de nona, esto es, la última del Salvador, y la primera de la salvacion. ¡O cuantos se encontrarán que avisándolos Dios con gran clamor desde los cielos, amenazándolos la divina justicia desde las nubes, convidándolos la misericordia desde la cruz, tocándoles el corazon el celestial esposo; levántate dormido, ya es hora de levantarse del sueño: responden: *Aun no ha llegado mi hora*! Cae de repente el compañero que está á tu lado, y al instante fallece. ¿Qué otra cosa es su muerte que una voz que clama: *Levántate, dormido*? Tú, joven, cuyo relox quizá ha llegado ya á la hora

1 Ose. II. 19. 2 Matth. XI. 28. 3 Ephes. V. 14. 4 Rom. XIII. 12.

de nona, esto es, á la postrera de tu vida, y piensas: *Aun no ha llegado mi hora.* Estoy en el umbral de mi vida, mi edad floreciente, mis sentidos vigorosos, mi sangre hirviendo en mis juveniles venas, mis megillas sonrosadas, mis rubios cabellos fluctuando en agradables ondas por mi blanco cuello: *Aun no ha llegado mi hora.* Y entre tanto mientras te coronas de rosas, mientras tocas el laud y la cítara, y pasas en diversiones tus dias, te acontece lo mismo que en aquel gran convite al rey Baltasar: en la misma hora aparece un dedo, muestra del relox, que señala la hora de nona, la última para ti, y oyes: *Esta es la última hora.* Entonces tu rostro se inmuta como el de Baltasar, tus pensamientos te conturban, tus imaginaciones te amedrentan, tus miembros y articulaciones se disuelven, tus rodillas se estremecen, y chocan una contra otra. Entonces cerca de la hora de nona clama con voz grande: esperad hasta mañana, presto, presto, sacerdote, confesion.... en vano: *Es ya la última hora.* Aun no he dispuesto mi casa, aun no he hecho testamento, aun no he purificado mi conciencia: lo mismo: no hay remedio: *Es la última hora.* A lo menos, *déjame que llore un poco mi dolor antes que vaya, y no vuelva, á la tierra tenebrosa, y cubierta de la obscuridad de muerte* [1]. Ya es tarde: *Es la última hora.* Dame siquiera tiempo para herir mi pecho, y decir con un corazon contrito: *Señor, sed propicio conmigo pecador* [2]. Ni aun eso. *Es ya la última*

1 Iob x. 20. 21. 2 Luc. XVIII. 13.

hora. Asi *te digo, ó joven, levanta* [1]: ya es hora de que te levantes del sueño; porque quizá despues de esta hora será tu última hora.

§. X.

Clama Jesucristo desamparado de su Padre.

Este punto que sigue tiene la primacía entre todo lo asombroso acontecido en la tragedia de Cristo padeciendo. Esta es una voz que no se ha oido tal desde que hay hombres, ni se oirá jamas. Es una voz llena de un sagrado horror, de un sonido maravilloso, dificil de entenderse, y terrible de explicarse. Es una voz proferida por el Verbo del Padre, que llenó de asombro al cielo y á la tierra; á los hombres y á los ángeles, y á todas las cosas inanimadas hubiera dejado atónitas, si hubiesen tenido entendimiento y razon. Necesario es aqui todo tu vigor y toda tu fuerza, ó fe, para que creamos que efectivamente sucedió lo que la razon juzga y la naturaleza dicta que no puede ser. Aplicad los oidos y percibireis las palabras; aplicad los entendimientos y comprehendereis los misterios de las palabras. Ya iba casi á morir Dios inmortal en cuerpo mortal, en medio del horror del aire caliginoso, y de las tinieblas que cubrian toda la tierra, pendiente del fiero patíbulo de la ignominiosa cruz, cuando he aqui que con la grandeza y muchedumbre de los do-

[1] Luc. VII. 14.

lores que por todas partes le oprimen, casi reducido á la nada; para mostrar al mundo un gran misterio, cerca de la hora de nona exclamó Jesus con voz grande, diciendo: *Eli, Eli, lamma sabacthani*: *esto es, Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado* [1]?

Quejarse un hombre de otro hombre es comun: quejarse alguno de sí mismo es frecuente. Quejarse Dios de Dios, el Hijo del Padre, y tal Hijo de tal Padre, y entonces, cuando muere y de tal suerte muere, hecho obediente á su Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, es un misterio; ¿quién le explicará? es un sacramento; ¿quién le comprehenderá? es un prodigio; ¿quién le creerá? Volvia Cristo hácia todas partes y por todas partes sus moribundos ojos para ver si habia quien le consolase. Vuelvese á su madre; estaba su alma triste hasta la muerte. A los apóstoles; habian huido. A los judíos; le blasfemaban. A los sacerdotes; le escarnecian. A los verdugos; acrecentaban su pena. Al sol; se habia obscurecido. A los ángeles; lloraban amargamente. No encontraba consuelo, ni en amigos, ni en enemigos, ni en hombres, ni en ángeles, ni en cielo, ni en tierra. Cerrada la puerta á todo consuelo; destituido ya de todo alivio humano, pensaba el Hijo, pródigo en amor, no viendo ya esperanza de consuelo: *Me levantaré é iré á mi Padre* [2]: él me oirá por la reverencia debida; porque soy su Hijo amado, en quien siempre se ha complacido. *Dios mio, Dios mio.*

1 Matth. xxvii. 46. 2 Luc. xv. 18.

Parece que el cielo es para él de bronce, no siente ningun consuelo. *Dios mio, Dios mio.* Clama, y no se le oye: llama, y no se le abre: busca y no encuentra. *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* La voz casi me falta á estas voces. No es este hombre justo; porque, como atestigua David, *no vi al justo desamparado* [1]; y este se queja de verse desamparado. Este es hombre pecador, pues no es oido de Dios; *y sabemos que Dios no oye á los pecadores* [2]. ¿De qué otro modo pudiera clamar muriendo el fratricida Cain? ¿de qué otro el blasfemo Senaquerib? ¿de qué otro el impío Antíoco? ¿de qué otro el sacrílego Herodes? Finalmente, ¿cuál otro podria ser el clamor del hombre mas perdido, del mas facineroso, del mayor enemigo de Dios, que aquel clamor de Cristo, *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* Esta voz es la voz de Esaú, no de Jacob: es la voz de un pecador que muere, no de quien redime á los pecadores. ¿Por ventura es esta la voz de tu Hijo, ó Padre? ¿Por ventura es este aquel qne dijo: *Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió* [3]; y en otra parte: *Yo siempre hago lo que le es agradable* [4]? ¿Por ventura es este el que dijo: *Yo te he esclarecido sobre la tierra: he consumado la obra cuya egecucion me encargaste* [5]? ¿No es este aquel de quien tú mismo públicamente testificaste: *Este es mi Hijo amado en quien he tenido mis complacen-*

1 Psalm. xxxvi. 25. 2 Ioann. ix. 31. 3 Ibid. iv. 34. 4 Ibid. viii. 29. 5 Ibid. xvii. 4.

cias[1]? ¿Y como es que desamparas asi al que amas? Este es ardid del divino amor. Eres desamparado, ó Jesus, para que tú no desampares; desamparado del Padre, para que no desampares á los hijos tus escogidos. Despues de verte desamparado del Padre, es verdaderísima la voz de David: *No vi al justo desamparado*. Mas tú, ó Jesus, ¿qué causa buscas de desampararte el Padre, diciendo: *Por qué me has desamparado?* Sabes que por boca de Moises se queja de mí: *Al Dios que te crió abandonaste*; *y te olvidas e del Señor tu Cr ador*[2]. Sabes que por boca de Jeremías se queja de todos: *Todos me abandonasteis*[3]. Asi todos ingratos dejamos á Cristo despues que Cristo dejo todo por nosotros. ¿Qué no ha dejado Cristo por nosostros los hombres? Dejó el cielo, pues por nosotros los hombres descendió del cielo. Dejó al Padre: *Sali del Padre y vine al mundo*. Dejó á su madre, entregándqsela á Juan, diciendo: *Ves ahi á tu madre*[4]. Dejó sus riquezas: *Por nosotros se hizo necesitado siendo rico*[5]. Dejó su hermosura: *No tiene hermosura ni decoro*[6]. Nos dejó su cuerpo, sangre, vestiduras, alma, todo; y despues de haber dejado todo por nosotros, se ve obligado á quejarse: *Todos me dejasteis*. Siendo asi que todas esas cosas que con tanto sudor, con tanta solicitud, con tantos trabajos, con tantos peligros y perdicion de tu alma buscas, y por las cuales dejas á Dios; al fin, al fin, al de-

1 Matth. III. 17. 2 Deuter. XXXII. 12. 3 Ierem. II. 29.
4 Ioann. XVI. 28. 5 II. Cor. VIII. 9. 6 Isai. LIII. 2.

jar el mundo, te dejarán á ti con tanto mayor dolor y llanto cuanto las buscaste con mayor ansia y anhelo. Entonces te dejarán las riquezas. *Dejarán sus riquezas á los extraños* [1]. Te dejará la gloria: *Porque cuando muriere el hombre, no llevará cosa alguna, ni descenderá con él su gloria* [2]. Te dejarán tus amigos, tus conocidos, tus allegados. Oye á Job: *Mis conocidos como extraños se retiraron de mi, dejáronme mis deudos; y los que me conocian, olvidáronse de mi* [3]. Te dejarán tus padres: *Mi padre y mi madre me dejaron* [4]. Finalmente, ó miserable alma, en aquella hora se cumplirá la amenaza que Dios hace por Ezequiel al alma que le deja: *Te desnudarán de tus vestiduras, y te quitarán los adornos de tu decoro, y te dejarán desnuda y llena de ignominia* [5]. Entonces dirán los ángeles al alma desamparada de todo lo que refiere Jeremías: *Curamos á Babilonia, y no ha sanado: abandonémosla* [6]. Te dejará Dios mismo como lo amenaza por boca de Moises. *Se encenderá mi furor contra él en aquel dia; y le dejaré, y esconderé mi rostro de él* [7]. ¿Y qué se sigue de aquí? Mira qué infinidad de males. *Será entregado á la devoracion: vendrán sobre él todos los males y aflicciones;* de modo que diga en aquel dia: *Verdaderamente, porque no está Dios conmigo, han venido sobre mí estos males.* Entonces acudirán de todas partes tus enemigos, y te acometerán, diciendo: *Dios le ha dejado, perseguid-*

1 Psalm. XLI. 12. 2 Ibid. XLVIII. 15. 3 Iob XIX. 11. 14. 4 Psalm. XXVI. 10. 5 Ezech. XVI. 39. 6 Ier. LI. 9. 7 Deut. XXXI. 17.

le, y apoderaos de él, porque no tiene quien le libre [1]. Entonces te dejará la providencia de Dios, porque ya no te proveerá mas de cosa alguna: te dejará su sabiduría, porque nunca ilustrará tu mente: su poder, porque no te defenderá de tus enemigos: su bondad, porque ya no te amará mas: su misericordia, porque por toda la eternidad no se compadecerá de ti: solo la justicia es la que no te dejará. Entonces te dejará el sol, porque para ti nunca saldrá: la luna y las estrellas, porque no te darán luz: el agua, porque nunca refrigerará tu lengua: el aire, para que no respires: el cielo, para que su vista no te deleite: te dejarán las aves del cielo, los peces del mar, las bestias de la tierra, porque no te alimentarán ya mas. Por toda la eternidad no tendrás ya que esperar el mas mínimo consuelo por el mas leve momento, ni de la tierra, ni del cielo, ni de los ángeles, ni de los demonios, ni de los hombres, ni de los bienaventurados, ni de la madre de Dios, ni de Cristo, ni de Dios, ni de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo futuro. Entonces, desamparado de todo por toda la eternidad, comenzará tu conciencia á morderte, á punzarte, á martirizarte, repitiéndote infinitas veces aquellas palabras de Jeremías: *Ve y conoce cuan malo y amargo es haber dejado al Señor tu Dios* [2]. Para qué no me acaezcan todos estos males, Dios mio, *sé mi ayudador, no me desampares* [3]. Cuando desamparado de todo entregue mi espíritu, acuérdate que á ti está de-

1 Psalm. lxx. 11. 2 Ierem. ii. 19. 3 Psalm. xxvi. 9.

jado el pobre; no me desampares: pues para eso te ha desamparado tu Padre, para que tú, que eres mi hermano, no me desampares.

§. XI.

Cristo sediento.

El oráculo de Cristo: *El que perseverare hasta el fin, será salvo* [1]. Asi como es necesario á cualquiera perseverar hasta el fin para ser salvo, asi lo es tambien á Cristo por ser Salvador. Mas para perseverar hasta el fin debia consumar todas las cosas expresadas de él en la Escritura para el fin de nuestra salvacion. Viendo pues que aun no estaba cumplida aquella profecía de David: *En mi sed me dieron á beber vinagre* [2]: para que no quedase en la Escritura ni una jota ni un ápice por cumplir, sabiendo Jesus que *todo estaba consumado, para que se consumase la Escritura, dijo: Sed tengo. Habia pues un vaso prevenido lleno de vinagre. Y ellos poniendo en una caña una esponja llena de vinagre, se la acercaron á su boca.*

Aqui se ofrece de nuevo otro misterio. Ya la muerte estaba en los labios de Cristo, ya mortales sus ojos, mortal su corazon, mortal todo el cuerpo de aquel que es vida nuestra. Ya casi habia consumado la carrera, y como si entonces la empezase; como si aun estuviese en la entrada de aquella grande obra, que ya casi habia per-

1 Matth. x. 22. 2 Psalm. LXVIII. 12.

feccionado; ansioso aun de mas padecer, dijo: *Sed tengo.* Sabia Jesus que ya todo casi estaba consumado. Y verdaderamente habia dicho, hecho, padecido, cuanto podia y debia decir, hacer y padecer por la salud del hombre; y no obstante, como si nada hubiese dicho, nada hecho, nada padecido; mas deseaba padecer. Podia Cristo decir aqui lo que Jonas precipitado en el mar: *Me precipitaste en el profundo, en el seno del mar: todos tus golfos y tus olas pasaron sobre mí. Circundáronme las aguas hasta el alma: el abismo me cubrió, el piélago oprimió mi cabeza* [1]. Observad aqui reunido de una vez todo cuanto pudiera extinguir la sed; profundo mar, golfos, olas, aguas, abismo, piélago; y no obstante entre tanto cúmulo de aguas clama: *Sed tengo.* ¿Qué admiramos que esté sediento, tan cansado, andando, obrando, combatiendo? Sanson solo postró mil filisteos, y *estando muy sediento*, dice la Escritura, *clamó al Señor, y dijo: Tú diste á la mano de tu siervo este gran triunfo y victoria: y ahora de sed muero* [2]. El gran campeon Jesus ¿contra quién no habia batallado? Presentábanse en el campo á combatirle los ángeles, los hombres, los demonios. De los hombres, paganos y judíos, reyes y vasallos, romanos y bárbaros, soldados y ciudadanos, eclesiásticos y legos, literatos é indoctos, magistrados y particulares, conocidos y desconocidos, amigos y enemigos, y en fin la misma justicia de Dios; de modo que de Cristo pudiera con razon

1 Ioann. II. 2 Ind. XV. 18.

decirse lo que de Saul peleando: *Todo el peso de la batalla cargó sobre Saul*[1]. Asi todo el peso de la guerra que contra él hacia la divina justicia cargó sobre Cristo. En él quebró la justicia las saetas, el arco, la espada, la lanza. Y por ventura, peleando Jesus tan ardua pelea, ¿no puede con razon exclamar como Sanson: *He aqui muero de sed?* Pero ¿qué es esto, Señor? ¿Luego la fuente misma tiene sed? Tú convidas á otros sedientos que vengan á ti, diciendo: *Todos los sedientos venid á las aguas*[2]. Y *si alguno está sediento, venga á mí y beba*[3]. Tú eres la fuente de la sabiduría, el torrente de delicias, el abismo de dulzura, el pozo de aguas vivas: ¿y podrá faltar el agua al pozo, al abismo, al rio, á la fuente? Recurre pues á ti mismo para extinguir la sed. O á lo menos ese vinagre que te ofrecen los judíos conviértele en vino; pues eres el mismo que en las bodas convertiste en vino el agua. Mas verdaderamente asi como el Padre le habia desamparado, asi él se desamparó á sí mismo; y no queria gozar del mas ligero alivio. O Virgen, que estás junto á la cruz, y oyes clamar á tu Hijo: sed tengo; ¿dónde estan ahora *tus pechos, que son mejores que el vino*[4]? ¿Aquellos pechos con que tantas veces alimentarse á Jesus niño sediento? Tú en las bodas de Caná de Galilea, donde no faltaba que beber á los convidados; donde ninguno clamaba: sed tengo; movida á compasion de los convidados, dijiste á tu Hijo: *No tienen vino*[5]. Ahora tu mismo Hijo, que

1 1. Reg. XIII. 2 Isai. LV. 3 Ioann. VII. 4 Cant. I. 1. 5 Ioann. II.

convirtió el agua en vino, perece en la cruz de sed, y delante de ti clama: *sed tengo*: ¿cómo no te postras en tierra y clamas á su Padre: *No tiene vino?* Tu Hijo dijo de sí mismo: *Yo soy vid* [1]. En la vid hay sarmientos, en los sarmientos uvas, de las uvas se exprime el vino: ¿cómo no le dices: no tienes vino? ¿Qué extraño que no lo tenga? Aquellos ebrios é insaciables bebedores de vino, *que habitan entre el vino y se ocupan en apurar los cálices* [2], como dice Salomon; aquellos *que beben el vino en las redomas* [3], como dice Amós: aquellos de quienes dice Isaías: *Que se levantan de mañana á seguir la embriaguez y beber hasta la tarde, para arder con el vino: poderosos para beber vino, y hombres fuertes para mezclar la embriaguez* [4], han apurado todo el vino. Por eso el Hijo de Dios no le tiene. Aquellos ebrios, á quienes el vaso de eleccion llama *vasos de ira, aptos para la perdicion, y vasos de contumelia* [5], habian agotado todos los vasos del vino. De aqui es que al Hijo de Dios se le pone un vaso lleno de vinagre: asi no tiene vino. O si en aquellos convites de que trata Isaías: *La cítara y la lira, y el tímpano, y la flauta y el vino en vuestros convites*; si en aquellas mesas en que se entregan á toda disolucion aquellos relajados, ebrios, y nadando en vino, resonase aquella voz de Cristo, lamentable: *Sed tengo*: ¿quién habria que no le ofreciese un caliz á lo menos de agua fria? ¡Cuán resfriada está ya en todos la caridad!

1 Ioann. xv. 1. 2 Prov. xiii. 3. 3 Amos vi. 6. 4 Isai. v, 11. 12. 5 Rom. ix. 12.

Hasta esto le niegan los ebrios. ¡O María! ya puedes decir de tu Hijo no que no tiene vino, sino que no tiene agua; porque no tiene sino vinagre. Aquellos bebedores de vino oirán algun dia en aquel célebre teatro delante de los ángeles y de los hombres, de boca del mismo que ahora muere de sed: *Estuve sediento, y no me disteis de beber* [1]. Ellos son los que como aquel epulon del Evangelio, condenados á la sed eterna, clamarán: *Padre, envia á Jesus, para que entre la extremidad de un dedo suyo en el agua, y refrigere mi lengua, porque me abraso en esta llama* [2]. Para que Dios aparte de nosotros tal calamidad, refrigeremos ahora la lengua de Cristo sediento. Sed tiene de nuestras lágrimas. Clame pues cada uno con Jeremías. *¿Quién dará agua á mi cabeza, y fuentes de lágrimas á mis ojos* [3], para refrigerar la lengua de mi Salvador? No tengo, ó fuente de agua viva, sino estas dos fuentes de mis ojos que producen lágrimas amargas, porque *habito en una tierra de amargura* [4]: estas lágrimas te ofrezco por bebida. De mi ojo derecho correrán lágrimas de amor por tus beneficios; del siniestro, de dolor por mis maldades. Con este llanto apagaré tu sed, para que en el último dia consiga oir de tu boca aquellas deseadísimas palabras: *Tuve sed, y me disteis de beber.*

1 Matth. XLII. 2 Luc. XVI. 24. 3 Ierem. IX. 1. 4 Ibid. XVIII. 6.

§. XII.

Palabras penúltimas de Cristo.

Resta en la última hora de Cristo la penúltima palabra que pronunció: el cual, á manera de un esforzadísimo pregonero, desde el elevado puesto de la cruz, con voz altísima, que pudiese oirse por todo el universo, exclamó: *Consumado es* [1].

¡O palabra compendiosísima igualmente que llenísima! Nunca, desde que empezó á hablar el Verbo del Padre, pronunció palabra mas apetecible para nosotros, mas gustosa para los ángeles, mas horrible para los demonios, mas deseable para sí, mas acepta para su Padre, que esta palabra: *Consumado es.* ¡O palabra de alegría! ¡palabra de gloria! ¡palabra de victoria! ¡palabra de triunfo! *Consumado es.* Se horrorizan los demonios al oirlo y se estremecen. Esperaban, al ver á Cristo echar tan profundos cimientos al nuevo edificio, que al fin podrian burlarse y hacer irrision y mofa, diciendo: *Este hombre comenzó á edificar, y no pudo consumar* [2]. Pero ahora *consumado está. Consumado es.* Horrorizaos abismos, espantaos demonios, aquella gran pelea entre vosotros y Cristo *consumada está*: en breve llegará aquel gran Señor de los egércitos á vuestros domicilios, quebrantará los cerrojos de hierro, levantará las puertas eternales, arrebatará

1 Ioann. xix. 39. 2 Luc. xiv. 8.

vuestros despojos llevando cautiva la cautividad. *Consumado es.* Alegraos, cautivos, que ya pronto vendrá el Señor y no tardará; porque ya la grande obra de vuestra redencion *se ha consumado.* Alégrate tambien tú, Iglesia nueva esposa del nuevo esposo: ya se cierra la sinagoga; ya reprobados los judíos vendrá el deseado de todas las gentes; ya te dará tu amado el ósculo de su boca: *Ya pasó el invierno: cesó la lluvia: se oyó la voz de la tórtola en tu tierra* [1]. Dejad, ó ángeles de paz, ya de llorar con amargura; id y anunciad por todas las cuatro partes del mundo (pues este es el dia de la buena nueva): *Os anuncio un gozo grande, que tendrán todos los pueblos* [2]; porque hoy no nace sino muere el Salvador; *consumado es.* Pero á ti, ó consumador de todo, se te deben dar las mayores gracias, pues por tus méritos nosotros consumados en breve completamos muchos tiempos. ¡O cuántos misterios comprehende esta voz *consumado es!* Antes que el autor de la vida padeciese la muerte; antes que el Salvador del mundo saliese del mundo para volver al Padre, repasó en su ánimo la Escritura toda desde el primer capítulo del Génesis hasta el último de los Macabeos, examinando solícitamente todo, y halló que cuanto habia sido figurado de sí por los patriarcas en la antigua ley, vaticinado por los profetas, prescrito por su Padre, expresado por el Espíritu Santo, lo habia observado puntualmente hasta la mas mínima jota. Por lo cual, alegrándose en es-

1 Cant. II. 11. 2 Luc. II.

píritu, volviéndose á su Padre, dijo: *Consumado es.* Ya en fin, ya en fin todo desde el vientre de mi madre hasta la muerte de cruz está consumado. Nada he perdonado, ni incomodidades, ni deshonras, ni sangre, ni cuerpo, ni vida: ya no me queda sangre en las venas, ni fortaleza en los huesos, ni movimiento en las arterias, ni aliento en el pecho, ni vida en el corazon. *Consumado es* todo aquello que estaba de parte de Cristo. Verdaderamente ya se ha consumado de una parte la iniquidad del hombre, de otra la caridad de Dios. Entrambos han llegado ya á lo sumo, no es posible subir mas. ¿Porque qué mayor iniquidad puede haber que la de dar muerte el hombre á Dios? ¿Y qué mayor caridad que morir Dios por el hombre? Pero como ya aquel por quien vivimos está esperando la muerte, convertiré mi voz de Jesus que muere á vosotros que morireis, de aquel gran consumador á vosotros que en breve sereis consumados. O hombre, cualquiera que esto oyes, advierte y mira cómo, por qué, para quién vives. Si en este cortísimo plazo que Dios te da para vivir vives á ti, á la carne, al mundo, si vives al deleite, si al honor, si á la gloria, si á las criaturas; en breve en breve, y quizá antes de lo que piensas, mas pronto de lo que esperas, llegará tu último dia, y la última hora de aquel dia, y el último momento de aquella hora, el mas infausto para ti, en que acordándote de todas tus acciones pasadas, con inmenso dolor de tu corazon, y gemidos de tu pecho, y sollozos de tu voz, pronunciarás aquellas palabras de Cristo, mas no como Cristo: *Consumado*

es. ¡Ah! me acuerdo de mi adolescencia, cuando empecé á andar por el camino ancho y espacioso que guia á la perdicion: entonces yo malo pasaba en diversiones y falsos bienes mis dias. O cuan amarga me es ahora la memoria de aquel tiempo, viendo ya *que se ha consumado.* Acuérdome cuando era joven en la academia, y me decia á mí mismo en mi corazon lo que Salomon decia: *Iré y abundaré en delicias, y gozaré de bienes* [1]. No me bastó haber yo solo gozado de los bienes, sino tambien convidé á otros para que gozasen de ellos, diciendo: *Venid, disfrutemos los bienes que hay, y usemos de las criaturas como en la juventud á toda priesa* [2]. Y todo aquel tiempo, como *vapor que aparece por un momento* [3], se *ha consumado.* Cuando repaso el tiempo de mi pasada vida, verdaderamente pudiera decir lo que Salomon dijo de sí: *Todo cuanto desearon mis ojos no se lo negué: ni impedí á mi corazon el disfrutar toda delicia, y el deleitarse en todo lo que yo habia determinado* [4]: y ahora acordándome de todas estas cosas, tan alegre como viví, tan triste muero; porque veo que todo aquello con que me alegraba *se ha consumado.* Cuanto gozo he recibido en mi corazon y ánimo con las riquezas, los honores, los convites, los bailes, los espectáculos, los juegos, los cantares, las conversaciones, los aplausos; cuanto deleite tuve en la vista, el tacto, el oido, el gusto, el olfato, en todos los sentidos, todo pasó como sombra, y el tiempo de todo esto, sin dejar ningun vesti-

1 Eccl. II. 1. 2 Sap. II. 6. 3 Iacob. IV. 15. 4 Eccl. II. 10.

gio sino el de un amargo arrepentimiento, *se ha consumado*. Asi, cualquiera que vives para ti, y no para aquel que murió por ti, en breve, cuando dejes de vivir y comiences á morir, verás el fin de toda consumacion, descendiendo al lugar de los tormentos, donde no hay fin. O dichoso de mí, si entonces cuando suene la última hora, cuando en un punto brevísimo se cierren todas las cosas, pudiera yo hablarte estas últimas palabras: O Jesus, á quien siempre mientras viví amé de todo mi corazon, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas: tú dices á todos, pero especialmente á mí hablándome al corazon: *Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme* [1]. Oí tu voz, la obedecí, vendí, vine, y te he seguido. *Consumado es*. Fue prometido por ti: *Todo el que dejare casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó muger ó campos por mi nombre, recibirá cien doblado, y poseerá la vida eterna* [2]. Por ti dejé todo, siéndome tú como todo, ya esto está *consumado*; y esta expresion: *Consumado es* era tuya, no como precepto que obligaba, sino consejo que persuadia. *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame* [3]. Oí tu consejo, le abracé, tomé mi cruz, *consumado es*. Asi consumado en breve he completado muchos tiempos; porque te he amado mucho. Y ahora, pues consumé la carrera, y cumplí con mi fe, é hice lo que mandaste, dame tú lo que

1 Matth. xix. 2. 2 Ibid. xix. 29. 3 Ibid. xv.. 24.

prometiste. Feliz, una y mil veces feliz, eternamente feliz, quien con esta confianza, cuando le amenaza el último instante de la vida, puede decir: *Consumado es.*

§. XIII.

Ultimas palabras de Cristo.

Despues del fin de toda la consumacion, le resta á aquel que es el *principio y el fin* [1], el último acto, que es el mas difícil para Cristo, el mas util para nosotros, el mas deseado para todo el mundo, entregar su espíritu á su Padre, de quien le habia recibido en el vientre de su madre, y entregarle en el patíbulo de la cruz para redimir asi al mundo. Decia pues tácitamente en su corazon: *Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre* [2]. Asi dice tácitamente dentro de sí. Despues *aquel gran Señor, cuya magnitud no tiene fin* [3], *clamando en voz alta dice: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* [4]. Desde *el principio en que crió Dios el cielo y la tierra* [5], no crió jamas cosa alguna, ni la criará, mas excelente, mas preciosa, mas santa que el espíritu de Cristo. Este es aquel espíritu á quien debe alabar todo espíritu: por quien alientan, á quien aspiran, en quien respiran, y respirarán todos los bienaventurados espíritus, asi de los hombres como

1 Apoc. I. 2 Ioann. XVI. 46. 3 Psalm. XCV. 4. 4 Luc. XXIII. 49. 5 Gen. I. 1.

de los ángeles. Entregó Cristo su cuerpo á la potestad de los judíos, para que á su arbitrio, empleando toda su crueldad, le destrozasen, le hiriesen, le martirizasen: mas no tenian potestad alguna para maltratar su espíritu. Solo pues su espíritu reservó para entregarle al Padre, y que el Padre se le volviese despues de tres dias, y le restituyese á su cuerpo. ¡O Dios inmortal! ¿Tanto vale la salud de una alma, que por la mia se habia de separar el alma de Cristo de su cuerpo con una muerte tan cruel? ¿Luego yo valgo tanto como la sangre y vida de Cristo? ¿Y es posible que despues de tantos trabajos me he de perder? No me ocurren aqui palabras que decir; y asi hable por mí ahora aquel que verdaderamente es todo leche y miel, Bernardo: *Si todo me debo por haberme hecho, ¿qué deberé por haberme reformado? ¿y reformado de tal modo? Pues no fuí reformado tan facilmente como formado. El que una vez y sola una vez hablando me formó, para reformarme ciertamente dijo mucho, y egecutó maravillas, y padeció cosas duras, pero indignas. ¿Qué pagaré pues al Señor por todo lo que me ha dado? En la primera obra me dió á mí mismo; en la segunda á sí; y dándose á sí, me restituyó á mí. Dado pues, y restituido me debo todo por mí, y me debo dos veces. ¿Y qué daré á Dios por sí*[1]? Asi San Bernardo: á saber, en toda la pasion de Cristo, esto es, lo primero que se ha de ponderar y apreciar, que Cristo se nos dió todo, no reservándose nada. Y

1 Tract. de dil. Deo.

habiendo Cristo entregádose todo á ti con todo su amor, todo su cuerpo, toda su sangre, toda su alma, ¿qué es lo que tú has dado á Cristo de ti todo? Si es debido volver diente por diente, ojo por ojo, y por mejor decir, todo por todo, ¿qué has hecho tú nunca por Cristo, que por ti ha padecido y muerto, y todo entregado á ti, por aquella excesiva caridad con que te amó? ¿Apartaste alguna vez tus ojos para que no viesen la vanidad? Luego entregaste á otro tus ojos. ¿Podrás acordarte de que alguna vez, por aquellas manos taladradas con los clavos, y fijadas en la cruz, has contenido tus manos de las acciones ilícitas? Pues le negaste tus manos, tambien tú, que eres obra de sus manos. ¿Te atreverás á afirmar que por la lengua de Cristo, abrevada con hiel y vinagre, has refrenado tú alguna vez tu lengua en las maldiciones, injurias, mentiras, juramentos? Pues tambien le has usurpado la lengua. Mira y examina lo demas, y regístrate á ti todo al rededor; y ve qué es lo que has dado á Cristo de ti todo. Cuantos son los miembros de tu cuerpo, otras tantas han sido las armas con que has combatido á Cristo. Estos son, piadosísimo Jesus, los frutos de tu pasion. ¿Para eso fuiste con nosotros tan bueno, para que nosotros fuésemos malos? ¿Para eso tan misericordioso, para que nosotros fuésemos desapiadados? ¿Para eso te nos mostraste tan piadoso, para que nosotros fuésemos impíos? A los que son tales temo no diga Cristo en la cruz moribundo lo mismo que dijo Pablo escribiendo á algunos: *Temo de vosotros no sea en vano el tra-*

bajo que en vosotros he empleado. En vano bajé del cielo por vosotros, y me hice hombre; en vano nací en un establo, y fui reclinado en un pesebre, y circuncidado al octavo dia; en vano te busqué oveja perdida por espacio de treinta y tres años con hambre y sed, y frio y calor, y sudor de mi rostro, y sangre de todo mi cuerpo; en vano fueron tantos oprobrios, bofetadas, salivas, azotes, espinas, clavos, cruz, vida, muerte, todo. En vano trabajé, porque no he sacado de mi trabajo fruto alguno. No es tanto el dolor de Cristo de haber asi trabajado por ti, como de no haber aprovechado su trabajo. ¡O infelices, y que sereis por toda una eternidad infelicísimos! A quienes tan copiosa redencion servirá de perdicion, y la misma pasion de Cristo será condenacion de aquellos por quienes padeció. A un hombre tal mejor le estaba nunca haber nacido, que haber padecido por él Cristo en vano. Para que esto no me sobrevenga, á ti me convierto, que has muerto por mí para que yo no muriese. Mi boca aplico á tu boca, para que recibas mis palabras despues que ya tú has pronunciado las últimas palabras tuyas. ¡O sacrosanta boca, de donde han salido tantos oráculos de la verdad eterna, y las promesas de todos los bienes! De aquella boca sacratísima salieron estas palabras: *Pedid y recibireis* [1]. Una sola cosa es la que pido, y no añadiré segunda, y por tu boca divinísima, que ya abres para exhalar tu espíritu en manos de tu Padre, te la pido,

1 Luc. II.

que cuando yo abra mi boca para exhalar mi espíritu, salgan de ella las mismas palabras que de la tuya al espirar: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

§. XIV.

Inclina la cabeza.

Síguese el misterio último en orden, pero el primero en dignidad, de Cristo padeciendo, que es el mayor de todos los prodigios, la muerte de Dios inmortal. ¡Qué! ¿así es? ¡Para que viva un vil gusanillo de la tierra muere el Señor del cielo! ¿Hasta cuando ha de provocar mi amor el amor divino? ¿Cuantos han de ser los ensayos que egecute? ¿cuantas las escenas que presente? ¿cuantos los semblantes en que se transforme? Salió como esposo, corrió como gigante, estuvo reclinado como niño, huyó como desterrado, anduvo como peregrino, obedeció como súbdito, sirvió como siervo, combatió como soldado, enseñó como maestro, curó como médico. ¿Y qué escenas no presentó por mi amor en el pesebre, en el portal, en el heno, en las casas, en las calles, en las plazas, en los castillos, en los templos, en las sinagogas, en los pueblos, en las ciudades, en la soledad, en los montes, en los valles, en la tierra y en el mar? ¿En el huerto de Getsemaní, en la casa de Anas, en el domicilio de Caifas, en el pretorio de Pilatos, en el palacio de Herodes, y finalmente en el patíbulo de la cruz? ¿Aun prosigue amando al hom-

bre Jesus? ¡Y aun no empiezas á amar tú, hombre, á Jesus! Despues de todo muere como reo. Antes de morir repite tácitamente entre sí estas palabras del profeta: *¿Qué debí yo hacer con mi viña que no lo haya hecho* [1]? Confieso que has llegado á la cumbre de la caridad, á la última línea del amor; no tienes ya mas que poder hacer. Siendo Dios te hiciste hombre; estando en el cielo descendiste á la tierra; borraste la escritura de muerte. Pagaste la deuda del pecado; sanaste á todo el hombre; redimiste al mundo perdido. *¿Qué mas debiste hacer que no hiciste?* Ahora pues, ve ya, pasa de este mundo al Padre. Nos has dejado tu carne en comida, tu sangre en bebida, tus vestiduras por abrigo, tus méritos por precio, los sacramentos por remedio, y á ti mismo por premio. *¿Qué mas debiste hacer que no hiciste?* Criaste nuestra alma á tu imagen, formaste nuestro cuerpo del lodo de la tierra, dístenos tus ángeles por custodios, los animales para el uso, toda la tierra por domicilio, el cielo por reino. Cierra ya los ojos, ya puedes morir. *¿Qué mas debiste hacer que no hayas hecho?* Has sudado como atleta, has sido preso como ladron, castigado como esclavo, vendado como falso profeta, acusado como seductor, escupido como blasfemo, mofado como loco, crucificado como malhechor. *¿Qué mas debiste hacer que no hayas hecho?* Mandaste al sol que nos alumbrase, á la tierra que nos sostuviese, al fuego que nos calentase, al agua que nos

[1] Isai. IV. 5.

lavase, al aire que nos recrease. *¿Qué mas debiste hacer que no hicieses?* Descansa en fin de toda la obra que has egecutado. Descanse ya tu justicia en castigar al hombre, tu sabiduría en inventar qué puede hacer por el hombre, tu misericordia en intentar hacer bien al hombre, tu bondad en amarle. No restándote ya mas que poder hacer por el hombre, ya en fin puedes morir. Asi que aquel amor eterno, no quedándole ya mas con que manifestarse, haciendo ó padeciendo, oprimido del inmenso peso del amor con que antes habia inclinado los cielos, y descendiendo á la tierra, inclina la cabeza para descender á los infiernos. Ni fue esto sin un oculto misterio, y un alto sacramento. Lo primero, no fuese que despues de unos delitos dignos de eternos suplicios pensase el mundo que Jesus se iba de él implacablemente airado y ofendido; por eso apartado del cielo, y vuelto á los hombres, inclina la cabeza hácia la tierra antes de espirar. Despues para exhalar el espíritu (que ya habia encomendado á su Padre) hácia su madre, que estaba junto á la cruz, dirigió á ella su último aliento; para que de aqui conociese el mundo que ninguno sale de él mas seguramente que el que dirige su último aliento á Maria. Ademas, queriendo Dios inspirar mejor aliento á la tierra, le inspiró segunda vez con inclinado rostro espíritu de nueva vida. O Jesus, veo que es hora de que pases de nosotros al Padre; muere pues, ó vida nuestra, muere. Suspensas estan todas las cosas en el cielo y en la tierra con una expectacion grande de tu muerte. En ti solo ya

moribundo estan puestos los ojos y los semblantes de todos. A ti solo estan atentos. Espera tu Padre con los brazos abiertos para recibir tu espíritu, que le has encomendado: esperan los ángeles para darte aplausos y parabienes por tu sangrienta victoria: espera el limbo para ser ilustrado con tus resplandores: esperan las almas cautivas por tantos siglos para recibir por ti su libertad: esperan los pecadores para herir su pecho de dolor: espera la tierra para quebrantarse con temblores; las piedras para romperse; los monumentos para abrirse; el velo del templo para rasgarse: espera el mundo para renovarse con tu muerte, esperan los hombres para ser redimidos; finalmente todas las cosas criadas en el cielo y en la tierra, y todo el universo entero, esperan con vivas ansias tu muerte como una cosa del mayor momento, de infinito peso, de inmenso asombro, de donde pende la salud de todo. Cristo pues, como condescendiendo con los deseos y la expectacion de todas las cosas, inclina la cabeza, como si dijese: *Levantad vuestras cabezas, porque vuestra redencion se acerca.* O Jesus, antes que mueras, levántanos nuestras cabezas á ti que inclinas tu cabeza á nosotros. *Señor, inclina tu oido, y escúchanos.* Una cosa te pedimos, ya que sales de esta vida, y de este mundo. *Permanece con nosotros, Señor, porque se hace tarde, y está ya inclinado el dia* [1]: para que por ti, que inclinaste los cielos y descen-

1 Luc. XXIV. 28.

diste, por ti y por tu muerte subamos nosotros á los cielos.

§. XV.

Se despide de todas las cosas.

Entre otras razones y motivos de inclinar Cristo la cabeza, no es la última el despedirse de todo el mundo, y de cuanto habia en el mundo, como si dijese: á Dios tierra, por mí regada tantas veces con lágrimas, sudor y sangre, pródigamente derramada de todas mis venas. A Dios aire, en que he vivido y respirado hasta ahora; ahora ya es tiempo de espirar. A Dios pueblo mio amado, y escogido entre millares; no he hecho tanto con ninguna otra nacion. *Como una madre ama á su hijo único, asi te amaba yo* [1]. *Te hallé en una tierra desierta, en un lugar de horror, y en una vasta soledad: te conduge, y te enseñé, y te guardé como á la niña de mis ojos* [2] ¡Pero ay! *Al Dios que te crió abandonaste, y te olvidaste del Señor tu Criador* [3]. A Dios Jerusalen, cuyas calles y plazas anduve tantas veces con sudor de mi rostro; en cuya sinagoga y templo prediqué el reino de Dios: Jerusalen, *cuyos hijos tantas veces quise reunir como reune la gallina sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste* [4]: Jerusalen, á quien antiguamente avisé por mi profeta: *Levántate, iluminate Jerusalen, porque viene tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti; porque las tinieblas cu-*

1 II. Reg. I. 26. 2 Deut. XXXII. 19. 3 Ibid. 4 Matth. XXIII. 37.

brirán la tierra y la obscuridad los pueblos ; mas sobre ti naecrá el Señor [1]. Y por mejor decir, ya tiempo ha nací sobre ti, cuando junto á tus muros nací en Belen. Entonces te visité naciendo de lo alto ; mas no conociste el tiempo de tu visitacion. Ya no nacerá mas sobre ti el Señor, sino morirá tu Señor. Ya tus hijos quedarán huérfanos sin Padre. A Dios Jerusalen, á quien poco ha vi y lloré, porque en breve padecerás cosas lamentables. Dentro de cuarenta años tú, Jerusalen, serás arruinada. Y tú, madre mia amada, á Dios. Recibí de ti el cuerpo, en ti el espíritu, y ahora le entregaré en manos de mi Padre. Me viste en otro tiempo niño nacido en un pesebre en medio de la noche, y me ves ahora muriendo en un patíbulo en medio del dia. Asi es, ó madre, porque asi ha sido la voluntad de mi Padre. Sé, ó madre, que es grande como el mar tu quebranto ; pero sabe que no hay dolor como mi dolor. A Dios, madre, ya muere junto á ti tu Hijo que fue concebido de ti. O muger afligida, ¿qué médico curará tus llagas, cuando ya aquel que sana á todos muere? ¡O consuelo de afligidos! Pues tus aflicciones no pueden numerarse, ¿quién te remediará, cuando ya aquel que es la lumbre de tus ojos, cierra los suyos, y no te mira mas? ¿Quién te consolará, cuando aquel por cuya causa sientes, por cuyo amor suspiras, espira ya? ¡O qué misterio! Ver al Hijo desamparado por el Padre, y á la madre desamparada por el Hijo! ¡Al Hijo

[1] Isai. VI. 1.

que muere entre dolores acerbos, y á la madre que apenas vive por la acerbidad del dolor! Descendia á la madre la sangre del cuerpo del Hijo, ascendian al Hijo los gemidos del pecho de la madre. Ella continuamente suspiraba por el Hijo; él lastimosamente espiraba junto á la madre. ¿Es esta la reina del cielo? ¿Este el Rey del cielo y de la tierra? ¿Asi te atreves á esperar el cielo, ó cristiano, tan desemejante de Cristo? ¡Él coronado de espinas, tú coronado de rosas: él entre penas, tú entre delicias: él con hiel y vinagre en la boca, tú con vino y miel: él ensangrentado en el lugar, tú perfumado en lupanar: él entre injurias y oprobrios, tú entre parabienes y aplausos! Yerras el camino, pues tan á lo lejos sigues á aquel que es el camino. Convino que Cristo padeciese: ¿padeciese? y aun muriese, para que entrase en su gloria. ¿Y tú rehusas padecer para entrar en la gloria agena? Mas ya padeció aquel que convino padeciese: resta que el que por nosotros quiso padecer, quiera tambien morir. Sé que morirás tú, Rey de los siglos inmortal, para que viva yo vida inmortal. Y aun ya mueres: pues segun veo, tienes inclinada la cabeza, los ojos cerrados, el cuerpo yerto, el aliento desfallecido. A Dios Criador mio, á Dios Redentor mio, á Dios gozo de mi corazon. Ya es tiempo de que vayas de este mundo al Padre. Pero ahora que ya vas, *yo te pido una peticion pequeña: ruégote que no confundas mi rostro*[1]. Repite ante tu Padre des-

[1] III. Reg. II. 20.

pues de la muerte estas pocas palabras, que dijiste al Padre antes de tu muerte: *Padre, quiero que los que me diste esten conmigo donde yo esté*[1].

§. XVI.

Muere.

Finalmente ya despues de una dilatada expectacion del cielo y de la tierra por el espacio de cuarenta siglos, llega aquel dia tan esperado, aquella hora tan feliz, la mayor de todas y la mas sagrada, en que el principal y el sumo de todos los misterios, desde la creacion del mundo hasta la eternidad interminable, fue cumplido y consumado. Llega ya el dia, aquel dia como crítico y decretorio del mundo que ya agoniza, para ser renovado y restituido á un estado floreciente. El dia y la hora aceptables al Señor, en que pensando pensamientos de paz y no de afliccion, escuchó al mundo que con tácitos clamores le invocaba con todas las criaturas. Estaba á la diestra de la cruz la misericordia con el ramo de oliva; á la siniestra la justicia con la espada, á fin de que dirimida la lid con la muerte de Cristo, hecha la paz se diesen mutuamente el ósculo. Cristo pues, viendo ya acercarse aquel momento de infinito momento, que desde toda la eternidad habia sido escogido y prefijado en el alto consistorio de la santísima Tri-

1. Ioann. xvii. 24.

nidad para redimir al hombre perdido: en el año de la Creacion del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra, 4086; del Imperio Romano 81, de Tiberio Augusto 20, de la santísima Virgen 49, en la Olimpiada 203, reconciliado ya todo el orbe con el Eterno Padre, destruido el pecado, subyugado el demonio, instituidos los sacramentos todos, clavada ya en la cruz la escritura de aquel decreto fatal, consumadas ya todas las cosas que de él habian prefigurado los patriarcas, predicho los profetas, determinado el Eterno Padre, cumplido ya exactamente todo lo necesario para la salvacion del mundo, el Unigénito del Eterno Padre, á quien la inestimable caridad y amor á los hombres perdidos trajo á la tierra, aquel que por nosotros los hombres y por nuestra salud se hizo hombre: en el monte Calvario tres horas despues de medio dia, hecho obediente al Padre hasta la cruz para obedecerle hasta la muerte de cruz por la salvacion del mundo y redencion del género humano, Jesucristo, el Verbo encarnado, Hijo de Dios, inclinando la cabeza entregó su espíritu. Murió Dios, ¿y aun nos gusta vivir? Aquel á quien todo y por quien todo vive dejó de vivir; ¿quién oyendo esto no morirá? ¿Quién respirará aun, cuando aquel de quien, y en quien, y por quien todos respiran entregó su espíritu? El Hijo de Dios ha espirado, ¿y el hijo del hombre aun se entregará al pecado? Resuene ahora por todas las regiones de la tierra con clamoroso sonido por todas partes, á manera de clarin sonoro de batalla, aque-

lla voz de Pablo, de modo que puedan percibirla todas las gentes y naciones: *No sois vuestros: habeis sido comprados por gran precio*[1]. Esto es mas cierto que la misma certidumbre, y mas verdadero que la verdad misma. Cristo puede reclamarnos por suyos con el mayor derecho que puede concebirse, con los mayores títulos que pueden imaginarse, con los mayores motivos que pueden alegarse; Cristo puede asir á cualquiera hombre con su mano, y decir lo que dijo á Israel por Isaías: *Tú eres mio*. Despues que inclinando la cabeza entregué por ti mi espíritu, ya por infinitos títulos *tú eres mio*, ya dejaste de ser tuyo, porque *eres mio*. Estabas vendido, y te redimí, perdido, y te guardé, cautivo, y te liberté, condenado á muerte, y te dí la vida, luego *tú eres mio*. Con razon pues clama San Pablo: *No sois vuestros: porque habeis sido comprados por gran precio*. No hay hombre que pueda percibir, y solo Dios puede entender, cuan inmensa es la magnitud de este precio. Mas para que podais formar idea de él, si no con cierta ciencia, á lo menos con una debil conjetura, oid y pasmaos: si creemos varias revelaciones de los Santos, Cristo para redimirnos derramó sesenta y dos mil lágrimas: en el sudor del huerto noventa y siete mil trescientas cinco gotas de sangre: en los azotes recibió seis mil seiscientos sesenta y seis golpes: ciento y diez bofetadas: ciento y veinte golpes en el cuello: ochenta y cinco en la cabeza: treinta y ocho en

[1] 1. Cor. VI. 20.

el vientre: sesenta y dos en los hombros: cuarenta en los brazos. *Habeis sido comprados á gran precio.* Ni acaba aqui. Ved cuanto padeció en su rostro: treinta y dos veces arrojaron inmundas salivas en su rostro: treinta veces golpearon su boca: ciento y setenta veces fue derribado, obligado á andar por el suelo como las bestias: treinta veces fue postrado y arrastrado por el suelo: trescientas veces le tiraron de sus cabellos: quinientas y ocho veces le mesaron la barba, ó se la tiraron de una parte y otra. *Habeis sido comprados á gran precio.* Y aun no se acaba el precio. En la coronacion le hicieron trescientas heridas las espinas: por nuestros pecados y por nuestra salud gimió y suspiró novecientas veces: ciento y sesenta y dos veces llegaron los tormentos al extremo de poder dejarle sin vida: diez y nueve veces se halló en la última agonía como si ya fuese á espirar. Desde el pretorio de Pilatos hasta el monte Calvario anduvo con la cruz á cuestas trescientos veinte y un pasos. ¿No es verdad que *habeis sido comprados á gran precio*? Y con todo despues de tantas obligaciones de tu parte, despues de tantos beneficios de parte de Cristo, ¿no podria, ó alma ingrata, echarte en cara tu Salvador justamente lo mismo que por Isaías: *Te has olvidado de Dios tu Salvador, y no te has acordado de tu fuerte ayudador* [1]? ¡O Jesus! ¿Qué te ofreceré yo por tantas penas como padeciste, sino á mi mismo por quien las padeciste? Esto es hecho, pues tú ha-

1 Isai. xvii. 10.

muerto por mí, morir yo al mundo, morir á mí, morir á todo lo del mundo, para vivir á ti solo, ¡ó vida mia! Iré pues, aunque sea arrastrando con las manos y con los pies por el monte Calvario, á tu cruz como asilo de los miserables; á ti crucificado, no ya armado del rayo, sino llagado de innumerables heridas; á ti llego y exclamo contrito y lloroso: perdóname, Señor, pues no te perdonaste á ti por perdonarme á mí: porque yo sanase fuiste herido; porque yo viviese fuiste muerto; porque yo evitase el mal é hiciese el bien, y asi alcanzase el sumo bien y me librase del sumo mal, inclinaste la cabeza y entregaste tu espíritu.

§. XVII.

Señales despues de la muerte.

Luego que entre las densas tinieblas y horror del cielo obscurecido, la palidez del sol eclipsado, el silencio de una negra noche en medio del dia, entre los rigores del frio y los torbellinos de los enfurecidos vientos, entre las irrisiones y oprobrios de sus enemigos, á manos de crueles tormentos y martirios, pendiente Cristo en la cruz y elevado en el aire rindió su espíritu al Padre; de repente, como si el cielo hubiera hecho señal, cielo y tierra comenzaron á padecer, dejando de padecer aquel á quien estaba dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Llegaba el sol en lo alto del cielo al medio de su carrera, cuando extinguidas todas las lumbreras, cubrió el mundo una densa, obscura y tenebrosa

noche como la de Egipto: todo el aire se cubrió de tinieblas horrorosas: la tierra sacudida desde sus profundos cimientos, estremecida con temblores, en todos sus eges vacila y fluctua, se mueven los sepulcros, se abren las tumbas, se levantan los muertos, se rasga de alto abajo el velo de templo, y se rompe en dos partes; todos los elementos se amotinan; la naturaleza toda parece vuelve á su antiguo caos; y que todo lo criado quiere perecer con su Criador. Si preguntas: por quién ha venido esta tempestad grande sobre el mundo, lo sabrás luego que oigas la siguiente historia. Un amalecita dió muerte á Saul enemigo jurado de David; corrió despues apresurado como á dar á David parte de esta á su parecer esclarecida hazaña, y le refirió el modo como habia quitado la vida á Saul. *Entonces* (dice la sagrada historia de los Reyes) *David rasgó sus vestidos, y todos los varones que estaban con él, y se lamentaron y lloraron, y no comieron hasta la tarde por Saul. Y dijo David al joven que le habia traido la noticia: ¿de dónde eres tú? Y respondió: yo soy hijo de un hombre extrangero amalecita. Y díjole David: ¿cómo no temiste poner tu mano en el ungido del Señor, y darle muerte? Y llamando David á uno de los que le servian, dijo: acércate, y acomete contra él. Et cual le hirió y le dejó muerto. Y díjole David: su sangre sea sobre tu cabeza: pues tu boca ha testificado contra ti mismo, diciendo: yo di muerte al ungido del Señor*[1]. Id

[1] II. Reg. I. 11.

ahora con vuestra imaginacion silenciosa á Jerusalen. Toda la ciudad está en armas; el pueblo atónito, toda la faz de la tierra envuelta en un negro eclipse, el cielo gime, las piedras saltan, la naturaleza toda tiembla, está levantado en el monte Gólgota el funesto teatro de la cruz. ¿Cómo asi se turba el universo entero con tan desacostumbrados movimientos? ¿De dónde viene esta tan espantosa tempestad? ¡Ah! por mí ha venido esta tempestad grande sobre el mundo. ¿Por ti? ¿Pues qué hiciste? ¡Ah! que preguntas una cosa que debia sepultarse en eterno silencio. ¿Qué hiciste? ¡Ay! en vano lo oculto, porque mi pecado está contra mí siempre. En vano lo escondo, porque no hay cosa escondida que no sea descubierta. ¿Qué hiciste? ¡Ah! la confusion cubre mi rostro: el temor y el temblor vinieron sobre mí. ¿Qué hiciste? ¡Ah! no preguntes una cosa que el decirla solo es delito. Obscurecido y cercado de horror, el cielo entenebrecido por mi culpa, pues entre los hombres no he vivido como hombre, dejaré la compañía de los hombres, pasaré á los desiertos solitarios, habitaré entre los riscos y peñascos, en las profundidades y cavernas, en las concavidades y moradas de las fieras, impenetrables á la luz. Aqui pondré mi descanso sin descanso. Aqui entre las cuevas y profundidades, en estos lugares horrorosos y vastas soledades te conjuro, ó eco, que respondas á mis aflicciones, mis lamentos y mis amargos clamores, y cuando yo repitiere con el mayor esfuerzo estas voces, testimonios de mi do-

lor, á saber: *Perezca*[1] *el dia en que pequé*; aquel dia conviértase en tinieblas, pues por mi pecado se ha cubierto de tinieblas la tierra toda: repite tú, eco, estas voces muchas veces. ¿Qué hiciste? ¡Qué! ¿Habrá de salir de mi boca una voz á cuyo sonido retiñirán ambos oidos á todos los hombres? ¿Una voz, á la cual se asombrarán los cielos, se estremecerá la tierra, se espantará el mar? ¿Una voz, á cuya pronunciacion clamarán contra mí todas las cosas por venganza? ¿A cuyo sonido retemblará el tribunal de Dios? ¡Ah! con voz de trueno fulminan contra mí por todas partes, y contra mí claman el cielo, la tierra, Dios, y sobre todo mi conciencia. ¿Qué hiciste? Lo diré al fin; pero antes de decirlo, una cosa ruego y pido: huid ángeles, huid demonios, huid hombres. ¡Ah! no haya eco que repita esta voz mia detestable, y digna de llorarse con perennes lágrimas y con eternos gemidos. Lo diré; pero con rugidos de leon, con lamentos, con sollozos y con llantos. Oid la funesta voz del mas impío parricida, y despues callaré, me sepultaré en un silencio eterno. *Yo di muerte al ungido del Señor*[2].

§. XVIII.

Conversion del centurion y de otros.

Despues de aquellos horribles portentos del cielo y de la tierra, sigue otro no menos admi-

1 Iob III. 2. 2 II. Reg. I. 11.

rable; porque *el centurion, y los que con él estaban guardando á Jesus, viendo el terremoto y las cosas que sucedian, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente era este Hijo de Dios*[1]. Consideraban tácitamente en su interior los no acostumbrados prodigios del cielo y de la tierra que habian visto, y principalmente el estremecimiento de la tierra. No hay duda que el monte Calvario y la ciudad de Jerusalen cercana á él temblaron. San Anselmo [2] testifica que la piedra sobre que estaba puesta la cruz de Cristo se rompió entonces. San Gerónimo [3] asegura que el lintel del templo, que era de una enorme magnitud, se quebrantó y dividió; y que á los ángeles tutelares se les oyó decir: *Trasladémonos de estos sitios*. Ademas viendo los sepulcros abiertos, separados ó hendidos con el terremoto los mármoles que los cubrian, rompidas las piedras, el sol eclipsado; la paciencia y la piedad de Jesus; y finalmente su esforzado clamor al morir; todas estas cosas bien ponderadas, temieron en gran manera, no fuese que por el delito cometido contra el inocente Hijo de Dios, les amenazasen las divinas venganzas. Tambien todos los que por costumbre habian venido al espectáculo del suplicio herian su pecho en señal de arrepentimiento, como lo testifica el Evangelista: *Y toda la multitud de aquellos que estaban allí juntos á este espectáculo, viendo lo que sucedia, se volvian hiriendo su pecho*. No es de ad-

1 Matth. xxi. 34. 2 Lib. de Pass. Dom. 3 In cap. 27. Matth.

mirar que hiriesen su pecho, despues de haber cometido tantos delitos, y de ver tantos prodigios en el cielo y en la tierra: mas me admiro de que yo con tantos inauditos portentos de naturaleza no me conmueva, creyendo con fe certísima que todas estas cosas han sucedido por mis delitos. ¡O cielo! ¡ó tierra! ¡ó criaturas todas! Si buscais el autor de este trastorno de la naturaleza, aqui está, yo soy: caigan sobre mí fuegos y rayos, sobre mí olas y tempestades, sobre mí el cielo y la tierra, sobre mí todos los elementos; todo conspire contra mí: contra mí el furor de las bestias, la rabia de los perros, la fiereza de los leones, las garras de los tigres, los dientes de los osos, la ferocidad de los toros, las lenguas de los dragones, los picos de las aves; todo se arme, todo se enfurezca contra mí. Yo, yo, aqui estoy, yo soy el delincuente, volved contra mí los tiros y las iras, y cuanto horror, cuanto odio, cuanta crueldad, cuanta aspereza, cuanto mal y daño pueden sugerir las iras mas terribles. O dolores, cuantos en todos tiempos y lugares habeis existido, arrojaos sobre mí. Aqui teneis mi corazon, todo os le entrego y os le cedo enteramente para que os apodereis de él. Empedle, divididle, rasgadle, destrozadle, traspasadle, desmenuzadle, abrasadle, reducidle á ceniza y pavesas. Porque aquel á quien yo dí muerte era *verdaderamente Hijo de Dios.* Porque Dios es caridad; y en él, ó bien oigas sus palabras, ó bien mires sus pensamientos, ó bien atiendas sus obras, todo y cada cosa de por sí no respira sino caridad; de modo que verdadera-

mente llamó San Pablo *caridad excesiva á aquella con que nos amó* [1]. Para la salvacion de todo el mundo bastaba un solo suspiro; y quiso sujetarse al último suplicio en una cruz. Bastaba derramar de sus divinos ojos una sola lágrima; y quiso derramar abundantemente como agua cuanta sangre corria por sus venas. Bastaba para nuestra redencion haber dado un solo paso; y quiso correr ciudades, aldeas, castillos, regiones, los altos montes, los abatidos valles, los espaciosos campos. Bastaba para dar vida á todos haber dicho sola una palabra ante el Padre; y quiso no solo hablar muchas cosas por nosotros, sino padecer muchas mas. Con caridad excesiva nos amó. *Y verdaderamente era este Hijo de Dios.* Dios amó al hombre con caridad excesiva, y el hombre le quitó la vida con excesiva crueldad. Deberia por la magnitud del dolor de tan detestable crimen estremecerse todo el cuerpo como la tierra; abrirse el pecho como los monumentos; romperse el corazon como las piedras; y aun rasgarse por el medio como el velo del templo. Mas él que nos amó con excesiva caridad reputa esto por excesivo: nada exige de nosotros por toda aquella tan lamentable y trágica escena, por tantas heridas recibidas, por tanta sangre derramada, por sus miembros despedazados finalmente por la muerte que le dimos ninguna otra cosa quiere sino que á egemplo del publicano en el templo, ó del centurion en el monte, hieras con dolor tu pecho; con esto solo serás absuelto

1 Ephes. II. 4.

de tu crimen. Confieso, ó Jesus, que este es el pecho que cometió el delito, por el cual tú has sido herido por tu Padre; pues tu Padre testifica: *Por el delito de mi pueblo le he herido* [1]. Este es aquel pecho en que se oculta el corazon depravado *de donde salieron los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones &c.* [2]. Este pecho pues hiero con el mayor dolor que puedo, para que pueda algun dia en aquella su gran cena con tu amado discípulo, despues de haber herido mi pecho muchas veces, reclinarme sobre tu pecho.

§. XIX.

Es abierto su pecho con la lanza.

A toda consumacion ví el fin [3], canta David; y á toda consumacion vió el fin Jesus, hijo de David. Pero el que habia amado á los suyos hasta el fin, aun despues del fin de la vida no dejó de amarlos, y en testimonio de ello quiso fuese abierto su sacratísimo costado, para que á él como á arca volviesen volando las seducidas palomas. Asi *uno de los soldados abrió su costado con la lanza, y luego salió de él sangre y agua* [4].

Ve aqui abierto el costado de Cristo con una lanza, y en el costado aquel corazon, en el cual desde el primer momento en que fue concebido, con un inmenso amor nos abrazó á todos nosotros como á hermanos. Está muda ya su len-

1 Isai. xxxiii. 8. 2 Matth. xv. 19. 3 Psalm. cxviii 96.
4 Ioann. xix.

gua, porque está sin vida; mas su corazon desde este monte el mas excelso levanta como clarin su voz. Tantas veces oimos en vida la voz de su divina boca, oigamos ahora despues de su muerte la voz amabilísima de su corazon. Su corazon clama á todos los descuidados y extraviados de corazon: *Volved, volved, prevaricadores, al corazon* [1]. Nosotros pues sin corazon, para que volvamos al corazon, fijemos la vista en aquel corazon sacratísimo, en el cual estan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Si quieres saber por qué el Hijo de Dios padeció por nuestra causa tales cosas tan multiplicadas, tan indignas; todas estas causas las encontrarás expresas en este corazon. Así pues, aunque enmudecida su boca, te habla á ti su corazon. Padecí angustias, para librarte de las angustias de la muerte; temores, para asegurarte; vigilias, para despertarte del sueño del pecado: oré para alcanzarte dones; sudé, para expeler de ti el humor corrompido del pecado; me dejé prender, para atraerte á mí, y que tú alcanzases el premio; me dejé atar, para desatarte; fui vendido por vil precio, para redimirte; negado por Pedro, para confesarte ante el Padre; abandonado por los apóstoles, para hacerme compañero tuyo inseparable; acusado, para excusarte; vendado en el rostro, para mostrártele en el cielo con suma gloria; despojado de mis vestidos y vuelto á vestir, para desnudarte del viejo Adan, y vestirte el hombre nuevo que es segun Dios;

1 Ezech. XVIII. 32.

azotado, para que el Padre no descargase sobre ti pecador muchos azotes; condenado por inicuos jueces, para absolverte á ti condenado á muerte eterna; arrojado fuera de la ciudad de Jerusalen, para admitirte en la Jerusalen celestial; cargado con la cruz, para trasladar el peso de los pecados de tus hombros á los mios; coronado de espinas, para prepararte la corona de la gloria; sediento, para darte á beber el torrente de delicias; crucificado, para esperarte; extendidos los brazos, para abrazarte; inclinada la cabeza, para darte ósculo de paz; muerto finalmente, para que vivieses tú; herido con la lanza, para herirte con la caridad. Aqui tienes un compendio de todo cuanto padeció, y las causas porque lo padeció. Qué diré despues de todo mas á propósito para deducir fruto de ello, que con Eusebio Galicano [1]: *Gran cosa es en Dios el conocer yo que soy obra suya; pero mucho mas es el ver que él mismo se ha hecho precio mio; siendo cierto que la redencion se ha hecho con tan copiosa liberalidad, que parece que el hombre vale todo un Dios.* Sabiamente pregunta aqui Salviano atónito con la magnitud de tan gran deuda: *¿Qué compensacion digna dará al Señor por sí el que debe á Dios el mismo Dios por quien fue redimido* [2]? Guárdate no sea que tu Redentor te eche en rostro alguna vez lo mismo que San Agustin [3] pone en boca de Cristo reconviniendo al pecador. *Siendo yo impasible, me dignè padecer por ti; mas tú despreciaste en*

1 Homil. VI. de Pasc. 2 Ad Eccl. II. 3 Serm. LXXXI. 19.

el hombre á Dios, en el enfermo la salud, en el camino la vuelta, en la cruz la vida, en los suplicios la medicina. Antes que el Hijo de Dios hubiese encarnado, este mundo era como una probática piscina, en la cual, segun San Juan, *yacia gran multitud de enfermos lánguidos, ciegos, cojos, áridos* [1]. Preguntó Dios á Adan lo mismo que Cristo á aquel enfermo: *¿Quieres sanar?* Respondió Adan enfermo con aquel enfermo: *No tengo hombre.* ¿Y qué? para que no faltase hombre se hizo Dios hombre, y se hizo médico; porque *con su herida fuimos curados*, dice San Pedro [2]. Ahora te dice el médico lo que á aquel enfermo: *Ya estás sano, no vuelvas á pecar, no te acontezca alguna cosa peor.* Desde la planta del pie hasta lo mas alto de la cabeza no habia en ti cosa sana. *Ya estás sano;* estabas ciego, y ya ves; cojo, y ya andas; sordo, y ya oyes; mudo, y ya hablas; leproso, y ya estás limpio; muerto, y ya vives. *Ya estás sano.* ¿Qué se sigue ahora? Que *no vuelvas á pecar.* Despues de tantos auxilios para la salud, despues de instituidos los siete sacramentos por Cristo, despues de haber sufrido por tu amor tantos tormentos, despues de haberte dado tantas pruebas de amor, colmádote de tantos beneficios, prometídote tantos premios, amenazádote con tan graves castigos, *no quieras mas pecar.* Despues de destruido el pecado, exterminada la muerte, vencido el demonio, abierta la entrada de la eternidad, no vuelvas mas á pecar. Despues de haber sido

1 Ioann. v. 3. 2 1. Pet. II. 24.

debilitados sus ojos, despedazada su cutis, dilacerados sus hombros, taladradas sus manos, quebrantados sus huesos, destrozados sus miembros, agotado todo su sudor, derramadas sus lágrimas, apurada su sangre, perdida su vida, *no vuelvas mas á pecar*, *no te acontezca alguna cosa peor*: no sea que la encarnacion de Cristo sea tu condenacion: su pasion sea la perdicion de tu alma: no te acontezca lo que amenaza San Pablo: *El que no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado* [1]: en lo cual comprehendió todo cuanto se puede temer. Pero mejores esperanzas nos da, ó Jesus, tu sangre tan copiosamente derramada por nosotros: aquella sangre, que con clamor vehemente clama á la justicia, que vibró su espada desenvainada la vez primera por la prevaricacion de Adan: *Vuelve tu espada á la vaina* [2]. Aquella sangre que clama al Padre: *Padre, perdónalos*: aquella que clama á los demonios: *No toqueis á mis ungidos*. Esta sangre derramada sobre la tierra clama á los ángeles: *No hagais daño á la tierra*. Aquella sangre en fin que para no perder su premio clama: *No pierdas, ó Dios, con los impios mi alma* [3]. Pues viniste á buscar la oveja que habia perecido, y dijiste: *El Hijo del hombre no vino á perder las almas, sino á salvarlas* [4]. Sálvanos pues, porque eres nuestro Salvador y nuestra salud, para que se cumpla tu palabra: *De aquellos que me entregaste no he perdido uno* [5].

1 1. Corinth. XII. 2 Ioann. XVIII. 11. 3 Psalm. XXV. 9. 4 Luc. IX. 59. 5 Ioann. XVIII. 6.

EPILOGO DE TODA LA PASION.

Uno mismo será el fin de mi narracion y el principio, esto es, Jesucristo, que es el principio y el fin. Primeramente oid una sucinta recopilacion de toda esta sagrada tragedia segun el Crisóstomo [1].

„ La paz del cielo es entregada con el enga-
„ño de un ósculo: es detenido el que lo sostie-
„ne todo: es atado el lazo de todas las cosas: es
„ conducido el que lo atrae todo: la verdad es
„ acusada por la mentira. Es presentado el que
„ todo lo tiene presente: los judíos le entregan á
„ los gentiles, los gentiles le vuelven á los judíos:
„ Pilatos le envia á Herodes: Herodes le remite
„ á Pilatos: de este modo la piedad se hace co-
„ mercio de impiedad. La santidad es llevada co-
„ mo juguete de la crueldad. La remision es azo-
„ tada: el perdon condenado: la magestad burla-
„ da: la virtud escarnecida: el dador de las llu-
„ vias anegado en salivas: el que extendió los
„ cielos traspasado con clavos: el que da la miel
„ abrevado con hiel. El que concede para nues-
„ tra bebida las fuentes, recibe para la suya vi-
„ nagre; y no quedándole ya penas que padecer,
„ la muerte rehuye, la muerte se detiene, por-
„ que ve que no hay alli nada suyo." Asi habla el Crisóstomo de Cristo: oid ahora de boca del Crisólogo [2] lo que nos dice Cristo á nosotros.
„ No temais: esta cruz no es aguijon para mí, si-

1 Tom. 3. serm. 6. 2 Serm. 108.

„ no para la muerte: estos clavos no me causan „ dolor, sino me clavan mas profundamente la „ caridad á vosotros. Estas llagas no arrancan mis „ gemidos, sino os introducen á vosotros mas en „ mis entrañas. Mi cuerpo extendido os dilata á „ vosotros en mi gremio, no acrecienta mi tor- „ mento. Mi sangre no se me pierde, sino se dis- „ tribuye en vuestro precio. Venid pues, vol- „ ved, y probad siquiera asi á un Padre á quien „ veis volver por los males bienes, por las inju- „ rias amor, por tales heridas tal caridad." Tú entre tanto, ó alma, por la cual puso Cristo su alma, acércate á este teatro de amor que está levantado en medio de la tierra. Sube á este arbol, coge de él frutos; no temas, no se embotarán con ellos tus dientes, son frutos de vida; serán dulces á tu garganta. Mira la vida muerta de amor por ti. Mira como el amor abrió su costado con la lanza, su cabeza con las espinas, sus manos y pies con los clavos, todos sus miembros con los azotes. Quiso estuviese patente á todos todo el cuerpo de Jesus, para que no se ocultase á sus miembros cuanto amó el Padre al mundo, cuando no solo nos dió á su Hijo unigénito, sino le entregó á la muerte por nosotros. A tal exceso de amor se pasma el mismo amor, y aun se pasma el mismo pasmo. Cuando Cristo vino al monumento para resucitar del sepulcro á Lázaro, que yacia en él ya cuatro dias, *lloró Jesus*[1]; y los judios circunstantes pasmados de ver tal amor de Cristo á Lázaro, que le mostra-

1 Ioann. xi. 35.

ba con lágrimas, atónitos decian: *Mirad cuanto le amaba.* Decid vosotros, ó demonios envidiosos del hombre: decid vosotros, ó ángeles que servís al hombre: decid vosotras criaturas todas, criadas por causa del hombre: *Ved cuanto le amaba.* Cuando el amor cerró la boca de aquel que salió de la boca del Altísimo: cuando cerró los ojos, aquellos dos soles que ilustran, uno la tierra con los rayos de la gracia, otro el cielo con los rayos de la gloria: cuando el amor arrancó del cuerpo aquella alma, vida de nuestra vida: cuando exprimió de sus divinas venas y sus miembros todos cuanta sangre le infundió el Espíritu Santo, bien podeis decir: *Ved cuanto le amaba.* Cuando abre los brazos para abrazar al hombre que llega; cuando inclina la cabeza para darle con sus mismos labios el divino beso de su boca; cuando fija con los clavos en la cruz sus pies, de modo que no puede huir de ella; cuando recostado en el medio dia del amor, tan enfermo está de amor que espira; decid: *Ved cuanto le amaba.* Ahora nos pregunta nuestro amor crucificado por nosotros lo que á Pedro: *¿Hombre, me amas?* Mira como yo te he amado á ti. ¿Y tú, hombre, me amas á mí, habiéndome yo hecho hombre por ti? ¿Tú, hombre, á quien nunca hice mal, y siempre bien? ¿Tú, hombre, á quien he dado cuanto he podido dar, á mí, y todas mis cosas? ¿Tú, hombre, por quien he padecido cuanto me ha sido posible padecer? Tú, hombre, á quien yo amo todo cuanto puedo, *me amas á mí? Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que yo te amo.* Y porque te

amo, me duelo por ti, hermano mio Jesus, me duelo por ti, viéndote padeciendo y dolorido á ti, gozo nuestro. Mas ahora que ya el invierno ha pasado, se ha ahuyentado la lluvia y retirado; pues ya el Padre ha enjugado todo el llanto de tus ojos, y ya no habrá mas muerte; ni la muerte dominará ya mas, ni habrá mas llanto, mas clamor ni mas dolor, pues Dios ha convertido tu llanto en gozo, y te ha circundado de alegría; regocíjome por ti, hermano mio Jesus, regocíjome por ti, pues ya conseguida la victoria me parece escucho debajo de nuestros pies en aquella profunda caverna y carcel subterránea de las regiones tartáreas, en el limbo de los Padres un desacostumbrado estruendo: alguna cosa grande se egecuta alli: oigo quebrantarse los fuertes cerrojos de hierro. Y sale en fin, despues de la dilatada afliccion de tantos años, sale con toda la muchedumbre de cautivos el primer padre de todos Adan: que viendo ya borrada la escritura de aquel decreto fulminado contra sí: *Morirás, morirás* [1]; fijado en la cruz; viendo que su Mesías por tanto tiempo esperado, muriendo destruyó la muerte, entona aquel davídico salmo, dando el gozoso parabien á sí y á toda su posteridad, diciendo: *La diestra del Señor ha ostentado su poder, la diestra del Señor me ha exaltado; no moriré, sino viviré* [2]. Cristo ha muerto por nosotros todos, *no moriré. ¿Dónde está, ó muerte, tu victoria* [3]? *No moriré.* O Jesus, convoca ahora á todos los ángeles, y dí

1 Genes. II. 17. 2 Psalm. cxvii. 3 1. Corinth. xv.

como el Padre del pródigo: *Celebremos banquetes y convites, porque mi hijo* (Adan) *habia muerto y revivió* [1]. O ángeles, congratulaos conmigo, porque no moriré, sino viviré. Entre tanto me vuelvo á ti, por cuya muerte yo vivo, y viviré eternamente como espero. Suplícote me concedas por tu muerte esto solo, morir á mí, y vivir á ti. Esta es tu voluntad, esta es la única causa de haber muerto por nosotros, como la expresaste por boca de tu siervo Pablo: *Para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos* [2]. Esta es tu intencion en tu muerte, este el fin de todos cuantos males padeciste hasta el fin de tu vida, *para que los que viven ya no vivan para sí*; esto es, nada hagan por sí, por su comodidad, por su deleite, por su honra; sino todos sus pensamientos, todas sus palabras, todas sus acciones, toda cuanta vida tienen, todo, todo lo dirijan á ti, que has muerto por ellos, y de este modo aprendan á morir á sí, y vivir á ti. Concédeme morir asi para no morir; concédeme vivir asi, y entonces alegre clamaré con tu siervo Pablo: *Vivo, pero ya no yo, sino vive Cristo en mí* [3]. Si esto se verifica asi, y se verifica en todos, entonces logrará su fin Cristo, que padeció, y el hombre por quien padeció. Finalmente (para finalizar con las mismas palabras con que empece esta sagrada tragedia) á ninguno servirá para su ruina, y á todos para su salvacion *la Pasion de nuestro Señor Jesucristo.*

1 Luc. xv. 2 II. Corinth. v. 15. 3 Gal. II. 20.